



## Los *best sellers* prohibidos en Francia antes de la revolución

**ROBERT DARNTON**



Robert Darnton (Nueva York, 1939) realizó sus estudios en la Universidad de Harvard y en 1964 obtuvo el doctorado en Historia en la Universidad de Oxford. Durante ese año y el siguiente trabajó como periodista en el *New York Times*. A partir de 1968 dictó clases en la Universidad de Princeton, de la cual fue profesor Shelby Cullom Davis de Historia Europea y en la actualidad es profesor emérito. En 1982 recibió una beca MacArthur y en 1999 fue elegido presidente de la American Historical Association. Desde el año 2007 es profesor Carl H. Pforzheimer y director de la Biblioteca de la Universidad de Harvard.

Considerado uno de los mayores especialistas en historia de la Francia del siglo XVIII, Darnton es un pionero en el campo de la historia del libro, además de ser uno de los fundadores del proyecto de difusión bibliográfica *gutenberg*. En 1999 el gobierno francés lo nombró *Chevalier de la Légion d'Honneur* como reconocimiento por su obra.

Entre sus libros se cuentan: *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa* (1999), *El coloquio de los lectores. Ensayos sobre autores, manuscritos, editores y lectores* (2003), *Edición y subversión. Literatura clandestina en el Antiguo Régimen* (Turner-FCE, 2003) y *El negocio de la Ilustración. Historia editorial de la Encyclopédie, 1775-1800* (Libros sobre libros-FCE, 2006), todos publicados por el Fondo de Cultura Económica.





¿Qué es lo que causa una revolución? ¿Por qué cambian los sistemas de valores? ¿Cómo influye la opinión pública en los acontecimientos? En *Los best sellers prohibidos en Francia antes de la revolución* Robert Darnton enfrenta estas preguntas, difíciles de manejar por su magnitud, con otro tipo de interrogante posible de ser respondido: ¿qué leían los franceses en el siglo XVIII? Si la Revolución Francesa fue una revolución de ideas, ¿de dónde provenían esas ideas? No sólo de las obras clásicas de Rousseau y de Voltaire, como suele pensarse. En realidad, fueron más bien los *Rousseaus du ruisseau* [Rousseaus de alcantarilla] los que escribieron la literatura libertina que contribuyó a socavar los valores del Antiguo Régimen. Estos libros prohibidos constituyen el objeto de estudio de Darnton y, tras haberlos seguido a lo largo de los fascinantes canales del comercio clandestino del libro en el siglo XVIII —empresa que le llevó más de 25 años de investigación—, logró identificar el corpus literario de la época y rescatar a esos autores olvidados. Se trata de una empresa que excede el mero trabajo de anticuario, ya que la historia de los libros lo conduce a otras áreas como la literatura y la historia cultural, la historia de la comunicación, la articulación de las ideologías y la formación de la opinión pública y, más concretamente, la historia política y los orígenes de la Revolución Francesa.

Darnton demuestra que los *best sellers* antes de la revolución, pese a su ilegalidad (o, más bien, gracias a ella), eran los libros más peligrosos y escandalosos: porque atacaban abiertamente al rey, por predicar el ateísmo o por ser pornográficos. Y todos ellos contenían un mensaje político y una idea general de la política. Generosos fragmentos de tres de las más valiosas de estas obras están incluidos en el presente volumen a modo de antología: *Thérèse filósofa*, *El año dos mil cuatrocientos cuarenta* y *Anécdotas sobre madame la condesa Du Barry*. El lector actual no sólo disfrutará de las mismas obras que los lectores franceses del siglo XVIII, sino que descubrirá, a través del deslumbrante itinerario trazado por Darnton, cuál fue su importancia para precipitar el estallido de la Revolución Francesa.

*Esta obra ganó el National Book Critics Circle Award en 1995.*

ISBN 978-900-017-629-6



9 789505 576296



Primera edición en inglés, 1996  
Primera edición en español, 2008

Darnton, Robert

Los best sellers prohibidos en Francia antes de la  
revolución. - 1a ed. - Buenos Aires : Fondo de Cultura  
Económica, 2008.

554 p. ; 21x14 cm. (Historia)

Traducido por: Antonio Saborit  
ISBN 978-950-557-629-6

I. Historia de la Literatura. I. Antonio Saborit, trad.  
II. Título  
CDD 809

Título original: *The Forbidden Best-Sellers of Pre-Revolutionary France*  
ISBN de la edición original: 0-393-31442-1  
© W. W. Norton & Company

Diseño de tapa: Juan Balaguer  
Ilustración de tapa: Frontispicio de la edición de 1771  
de *Le Gazetier cuiraseé*, de Charles Théveneau de Morande.  
Departamento de Libros Raros y Colecciones Especiales,  
Bibliotecas de la Universidad de Princeton.

D.R. © 2008, FONDO DE CULTURA ECONÓMICA DE ARGENTINA, S.A.  
El Salvador 5665; 1414 Buenos Aires, Argentina  
fondo@fce.com.ar / www.fce.com.ar  
Av. Picacho Ajusco 227; 14200 México D.F.

ISBN: 978-950-557-629-6

Comentarios y sugerencias:  
editorial@fce.com.ar

Fotocopiar libros está penado por la ley.

Prohibida su reproducción total o parcial por cualquier  
medio de impresión o digital, en forma idéntica, extractada  
o modificada, en castellano o en cualquier otro idioma,  
sin autorización expresa de la editorial.

IMPRESO EN ARGENTINA - PRINTED IN ARGENTINA  
Hecho el depósito que previene la ley 11.723

## ÍNDICE

*Introducción* ..... 11

### *Primera parte*

#### LA LITERATURA PROHIBIDA Y EL MERCADO LITERARIO

I. *La filosofía por debajo de la manga* ..... 23

II. *Best sellers* ..... 51

### *Segunda parte*

#### TEXTOS CLAVE

III. *La filosofía pornográfica* ..... 139

IV. *Fantasia utópica* ..... 181

V. *Difamación política* ..... 211

### *Tercera parte*

#### LOS LIBROS ¿PROVOCAN REVOLUCIONES?

VI. *Difusión versus discurso* ..... 255

VII. *Redes de comunicación* ..... 273

VIII. *La historia del libelo político* ..... 297



IX. <i>La respuesta del lector</i> .....	325
X. <i>La opinión pública</i> .....	349

*Cuarta parte*

"LIBROS FILOSÓFICOS". BREVE ANTOLOGÍA

<i>Thérèse filósofa, o memorias para servir a la historia del padre Dirrag y de mademoiselle Eradice</i> .....	373
<i>El año dos mil cuatrocientos cuarenta. Un sueño, si es que alguna vez hubo uno</i> .....	433
<i>Anécdotas sobre madame la condesa Du Barry</i> .....	475
<i>Índice de nombres y conceptos</i> .....	537

*A Harry Pitt,  
tutor y amigo*



## INTRODUCCIÓN

LAS GRANDES preguntas de la historia resultan muchas veces inmanejables. ¿Qué es lo que causa una revolución? ¿Por qué cambian los sistemas de valores? ¿Cómo influye la opinión pública en los acontecimientos? Este libro se propone enfrentar estas preguntas a partir de otro tipo de interrogante, que pueda ser respondido: ¿qué leían los franceses en el siglo xviii?

En el transcurso de este estudio ha de quedar claro cómo es posible que esa pequeña pregunta sea capaz de despejar las grandes preguntas. Ahora sólo quisiera plantearlo y señalar que también esto tiene una historia. Daniel Mornet lo planteó hace ochenta y tres años y lo convirtió en el punto de partida de una amplia investigación sobre los orígenes intelectuales de la Revolución Francesa. Aquello que los franceses leían en el siglo xviii, sostenía Mornet, no era lo que entendemos comúnmente como la literatura francesa del siglo xviii. Nosotros consideramos la literatura de cada siglo como un corpus de obras reunidas alrededor de un núcleo de clásicos; y nuestra noción de los clásicos la tomamos de nuestros profesores, quienes la tomaron de los suyos, y así sucesivamente, hasta llegar a algún punto de fuga al comienzo del siglo xix. La historia literaria es un artificio, conformado a lo largo de muchas generaciones, abreviado por aquí y ampliado por allá, gastado en ciertos puntos, emparchado en otros, y cosido completamente con anacronismos. Tiene poca relación con la verdadera experiencia de la literatura en el pasado.

Mornet se propuso atrapar esa experiencia, *la littérature vécue*, a partir de lo que la gente leía en el Antiguo Régimen.



Empezó contando libros, una buena cantidad de ellos: veinte mil en total, que extrajo de los catálogos de las subastas públicas de las bibliotecas privadas del siglo XVIII. Tras acumular una montaña de fichas, Mornet decidió determinar cuántos ejemplares se habían exhumado de *Du Contrat Social* de Rousseau. Respuesta: uno. ¡Un solo ejemplar en una masa de veinte mil obras! Daba la impresión de que antes de 1789 no se había leído el tratado político más importante del siglo, la Biblia de la Revolución Francesa. Los lazos de unión entre la Ilustración y la Revolución parecían disolverse. Los franceses daban la impresión de haber estado divirtiéndose con las novelas sentimentales de Madame Riccoboni y con los relatos de aventuras de Thémiseul de Saint-Hyacinthe, en lugar de dedicarse a considerar los argumentos relativos a la soberanía popular y a la voluntad general. La Revolución no fue "la faute à Rousseau" y probablemente tampoco "la faute à Voltaire".<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Daniel Mornet, "Les Enseignements des bibliothèques privées (1750-1780)", en *Revue d'histoire littéraire de la France XVII* (1910), pp. 449-492. Véanse también la síntesis general de Mornet: *Les Origines intellectuelles de la Révolution française (1715-1787)*, París, 1933 [trad. esp.: *Los orígenes intelectuales de la Revolución Francesa, 1715-1787*, Buenos Aires, Paidós, 1969], y otros ejemplos de estudios que continúan las líneas de investigación de Mornet: François Furet et al., *Livre et société dans la France du XVIII<sup>e</sup> siècle*, París y La Haya, 1965 y 1970, 2 vols.; Roger Chartier y Henri-Jean Martin (eds.), *Histoire de l'édition française*, vol. 2: *Le livre triomphant 1660-1830*, París, 1984; Roger Chartier, *Lectures et lecteurs dans la France d'Ancien Régime*, París, 1987 [trad. esp.: *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza, 1993]; y Daniel Roche, *Les Républicains des lettres. Gens de culture et Lumières au XVIII<sup>e</sup> siècle*, París, Fayard, 1988. Para una evaluación crítica del trabajo de Mornet, véase Robert Darnton, *The Literary Underground of the Old Regime*, Cambridge, Mass., Harvard University Press, 1982, cap. 6 [trad. esp.: *Edición y subversión. Literatura clandestina en el Antiguo Régimen*, Madrid, Turner, 2003]; y Roger Chartier, *Les Origines culturelles de la Révolution française*, París, 1990 [trad. esp.: *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*, Barcelona, Gedisa, 1995]. La frase "C'est la faute à Voltaire, c'est la faute à Rousseau" ("Es culpa de Voltaire, es culpa de Rousseau") comporta la idea de que las obras de los *philosophes* llevaron directamente a la Revolución Francesa.

Eso sucedía en 1910. Hoy sabemos que Mornet dio varios pasos en falso. Cerró su investigación en 1780, precisamente en el momento en el que comenzaron a aparecer varias ediciones de las obras de Rousseau, incluido *Du Contrat Social*. Mornet pasó por alto las versiones popularizadas de éste, sobre todo la que aparece en el libro V de *Emile* de Rousseau, un *best seller* sin lugar a dudas antes de la Revolución. Y su fuente estaba sesgada. Las bibliotecas lo suficientemente importantes como para ser vendidas en las subastas públicas a duras penas llegaron a significar un tipo frecuente de propiedad de libros, por no hablar de la lectura. Y los catálogos que se imprimían para tales subastas tenían que pasar por la censura. De suerte que el elemento ideológico quedaba fuera de la misma fuente en la que Mornet esperaba encontrarlo.

La pregunta de Mornet sigue siendo válida, sea cual sea la precisión de su respuesta. Ha provocado una serie de intentos, en proyectos de investigación dispersos a lo largo de tres cuartos de siglo, en aras de identificar la literatura que los franceses leyeron realmente bajo el Antiguo Régimen. Cada uno de estos intentos tiene sus fortalezas y sus debilidades. Cada cual ha redundado en beneficio de nuestro conocimiento. Pero en términos acumulativos tienden a anularse entre sí o a contener tal número de contradicciones que no es posible identificar un patrón general. La pregunta de Mornet sigue presente en la historia literaria, tan desconcertante como siempre.

La pregunta se puede volver fácilmente una *question mal posée*, pues es bastante menos sencilla de lo que parece. Con el fin de reducirla a proporciones manejables, quisiera limitar mi estudio al elemento que Mornet dejó fuera del suyo: la literatura ilegal. Esto margina una gran cantidad de materiales, lo sé. No me es posible circunnavegar toda la literatura francesa del siglo XVIII, pero sí me creo capaz de mapear el sector prohibido, y ese sector era

enorme. De hecho, abarcaba casi la totalidad de la Ilustración y todo lo que más adelante Mornet identificaría con los orígenes de la Revolución Francesa. Para los lectores franceses del siglo XVIII, la literatura ilegal era virtualmente lo mismo que la literatura moderna. El funcionario que tenía a su cargo la tarea de eliminarla, C.-G. de Lamoignon de Malesherbes, encontró que esa labor era imposible. De hecho, se negó a hacerlo: "Una persona que tan sólo hubiera leído los libros que salían con la aprobación oficial del gobierno", escribió, "se encontraría un siglo detrás de sus contemporáneos".<sup>2</sup>

En lugar de tratar de confiscar todo lo que se publicaba fuera de la ley, Malesherbes abrió huecos en su gestión, los cuales dejaron espacio para que las obras no oficiales pero inofensivas circularan sin recibir el reconocimiento legal de parte del Estado. Esta práctica se remontaba al siglo XVII, cuando el Estado intentó controlar la letra impresa sometiendo a las instituciones que caracterizaron el absolutismo de Luis XIV: la censura (*censeurs royaux* adscriptos a la *Direction de la librairie* o administración del comercio del libro); la Policía (especializados *inspecteurs de la librairie* a las órdenes del teniente general de la policía en París); y un gremio monopólico (las corporaciones de provincia y en especial la *Communauté des libraires et des imprimeurs de Paris*, en cuyas manos estaban la mayor parte de los privilegios de los libros y se encargaban de hacerlos valer por medio de la inspección de los envíos domésticos). Un libro tenía que salvar todo tipo de obstáculos en el interior de este sistema para publicarse legalmente y aparecer con el privilegio real bien impreso al frente. El privilegio, al igual que el moderno *copyright*, le otorgaba a su propietario el derecho exclusivo de reproducir el texto. Pero asimismo ser-

<sup>2</sup> C.-G. de Lamoignon de Malesherbes, *Mémoire sur la liberté de la presse*, escrita en 1788, publicada en 1809, y reimpressa en Ginebra, 1969, p. 300.

vía como un sello real de aprobación. El privilegio era garantía de la calidad y la ortodoxia de la obra, y la misma función cumplían las aprobaciones de los censores, las cuales por lo general acompañaban el privilegio, al principio o al final del libro. Para ser totalmente legal, el libro debía plegarse a los elaborados patrones que fijaba el Estado.

Cualquier cosa que se alejara de estos patrones se imprimía por lo general fuera de Francia y se introducía de contrabando al reino. Docenas de casas editoras surgieron alrededor de las fronteras de Francia. Cientos de agentes se encargaban del funcionamiento del sistema clandestino que hacía llegar los libros a los lectores. Pero esta enorme industria se llevaba gran parte de la riqueza del reino a la vez que difundía en su interior abundantes ideas heterodoxas. Ante la incapacidad de destruir la competencia que él mismo había ayudado a crear, el gobierno francés implementó categorías para permitir el comercio de libros que no podían recibir el privilegio real pero que no atacaban a la Iglesia, al Estado o a la moral convencional. Para 1750, los inspectores del libro distinguían diversos matices de legalidad en un amplio espectro, los cuales iban de los *privileges* a las *permissions tacites*, pasando por las *permissions simples*, las *permissions de police* y las *simples tolérances*. Lo legal se confundía con lo ilícito en grados casi imperceptibles. Pero mientras tanto ya había surgido una literatura libertina que lesionaba todos los valores ortodoxos del Antiguo Régimen. De suerte que el régimen contestó con renovada represión, ahora en contra de los libros que ocupaban el extremo más distante del espectro, en una categoría de ilegalidad exenta de impurezas, más allá del límite, fuera de la ley por completo. Ésos son los libros que me propongo estudiar.

Más fácil es decirlo que hacerlo. El elemento irremediamente ilegal en la literatura del siglo XVIII no salta a la vista del siglo XX. Algunas portadas exponen su carácter



prohibido en un lenguaje procaz –*Le Cul d'Iris*– o por medio de provocativas direcciones falsas: “impreso en Filadelfia”, o “bajo el signo de la libertad”, o “a cien leguas de La Bastilla”. Pero las más tienen una apariencia anodina, o al menos no parecen más ilegales que las obras cuasi ilícitas que toleraba el gobierno. ¿Cómo identificar los verdaderos “libros malos” (*mauvais livres*), como los conocía la Policía? La Policía tenía unas cuantas listas. El consejo del rey emitía condenas individuales. Los obispos condenaban desde los púlpitos. Y el verdugo público laceraba y quemaba los libros prohibidos en solemne ceremonia al pie de la escalinata principal del Parlamento de París. Pero ninguna de estas actividades generó la documentación suficiente que nos permita estudiar el cuerpo completo de la literatura prohibida.

La única forma de rastrear todos los libros “malos” es seguirlos a lo largo de los canales del comercio clandestino del libro, y sólo se puede acceder a esos canales por medio de los documentos de los profesionales que hacían uso de ellos. Sin embargo los únicos documentos que han sobrevivido provienen de una sola fuente: la *Société typographique de Neuchâtel*, gran editora y mayorista que abasteció al mercado francés desde el principado de Neuchâtel en la Suiza francesa. Esos archivos contienen material suficiente –cincuenta mil cartas y varios estantes de libros de contabilidad– para reconstruir el comercio entero en Francia. Pero estos archivos tienen ciertas limitaciones, por lo que resulta necesario completarlos a partir de la investigación en los enormes archivos parisinos relacionados con la administración y la vigilancia del comercio del libro. Después de haber trabajado todo este material, quiero dar a conocer lo que allí encontré.

De hecho, el tema resulta muy amplio como para meterlo entre las tapas de un solo volumen. Este libro –junto con su compañero, *The Corpus of Clandestine Literature*– es

el segundo de una trilogía. El primero fue una historia editorial de la *Encyclopédie* de Diderot, y el tercero será un estudio de la edición y de la venta de libros en general.<sup>3</sup> Esta obra está dedicada a los libros mismos: su identificación, su difusión y sus textos.

Aun cuando encuentro tan fascinante esta investigación a la que le he dedicado veinticinco años, comprendo que para algunos de mis lectores acaso tenga la apariencia de un mero ejercicio de anticuario. Por qué molestarse en identificar un corpus literario olvidado por doscientos años, se preguntarán. ¿Por qué empeñarse en los *best sellers* del siglo xviii cuando los de nuestra época con frecuencia parecen textos tan triviales? ¿Qué es lo que está en juego en toda esta erudición?

En primer lugar, respondería que la historia de los libros como una disciplina nueva en el interior de las “ciencias humanas” permite obtener una visión más amplia de la literatura y de la historia cultural en general. Es posible estudiar la literatura como parte de un sistema cultural general por medio de la identificación de los libros que llegaban a los lectores en toda una sociedad y (cuando menos hasta cierto punto) de la forma en la que los lectores les dieron sentido. Esta perspectiva obliga a abandonar las ideas preconcebidas sobre los libros importantes de los autores famosos. Pero

<sup>3</sup> Robert Darnton, *The Business of Enlightenment: A Publishing History of the Encyclopédie, 1775-1800*, Cambridge, Mass., 1968 [trad. esp.: *El negocio de la Ilustración. Historia editorial de la Encyclopédie*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006]. Publiqué ensayos sobre este asunto en dos libros: *The Literary Underground of the Old Regime*, op. cit., y *Gens de lettres, gens du livre*, París, 1992. También redacté en francés una versión preliminar de este libro: *Edition et sédition. L'Univers de la littérature clandestine au xviii siècle*, París, 1991 [trad. esp.: *Edición y subversión. Literatura clandestina en el Antiguo Régimen*, Madrid, Turner, 2004]. Pero aunque *Edición y subversión...* abarca parte del mismo material, se concentra en los editores y libreros más que en los propios libros; y no incluye la información completa sobre el corpus total de las obras prohibidas.

esto no quiere decir que a la literatura se la deba tragar la sociología. Al contrario, muchos de los *best sellers* olvidados se siguen leyendo hoy muy bien. Con el análisis detallado de algunos de ellos, espero mostrar la manera en la que el estudio textual pertenece a la esencia de la historia del libro como disciplina. Así como espero ofrecer una guía básica para posteriores investigaciones con la bibliografía que formé con el corpus completo de los libros prohibidos en la Francia anterior a la Revolución, la información sobre su distribución geográfica y la fuerza relativa de la demanda que cada cual tuvo.

Falta muchísimo por hacer, pues la mayor parte de esta literatura nunca se ha investigado. Con el fin de poner una parte de esta literatura al alcance de los lectores contemporáneos, incluí aquí una breve antología de fragmentos de tres de las obras más valiosas. Con estas muestras el lector podrá formarse su propia impresión del mundo de la literatura ilegal. Podrá parecerle sorprendente, impactante, impertinente, o cómica; pero con seguridad ha de verse muy distinta del mundo que ha vuelto familiar la variedad de la historia literaria de los grandes autores y sus grandes obras.

En segundo lugar espero mostrar cómo la historia de los libros desemboca en el campo más amplio de la historia de la comunicación. La literatura misma se puede entender como un sistema de comunicación, el cual va desde los autores y editores hasta los impresores y libreros y lectores. Asimismo pertenece a una cultura general, en donde los medios de información de todo tipo —impresos, escritos, orales y visuales— se sobreponen y conectan entre sí. En la Francia del siglo XVIII, los libros no competían con la radio y la televisión, sino que circulaban en una sociedad agobiada por el chisme, los rumores, las bromas, los cantos, los grafitis, los carteles, las pasquinadas, los letreros, las cartas y los diarios. Muchos de estos medios de información dejaron su marca en los libros mismos, de igual modo en que

los libros tuvieron su impacto en esos medios. El proceso de transmisión y amplificación inundó de palabras e imágenes a Francia. ¿Pero cómo funcionó y cómo amenazó la estabilidad del Antiguo Régimen?

Estas preguntas conciernen a una tercera área que deseo investigar: la articulación de las ideologías y la formación de la opinión pública. Éste es un terreno especulativo, pues sólo tenemos una vaga noción de lo que era el público —en el caso de que en efecto podamos hablar de un solo público— y de la manera en que generó opiniones en el siglo XVIII. Pero los libros prohibidos contienen tanta información sobre lo que ellos llaman la “opinión pública” que no resistí la tentación de especular.

Las especulaciones me devolvieron a una cuarta área de estudio, mucho más familiar y concreta: la historia política y los orígenes de la Revolución Francesa. Aquí sólo puedo esbozar un argumento que espero completar a fuerza de investigación; pero creo que merece un lugar en el estudio de los libros prohibidos, pues estos libros comportaban un mensaje político y una idea general de la política. A decir verdad, no tenían correspondencia alguna con la verdadera manera de ejercer el poder en Versalles. Por el contrario, tuvieron tan poco que ver con la realidad política, que representan lo que yo llamo “folclore”. Pero al hacerlo así, le dieron forma a la realidad misma y ayudaron a determinar el desarrollo de los acontecimientos.

Tal vez estoy prometiendo más de lo que puedo dar, por lo que más vale que vuelva a mi punto de partida, la pregunta de Mornet acerca de lo que los franceses leían antes de 1789. Es una pregunta rectora, una de las preguntas más afortunadas de la historia, porque el tratar de responderla nos lleva al fondo de un terreno desconocido. Este libro explora ese territorio. Quiere plantear nuevos interrogantes a la vez que asedia interrogantes viejos, y sugerir algunas implicaciones generales en un campo de investigación que ya



no necesita ser reconocido pero que ahora debe mostrar que es digno de lo que prometió: el estudio de la letra impresa como una fuerza en la historia.

Al dar a la imprenta los resultados de esta investigación luego de tantos años de trabajo, debo consignar mi deuda con la Society of Fellows de la Universidad de Harvard, la cual me permitió iniciarla en 1964, y a la Fundación Mac Arthur, que me ayudó a continuarla en el último tramo. Terminé de escribirla en la amable atmósfera del Wissenschaftskolleg zu Berlin. Y a lo largo del camino conté con el beneficio de la crítica de muchos amigos y colegas, en particular de Raymond Birn, Peter Brown, Roger Chartier, Steven Forman, Carlos Forment, Anthony Grafton, Christian Jouhaud, Jeffrey Merrick, Pierre Rétat, François Rigolot y Dale Van Kley. Cynthia Gessele ofreció una ayuda en el cálculo de las estadísticas, Marjorie Asbury en la mecanografía de la bibliografía y Susan Darnton en la traducción al inglés de los textos en francés. La bibliografía se enriqueció asimismo con el consejo de Robert Dawson y Vivianne Mylne, cuya muerte privó de uno de nuestros mejores colegas a los estudiosos del siglo xviii.

## PRIMERA PARTE

### LA LITERATURA PROHIBIDA Y EL MERCADO LITERARIO

## I. LA FILOSOFÍA POR DEBAJO DE LA MANGA

Al lacerar y quemar los libros prohibidos en el patio del Palacio de Justicia de París, el verdugo no hacía sino rendirle tributo al poder de la letra impresa. Sólo que con frecuencia lo que destruía eran ejemplares falsos, mientras que los originales se los quedaban los magistrados –y ellos eran menos proclives a los autos de fe de lo que por lo general se cree–. Como sabían que nada promueve las ventas mejor que una buena hoguera, preferían recoger libros y encarcelar libreros con el menor ruido posible. Según un cálculo, las autoridades condenaron únicamente un promedio anual de 45 libros y panfletos durante las décadas de 1770 y 1780, y de ellos sólo quemaron en público 19.<sup>1</sup>

Sin embargo, mientras esas obras se consumían en las llamas, miles más circulaban en secreto por los canales del comercio clandestino del libro. Constituían la dieta básica de la literatura ilícita para los hambrientos lectores en todo el reino. Pero nadie sabe cómo eran.

¿Qué tamaño y cuál era la forma de este enorme cuerpo bibliográfico, cuál variedad era la más común en las ventas “bajo la manga” (*sous le manteau*) de los agentes viajeros

<sup>1</sup> El cálculo es mío, a partir del material relativo a las condenas anuales de libros en el apéndice de Félix Rocquain, *L'Esprit révolutionnaire avant la Révolution, 1715-1789*, París, 1878. Muchos de los libros condenados no eran sino panfletos. En lugar de quemarlos, la mayor parte fueron meramente “suprimidos” por un edicto del Consejo de Estado o del Parlamento de París, lo que significaba que serían confiscados en caso de que la Policía los encontrara, y que el comerciante que los vendiera podía ser multado o encarcelado.



que andaban por todas partes? El propio régimen no tenía idea. A pesar de ciertos esfuerzos en el orden de lo libresco de parte de la Policía, ésta no llevaba un registro de todos los títulos que podían considerarse ilegales aun cuando nunca hubiesen sido condenados de manera formal.<sup>2</sup> La noción misma de legalidad en la literatura siempre fue vaga, toda vez que las autoridades que estaban a cargo del comercio del libro hacían trampa con la frontera que separaba lo lícito de lo ilícito. Del lado legal, los funcionarios no sólo expedían varios tipos de privilegios y permisos sino también autorizaciones eventuales que pasaban sin nombre o que aparecían en los registros con circunloquios tales como "permitido únicamente a personas muy bien conocidas".<sup>3</sup> Del lado de lo ilícito, los mismos funcionarios confiscaban ediciones piratas de libros legales (*contrefaçons*), libros legales que un individuo importaba sin haber acudido a un librero oficial, libros que no eran ofensivos pero que carecían de todo tipo de permisos —con frecuencia importaciones de libros autorizados en otros países—, y libros que violaran alguno de los tres puntos que especificaban los edictos reales

<sup>2</sup> La lista más amplia que llegaron a compilar los funcionarios encargados del comercio del libro está en la Bibliothèque Nationale, ms. fr. 21928-21929, que contiene 1.563 títulos de todo tipo de obras, muchas de las cuales jamás se imprimieron, de 1696 a 1773. Pero la lista no es muy exacta y no representa la literatura en circulación durante los años anteriores a la Revolución. El inspector del comercio del libro Joseph d'Hémery llevaba notas de todos los libros de los que tenía noticia. Aunque su diario es otra valiosa fuente de información, sólo va de 1750 a 1769, y puede leerse como testimonio de la enormidad del corpus de los libros prohibidos y de la impericia de la Policía para controlarlo: Bibliothèque Nationale, ms. fr. 22156-22165 y 22038. Véase Nelly Lhotellier, "Livres prohibés, livres saisis. Recherches sur la diffusion du livre interdit à Paris au xviii<sup>e</sup> siècle", disertación de maestría inédita, Universidad de París, 1, 1973, y Marlinda Ruth Bruno, "The Journal d'Hémery, 1750-1751: An edition", tesis de doctorado inédita, Universidad de Vanderbilt, 1977.

<sup>3</sup> Hans-Christoph Hobohm, "Der diskurs der zensur: über den walden der literarischen zensur zur zeit der 'proscription des romans' (Paris, 1737)", en *Romanistische Zeitschrift für Literaturgeschichte*, vol. x, 1986, p. 79.

y los informes de los censores: menoscabar la autoridad del rey, de la Iglesia o de la moral convencional.

Era imposible determinar el grado de iniquidad entre los "libros malos", como los llamaba la Policía, en la última categoría —y tales distinciones importaban porque algunos libros, en el caso de llegar a ser confiscados, podían ser devueltos al librero y algunos podían dar pie para enviar a éste a La Bastilla—. Entre 1771 y 1789, los funcionarios del gremio de libreros en París llenaron una serie de registros con los títulos de todos los libros confiscados en las Aduanas de París. Al principio los clasificaron bajo tres rubros generales: "libros prohibidos" (para ser recogidos y destruidos), "libros no permitidos" (para devolver en ciertos casos al remitente) y "libros piratas" (para venderlos en beneficio de los libreros que poseían el privilegio original). Sólo que al acumularse las entradas, las distinciones se desintegraron en la confusión que causó el abultamiento de términos inconsistentes; y finalmente el sistema de clasificación terminó en una confusa masa de 3.544 entradas con una sola característica en común: todos en cierto modo olían a ilegalidad.<sup>4</sup>

Tratándose de distinciones detalladas, los funcionarios no podían confiar en su olfato. ¿Quién era capaz de estar al día de una literatura que brotaba de todas las imprentas? ¿Quién podía decir cuál era la diferencia entre un libro cuasi legal y uno moderadamente ilegal? Se suponía que los agentes navieros tenían esta habilidad, ya que ellos podían ser multados por ingresar literatura ilegal. Sin embargo, Jean-François Pion, un agente en Pontarlier, se confesó in-

<sup>4</sup> Bibliothèque Nationale, ms. fr. 21933-21934. Los primeros registros, ms. 21931-21932, van de 1703 a 1771, pero por lo general no se dan las razones de las confiscaciones; los registros posteriores ofrecen demasiadas. De ahí la confusión. Pero como se explica más adelante, los libros más ilegales y más peligrosos se pueden cernir de toda la verborrea, de suerte que estos manuscritos son una valiosa fuente en la identificación de la literatura prohibida.

capaz de reconocer los libros prohibidos. Y esta respuesta recibió al pedir ayuda a un funcionario de la oficina de aduanas en la frontera suiza:

No puedo decirle con certeza a Monsieur Pion cuáles son los libros prohibidos. En general, nada que se oponga a la religión, al Estado y a las buenas costumbres puede entrar. Hay prohibiciones específicas en contra de ciertos libros, como la historia pirata de Francia, la *Encyclopédie* y otros. Pero la calidad de los libros no es muy de la incumbencia de la oficina de aduanas. Es un asunto que corresponde al gremio de los libreros.<sup>5</sup>

Los libreros, desde luego, estaban mucho mejor informados. Ellos hacían los pedidos y los síndicos de sus gremios los inspeccionaban, en compañía, en principio, de un *inspecteur de la librairie* real. Sólo que la mayor parte de los libreros apenas tenía una idea aproximada de los libros que estaban realmente en circulación, en especial de los que transitaban en los bajos fondos. Las publicaciones literarias debían pasar por la censura y se suponía que no debían reseñar tales obras, aunque en algunas ocasiones sí lo hicieron. Ni siquiera por el título se podía juzgar una obra. Desde luego que los títulos de las portadas arrojaban muchas pistas. Era probable que fuera legal todo aquello que llevara impresa al pie la fórmula de costumbre –“con la aprobación y el privilegio del rey”–, aunque podía ser pirata. Todo aquello que llevara una dirección flagrantemente falsa –“impreso a costa del Vaticano”, “en la imprenta de Príapo”, “chez Guillermo Tell”– no daba muestras de tener

<sup>5</sup> Jean-François Pion de Pontarlier a la *Société typographique de Neuchâtel*, 21 de noviembre de 1771, con el texto de la nota de Monsieur Petit, el “buraliste” [burócrata] en la oficina de aduanas en Frambourg: documentos de la *Société typographique de Neuchâtel* (en adelante STN), Bibliothèque publique et universitaire, Neuchâtel, Suiza.

ningún respeto por la ley. Pero entre esos dos extremos había suficiente espacio para la confusión. Era común que los libreros hicieran sus pedidos a partir de catálogos o incluso de los rumores que circulaban por las vías informales de comunicación del gremio, pero con frecuencia confundían los títulos. Algunos de los libreros hasta escribían con dificultad. Cuando Poinçot de Versailles pidió veinticinco “*nouvelles des couvertes des ruse*”, su proveedor suizo entendió que quería un libro de viajes, *Nouvelles découvertes des russes*. El suizo asimismo leyó correctamente su señalamiento sobre “*la bes Raynalle*” como una referencia a la obra del abate Raynal, *Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce de§ européens dans les deux Indes*.<sup>6</sup> Pero tremendo error cometieron con una orden de la viuda de Baritel de Lyon, que al parecer se refería a unos inocentes “*Portraits des Chartreux*” cuando en realidad era la pornográfica y anticlerical *Histoire de dom B... portier des Chartreux*.<sup>7</sup>

Este tipo de errores podían tener serias consecuencias. Librero al que se le encontrara un ejemplar de *Histoire de dom B...* en su establecimiento podía terminar en la cárcel o ser expulsado del gremio. Un carretero que lo llevara consigo se exponía a una multa y a la obligación de entregar todo el cargamento que llevara en su vehículo. Un carretero que lo trajera consigo podía acabar marcado con las letras GAL (que significaban *galérien* o convicto a la galera) y enviado en cadenas a remar en las galeras. Estos castigos en efecto se daban.<sup>8</sup> El Antiguo Régimen en sus últimos años

<sup>6</sup> Poinçot a la STN, carta sin fecha recibida el 22 de septiembre de 1781, y Poinçot a la STN, 1º de junio de 1781.

<sup>7</sup> Viuda de Baritel a la STN, 9 de septiembre de 1774, y “*Livre de Commissions*” de la STN, entrada para la orden de Baritel del 9 de septiembre de 1774.

<sup>8</sup> El 24 de septiembre de 1768, el Parlamento de París condenó a Jean-Baptiste Josserand, tendero, Jean Lécuyer, comerciante en bienes usados, y a la esposa de Lécuyer, Marie Suisse, por vender *Le Christianisme dévoilé*, *L'Homme aux quarante écus*, *La Chandelle d'Arras* y libros similares. Du-



no fue el mundo alegre, tolerante, a la *laissez-faire* que han imaginado algunos historiadores, y La Bastilla no era un hotel de tres estrellas. Si bien no hay que confundirlo con la cámara de torturas que inventaron los propagandistas prerrevolucionarios, el Antiguo Régimen arruinó las vidas de muchas personas involucradas en la literatura —no tanto a los autores como a los editores y libreros, los profesionales que hacían que la literatura sucediera aun cuando ellos no fueran sus creadores—. Todos los días, en el desarrollo de sus transacciones cotidianas, estas personas tenían que distinguir entre los libros legales e ilegales. Estudiar la manera en la que enfrentaron esta dificultad en el siglo XVIII, permite pasar hacia la solución de un problema que dos siglos más tarde habría de abrumar a los historiadores: el problema de identificar el elemento peligroso en la literatura que circuló en Francia antes de la Revolución. Este procedimiento ofrece una salida ante los riesgos del anacronismo. En lugar de empezar con las nociones modernas sobre lo que debió representar una amenaza para las ortodoxias del Antiguo Régimen, abre la posibilidad de identificar los libros prohibidos por medio del examen de las prácticas de los libreros del siglo XVIII: la manera en la que se referían al asunto en la jerga de su ramo, la forma en la que los intercambiaban, vendían, solicitaban, empacaban, embarcaban y vendían en todo el vasto sistema para hacer llegar los libros a los lectores afuera de los límites de la ley.

rante tres días se los expuso encadenados en el Quai des Augustins, en la Place des Barnabites y en la Place de la Grève portando un cartel que decía: "Proveedor de libelos impíos e inmorales". Luego se marcó en el hombro derecho a los dos hombres con las letras GAL y los enviaron a las galeras, Lécuyer por cinco años, Jossierand por nueve, después de los cuales sería expulsado para siempre del reino. Madame Lécuyer fue enviada a prisión en la Maison de force del Salpêtrière por cinco años. Unas *lettres de grâce* atenuaron estos castigos, sólo que arribaron demasiado tarde: Bibliothèque Nationale, ms. fr. 22099, folios 213-221.

## LA JERGA DEL RAMO

El problema relativo a la demarcación de la literatura prohibida en un principio aparece como un asunto de lenguaje. En el interrogatorio realizado a uno de los presos en La Bastilla, un vendedor de libros de nombre Hubert Cazin a quien se descubrió con todo tipo de libros prohibidos y de papeles comprometedores en su establecimiento en Reims, la Policía le pidió que explicara un término intrigante que con frecuencia aparecía en su correspondencia: "artículos filosóficos". Cazin lo definió como una "expresión convencional en el comercio del libro para caracterizar todo lo que está prohibido".<sup>9</sup> La Policía estaba al tanto de otros términos: "libros clandestinos", "drogas", "miserias". Como ya se dijo, la Policía tenía su propia expresión favorita: *mauvais livres*, "libros malos". Los impresores empleaban otra en el argot del oficio: *marron*, "castaño" (libro prohibido); *marronner*, "castañear" (trabajar en un empleo clandestino).<sup>10</sup> Pero los editores y los libreros preferían un término más elevado, *livres philosophiques*: "libros filosóficos". En su código comercial servía como una señal para referirse a los libros que los podían meter en problemas, libros que había que manejar con cuidado.

La terminología del ramo puede estudiarse mejor en los documentos de la *Société typographique de Neuchâtel*, importante casa editora y mayorista que abasteció al mercado francés desde el principado de Neuchâtel en la Suiza francesa. Al igual que docenas de casas similares, la STN enfren-

<sup>9</sup> Charpentier, *La Bastille dévoilée, ou recueil de pièces authentiques pour servir à son histoire*, IV, París, 1789, p. 119.

<sup>10</sup> A. F. Momoro, *Traité élémentaire de l'imprimerie, ou le manuel de l'imprimeur*, París, 1793, pp. 234 y 235. Momoro especificaba que este "término proveniente del Antiguo Régimen" abarcaba a los "libelos, las obras en contra del Estado, la moral, la religión, los ministros, el rey, los magistrados, etcétera".

taba el problema cotidiano de armonizar la oferta con la demanda y eso suponía lidiar con una cantidad formidable de problemas de comunicación. Además de la dificultad de hacer llegar a la persona indicada en el lugar indicado en el momento indicado el envío de los pesados y delicados pliegos de papel, sin encuadernar, por caminos primitivos, los editores tenían que descifrar las cartas que recibían; y sus clientes tenían que recibir bien el mensaje cuando les remitían sus pedidos. Los directores de la STN recibían cartas de libreros a los que no conocían, de lugares que nunca habían visto, solicitándoles obras de las que nunca habían oído hablar. Muchas veces los títulos no eran los correctos, estaban mal escritos, o eran ilegibles. Y los libros con frecuencia eran peligrosos. Enviar el libro equivocado por el canal equivocado era tentar al desastre. ¿Cómo distinguir lo bueno de lo malo en el agitado mar de la literatura francesa y de la confusión del correo de cada día?

Los editores se apoyaron en su código. "Filosofía" era señal de peligro. Cuando los directores de la STN se metieron en este negocio por primera vez, no almacenaban muchos libros prohibidos y no aprobaban la jerga del ramo: "De tanto en tanto salen algunas obras nuevas que reciben el inapropiado apelativo de *filosóficas*", le escribieron a un librero. "No manejamos ninguna, pero sabemos en dónde localizarlas y las podemos surtir cuando nos las solicitan".<sup>11</sup> Pero en breve comprendieron que el término "filosófico" nombraba un sector vital del ramo para muchos de sus clientes. P.-J. Duplain en Lyon les informó que estaba dispuesto a hacer negocios con ellos, "sobre todo en el género filosófico, que parece ser el preferido en nuestro país". Manoury escribió desde Caen: "N.B.: ¿Tendrán algunas cosas filosóficas? Ésa es mi línea principal". Las cartas provenientes de todos los rincones del reino contenían variaciones sobre

<sup>11</sup> STN a J. Rondi, 9 de septiembre de 1773.

el mismo tema: "mercancía filosófica" (Le Lièvre, de Belfort), "obras filosóficas" (Blouet, de Rennes), "libros de filosofía" (Audréat, de Lunéville), "todo tipo de libros filosóficos" (Billault, de Tours).<sup>12</sup>

En la medida en que el código lo compartían todos los del ramo, los libreros asumían que su proveedor sabía de lo que hablaban cuando, como en el caso de Patras en Bar-sur-Aube, emitían pedidos en blanco por "tres ejemplares de todas las obras filosóficas más recientes que usted tenga". El mismo supuesto subyacía en las solicitudes de información. Tal fue el caso de Rouyer, de Langres: "Si tienen algo bueno, algo nuevo, algo curioso, algo interesante y algunos libros filosóficos buenos, les suplico me lo informen"; y Regnault el joven, de Lyon: "Mi línea es toda filosófica, de manera que no quiero casi nada fuera de eso". Se esperaba que el proveedor supiera qué libros pertenecían a esa categoría, y en todo caso los pedidos con frecuencia lo aclaraban. En un pedido de dieciocho títulos, Regnault señaló con una cruz todos los libros "filosóficos", explicando que debían ir cuidadosamente escondidos en la caja. Eran seis: *Le Compère Matthieu*, *Dom B\*\*\**, *Portier de Chartreux*, *La Fille de joie*, *L'Académie des dames*, *De l'Esprit* y *L'An 2440* —la típica selección, la cual como hoy sabemos iba de la pornografía a la filosofía—.<sup>13</sup>

#### INTERCAMBIOS

Los "libros filosóficos" no se podían manejar igual que las obras legales o ni siquiera como las moderadamente ilícitas.

<sup>12</sup> Las citas, por orden de aparición en el texto, son de P.-J. Duplain a la STN, 11 de octubre de 1772; Manoury a la STN, 4 de octubre de 1775; Le Lièvre a la STN, 31 de diciembre de 1776; Blouet a la STN, 30 de agosto de 1772; Audréat a la STN, 14 de abril de 1776; Billault a la STN, 10 de septiembre de 1776.

<sup>13</sup> Patras a la STN, 6 de junio de 1777; Rouyer a la STN, 9 de junio de 1781; Regnault el joven a la STN, 19 de septiembre y 28 de diciembre de 1774.



tas, aquellas que nada más eran pirateadas o que no habían pasado por la censura pero que no resultaban lo suficientemente ofensivas para correr el riesgo de ser confiscadas. En lugar de imprimir obras peligrosas, la STN prefería conseguir las a manera de intercambio con los especialistas en la edición clandestina, empresarios marginales dispuestos a asumir los riesgos, como Jean-Samuel Cailler en Ginebra, Gabriel Décombaz en Lausana y Samuel Fauche en la misma Neuchâtel. Los intercambios fueron comunes en todos los tipos de edición del siglo XVIII. Un editor lograba difundir rápidamente sus ediciones, al intercambiar obras que él imprimía por surtidos provenientes del acervo de otras casas, reduciendo así el riesgo de la piratería o de la contrapiratería, a la vez que incrementaba el surtido de su propio catálogo. Los editores equilibraban sus cuentas de intercambio (*comptes de changes*) calculando el número de pliegos que pasaban de unas manos a otras. Salvo en el caso de formatos fuera de lo común o de ediciones ilustradas, el pliego de un libro valía lo mismo que el pliego de otro. Pero los *livres philosophiques* valían más que los libros comunes y corrientes. Se cotizaban más alto en el mercado y su costo de producción era más elevado, o cuando menos suponía mayores riesgos, pues hasta en la relativa libertad de los pueblos suizos, las autoridades locales, azuzadas por los pastores calvinistas, en ocasiones requisaban ediciones e imponían multas. De ahí que los intercambios que tuvieran que ver con obras prohibidas requirieran tasas especiales: dos pliegos de un "libro filosófico" por tres de una edición pirata común, o un pliego por dos, o tres por cuatro, según la capacidad de regateo de cada quien.

La STN obtenía los mejores arreglos y los libros más audaces desde Ginebra, en donde un puñado de pequeños editores marginales crecía a la sombra de las grandes casas editoras como Cramer y de Tournes. En abril de 1777, dos de los directores de la STN recibieron el siguiente recordato-

rio proveniente de la casa matriz, mientras realizaban un viaje de negocios hacia Ginebra:

Hasta el día de hoy, Ginebra ha sido nuestra principal fuente de libros filosóficos, los cuales, en atención al gusto del presente siglo, conforman una parte esencial de nuestro acervo. Nos han proveído de ellos Cailler, G. Grasset y Gallay, a razón de dos pliegos de los suyos por tres de los nuestros: vean qué pueden arreglar con ellos.<sup>14</sup>

Los archivos no dicen qué sucedió en esta sesión de regateo en particular, pero la naturaleza general del regateo queda clara en la correspondencia de la STN con dos de sus proveedores más importantes en Ginebra, Jacques-Benjamin Téron y Gabriel Grasset.

Téron se ganaba la vida dando clases de matemáticas, vendiendo libros, dirigiendo un *cabinet littéraire* (una biblioteca comercial) y realizando cualquier tipo de trabajo intelectual que le procurara algún ingreso. Entre las quiebras de 1773 y 1779, Téron fundó un pequeño negocio editorial. Seleccionó unos cuantos libros prohibidos que parecían tener buena demanda y, con el capital que le prestó un amigo, contrató a los impresores locales para producir ediciones clandestinas. Éstas las vendía en efectivo por debajo del agua y las intercambiaba por obras legales que se podían ofrecer abiertamente en su librería, la cual no era más que un cuarto en el segundo piso de una casa situada en la Grand'rue de Ginebra. Al percibir una nueva fuente de abastecimiento potencialmente valiosa, la STN le escribió a Téron en abril de 1774: "Muchas veces nos solicitan el tipo de libros llamados *filosóficos*. Déjenos saber si usted estaría o no en condiciones de proveernos de ellos. Con gusto nos

<sup>14</sup> Jean-Elie Bertrand, de la STN en Neuchâtel, a Frédéric-Samuel Osterwald y Abram Bosset de Luze en Ginebra, 19 de abril de 1777.

abasteceremos con usted, y no hay duda de que el trato le ha de convenir". Téron contestó a vuelta de correo: "Les daré tres pliegos del libro filosófico que ustedes quieran por cada cuatro pliegos de lo que yo escoja en su acervo". Los términos eran buenos, sólo que la STN era cliente de peso; y Téron se vio obligado a ganarse la buena voluntad de la STN, ya que no había liquidado sus cuentas en algunas de sus especulaciones anteriores. Tres semanas después, Téron despachó su primer pedido: "8 *Histoire critique de Jésus-Christ*, 6 *Lettres de Bolingbroke*, 3 *Traité des trois imposteurs*, 6 *Théologie portative*, 12 *Catéchumène*, 2 *Choses utiles et agréables*, 6 *Saul*"—en total 533 pliegos y medio, o 711 pliegos a favor de la *compte de change* de Téron a la tasa acordada 3:4—. Téron se especializaba en cierto modo en las obras de Voltaire, pues tenía relación con la literatura que salía de Ferney, desde donde Voltaire dirigía la campaña en contra de *l'infâme*—en esencia, la Iglesia católica—. Aunque también manejaba raros ejemplares pornográficos y algunos tratados políticos, notablemente una edición del *Journal historique de la révolution opérée dans la constitution de la monarchie française par M. de Maupeou, chancelier de France*. A cambio, la STN le enviaba los productos relativamente inocentes de sus propias prensas. "En especial tengo necesidad de un buen número de novelas, libros de viajes y obras históricas", explicaba. Y así continuó el trueque durante cinco años, con sus altas y bajas, hasta que el negocio de Téron quebró.<sup>15</sup>

Gabriel Grasset supervisó la imprenta de los Cramer durante varios años antes de fundar su propio negocio de impresión y venta de libros. No obstante cierto patronazgo *sub rosa* de parte de Voltaire, el negocio nunca dio para mucho, ya que Grasset era más impresor que comerciante. Tenía dos prensas y él mismo se hacía cargo de las facturas y

<sup>15</sup> STN a Téron, 6 de abril de 1774; Téron a la STN, 14 de abril de 1774; Téron a la STN, 23 de abril de 1774; Téron a la STN, 10 de junio de 1777.

de la correspondencia, revolviendo las cuentas y atrasándose constantemente en sus pagos. Las cosas se llegaron a poner tan mal para abril de 1770 que puso en venta todo su material a la STN y se ofreció a irse con ellos y trabajar como capataz. Pero se mantuvo a flote imprimiendo libros prohibidos y vendiéndolos por debajo de la manga.

Los intercambios de Grasset con la STN comenzaron en 1772 a razón de la tasa vigente de dos pliegos por uno, ya que él insistió en que menos no aceptaría: "Como todos los librerros me dan dos pliegos por cada pliego del tipo filosófico, a ustedes les propongo el mismo acuerdo". Grasset seleccionaba las obras del catálogo de la STN, y ésta elegía lo que quería de los libros que tenía en su acervo a partir de las listas que él enviaba. Al rato la STN estaba intercambiando su edición de la Biblia por *La Profession de foi des théistes* y el *Traité des trois imposteurs*. Así fue como la STN adquirió otros clásicos clandestinos: *Thérèse philosophe*, *Le Compère Matthieu*, *L'An 2440*; y en lo que los libros iban y venían, la STN trató de obtener un mejor arreglo. En abril de 1774, la STN intentó hacer que Grasset aceptara tres de sus pliegos en lugar de cuatro por cada dos de los de él. Pero Grasset no cedió:

En cuanto a su proposición de intercambiar tres pliegos por dos, sin duda va en contra de nuestro viejo arreglo. Estarán ustedes de acuerdo en que los costos y los riesgos en el sector filosófico justifican una tasa superior al dos por uno. Con ánimo de seguir en tratos con ustedes, estoy dispuesto a intercambiar [a razón de dos a uno] todas las obras filosóficas cuyos precios han sido estipulados en la lista que se anexa.

Grasset sostuvo su tasa de intercambio, pero bajó la guardia. En enero de 1780, el Pequeño Consejo ginebrino lo multó y encarceló por imprimir obras obscenas e irreligiosas. Al salir de la cárcel tuvo que rematar su imprenta, aunque continuó con su acervo secreto de libros. En agosto de



1780, ofreció cambiar cien *Histoire critique de Jésus-Christ* y tal parece que continuó con sus ventas por debajo de la manga hasta su muerte en febrero de 1782.<sup>16</sup>

#### COMERCIALIZACIÓN Y PRECIOS

El señalamiento de Grasset sobre una lista anexa a su carta ilustra otra de las formas en las que los *livres philosophiques* recibían un trato especial. Se los incluía en una lista aparte, en catálogos clandestinos. Grasset imprimía los suyos en un pequeño pliego de papel que llevaba este encabezado: "Note de Livres Philosophiques". Su catálogo incluía 75 títulos ordenados alfabéticamente sin una sola indicación del lugar en el que podían obtenerse. Los editores siempre dejaron fuera de estos catálogos la información comprometedor, a diferencia de los catálogos de su lista legal, los cuales llevaban los nombres y las direcciones y circulaban abiertamente. Por ejemplo, cuando en 1780 se asociaron dos editores ginebrinos, J.-L. Chappuis y J.-E. Didier, anunciaron su fusión en una circular impresa acompañada de dos catálogos impresos. El primero de ellos cubría todo su acervo: 106 títulos de libros sobre temas corrientes: historia, viajes, derecho, religión, *belles-lettres*, todos ellos "en amplias cantidades" y perfectamente legales. El segundo, titulado "Note Séparée", incluía veinticinco obras, todas en extremo ilegales, de *L'Académie des dames* a *Vénus dans le cloître*, amén de muchos títulos de Voltaire, D'Holbach y libelos políticos.<sup>17</sup>

Parece ser que este tipo de catálogos circularon por todas partes en el mercado clandestino de libros, aunque los bibliógrafos modernos los hayan pasado por alto. En la do-

<sup>16</sup> Gabriel Grasset a la STN, 19 de junio de 1772 y 25 de abril de 1774.

<sup>17</sup> El catálogo de Grasset está en su carta a la STN del 25 de abril de 1774; los catálogos de Chappuis y Didier están en su carta del 1º de noviembre de 1780.

cumentación de la STN se conservan cinco de ellos pertenecientes a sus proveedores en Ginebra y Lausana y dos más que ella misma formó: un listado a mano de 110 obras con el título "*Livres philosophiques*", probablemente de 1775, y un listado impreso de dieciséis títulos bajo el nombre "*Note séparée*", fechado en 1781. Los catálogos cumplían dos fines: a los editores y mayoristas les daban a conocer el acervo del que se podían seleccionar los intercambios; a los que vendían al menudeo les indicaban cuáles eran las obras que podían conseguir por medio de los canales clandestinos. Pero los catálogos eran peligrosos en sí mismos, de manera que ellos también circulaban clandestinamente. Una de las evidencias más incriminadoras en los documentos que se llevó la Policía al realizar una redada en la librería de la viuda de Stockdorf en Estrasburgo, en marzo de 1773, era el impreso "*Catalogue de livres français / à Berne 1772*". Incluía 182 títulos y le ofreció a la Policía un panorama espléndido del acervo de un proveedor suizo y de su comercio con un cliente francés. Jeremy Wittel, editor suizo en un viaje de negocios a París en 1781, fue arrestado nada más que por distribuir "un catálogo impreso de libros malos". Cuando los librerros intercambiaban estos catálogos en el interior de Francia, empleaban una buena dosis de reservas: cartas cifradas, con los nombres y las direcciones expurgados y exhortaciones como "No digas nada de mi catálogo". La Policía estaba al tanto de todas estas maniobras. Con la esperanza de congraciarse con un funcionario clave en el Departamento del Comercio del Libro (*Direction de la librairie*), la STN envió a uno de sus mayores clientes, Poinçot de Versailles, a que presentara el argumento de la sociedad armado con su catálogo legal. "Quedó satisfecho", informó Poinçot. "Pero me dijo, 'Tienen otro catálogo para sus libros malos'."<sup>18</sup>

<sup>18</sup> Los catálogos secretos de la STN, junto con una media docena de ejemplares de sus acostumbrados catálogos legales, pueden localizarse en

No obstante el peligro, los catálogos eran esenciales para la comercialización y los editores los enviaban por el correo normal. En agosto de 1776, la STN trató de atraer nuevos clientes por medio de una circular que envió a 156 librerías dispersas por Europa. Si bien sus nombres quedaron registrados en el copiador, un empleado anotó "con libros fil." en unos casos, "sin libros fil." en otros. Los primeros –veteranos confiables como Bouchard en Metz, Babin en Nancy y Chambeau en Aviñón– acaso estuvieran interesados en literatura ilegal y se les confió un catálogo clandestino. Los segundos –Molin en Valencia, Bouardel y Simon en Barcelona, Borel en Lisboa, Hermil en Nápoles– vivían en países católicos peligrosos, en los que estas cosas mejor no había que incluirlas en las cartas.<sup>19</sup>

Los librerías franceses al parecer no temían demasiado al correo comprometedor. A pesar del empleo ocasional de criptogramas y de señalamientos sobre sellos violados en los gabinetes secretos de la Policía, los librerías no tenían empacho alguno para pedir libros filosóficos. Laisney, de Beauvais, protestó cuando la STN le envió el acostumbrado catálogo legal. A él no le interesaba el material común y corriente; él quería "varias obras filosóficas que no aparecen en vuestro catálogo y que no obstante ello yo creo que se

un expediente etiquetado "Société typographique de Neuchâtel" en los documentos de la STN. El catálogo, confiscado con los documentos de la viuda de Stockdorf, se encuentra en la Bibliothèque Nationale, ms. fr. 22101, folios 242-249. La observación sobre Wittel aparece en Quandet de Lachenal a la STN, 6 de mayo de 1781. Una relación completa de las intrigas relacionadas con la observación relativa a ocultar el catálogo a "mamá" se puede encontrar en el dossier de Noël Gille, Bibliothèque Nationale, ms. fr. 22081, folios 358-366, la cita es del folio 364 recto. Poinçot informó de su entrevista con Martin, secretario y mano derecha de Le Camus de Néville, director del Departamento del Comercio del Libro, en carta a la STN fechada el 31 de julio de 1783.

<sup>19</sup> STN, "Copie de lettres", entradas del 12 de agosto y del 19 de septiembre de 1776.

encuentran en vuestro depósito". Prévost, de Melun, les envió una queja similar: "Vuestro catálogo no tiene más que libros comunes y corrientes". Sus clientes requerían "los de otro tipo, los libros filosóficos"; y los consiguieron, una vez que la STN envió su catálogo clandestino. El mismo mensaje, fuerte y claro, llegó de Nantes, de parte de Malassis: "Enviadme tan pronto como podáis –esto es, a vuelta de correo– un catálogo de todos vuestros libros filosóficos y les venderé una buena cantidad". Siempre que los librerías trataban de libros prohibidos, asumían que sus proveedores tenían un acervo especial y que tenían catálogos especiales. Para echar a andar el sistema, mandaban la señal de costumbre: "libros filosóficos".<sup>20</sup>

Los proveedores enviaban la misma señal, con mensajes adicionales sobre comercialización y precios. A veces, como ya se dijo, la STN realizaba campañas por medio del correo. Pero todos los días les escribía a sus clientes, añadiendo observaciones colocadas estratégicamente sobre los títulos más recientes en su acervo. Uno de los típicos apartes aparece en una carta a Bergeret, de Burdeos: "En cuanto a los libros filosóficos, nosotros no imprimimos ninguno, pero sabemos en dónde conseguirlos. He aquí un breve listado proveniente de nuestro catálogo de libros filosóficos". Bergeret contestó con un pedido lleno de obras como *Thérèse philosophe* y *Théologie portative*. Pero antes de embarcarse en una operación clandestina seria, la STN creyó prudente enviar una advertencia sobre los precios en este sector:

Entre las obras que usted ha solicitado hemos advertido que hay muchas del género que se llama filosófico. Estas obras no las tenemos en el almacén, si bien podemos suministrarlas,

<sup>20</sup> Laisney a la STN, 26 de julio de 1777; Prévost a la STN, 11 de mayo de 1783; Malassis a la STN, 27 de junio de 1775. Véanse asimismo Teinturier, de Bar-le-Duc, a la STN, 2 de septiembre de 1776, y Guichard, de Aviñón, a la STN, 16 de abril de 1773.



gracias a nuestros contactos con otras casas. Hemos de advertirle, empero, que estos libros cuestan más que los otros por razones que son fáciles de imaginar. No podemos ofrecerlos al mismo precio que los otros libros en nuestro catálogo, pues nosotros mismos los tenemos que comprar más caros. No obstante, intentaremos conseguirselos en los mejores términos. Los libros de este tipo proliferan actualmente alrededor de nosotros.<sup>21</sup>

Los precios de los libros filosóficos no se comportaban como los de los otros libros. Empezaban en un punto muy alto –por lo general el doble de una obra pirata semejante– y luego bajaban y subían erráticamente, dependiendo de las condenas –siempre buenas comercialmente–, las redadas de la Policía –un estímulo para la demanda entre los lectores pero un paliativo para la clientela de los libreros– y los caprichos de la oferta –el mercado podía inundarse con media docena de ediciones producidas secreta y simultáneamente por las casas competidoras–. En términos generales, la STN establecía el precio al mayoreo de sus libros comunes y corrientes a razón de 1 *sous* por cada pliego y el de sus libros prohibidos a 2 *sous* por pliego. Con frecuencia intercambiaba dos pliegos de una obra legal por uno de un libro filosófico. Sin embargo, como sucedió con los intercambios que tenía con Téron y Grasset, esta tasa cambiaba cada vez que alguno sacaba la mejor tajada en el regateo. Y todos estaban a la expectativa de que el precio de una obra nueva se disparara hasta el cielo si resultaba lo suficientemente escandalosa y fresca en el mercado.<sup>22</sup>

<sup>21</sup> STN a Bergeret, 6 de julio de 1773; Bergeret a la STN, 7 de agosto de 1773; y STN a Bergeret, 17 de agosto de 1773. Véase también un intercambio similar entre la STN y Prévost, de Melun: Prévost a la STN, 10 de abril de 1777, y la STN a Prévost, 15 de abril de 1777.

<sup>22</sup> Al enviarle a Cazin, de Reims, su más reciente catálogo de obras filosóficas, el 24 de septiembre de 1775, la STN lamentaba no poder fijar un

La volatilidad de los precios dejó su marca en los catálogos clandestinos –literalmente, ya que con frecuencia los proveedores añadían a mano los precios vigentes–. Gabriel Grasset imprimió sin precios su “*Note de livres philosophiques*”. Luego de acordar el intercambio de sus obras por las de la STN en razón de dos pliegos por uno, Grasset escribió los precios dependiendo del número de pliegos en cada libro. Como la STN cobraba 1 *sous* por pliego, él cobró 2. De esta forma Grasset le puso precio a la *Théologie portative*, un libro de veinte pliegos, en 2 *livres* (40 *sous*). Pero sólo intercambió 33 de los 75 títulos en su lista con esa tasa. Tenía la esperanza de sacar más por los otros, entre los que se incluían clásicos como *La Fille de joie* y *L’Espion chinois*, por lo que aparecían sin precio. Asimismo insistió en un precio especial para sus dos más recientes publicaciones, *Le Taureau blanc* y *Dialogue de Pégase et du vieillard*, acabados de salir de la satánica línea de ensamblaje de Voltaire en Ferney:

En cuanto a *Taureau blanc* y *Pégase*, que contiene seis pliegos, los vendo a una *livre* [esto es, 20 *sous*] en efectivo a todos nuestros libreros ginebrinos, pues ambos están impresos en papel entintado de azul. Pero el deseo de llegar a un acuerdo con vosotros me ha llevado a ofrecerles el precio especial de 18 *sous*.<sup>23</sup>

Numerosos factores hacían fluctuar erráticamente los precios de los libros prohibidos: la novedad, la notoriedad, la calidad del papel, las ilustraciones, las ediciones corregidas y aumentadas. A menudo, la misma obra aparecía bajo diferentes formas y a precios diferentes en los diferentes catálogos. *L’Académie des dames*, un *best seller* pornográfico que

precio para tales obras: “Los precios de los libros en este género son, como usted lo sabe, muy irregulares en general y dependen de una gran variedad de diversas circunstancias”.

<sup>23</sup> Grasset a la STN, 25 de abril de 1774.

había conocido diversas metamorfosis desde su primera aparición en el mercado en 1680, aparecía en tres de los catálogos clandestinos. En 1772, la *Société typographique* de Berna la puso en su lista sin agregar ningún detalle bibliográfico a un precio de 24 *livres*. En 1776, Gabriel Décombaz, de Lausana, la ofrecía, "corregida, mejorada y aumentada, dos volúmenes en octavo con ilustraciones, 1775, 12 *livres*". Y en 1780, Chappuis et Didier, de Ginebra, proponían dos ediciones distintas: "octavo mayor, una bella edición proveniente de Holanda adornada con 37 ilustraciones, 13 *livres*", y "2 volúmenes con ilustraciones, duodécimo, 3 *livres*".<sup>24</sup>

A un valor de 2 o 3 *livres* el volumen, los libros prohibidos caían dentro del poder adquisitivo de numerosos lectores franceses. Los trabajadores calificados ganaban eso o más en un día. Pero los catálogos ofrecían precios al mayoreo y los libros debían pasar por muchas manos —contrabandistas, agentes viajeros, carreteros, minoristas— antes de llegar a los lectores. Las dificultades de la distribución magnificaban las variaciones en los precios, de suerte que el consumidor podía acabar pagando el doble o diez veces más de lo que el productor había cobrado. La competencia producía alguna compensación al llegar al nivel del minorista, pero no así en las áreas remotas que surtían los buhoneros. Ellos vendían libros filosóficos junto con libros en rústica [*chapbooks*], al precio que pudieran obtener. Paul Malherbe, quien surtía a todo un ejército de buhoneros desde su almacén secreto en Loudun, señalaba:

Más que dispuestos se muestran los buhoneros para conseguir este tipo de libros. A ellos les sacan más que a otros libros, porque los venden a lo que se les viene en gana y consi-

<sup>24</sup> Los catálogos se pueden encontrar en Décombaz a la STN, 8 de enero de 1776; Chappuis et Didier a la STN, 1º de noviembre de 1780; y en los documentos confiscados en la librería de Stockdorf en Estrasburgo en 1773; Bibliothèque Nationale, ms. fr. 22101, folios 242-249.

guen el libro que sea, dependiendo del deseo general que se tenga por alguno.<sup>25</sup>

El arte de la comercialización era especialmente azaroso en un mercado tan impredecible. Con el fin de informarse sobre cambios repentinos en el precio y estar en contacto con la demanda, los editores por lo general se apoyaban en su correspondencia comercial. Pero también enviaban agentes especiales en viajes de negocios y recibían informes detallados sobre la situación del comercio en los bajos fondos. En 1776, la STN envió a su empleado de confianza, Jean-François Favarger, a un recorrido por Suiza, Savoya, Lyonnais, Borgoña y el Franco Condado. Cargó su caballo con una dotación de libros de muestra, portadillas y catálogos, de ambos tipos. Luego, pueblo tras pueblo y librero tras librero, entregó un informe de sus transacciones. Así, al salir de la tienda de Brette, en Grenoble, escribió: "A pesar de sus vínculos con la *Société typographique* de Lausana, la cual siempre fue un paso adelante de mí a lo largo del camino, Brette se inclina a hacernos sus pedidos de cualquier edición suiza que necesite. Me dijo que ya tenía casi todo". Y en Dijon, tras negociar con Capel:

Monsieur Capel es de primera, o al menos su almacén está muy bien surtido. Comercia mucho con libros filosóficos. Le di una lista [de libros filosóficos] y un catálogo con un prospecto. Considerará hacernos un pedido. Es el inspector del comercio del libro. Todas las cajas que embarcamos [vía contrabandistas] a través de Jougne pasaron por sus manos. No tiene escrúpulos con ese tipo de cosas.

En todos los puntos del viaje, como en todos los puntos de la producción, almacenamiento, precio y comercialización,

<sup>25</sup> Malherbe a la STN, 13 de agosto de 1774.



era claro que los libros filosóficos requerían de un trato especial y lo recibieron.<sup>26</sup>

#### PEDIDOS Y ENVÍOS

La misma tendencia aparecía en el otro extremo del proceso de difusión, en el modo de pedir y surtir libros ilegales. En ocasiones, al redactar sus pedidos, los libreros mezclaban todas las variedades de obras legales, ilegales y cuasi legales. Aunque si llegaban a percibir algún peligro, se tomaban la precaución de aislar los libros filosóficos. En ocasiones, los libreros enlistaban las partes inofensivas de sus pedidos en el cuerpo principal de sus cartas y luego escribían los títulos de los libros prohibidos en un trozo de papel (*papier volant*) que ponían dentro. Este trozo de papel no llevaba firma y había que descartarlo una vez recibida la carta, aunque aún hoy es posible encontrar algunos de estos papeles en los documentos de la STN.<sup>27</sup> Las más de las veces los libreros recurrieron al uso de diferentes procedimientos para incluir en sus pedidos los títulos más peligrosos. Manoury, de Caen, los agrupaba en una sección de su lista; Desbordes, de La Rochelle, los colocaba al último; Malassis, de Nantes, los acomodaba en columnas aparte; Baritel, de Lyon, los señalaba con una cruz; Billault, de Tours, Charmet, de Besançon, y Sombert, de Châlons-sur-Marne, en primer lugar ponían las obras legales, luego trazaban una línea y abajo escribían la lista de las prohibidas.<sup>28</sup>

<sup>26</sup> Favarger a la STN, 16 de agosto y 4 de septiembre de 1776.

<sup>27</sup> Por ejemplo, Barret, de Lyon, a la STN, 10 de abril de 1772; Mossy, de Marsella, a la STN, 12 de marzo de 1777; Gay, de Lunéville, a la STN, 19 de mayo de 1772; Audéart, de Lunéville, a la STN, 8 de abril de 1775; y Le Baron, de Caen, a la STN, 24 de diciembre de 1776.

<sup>28</sup> Manoury a la STN, 24 de junio de 1783; Desbordes a la STN, 12 de enero de 1773; Malassis a la STN, 15 de agosto de 1775; Baritel a la STN, 19 de septiembre de 1774; Billault a la STN, 29 de septiembre de 1776; Charmet a la STN, 1º de octubre de 1774; Sombert a la STN, 25 de octubre de 1776.

Todas estas técnicas estaban al servicio del mismo objetivo: alertar al proveedor sobre los libros que requerían un cuidado especial con el fin de que no fueran detectados en el caso de que las cajas fueran sometidas a inspección. Luego de confeccionar la lista de las sesenta obras que quería, Bergeret, de Burdeos, señaló once con una cruz, todas ellas correspondientes a libros filosóficos duros, y explicó: "Favor de casar todos los libros con una X con los demás". "Casar" los libros quería decir mezclar los pliegos de un libro en los de otro, un procedimiento bastante sencillo, ya que por lo general los libros se enviaban sin encuadernar. Los libreros también le llamaban a esta práctica "entreverar". Charmet, de Besançon, pidió seis ejemplares de *La Chandelle d'Arras*, una obra obscena e irreligiosa, junto con tres ejemplares de las obras inocentes aunque piratas de Madame Riccoboni. "Incluid otro título en la factura del envío y entreverad esta obra [*La Chandelle d'Arras*] en la de Riccoboni", indicó. "Yo he de mostrar las facturas del envío en la oficina del intendente para que no abran ciertas cajas. Por eso es muy importante poner los libros filosóficos con otros nombres". Los empleados de la STN copiaban estas instrucciones en su libro de pedidos, presumiblemente sin inmutarse, aunque cuesta trabajo creer que de pronto no se rieran de buena gana ante entradas como las siguientes:

<i>Ecole de filles</i>	} en <i>Liturgie des Protestants en France</i>
<i>Cruautés religieuses</i>	
<i>Parnasse libertin</i>	
<i>Fille de joie en Nouveau Testament</i> <sup>29</sup>	

Les pedían casar a Fany Hill con el Evangelio.

<sup>29</sup> Bergeret a la STN, 11 de febrero de 1775; Charmet a la STN, 30 de septiembre de 1775; "Livre de Commissions" de la STN, 24 de abril de 1776, a partir de una solicitud de Malherbe, de Loudun.

Como fuera, la manera en la que se solicitaban los libros tenía que ver directamente con la forma en que debían ser empacados y enviados. Regnault el joven quería que todo lo que estuviera marcado con una X fuera escondido en el fondo de la caja para que él lograra arreglárselas con los inspectores en Lyon. Nubla, de Dijon, quería que todos los libros ilegales fueran en un bulto hasta arriba, de suerte que lo pudiera quitar subrepticamente antes de que la caja pasara la inspección en la casa de su gremio. Jacquenod, de Lyon, prefería para sus libros filosóficos el fondo de las cajas y el entreveramiento con facturas alteradas. Y Barrois, de París, quería que los suyos fueran ocultos en el material de empaque (*maculature*). Las técnicas variaban muchísimo, pero todo era para trazar una distinción clara entre los libros que eran relativamente seguros y los libros que podían resultar confiscados.<sup>30</sup>

Si el librero quería evitarse cualquier riesgo, no trataba de hacer entrar obras ilegales por medio de los canales legales del ramo; contrataba contrabandistas —o “aseguradores” (*assureurs*), como se los conocía en el medio—. De este servicio siempre se encargaba el proveedor, aunque el cliente lo pagaba, por lo general al recibir los bienes. Los aseguradores contrataban partidas de mensajeros que ingresaban los libros por rutas secretas lejos de las aduanas en las fronteras y de los puestos de inspección en el interior del reino. Si los llegaban a sorprender, los mensajeros podían terminar en las galeras, los libros se confiscaban y el asegurador reembolsaba la pérdida. El sistema era fastidioso y caro —cruzar la frontera cerca de Ginebra costaba el 16% del valor de la mercancía en 1773—, pero ofrecía lo que más querían algunos li-

<sup>30</sup> Regnault a la STN, 6 de julio de 1774; Favarger a la STN, 15 de noviembre de 1778, informando de las indicaciones que le diera Nubla; Jacquenod a la STN, septiembre de 1775 (falta la fecha exacta); y Bornand a la STN, 16 de octubre de 1785, informando de las indicaciones que le diera Barrois.

breros: seguridad. Blouet, pilar del comercio del libro en Rennes, sólo solicitaba obras prohibidas cuando sabía que las podía vender con seguridad y a un precio que cubriera sus costos: “Me escribís a propósito de que os habéis arreglado con los aseguradores para entrar los envíos al reino sin pasar por las salas del gremio o sin verse sujetos a ninguna inspección”, le escribió a la STN.

Considero de lo más conveniente el que hagáis uso de este canal para mis libros filosóficos, los cuales, creo, no han de pasar por Lyon sin ser confiscados. En cuanto al resto de las obras, me las podéis enviar por la ruta normal de Lyon... Estoy completamente dispuesto a pagar lo que cueste, mas no quiero correr ningún riesgo de confiscación.<sup>31</sup>

Para un librero como Blouet, la diferenciación entre los libros moderadamente ilegales y los verdaderos libros “filosóficos” suponía calcular costos, riesgos y rutas. Para los contrabandistas, el asunto era virtualmente entre la vida y la muerte. En abril de 1773, Guillon l’Aîne, un asegurador del Franco Condado, informó de la captura de dos de sus mensajeros con una carga de *L’An 2440* de Mercier y las *Questions sur l’Encyclopédie* de Voltaire. Los mensajeros estaban casi seguros de que los enviarían a las galeras, pues el obispo de Saint-Claude se interesó en el caso. Aunque eventualmente obtuvieron su libertad, los demás mensajeros dejaron de trabajar. Para hacerlos volver, Guillon trató de persuadir a la STN de que sus libros más peligrosos fueran empacados en cajas aparte para que los hombres las pudieran tirar y huir en caso de toparse con alguna de las patrullas itinerantes de la aduana. La STN contestó que todo lo que se embarcara con él habría de estar fuera de la ley: en eso consistía el empleo del sistema de los aseguradores en lu-

<sup>31</sup> Blouet a la STN, 10 de septiembre de 1773.



gar de los trucos en el empaquetado y el juego de manos con los que se lanzaban los libros menos ilegales a través de los canales normales del ramo.<sup>32</sup>

Los mensajeros reanudaron su trabajo al calmarse las aguas. Pero un conflicto de intereses siguió enfrentándolos a sus pagadores y este conflicto se dio a lo largo de la línea que dividía a los elementos verdaderamente "malos" de los meramente punibles en el comercio del libro. No se podía esperar que los hombres que transportaban ochenta libras de cajas por tortuosas montañas tuvieran un ojo refinado para la literatura. Muchos de los que estaban en la frontera franco-suiza se habían iniciado en sus oficios acarreado calicós (*indiennes*) por encima de la barrera aduanera establecida para proteger a las sedas francesas. No tenían el menor empacho en echarse a sus espaldas cualquier carga. Pero retrocedían ante la posibilidad de llevar algo tan ilegal que los pudiera exponer a una muerte atroz como esclavos en las galeras. De ahí el informe de otro agente de la STN que organizaba "seguros" a lo largo de la ruta de Neuchâtel a Pontarlier:

Vuestro comercio es particularmente engañoso, ya que los mensajeros temen que en caso de ser sorprendidos se los haga responsables de las obras que agreden a la religión o que se burlan de ciertas figuras públicas -peligro que no existe cuando nada más realizan el contrabando de ciertos objetos para eludir el pago de tarifas-. Si quisierais entrar de contrabando libros que sean irreprochables en sus contenidos [es decir, versiones piratas de obras legales], los mensajeros os requerirán que así se lo garantizéis y en nuestra área encontraréis algunos dispuestos a llevarlos a Pontarlier a razón de 12 *livres* por cada carga de 100 libras.<sup>33</sup>

<sup>32</sup> Guillon a la STN, 6 de abril de 1773, y la STN a Guillon, 19 de abril de 1773.

<sup>33</sup> François Michaut, de Les Verrières, a la STN, 30 de octubre de 1783.

Los métodos relativos al contrabando confirman los del almacenamiento, intercambio, avalúo, promoción, venta, pedido, empaque, envío e incluso los métodos empleados para hablar sobre los libros prohibidos. En cada una de las etapas en la producción y difusión, los hombres que trabajaban en el oscuro territorio que dividía la literatura legal de la ilegal sabían que cierta clase de libros debían manejarse de cierto modo. No hacerlo así era invocar la catástrofe.

La catástrofe golpeó a todo el sistema de gobierno en 1789. ¿Fue la erosión ideológica proveniente del sector "filosófico" de la industria editorial una de las condiciones necesarias del derrumbe general? Antes de que podamos enfrentar esta pregunta, es preciso identificar todo el corpus de los libros prohibidos, examinar sus contenidos y estudiar su recepción. Pero incluso en esta parte de la investigación, resulta claro que la "filosofía" que circuló por los canales del comercio del libro clandestino difería considerablemente del conjunto de ideas que se asocian comúnmente con la Ilustración. De hecho, tras observar a los profesionales del ramo realizar su trabajo, día tras día, a lo largo de veinte años, de 1769 a 1789, uno empieza a dudar de muchas de las asociaciones más comunes que plantean las historias habituales del siglo XVIII.

La pregunta clásica, qué relación había entre la Ilustración y la Revolución, empieza a aparecer como una *question mal posée*. Pues al plantear así este asunto, es muy probable que lo distorsionemos, reificando en primer lugar a la Ilustración como si se la pudiera separar del resto de la cultura del siglo XVIII; y luego inyectándola en el análisis de la Revolución, como si se la pudiera rastrear en los acontecimientos de 1789-1800 como se monitorea una sustancia en el torrente sanguíneo.

El mundo de la letra impresa en la Francia del siglo XVIII era demasiado complejo como para acomodarlo en categorías tales como "ilustrado" y "revolucionario". Pero las

personas que transmitían la literatura al público lector antes de 1789 crearon una categoría bastante practicable para distinguir el elemento verdaderamente peligroso en los libros que ellos manejaban. Si tomamos en serio la experiencia de estas personas, estamos obligados a pensar de nuevo algunas distinciones elementales de la historia literaria –incluidas las nociones del peligro y la de la literatura misma–. Para nosotros *Du Contrat Social* es teoría política e *Histoire de Dom B...*, pornografía, incluso algo demasiado crudo para tratarlo como literatura. Pero los libreros del siglo XVIII los clasificaron juntos como “libros filosóficos”. Si tratáramos de ver los materiales de esos libreros tal y como ellos lo hacían, la aparentemente obvia distinción entre pornografía y filosofía se empieza a quebrar. Ya estamos listos para percibir un elemento filosófico en lo lascivo –de *Thérèse philosophe* a *Philosophie dans le boudoir*– y a reexaminar las obras eróticas de los *philosophes*: *Lettres persanes* de Montesquieu, *Pucelle d'Orléans* de Voltaire, *Los dijes indiscretos* de Diderot. Deja de intrigar tanto que Mirabeau, la representación del espíritu de 1789, haya escrito la pornografía más cruda y los tratados políticos más osados de la década anterior. La libertad y el libertinaje parecen vincularse y podemos encontrar afinidades entre todos los *best sellers* que aparecen en los catálogos clandestinos. Pues una vez que hemos aprendido a buscar la filosofía que circulaba en forma clandestina, todo parece posible, hasta la Revolución Francesa.

## II. BEST SELLERS

ESTE recorrido por las rutas de las tradiciones de las ediciones en el siglo XVIII conduce a una conclusión preliminar: la literatura ilegal formaba por sí sola un mundo aparte, un sector especial del comercio del libro, señalado por métodos bien establecidos y organizado alrededor de una noción de trabajo sobre lo “filosófico”. Habiendo llegado a este punto, ahora podemos plantearnos una pesquisa más ambiciosa: el esfuerzo por determinar con precisión cuáles fueron los libros que navegaron por los canales del comercio clandestino. El seguimiento de editores y libreros en sus menesteres cotidianos nos permite identificar el elemento “filosófico” en sus transacciones comerciales. Mediar entre el suministro y la demanda era lo suyo. Por lo que al analizar sus giros nos es posible observar en qué forma la propensión por el tabú se tradujo en libros y la forma en la que esos libros llegaron efectivamente a los lectores. Al final será posible formar una lista de *best sellers* con los libros prohibidos más solicitados en Francia durante los veinte años anteriores a la Revolución.

Semejantes pretensiones no son poca cosa y acaso las dudas alcancen al lector: ¿cómo se puede medir la demanda literaria en el sector oculto del comercio del libro de hace dos siglos, antes de la existencia de datos confiables sobre casi cualquier asunto, entre ellos la muerte y los impuestos?<sup>1</sup> Me veo obligado a solicitar la deposición temporal del

<sup>1</sup> Claro que algunas oficinas de gobierno juntaban información sobre las actividades en Francia antes de 1789, pero sus datos eran notablemente dudosos. Véanse Emmanuel Le Roy Ladurie, “Les Comptes fantastiques de



escepticismo mientras expongo algunos estudios de caso, los cuales ilustran la característica fundamental del negocio de los libros clandestinos. Estos casos provienen de los archivos de la *Société typographique de Neuchâtel*, el único cuerpo documental completo que sobrevive de un mayorista de libros del siglo XVIII. La STN ocupaba un sitio ideal justo del otro lado de la frontera para producir libros franceses ilegales y embarcarlos por el Ródano o el Rin o por las montañas de la cordillera de Jura. Su acervo incluía un enorme surtido de todo tipo de literatura contemporánea, además de sus propias publicaciones, y su clientela, en su mayor parte libreros al menudeo, provenía de las principales ciudades y de los pueblos más grandes de Francia —así como también los comerciantes que vendían libros franceses por el resto de Europa, de San Petersburgo a Nápoles y de Budapest a Dublín—.

Todos los días llegaban los pedidos de los libreros a las oficinas de la STN, en muchos casos acompañados de comentarios respecto de la situación del mercado y de indicaciones relativas al contrabando. El pedido típico de un comerciante minorista francés contenía más o menos una docena de títulos, más un agregado de libros prohibidos en el caso de que comerciara en el sector "filosófico". Pero por lo general sólo pedía unos pocos ejemplares de cada título. Las prácticas de comercio no permitían devolver los libros que no se vendieran; por lo que el minorista se limitaba a los libros que su propia clientela ya le había solicitado o bien a los libros que él confiaba vender, extendiendo a veces

Gregory King", en Le Roy Ladurie, *Le Territoire de l'historien*, París, 1973, pp. 252-270; Jacques Dupâquier et al., *Histoire de la population française*, vol. II, París, 1988, cap. 1; Bernard Lepetit, *Les Villes dans la France moderne (1741-1840)*, pp. 445-449; y Christian Labrousse y Jacques Lecaillon, *Statistique descriptive*, París, 1970. La reunión de datos sistemáticos a una escala nacional por lo común se remonta al censo de 1806 y el análisis estadístico científico a la obra de Alphonse Quételet.

las cosas con el fin de obtener el treceavo ejemplar gratis cuando la STN le ofrecía un pilón por la docena. Por supuesto que algunos libreros corrían más riesgos que otros, tanto en las dimensiones de sus pedidos como en su disposición a arriesgarse en las ramas ilegales del comercio. Sólo que la falta de una provisión por las devoluciones —el sueño de un editor el día de hoy— significaba que todos los pedidos se mantuvieran cerca de la percepción de la demanda del comerciante.

Una vez que la solicitud llegaba a Neuchâtel, un empleado la transcribía en la columna izquierda del libro de contabilidad que llevaba el nombre de *livre de commissions*. Y cuando salía el pedido anotaba el número correspondiente de ejemplares, por título, en la columna derecha. Es así que pedidos y envíos están muy claros en las cuentas. Ambos por lo general se correspondían, pues la STN conseguía por la vía del intercambio con sus editores mayoristas aliados lo que no estuviera en su almacén. De modo que los documentos de la STN —la correspondencia de los libreros más los *livres de commission* y otros libros contables (los libros mayores diarios que tenían el nombre de *brouillons y journaux*)— ofrecen una oportunidad excepcional para hacer un seguimiento del flujo de la demanda literaria, título por título, así como para rastrear el suministro de libros en los mercados locales por toda Francia. Los documentos asimismo permiten identificar los libros prohibidos, pues como se explicó antes los productos "filosóficos" se señalaban con el fin de recibir un manejo especial en cada una de las etapas del sistema. El rastreo de todas las marcas de lo "filosófico" permite formar una bibliografía de todo el corpus de la literatura prohibida que circuló en Francia de 1769 a 1789, esto es, de los libros que eran considerados verdaderamente peligrosos en contraposición con los que se podían vender sin ningún riesgo aun careciendo de privilegios o permisos. Y la compilación de datos extraídos de

la muestra correcta de los pedidos permite descubrir cuáles eran los libros que mejor se vendían.<sup>2</sup>

Sin embargo, las cifras no hablan solas. Para darles algún sentido es preciso entender la manera en la que los libreros realizaban sus transacciones y la manera en la que estas transacciones conectaban con la sociedad circundante. Los estudios de caso ofrecen la mejor alternativa para mezclar los análisis cuantitativos y cualitativos. Gracias a la inagotable riqueza del material existente en Neuchâtel y en París se los puede entrelazar indefinidamente. Me limito a cuatro: primero, dos libreros que son los típicos clientes ocasionales de la STN, luego dos de sus clientes regulares. El primer par permite echar un vistazo a los patrones comerciales que se crearon a partir de transacciones menores que se improvisaban según se presentara la ocasión de una época a otra y de un lugar a otro. El segundo revela el perfil completo de las transacciones importantes que adquirieron una buena proporción del acervo de Neuchâtel.

#### POSTALES DEL MERCADO

Matthieu, de Nancy, epítome del comercio de libros rudimentario pero efectivo de Lorena. Se inició como buhonero en 1754, antes de que Francia absorbiera esta provincia en 1766, cuando el tolerante régimen de Stanislas Leszynski permitía especular con libros prohibidos a casi a todo el

<sup>2</sup> Relativamente pocos embarques de la STN no llegaron a su destino; cuando llegaba a suceder, los percances se mencionaban en la correspondencia de los libreros y quedaban consignados en los libros de contabilidad. Los archivos de la STN muestran por tanto los libros que en efecto llegaban a los lectores así como los que tuvieron mayor demanda. Por desgracia, los archivos no cuentan con información sistemática sobre las ventas de los mismos comerciantes minoristas, por lo que la última etapa del proceso de distribución sigue siendo relativamente oscura.

mundo. El ramo, a juzgar por un informe policial, en 1767 seguía viento en popa:

A todos les es dado vender e importar libros en Nancy. Los comerciantes de muebles de segunda mano compran bibliotecas enteras y las rematan en sus casas o en las plazas públicas. También les compran a los niños y a otros. Los buhoneros recorren la provincia llevando lo que les venga en gana. Se aparecen en todas las ferias de los pueblos pequeños y entre los concurrentes a los balnearios en Plombières y Bains-les-Bains. Ellos son los más peligrosos de todos, debido a su absoluta libertad y a los favorables términos que les ofrecen los impresores.<sup>3</sup>

Para 1764, Matthieu ya había acumulado lo suficiente en la rama más precaria del comercio para montar una tienda en Nancy. Pero se trataba de algo modesto, según la Policía: contaba con menos de doscientos volúmenes en existencia y seguía vendiendo sus bienes por toda la Alsacia y la Lorena. Dos veces al año se podía ver el puesto de Matthieu en las ferias de Estrasburgo, en Colmar, entre la pudiente concurrencia que acudía a tomar las aguas en Plombières, y "al pie de la sala del *château* en Lunéville".<sup>4</sup>

Las cartas de Matthieu a la STN -69 en total, en precario y mal escrito francés-, así como las de otros libreros en la provincia, dan a entender que era un comerciante fuerte.<sup>5</sup> Era bueno para regatear, sacó del negocio a sus competidores y rara vez se arriesgaba. Pero siempre pagaba sus cuentas, a diferencia de muchos comerciantes marginales en la

<sup>3</sup> "Liste des imprimeurs de Nancy", enero de 1767, informe con anotaciones del inspector Joseph d'Hémery: Bibliothèque Nationale, ms. fr. 22098, pieza 81.

<sup>4</sup> *Ibid.*

<sup>5</sup> Entre los cientos de cartas que los comerciantes de la Lorena dirigieron a la STN, las más importantes que hacen referencia a Matthieu son las de Dalancourt, Babin y Duvez.



Lorena, que sobregiraban y luego quebraban. El negocio de Matthieu parece haber prosperado a lo largo de la década de 1770. En 1779 le compró todo su negocio a Babin, uno de los diecisiete librerías más fuertes de Nancy, y sacó un catálogo impresionante, anunciando que podía surtir todo tipo de libros y publicaciones.<sup>6</sup>

El catálogo sólo contenía obras impecablemente legales, casi todas religiosas. Pero las cartas de Matthieu a la STN revelan un sano apetito por los libros "filosóficos", los cuales importaba a través de Estrasburgo hasta que la ruta se volvió muy peligrosa y se retiró a los sectores seguros del ramo. Casi desde el principio solicitó algo "de Voltaire o alguna otra cosa fuera de lo común. Sabéis a lo que me refiero".<sup>7</sup> Al acumularse sus solicitudes también fue quedando claro a lo que se refería. Primero pidió las *Questions sur l'Encyclopédie* de Voltaire y el *Système de la nature* de D'Holbach. Más adelante, al enterarse de *L'An 2440* de Mercier, de inmediato remitió una solicitud por cincuenta ejemplares, seguida por un pedido de *libelles* (tratados infamatorios sobre figuras públicas) de tema político, como *La Gazetier cuirassé*, y una barnizada de pornografía. Se aprecia con claridad este patrón en el cuadro 2.1. Ahí está la lista completa de los libros prohibidos en los pedidos de Matthieu—sus solicitudes, al igual que las de casi todos los librerías, mezclaban los libros legales con los ilegales, pero aquí sólo se presenta la de los ilegales— que muestra cómo evolucionó su influencia entre 1770 y 1778.

Los números señalan que en las transacciones se destacaron estas dos obras: *Système de la nature* y *L'An 2440*. En uno y otro caso, Matthieu hizo una primera solicitud fuerte y a lo largo de varios años las siguió pidiendo como si sus

<sup>6</sup> Véase en especial Matthieu a la STN, 28 de diciembre de 1779, y para una mayor información sobre el comercio del libro en la Lorena, *Almanach de la librairie*, París, 1781.

<sup>7</sup> Matthieu a la STN, 7 de abril de 1772.

clientes las continuaron demandando. El número de pedidos confirma la importancia del número de ejemplares solicitados y demuestra la fuerza persistente de la demanda. ¿Debemos concluir acaso que estos dos libros eran los *best sellers* del negocio de Matthieu y quizás en todo Nancy o hasta en la Lorena?

No del todo porque, en primer lugar, la base estadística es tan reducida que no sirve para respaldar una conclusión contundente; y en segundo lugar, porque Matthieu obtuvo sólo una pequeña parte de su acervo de la STN. Sus cartas indican que acudía a otros proveedores cuando lograba conseguir mejores precios. En 1773, por ejemplo, escribió que no volvería a encargar un solo ejemplar de la edición de la STN de las *Recherches philosophiques sur les Américains*, un *best seller* sin lugar a dudas, obra que conoció al menos catorce ediciones entre 1768 y 1777, pues con otro editor consiguió una versión más barata. Y en 1779 dijo que prefería adquirir en Lausana las obras reunidas de Voltaire, por el mismo motivo evidentemente. Ninguno de estos títulos aparece en el patrón que trazaron las transacciones de Matthieu con la STN, aun cuando es probable que vendiera un número considerable de cada una de ellas.

Con todo, el cuadro 2.1 ofrece una imagen general válida de las transacciones de Matthieu. Aunque allí no hay una sola referencia a las obras completas de Voltaire, sí incluye dos de sus libros más importantes, *Questions sur l'Encyclopédie* y *Dictionnaire philosophique*, así como de sus *Epîtres*, *satires*, *contes*. Y el tenor voltaireano del cuadro lo confirman las cartas de Matthieu, en las que solicitaba repetidamente "alguna buena obra reciente de Voltaire".<sup>8</sup> Las cartas asimismo muestran un interés marcado por escritores populares como Louis-Sébastien Mercier y por los tratados políticos

<sup>8</sup> *Ibid.*, 7 de agosto de 1774, la cual hace eco de solicitudes similares en sus cartas del 24 de febrero y del 7 de abril de 1772.

CUADRO 2.1. El comercio de Matthieu en Nancy

	15 nov. 1770	19 junio 1771	27 julio 1771	7 sept. 1772	24 feb. 1772	7 abril 1772	6 sept. 1772	25 sept. 1772	28 oct. 1772	31 dic. 1773	7 agosto 1774	29 mayo 1775	18 nov. 1775	6 dic. 1775	4 marzo 1777	20 feb. 1778	Total*
<i>Questions sur l'Encyclopédie</i> , Voltaire	7						6										13 (2)
<i>Système de la nature</i> , D'Holbach	12	24	6						2	3	3	4	4	4	2		60 (9)
<i>L'An 2440</i> , Mercier			50	6					2	4				2	2		66 (6)
<i>Confiance Philosophique</i> , Vernes				4													4 (1)
<i>Le Gazetier cuirassé</i> , Morande				6													6 (1)
<i>Œuvres</i> , Rousseau							1	2	1								3 (5)
<i>Épîtres, satires, contes</i> , Voltaire							4										4 (1)
<i>Contes</i> , La Fontaine									1								1 (1)
<i>Système social</i> , D'Holbach								6				4	4				14 (3)
<i>Œuvres</i> , Diderot								3									3 (1)
<i>Le Bon-Sens</i> , D'Holbach												4					4 (1)
<i>Œufs rouges</i> , ¿Pidansat de Mairobert?												2	2				4 (2)

<i>Mémoires de Louis XV</i> , anónimo														4			4 (1)
<i>Œuvres</i> , La Mettrie														1			1 (1)
<i>Dictionnaire philosophique</i> , Voltaire														2			2 (1)
<i>La Fille de joie</i> , Cleland														2			2 (1)
<i>L'Adoption, ou la maçonnerie des femmes</i> , ¿Saint-Victor?														2			2 (1)
<i>Les Plus Secrets Mystères des hauts grades de la maçonnerie dévoilés</i> , Koeppen														2			2 (1)
<i>Les Devoirs, Statuts ou Règlements généraux des F. M.</i> , anónimo														2			2 (1)
<i>Le Christianisme dévoilé</i> , D'Holbach														1			1 (1)
<i>L'Académie des dames</i> , Nicolas															2		2 (1)
<i>Les Loirs du chevalier d'Eon</i> , d'Eon																1	1 (1)

\* La primera cifra en la columna de la derecha representa el total de número de copias ordenadas. La cifra entre paréntesis indica el número total de órdenes. Los trabajos legales ordenados por Matthieu fueron eliminados del cuadro.



de escándalo, como las apócrifas *Mémoires de Louis XV*. Las evidencias cualitativas y cuantitativas se respaldan entre sí, señalando el mismo patrón general, aun cuando la información no es tan completa como haría falta para confirmar la demanda correspondiente a cada uno de los títulos.

Un patrón semejante aparece en las solicitudes de Alphonse Petit, de Reims, otro de los clientes ocasionales de la STN. A diferencia de Matthieu, Petit era una persona de cierta cultura capaz de soltar alguna frase y que no dudaba en aconsejar a los suizos sobre los libros que debían reimprimir:

El Buffon que estáis pensando en reimprimir siempre será un buen producto comercial... Aunque es esencial incluir los hábitos y las características de los animales, pues si le simplificáis demasiado no dejará de ser un extracto, el cual dejaría de complacer a los amantes de los libros.

Champaña, al igual que la Lorena, era un buen territorio para los libros, y en su capital Petit ocupaba una posición sólida, sobre todo después de 1776, cuando la Policía realizó una redada en la librería de su principal competidor, Martin-Hubert Cazin, y confiscó 6.000 libras de obras prohibidas al mismo tiempo que enviaba a Cazin a la Bastilla.<sup>9</sup> Esta quiebra tuvo un impacto tranquilizador en el ramo a lo largo de toda la provincia. En todo caso, Petit parece haberse comportado con cautela. En sus cartas exhortaba continuamente a la STN a evitar los riesgos y siempre limitó sus pedidos al número de ejemplares que creía con seguridad poder vender —o con mayor frecuencia, a los que ya tenía vendidos—. En uno de sus típicos pedidos, fechado el 3 de febrero de 1781,

<sup>9</sup> Cazin a la STN, 24 de marzo de 1777. Cazin estuvo seis semanas en la Bastilla y dijo haber perdido en la catástrofe 20.000 *livres*. Si bien se recuperó lo suficiente para continuar el negocio, redujo la escala de sus operaciones y se cansó de correr riesgos. Véanse sus cartas a la STN, 1º de enero de 1780; 17 de noviembre de 1783; y 27 de julio de 1784.

seleccionó un surtido de dieciséis títulos del catálogo vigente de la STN, añadió algunas obras más que quería que la sociedad le consiguiera con otros editores, luego trazó una línea y enlistó ocho libros "filosóficos" que requerían de especial cuidado —la típica selección, la cual iba de las obras de Rousseau a las *Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry*—.

Como se aprecia en el cuadro 2.2, los pedidos de Petit (catorce de 1779 a 1784) difieren de los de Matthieu (diecisiete de 1770 a 1778) en que contenían libros que eran contemporáneos en la década de 1780. Sin embargo, sus pedidos incluyeron un mayor número de obras sobre la crisis política durante el último año del reinado de Luis XV, 1771-1774. Y muestran la misma fascinación con el ateísmo, la francmasonería y la pornografía voyeurista. Las cartas de Petit ratifican las impresiones que muestran las estadísticas. Sus clientes lo "atormentaban" por una edición ampliada del *Tableau de Paris* de Mercier, una obra que criticaba numerosos aspectos del Antiguo Régimen, escrita en 1783: Petit había vendido todos los ejemplares mucho antes de que le llegaran. Al mismo tiempo, los clientes lo "acosaban" por los nuevos volúmenes de las obras reunidas de Rousseau. Petit localizó un *best seller* tan pronto escuchó de las *Mémoires sur la Bastille* de S.-N.-H. Linguet y de inmediato entró un pedido excepcionalmente grande de veinticinco ejemplares, al que le siguió otro por dos docenas más a los dos meses. Otro fuerte pedido mereció una antología de tratados polémicos sobre el Ministerio de Necker. De hecho, al solicitarlo, Petit incluyó un pedido en blanco por dos ejemplares de todas las "obras críticas" nuevas, refiriéndose con eso a los *libelles* políticos. En Reims era claro que la política se vendía bien.<sup>10</sup>

¿Significa lo anterior que la literatura política dominó el mercado del libro ilegal en Champaña? Ciertamente no.

<sup>10</sup> Las citas, en el orden de aparición en el texto, provienen de las cartas de Petit a la STN, 29 de junio de 1783; 20 de enero de 1783; y 31 de agosto de 1783.

CUADRO 2.2. El comercio de Petit en Reims

	31 oct. 1779	3 mayo 1780	3 feb. 1781	27 agosto 1781	16 feb. 1782	24 abril 1782	16 dic. 1782	20 enero 1783	10 marzo 1783	10 mayo 1783	29 junio 1783	31 agosto 1783	30 marzo 1784	31 agosto 1784	Total
<i>La Fille naturelle</i> , Restif de la Bretonne	2	3													5 (2)
<i>Historie philosophique</i> , Raynal	2		13										4		19 (3)
<i>L'An 2440</i> , Mercier	2	2		2			4		4						12 (4)
<i>Œuvres</i> , Rousseau	12														12 (1)
<i>La Pucelle</i> , Voltaire		2													2 (1)
<i>Le Bon-Sens</i> , D'Holbach		1													1 (1)
<i>Système de la nature</i> , D'Holbach		1													1 (1)
<i>Œuvres</i> , La Mettrie		1													1 (1)
<i>Œuvres</i> , Fréret		1													1 (1)
<i>Thérèse philosophe</i> , ¿D'Argens?		2													2 (1)
<i>Historie de dom B.</i> , ¿Gervaise de Latouche?		2													2 (1)
<i>Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry</i> , ¿Fidamsat de Mairobert?		1											2	3	2 (2)

<i>Œuvres posthumes de J.-J. Rousseau</i>	13	13	2												28 (3)
<i>Tableau de Paris</i> , Mercier	13		13										6		32 (3)
<i>L'Espion anglais</i> , ¿Pidar- sat de Mairobert?		6				4				2					12 (3)
<i>Le Gazetteur cuirassé</i> , Morande			1												1 (1)
<i>Recherches sur l'origine de l'esclavage religieux</i> , Fommereul					6										6 (1)
<i>Mémoires sur la Bastille</i> , Linguet						25	24						3		52 (3)
<i>Collection complète de tous les ouvrages pour et contre M. Necker</i>										13			6		19 (2)
<i>Théorie des lois criminelles</i> , Brissot										2					2 (1)
<i>Les Devoirs, Statuts ou Règlements généraux des F. M.</i> , anónimo													2		2 (1)
<i>Vie privée de Louis XV</i> , Mouffe d'Angerville													4		4 (1)
<i>Erotika biblion</i> , Mirabeau														2	2 (1)



Al igual que Matthieu y otros clientes ocasionales de la STN, Petit obtenía la mayor parte de sus existencias de otras fuentes. Llegó a mencionar embarques provenientes de Maastrich, Ruán y Lyon; y es probable que tuviera tratos con diversos proveedores en los Países Bajos y en las tierras del Rin. Si los libros de estos proveedores hubieran diferido mucho de los de la STN, sus tratos con Neuchâtel poco probarían. Sin embargo, ése no parece haber sido el caso, pues Petit se quejaba de que la sobreproducción de reimpressiones había vuelto asequibles las mismas obras en todas partes y de que sus competidores con frecuencia vendieran más barato. De hecho, el trueque y los intercambios entre editores y mayoristas habían llegado a tales extremos que Petit logró conseguir a mejores precios algunas de las ediciones de la STN en Lyon que con la propia STN.<sup>11</sup> Por estos y otros motivos –sobre todo por su negativa a correr riesgos, debido a la severidad del inspector del libro local–<sup>12</sup> el comercio de Petit con Neuchâtel nunca llegó a ser muy abundante. El patrón de sus pedidos parece una postal borrosa: tiene lo suficiente para ofrecer una impresión general, mas no para entregar una imagen detallada definitiva.

<sup>11</sup> Petit a la STN, 9 de septiembre de 1782; 24 de abril de 1782; y 24 de octubre de 1783. El principal competidor de Petit en Reims, Martin-Hubert Cazin, confirmó la idea que aquél tenía respecto de la sobreproducción y el abaratamiento. Cazin a la STN, 1° de enero de 1780: "Vosotros debéis saber lo difícil que ya se ha hecho cobrar las cuentas y que virtualmente todo el ramo del libro se ha visto arruinado por la excesiva cantidad de libros. Durante varios años, cuarenta o cincuenta buhoneros se han dedicado a promover sus productos por toda Francia y surtiéndose en Suiza, Aviñón, Ruán y en otros lugares. Seducen a sus proveedores pagándoles en efectivo. Después, ya que se han ganado su confianza y que tienen crédito con ellos, dejan de pagar. No hay un solo comerciante que se pueda jactar de haber eludido las pérdidas en las manos de estas personas. Todos ellos [los buhoneros] terminan quebrados y envenenan la provincia vendiendo sus libros a la mitad de su valor. [...] El comercio en esta ciudad está completamente arruinado".

<sup>12</sup> Petit a la STN, 31 de mayo de 1780.

## EL PERFIL DEL NEGOCIO

Es preciso examinar las relaciones de la STN con sus clientes fijos, aquellos que hacían sus pedidos a intervalos regulares y que obtenían buena parte de sus existencias de Neuchâtel, con el fin de examinar con mayor profundidad el negocio de los libros. Véase el caso de Jean-Félix Charmet, el librero más importante en Besançon. Situado en una capital de provincia con una población de 32.000 habitantes en la década de 1780, Charmet atendía una clientela compuesta principalmente de funcionarios reales, oficiales del Ejército, caballeros rurales y hombres de leyes. Besançon carecía de manufacturas, pero estaba bien provista de las instituciones que atraían clientela a las librerías: un parlamento, una intendencia, un cuartel militar, una barroca profusión de funcionarios fiscales y judiciales, una universidad, una academia, un teatro y tres logias masónicas –por no mencionar la catedral y una docena de monasterios y conventos–.<sup>13</sup> El *Almanach de la librairie* –un anuario que decía incluir a todos los libreros e impresores del reino– enlistaba doce libreros y cuatro impresores editores en 1781. Pero Charmet le dijo a la STN que sólo cuatro estaban activos; y él era el que mayores negocios hacía de los cuatro, si bien le preocupaba Dominique Lépagnez, un joven lleno de energía que se llevaba casi todo el mercado de la *Encyclopédie*.<sup>14</sup>

<sup>13</sup> Para más detalles de las instituciones de Besançon, véase el *Almanach historique de Besançon et de la Franche-Comté pour l'année 1784*, Besançon, 1784; y para su desarrollo como centro administrativo tras la incorporación del Franco Condado al reino (1674), véase Claude Fohlen, *Histoire de Besançon*, París, 1965.

<sup>14</sup> Charmet a la STN, 18 de abril de 1777. Sobre el mercado de la *Encyclopédie* y otros aspectos del comercio del libro en Besançon, véase mi *The Business of Enlightenment*, Cambridge, Mass., 1968, pp. 287-294 [trad. esp.: *El negocio de la Ilustración. Historia editorial de la Encyclopédie*, México, Fondo de Cultura Económica, 2006].

Los pedidos de Charmet, y los pedidos de su esposa, quien se hizo cargo del negocio a la muerte de su cónyuge en 1782,<sup>15</sup> llegaron a Neuchâtel cada tres o cuatro meses entre diciembre de 1771 y marzo de 1785. Fueron 55 pedidos en total e incluyeron los títulos de 97 libros prohibidos así como una amplia variedad de literatura lícita. Las estadísticas que se han formado a partir de estas solicitudes son tan amplias que no se pueden resumir en un solo cuadro, como en el caso de Matthieu y Petit. Por lo tanto, las incorporé todas ellas en un muestreo estadístico general de los pedidos realizados por los clientes de la STN, el cual se discutirá más adelante, y en el cuadro 2.3 enlisté los diecinueve *best sellers* de Charmet.

Este cuadro pone al descubierto la demanda de dos formas: muestra el número total de ejemplares y el número total de pedidos que hizo Charmet de cada uno de los libros prohibidos. La última cifra, que aparece entre paréntesis en la columna en el extremo derecho, funciona como suplemento o correctivo a la cifra anterior, pues señala continuidad en la demanda, esto es, los casos en los que el pedido inicial de Charmet resultó inadecuado y él remitió pedidos adicionales del mismo libro toda vez que sus clientes seguían pidiéndolo.

La lista de *best sellers* se funda en una base estadística lo suficientemente sólida como para resistir una interpretación general, pero no se puede leer de manera literal; no revela la demanda exacta de cada título. Por ejemplo, el libro que ocupa el primer lugar en la lista, *Lettre philosophique de V\*\*\** —una colección anónima de relatos impíos y escabrosos que no hay que confundir con las *Lettres philosophiques*

<sup>15</sup> Sobre el valioso y olvidado tema de las viudas de los editores, quienes con frecuencia desempeñaron un papel relevante en la administración, llevando las cuentas, haciéndose cargo de la correspondencia y vendiendo libros, véase Geraldine Sheridan, "Women in the booktrade in eighteenth-century France", en *British Journal for Eighteenth Century Studies*, xv, 1992, pp. 51-69.

CUADRO 2.3. *El comercio de Charmet en Besançon\**

1. <i>Lettre philosophique de V***</i> , Anón.	150	(3)
2. <i>L'Arrétin</i> , Du Laurens	137	(4)
3. <i>Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry</i> , ¿Pidansat de Mairobert?	107	(5)
4. <i>La Lyre gaillarde</i> , Anón.	105	(3)
5. <i>Vie privée de Louis XV</i> , ¿Moufle d'Angerville o Laffrey?	104	(4)
6. <i>Essai philosophique sur le monachisme</i> , Linguet	93	(5)
7. <i>Pucelle d'Orléans</i> , Voltaire	75	(3)
8. <i>L'Espion dévalisé</i> , Baudouin de Guémadeuc	60	(1)
9. <i>Histoire philosophique</i> , Raynal	59	(7)
10. <i>L'An 2440</i> , Mercier	57	(6)
11. <i>Les Confessions</i> , Rousseau	54	(2)
12. <i>Contes de Boccace</i> , traducción de Boccaccio	49	(3)
13. <i>Pièces heureusement échappées de la France</i> , Anón.	45	(2)
14. <i>Des Lettres de cachet</i> , conde de Mirabeau	44	(3)
15. <i>Tableau de Paris</i> , Mercier	42	(3)
16. <i>Ma Conversion</i> , conde de Mirabeau	32	(2)
17. <i>La Putain errante</i> , Aretino o Niccolò Franco	31	(2)
18. <i>Journal historique... par M. de Maupeou</i> , Pidansat de Mairobert y Moufle d'Angerville	31	(2)
19. <i>Mémoires de Louis XV...</i> , Anón.	28	(1)

\* Charmet realizó 55 pedidos, de diciembre de 1771 a marzo de 1785. Inclúan 97 obras ilegales, de las cuales las siguientes 19 fueron las más solicitadas. (El primer número en la columna de la derecha representa el número total de ejemplares solicitados; el número entre paréntesis el total del número de pedidos.)

de Voltaire— podría representar un albur en algunos pedidos inusualmente grandes, no obstante que Charmet renovó dos veces sus existencias. Y el libro que aparece al final de la lista, las *Mémoires de Louis XV*, tal vez fuera más popular de lo que parece, pues Charmet pudo haber conseguido ejemplares adicionales de otros proveedores. Más aún, los títulos no representan unidades estrictamente comparables. La *Lettre philosophique de V\*\*\** era una compilación ordina-



ria, impresa "sin lujo tipográfico", tal y como lo dijeron los editores; y su precio variaba de 17 *sous* a 1 *livre*, 5 *sous*. No obtuvo un gran número junto a la enorme *Histoire philosophique* del abate Raynal, la cual apareció en ediciones de seis a diez volúmenes, por lo general majestuosos octavos embellecidos con ilustraciones y elaborados cuadros desplegables. El precio de la *Histoire philosophique*, sin contar el atlas que se podía conseguir en un volumen adicional, iba de las 10 *livres*, 10 *sous* a las 20 *livres*. Debido a su costo, Charmet no se atrevió a pedirlo en grandes cantidades; pero renovó los pedidos de esta obra con mayor frecuencia que por cualquier otro de los libros en la lista. De modo que la demanda de la *Histoire philosophique* fue tal vez más fuerte de lo que indica su posición, el noveno lugar, en la lista de los *best sellers*.

Sirvan como advertencia estas y otras consideraciones:<sup>16</sup> hay que manejar con cuidado las listas de los *best sellers*. Sólo ofrecen una imagen aproximada de la demanda literaria y no se pueden emplear para calcular la importancia precisa de cada uno de los libros que aparecen en ella. Pero si se los estudia a la luz de otras fuentes son capaces de revelar patrones de comercio significativos. El comercio de Charmet es particularmente relevante porque obtenía buena parte de sus existencias de la STN y porque en sus cartas discutía sus asuntos con franqueza. Su correspondencia, un fabuloso dossier de 179 piezas, ofrece un comentario continuo sobre la demanda tal y como él la veía desde su establecimiento. Puesto que su tienda estaba localizada a 80 kilómetros de

<sup>16</sup> Una consideración más en el caso de la *Histoire philosophique* de Raynal es el hecho de que la STN produjo su propia edición. Por lo general la STN vendía más ejemplares de sus propias ediciones que de los libros de su acervo general, de suerte que la procedencia de los libros tuvo cierto efecto en su registro de ventas. Con el fin de alertar al lector sobre este factor, los títulos de las obras publicadas por la STN aparecen señalados con un asterisco en la lista general de los *best sellers* en el cuadro 2.5 (pp. 110 y 111).

Neuchâtel al otro lado de cordillera de Jura, Charmet llegó a visitar en alguna ocasión la casa matriz de la STN. Se volvió una especie de amigo, además de cliente, de los directores de la STN, y por lo tanto mezclaba las observaciones personales y las profesionales con inusual franqueza cuando les escribía.

El tono de las cartas de Charmet se volvió particularmente cordial tras una visita en octubre de 1774, cuando él y la STN hicieron arreglos para el contrabando. Charmet despejó una ruta a través de la frontera sobornando a los funcionarios aduanales y cultivando al intendente, Bourgeois de Boyens, un gobernante ilustrado que apreciaba la buena literatura. El intendente suministró salvoconductos especiales a los envíos de Charmet y a cambio éste le ofreció "atenciones bien tangibles" —no dinero sino libros "filosóficos".<sup>17</sup> Cuando cierto problema en la estación fronteriza de Frambourg terminó en la confiscación de tres de las cajas de la STN en 1775, Charmet obsequió a la biblioteca del intendente dos ejemplares maravillosos de la *Histoire philosophique* de Raynal, encuadernados en cuero marroquí con grabados de oro. "Habrá una hoguera en el patio de la intendencia para pacificar a algunos cabeza huecas", escribió Charmet. Pero él se encargaría de ver que quemaran obras invendibles, como la *Dissertation sur Saint-Claude* de Charles Christin, en lugar de *best sellers* como *Thérèse philosophe*, que había sido requisada con las cajas.<sup>18</sup>

Por su parte, la STN no se limitó a ofrecer su hospitalidad en Neuchâtel. Siempre que lanzó nuevas ediciones le dio preferencia a Charmet sobre Lépagnez, el principal de sus rivales en Besançon, quien por su parte hacía sus pedidos con la competencia de la STN, entre quienes estaba Samuel Fauche en Neuchâtel. Conforme pasaron los años, los

<sup>17</sup> Charmet a la STN, 18 de octubre de 1775.

<sup>18</sup> *Ibid.*

lazos del interés mutuo se transformaron en una estima recíproca y esta estima en algo cercano a la amistad. Luego de pasar por Neuchâtel en marzo de 1777, Charmet escribió a los directores de la STN, a la sazón en un viaje de negocios en París, informándoles que sus mujeres e hijos se encontraban bien de salud. "Me conmovieron sus expresiones de afecto, gentileza y buena voluntad".<sup>19</sup> Cuando el negocio de la STN entró en una mala racha en 1779, Charmet les aseguró a los de Neuchâtel: "Vuestra casa editora [...] es la que yo aprecio; a ella estoy unido como a ninguna otra en mi ramo".<sup>20</sup> Para entonces Charmet se había convertido en síndico del nuevo gremio de libreros en Besançon, un cargo que lo hacía responsable de la inspección de todos los embarques de obras ilegales -y eso también lo convirtió en la persona mejor colocada para acelerar el paso de las cajas de la STN por la vía clandestina para la literatura ilegal-.<sup>21</sup> Charmet ayudó a sus proveedores suizos en cientos de formas, si bien un vigilante inspector real del comercio del libro observaba sobre su hombro durante las inspecciones. De ahí que Charmet tuviera que ser sumamente cuidadoso. Al igual que muchos de los libreros de provincia, Charmet nunca corrió demasiados riesgos y la STN nunca encontró la ruta oeste que esperaba que se abriera por Besançon para sus envíos a París.

Conforme crecía su negocio la salud de Charmet declinaba. El primer síntoma que asomó en su correspondencia fue la carta que escribió su esposa en septiembre de 1781, porque, explicó, él estaba tan enfermo que no podía pararse de la cama. ¿Síntoma de qué? ¿Cáncer? ¿Tuberculosis? Madame Charmet no tenía ni el vocabulario ni los conocimientos para comunicar lo que aquejaba a su marido y al historiador no le queda sino observar inerme conforme la muerte

<sup>19</sup> Charmet a la STN, 7 de marzo de 1777.

<sup>20</sup> *Ibid.*, 4 de septiembre de 1779.

<sup>21</sup> *Ibid.*, 28 de abril de 1780.

invade el dossier: Charmet volvió a enfermar durante un viaje en el verano de 1782. Su esposa, quien se había encargado del negocio durante su ausencia, en septiembre informó que "él habría deseado derrotar el mal, y éste lo derrotó a él. Su falta de cuidado para consigo mismo y la ineficacia de los remedios han vuelto tenaz y resistente a la enfermedad. Con todo, espero que salga adelante".<sup>22</sup> Un mes después su optimismo era mayor. Pero en los primeros días de noviembre escribió que Charmet no podía levantarse de la cama y para el 15 de noviembre que no podía ni siquiera estampar su firma. Los directores de la STN no se limitaron a enviar sus condolencias: dieron instrucciones a un agente local para que dejara pasar el cobro de una de las letras de cambio de Charmet; y ese gesto inusual "lo hizo derramar lágrimas de gratitud hacia todo lo que es vuestro", según su esposa.<sup>23</sup> A la seis semanas murió.

Madame Charmet continuó con el negocio. Sus cartas no estaban sólo bien redactadas -a diferencia de muchas viudas libreras incapaces de manejar el francés gramatical, ella no se arredraba ante el uso del pretérito del subjuntivo-, sino que además delataban un conocimiento íntimo del ramo. Se llegó a quejar de que la STN no le pudiera enviar las *Lettres de cachet* de Mirabeau con la celeridad de sus competidores en Lausana y les advirtió que esperaba un servicio más expedito para su pedido del tratado libertino de Mirabeau, *Le libertin de qualité*.<sup>24</sup> Apenas oyó de las *Mémoires sur la Bastille* de Linguet, Madame Charmet percibió el aroma de un *best seller*:

Mucho se habla por acá sobre una historia de la Bastilla que se rumorea escribió Linguet. Me informan de Ginebra que el

<sup>22</sup> Madame Charmet a la STN, 6 de septiembre de 1782.

<sup>23</sup> *Ibid.*, 15 de noviembre de 1782.

<sup>24</sup> *Ibid.*, 9 de enero de 1783.



libro se podría conseguir en Lausana. ¿Vosotros me podríais enviar rápidamente algunos ejemplares? Con seguridad se venderá bien y agradecería que me lo enviarais a tiempo.<sup>25</sup>

Y especuló sobre una edición de las *Œuvres posthumes* de Turgot, pues luego de estudiar el texto estaba convencida de que encantaría a sus clientes: "Este libro está escrito con fuerza y energía".<sup>26</sup>

En los pedidos de libros, Madame Charmet se adhirió a la estrategia de su marido: "Mi esposo tenía como principio adquirir un gran número de títulos aunque muy pocos ejemplares de cada uno".<sup>27</sup> Además, él trataba de leerlos antes de solicitar una buena cantidad para tener en existencia. Sobre todo intentaba arreglar ventas adelantadas con su clientela y restringir sus pedidos a un mínimo número de ejemplares por cada título. Charmet prefería renovar varias veces los pedidos de un mismo libro, en dado caso de que sus clientes se lo siguieran pidiendo, a correr el riesgo de quedarse con libros que no se vendían. Lejos de arriesgarse, Charmet siempre se atuvo a la demanda en la medida de lo posible: "Soy débil y por lo mismo tiemblo. Las ventas son mi brújula y de ellas no puedo desviarme sin verme expuesto al peligro. Ése es el motivo por el que no quiero correr ningún riesgo".<sup>28</sup>

Las cartas de Charmet también dejan en claro que buena parte de sus existencias las obtuvo de la STN. En las cartas se hace mención a otros proveedores, especialmente en Lausana y en Ginebra. Aunque en ellas se señala que siempre que fuera posible Charmet y su esposa le darían su preferencia a la STN: "Preferiríamos realizar todas nuestras transacciones comerciales con vuestra casa editora, a la

<sup>25</sup> Madame Charmet a la STN, 13 de abril de 1783.

<sup>26</sup> *Ibid.*, 24 de abril de 1787.

<sup>27</sup> *Ibid.*, 16 de agosto de 1784.

<sup>28</sup> Charmet a la STN, 20 de junio de 1777.

cual nos unen lazos de gratitud y aprecio".<sup>29</sup> Por ejemplo: en 1781 dejaron pasar la oportunidad de comprar la *Vie privée de Louis XV*, una obra en cuatro volúmenes que en términos generales se vendió para el mayoreo en 10 *livres*, con otras casas de Suiza e hicieron un pedido inusualmente fuerte, veintiséis ejemplares, a la STN. Pero la demanda era tan grande que asfixió el sistema de intercambio entre los editores suizos. La STN esperaba proveerse de doscientos ejemplares por la vía del intercambio con el editor del libro en Ginebra, Jean-Abram Nouffer. Éste, sin embargo, batallaba bajo el peso de una gran deuda. Al ver la oportunidad de tranquilizar a sus acreedores, Nouffer retuvo el pedido de la STN y vendió en efectivo casi toda la edición a los mayoristas. Ellos surtieron a los comerciantes minoristas en Francia mucho antes de que la STN lograra poner sus ejemplares en el mercado. Charmet se quejó por tanto de que para cuando recibió su envío, los clientes ya habían visto desde hacía dos meses el libro en las tiendas de sus competidores. No obstante lo anterior, Charmet renovó tres veces su pedido y vendió un total de 104 ejemplares, un éxito notable para "un pequeño minorista", como él se describía.<sup>30</sup> La *Vie privée de Louis XV* ocupa el quinto sitio en su lista y la historia interna de su comercialización sugiere que la demanda que tuvo fue mucho mayor que lo que la sola lista sugiere.<sup>31</sup>

De hecho, una lectura cuidadosa de la correspondencia de Charmet hace parecer que la tendencia de esta lista, su énfasis en la literatura política de escándalo, dice menos de lo que es y no al contrario. A decir verdad, los *best sellers* in-

<sup>29</sup> *Ibid.*, 6 de septiembre de 1782.

<sup>30</sup> *Ibid.*, 20 de febrero de 1778.

<sup>31</sup> A partir de los documentos no es posible afirmar que Nouffer se hubiera comprometido a enviar la *Vie privée de Louis XV* a la STN por vía de intercambio. Para ver su versión de esta historia, véanse sus cartas a la STN del 10 de mayo, 6 de junio y 6 de julio de 1781. Para la versión de la STN y de Charmet, véase Charmet a la STN, 18 y 30 de mayo y 18 de julio de 1781; y de la STN a Charmet, 12 de junio y 22 de julio de 1781.

cluían una noción general de todos los géneros literarios: obras pornográficas e irreligiosas a un lado de los tomos de los famosos *philosophes*. Pero para 1781 Charmet escribió que el público ya había perdido el interés en los tratados abstractos.<sup>32</sup> En su lugar, la clientela quería ahora tratados políticos, como *Des lettres de cachet et des prisons d'État* de Mirabeau;<sup>33</sup> libelles, como la *Vie privée de Louis XV*; y *chroniques scandaleuses* (relaciones chismosas sobre acontecimientos contemporáneos) como el *Journal historique de la révolution opérée dans la constitution de la monarchie française par M. de Maupeou, chancelier de France*. Apenas supo del *Journal historique*, Charmet dijo que sin verlo se llevaría veinticinco ejemplares y cien si luego de revisarlo lo consideraba "bien hecho".<sup>34</sup> Asimismo esperaba vender cien ejemplares de las *Mémoires de Louis XV*, aunque como en el caso de cualquier pedido grande, primero quiso leerlas: "Si la obra es buena y propicia a las ventas, me llevaré cien. Aunque si no está en el mismo estilo del *Précis de Mme du Barry*, me conformo con una docena".<sup>35</sup>

<sup>32</sup> En carta a la STN, fechada el 9 de junio de 1781, Charmet aconsejó no reimprimir la *Philosophie de la nature* de Delisle de Sales: "Tengo la impresión de que esta obra está acabada. Lo mismo sucede con los libros filosóficos en general, los cuales desde hace más de un año rara vez me piden". En este caso, Charmet empleó el término "filosófico" en su acepción convencional, para referirse a los tratados de filosofía.

<sup>33</sup> Charmet a la STN, 17 de abril de 1782. En carta del 2 de octubre de 1782, Charmet señaló que él esperaba que el ataque de Mirabeau al gobierno arbitrario llamara especialmente la atención de los abogados y magistrados relacionados con el Parlamento de Besançon. El 18 de abril de 1777, escribió que sus lectores se estaban haciendo añicos entre ellos por conseguir otro muy osado tratado, *Lettre de M. Linguet à M. le comte de Vergennes*: "Algunos ejemplares se han llegado a vender por cuatro o cinco louis [de 96 a 125 livres, un precio estratosférico]".

<sup>34</sup> Charmet a la STN, 8 de noviembre de 1774.

<sup>35</sup> *Ibid.*, 30 de septiembre de 1775. El *Précis* era un panfleto que se publicó con otro libelle similar: *La Gazette de Cythère, ou aventures galantes et récentes arrivées dans les principales villes de l'Europe, traduite de l'anglais, à la fin de laquelle on a joint le Précis historique de la vie de Mad. la comtesse du Barry*, Londres, 1774.

Las cartas de Charmet ciertamente sugieren que el mercado estaba inundado de este tipo de literatura. Cuando la STN le pidió a Charmet su consejo a propósito del proyecto de reimprimir una antología de obras polémicas sobre el Ministerio de Necker en 1781, Charmet comentó que el mercado local no podía absorber una sola más. Aunque añadió:

Es muy probable que sí se venda una nueva reimpresión del *Espion anglais* en cuatro volúmenes. Se trata de una buena obra, aunque ésta también ya se está empezando a quedar atrás. Con veinticinco ejemplares tengo suficiente, pues aquí ya he vendido cien. *L'Observateur anglais*, las *Mémoires secrets*, el *Espion français* y este otro [*L'Espion anglais*] son un buen número de libros sobre el mismo asunto y el público ya está abundantemente abastecido.<sup>36</sup>

Lo anterior no le impidió, diez meses después, aprovechar la oportunidad de ordenar cincuenta ejemplares del *Espion dévalisé* apenas supo que acababa de salir de las prensas otra *chronique scandaleuse*.<sup>37</sup>

Las cartas de Charmet ponen al descubierto el elemento humano detrás de las estadísticas. Su proximidad a Neuchâtel, su amistad con los directores de la STN, su cautelosa forma de evaluar la demanda y de colocar sus pedidos, todo lo que este dossier encierra lo convierte en la fuente ideal para enmendar cualquier mala impresión que pudiera surgir de la sola lectura de la lista de *best sellers*. De hecho, este dossier sugiere que el mercado para las obras políticas era

<sup>36</sup> Charmet a la STN, 12 de octubre de 1781. En este caso, Charmet parecía haber confundido todos sus "espions", ya que *L'Espion anglais*, que llegó a los diez volúmenes, era una versión ampliada de la obra en cuatro titulada *L'Observateur anglais, ou correspondance secrète entre Milord All'Eye et Milord All'Ear*, que apareció originalmente en 1777 con pie de imprenta de Londres.

<sup>37</sup> Charmet a la STN, 28 de agosto de 1782.



todavía más fuerte de lo que la lista indica, en donde cinco de los diecinueve títulos se pueden clasificar como *libelles* o *chroniques scandaleuses*. Consideradas juntas, ambas evidencias señalan la existencia de un público hambriento de literatura picante, calumniosa y sediciosa.

#### EL COMERCIO EN TODO UN PUEBLO

Pero el público en Besançon, una ciudad parlamentaria en la muy letrada fracción nordoriental del reino, debe haber sido muy diferente al de otros lugares de Francia.<sup>38</sup> Como último estudio de caso, considérese el comercio de la STN en Montpellier, una ciudad en el sur profundo, fuera por completo de las visitas amistosas y de la solidaridad personal con los de Neuchâtel.

Montpellier contaba con una población de unos 31 mil habitantes y una rica variedad de instituciones culturales, las cuales catalogó un orgulloso ciudadano en un *Etat et description de la ville de Montpellier* en 1768, maravillosamente detallado y comentado: una catedral y cuatro iglesias colegiadas, dieciséis comunidades monásticas, dos grandes escuelas primarias administradas por los *Frères des Ecoles Chrétiennes*, varias escuelas más pequeñas dirigidas por maestros que asimismo eran tutores, un *collège* real o escuela secundaria, una universidad (la célebre facultad de medicina contaba nada más ella con siete profesores que disfrutaban un estipendio de 2 mil *livres* y el derecho a usar una "toga de damasco rojo con un bonete con filos de armiño"), una prestigiada Real Academia de Cien-

<sup>38</sup> Sobre la elevada tasa de alfabetismo en el nordeste a diferencia del sur, véase Michel Fleury y Pierre Valmary, "Les Progrès de l'instruction élémentaire de Louis XIV à Napoleon III", en *Population*, t. XII, 1957, pp. 71-92, y Françoise Furet y Jacques Ozouf, *Lire et écrire: L'alphabétisation des français de Calvin à Jules Ferry*, París, 1977.

cias, una Academia de Música, un teatro municipal y doce logias masónicas. Aun cuando carecía de parlamento, Montpellier era un centro legal y administrativo: asiento de los Estados provinciales de Languedoc, una intendencia, dos importantes tribunales fiscales (una *Chambre des Comptes* y una *Cour des Aides*), una corte inferior o *présidial* y una profusión de cuerpos administrativos y judiciales menores. La ciudad contaba con una importante industria textil (sábanas, calicós, medias, pañuelos, bonetes) y una variedad espléndida de tenderos y artesanos, no meramente ebanistas y zapateros remendones sino artesanos cuyos oficios han desaparecido de los diccionarios, como *plumassiers* y *pangustiers*, y que enviaban a sus numerosos hijos a la escuela en la opinión de sus superiores en la escala social: "Estas escuelas, como tengo dicho, están llenas de niños provenientes de los más indeseables de la gente común, quienes más debieran estar instruyéndose en cómo arar la tierra y otros trabajos rudos que aprendiendo a leer y escribir".<sup>39</sup>

Una amplia población protestante y un cuartel militar servían como recordatorios de los problemas religiosos en la época de Luis XIV, pero las pasiones sectarias se habían aplacado, según el *Etat et description*: "Ya nadie pelea por el calvinismo, el molinismo y el jansenismo. Todo ello ha sido suplantado por la lectura de libros filosóficos, la cual se ha generalizado tanto, sobre todo entre los jóvenes, que hay más deístas que nunca". Una burguesía anticuada dominaba la ciudad y probablemente suministraba a las librerías con la mayor parte de su clientela, pues Montpellier era un buen territorio para la venta de libros: "El comercio del libro es amplio para una ciudad como ésta", explicaba el *Etat*

<sup>39</sup> *Etat et description de la ville de Montpellier, fait en 1768*, tratado anónimo que J. Berthélé publicó bajo el título de *Montpellier en 1768 et en 1836 d'après deux manuscrits inédits*, Montpellier, 1909, las citas provienen de las pp. 52 y 57.

*et description*. "Los libreros están bien surtidos desde que se extendió entre los habitantes el gusto por contar con una biblioteca."<sup>40</sup>

Según el *Manuel de l'auteur et du libraire*, un anuario que decía incluir a todos los editores e impresores franceses, Montpellier contaba con nueve librerías en 1777:<sup>41</sup>

Impresores y editores:	Aug.-Franc. Rochard
	Jean Martel
Libreros:	Isaac-Pierre Rigaud
	J. B. Faure
	Albert Pons
	Tournel
	Bascon
	Cézary
	Fontanel

Sin embargo, revisándolo más detenidamente, el campo parecía menos denso. Un agente viajero de la STN envió el siguiente informe a la casa matriz desde Montpellier en 1778:

Visité a Monsieur Rigaud, Pons & Co., que es la mejor casa en esta ciudad. Siguen pidiendo las obras de Madame Riccoboni; aquí se incluye el pedido. También visité a Cézary, quien no es tan acaudalado como el anterior pero que tiene fama de gran caballero; su pedido se anexa. Jean Martel y Picot son dos impresores que no venden libros. J. B. Faure es en realidad la viuda de Gonthier, quien es bastante buena, pero no quiere transacción alguna. Bascon y Tournel no valen la pena; no los visité. El abate Fontanel no da para mucho. La

<sup>40</sup> J. Berthélé, *Montpellier en 1768 et en 1836...*, op. cit., pp. 27 y 55.

<sup>41</sup> *Manuel de l'auteur et du libraire*, París, 1777, p. 67. Para los antecedentes del comercio del libro en la provincia, véase Madeleine Ventre, *L'imprimerie et la librairie en Languedoc au dernier siècle de l'ancien régime*, París y La Haya, 1958.

primera vez que lo visité me dijo que necesitaba varias cosas de nuestro acervo.<sup>42</sup>

En resumen, con la fusión de Rigaud, Pons dominaba el mercado local. Dos firmas menores, Cézary y Faure, ocupaban puestos intermedios en la jerarquía comercial, y los otros tres realizaban un comercio bastante marginal. Además de estos libreros de títulos legales, cada año, después de la cosecha de otoño, diversos buhoneros descendían a Montpellier provenientes de las montañas del Delfinado. Ellos vendían todo tipo de literatura ilegal por debajo de la manga, al igual que en algunos de los bajos fondos locales: "Hay varias personas en Montpellier que sin autorización comercian fuerte con todo tipo de libros, en detrimento de los libreros establecidos", se quejaban los comerciantes autorizados. "Entre ellos se dice que está el padre Marcellin, un agente de los capuchinos; un hombre llamado Tournel [encuadernador]; y la viuda de Arnaud, conocida como 'la madre de los estudiantes'".<sup>43</sup> Los estudiantes, de hecho, tenían dos "madres", toda vez que *demoiselle* Bringand, alias "la madre de los estudiantes", asimismo los abastecía de libros prohibidos, los cuales escondía "en una habitación situada a la derecha del primer piso [...] debajo de la cama", según el informe de la redada policial que instigó uno de los comerciantes autorizados.<sup>44</sup>

<sup>42</sup> Jean-François Favarger a la STN, 29 de agosto de 1778. En 1674, Montpellier tenía cuatro libreros y dos impresores: véase M. Ventre, *L'imprimerie et la librairie en Languedoc*, op. cit., pp. 227 y 228. Faure era el socio de la viuda de Gontier; y las firmas de Rigaud y de Pons se fusionaron bajo la dirección de Isaac-Pierre Rigaud en 1770, aunque aparecen separados en la lista del *Manuel de l'auteur et du libraire* de 1777, que en general no es una fuente confiable.

<sup>43</sup> Una anónima *requête*, sin fechar, acaso de 1754, enviada al director del comercio del libro: Bibliothèque Nationale, ms. fr. 22075, fo. 229. Sobre el tráfico de libros ilegales realizado por los campesinos del Delfinado, véase *ibid.*, fo. 234, "Mémoire remis à M. de Saint Priest" por Eméric David, de Aix.

<sup>44</sup> El informe, fechado el 24 de julio de 1754, está incluido en *ibid.*, fo. 355.



Este patrón se presentó en casi todas partes. En las ciudades más provincianas el comercio del libro semejaba un conjunto de círculos concéntricos: en el centro, uno o dos comerciantes prominentes acaparaban la mayor parte del ramo con sus librerías bien surtidas; en la periferia, unos cuantos tenderos pequeños se afanaban por resistir el arrastre gravitacional de las firmas más grandes; y al margen de los libreros autorizados, un variopinto conjunto de encuadernadores, buhoneros, maestros de escuela, curas itinerantes y aventureros intelectuales pregonaban sus mercancías fuera del alcance de la ley. Mientras más lejos del centro, mayor era la tendencia especulativa con libros prohibidos, ya que las ganancias aumentaban en proporción a los riesgos y los riesgos parecían menos graves para los que menos tenían que perder o que deambulaban sobre el filo de la quiebra. Pero la literatura ilegal penetraba todos los círculos del sistema, incluido su núcleo central: ésa es la lección principal que debe sacarse del estudio de un sector del ramo en Montpellier, empezando por el dossier del hombre que ocupaba su centro, Isaac-Pierre Rigaud.

Rigaud era la representación de la virtud suprema de un librero, la "solidez", es decir, la riqueza combinada con la confianza absoluta en el pago de sus cuentas. Él mismo publicaba libros, sobre todo tratados médicos y tesis para la universidad, y tenía un buen negocio al menudeo. Aun antes de fusionarse con Pons en 1770, el valor de su inventario ascendía por lo menos a unas 45 mil *livres*, bastante más grande que el de cualquier otro librero en la ciudad.<sup>45</sup> El catálogo de sus acervos en 1777 muestra que tenía en existencia todo tipo de libros, no obstante que se especializaba en obras médicas y, en menor medida, en libros devocionales para los hugonotes de la región.<sup>46</sup> Se abastecía en París,

<sup>45</sup> M. Ventre, *L'Imprimerie et la librairie en Languedoc*, op. cit., p. 227.

<sup>46</sup> Rigaud a la STN, 23 de mayo de 1777.

Ruán, Lyon, Aviñón y con los editores más importantes de Suiza. Cuando era posible, Rigaud compraba media docena de ejemplares de un título con cada uno de los diversos mayoristas con el propósito de ponerlos a competir entre ellos y asegurarse de que surtieran su pedido en primer lugar. Se quejaba con vehemencia si no lograba sacar el precio más bajo, si el pedido de un competidor llegaba antes que el suyo, si el impresor usaba un papel barato o si el distribuidor no encontraba la ruta más económica.

Por ejemplo, cuando en 1771 el gobierno gravó con un pesado impuesto a los libros importados, Rigaud decidió cancelar todos los pedidos al extranjero antes que exponer su capital ingresándolos de contrabando. La confiscación de una caja se llevaba consigo las ganancias de treinta, explicó: "Hay que saber cuándo plegarse a las circunstancias y a los malos tiempos".<sup>47</sup> Más adelante, cuando el gobierno redujo esta tarifa, Rigaud insistió en que la STN corriera con dos terceras partes de la misma. Y por último, cuando se volvió a incrementar la tarifa, exigió que la STN asumiera todos los gastos de transportación hasta Lyon y que redujera el 10% sus precios al mayoreo: "Sin esos términos, no podremos solicitar vuestra mercancía, si es que no queremos terminar en el asilo de pobres, que es precisamente lo que tratamos de evitar".<sup>48</sup> Rigaud les regateaba a todos hasta el extremo y luego se quejaba si no obtenía el servicio más rápido, barato, seguro.<sup>49</sup> Pero la STN nunca cedió ante sus em-

<sup>47</sup> *Ibid.*, 25 de octubre de 1771.

<sup>48</sup> *Ibid.*, 29 de junio de 1774. Sobre los detalles de la legislación tarifaria, véase mi "Reading, writing, and publishing in eighteenth-century France: A case study in the sociology of literature", en *Daedalus*, invierno de 1971, pp. 231-238.

<sup>49</sup> Por ejemplo, Rigaud se negó a ordenarle a Gabriel Cramer, de Ginebra, la edición original de las *Questions sur l'Encyclopédie* de Voltaire por ahorrarse algo comprando la edición mal hecha y a precio reducido de la STN, pero el papel de la STN le pareció abominable y muy lento el envío. Rigaud a la STN, 9 de noviembre de 1770: "Para nosotros resulta de lo más

bates y *gasconnades* (Rigaud regateaba con tal verborrea que hacía parecer a su clientela norteña como de piedra), pues a diferencia de la mayoría de los librereros él nunca hizo trampa ni nunca dejó de pagar una sola letra de cambio al vencimiento. Era duro, pero cumplidor.

La rudeza de Rigaud era lo que saltaba a la vista de los demás librereros de Montpellier. Para Cézary, el "gran caballero" que en la ciudad representaba el rango medio del ramo según el agente viajero de la STN, Rigaud era la encarnación del espíritu empresarial agresivo:

Me he enterado, a un precio muy elevado, que un caballero de esta ciudad, consumido por la avaricia y resuelto a destruirme con el fin de reducir el número de librereros en Montpellier y de hacerse de mis libros por nada, les ha escrito a algunos de mis acreedores en un esfuerzo por disuadirlos de llegar a este trato.<sup>50</sup>

Cézary se refería a un episodio que ilustra el capitalismo de tipo canbal que practicaban los librereros en toda Francia y en particular en el sur. Para 1781, las existencias de Cézary valían de 30 mil a 40 mil *livres* y era propietario de dos casas valuadas en 30 mil *livres*. Pero sus deudas ascendían a 64.410 *livres* y fue incapaz de conseguir el suficiente dinero en efectivo para evitar la suspensión de pagos a principios de año.<sup>51</sup>

humillante que en carta que llegó ayer de Ginebra de Monsieur Cramer se nos informe que envió un pedido para uno de nuestros colegas y que se diga sorprendido de que a él no le hayamos hecho pedido alguno. Al dirigirnos directamente a vosotros, teníamos la esperanza de obtener un precio mejor y un servicio más rápido, y nos hemos dado cuenta, para nuestra mayor consternación, de que en este último punto, que es el crucial, hemos fracasado". El 8 de agosto de 1771, agotada su paciencia, Rigaud escribió a la STN: "Parece haber cinco o seis mil leguas entre nosotros".

<sup>50</sup> Cézary a la STN, 25 de junio de 1781.

<sup>51</sup> La situación financiera de Cézary la analizó el abogado de la STN en Montpellier, de nombre Chiraud, en una carta del 5 de junio de 1779. La

En un intento por salvarse de la quiebra, Cézary les escribió a todos sus acreedores, suplicándoles que le permitieran seguir en el negocio al mismo tiempo que les pagaba gradualmente a partir de las ganancias y de la venta de los activos —una estrategia común entre los comerciantes con una balanza de pagos adversa—. La STN se inclinaba a ser indulgente (Cézary sólo le debía 285 *livres* de un acarreo de libros legales, casi todos de medicina). Pero Rigaud persuadió a los acreedores principales, que eran editores piratas en Aviñón, de que le reclamaran el pago de sus cuentas. Una vez que Cézary no logró cumplir con una letra de cambio, uno de los de Aviñón, Jean-Joseph Niel, hizo que los alguaciles irrumpieran en su depósito y se llevaron 3 mil *livres* de los títulos que más se vendían. Por miedo a ser encarcelado como deudor, Cézary huyó de la ciudad, mientras su madre veía cómo los funcionarios del tribunal cerraban y sellaban la tienda con el fin de evitar que continuara la merma de las existencias. Cézary se puso a negociar frenéticamente desde su escondite, con la esperanza de llegar a un acuerdo provisional con sus acreedores y de conseguir un salvoconducto con las autoridades municipales. Pero cuando se sintió lo suficientemente seguro para volver a Montpellier, lo encerraron en la cárcel.

Cézary salió de ahí en el momento en el que sus acreedores fijaron una reunión para decidir si remataban sus bienes o si lo dejaban trabajar para finiquitar sus deudas. Rigaud trató entonces de reunir los poderes suficientes entre los acreedores más distantes con el fin de controlar la reunión, eliminar a Cézary del ramo y adquirir a bajo precio los libros en una subasta. Cézary contestó con una desesperada campaña de cartas. Tras denunciar las "reprensi-

siguiente relación está basada en las cartas de Chiraud así como en las de Vialars, un comerciante local que también representaba a la STN, y en las del propio Cézary.



bles maniobras de los principales libreros de Montpellier",<sup>52</sup> suplicó misericordia y trató de implementar una maniobra propia. Un especulador de nombre Luc Biron le había ofrecido respaldarlo, decía Cézary, para que pudiera pagarles a sus acreedores la mitad de su adeudo si ellos le perdonaban la otra mitad. La STN le pidió a un comerciante local que investigara este asunto. Este último contestó que Brion tal vez fuera un prestanombre, al que Cézary emplearía para liquidar sus deudas, pero que la STN podía perder aún más con la subasta y que Rigaud en realidad quería sacar de la jugada a Cézary. La STN y la mayor parte de los acreedores optaron por la menor pérdida. "Biron" pagó 142 *livres*, pero no salvó a Cézary, quien durante los tres siguientes años batalló para mantenerse a flote y finalmente se fue a pique en 1784.

Entre tanto, Rigaud hacía todo lo posible por destrozar a otro comerciante, Abraham Fontanel, quien operaba en las orillas del ramo. Tras formarse como artista y grabador, Fontanel había echado a andar una pequeña imprenta y un negocio de libros en Mende. En 1772 trató de incorporarse a las filas de los libreros oficiales de Montpellier con la compra de un certificado de comerciante (*brevet de libraire*). Pero al llegar sus primeros embarques le resultó imposible hacer encuadernar los libros, ya que los encuadernadores o bien trabajaban para Rigaud o bien ellos mismos se dedicaban a venderlos por debajo de la manga y les interesaba conservar para sí el negocio. Fontanel arregló eventualmente que sus libros llegaran encuadernados y cosidos y no en pliegos. Pero una vez que abasteció a su tienda, tuvo que vérselas con el problema de formar una clientela. De suerte que buscó un lugar para vender sus bienes en las ferias de Beaucaire y Burdeos y acaso se dedicara a vender algo en el camino, mientras su mujer, como las esposas de muchos libreros, se quedaba en casa a cuidar el establecimiento.

<sup>52</sup> Cézary a la STN, 25 de junio de 1781.

Luego, en un último esfuerzo por lanzar su negocio en Montpellier, lo fortaleció con una biblioteca comercial o *cabinet littéraire*.

Con frecuencia los comerciantes marginales formaron sociedades de este tipo duplicando sus existencias como si fueran parte del acervo de la biblioteca, solicitando un surtido de publicaciones periódicas y colocando una sala de lectura al fondo de la tienda. Los miembros pagaban una cuota de suscripción, en ocasiones de 3 *livres* por mes (el salario diario de un artesano calificado); y a cambio podían leer lo que les diera la gana. Si el librero conseguía un número suficiente de miembros, el ingreso por la vía de las suscripciones podía ser la diferencia entre sobrevivir y quebrar; y el flujo de lectores que llegaba a la tienda con frecuencia animaba las ventas.<sup>53</sup>

El tipo de literatura que Fontanel le ofrecía a sus suscriptores puede resumirse en uno de sus pedidos a la STN, el cual, según él mismo dijo, haría las veces de núcleo de la colección del *cabinet*. Fontanel quería novelas sentimentales, poemas y ensayos de autores contemporáneos de moda como Dorat, Mercier, Gessner y Young. Entre los autores ilustrados, prefería al Voltaire de los *contes* (novelas filosóficas) y al Montesquieu de las *Lettres persanes*. Sus libros no narrativos tendieron a ser ligeros y entretenidos —más que nada viajes de aventuras e historias populares— aunque dejó espacio para el *Dictionnaire* (abreviado) de Bayle y para la *Histoire romaine* de Rollin. A los seis meses de su llegada,

<sup>53</sup> Se sabe relativamente poco sobre los *cabinets littéraires* del siglo XVIII. Para un recuento preliminar del tema véanse Jean-Louis Pailhès, "En marge des bibliothèques: l'apparition des cabinets de lecture", en *Histoire des bibliothèques françaises*, París, 1988, pp. 415-421; Paul Benhamou, "The reading trade in pre-revolutionary France", en *Documentatieblad Werkgroep Achttiende Eeuw*, vol. 23, 1991, pp. 143-150; y mis propias descripciones sobre dos *cabinets* en *Edition et sédition*, pp. 80-86, y en "First steps towards a history of reading", en *Australian Journal of French Studies*, xxiii, 1986, pp. 5-30.

Fontanel diagnosticó a Montpellier como "un pueblo en el que se venden bien las obras nuevas y en especial las filosóficas". Mandó pedir los escritos de Helvétius y "dos o tres ejemplares de todo en ese género, como *L'Homme par alphabet, Dieu et les hommes*, etc".<sup>54</sup> Para contar con una guía que le permitiera dotarse de un acervo de libros "filosóficos" —"esos que mejor venden", explicaba—, encargó un ejemplar del catálogo clandestino de la STN.<sup>55</sup> Sin embargo, tras comparar los precios decidió comprarlos en Lausana con Grasset. En términos generales los pedidos de Fontanel se parecían a los de Rigaud. La diferencia entre ellos no consistía tanto en los libros que vendían como en las posiciones desde las que operaban. A ambos los movía el mismo objetivo: "Trabajo para hacer dinero, no para perderlo", decía Fontanel.<sup>56</sup>

A lo largo de la década de 1770, Fontanel obtuvo lo suficiente para pagar a tiempo sus cuentas. Tal parece que alcanzó a poner un pie en la orilla de la *intelligentsia* de Montpellier, ya que sus cartas, escritas en un francés elegante, mencionan contactos con profesores y amantes de las artes. Pero no se sentía lo suficientemente bien plantado en el ramo como para presenciar el hundimiento del negocio de Cézary sin temor a que él pudiera ser el siguiente en la lista de Rigaud, sobre todo cuando Rigaud trató de disuadirlo sobre la recuperación de ciertos libros que le había enviado la STN en una de las cajas confiscadas a Cézary. Esa maniobra no funcionó (Rigaud asimismo extrajo el catálogo de la STN de la caja con el fin de sabotear el siguiente pedido de Fontanel), pero confirmó la sospecha de Fontanel en cuanto a que a Rigaud lo consumían los "celos excesivos" y que haría lo que fuera por arruinarlo.<sup>57</sup> Apuntaló sus finanzas al

<sup>54</sup> Fontanel a la STN, 11 de mayo de 1773.

<sup>55</sup> *Ibid.*, 4 de marzo de 1775.

<sup>56</sup> *Ibid.*, 18 de enero de 1775.

<sup>57</sup> *Ibid.*, 24 de enero de 1781.

ganarse una pequeña pensión a manera de gratificación por fundar una "academia de pintura y escultura".<sup>58</sup> Mientras tanto, sin embargo, los libreros seguían desertando de los rangos medios del ramo. Tournel se concentró de nuevo en la encuadernación. Faure murió, dejando a su yerno la continuación de un negocio que no era lo suficientemente próspero. Y Rigaud se tragó a los demás. "Mi negocio de libros va a crecer", informaba Fontanel en 1781, "ya que ahora estoy aquí solo con Monsieur Rigaud, los otros han desertado, al parecer. Pero eso ha azuzado aún más los celos de Monsieur Rigaud, quien quiere todo el terreno para él y todos los días manifiesta su odio hacia mí".<sup>59</sup>

La polarización del ramo no comportó prosperidad alguna a Fontanel. En enero de 1781 por primera vez no pudo cubrir una de las facturas con la STN. "Los tiempos son difíciles", se quejaba en marzo;<sup>60</sup> y poco después confesó que no tenía para pagar las seis suscripciones para la edición en cuarto de la *Encyclopédie* (Rigaud pagó 143 suscripciones sin chistar). Una fuerte enfermedad, que lo agobió en la feria de Burdeos, le impidió equilibrar sus libros contables al final del año. En agosto de 1782 no pudo liquidar un pagaré bueno por 300 *livres*. Si bien cubrió una factura por 666 *livres* en diciembre, siguió retrasándose en sus pagos a la STN y con sus otros proveedores durante los siguientes dos años. Una vez que su deuda superó las 1.000 *livres* y no contestó varias cartas de apremio, la STN amenazó con llevarlo a los tribunales. Por último, "por medio de todo tipo de amenazas y solicitudes", el cobrador local de la STN le sacó 574 *livres* a Fontanel en noviembre de 1784.<sup>61</sup> A fuerza de nuevas amenazas se obtuvieron otras 300 *livres* en mayo de 1785 y otras 150 *livres* más en septiembre de 1786.

<sup>58</sup> *Ibid.*, 24 de mayo de 1782.

<sup>59</sup> *Ibid.*, 18 de mayo de 1781.

<sup>60</sup> *Ibid.*, 6 de marzo de 1781.

<sup>61</sup> Vialarç a la STN, 3 de noviembre de 1784.



Pero en 1787 Fontanel le seguía debiendo a la STN 218 *livres*, cuando perdió contacto con él. Es imposible asegurar si Fontanel se enroló en el Ejército, se embarcó hacia otros países o si sólo tomó un camino abierto al igual que muchos otros librereros. Pero los comerciantes de la localidad de tiempo atrás lo habían borrado de la lista, luego de llegar a la conclusión de que Fontanel "asume más cosas de las que es capaz de manejar".<sup>62</sup>

El trabajo duro y el espíritu de empresa no significaban necesariamente el éxito. Sí lo hicieron en el caso de Rigaud, pero él ocupaba un lugar sólido y central en la economía local y empleó esta ventaja estratégica para acabar con sus competidores. Aunque vendía el mismo tipo de libros que Fontanel, Rigaud nunca se arriesgó o extralimitó en sus créditos. A diferencia de los comerciantes marginales, pudo retirarse al sector legal del ramo cada vez que olía el peligro. De modo que la lista de sus *best sellers*, en el cuadro 2.4, revela el comercio clandestino en su aspecto más conservador.

Esta lista representa los dieciocho *best sellers* entre las 53 obras ilegales que Rigaud pidió a la STN en 64 ocasiones, de 1771 a 1784. No se corresponde exactamente con la lista de Charmer. No se esperaría encontrar entre los dos patrones del ramo una correspondencia isomórfica, título por título. Pero son muy similares. Varias de las mismas obras —*L'An 2440* de Mercier, *Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry*, *Histoire philosophique* de Raynal— aparecen hacia la parte superior de la lista. Los mismos autores —Mercier, Linguet, Voltaire, Pidansat de Mairobert— dominan en ambas. Y en los dos casos aparece una proporción elevada de tratados políticos, sobre todo de la variedad "maupeouana": *Correspondance secrète et familière de M. de Maupeou* y *Journal historique... par M. de Maupeou*. Las listas difieren en que Rigaud prefería las obras de cajón de la Ilustración

<sup>62</sup> Vialars a la STN, 30 de agosto de 1784.

CUADRO 2.4. *El comercio de Rigaud, Pons en Montpellier\**

1. <i>L'An 2440</i> , Mercier	346	(16)
2. <i>Lettre de M. Linguet à M. le comte de Vergennes</i> , Linguet	200	(2)
3. <i>Correspondance secrète et familière de M. de Maupeou</i> , Pidansat de Mairobert	100	(1)
4. <i>Questions sur l'Encyclopédie</i> , Voltaire	70	(4)
5. <i>Lettre d'un théologien</i> , Condorcet	70	(3)
6. <i>Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry</i> , ¿Pidansat de Mairobert?	68	(2)
7. <i>Dieu. Réponse au Système de la nature</i> , Voltaire	50	(1)
8. <i>Requête au conseil du roi</i> , Linguet	48	(3)
9. <i>Système de la nature</i> , D'Holbach	43	(3)
10. <i>Histoire philosophique</i> , Raynal	35	(4)
11. <i>Journal historique... par M. de Maupeou</i> , Pidansat de Mairobert y Moufle d'Angerville	25	(1)
12. <i>Recueil de pièces fugitives</i> , Voltaire	24	(2)
13. <i>Œuvres</i> , Rousseau	23	(5)
14. <i>Tableau de Paris</i> , Mercier	22	(3)
15. <i>Lettre philosophique</i> , Anón.	20	(1)
16. <i>Pièces échappées du portefeuille de M. de Voltaire</i> , Anón.	20	(1)
17. <i>De la Philosophie de la nature</i> , Delisle de Sales	17	(3)
18. <i>Les Plus Secrets Mystères... de la maçonnerie</i> , Bérage, trad. de Koeppen	16	(4)

\* Rigaud, Pons realizó 64 pedidos, de abril de 1771 a julio de 1784. Inclúan 53 obras ilegales, de las cuales las siguientes 18 fueron las más solicitadas.

—*Questions sur l'Encyclopédie*, *Système de la nature*—, mientras que Charmer ordenaba más pornografía —*La Lyre gailarde*, *La Putain errante*—.

Al igual que Charmer, Rigaud ofrecía un comentario permanente sobre lo que se vendía mejor en su establecimiento, y no dudó en aconsejar a la STN sobre lo que debía piratear. En marzo de 1774, les advirtió que el mercado estaba tan saturado de numerosas ediciones de la *Histoire philosophique* de Raynal "que sus ventas pueden conside-

rarse potencialmente deshechas".<sup>63</sup> Pero las ventas volvieron a animarse en 1781 luego de que el verdugo público la incineró enfrente del Parlamento de París, y tres veces Rigaud renovó sus pedidos. Ciertos clásicos –las obras de Molière más que las de los antiguos– siempre hallarían compradores, sostenía.<sup>64</sup> Pero Rigaud no tuvo un género favorito. Al mismo tiempo pedía la Biblia y el ateo *Système de la nature*; y aunque llegó a señalar cierta preferencia por esta última obra, celebraba su poder de venta, mas no así sus contenidos. Habría hecho un pedido de cien ejemplares del *Système...* en lugar de una docena, escribió en una de sus quejumbrosas misivas, pero la STN no reimprimió el libro cuando más fuerte era la demanda: "Habéis dejado pasar la oportunidad de anotaros un tanto".<sup>65</sup> El mismo cálculo lo llevó a animar a la STN a que reimprimiera la atea *Philosophie de la nature* de Delisle de Sales: "Tenemos motivos para creer que una nueva edición de la *Philosophie de la nature*, 6 volúmenes en octavo, se vendería. Haríamos un pedido de 25 o 30 ejemplares".<sup>66</sup>

Rigaud reconoció de inmediato un *best seller* cuando le llegaron rumores sobre la existencia de las *Confessions* de Rousseau.<sup>67</sup> Aunque llegó a decir que era un bodrio *Rousseau juge de Jean-Jacques* y tuvo miedo de que el auge del rousseaunismo que se dio a la muerte del *philosophe* en 1778 inundara el mercado: "Estamos inundados de las diferentes ediciones de las obras de ese autor, las cuales nos ofrecen por todas partes".<sup>68</sup> Rigaud no alejaba la vista de la demanda de las obras de todos los *philosophes*, pero no dio señales de simpatía hacia la causa de ellos. Nada más

<sup>63</sup> Rigaud a la STN, 23 de marzo de 1774.

<sup>64</sup> *Ibid.*, 15 de abril de 1774 y 2 de junio de 1780.

<sup>65</sup> *Ibid.*, 23 de septiembre de 1771.

<sup>66</sup> *Ibid.*, 8 de febrero de 1782.

<sup>67</sup> *Ibid.*, 22 de noviembre de 1779.

<sup>68</sup> *Ibid.*, 12 de julio de 1782.

le gustaban los libros que vendían. Para él, Voltaire era antes que nada un escritor que les hacía difícil la vida a los libreros, debido a su hábito de hacer trampa con las ediciones posteriores de sus obras:

Resulta sorprendente que al final de su carrera, Monsieur de Voltaire no pueda resistirse a engañar a los libreros. No importaría tanto que a él se le atribuyeran todos esos pequeños embustes, fraudes y engaños. Pero por desgracia se les achacan a los impresores y más aún a los libreros que venden al menudeo.<sup>69</sup>

Raynal también era un autor al que no había que perder de vista, pues se rumoreaba que escribía un libro que le produciría una fortuna a la primera persona que saliera con él al mercado: la proyectada historia del Edicto de Nantes, la cual de hecho nunca concluyó.<sup>70</sup> Mercier, Linguet y Madame Riccoboni eran los otros autores que más atraían a la clientela de Rigaud, y por lo tanto a él, ya que Rigaud parecía transmitir directamente la demanda al proveedor sin ningún añadido distorsionante de su gusto personal. Cualesquiera que fueran sus preferencias literarias y filosóficas, éstas nunca asomaron en su correspondencia comercial. Actuaba con absoluta neutralidad como agente cultural, pues seguía un principio básico: maximizar las ganancias y minimizar los riesgos.

Cuando hacía un pedido de obras políticas, Rigaud mostraba el mismo espíritu calculador y cauto. "Si lograis hacerme llegar la *Lettre* de Linguet sin peligro alguno vía Lyon, me interesarían 100 ejemplares", escribió a la STN en 1777. "Pero sin riesgos, por favor."<sup>71</sup> En especial quería

<sup>69</sup> *Ibid.*, 27 de julio de 1771.

<sup>70</sup> *Ibid.*, 30 de julio de 1783.

<sup>71</sup> *Ibid.*, 15 de agosto de 1777. Rigaud se refería a la *Lettre de M. Linguet à M. le C. de Vergennes, ministre des affaires étrangères en France*, por Lin-



obras temáticas picantes (*nouveautés piquantes*),<sup>72</sup> relaciones escandalosas de asuntos contemporáneos (*L'Espion anglais, Mémoires secrets*), libelos en contra de los ministros (*La Casette verte de M. de Sartine*) y ataques aviesos en contra de la corte y el rey (*Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry, La Putain parvenue, Vie privée de Louis XV*). Sólo que estos libros apenas representaban una pequeña fracción de su negocio y los solicitaba únicamente cuando el riesgo parecía ser pequeño. Cada vez que el gobierno intensificó las medidas intermitentes en contra del comercio clandestino, Rigaud se retiró a una zona segura. Finalmente dejó de hacer este tipo de pedidos en 1784, luego del último y más eficaz esfuerzo del gobierno por quebrar la importación de libros prohibidos.<sup>73</sup> En ninguna de las noventa y tres cartas que Rigaud envió a Neuchâtel entre 1770 y 1787 llegó a indicar que hubiera tenido la menor dificultad con la Policía o con sus finanzas. Sus pedidos de *livres philosophiques* eran pequeñas apuestas laterales, asumidas sin un gran espíritu de riesgo, en un negocio amplio y legítimo. Sería un error imaginar a Rigaud acercándose tímidamente a los abogados y comerciantes de Montpellier con una expresión equívoca en el rostro y un *libelle* bajo la manga. En vez de eso, hay que imaginarlo en una tienda amplia, bien montada, rodeado de repisas llenas de tratados de medicina, libros de viajes, historias y novelas sentimentales —con unas

guet, Londres, 1777, uno de los tratados más audaces y populares de la época anterior a la Revolución.

<sup>72</sup> Rigaud a la STN, 30 de julio de 1783.

<sup>73</sup> La medida crucial en la campaña del gobierno en contra de la literatura sediciosa fue la orden del ministro del Exterior, el conde Vergennes, del 12 de junio de 1783, por la cual ordenaba que todas las importaciones de libros fueran inspeccionadas en la Cámara sindical del gremio de los libreros en París, cualquiera que fuera su destino. Esta medida fue muy efectiva, no obstante que los historiadores no la han visto, toda vez que no tiene la forma de un edicto real. Véase mi "Reading, writing, and publishing in prerevolutionary France...", *op. cit.*, pp. 226-238.

cuantas denuncias del despotismo ministerial ocultas debajo del mostrador—.

Detrás de cada negocio de libros hay una historia, cada una diferente a las demás, cada una intensamente humana. Una docena más de estudios de casos podrían revelar bastante sobre la comedia humana en general, pero no nos acercaría más a nuestro objetivo: entender la demanda de los libros prohibidos y los medios para transmitirla y para satisfacerla.<sup>74</sup> No obstante la variedad del carácter de los libreros, los libros que se vendían eran en esencia los mismos. Cambiaba la propensión a arriesgarse. En el corazón del comercio del ramo en cada pueblo, los libreros establecidos vendían con frecuencia obras ilegales por debajo del mostrador, igual que como los sacaban debajo de las mangas los buhoneros y debajo de sus camas las "madres" de los estudiantes. Pero cuando la Policía y los agentes aduaneros se mostraban severos, por lo general los comerciantes "sólidos" se retiraban hacia los sectores seguros del ramo. Ésa era una estrategia que no se podían permitir los que estaban en los márgenes de los sectores seguros. Ellos movían su mercancía donde sea que pudieran toparse con clientes, en cualquier circunstancia.<sup>75</sup> En términos generales, entonces, la marginalidad y la legalidad iban juntas; sólo que el material ilegal circulaba por todas partes. Y aunque los comerciantes en las diferentes partes del sistema podían ser

<sup>74</sup> Como ya he publicado varios estudios de caso, en este caso decidí no repetirme —véanse los capítulos 3-6 de *Edition et sédition, op. cit.*—. Véase asimismo "The world of the underground booksellers in the Old Regime", y "Trade in the taboo: The life of a clandestine book dealer in prerevolutionary France", en Paul J. Korshin (ed.), *The Widening Circle: Essays on the Circulation of Literature in Eighteenth-Century Europe*, Filadelfia, 1976, pp. 11-83.

<sup>75</sup> Los bocetos anteriores no incluyen demasiada información sobre los caracteres más marginales en el comercio ilegal del libro, en especial sobre los buhoneros. Para un estudio de caso de un buhonero y su negocio véase *Edition et sédition, op. cit.*, cap. 3.

enemigos mortales, ordenaron los mismos títulos con los mismos proveedores y actuaron bajo el mismo imperativo: hacer dinero. Como lo dice André, de Versalles: "No dejo de vender los libros que yo mismo jamás leería, y eso se debe a que debo vivir entre la horda de los comunes y a que el mejor libro para un librero es el libro que se vende".<sup>76</sup>

Ya fueran sólidos o precarios, quienes comerciaban con libros prohibidos, transmitían la demanda tan minuciosamente como podían. Se mantenían ideológicamente neutrales en su papel de intermediarios culturales, no porque carecieran de convicciones personales sino porque iban detrás de sus propios intereses. Se piense lo que se piense de sus prácticas comerciales, sus empeños por ganarse la vida muestran en qué forma la oferta se ajustaba con la demanda. Ellos hacían llegar los libros a los lectores, los libros que querían los lectores. El muestreo sistemático de sus pedidos revelaría por lo tanto la naturaleza de la literatura ilegal que se compró y vendió en Francia en vísperas de la Revolución, si las fuentes de las muestras representaran al ramo del libro en su conjunto. Sin embargo, ése es un "sí" monumental, lo suficientemente grande, en efecto, para conducir a una pausa y merecer una digresión sobre los problemas de entender el mercado literario de hace dos siglos.

#### EL PROBLEMA DE LA REPRESENTATIVIDAD

No hay modo de eludir el hecho de que todas las estadísticas provienen de la misma fuente: los archivos de la STN. En ninguna parte existe algo como eso. He indagado en todos los documentos conocidos de los comerciantes en libros franceses durante el Antiguo Régimen, pero en ninguno hay algo que pueda usarse para probar la representatividad del

<sup>76</sup> André a la STN, 22 de agosto de 1784.

material en Neuchâtel. El libro mayor de cuentas (*Grande livre*) de los Cramer en Ginebra no dice nada sobre las ventas de obras aisladas; los documentos de la *Société typographique* de Bouillon sólo tienen fragmentos de correspondencia; y los registros de ventas de Struykmann en Amsterdam son tan magros que no ofrecen un punto de comparación con los registros de la STN. A menos que un tesoro aparezca en algún ático o en algún sótano, las 50 mil cartas y las docenas de libros de contabilidad de la STN que durante 150 años estuvieron en un ático en Neuchâtel seguirán siendo la única fuente estadística adecuada sobre el comercio de libros franceses ilegales.<sup>77</sup>

Es una fuente espléndida, el sueño de todo historiador: recuentos directos sobre la vida en el ramo del libro de todos los sectores y ciudades de Francia. ¿Pero es posible reconstruir el mundo entero de los libros prohibidos a partir del contenido de un solo ático, por rico que sea? Si se estudia el comercio clandestino de todo el reino de Francia desde la perspectiva de un solo editor en una ciudad suiza, ¿no se da un sesgo que modifica la visión? Estas objeciones pesan muchísimo, y debo admitir que me han quitado el sueño. A manera de respuesta, enfatizaría dos aspectos del comercio del libro en el siglo XVIII que lo vuelven fundamentalmente distinto al comercio del libro en la actualidad. El primero tiene que ver con la manera en la que los editores colocaban sus libros en el mercado; el segundo, con la manera en la que los libreros los mandaban a pedir.

Cuando la STN empezó a funcionar en 1769, la edición como una actividad autónoma no se había separado de la venta de libros ni de la impresión. El término francés para

<sup>77</sup> Sobre la historia de los archivos de la STN y de la misma casa editorial, véase John Jeanprêtre, "Histoire de la Société typographique de Neuchâtel, 1769-1798", en *Musée neuchâtelois*, 1949, pp. 70-79, 115-120 y 148-153; y Jacques Rychner, "Les archives de la Société typographique de Neuchâtel", en *Musée neuchâtelois*, 1969, pp. 1-24.



editor, *éditeur*, ya había aparecido en la edición de 1762 del *Dictionnaire de l'Académie française*, aunque de un modo muy vago: "Quien se hace cargo de la obra de otro y la hace imprimir". Y el papel del editor lo empezaron a definir las nuevas estrategias de mercado que desarrollaron Philip Erasmus Reich en Leipzig, Charles-Joseph Pancoucke en París, William Strahan en Londres y, un poco más adelante, Robert Cadell en Edimburgo. Sólo que la producción y la venta de los libros nuevos siguieron ligadas a las anticuadas prácticas del mercado, sobre todo al viejo sistema de intercambios.<sup>78</sup> Como se explicó más arriba, un librero impresor —o "publisher", si se me permite el anacronismo— con frecuencia intercambiaba buena parte de una nueva edición por un surtido de libros que él elegía del acervo de las casas aliadas. El intercambio se calculaba generalmente en pliegos, con salvedades especiales en cuanto a la disparidad de los formatos, las dificultades en la disposición de los tipos y la calidad del papel. Así, el librero impresor podía colocar rápidamente una obra en el mercado, sin caer en los daños causados por los piratas, y al mismo tiempo diversificar su propio acervo, sin soltar capital. El arreglo de los intercambios era un arte, que ocupaba la mayor parte del tiempo y de la energía del librero impresor. El socio en un trueque podía cambiar un pliego de un papel *bâtard* sucio, impreso con un *cicéro* de amplio interlineado y muy gastado, por pliegos de un fino *carré* impreso con una caja densa y elegante de *petit romain*; podía decir que estaba sacando otra

<sup>78</sup> El surgimiento del *publisher* en Francia hacia el final del siglo XVIII aún no se ha estudiado bien, no obstante que hay alguna información dispersa en Chartier y Martin (eds.), *Histoire de l'édition française*, vol. 2: *Le livre triomphant 1660-1830*, París, 1984. La mejor relación sobre este nuevo tipo social está en *Ilusiones perdidas* de Balzac. Más avanzados están los estudios en Inglaterra y Alemania: véanse una síntesis en Philip Gaskell, *A New Introduction to Bibliography*, Nueva York y Oxford, 1972, pp. 297-311; y Reinhard Wittmann, *Geschichte des deutschen Buchhandels. Ein Überblick*, Munich, 1991, pp. 111-142.

aburrida novela de Baculard d'Arnaud cuando de hecho de sus prensas salía la nueva sátira sucia de Voltaire; podía eliminar información sobre los libros más vendidos en su acervo y comerciar sólo los saldos —conocidos como *drogues* o *gardesmagasin* en la jerga del editor—; o bien podía acordar el intercambio de obras descables y luego demorar el envío con el fin de ser el primero en llegar al mercado con su propia parte y también con los libros que había recibido en intercambio.<sup>79</sup>

En este juego había miles de trampas y todos tenían que jugarlo o correr el riesgo de quedar completamente fuera del negocio. Los libreros editores a veces colaban espías en las oficinas de sus aliados y/o competidores y sobornaban a los trabajadores en las imprentas para que les enviaran los pliegos recién prensados. Las intrigas llegaron a ser tan feroces que en 1778 tres de las grandes casas suizas —las *Sociétés typographiques* de Neuchâtel, Berna y Lausana— formaron una confederación para protegerse y piratear a todas las demás por medio de iniciativas conjuntas. Luego de decidir entre las tres lo que debían reimprimir, compartían los gastos de producción y vendían por separado el acervo común, de suerte que cada casa pudiera acudir a su propia red de minoristas. Luego dividían las ganancias en una repartición de utilidades anual, fundando sus cálculos en el número de pliegos que vendían y poniendo el resultado en dinero en efectivo.<sup>80</sup>

El pliego era la unidad fundamental en la contabilidad y en la venta de libros y en la impresión. Los impresores editores, que estaban obligados a ser expertos en las tres

<sup>79</sup> Discusiones sobre estas y otras trampas se pueden encontrar en los documentos de la STN. Véanse por ejemplo los dosieres de Dufour, de Maastrecht; Machuel, de Ruán, y Barret, de Lyon.

<sup>80</sup> La información sobre las prácticas del intercambio está dispersa en toda la documentación de la STN. La mayor parte del material sobre la confederación de *sociétés typographiques* se encuentra agrupada en ms. 1235.

áreas, llevaban la "contabilidad de los intercambios" calculados en pliegos junto con cuentas que estaban reconocidas en la moneda corriente de las *livres tournois*. Al estudiar la contabilidad de la STN, se tiene la impresión de que la contabilidad del intercambio (*comptes de changes*) era casi tan importante como la "contabilidad monetaria" (*comptes d'argent*). De hecho, eran inseparables, pues el intercambio de libros constituía una parte integral del proceso de sus ventas. Como ya se explicó, los "libros filosóficos" imponían tasas especiales de intercambio, por lo general un pliego por dos de un libro legal o la edición pirata de un libro legal. Lo elevado de la tasa provenía de lo elevado del riesgo, ya que los libreros editores podían ir a la cárcel en Ginebra o en Lausana lo mismo que en París.

Las firmas grandes y respetables como la STN rara vez publicaron obras "filosóficas" duras. En sus primeros años, la STN sacó una edición del ateo *Système de la nature* de D'Holbach. Los registros de sus costos de producción y de ventas muestran que obtuvo una ganancia del 243%. Pero al final, luego de todo tipo de dificultades para contrabandear y cobrar facturas, sólo produjo el 50%; y el asunto creó tal escándalo en la misma Neuchâtel que dos de los directores de la STN quedaron suspendidos de sus cargos en los cuerpos de gobierno de la elite local: Frédéric-Samuel Ostervald del comando de la milicia civil y Jean-Elie Bertrand de la Venerable Clase de los Pastores.<sup>81</sup>

Después de este episodio, la STN obtuvo casi todas las obras prohibidas por medio de intercambios con los especialistas en este género, oscuros empresarios que montaban su negocio entre encarcelamientos y quiebras y que hacían todo el dinero que podían del modo más rápido posible produ-

<sup>81</sup> Sobre el aspecto económico de este asunto, véase mi *Gens de lettres, gens du livre, op. cit.*, pp. 219-244. Sobre el político, véase Charly Guyot, "Imprimeurs et passeurs neuchâtelois: l'affaire du *Système de la nature* (1771)", en *Musée neuchâtelois*, 1946, pp. 74-81 y 108-116.

ciendo cualquier cosa que se vendiera. Jean-Samuel Cailier, Jean-Abram Nouffer, Gabriel Grasset, Pierre Gallay y Jacques-Benjamin Téron en Ginebra; Gabriel Décombaz en Lausana; Samuel Fauche en Neuchâtel; Louis-François Mettra en Neuwied; Clément Plomteux en Lieja; Jean-Louis Boubers en Bruselas. Hoy sus nombres se han olvidado, pero ellos produjeron el grueso de la literatura prohibida de Francia. En lugar de vendérsela entre ellos mismos, la intercambiaron por las obras menos peligrosas que imprimían las casas bien establecidas. De esta manera acumularon un acervo legal que podían vender sin problemas en sus propios pueblos, mientras que las grandes firmas adquirían las obras ilegales que ellas necesitaban para satisfacer a la clientela a lo largo de su red de minoristas en Francia y por toda Europa.

La extendida confianza en el sistema de intercambio afectó a la impresión de libros fundamentalmente de dos formas. En primer lugar, significó que las casas editoras importantes debían operar como mayoristas. Conforme acumulaban los libros obtenidos por medio de los intercambios, se fueron involucrando cada vez más en la venta de amplios y variados inventarios. En segundo lugar, el intercambio significó que sus inventarios se volvieron cada vez más parecidos, pues obtenían su fondo general (*livres d'assortiment*) de las mismas fuentes generales. Desde luego que el complicado conjunto de alianzas y enemistades entre los grandes editores les impidió llenar sus depósitos con los mismos libros. Pero las alianzas se encimaban lo suficiente para que todos ellos pudieran conseguir casi cualquier libro contemporáneo por medio del intercambio. Llegó a existir una especie de fondo invisible y flotante a todo lo largo del área fronteriza de Francia, desde los Países Bajos hasta Suiza. Estaba al alcance de todos los grandes editores mayoristas; y al entrar sus pedidos con uno o dos de ellos, un minorista en Francia podía conseguir virtualmente todo lo que le diera la gana.



Como los editores fuera de Francia se precipitaban para abastecer a los libreros en su interior, las casas aliadas en ocasiones llegaron a competir por el mismo negocio. Pero cada editor contaba con su propia red de clientes, de modo que las contradicciones que aparecieron en el sistema fueron mucho menos severas de lo que se podría esperar. En una carta a su principal cliente en Marsella, la STN explicaba: "No obstante el hecho de que competimos con varios de nuestros vecinos, aun así colaboramos con ellos. Toda vez que en la actualidad contamos con un gran negocio, logramos vender los libros de ellos junto con los nuestros".<sup>82</sup> El catálogo de la STN de 1785 contenía 700 títulos; un inventario de su acervo en 1787 llegó a los 1.500 títulos. Antes, en 1773 se había ufanado: "No hay libro de cierta importancia que aparezca en Francia que no seamos capaces de surtir".<sup>83</sup>

Visto desde la perspectiva del minorista, el sistema de solicitud de libros difería de las prácticas contemporáneas en un aspecto crucial: no permitía las devoluciones. Los libreros por lo tanto tendían a ser cautelosos. Así lo explicaba Mossy, de Marsella, a la STN:

Habéis mencionado algunas obras nuevas. Debo verlas primero antes de poder comprometerme a solicitarlas. Si la prudencia no guiase mis actos, en breve estaríamos quebrados. Una vez que se tiene una buena idea sobre el valor de un libro y se puede anticipar con cierta seguridad su éxito, es entonces que se arriesga. Pero que no os sorprenda si titubeo ante todo tipo de proposiciones. Prefiero [encargar apenas unos cuantos ejemplares y luego] volver por más.<sup>84</sup>

<sup>82</sup> STN a Mossy, de Marsella, 10 de julio de 1773.

<sup>83</sup> STN a Astori, de Lugano, 15 de abril de 1773.

<sup>84</sup> Mossy a la STN, 4 de agosto de 1777.

Como regla, los minoristas solicitaban el número de ejemplares que se sentían seguros de vender a sus propios clientes. De hecho, con frecuencia acordaban sus ventas por adelantado y a ellas ajustaban las dimensiones de su pedido. La orden típica contenía cuatro o cinco ejemplares por libro —aunque ocasionalmente el librero encargaba una docena de ejemplares con el fin de obtener gratis un decimotercero—, pero incluía una amplia variedad de títulos. La idea era procurarse un surtido general de libros en lugar de unos cuantos títulos en gran número.

Esta práctica minimizaba riesgos a la vez que maximizaba la variedad de las existencias del minorista. Esto respondía asimismo a otra consideración prosaica, la cual ha pasado inadvertida en las historias convencionales de la literatura: la necesidad de ahorrar en costos de transporte. Los costos se reducían en los grandes cargamentos que iban en carreta (*voiture*), pero los carreteros no llevaban nada que pesara menos de cincuenta libras. Los envíos más ligeros tenían que viajar por carroza (*carrosse*) a un costo que podía ser ruinosamente caro. Así, por ejemplo, Matthieu decidió no enviar un pedido de las *Questions sur l'Encyclopédie* de Nancy a París, pues "los diecinueve ejemplares de las *Questions sur l'Encyclopédie* no pesan cincuenta libras, y de ese modo no las puedo dar a un carretero, lo que dejaba como única posibilidad a la carroza de París".<sup>85</sup> La distinción entre carreta y carroza llegó a ser uno de los elementos más importantes en la estrategia de solicitudes de los libreros. Significaba que podían ahorrarse dinero reuniendo muchos títulos en un solo pedido, aun cuando pudieran conseguir más baratos algunos de los títulos en otra parte. En general, por lo tanto, los minoristas ordenaban grandes surtidos de libros a un número pequeño de proveedores en lugar de repartir órdenes pequeñas entre un gran número de proveedores.

<sup>85</sup> Matthieu a la STN, 23 de abril de 1771.

Desde luego que cuando llegaban a percibir el aroma de un arreglo inusual o de un posible campanazo, los libreros hacían sus solicitudes de libros con quienes se los pudieran proveer. Sin embargo, los libreros tendieron a desarrollar relaciones estables con unas cuantas casas de mayoreo. De manera que la compilación de sus pedidos con un proveedor grande a lo largo de varios años puede revelar el patrón general de su negocio. Por otra parte, los negocios de un gran proveedor con una amplia variedad de minoristas puede servir de ventana, si bien imperfecta, para ver a través de ella la configuración del comercio ilegal como un todo.

En pocas palabras, las prácticas del comercio del libro—el modo en el que los editores se convirtieron en mayoristas, los mayoristas formaron sus acervos y los minoristas hacían sus pedidos—ayudan a entender por qué se puede recurrir a los documentos de la STN para ofrecer una imagen bastante adecuada del juego de la oferta y la demanda en el resto de Francia. Más aún, la correspondencia de los libreros ofrece un rico y sostenido comentario sobre la situación del mercado. La evidencia cualitativa confirma la estadística compilada a partir de sus pedidos. Y luego de leer miles de sus cartas, se desarrolla una idea de aquello que mejor se vendía. Quizás habría que mitigar los juicios subjetivos. Pero luego de pasar casi todos los veranos libres y los sábados de los últimos veinticinco años (la mitad de mi vida) con la nariz clavada en los archivos de la STN, y en otros archivos relacionados en Francia, he llegado a confiar en mi sentido del olfato, el *pifomètre*, como lo llaman los franceses. He llegado a la conclusión de que los documentos de la STN en efecto representan el carácter general del ramo en los libros prohibidos.

Pero yo *quiero* que sean representativos. Tras 25 años y 50 mil cartas, el hambre de conclusiones significativas puede ser abrumador, y eso es peligroso, pues tan pronto el historiador desea un cierto resultado, es muy posible que lo ob-

tenga. De manera que con el fin de controlar la formación de tendencias en mi trabajo en Neuchâtel, emprendí tres proyectos de investigación en otros archivos. Sería equívoco referirme a ellos como estudios de "control", pues no hay modo de realizar con rigor científico tentativa alguna por medir la demanda literaria de hace doscientos años. Todas las fuentes son imperfectas; ninguno de los métodos para estudiarlas es del todo seguro; y no hay entre los impresores editores una documentación que se compare con la de la STN. Pero sí es posible encontrar algunos puntos de comparación recogiendo estadísticas de otros tres tipos de documentos: los registros de los libros confiscados en la Aduana de París; los inventarios de las librerías que se realizaban durante las redadas policiales; y los catálogos de los *livres philosophiques* de otros impresores editores suizos.

Una descripción detallada de toda esta investigación suplementaria puede encontrarse en el volumen *The Corpus of Clandestine Literature*. Baste con decir aquí que el muestreo sistemático de los pedidos de los libreros en los documentos de la STN entrega una lista de 457 libros ilegales, la cual se puede comparar con las listas que se formaron a partir de las otras tres fuentes.

La más rica es la primera de las tres. Cada vez que las autoridades francesas confiscaban un libro en la Aduana de París, señalaban en un registro los motivos de la confiscación: ya fuera por ser pirata, o por ser relativamente inofensivo aunque "no permitido", o claramente ilegal. Un conjunto fabuloso de registros, en la actualidad en la Biblioteca Nacional, consigna todas las confiscaciones que se llevaron a cabo entre 1771 y 1789. Por medio de la compilación de todas las entradas de libros ilegales, formé una lista de 280 títulos y extraje el cálculo de cuáles eran confiscados más a menudo.

La segunda lista proviene de los informes policiales en sus redadas a las librerías. Cuando atrapaban a un librero



con un surtido importante de obras ilegales, los policías confiscaban los libros y los inventariaban. Los archivos de la Bastilla guardan nueve de esos inventarios, de redadas realizadas en París, Estrasburgo, Caen, Lyon y Versalles entre 1773 y 1783. Asimismo contienen los registros de todos los libros confiscados que se enviaron al *pilon* (el cuarto en el que los destruían) de la Bastilla. Este material entregó una lista de trescientos títulos, la cual muestra asimismo cuáles obras se llegaron a confiscar en dos o más redadas.

La tercera lista proviene de seis catálogos de *livres philosophiques* realizados por los impresores editores en Ginebra, Lausana y Berna entre 1772 y 1780. Los catálogos se empleaban para poner a la venta obras ilegales y circularon clandestinamente entre los libreros. Si bien varían en tamaño, ofrecen una buena guía de los acervos de libros prohibidos que tenían en existencia media docena de casas semejantes a la STN. En conjunto, ofrecen otra cosecha de 261 títulos, incluidos varios que aparecían en más de un catálogo.

La información proveniente de todas estas listas se puede resumir así:

La lista de la STN: 457 títulos.

Las confiscaciones en la Aduana: 280 títulos, de los cuales 166 (59%) aparecen en la lista de la STN.

Redadas policiales: 300 títulos, de los cuales 179 (60%) aparecen en la lista de la STN.

Catálogos clandestinos: 261 títulos, de los cuales 174 (67%) aparecen en la lista de la STN.

Todo este trabajo de compilación y comparación respalda la conclusión de que la lista de la STN en efecto representa en términos generales al comercio ilegal, aunque desde luego no incluye todos los libros que circularon fuera de la ley. La representatividad del material de Neuchâtel puede juzgarse mejor examinando los títulos que aparecen en la

parte superior de las cuatro listas, en donde las coincidencias son mayores. De este modo, comparando las tasas de incidencia, queda claro que los libros que más y con mayor frecuencia le solicitaron a la STN fueron también los que más a menudo se confiscaron en la Aduana de París, los que más se recogieron en las redadas policiales y los que más veces aparecían en los catálogos clandestinos de otros impresores editores.

Por último, al amalgamar las cuatro fuentes, se puede obtener una bibliografía bastante completa de la literatura ilegal que se compró y vendió en Francia antes de la Revolución, un total de 720 títulos. Y analizando más detenidamente las solicitudes a la STN, es posible evaluar la importancia relativa de las obras, los autores y los géneros individuales.

#### EL PATRÓN GENERAL

Con el fin de incluir las discrepancias y formar la mayor de las bases estadísticas posibles, el análisis se puede extender en diferentes direcciones. La información básica proviene de la compilación de todos los libros ilegales en todos los pedidos que realizaron doce clientes regulares de la STN, los "comerciantes mayores" localizados en el mapa 2.1. Las estadísticas que provienen de este primer muestreo permiten trazar un perfil del negocio de una docena de libreros como Charmet y Rignaud (para mayores detalles véase *The Corpus of Clandestine Literature*). He completado estos estudios de caso con revisiones del mercado ilegal en tres áreas especialmente activas —París, Lyon y Lorena—, las que se pueden amalgamar con las estadísticas provenientes de muchos negocios distintos. Después, en un segundo muestreo, compilé los pedidos de diecisiete "comerciantes menores" en otras localidades (véase el mapa 2.2), así como los de cuatro buhoneros (*colporteurs*). Como en el caso de Matthieu y Petit, sus

MAPA 2.1. Comerciantes mayores en libros ilegales

COMERCIANTE MAYORES, incluidas tres áreas con estadísticas mixtas: Lorena (en Nancy), Lyon y París.



Bergeret, Burdeos  
Blouet, Rennes  
Buchet, Nîmes  
Charmet, Besançon  
Letourmy, Orléans  
Malherbe, Loudun  
Mauvelain, Troyes  
Manoury, Caen  
Mossy, Marsella  
Pavie, La Rochelle  
Rigaud, Pons,  
Montpellier  
Robert et Gauthier,  
Bourg-en-Bresse

Lorena:  
Audéart, Lunéville

Augé, Lunéville  
Babin, Nancy  
Bergue, Thionville  
Bernard, Lunéville  
Bertrand, Thionville  
Bonthoux, Nancy  
Carez, Toul  
Chénoux, Lunéville  
Choppin, Bar-le-Duc  
Delancourt, Nancy  
Gay, Lunéville  
Gerlache, Metz  
Henry, Nancy  
L'Entretien, Lunéville  
Matthieu, Nancy  
Orbelin, Thionville  
Sandré, Lunéville

Lyon:  
Baritel  
Barret  
Cellier  
Flandin  
Jacquenod

París:  
Barré  
Barrois  
Cugnet  
Desauges  
Lequay Morin  
Prévost  
Védrière

MAPA 2.2. Comerciantes menores en libros ilegales



COMERCIANTE MENORES

Boisserand, Ruán  
Billault, Tours  
Bonnard, Auxerre  
Caldesaigues, Marsella  
Cazin, Reims  
Chervier, Poitiers  
Fontaine, Colmar  
Habert, Bar-sur-Aube

Jarfaut, Melun  
Lair, Blois  
Laisney, Beauvais  
Malassis, Nantes  
Petit, Reims  
Resplandy, Toulouse  
Sense, Toulouse  
Sombert, Châlons-sur-Marne

Warquier, Soissons

Itinerantes:  
Blaisot  
Giles  
Planquais  
"Troisième"

Fuentes: mapas 2.1 y 2.2 elaborados a partir de los documentos de la STN.

pedidos a la STN no fueron los suficientes para que yo sacara conclusiones firmes sobre su ramo como individuos. Pero considerados en conjunto, sus pedidos muestran un patrón significativo. De hecho, es prácticamente igual al patrón que surge de los pedidos de los comerciantes mayores. De suerte



que todas las estadísticas se pueden combinar en una revisión que, para los patrones del siglo XVIII, es notablemente exhaustiva, al abarcar 28.212 libros y 3.266 pedidos. Es tan válida, me parece, como la mayoría de las listas actuales de *best sellers*.

El cuadro 2.5 muestra los 35 principales *best sellers* del comercio ilegal en Francia de 1769 a 1789. Este cuadro no debe leerse literalmente, pues no es posible establecer con total exactitud el lugar de los libros individuales. Asimismo, el cuadro sobrealza la importancia de los libros que publicó la STN, los cuales aparecen por tanto con un asterisco, y subestima unas cuantas obras publicadas hacia el final del período, cuando la STN había suspendido su comercio en Francia.<sup>86</sup> Pero el cuadro ofrece la suficiente información para

<sup>86</sup> Como se explicó antes, la STN no publicó muchos de los libros prohibidos más duros sino que los tenía entre sus existencias y los hacía llegar a sus clientes a través de intercambios con especialistas en este género. Las estadísticas por tanto se derivan de sus actividades como mayorista más que como impresor editor. En las ocasiones especiales en las que produjo su propia edición de un *livre philosophique*, ese libro ocupó un lugar usualmente importante en sus existencias y en sus ventas; y los libreros tendieron a hacer sus pedidos por esa obra con mayor frecuencia que por otras que proveía la STN. Sin embargo, la STN no reimprimía tales libros sin tantear cuidadosamente el mercado (se puede hablar de hecho de una "investigación de mercado" por anacrónico que suene): véase mi "Sounding the literary market in prerevolutionary France", en *Eighteenth-Century Studies*, t. XVII, 1984, pp. 477-492. De suerte que las obras que la STN publicó como el *Système de la nature* de D'Holbach y la *Histoire philosophique* en realidad fueron *best sellers*, aunque probablemente no merezcan un lugar tan alto como el que ocupan en la lista de *best sellers*. La STN continuó vendiendo libros prohibidos en Francia a lo largo de la década de 1780, pero disminuyó su comercio a resultas de las severas restricciones en las importaciones de libros que impuso el gobierno francés en junio de 1783: véase mi "Reading, writing, and publishing", *op. cit.*, pp. 226-238. Por tanto, obras como *Des Lettres de cachet et des prisons d'Etat* (1782) de Mirabeau y las *Mémoires sur la Bastille* (1783) de Linguet tal vez vendieran mejor de lo que se ve en las estadísticas derivadas de las ventas de la STN. Por último, existe la posibilidad de una tendencia geográfica en el patrón de ventas de la STN: las estadísticas acaso favorezcan a los libros producidos en Suiza en contraposición a los que se produjeron en los Países Bajos. No obstante

dar cabida a las irregularidades y para buscar convergencias entre los diferentes tipos de evidencias.

¿Hay algunas sorpresas en esta lista? Uno esperaría encontrar en la parte superior las obras notorias de los autores famosos. Por lo que no hay motivo para sorprenderse del éxito de la *Histoire philosophique* de Raynal y de *La Pucelle d'Orléans* de Voltaire, o de clásicos pornográficos como *La Putain errante*. Pero ¿*L'An 2440*, *Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry*, *L'Arrétin*, *Thérèse philosophe*, *Le Christianisme dévoilé*, *Vie privée de Louis XV*, *Histoire de dom B...*, *portier de Chartreux*? Estas obras también aparecen en la parte superior de las listas de libros que con mayor frecuencia confiscaron los funcionarios de aduanas y la policía.<sup>87</sup> Todas las evidencias apuntan a la misma conclusión: el mercado literario de la Francia del siglo XVIII abundaba en *best sellers* que en la actualidad casi se han olvidado.

El cuadro 2.6 ofrece una lista de los autores cuyas obras eran las que mejor vendían. Casi todos los libros ilegales aparecieron anónimamente, pero se puede identificar a la mayoría de sus autores. Algunos de ellos, como Raynal, conquistaron el mercado con una sola obra, mientras que otros, como Voltaire y Mercier, escribieron varios *best sellers*. De hecho, la producción de Voltaire fue fabulosa: 68 de los libros

que la STN comerciaba ampliamente con casas como Gosse de La Haya, Dufour de Maastrich, Plomteux de Lieja y la *Société typographique* de Neuwied, intercambiaba libros más activamente con otros impresores editores suizos. Sus fuertes ventas de las obras de Voltaire podrían mostrar una tendencia suiza del lado de la oferta. Sin embargo, sus ventas de las obras de D'Holbach y su grupo fueron igualmente fuertes, y la mayor parte de ellas se publicaron en Holanda, siendo la excepción principal la propia edición de la STN del *Système de la nature*. Aunque he encontrado señales de que existía una fuerte rivalidad comercial entre los holandeses y los suizos, no he dado con la evidencia de ninguna diferencia básica en los tipos de libros franceses prohibidos que ellos publicaban.

<sup>87</sup> Excepción hecha de la *Vie privée de Louis XV*, todas estas obras asimismo ocupan lugares prominentes en los catálogos de libros prohibidos.

CUADRO 2.5. Best sellers: total de pedidos  
(comerciantes mayores y menores)

Título (autor)	Libros	Pedidos	Ediciones	Fuentes**
1. <i>L'An 2440</i> , Mercier	1.394	(124)	25	ABCD
2. <i>Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry</i> , ¿Pidansat de Mairobert?	1.071	(52)		ACD
3. <i>*Système de la nature</i> , D'Holbach	768	(96)	13	ABCD
4. <i>*Tableau de Paris</i> , Mercier	689	(40)		AD
5. <i>*Histoire philosophique</i> , Raynal	620	(89)		ABCD
6. <i>Journal historique... par M. de Maupeou...</i> , Pidansat de Mairobert y Moule d'Angerville	561	(46)		ACD
7. <i>L'Arrétin</i> , Du Laurens	512	(29)	14	ABCD
8. <i>Lettre philosophique</i> , Anón.	496	(38)	9	ABCD
9. <i>Mémoires de l'abbé Terray</i> , Coquereau	477	(24)		AC
10. <i>La Pucelle d'Orléans</i> , Voltaire	436	(39)	36	ABCD
11. <i>*Questions sur l'Encyclopédie</i> , Voltaire	426	(63)	5	ABCD
12. <i>Mémoires de Louis XV</i> , Anón.	419	(14)		AD
13. <i>*L'Observateur anglais</i> , Pidansat de Mairobert	404	(41)		ABCD
14. <i>La Fille de joie</i> , ¿trad. de Lambert? ¿O de Fougeret de Montbron?	372	(30)	16	ABCD
15. <i>Thérèse philosophe</i> , ¿D'Arles de Montigny? ¿O D'Argens?	365	(28)	16	ABCD
16. <i>Recueil de comédies et... chansons gaillardes...</i> , An.	347	(27)		ABCD
17. <i>*Essai philosophique sur le monachisme</i> , Linguet	335	(19)		
18. <i>Histoire critique de Jésus-Christ</i> , D'Holbach	327	(36)	3	ABCD

CUADRO 2.5. (Continuación)

Título (autor)	Libros	Pedidos	Ediciones	Fuentes**
19. <i>Les Plus Secrets Mystères... de la maçonnerie</i> , ¿trad. de Bérage?, ed. por Koeppen	321	(36)		A
20. <i>*Requête au conseil du roi</i> , Linguet	318	(17)		AD
21. <i>La Putain errante</i> , ¿Aretino o Niccolò Franco?	261	(27)	10	ABCD
22. <i>Le Christianisme dévoilé</i> , D'Holbach	259	(31)	12	ABCD
23. <i>Œuvres</i> , Rousseau	240	(58)	21	ABCD
24. <i>Le Paysan perversi</i> , Restif de la Bretonne	239	(19)	10	AD
25. <i>L'École des filles</i> , Milot	223	(16)	3	ABCD
26. <i>Le Bon-Sens</i> , D'Holbach	220	(16)	11	ABCD
27. <i>Lettre de M. Linguet à M. le comte de Vergennes</i> , Linguet	216	(4)		A
28. <i>De l'homme</i> , Helvétius	215	(21)		ABCD
29. <i>Système social</i> , D'Holbach	212	(32)	4	ABCD
30. <i>Le Monarque accompli</i> , Lanjuinais	210	(18)		ACD
31. <i>Dictionnaire philosophique portatif</i> , Voltaire	204	(27)	11	ABCD
32. <i>Vie privée de Louis XV</i> , ¿Moufle d'Angerville? ¿O Laffrey?	198	(17)		AD
33. <i>La Lyre gaillarde</i> , Anón.	197	(14)		ABCD
34. <i>Les Lauriers ecclésiastiques</i> , Rochette de la Morlière	191	(22)	13	ABC
35. <i>Histoire de dom B...</i> , portier des Chartreux, ¿Gervaise de Latouche? ¿O Nourry?	190	(20)	20	ABCD

\* Edición de la STN

\*\* A=STN; B=Catálogo; C=Confiscaciones policiales; D=Confiscaciones aduaneras.



## CUADRO 2.6. Autores por el número de libros pedidos

1. Voltaire, François-Marie Arouet de	3.545
2. Holbach, Paul-Henri-Dietrich Thiry, barón de (y otros colaboradores)	2.903
3. Pidansat de Mairobert, Mathieu François (y otros colaboradores)	2.425
4. Mercier, Louis-Sébastien	2.199
5. Théveneau de Morande, Charles	1.360
6. Linguet, Simon-Nicolas-Henri	1.038
7. Du Laurens, Henri-Joseph	866
8. Raynal, Guillaume-Thomas-François <sup>a</sup>	620
9. Rousseau, Jean-Jacques	505
10. Helvétius, Claude-Adrien	486
11. Coquereau, Jean-Baptiste-Louis <sup>b</sup>	477
12. Argens, Jean Baptiste de Boyer, marqués de <sup>c</sup>	457
13. Fougeret de Monbron, Charles-Louis <sup>d</sup>	409
14. Restif de la Bretonne, Nicolas-Edmé	371
15. Bérage/Koeppen, Karl-Friederich <sup>e</sup>	321
16. Mirabeau, Honoré-Gabriel Riqueti, conde de	312
17. Aretino, Pietro Bacci <sup>f</sup>	261
18. Pauw, Cornelius de	235
19. Milot (o Millot) <sup>g</sup>	223
20. Goudar, Ange	214
21. Lanjuinais, Joseph <sup>h</sup>	210
22. Moufle d'Angerville, Barthélemy-François-Joseph <sup>i</sup>	198
23. Rochette de la Molière, Charles-Jacques-Louis-Auguste	197

<sup>a</sup> Un título: *Histoire philosophique... deux Indes*.

<sup>b</sup> Un título: *Mémoires de l'abbé Terrai*.

<sup>c</sup> Incluye *Thérèse philosophe* (365 libros, 28 pedidos) que se atribuye también a d'Arles de Montigny. Sin embargo, D'Argens cuenta con seis títulos que se le atribuyen, de suerte que su lugar en la lista no está tan desproporcionadamente alto.

<sup>d</sup> Incluye *La Fille de joie*, su traducción de las *Memoirs of a woman of pleasure (Fanny Hill)* de John Cleland. Esta traducción también se ha atribuido a un tal Lambert.

<sup>e</sup> Un título: *Les Plus Secrets Mystères des hauts grades de la maçonnerie dévoilés, ou le vrai Rose-Croix; traduit de l'anglais, suivi du Noachite traduit de l'allemand*. Por costumbre, al traductor se lo cita como "Bérage" (e.g., Barbier y Caillet). Fesch da a Koeppen como el editor, sin citar ninguna obra original en inglés o en alemán.

<sup>f</sup> Un título: *La Putain errante*.

<sup>g</sup> Un título: *L'École des filles*.

<sup>h</sup> Un título: *Le Monarque accompli*.

<sup>i</sup> Un título: *La Vie privée de Louis XV*, atribuido tanto a Moufle d'Angerville como a Arnoux Laffrey (198 libros, 17 pedidos).

de la lista de la STN, en casi todos los géneros de la literatura ilegal. Cultivando a sus secretarios y al mismísimo gran señor, la STN logró acceder a su infernal fábrica en Ferney. Por ese motivo se podría sospechar una tendencia voltaireana en sus ventas. Pero las obras de Voltaire asimismo destacaron entre las que con más frecuencia se confiscaron durante las redadas policiales y en la Aduana de París. Todo sugiere que inundaban el reino.

Más sorprendente es la fuerte presencia del barón D'Holbach y sus colaboradores, cuyo sistemático materialismo en la actualidad luce tan raquítico. Pero al parecer los lectores del siglo XVIII estaban fascinados con la oportunidad de ver la abierta defensa del ateísmo en letras de imprenta. La mayor parte de la impresión se realizó en Holanda, mientras que el flujo voltaireano de la Ilustración provenía de las imprentas en Suiza.<sup>88</sup> Pero el fuerte elemento holbachiano en las ventas de la STN sugiere que hubo una pequeña tendencia geográfica en la demanda que se registró en Neuchâtel. Por primera vez en las décadas de 1760 y 1770 todo un repertorio de obras ateas fue accesible en ediciones relativamente baratas y el público francés se apresuró a comprarlas.

El lugar de Rousseau, intercalado entre Raynal y Helvétius, lo sitúa entre los primeros diez autores aunque no dentro del rango de los que están arriba, como Mercier y Linguet, cuya popularidad asimismo se destaca en la correspondencia de los libreros.<sup>89</sup> Lo cierto es que la lista no regis-

<sup>88</sup> Sobre la publicación de las obras de D'Holbach y su círculo y los problemas de autores y editores a ellos atribuidos véase Jerom Vercruyse, *Bibliographie descriptive des écrits du baron d'Holbach*, París, 1971.

<sup>89</sup> Los libreros con frecuencia hacían comentarios que sugerían cuáles eran los escritores con mayor presencia a los ojos del público. Por ejemplo, en una carta a la STN, fechada el 30 de marzo de 1783, Delahaye, de Bruselas, quien traficara fuertemente el *Tableau de Paris* de Mercier, dijo que especularía con unos doscientos ejemplares de algún libro nuevo del mismo

tra el supremo *best seller* de Rousseau, *La Nouvelle Héloïse*, porque no era un libro ilegal. Pero la STN vendió únicamente seis ejemplares de su *Emile*, una obra a la vez prohibida y muy popular en la década de 1760. Es evidente que para 1770, cuando la STN empezó a comerciar fuerte con *livres philosophiques*, el mercado ya estaba saturado del *Emile*.<sup>90</sup>

Sin embargo, la saturación es difícil de detectar. En ocasiones los mismos libreros señalaban que una obra se había vendido tan bien que su mercado ya estaba acabado. Por ejemplo, Jean-Marie Barret, uno de los impresores editores más astutos en el comercio del libro en Lyon, comentó que había reducido el precio del *Dictionnaire historique et critique* de Bayle que tenía en existencia porque "esa obra está muerta en Francia; sólo se puede vender fuera del

---

autor sin haberlo visto, "toda vez que nos aseguráis que se trata realmente del famoso M. Mercier y que en efecto es de interés". Los escritores mencionados con mayor frecuencia en las cartas de los libreros fueron Voltaire, Rousseau, Raynal, Mercier y Linguet. Los otros en la parte superior de la lista nunca llegaron a ser bien conocidos, pues permanecieron arrojados bajo el anonimato.

<sup>90</sup> El éxito prodigioso de *La Nouvelle Héloïse* por primera vez se demostró en la temprana pesquisa de Daniel Mornet: "Le texte de *La Nouvelle Héloïse* et les éditions du xviii<sup>e</sup> siècle", en *Annales de la société J.-J. Rousseau*, t. v, 1909, pp. 1-117. Gracias a la nueva *Bibliography of the Writings of Jean-Jacques Rousseau to 1800* que publica la Fundación Voltaire de Oxford bajo la dirección de Jo-Anne McEachern, tendremos una idea más exacta de todas las ediciones de las obras de Rousseau. La doctora McEachern identificó diecinueve ediciones del *Emile* publicadas entre 1762 y 1770. Ella sólo ha localizado ocho en el período 1770-1790, y de ellas, seis fueron producidas por el mismo editor, por lo que es muy probable que al saturarse el mercado la demanda por esta obra disminuyera. Esta hipótesis la confirma el reducido número de ejemplares solicitados a la STN: sólo seis en total. El *Emile* aparece únicamente en uno de los seis catálogos clandestinos y en dos de los diez inventarios de las redadas policiales. Sin embargo, en la Aduana de París se llegó a confiscar en doce ocasiones, siete de las cuales sucedieron tan sólo en 1771. Le agradezco a la doctora McEachern su generosidad al mostrarme los resultados de su estudio antes de salir de la imprenta en el segundo volumen de la *Bibliography: Emile, ou de l'éducation*, Oxford, 1989.

país".<sup>91</sup> Algunos de los escritores importantes de la Ilustración podrían haber ocupado un lugar más prominente en una lista de *best sellers* de las décadas de 1750 y 1760, cuando estaba fresca la demanda por sus obras. La relativa pobreza de su presencia en los decenios de 1770 y 1780 no es prueba de que los franceses los hubieran dejado de leer, ya que sus libros bien se pudieron conseguir en bibliotecas privadas más que en las librerías. Para 1776, los libreros de París ya habían dejado de encargarse de obras aisladas de Diderot, aunque se seguían vendiendo las ediciones de sus obras completas.<sup>92</sup> Pero aun aceptando la posibilidad de la saturación del mercado, persiste el hecho de que algunos títulos de mediados de siglo se siguieron vendiendo bien hasta la Revolución. La demanda del más notable de ellos, *De l'Esprit* de Helvétius, publicado por primera vez en 1758, persistió hasta la década de 1780, eclipsando por mucho la demanda de *Emile*.

Teniendo en mente todas estas complicaciones, ¿al menos es posible resolver el problema de la difusión de *Du Contrat Social* de Rousseau? La STN recibió únicamente un pedido: de un buhonero de nombre Planquais, quien quería cuatro ejemplares. De ahí que *Du Contrat Social* no apareciera entre los cuatrocientos títulos más solicitados a la STN. No estaba en ninguno de los catálogos clandestinos de los otros impresores editores, aunque la STN lo ofrecía en su

<sup>91</sup> Barret a la STN, 13 de agosto de 1779.

<sup>92</sup> Pyre, librero parisino que enviaba información y ejemplares para piratear a la STN, el 23 de marzo de 1776 informó: "No os estoy enviando ninguna de las obras aisladas de monsieur Diderot. Aparte del hecho de que son muy difíciles de localizar, su costo superaría al de sus obras completas, las cuales podéis adquirir en Lyon a un precio mucho más barato que aquí". Desde luego que algunas de las obras más importantes de Diderot, como *Le Neveu de Rameau*, no se publicaron durante el siglo xviii. Sus obras completas vendieron bastante bien, según los pedidos hechos a la STN (33 juegos en nueve ocasiones), aunque no tan bien como las de muchos otros escritores, como Grécourt (56 juegos, doce pedidos) que hoy son bastante menos famosos.



propio catálogo de *livres philosophiques*; y no fue requisado en ninguna de las redadas de la Policía, si bien en la Aduana de París fue confiscado cuatro veces. En pocas palabras, Mornet probablemente estuviera en lo cierto al sostener que el tratado de Rousseau no circuló ampliamente en Francia antes de la Revolución. Sólo que Mornet exageró su afirmación, porque *Du Contrat Social* lo incluían muchas de las ediciones de las obras de Rousseau; y esas ediciones aparecen cerca de la parte superior de la lista de *best sellers*, si bien tales ediciones llegaron a contener hasta 38 volúmenes y con frecuencia costaban 24 *livres* o más. (La edición común en duodécimo, relativamente barata, era de 31 volúmenes, la publicó la *Société typographique* de Ginebra y se vendía a 25 *livres* en 1785.)

Las ventas de las obras completas asimismo ayudan a poner en perspectiva la demanda de los escritos de los *philosophes*, aunque las dimensiones y el precio de los paquetes variaban mucho:

Obras de Rousseau: 240 paquetes, 58 pedidos.<sup>93</sup>

Obras de Helvétius: 110 paquetes, 24 pedidos.

Obras de La Mettrie: 90 paquetes, 20 pedidos.

Obras de Voltaire: 59 paquetes, 29 pedidos.

Obras de Grécourt: 56 paquetes, 12 pedidos.

Obras de Piron: 50 paquetes, 10 pedidos.

Obras de Crébillon, hijo: 40 paquetes, 12 pedidos.

Obras de Fréret: 37 paquetes, 11 pedidos.

Obras de Diderot: 33 paquetes, 9 pedidos.

Sin negar la atracción de unos cuantos escritores famosos, ellos no dominaron el mercado de los libros prohibidos.

<sup>93</sup> Esta cifra no incluye las ventas de la colección de *Œuvres posthumes* de Rousseau en once volúmenes, puesta en el mercado como suplemento a las ediciones previas de sus obras completas: 107 paquetes vendidos en respuesta a 16 pedidos.

Luego de unos grandes nombres en la parte superior de la lista de los autores mejor vendidos viene una fila de autores que hoy son desconocidos, salvo para un puñado de especialistas en la literatura del siglo XVIII: Pidansat de Mairobert, Théveneau de Morande, Du Laurens, Coquereau, D'Argens, Fougeret de Monbron, De Pauw, Goudar, Moufle d'Angerville, Rochette de la Morlière... Ellos fueron los que escribieron la mayoría de los *best sellers* en Francia antes de la Revolución, pero sus nombres han desaparecido de la historia literaria.

Su desaparición podría parecer menos sorprendente si se ve la historia literaria misma como una construcción artificial, heredada y reelaborada generación tras generación. Los autores "menores" y los "grandes" *best sellers* se pierden inevitablemente en la confusión. No esperamos que los *best sellers* de nuestro tiempo se lean dentro de doscientos años. ¿Pero creemos que la historia literaria deba tomar en cuenta la literatura que llegaba a la mayor parte de la gente? ¿No están obligados los historiadores literarios a estudiar las variedades comunes y corrientes de la *littérature vécue* de Mornet, eso a lo que nos referimos vagamente por medio de expresiones tales como "el gusto" y "la demanda" entre "el público general"?<sup>94</sup>

El cuadro 2.7 ofrece algunas respuestas preliminares a esas preguntas al exponer cuáles fueron los géneros más populares de la literatura ilegal. Sus categorías, a decir verdad, son arbitrarias, como todas las categorías en cual-

<sup>94</sup> Al plantear así estas preguntas, no quiero que se entienda que los historiadores literarios debieran abandonar el estudio de los grandes libros, no obstante que la misma grandeza es una categoría determinada culturalmente. Tampoco estoy discutiendo en favor de un renacer del positivismo. Creo importante descubrir patrones en la demanda literaria por medio de la investigación empírica, pero asimismo la considero crucial para pasar a las preguntas sobre la forma en que se leían los libros, sobre los modos en los que el gusto se formaba y la literatura se relacionaba con otros elementos en la cultura y en la sociedad.

CUADRO 2.7. Patrón general de la demanda

Categoría y subcategoría	Títulos		Ejemplares pedidos	
	Núm.	%	Núm.	%
<i>Religión</i>				
A. Tratados	45	9,8	2.810	10,0
B. Sátiras, polémicas	81	17,7	3.212	11,4
C. Ribaldería irreligiosa, pornografía	18	3,9	2.260	8,0
Subtotal	144	31,5 <sup>a</sup>	8.282	29,4
<i>Filosofía</i>				
A. Tratados	31	6,8	723	2,6
B. Obras completas, compilaciones	28	6,1	1.583	5,6
C. Sátiras, polémicas	9	2,0	242	0,9
D. Crítica general, social, cultural	33	7,2	4.515	16,0
Subtotal	101	22,1	7.063	25,1 <sup>a</sup>
<i>Política, actualidad</i>				
A. Tratados	20	4,4	986	3,5
B. Obras temáticas	50	10,9	2.213	7,8
C. Libelos, sátiras de corte	45	9,8	4.085	14,5
D. <i>Chroniques scandaleuses</i>	17	3,7	1.051	3,7
Subtotal	132	28,9 <sup>a</sup>	8.335	29,5
<i>Sexo</i>	64	14,0	3.654	12,9
<i>Otros</i>				
A. Ocultismo	2	0,4	111	0,4
B. Masonería	6	1,3	639	2,3
Subtotal	8	1,7	750	2,7
<i>Sin clasificar</i>	8	1,8	128	0,5
<b>Total</b>	<b>457</b>	<b>100,0</b>	<b>28.212</b>	<b>100,0</b>

<sup>a</sup> La discrepancia en los subtotales de los porcentajes proviene del redondeo.

quier sistema de clasificación. Estas categorías tal vez resulten inadecuadas como medios para almacenar datos, y el mismo almacenamiento supone una buena cantidad de juicios subjetivos: ¿se trata de una obra fundamentalmente irreligiosa, o sediciosa, o pornográfica, o se las arregla para ser las tres cosas al mismo tiempo? Aun así, los rubros del cuadro funcionan razonablemente bien; la clasificación terminó siendo una tarea realizable; y el resultado, por aproximado que sea, ofrece una imagen general de las proporciones en el interior del corpus de la literatura prohibida como un todo.<sup>95</sup>

¿Qué sitio ocupó la filosofía entre los libros "filosóficos"? Estaba en todas partes y en ninguna, es decir, como espíritu crítico fue omnipresente, pero bajo la forma del pensamiento sistemático que aparece en los tratados a duras pe-

<sup>95</sup> Especialmente problemáticas son dos subcategorías en el esquema de clasificación. La primera, "Ribaldería irreligiosa, pornografía", se podría colocar bajo el rubro general de obras que tratan fundamentalmente de religión o en el rubro de obras que tratan sobre todo de sexo. Al clasificar libros aislados, tuve que tomar decisiones arbitrarias sobre el peso relativo del ingrediente irreligioso en sus textos en contraposición con el pornográfico —una tarea que a duras penas le hace justicia a libros hechos para ser a la vez picantes y anticlericales—. Con el fin de minimizar el peligro de distorsionar sus perfiles, coloqué libros como *L'Arrétin*, por ejemplo, y *La Pucelle d'Orléans*, e incluso la *Histoire de dom B...*, en la subcategoría híbrida "Ribaldería irreligiosa, pornografía", y ésta la coloqué debajo del rubro general de "Religión". Igual pudo estar debajo de la de "Sexo". El lector sobrellevará esta tendencia cambiando la misma subcategoría, lo cual hará que el corpus total parezca en cierto modo más picante. La segunda subcategoría problemática "Crítica general, social, cultural", incluye obras como las *Lettres philosophiques* de Voltaire, la *Histoire philosophique* de Raynal y el *Tableau de Paris* de Mercier. Ellas atacaron los valores ortodoxos del Antiguo Régimen en numerosos frentes, pero asimismo expresaron la *philosophie* como se entendía, en un sentido amplio, durante el siglo xviii. Por tanto, fueron colocadas en una subcategoría generosa, la cual aparece bajo "Filosofía". Las distorsiones creadas por la clasificación arbitraria se pueden corregir estudiando las "Estadísticas de la demanda" en el volumen *The Corpus of Clandestine Literature*, en donde hay información sobre los libros mejor vendidos acomodados según su género, y retrabajando la información más minuciosa luego de cada título en la "Lista básica", que asimismo aparece en ese volumen.



nas fue visible. Se pueden localizar unos cuantos tratados dispersos a lo largo del paisaje de la literatura ilegal, hasta en el remoto sector del ocultismo, en donde la magia "natural" y cabalística de Albert le Grand quedó vestida de otro modo para dar la apariencia de una filosofía sistemática en algunas ediciones. Pero los lectores franceses no solicitaron un gran número de tomos escrupulosamente razonados.

Estuvo presente una contracorriente adversa a esta tendencia a favorecer la literatura ligera e informal. Tomó la forma de una demanda poderosa y sostenida por los tratados anticristianos. Algunos de ellos, como la *Histoire critique de Jésus-Christ* y *Le Christianisme dévoilé* de D'Holbach, concentraron su fuego en los flancos más expuestos del dogma católico. Otros, como *De l'Homme* de Helvétius o la *Philosophie de la nature* de Delisle de Sales, desarrollaron filosofías alternativas. (Véase *The Corpus of Clandestine Literature* para los títulos mejor vendidos en su categoría y subcategoría.) Tomadas en conjunto, estas obras conformaron la artillería pesada de la Ilustración radical y acaso causaran daños profundos en el sistema de creencias de los lectores educados.

Aunque sólo contamos con evidencias anecdóticas sobre la respuesta de los lectores, es muy probable que los obuses holbacheanos sacudieran las opiniones ortodoxas al explotar la fuerza del libro como medio de comunicación: aquí la herejía estuvo expuesta de manera constante bajo la forma de argumentos razonables; aquí se expuso a libro abierto a la cristiandad como un atado de contradicciones. Y todo esto sucedió en letras de imprenta, no *sotto voce*, como penosos secretos intercambiados en reuniones furtivas, sino de manera abierta, en letras de imprenta y volúmenes imponentes. Las cualidades físicas de los libros reforzaron su mensaje en un modo que acaso se escape a la percepción de los lectores modernos, acostumbrados a ver que se empaca y se vende la heterodoxia en el mercado. Por primera vez, durante las tres últimas décadas del Antiguo

Régimen, los lectores comunes y corrientes tuvieron acceso al ateísmo en forma de libro. Y los libros tenían todas las señales de la respetabilidad: frontispicios, portadillas, prefacios, apéndices y notas. A diferencia de los inmanejables volúmenes en folio de la teología ortodoxa, que en algunos casos seguían encadenados a los estantes en los espaciosos salones de lectura, los pequeños tomos del ateísmo se podían llevar en la bolsa y consultar en privado. A la vez que su formato les confería un aire de legitimidad (uno de los tipos favoritos era conocido como el *philosophe*), su tamaño los hacía parecer diseñados para interpelar el ámbito de la razón, en donde los pros y los contras podían ponderarse en la tranquilidad de la propia conciencia.

Esas características las compartieron las compilaciones populares y las obras completas de los *philosophes*. Algunas de ellas llegaron a aparecer en ediciones espléndidas, como la de Voltairte en Kehl publicada por Beaumarchais. Pero casi todas ellas eludieron el "lujo tipográfico". Eran sobrias: reimpressiones baratas en papel común y corriente, empastadas en cartón o vendidas en pliegos por 20 o 30 *sous* el volumen. He aquí algunos de los precios típicos espigados de los catálogos de los editores mayoristas en la década de 1770:<sup>96</sup>

J.-E. Dufour de Maastrich:

Obras de La Mettrie, 2 vols.	4 livres
Obras de Chevrier, 3 vols.	4 livres, 10 sous

Gabriel Décombaz de Lausana:

Obras de La Mettrie, 4 vols.	4 livres, 10 sous
Obras de Diderot, 5 vols.	12 livres

<sup>96</sup> Los catálogos se pueden localizar en los archivos de la STN bajo los nombres de los libreros editores. Se refieren a diferentes ediciones en diferentes formatos, algunos con y otros sin ilustraciones. La mayoría de los precios son "prix de libraire" al mayoreo.

J.-L. Chappuis y J.-E. Didier de Ginebra:

Obras de Du Laurens, 8 vols.	8 livres
Obras de Helvétius, 5 vols.	5 livres

STN:

Obras de Helvétius, 5 vols.	4 livres, 7 sous
Obras de Voltaire, 48 vols.	72 livres

(Y los volúmenes sueltos a 30 sous cada uno.)

A precios razonables y en un formato que parecía ser la representación misma de la inclinación por la razón, fue posible integrar bibliotecas en miniatura sobre materialismo, ateísmo y deísmo. No era gratis el libre pensamiento, pero para 1770 ya estaba al alcance del poder adquisitivo de las clases medias y de los estratos superiores de los artesanos y tenderos.

En lo que los tratados planteaban frontales ataques en forma a las doctrinas ortodoxas, otras obras más pequeñas y menos serias le tiraban a todo aquello que para la Iglesia y el Estado fuera respetable. Era como si entre las fuerzas anticristianas se hubiera dado una división del trabajo: los holbachianos trataban de destruir las bases teóricas del "infame" (*l'infâme*) y los voltaireanos trataban de cubrirlo de ridículo. A decir verdad, en sus *Questions sur l'Encyclopédie* Voltaire enderezó su ingenio en contra del *Système de la nature* de D'Holbach. En lugar de expresar una línea de partido o un frente común, los *best sellers* en ocasiones arremetieron en contra de ellos mismos y el voltairenismo derivó en lo que hoy se consideraría pornografía.

El propio Voltaire no logró acaparar todas las risas. Algunas eran carcajadas que resonaban en las tabernas desde la Edad Media. Las mismas figuras de cajón aparecían en casi todos los sectores de la ilegalidad: monjes lascivos, monjas en celo, obispos impotentes desfalleciendo de enfer-

medades venéreas y abadesas lesbianas entregándose al "furore uterino". El hermano Bugger (*Histoire de dom B..., portier des Chartreux*), el portero de un monasterio cartujo, y su lujuriosa hermana (*Histoire de la tourière des Carmelites*), tornera de las carmelitas, descienden de personajes que aparecen en Boccaccio y Rabelais. Todos ellos, hasta la Juana de Arco en *La Pucelle* y las impúdicas monjas de *La Chandelle d'Arras*, pertenecían a una tradición de anticlericalismo picante, clasificable lo mismo como irreligión que como pornografía. Por su obsesivo ataque a la Iglesia, la mayor parte de estos libros híbridos (el 8% del total) los acomodé en el rubro general de ataques a la religión. Aunque si se clasificaran junto con los libros de sexo, la parte de la pornografía ascendería del 12,9% al 20,9% —una marca impresionante, pero no la que se esperaría del siglo de Restif de la Bretonne y del marqués de Sade—.

"Pornografía pura" acaso sea un oxímoron lo mismo que un anacronismo. Pero los monjes y las monjas en muchos de los libros parecen ser incidentales al asunto central de proveer cierta animación de tipo sexual. La escritura y la lectura en aras del placer erótico ya existía desde el tiempo de Aretino, por no mencionar el de Ovidio y todos sus precursores en la antigüedad. Entre los libros de sexo más populares en Francia antes de la Revolución estaban algunos clásicos —*La Putain errante*, *L'Académie des dames*, *Vénus dans le cloître*— así como la ineludible *Fanny Hill* (en francés *La Fille de joie*). Los lectores franceses eran muy adeptos a las canciones picantes, las cuales se vendieron bien en colecciones como *La Lyre gaillarde*. De suerte que un anticuado espíritu de *gauloiserie* (atrevimiento galo) permeó a buena parte de la literatura erótica. Pero si alguna tendencia distinguió a esta categoría en su conjunto fue el voyeurismo. En todos los relatos eróticos, los personajes se observaban unos a otros a través del ojo de la cerradura, desde el otro lado de las cortinas y entre los matorrales, al mismo



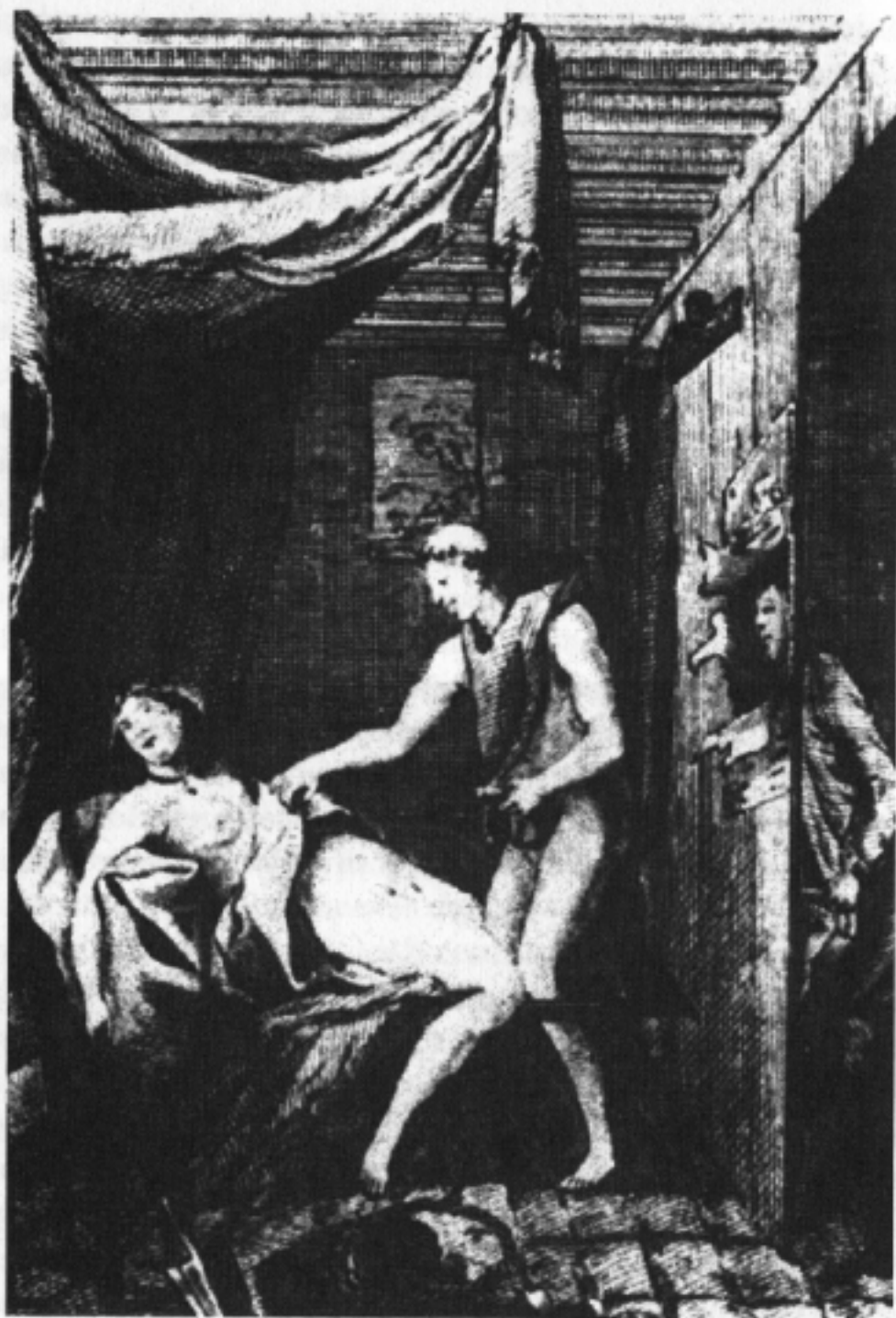
tiempo que el lector miraba sobre sus hombros. Las ilustraciones completaban este efecto. De hecho, las ilustraciones con frecuencia mostraban parejas copulando ante la mirada secreta del narrador, quien podía estar masturbándose como si él o ella (más veces una ella) invitaran al lector a hacer lo mismo. Con frecuencia, querubines lascivos o impactadas mojígatas observaban la escena desde las viñetas en el interior de la viñeta. El juego entre la ilustración y el texto multiplicó el efecto de los espejos en el interior de los espejos, dándole a todo este asunto un aire de teatralidad. El sexo en los *livres philosophiques* era rococó; y como ya veremos en el siguiente capítulo, con frecuencia fue también filosófico.

La filosofía como una categoría aparte incluía los tratados teóricos y las obras generales, los cuales criticaban todo tipo de abusos sin que su naturaleza fuera predominantemente religiosa o política o pornográfica. Los tratados fueron tan sólo el 2,6% del total, si bien parecen ser más importantes si se toman en cuenta también las obras completas de los *philosophes*. Como ya se vio, llegó a existir un mercado muy activo para los paquetes de las obras de Rousseau, Helvétius, La Mettrie y Voltaire. Pero los libros de filosofía general conformaron la subcategoría más amplia (16%) en el corpus total de los *livres philosophiques*. En este sentido, no es que la "filosofía" apuntara en una sola dirección, sino que repartió su fuego sobre un amplio espectro de temas. Los mayores *best sellers*, como *L'An 2440* de Mercier, la *Histoire philosophique* de Raynal y las *Questions sur l'Encyclopédie* de Voltaire, algo tenían que ofendieron prácticamente a todas las autoridades en el Antiguo Régimen y al mismo tiempo resultaron atractivos para una gran variedad de lectores. Fue por medio de este tipo de filosofía que la Ilustración alcanzó al público lector amplio.

En lugar de lidiar con abstracciones, estas obras generales de filosofía pasaban rápidamente de uno a otro tópico,

poniendo al descubierto abusos concretos y condenando a instituciones bien específicas. Todo lo sometieron al patrón de la razón; sólo que al contrastar los males de la sociedad con el orden racional de la naturaleza, estas obras sonaban más apasionadas que racionales. Hasta Voltaire, cuyos sazonados *petits pâtes* (tratados anticlericales) integran muchas de las obras incluidas en la subcategoría de la sátira y la polémica, lo mismo apeló a las pasiones que a la razón, por decir lo menos. El Voltaire que dominó la lista de *best sellers* fue el último Voltaire, el Voltaire del *Affair Calas*, el de la cruzada en contra de la crueldad, el de la causa de la humanidad -el irreverente, perverso Voltaire inmoral del *Dictionnaire philosophique*-. A este Voltaire añádase el decidido fervor de Raynal, Rousseau, Mercier y Linguet, y se apreciará el poder explosivo de la "filosofía" durante los últimos años del Antiguo Régimen.

Una última categoría -la política- resultó ser la más abundante de todas. Sus fronteras y subdivisiones eran tan vagas como las del resto de las categorías, pero lo fueron aún más en tanto que la misma política permaneció ambigua bajo el Antiguo Régimen: se podía referir a la teoría política, a los acontecimientos del momento, a los asuntos en el extranjero, a las maquinaciones secretas del rey o a las preocupaciones colectivas del público en general. De ahí que al verla como un tema de la literatura, la política no tenga ninguna de las cualidades obvias que en la actualidad definen a la escritura política. Unos cuantos tratados se vendieron bien -el *Système de la nature* de D'Holbach y *De la législation* de Mably-, mucho mejor sin duda que *Du Contrat Social*. El *Essai sur le despotisme* de Mirabeau se encargó de acercar la teoría a los acontecimientos del momento y las *Maximes du droit public français* de Claude Mey pusieron al descubierto que seguía habiendo vida en el desafío jansenista al absolutismo borbónico. Pero la gran mayoría de las obras políticas, el 26% del total de los



Una escena voyeurista: *Histoire de dom B..., portier des Chartreux*. Departamento de Libros Raros y Colecciones Especiales, Bibliotecas de la Universidad de Princeton.

libros prohibidos, tenía que ver con los acontecimientos del momento.

Estas obras ocupan tres subcategorías, aunque las líneas divisorias son tan confusas que en conjunto toda esta literatura podría tratarse como variaciones en un cuerpo común de temas periodísticos. Los libros en la primera subcategoría fueron las obras de actualidad sobre los incidentes y personajes más notorios: de ahí los *Fragments sur l'Inde et sur le général Lalli* de Voltaire sobre la condena de este comandante francés en la India; las *Mémoires d'une reine infortunée* sobre las tribulaciones de la Reina Carolina Matilde y la crisis de Dinamarca de 1772-1773; y las *Mémoires de M. le comte de Saint-Germain* sobre el desarrollo político del ex ministro de Guerra.

Las más exitosas de estas obras salieron de las plumas de dos escritores que en la década 1780 lograron volver la opinión pública en contra del gobierno mejor que nadie más: Simon-Nicolas-Henri Linguet y Honoré-Gabriel Riqueti, conde de Mirabeau. Las *Mémoires sur la Bastille* de Linguet y *Des Lettres de cachet et des prisons d'Etat* de Mirabeau ofrecieron relaciones paralelas en primera persona de un autor encarcelado sin juicio alguno por un Estado todopoderoso. Cada uno presentó su historia como un conflicto cósmico entre la indignada inocencia y el despotismo ministerial. Y cada uno convirtió su narrativa personal en un gótico cuento de horror al situar al lector en el interior de pavorosas mazmorras y contarle todo: lo repulsivo del alimento, el sadismo de los carceleros, los colchones plagados de alimañas y las celdas subterráneas en las que las víctimas inocentes, separadas de la humanidad toda y de todo recurso a un procedimiento legal, se entregaban a la desesperación. Aunque en ciertos momentos estas narraciones se leen como *The Castle of Otranto*, la retórica era verosímil, pues tales cosas en efecto sucedían. Linguet y Mirabeau podían dar fe de eso. Relataron sus presuntos sufrimientos con tal aire de au-



tenticidad que garantizaron el *frisson* [estremecimiento] y duplicaron la carga emocional. Con sus propias manos arrancaron máscaras, corrieron cortinas, tiraron fachadas y expusieron el *secret du roi*. De suerte que ellos también cayeron en el voyeurismo, aunque el de ellos era político. Revelaron las maquinaciones internas de la Policía del Estado; y al hacerlo así, popularizaron el mito de una Francia gobernada por medio de las mazmorras, las cadenas y las *lettres de cachet*.<sup>97</sup>

Los mismos temas aparecieron también en la subcategoría de los libelos políticos o *libelles* —el término francés comportaba la acepción de una difamación política más que privada—. Sólo que los *libellistes* se movían en un registro de otro tipo. En lugar de los relatos melodramáticos de las víctimas del despotismo, narraban la historia secreta de la vida entre los sacerdotes y la gente de poder. Tenían más que ver con el escándalo que con el sentimiento; y contaban sus historias según el principio no dicho de que el nombre es la noticia. De ahí que concentraran su fuego en los personajes del reino de mayor relevancia, empezando por el propio rey, y bajando a los ministros y a las amantes de la realeza, hasta llegar al elenco conocido de cortesanos y de las *filles d'Opéra*.

El chisme fue la materia prima de los *libelles*, pero sus autores lo disfrazaron para darle la apariencia de historia.

<sup>97</sup> *Mémoires sur la Bastille* de Linguet apareció después de dos panfletarios llamados a la opinión pública que asimismo se vendieron como pan caliente: *Requête au conseil du roi* y *Lettre de M. Linguet à M. le comte de Vergennes*. *Des Lettres de cachet et des prisons d'Etat* de Mirabeau tal vez se vendiera mejor de lo que indica su lugar en la lista de *best sellers*, pues apareció a finales de 1782, justo antes de que la *SRN* empezara a reducir su comercio en Francia. Aunque la retórica de Mirabeau era tan bombástica como la de Linguet, en cierto modo era menos personal. Mirabeau pretendía escribir un tratado objetivo sobre los abusos del poder de la realeza y la mayor parte de sus observaciones relativas a su propia experiencia las confinó a la Introducción y a la segunda parte del libro. Si bien el libro apareció anónimamente, y hasta "póstumamente", era un secreto a voces la autoría de Mirabeau.

Ofrecían relaciones verídicas de lo que sucedía realmente tras la fachada del poder; y para demostrar sus afirmaciones, imprimían extractos de las cartas de las amantes, de los informes confidenciales de los valets o de los diálogos surgidos de su certera habilidad para estar en el lugar y en el momento adecuado, detrás de una cortina, fisgando por una ventana o nada más asumiendo la omnisciencia del invisible narrador en tercera persona. De suerte que también los *libelles* explotaron el voyeurismo. Su versión del voyeurismo se encargó de llevar al lector al interior de los gabinetes secretos de Versalles, al lecho del rey o incluso al interior de su mente. Con el fin de respaldar tales ilusiones, los *libellistes* escribían sobrios prefacios, dándoselas de "historiadores" o de "editores" de memorias cuya autenticidad no era para dudarse. También en ocasiones llegaron a anunciar que estaban publicando el contenido de un portafolio de cartas, extraviado o robado pero cuya autenticidad era genuina, tal y como ellos lo garantizaban. Cualquiera que fuese la pose que asumieran, los *libellistes* prometían obedecer las reglas más estrictas de la documentación, si bien asimismo señalaban con ciertos guiños bien puestos que el lector no se habría de aburrir.

El resultado fue una especie de periodismo disfrazado de historia y biografía contemporáneas. La demanda por este tipo de materiales parecía ser inagotable, tal y como lo dan a entender las cartas de los libreros; y la demanda se encargó de situar a varios de estos libelos en los primeros lugares del corpus total de los *best sellers*: *Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry*, *Journal historique de la révolution opérée dans la constitution de la monarchie française par M. de Maupeou, chancelier de France*, *Mémoires de l'abbé Terray*, *Mémoires de Louis XV* y *Vie privée de Louis XV*. Estas obras no discutían principios abstractos o asuntos complejos de la política. Reducían la política a la "vida privada", en especial la del rey. Al hacerlo, crearon un mundo imaginario de un ilimitado poder

arbitrario y lo poblaron con figuras de cajón: ministros malvados, cortesanos intrigantes, prelados pederastas, amantes depravadas e inútiles y aburridos borbones.

En la idea de la historia de los *libellistes*, estos personajes se concentraron principalmente en la corte de Luis XV, sobre todo durante el ministerio del llamado triunvirato de Maupeou, Terray y D'Aiguillon. Entre 1770 y 1774, estos ministros provocaron la mayor crisis del siglo (el breve siglo XVIII que abarcó de 1715 a 1787) al reestructurar de tal modo el sistema judicial que destruyó el poder político de los parlamentos y le dio al gobierno manos libres para aumentar los impuestos. Maupeou, el autor intelectual de semejante golpe, atrajo de tal modo el fuego de los *libellistes* que su nombre quedó unido a un género: "Maupeouana", una variedad de enlodamiento que popularizó un *libelle* que fue el *best seller* de 1771, *Correspondance secrète et familière de M. de Maupeou*.<sup>98</sup>

Los libelos no pararon con la caída del triunvirato y el advenimiento de Luis XVI en 1774. Al revés, cuando mejor se vendieron las "vidas privadas", las seudomemorias y la "maupeouana" fue en la década de 1780, en el momento en el que fue posible leer estos materiales como una advertencia de lo que podía llegar a suceder y a la vez como una historia de lo que sucedió realmente, a puerta cerrada, en el régimen anterior. La dimensión histórica de estos trabajos les dio un peso mayor al que hoy se podría entender, con las tiendas llenas de libros sobre el pasado inmediato. En el siglo XVIII, la historia contemporánea a duras penas existía como un género: era demasiado delicada como para que los

<sup>98</sup> La propaganda en contra de Maupeou se analizará en detalle en el libro próximo de Shanti Singham, *The Correspondance secrète: Forging Patriotic Public Opinion during the Maupeou Years*. Una revisión de la crisis en su conjunto en Durand Echeverría, *The Maupeou Revolution, a Study in the History of Libertarianism: France, 1770-1774*, Baton Rouge, 1985.

censores la aprobaran. Así que se trasladó a los bajos fondos, bajo la apariencia de biografías difamatorias y de narraciones políticas de escándalo. Los lectores sofisticados habrán podido identificarlas como *libelles*, pero para los ojos inocentes ofrecían una versión cabal y en apariencia autorizada de la manera en la que el presente había surgido del pasado. La *Vie privée de Louis XV* llegó a tener tres volúmenes y ofrecía una relación más detallada –y entretenida– de la historia política de 1715 a 1774 de lo que se puede hallar en casi cualquier obra moderna.

En lo que leían sobre la vida privada de Luis XV, los franceses se vieron sometidos al fabuloso develamiento del mundo doméstico de Luis XVI. Hasta que una intervención quirúrgica menor le alivió de una anomalía genital (fimosis), el nuevo rey fue famosamente incapaz de producir un heredero al trono. Era la imagen perfecta del cornudo: gordo, apocado y un bueno para nada. En 1785, el cardenal de Ruán se vio implicado en un drama barroco, representado ante el Parlamento de París, en el que estuvo involucrado un collar de diamantes. El cardenal empleó supuestamente este collar para seducir a la reina detrás de unos arbustos en el parque de Versalles. Si bien esta historia resultó ser un juego de confianza mal armado de parte de ciertos aventureros, pareció ser el epítome de la depravación y de la extravagancia de la corte. ¡Un rey al que un cardenal vuelve cornudo! Nunca a los *libellistes* se les había ofrecido tal abundancia para burlarse. Durante los últimos años del Antiguo Régimen las difamaciones fluyeron de las imprentas. Pero en su mayor parte asumieron la forma de *gazettes* clandestinas, escritas a mano (*nouvelles à la main*), y de panfletos, fáciles de producir en el interior de Francia. Los impresores editores situados fuera de Francia por lo general se limitaban a los libros. Pero el gobierno francés atajó de manera tan eficaz las importaciones de libros, tanto legales como ilegales, durante los últimos años del



Antiguo Régimen, que muchos editores, incluida la STN, para 1785 habían reducido sus tratos con Francia. De ahí que el *Affair* del Collar de Diamantes no aparezca en las estadísticas de la STN. Los franceses se enteraron de él por otros medios; y si bien así lo hicieron, no dejaron de leer libros sobre los escándalos con Luis XV.

Lejos de ser irrelevantes, los *libelles* en contra de Luis XV adquirieron un nuevo significado con Luis XVI. Le dieron al público lector la manera de situar en perspectiva el *Affair* del Collar de Diamantes, pues los libelos exponían el modo en el que fue degenerando la monarquía desde el tiempo de Luis XIV. Ellos ofrecían un relato primordial de la historia contemporánea y lo hicieron asequible, en grandes cantidades, justo antes de que los últimos ministros del Antiguo Régimen hicieran el último llamado público con el fin de salvar a la monarquía de la quiebra. Tal y como lo desarrollaron Charles-Alexandre de Calonne y Loménie de Brienne, el programa de "reformas" de 1787-1788 parecía robar su materia prima de las desacreditadas medidas de Maupeou, Terray y D'Aiguillon. Por lo que los panfletistas de 1787-1788 robaron la suya de la propaganda antiministerial de 1771-1774 e incluso reimprimieron parte de ella palabra por palabra. Una nueva literatura "calonniana" machacó los mismos temas desarrollados dieciséis años antes por la "maupeouana". Así, libros, panfletos y hojas manuscritas de noticias se reforzaron entre sí; y Francia se vio inundada por oleadas de descrédito político, que llevó a todo el país los detritus de las crisis anteriores y lo estrelló en medio de la crisis suprema, o "prerrevolución", que destruyó el absolutismo borbónico en 1787-1788. Luis XV pudo no haber dicho la profecía, pero era correcta: "Après nous le déluge".<sup>99</sup>

<sup>99</sup> Desde luego que el significado de libros y panfletos depende de la forma en que se lean, un problema que se plantea, mas no se resuelve, en el capítulo 4. Espero abordarlo más cabalmente en un futuro libro, pero mientras tanto puedo referir al lector a un intento preliminar por explorar

Los *libelles* se encimaron a una tercera categoría de la literatura política, las *croniques scandaleuses*, ya que ambos responden a la sed de noticias en el público lector. Sin embargo, en el Antiguo Régimen las noticias eran tan problemáticas como la política. No existían oficialmente, no al menos como una preocupación pública. El público no tenía derecho a conocer los asuntos del Estado ni a participar en ellos, y las publicaciones "noticiosas" a la moderna, del tipo de las que ya existían en Inglaterra, los Países Bajos y partes de Alemania, seguían estando estrictamente prohibidas. Unos cuantos periódicos como la *Gazette de France* ofrecían relaciones oficiales de las ceremonias de la corte y de los intercambios diplomáticos. Un gran número de publicaciones extranjeras tenían autorización para circular en Francia, como la *Gazette de Leyde*, bajo la condición de que no dijeran nada ofensivo sobre asuntos tan delicados como las batallas en curso de la corona con los parlamentos. Pero si un francés quería enterarse sobre quién andaba maquinando para suplantar a los ministros en Versalles o quién rondaba a las actrices de la Comedia Francesa, tenía que ubicar a un *nouvelliste* (traficante de novedades).<sup>100</sup>

Éstos venían en dos variedades: *nouvellistes de bouche*, quienes intercambiaban informes verbales en lugares públi-

el modo en el que se entendió en su momento la crisis prerrevolucionaria en mi tesis doctoral, "Trends in radical propaganda on the eve of the French Revolution (1782-1788)", Oxford, 1964.

<sup>100</sup> Para un panorama enciclopédico de la prensa en el siglo xviii, véanse Jean Sgard (ed.), *Dictionnaire des journaux 1600-1789*, Oxford, 1991, 2 vols.; la sintética revisión anterior que dirigieron Claude Bellanger y otros, *Histoire générale de la presse française*, vol. 1, París, 1969; y la muy vieja pero muy útil obra de Eugène Hatin, *Histoire politique et littéraire de la presse en France*, París, 1859-1861, 8 vols. Sobre la *Gazette de Leyde*, que no publicó nada sobre el golpe de Maupeou pero sí mucho sobre el *Affair* del Collar de Diamantes, véase Jeremy D. Popkin, *News and Politics in the Age of Revolution. Jean Luzac's Gazette de Leyde*, Ithaca, 1989. Y sobre los *nouvellistes*, véase Frantz Funck-Brentano, *Les Nouvellistes*, París, 1905.

cos como el Palacio Real y el Jardín de las Tullerías en París, y los *nouvellistes de main*, quienes reducían la charla a boletines manuscritos (*nouvelles à la main*), que circulaban por debajo de la manga. La *chronique scandaleuse* nació cuando un impresor editor extranjero reunió estas hojas de novedades y les dio el formato del libro. De pasar de boca en boca, las novedades pasaron a la escritura y por último a la letra impresa. Cada una de estas etapas en su metamorfosis tuvo lugar al margen de la ley. De ahí que no le preocupara la difamación; y al asumir el formato del libro, se sumó a las filas de los libros "filosóficos".

Sin embargo, a diferencia de otros libros en el corpus, las *chroniques scandaleuses* no tenían una voz narrativa o un tono consistentes. Al igual que los *libelles*, se concentraron en la vida privada de los grandes. Pero al igual que los diarios, contenían un poco de todo, reseñas teatrales e informes de los campos de batalla así como una buena dosis de chismes, *bons mots* y versos impertinentes. Podían incluir todo esto en un solo volumen, como en el caso de la obra de la que el género tomó su nombre, *La Chronique scandaleuse, ou mémoires pour servir à l'histoire des mœurs de la génération présente*, por Guillaume Imbert de Burdeos. O bien las podían hilar indefinidamente, como en las *Mémoires secrets pour servir à la histoire de la République des Lettres en France*, que crecieron de una edición a otra hasta alcanzar finalmente los 36 volúmenes y ofrecer una relación consistente de todo aquello que mayor fascinación causó al público francés —y en especial al grupo de *nouvellistes* que frecuentaban el salón de Madame Doublet de Persan— de 1762 hasta 1787. Al margen de su tamaño y formato, su contenido siguió siendo diverso; y sus autores no se molestaron en armonizar el material en una sola línea narrativa.

De hecho, las *chroniques scandaleuses* en realidad no tenían autores. Salían como una anónima amalgama de todo lo que estaba presente en las discusiones públicas de los

asuntos públicos. *Elas eran* el público que polemiza. Expresaban el *on dit*, o *talk of the town* [se anda diciendo], tal y como lo transmitía la neutra tercera persona del *on*: "Se dice que..."; "Se acaba de saber..."; "A duras penas se puede creer que...". Tal y como se empleaba en francés, el pronombre impersonal podía incluir al lector lo mismo que al narrador. A decir verdad, se podía extender lo suficiente como para representar al público general, de suerte que las *chroniques* parecían darle voz a la opinión pública y registrar las reacciones a las novedades en el acto de transmitir las. Con frecuencia, para darles más sabor, las novedades las narraba un "espía": un turco o un inglés, o un francés en Londres, o un agente encubierto que había extraviado su portafolio (*l'espion dévalisé*). Como en los *libelles*, los informes podían maquillarse como memorias o como cartas, interceptadas por un anónimo "editor" que las publicaba con la garantía absoluta de su autenticidad. Los títulos en buena medida se encargaron de atraer al lector y de orientarlo hacia su contenido. Tal fue el caso de *L'Observateur anglais, ou correspondance secrète entre Milord All'Eye et Milord All'Ear*, que apareció en cuatro volúmenes en 1777 y luego creció hasta diez como *L'Espion anglais* hacia 1784.

Muchos de los espías también hablaban en términos del "on" y consignaban "on dits" junto con cartas que habían sustraído de la correspondencia de algún ministro y junto con secretos que habían escuchado desde un armario o debajo de una cama. El resultado era una visión omnisciente desde dentro de lo que sucedía realmente detrás de la escena —y de nuevo más voyeurismo—. De suerte que las *chroniques scandaleuses* completaron la obra de los *libelles*, los cuales también completaron la idea mitológica de los acontecimientos del momento que desarrollaron Mirabeau y Linguet. Vista en conjunto, toda esta literatura suministró una acusación masiva en contra del régimen. Era historia, biografía, periodismo y tráfico de escándalos al mismo



tiempo y contra el mismo objetivo: la monarquía de los Borbones y todo aquello que la sostenía.

Sin embargo, el sedicioso mensaje político de los *livres philosophiques* no debiera tomarse como evidencia de la intención de derrumbar al Antiguo Régimen, mucho menos como una conspiración en su contra. Tal vez los libros prohibidos hayan minado al régimen al golpearlo en la raíz de su legitimidad, pero no lo hicieron con el fin de hacerlo caer. Casi todos los *livres philosophiques* eran simplemente una respuesta a la demanda en el sector ilegal del mercado literario: la demanda por información así como por diversiones excitantes, la curiosidad sobre la historia contemporánea lo mismo que sobre la vida privada, la sed de noticias así como del fruto prohibido del conocimiento abstracto. Al colocar todos estos temas fuera de la ley, el régimen descartó la autocontención en la forma en la que los abordaban. Al arrinconar a la filosofía en la misma esquina que a la pornografía, el régimen convocó los ataques desinhibidos que recibió. De manera que fue atacado por todos los frentes, desde la metafísica hasta la política.

Pero al observar el año de 1789 desde nuestro tiempo, es muy fácil conjurar el sentimiento revolucionario e imaginar que la monarquía llegó hasta la impotencia por la fuerza de la letra impresa. Parece poco probable que alguien atacara la Bastilla porque leyó libros prohibidos. En lugar de asumir una continuidad entre la experiencia literaria y la acción revolucionaria, necesitamos investigar las disparidades entre ellas. Ahora que hemos revisado el dominio de la literatura "filosófica" como un todo, podemos empezar a ver más de cerca algunos textos cruciales.

## SEGUNDA PARTE GRÁFICA

### TEXTOS CLAVE

### III. LA FILOSOFÍA PORNOGRÁFICA

UNA VEZ que se ha identificado, clasificado y contado libros con tal amplitud, llega el momento de leerlos. ¿Pero cómo? Por desgracia no es quitándose los zapatos, arrellanándonos en un sofá y metiéndonos en los textos. El problema no tiene que ver con la asequibilidad de los *best sellers* prohibidos; se trata de libros que se pueden localizar en casi todas las bibliotecas de investigación. Tampoco es un asunto de accesibilidad; son más irrespetuosos, divertidos, osados o más extraños que la mayor parte de los títulos que hoy aparecen en las listas de *best sellers*. La dificultad radica en la lectura misma. Si a duras penas sabemos lo que es la lectura cuando ésta se da en nuestras propias narices, mucho menos lo sabremos si sucedió hace dos siglos, cuando los lectores habitaban un universo mental diferente. Nada puede conducir a un mayor número de errores que asumir que los lectores de entonces entendían los signos tipográficos igual que nosotros. Sólo que dejaron pocos registros sobre la manera en la que llevaron a cabo semejante hazaña. Aunque contamos con alguna información sobre las circunstancias externas de la lectura en el siglo xviii, sólo podemos conjeturar sobre sus efectos en los corazones y en las mentes de sus lectores. Las apropiaciones internas —el último de los escalafones en el circuito de comunicación que vinculaba a los autores y los editores con los libreros y los lectores— acaso permanezca fuera del alcance.

Aun así, al estudiar el modo en el que funcionan los textos debería ser posible evitar con éxito los anacronismos. Al igual que los demás, los textos de los "libros filosóficos" operan dentro de las convenciones genéricas y retóricas



propias de su tiempo. Desarrollan estrategias implícitas para suscitar respuestas de los lectores. De modo que aun cuando nos eludan las respuestas verdaderas, lo que podemos obtener de los textos es suficiente para realizar inferencias bien fundamentadas sobre lo que los libros significaron para los lectores en el Antiguo Régimen.

En lugar de repasar todos los libros de la lista de *best sellers*, me concentraré en tres que están en lo alto de ella y que son epítome de las diferentes variedades en el interior del corpus como un todo.

El primer libro, *Thérèse philosophe*, escrito probablemente por el marqués D'Argens y publicado en 1748, parece estar lo más cerca posible de la pornografía "pura". Pero ¿qué es la pornografía, o mejor dicho, qué era la pornografía en la Francia del siglo xviii? La palabra misma casi no existía, si bien Restif de la Bretonne acuñó el término *pornographe* en una obra de 1769, la cual abogaba, de una manera muy poco picante, por un sistema estatal de prostitución legal.<sup>1</sup> Claro que las obras eróticas existieron desde la Antigüedad, y a principios del siglo xvi Aretino superó a Ovidio al celebrar la cópula y el lenguaje lascivo en letras de imprenta. Sus *Sonetti lussuriosi* y sus *Ragionamenti* fijaron los patrones y establecieron los temas: las dieciséis "posturas" clásicas, el empleo provocativo de las palabras obscenas, el juego entre el texto y las ilustraciones, el uso de la narradora femenina y del diálogo, los viajes voyeurísticos por burdeles y conventos, la concatenación de orgías con el propósito de componer una línea narrativa, que lo hicieron famoso como el padre de la pornografía. El siglo xviii construyó su propio Aretino, *L'Arrétin moderne*, celebrado en el título de uno de sus *best sellers* y en el texto de muchos

<sup>1</sup> Nicolas-Edmé Restif de la Bretonne, *Le Pornographe ou Idées d'un honnête homme sur un projet de règlement pour les prostituées*, Londres, 1769; reimpresso en *L'Enfer de la Bibliothèque Nationale*, vol. 2, París, 1985.

otros. Éste combinaba la obscenidad con el escándalo, como Aretino lo hiciera dos siglos atrás, y también sostenía opiniones "modernas", más que nada el escepticismo ante las enseñanzas de la Iglesia.<sup>2</sup>

Entre tanto, la literatura erótica ya había dado un gran salto hacia adelante en el siglo xvii. La novela en sus comienzos celebraba el amor, lo mismo el refinado, como en *La Princesse de Clèves*, que el amor crudo, como en *La France galante*. Obras que en retrospectiva parecen centrales para la historia de la pornografía también participaron en el surgimiento de la novela como género: *L'Ecole des filles* (1655), *L'Académie des dames* (publicada originalmente en latín hacia 1660 y en francés hacia 1680) y *Vénus dans le cloître* (hacia 1682). De modo que las propiedades narrativas de la ficción erótica se establecieron mucho antes de la publicación de *Thérèse philosophe*, y su publicación se dio a la mitad de un segundo oleaje de escritura "pornográfica".

Este nuevo ciclo comenzó en 1741 con la aparición de tres libros: *Le Canapé couleur de feu*, por L.-C. Fougeret de Monbrun; *L'Art de foutre*, por François de Baculard d'Arnaud; y sobre todo con la *Histoire de dom B..., portier des Chartreux*, probablemente por J.-C. Gervaise de Latouche, obsceno y anticlerical *tour de force* que, junto con *Thérèse philosophe*, dominó la lista de *best sellers* hasta el final del

<sup>2</sup> Para un argumento en cierto modo enfático sobre el anacronismo inherente en el concepto de pornografía, véase Peter Wagner, *Eros Revived: Erotica of the Enlightenment in England and America*, Londres, 1988. La influencia de Aretino en la Francia del siglo xviii la explora en profundidad Carolin Fischer, *Die Erotik der Aufklärung. Pietro Aretinos Ragionamenti als Hypotext des Libertinen Romans in Frankreich*, tesis doctoral en la Freie Universität, Berlín, 1993. Entre la abundante bibliografía sobre la literatura erótica en los comienzos de la modernidad, véanse en particular Jean-Pierre Dubost, *Eros und Vernunft. Literatur und Libertinage*, Fráncfort del Meno, 1988; François Moureau y Alain-Marc Rieu (eds.), *Eros philosophe. Discours libertins des Lumières*, Ginebra y París, 1984; y Lynn Hunt (ed.), *The Invention of Pornography. Obscenity and the Origins of Modernity, 1500-1800*, Nueva York, 1993.

Antiguo Régimen. La narrativa picante siguió emanando de las imprentas a mediados del siglo. Incluía obras de autores bien conocidos –*Les Bijoux indiscrets* (1748) de Diderot, *La Sopha* (1742) de Crébillon hijo, *La Pucelle* de Voltaire (publicada originalmente en 1755, luego retocada y reimpressa en versiones más obscenas por otras personas)– junto con *best sellers* más toscos y más gráficos: *Les Lauriers ecclésiastiques* (1748), por C. J. L. A. Rochette de la Morlière; *Margot la ravaudeuse* (1750), por L.-C. Fougeret de Monbron; *La Chandelle d'Arras* (1765), por H.-J. Du Laurens; y la *Histoire galante de la tourière des Carmélites* (1743), por A.-G. Meusnier de Querlon. Todos estos libros se reimprimieron a lo largo de los decenios de 1760 y 1770, al declinar la producción de obras originales. El género repuntó de nuevo en la década de 1780 con las obras pornográficas de Mirabeau: *Errotika Biblion* (1782), *Ma Conversion, ou le libertin de qualité* (1783) y *Le Rideau levé ou l'éducation de Laure* (1785). Y el siglo concluyó con el marqués de Sade. Para los especialistas en la industria Sade, todas estas obras acaso se vean como el preludio de las obras maestras del divino marqués. Pero se pueden ver por sí solas, como el florecimiento de una enorme literatura peculiar al Antiguo Régimen en Francia y en especial a mediados del siglo XVIII.

¿Puede considerarse esto como pornografía? Desde luego, si se aceptan las definiciones de diccionario y los juicios legales de este momento. Ellos por lo general enfatizan el carácter lascivo de tal literatura, sus descripciones explícitas de la actividad sexual y su propósito implícito, esto es, tratar de excitar sexualmente al lector. Sólo que los franceses en el siglo XVIII no pensaban normalmente en esos términos, del mismo modo en que tampoco hacían distinciones entre un género de pornografía “pura” y la narrativa erótica, los tratados anticlericales y las otras variedades de los “libros filosóficos”. La noción de pornografía, al igual que la palabra misma, se desarrolló en el siglo XIX, cuando

los bibliotecarios almacenaron los libros que consideraban sucios y los pusieron bajo llave en secciones tabú como el *Enfer* de la Biblioteca Nacional y en el *Private Case* del Museo Británico. Estrictamente hablando, la pornografía pertenecía a la expurgación del mundo que se echó a andar al principio de la era victoriana. En el siglo XVIII no existía.<sup>3</sup>

Sin embargo, no hay que relativizar el concepto hasta el punto de borrarlo de la existencia. La legislación relativa al comercio del libro bajo el Antiguo Régimen siempre distinguió tres categorías de libros prohibidos: los que ofendían a la Iglesia, al Estado y a la moral. Desde luego que esta última categoría podía incluir muchas cosas además de la pornografía, pero en la práctica la Policía confiscaba únicamente las obras que consideraba claramente obscenas; y desarrolló todo un vocabulario para caracterizar a esa literatura. Era *obscène*, *lascive* o *lubrique*, no nada más *grivois*, *libre* o *galant*.<sup>4</sup> En sus *Mémoires sur la librairie* (1759), C.-G. de Lamoignon de Malesherbes, el funcionario de la corona que tuvo a su cargo el comercio del libro entre 1750 y 1763, trazó una línea de demarcación entre los libros “obscenos”, los cuales en todos los casos podía confiscar la Policía, y los “meramente licenciosos”, los cuales debían pretender no ver. Sin esa guía, advertía, los policías se podían ver requiriendo toda la obra de Rabelais, los *Contes* de La Fontaine y muchas obras más que eran lectura corriente para las personas cultas.<sup>5</sup> Tales distinciones no sólo existieron en las

<sup>3</sup> Véanse Walter Kendrick, *The Secret Museum: Pornography in Modern Culture*, Nueva York, 1987; Jeanne Veyrin Forrer, “L'Enfer vu d'ici”, en *Revue de la Bibliothèque Nationale*, núm. 14, 1984, pp. 22-41; y Annie Stora-Lamarre, *L'Enfer de la III<sup>e</sup> République. Censeurs et pornographes* (1881-1914), París, 1990.

<sup>4</sup> Estos términos aparecen por todas partes en los registros de libros confiscados en la Aduana de París: Bibliothèque Nationale, ms. fr. 21931-21934. *Galant*, sin embargo, a veces implicaba obsceno.

<sup>5</sup> Malesherbes, *Mémoires sur la librairie et sur la liberté de la presse*, Ginebra, 1969, reimpresión, pp. 89 y 90.



mentes de las autoridades; pertenecían a la vida cotidiana, tal y como Diderot lo indicara al describir un veloz momento de flirteo entre él mismo cuando joven y la vendedora en una librería:

En esa época ella trabajaba en una pequeña librería situada en el Quai des Augustins: una figura como de muñeca, blanca y esbelta como una azucena, encarnada como una rosa. Entré con ese estilo rauda, ardiente, alocado, que yo entonces tenía; y le dije, "Mademoiselle, haga el favor de darme los *Contes de La Fontaine*, un *Petrone* [es decir, literatura erótica aceptable]". "Aquí los tiene, señor. ¿Necesita algún otro libro?" "Bueno, usted me ha de disculpar, pero..." "Sí, dígame..." "*La Religieuse en chemise* [*Venus en el claustro* o *La monja en camisa*], una obra considerada obscena." "¡Ay, Monsieur! ¿Es que hay alguien que venda, alguien que lea esas cosas tan perversas?" "Oh, oh, ¿son perversas, verdad, mademoiselle? Yo no tenía idea..." Y luego, otro día, al pasar de nuevo por ahí, ella me sonrió, y yo también le sonreí.<sup>6</sup>

La frontera entre lo erótico y lo obsceno se puede encontrar hasta en los mismos libros. Los libros "perversos" celebraban la lectura como un estímulo de placer sexual y en ocasiones recomendaban obras que lo ofrecían. *Le Portefeuille de Madame Gourdan* (1783) describía la biblioteca de un burdel de tres estrellas, el mejor de París. Ahí estaban todos los primeros clásicos, desde *L'École des filles* hasta la *Histoire de dom B...*, de lo que más adelante habría de definirse como pornografía canónica. También aparece una "biblioteca galante" en el capítulo culminante de *Thérèse philosophe*, en donde la lectura se encarga de abrir la última etapa en

<sup>6</sup> Diderot, "Salon de 1765", citado en Jacques Rustin, "Preface" a la reimpresión de *Venus dans le cloître* en *Œuvres érotiques du XVIII<sup>e</sup> siècle*. *L'Enfer de la Bibliothèque Nationale*, vol. 7, París, 1988, p. 307.

la educación de Thérèse como una mujer voluptuosa. Y en uno de los capítulos anteriores uno de los modelos a seguir de Thérèse, una viuda filosófica, emplea la *Histoire de Dom B...* como una auxiliar de tipo sexual. Funciona tan bien que ella misma se lo ofrece a su acompañante, el abate T., no obstante su temor al embarazo: "La lectura de tu terrible *Portier des Chartreux* me ha encendido: sus retratos son perfectos, tienen una veracidad encantadora. Si fuera menos sucio, sería un libro inimitable en su género".<sup>7</sup>

Al referirse en retrospectiva a esta literatura en *Histoire de Juliette* (1797), Sade describió el contenido de otra "biblioteca galante": *L'Académie des dames*, *Histoire de dom B...*, *L'Education de Laure*, todo estaba ahí. Sólo que nada colmaba las expectativas de Sade, excepto una obra, *Thérèse philosophe*.

Obra encantadora del marqués D'Argens; la única que ha mostrado el objetivo, aunque sin alcanzarlo; el único libro que ha vinculado graciosamente la lujuria con la impiedad y que, de llegar al público tal y como su autor lo concibiera originalmente, al menos ofrecería la idea de un libro inmoral.<sup>8</sup>

Hacia el final del siglo, *Thérèse philosophe* se destacaba como la obra mayor en un cuerpo literario que tal vez aún no fuera etiquetado como pornográfico pero que había llevado al sexo más allá de las fronteras de la decencia que se reconocieron generalmente en el Antiguo Régimen.

A los ojos de sus contemporáneos, Thérèse era asimismo la representación de algo más: la Ilustración. Ella era una *philosophe*. Su título hacía eco a una obra clave en

<sup>7</sup> *Thérèse philosophe, ou Mémoires pour servir à l'histoire du Père Dirrag et de mademoiselle Éradice*, reimpresión en *L'Enfer de la Bibliothèque Nationale*, vol. 5, París, 1986, p. 102.

<sup>8</sup> Marqués de Sade, *Histoire de Juliette*, en *Œuvres complètes*, vol. 8, París, 1967, p. 443.

los comienzos de la Ilustración, *Le Philosophe*, un tratado anónimo publicado en 1743, absorbido en el texto de la *Encyclopédie* y reimpresso más adelante por Voltaire. El libro definía el tipo ideal del cosmopolita e ingenioso libre-pensador que todo lo sometía a la luz crítica de la razón y que en especial se burlaba de las doctrinas de la Iglesia católica. La publicación de *Thérèse philosophe* en 1748 ocurrió precisamente en el momento en el que salió de la imprenta la primera gran andanada de obras de la Ilustración:

- 1748: Montesquieu, *De l'Esprit des lois*  
 Diderot, *Les Bijoux indiscrets*  
 La Mettrie, *L'Homme-machine*  
 Toussaint, *Les Mœurs*
- 1749: Buffon, *Histoire naturelle*, volúmenes 1-3  
 Diderot, *Lettre sur les aveugles*
- 1750: *Encyclopédie*, Prospectus  
 Rousseau, *Discours sur les sciences et les arts*
- 1751: *Encyclopédie*, volumen 1  
 Voltaire, *Le Siècle de Louis XIV*  
 Duclos, *Considérations sur les mœurs*

Fue un momento extraordinario. La topografía intelectual de Francia se transformó en el espacio de unos años a mediados del siglo XVIII. *Thérèse philosophe* formó parte de esa transformación del mismo modo que formó parte del surgimiento simultáneo de la literatura erótica. De hecho, la doble explosión se nutrió de la misma fuente: el libertinismo, combinación del pensamiento libre y de una manera libre de vivir, que desafió las doctrinas religiosas lo mismo que las costumbres sexuales. Los espíritus libres como Diderot lucharon en ambos frentes; de manera que la Policía del Antiguo Régimen supo lo que hacía en 1749 al colocar a Diderot en sus archivos como un "muchacho peligroso" y encerrarlo en Vincennes como el autor de las eróticas *Bijoux indiscrets* así

como de las irreligiosas *Lettres sur les aveugles*.<sup>9</sup> Algunos de sus contemporáneos creían que él también había escrito *Thérèse philosophe*.<sup>10</sup> Así lo piensan también unos cuantos estudiosos modernos.<sup>11</sup> Hay pocas pruebas para respaldar semejante atribución, aunque Diderot y Thérèse pertenecían al mismo mundo: el mundo alcahuete, insolente, descarado de los primeros años de la Ilustración, en el que todo se cuestionaba y nada era sagrado.

Por bien que pertenezca a la atmósfera de su tiempo, la combinación de sexo y filosofía en *Thérèse philosophe* ha de impactar al lector moderno. Como en muchos casos de la tradición pornográfica, la narración consiste en una serie de orgías; pero están cosidas por una serie de diálogos metafísicos, los que se dan mientras las parejas recuperan el resuello y restablecen sus fuerzas para la siguiente ronda de placer. Cópula y metafísica, nada podría estar más alejado de la moderna mentalidad o más bien cerca del perfil libertino del siglo XVIII. Para entender la manera en la que los temas se complementaban entre sí, lo mejor es empezar por el principio del libro, que combina una narración ficticia de la infancia de Thérèse con la relación de un episodio real

<sup>9</sup> Para el texto del informe de la policía y una discusión sobre la situación en 1749, véase "Les Encyclopédistes et la police", en mi libro *Gens de lettres, gens du livre*, op. cit.

<sup>10</sup> J.-F. Barbier, *Journal historique et anecdotique du règne de Louis XV*, t. III, París, 1851, pp. 89 y 90, entrada de julio de 1749: "Asimismo arrestaron a monsieur Diderot, hombre de letras e ingenio, quien se supone es el autor de un tratado que apareció bajo el título de *Thérèse philosophe*... Este libro, encantador y muy bien escrito, contiene ciertos diálogos sobre religión natural, los cuales resultan de lo más violentos y sumamente peligrosos".

<sup>11</sup> Véase Jacques Duprilot, "Nachwort", en *Thérèse philosophe. Erotische Kupferstiche aus fünf berühmten Büchern*, Dortmund, 1982, en especial pp. 228-232. Si bien este ensayo ofrece la relación más acabada de las circunstancias que rodearon la publicación de *Thérèse philosophe*, no es muy sólido su alegato en favor de la autoría de Diderot. Para mayor información sobre el fondo del texto, véanse las introducciones a las ediciones de Pascal Pia (París, 1979), Jacques Duprilot (Ginebra, 1980) y Philippe Roger (París, 1986).



que se anuncia en el subtítulo: *Memorias para servir a la historia del padre Dirrag y de mademoiselle Éradice*.

El *Affair Dirrag* fue parte de la gran cadena de *causes célèbres*, o dramas judiciales, que se dieron en el siglo XVIII, que cobraron forma en la opinión pública y la radicalizaron hasta desembocar en la Revolución. Detrás de los anagramas "Éradice" y "Dirrag", los lectores del siglo XVIII habrían reconocido los nombres de Catherine Cadière, una bella joven devota de Tolón, y Jean-Baptiste Girard, su confesor, quien también era el rector jesuita del Seminario Real de la Marina de Tolón. La demoiselle Cadière acusó al padre Girard de explotar su papel como guía espiritual (*directeur de conscience*) con el fin de seducirla. Luego de muchas dudas y una votación cerrada, el Parlamento de Aix finalmente lo absolvió en octubre de 1731. Pero el caso provocó varias andanadas de panfletos sensacionalistas. Tenía todo para atraer la imaginación anticlerical: sexo y fascinación, juego sucio en el confesionario y el desenmascaramiento del jesuitismo, un motivo predilecto entre los enemigos de los jesuitas en las filas de los jansenistas. Al tocar esos temas, *Thérèse philosophe* parecía narrar una historia verdadera. Colocó la narración en un sitio reconocible y persuadió al lector para que viera su acción como parte de una genuina *chronique scandaleuse* por medio del empleo de anagramas transparentes: "Volnot" por Tolón y "Vencerop" por Provence, además de "Éradice" y "Dirrag". También identificó a algunos de los personajes ficticios por medio de las iniciales -"madame C." y el "abate T."- como si hubiera que proteger su verdadera identidad. De ahí que el libro pareciera una *roman à clef*, o un hecho disfrazado de ficción, aunque en realidad era una *falsa roman à clef* y el disfraz funcionó en sentido inverso: disfrazando una fantasía bajo la tentadora apariencia de un escándalo extraído de los acontecimientos contemporáneos.

Este deslizamiento de los hechos a la ficción se dio por medio del relato del *Affair Dirrag* que daba Thérèse, quien lo

describió como un acontecimiento clave en el desarrollo de su propia educación metafísico-sexual, que es el tema del libro. Thérèse escribe en primera persona; de manera que el relato, como en muchas novelas eróticas, toma la forma de una narración en primera persona en una voz ostensiblemente femenina. Thérèse se dirige a su amante, a quien identifica únicamente como "mi querido conde". En el Prefacio, ella explica que escribe porque él se lo pidió y por el beneficio de la humanidad. Habiendo sido amiga cercana de mademoiselle Éradice y discípula igualmente fanática del padre Dirrag, está en condición de revelar el relato interno de su romance. De hecho, Thérèse lo observó con sus propios ojos desde un lugar oculto en la habitación de Éradice.

Dirrag, revela Thérèse, sedujo a Éradice aprovechando su ambición de sobrepasar en santidad a sus pares. Él le recetó unos ejercicios espirituales basados en el principio de liberar al espíritu por medio de la mortificación de la carne. La técnica predilecta del padre era la flagelación. La empleaba para purgar el cuerpo de las impurezas y para elevar el alma a un estado de éxtasis, el cual era capaz incluso de llevar a la santidad. Éradice le explicó todo esto a Thérèse, al mismo tiempo que le extendió una invitación para que fuera testigo secreto de sus proezas. En breve, Thérèse está observando, fascinada, desde un gabinete. Éradice está de rodillas, reclinada en oración, con los hábitos subidos hasta la cintura. Dirrag le flagela las nalgas, llevándola a tal estado de excitación que queda lista para la última de sus armas, una santa reliquia, que él describe como el tieso segmento del cordón original que san Francisco llevaba con su hábito. Thérèse, quien ha retozado sexualmente con algunos otros niños precoces, reconoce de qué se trata; o mejor dicho reconoce lo que otro cura le ha dicho que es: una serpiente, como la que todos los hombres llevan entre las piernas y que Adán empleó en contra de Eva en el Paraíso. La serpiente de Dirrag se tiesa y se afana en la embocadura su-

perior de Éradice –en toda la literatura libertina la sodomía se equiparaba con el jesuitismo– pero gracias a un heroico esfuerzo de voluntad el buen padre elige el “camino canónico”. Puja y empuja al ritmo de su discípula, quien se imagina a sí misma en el cielo. Por último, al acercarse al punto culminante del éxtasis, Éradice grita:

Sí, gozo de la felicidad celestial, siento que mi alma está del todo separada de la materia. Sacad, padre mío, sacad todo lo que en mí queda de impuro. Veo... los... án... geles. Empujad más... Empujad pues... ¡Ah!... ¡Ah... buen... San Francisco! ¡No me abandonéis! ¡Siento el cor... el cor... el cordón... no puedo más... me muero!<sup>12</sup>

No hay lector que pase por alto esta mezcla de sacrilegio y sexo, pero es probable que los lectores del siglo XVIII vieran algo más en la descripción. Gráfica como era –y el texto completo incluye abundantes detalles anatómicos– portadora de un mensaje metafísico. La distinción entre mente y materia iba más allá de la oposición tradicional cristiana del alma y el cuerpo y de las nociones neoaristotélicas de la forma y la sustancia. Expresaba la dicotomía de Descartes, una diferenciación radical entre el mundo del pensamiento y del espíritu, por un lado, y el de la materia en movimiento por el otro. El padre Dirrag sedujo a Éradice al persuadirla de que tomara una parte de la dicotomía por la otra, esto es, que experimentara su orgasmo como una epifanía espiritual. El padre Dirrag se salía con la suya gracias al último golpe del sacerdocio, algo de lo más delicioso para la mirada anticlerical entrenada del lector del siglo XVIII en tanto que fue acompañado de un filosofar materialista disfrazado de cristianismo. Con el fin de preparar a Éradice para la santidad –esto es, para desflorarla–, Dirrag le da una confe-

<sup>12</sup> Jean-Baptiste de Boyer, *Thérèse philosophe*, op. cit., p. 69.

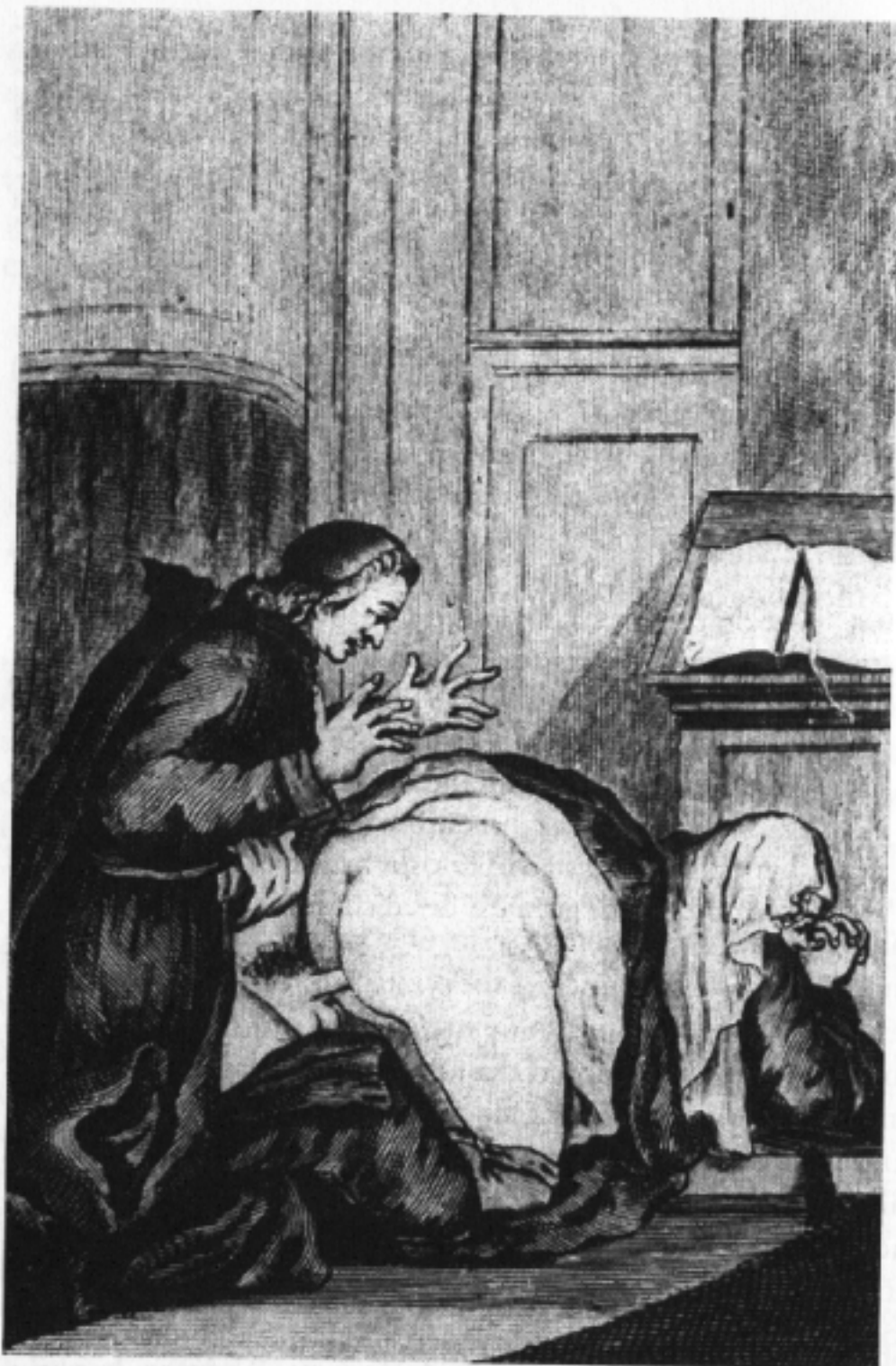
rencia cartesiana radical. En primer lugar anuncia la dicotomía: “Dios sólo quiere de los hombres el corazón y el espíritu. Es olvidando el cuerpo que se llega a la unión con Dios, a convertirse en santo, a obrar milagros”. Luego el padre Dirrag describe la acción de la materia como si ésta fuera capaz de conducir a la exaltación del espíritu:

Es un mecanismo seguro, hija querida, nosotros sentimos, y únicamente tenemos idea del bien y del mal físicos, como del bien y del mal moral, a través de los sentidos. Cuando tocamos, oímos, vemos, etc., un objeto, partículas de espíritu corren por las pequeñas cavidades de los nervios que van a alertar al alma. Si tenéis suficiente fervor para reunir, con la fuerza de la meditación sobre el amor que debéis a Dios, todas las partículas de espíritu que están en vos, aplicándolas todas a este objeto, es seguro que no quedará nada de ellas para advertir al alma sobre los golpes que vuestra carne recibe: no los sentiréis.<sup>13</sup>

El lector informado habría reconocido que la filosofía de Dirrag no era distinta a la de La Mettrie. El jesuita era un materialista de clóset. Poseía el secreto que se iría develando progresivamente en todo el libro: la mitad espiritual de la célebre dicotomía no existía; todo era materia en movimiento. Incluso llegó a desarrollar su propia tecnología, una versión materialista de los ejercicios espirituales, la cual incluía una solución química para producir estigmas falsos, un consolador disfrazado de santa reliquia, la flagelación para hacer parecer a la excitación sexual como mortificación de la carne, y la misma cópula, la cual hacía pasar como éxtasis religioso, del tipo que experimentara como éxtasis espiritual santa Teresa de Ávila y que Thérèse, la *philosophe*, entendería como un éxtasis material. En resumen, el

<sup>13</sup> *Ibid.*, pp. 58 y 59.





El padre Dirrag aplicando el cordón de san Francisco a mademoiselle Éradice. *Thérèse philosophe*.

*Affair Dirrag* demostraba que la seducción era una forma inveterada del cristianismo y preparaba al lector a considerar esta proposición en sentido inverso: el cristianismo era una forma de seducción.

Por tanto, el sexo y la metafísica eran el uno para el otro. Eso lo dejaba en claro Thérèse en el Prefacio del libro, dirigido a su anónimo amante, el Conde: "¿Deseáis un cuadro donde las escenas que os he relatado o aquellas en las que he participado no pierdan nada de su lascivia y que los razonamientos metafísicos conserven toda su energía?". La interrelación de temas recorre toda la novela, que trata de la vida de Thérèse, dividida en cuatro partes: 1) su juventud y el *Affair Dirrag*; 2) su primera exposición a la filosofía en compañía de madame C. y el abate T.; 3) su educación en la polimorfa perversión por medio de las charlas con madame Bois-Laurier, una prostituta parisina retirada; y 4) el florecimiento cabal tanto de su sexualidad como de su filosofía como la amante del Conde.

En la primera parte, Thérèse descubre el sexo y el criptomaterialismo al verse expuesta al padre Dirrag. Pero sus nociones siguen siendo confusas; y su cuerpo se agota, ya que su madre la deposita en un convento, en el que refluye su "licor divino"<sup>14</sup> y se atrofia como resultado de la represión sexual. Su cuerpo vuelve a la vida en la segunda parte, gracias al consejo de dos amigos de la familia, la buena madame C. y el sabio abate T., quienes la acogen bajo su seno luego de ser liberada del convento. Ellos le explican que este licor es "el principio del placer".<sup>15</sup> Se le debe permitir que siga su curso, o toda la "fábrica" (es decir, el cuerpo) puede alterarse. Pero el abate le advierte a Thérèse que no lo debe liberar metiéndose el dedo en la vagina, pues si daña su virginidad perderá la oportunidad de conseguir

<sup>14</sup> Jean-Baptiste de Boyer, *Thérèse philosophe*, op. cit., p. 54.

<sup>15</sup> *Ibid.*, p. 87.

marido. Las convenciones sociales acaso sean arbitrarias, pero deben respetarse, por el propio interés y por consideración a los demás. Por el mismo motivo, Thérèse no debe permitir que ningún hombre la penetre. La penetración podría conducir al embarazo, el cual no debe ocurrir fuera del "sacramento del matrimonio".<sup>16</sup> Por lo que no hay más que una solución: masturbarse.

La segunda parte se convierte en una apología de la masturbación. Thérèse perfecciona su propia técnica y aprende de ella en otros, al espiar a madame C. y al abate T. desde detrás de los arbustos, las cortinas y los hoyos de las cerraduras. Thérèse asimismo escucha detenidamente sus conversaciones, pues juntos filosofan y se masturban deliciosamente, página tras página, a lo largo de la cuarta parte, la más sustanciosa del libro. Están de acuerdo en que el placer es el mayor de los bienes. ¿Por qué, entonces, no se permiten la relación sexual? "Las mujeres sólo tienen tres cosas que temer", explica el abate: "el miedo al diablo, a la fama y al embarazo".<sup>17</sup> El peligro del embarazo obsesiona especialmente a madame C., pues ella misma estuvo a punto de morir al dar a luz. La criatura murió poco después, igual que su marido, dejándola en libertad de ir en busca del placer y eludir el dolor de acuerdo a los principios que comparte con el abate. En un solo punto no está de acuerdo con él. Tras aprender por experiencia propia a apreciar todo el peligro que comporta dar a luz, ella no aceptará su proposición del *coitus interruptus*, no obstante la elocuente y racional defensa que de él hace el abate.

Mientras tanto, el abate desarrolla otro conjunto de argumentos en sus conversaciones con Thérèse. Al reemplazar al padre Dirrag como su confesor, el abate asume la línea de razonamiento de Dirrag pero la lleva por el rumbo positivo:

<sup>16</sup> Jean-Baptiste de Boyer, *Thérèse philosophe*, op. cit., p. 86.

<sup>17</sup> *Ibid.*, p. 95.

hacia la promoción de la felicidad en lugar de la explotación de la crueldad. Al hacerlo de este modo, el abate da la impresión de defender los valores y las ideas convencionales, no sólo la virginidad y el matrimonio, sino una idea razonable de la religión que casi pasaría por cristiana:

como estamos seguros de que la ley natural es de institución divina, ¿cómo osaríamos temer ofender a Dios al calmar nuestras necesidades por medios que ha puesto en nosotros, que son obra suya, sobre todo cuando estos medios no perturbaban el orden establecido de la sociedad?<sup>18</sup>

Semejantes sentimientos correspondían a la cuerda moderada del pensamiento ilustrado. Ellos reconocían un Ser Supremo y un orden normativo de las leyes naturales, sin desafiar la estructura jerárquica de la sociedad. Pero el abate los socavó por completo al refugiarse en la masturbación con su filosófica amante. Luego desarrolló ideas que no se podían exponer a los oídos tiernos. Thérèse las oyó, sin embargo, al espiar a los amantes: la Naturaleza no era sino un concepto inventado por los fundadores de las religiones para separar a Dios de la fuente del sufrimiento. No, Dios no estaba oculto detrás de la naturaleza. Él estaba en todas partes, pero si estaba en todas partes, no estaba en ninguna; pues todo se podía reducir a materia en movimiento, dejando a "Dios" como una palabra hueca y a la moral como un cálculo utilitario basado en el placer y en el dolor.

Thérèse es incapaz de absorber estas verdades a cabalidad, pues sólo aquí, como más adelante lo comprenderá, es que "acaso comencé a pensar por primera vez en mi vida".<sup>19</sup> Mientras tanto, su educación sexual avanza sin ningún contratiempo en la tercera parte, en la que cae bajo la influen-

<sup>18</sup> *Ibid.*, p. 85.

<sup>19</sup> *Ibid.*, p. 101.



cia de madame Bois-Laurier. De hecho, esta parte no se articula bien con el resto del libro, ya que es un mero catálogo de curiosas prácticas sexuales con las que Bois-Laurier se ha encontrado a lo largo de su carrera como prostituta. En lugar del filosofar erótico, se vuelve hacia la forma del diálogo sexual femenino que para entonces ya se había desarrollado en obras corrientes como *L'Académie des dames*, *L'Ecole des filles* y los *Ragionamenti* de Aretino. Thérèse se ve a sí misma en París, sola y con una pequeña herencia para vivir luego de la muerte de su madre. Va a dar con una mujer en su misma pensión, quien resulta ser una de esas figuras de cajón en la literatura obscena: la puta de buen corazón. La narración-dentro-de-la-narración de Bois-Laurier conduce al lector a través de un recorrido por los burdeles parisinos, pero poco añade al desarrollo de la novela hasta que introduce un nuevo personaje, el Conde, quien ofrece la transición hacia la cuarta parte.

Al acompañar a madame Bois-Laurier a la Ópera, Thérèse conoce a un hombre por quien experimenta una simpatía visceral. El Conde corresponde a sus sentimientos, no obstante que ambos saben que entre ellos no puede darse el matrimonio. No sólo la disparidad de sus posiciones sociales se oponen a eso —Thérèse es la pobre hija de un *bon bourgeois*<sup>20</sup> y el Conde es un noble con un *château* y un bonito ingreso de 12.000 *livres* anuales—, sino que el Conde tiene una aversión personal al matrimonio. De ahí que proponga retirarse en compañía de Thérèse a su propiedad en el campo. Ella se convertirá en su amante, con una renta de 2.000 *livres*; pero no necesita entregarse al deseo del Conde por las relaciones sexuales, ya que él entiende el horror de ella al embarazo, toda vez que su madre, al igual que madame C., estuvo a punto de morir al dar a luz. Sin embargo, en el momento en el que Thérèse adopta la postura de madame C., el

<sup>20</sup> Jean-Baptiste de Boyer, *Thérèse philosophe*, op. cit., p. 41.

Conde toma la del abate T.: tiene la suficiente maestría para confiar en que se retirará a tiempo para eyacular fuera de ella. Sin embargo, el Conde no insiste pues se rige por el código del *honnête homme*,<sup>21</sup> una versión aristocrática del cálculo hedonista puesto en práctica por el abate T. El Conde puede encontrar la felicidad en hacer feliz a Thérèse. Por lo que se conformará con la masturbación mutua.

Thérèse acepta el contrato. Durante meses, la pareja vive feliz, masturbándose y filosofando tal como lo hacían madame C. y el abate T. Sin embargo, en determinado momento el Conde claudica ante su deseo de alcanzar una forma más elevada de felicidad. Propone una apuesta: Thérèse ha de pasar dos semanas leyendo su "biblioteca galante"<sup>22</sup> y estudiando sus pinturas eróticas. Si logra llegar hasta el final sin masturbarse, la colección pasará a ser propiedad de ella. De otro modo, ella será suya, no obstante que ella podrá tener la confianza de que él arrancará su flor sin plantar su semilla en su vientre.

En breve, Thérèse se sumerge en un ensueño sexual al recorrer los textos clásicos de la tradición erótica, incluidos entre ellos varios que siguieron apareciendo entre los *best sellers* de la STN en los años previos a la Revolución: *Histoire de dom B...*, *Histoire de la tourière des Carmélites*, *Les Lauriers ecclésiastiques* y *L'Académie des dames*. Completan el truco cinco días de lectura debajo de dos pinturas lascivas, *Fiestas de Príapo* y los *Amores de Venus y Marte*. Thérèse se mete el dedo entre los muslos y le grita al Conde. Él, desde luego, todo este tiempo la ha estado observando en secreto. Como el Marte de la pintura, el Conde ingresa al cuarto, se mete entre sus brazos y en el momento crucial, por obra de un esfuerzo supremo de la voluntad, se retira y arroja su semen fuera de ella. El *coitus interruptus* triunfa sobre la

<sup>21</sup> *Ibid.*, pp. 170 y 175.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 180.



El final feliz de *Thérèse philosophe*.

masturbación. La pareja vive felizmente, copulando de continuo, "sin preocupación, sin niños, sin inquietud".<sup>23</sup>

Al narrar su historia, diez años después de su clímax, Thérèse se ha vuelto toda una filósofa. Su aprendizaje concluyó con la última lección que le dio el Conde, quien perfeccionó las enseñanzas del abate T., quien a su vez ya había corregido las verdades a medias del espantoso Dirrag. Como narradora de su propio relato, Thérèse se expresa con su propia voz y anuncia las verdades de las que se ha apropiado. El último capítulo las sintetiza en la forma de un credo hedonista-materialista, y la leyenda en su portada las fija epigramáticamente:

La voluptuosidad y la filosofía producen la felicidad del hombre sensato.

Asume la voluptuosidad por gusto. Ama la filosofía por la razón.

La historia sexual de Thérèse se convierte en una *Bildungsroman*, en el relato de una educación; y como se trata de una educación en el placer, el filosofar y la búsqueda del placer avanzan juntos a lo largo de la narración hasta que al final convergen como hedonismo filosófico. Estudiada de cerca, esta filosofía revelaría una mezcla de elementos derivados de muchas fuentes: Descartes, Malebranche, Spinoza, Hobbes y toda la gama de la literatura libertina que circuló en forma manuscrita a lo largo de la primera mitad del siglo XVIII.<sup>24</sup> La influencia más fuerte probablemente se remonte hasta Lucrecio, pues Thérèse y sus maestros reducen constantemente la realidad a pequeñas partículas de

<sup>23</sup> Jean-Baptiste de Boyer, *Thérèse philosophe*, op. cit., p. 186.

<sup>24</sup> El estudio más importante de este enorme tema sigue siendo Ira O. Wade, *The Clandestine Organization and Diffusion of Philosophical Ideas in France from 1700 to 1800*, Nueva York, 1967. Un ejemplo de los estudios más recientes es Olivier Bloch (ed.), *Le Matérialisme du XVIII<sup>e</sup> siècle et la littérature clandestine*, París, 1982.



materia, las cuales determinan la voluntad al actuar sobre los sentidos. A fin de cuentas, entonces, describen al hombre como una fábrica movida por el principio del placer que él es incapaz de controlar:

la razón sólo sirve para dar a conocer al hombre cuál es el grado de deseo que tiene de hacer o de evitar algo, junto con el placer y el disgusto que resultará de ello [...]. La composición de los órganos, las disposiciones de las fibras, un cierto movimiento de los fluidos, determinan el tipo de pasiones, los grados de fuerza con que nos mueven, constriñen a la razón, determinan la voluntad en las acciones más pequeñas como en las más grandes de nuestra vida.<sup>25</sup>

Pero serviría de poco reunir todas las fuentes y reacomodarlas de nuevo en un sistema consistente pues *Thérèse philosophe* no pretende ser una obra de filosofía sistemática. Es una novela. En lugar de desarrollar un argumento complicado a lo largo de una serie de pasos lógicos, plantea proposiciones como si fueran verdades obvias y continúa con el relato. ¿Qué son las "partículas de espíritu" que fluyen por el cuerpo?<sup>26</sup> ¿Cómo es que el "licor divino" determina a la sexualidad?<sup>27</sup> *Thérèse* no lo explica. No se detiene en las dificultades técnicas o en las conexiones lógicas. En vez de eso, se apoya en la retórica y en la narración para hacer que su argumento se sostenga. Nada más que esas técnicas asumen la existencia de un cierto público que comparte convenciones, expectativas y usos lingüísticos.

Para tratarse de un libro de sexo, el lenguaje de *Thérèse philosophe* es extraordinariamente correcto. Jamás emplea expresiones vulgares para referirse a los órganos o a las ac-

<sup>25</sup> Jean-Baptiste de Boyer, *Thérèse philosophe*, op. cit., pp. 51 y 53.

<sup>26</sup> *Ibid.*, p. 59.

<sup>27</sup> *Ibid.*, p. 87.



El mensaje de *Thérèse philosophe*, encapsulado en su frontispicio.

tividades sexuales, salvo en la narración de madame Bois-Laurier, que es una golfa y una puta de la calle. Thérèse, que viene de un medio burgués sólido, conserva términos tales como "miembro" y "orificio". No es que no logre ser explícita. Véanse dos frases de su descripción de la cópula del padre Dirrag con Éradice:

Vi que cada vez que el trasero del padre retrocedía, el cordón se retiraba de su guarida hasta la cabeza, los labios de Éradice se entreabrían y se mostraban de un encarnado tan vivo que encantaba verlos. Vi también que cuando el padre con un movimiento opuesto empujaba estos mismos labios de los que sólo se veía entonces el vello negro que los cubría, apretaban la flecha tan estrechamente que parecía como tragada por ellos, tanto que hubiese sido difícil adivinar a cuál de los dos actores pertenecía esa clavija por la que ambos parecían unidos.<sup>28</sup>

Se induce al lector a observar la escena a través de los ojos de una joven inocente de dieciocho años. Verbos como el "vi" aparecen a lo largo del párrafo, reforzando el voyeurismo que recorre todo el libro. A la vez que la estudiada *naïveté* del lenguaje añade sabor, lo concreto de los detalles añade un punto más: como en todas las escenas de sexo, los cuerpos dan la impresión de ser máquinas. Fluidos, fibras, bombas, presión hidráulica, tal es la materia del sexo. A continuación Thérèse exclama: "¡Qué mecánica!". Y al describir los efectos de la represión sexual en el claustro, Thérèse notó que sus fluidos se habían retrocedido por los conductos equivocados, produciendo "el desorden en toda la máquina".<sup>29</sup> Legado de las filosofías mecanicistas del siglo xvii, la metáfora de la máquina ofreció a los libertinos

<sup>28</sup> Jean-Baptiste de Boyer, *Thérèse philosophe*, op. cit., p. 66.

<sup>29</sup> *Ibid.*, p. 54.

que vinieron después la manera adecuada de darle sentido al mundo.<sup>30</sup> Thérèse hablaba el mismo idioma de Diderot, D'Holbach y La Matrie. Su relato apareció en el mismo año que *L'Homme-machine* de La Matrie y fue al mismo punto: en la cópula, como en la gravedad, todo se podría reducir al mismo principio, materia en movimiento.

Desde luego, la técnica de persuasión de *Thérèse philosophe* difiere por completo de la fría y llana prosa de *L'Homme-machine*. Seduce al lector del mismo modo en que el Conde seduce a Thérèse: por medio de la fuerza evocativa de la misma lectura. Sólo después de leer toda una biblioteca de narrativa erótica Thérèse queda lista para la relación sexual. Madame C. se excitaba tanto con la lectura de *Histoire de dom B...* que ella misma se la ofrecía al abate T. no obstante su miedo al embarazo. Los lectores del siglo xviii entendían que esos libros eran para leerse, como lo dijo Rousseau, "con una sola mano" —es decir, para masturbarse—.<sup>31</sup> Mirabeau expresó la actitud general en su más cruda aceptación en el prefacio a *Ma Conversion, ou le libertin de qualité*: "¡Que el lector [de este libro] logre sacudir al universo!".<sup>32</sup> La apología de la masturbación predicada por el abate T. a madame C. se dirige menos a su amante, quien ya es una conversa, que al lector, quien acaso todavía tenga sus reservas. En el siglo xviii, se creía que la masturbación era causante de todo, desde la extenuación hasta la ceguera.<sup>33</sup> *Thérèse philosophe* pudo verse como una amenaza mortal, para el cuerpo así como para el alma. Su retórica procede por

<sup>30</sup> Véase Otto Mayr, *Authority, Liberty, and Automatic Machinery in Early Modern Europe*, Baltimore, 1986.

<sup>31</sup> Véase Jean Marie Goulemot, *Ces Livres qu'on ne lit que d'une main. Lecture et lecteurs de livres pornographiques au xviii<sup>e</sup> siècle*, París, 1991, p. 48.

<sup>32</sup> Mirabeau, *Ma Conversion, ou le libertin de qualité*, Londres, 1783, reimpresso en *L'Enfer de la Bibliothèque Nationale*, vol. 3, p. 38.

<sup>33</sup> Véanse Simon Henri Tissot, *L'Onanisme, dissertation sur les maladies produites par la masturbation*, Lausana, 1760; y Jean Marie Goulemot, *Ces Livres qu'on ne lit que d'une main*, op. cit., pp. 43-55.



tanto de asumir que el lector –él o ella, aunque más probablemente él– debe estar seguro. Hay que derribar sus defensas igual que sucedió con las de Thérèse. Hay que volverlo cómplice.

La estrategia básica de esta aproximación es la narración en primera persona; la táctica básica, el voyeurismo. Al referir su historia al Conde –un recurso hábil, toda vez que él ya vive con ella y no requiere de una autobiografía para mantenerse informado–, Thérèse le ofrece un norte al lector. El lector no necesita sentirse implicado en el relato, pues lo puede leer como se asoma alguien que se encuentra afuera. Puede fisgonear las actividades más íntimas de los personajes sin que ellos se enteren. Y luego de observar bien, el lector aprende a ver con los ojos de Thérèse. Ella siempre está espiando desde algún escondite cópulas o parejas que se masturban. De suerte que el lector observa por encima de su hombro:

Yo estaba ubicada de manera que no perdía la menor circunstancia de esta escena: las ventanas de la habitación donde se desarrollaba estaban enfrentadas a la puerta del gabinete en el que me encontraba encerrada. Éradice estaba de rodillas en el suelo, los brazos cruzados sobre el escalón de su reclinatorio y la cabeza apoyada sobre los brazos. Su camisa, cuidadosamente levantada hasta la cintura me dejaba ver, a medio perfil, las nalgas y unas caderas admirables.<sup>34</sup>

Las perspectivas de este tipo aparecen a lo largo del texto y con frecuencia se repiten entre sí, como espejos en los espejos, produciendo relatos dentro del relato. Por ejemplo, madame Bois-Laurier relata su propia autobiografía a Thérèse, y al hacerlo produce una retahíla de historias, las cuales con frecuencia incluyen diálogos que hacen actuar a los

<sup>34</sup> Jean-Baptiste de Boyer, *Thérèse philosophe*, op. cit., p. 62.

otros personajes. El lector por lo tanto tiene la ilusión de estar presenciando una escena dentro de una escena, dentro de una escena. Detrás de todo esto un invisible autor anónimo ha acomodado las partes para maximizar la refracción, de suerte que dondequiera que el lector dirija la mirada, parezca que ve una sexualidad pujante. Las ilustraciones duplican y triplican el efecto multiplicador. Van de elaboradas a primitivas de una edición a otra, pero con frecuencia muestran a alguien que observa a alguien más bajo la mirada vigilante de las pinturas en el muro o de las estatuas en el jardín.<sup>35</sup> El *voyeur* con frecuencia se masturba, invitando implícitamente al lector a hacer lo mismo; pues la cadena de *voyeurs* acaba con el propio lector, el único observador al que nadie ve. Ya que él es el único al que no se puede ver, no necesita apartar la mirada. Tampoco tiene por qué preocuparse por la polución, pues el espectáculo se filtra por completo a través de la mirada de Thérèse, quien no obstante todo su apetito sexual se conserva en la pureza misma, tan pura como el lenguaje.

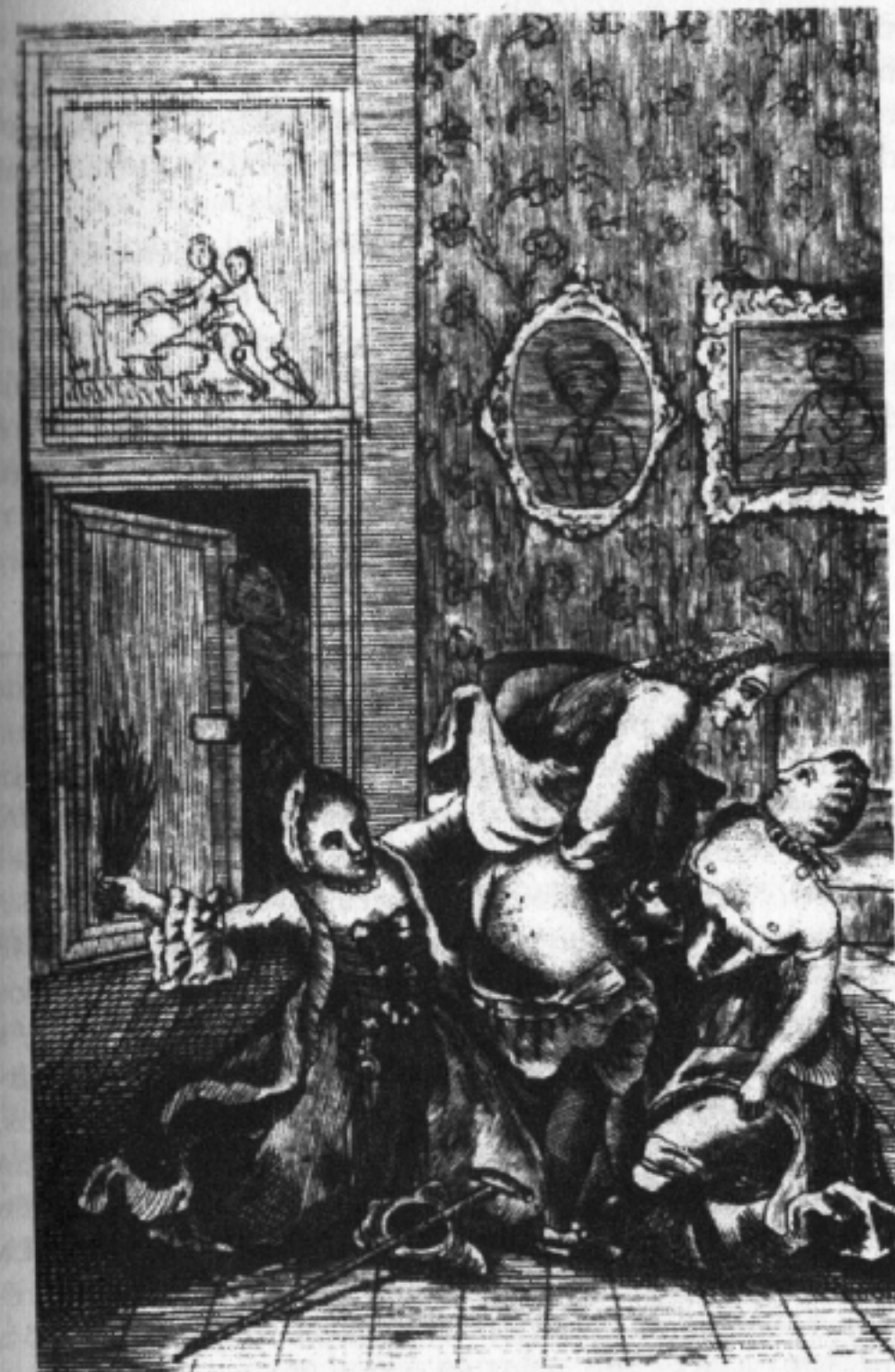
Evitar lo sucio y lo vulgar es parte de la estrategia del texto, pues el libro se dirige a un público de *honnêtes gens*, el equivalente francés de los *gentle readers* [lectores finos] en Inglaterra. En esta interpelación hay un elemento de clase, pues la *honnêteté* (sinceridad) no incluía a la masa astrosa. Aunque la expresión tampoco tenía ya la resonancia exclusivamente aristocrática, como la tuvo a lo largo del siglo xvii. Si bien es un noble de verdadero linaje, el Conde es la representación de las cualidades generales: “todo en él anuncia al hombre que piensa, al hombre honrado [*honnête homme*] que lo es por razón, por gusto y por falta de prejuicios”.<sup>36</sup> Él representa al ideal del “hombre dueño de sí

<sup>35</sup> Muchas de las ilustraciones se reimprimieron en *Thérèse philosophe. Erotische Kupferstiche*.

<sup>36</sup> Jean-Baptiste de Boyer, *Thérèse philosophe*, op. cit., p. 170.



El punto de vista de la narradora de *Thérèse philosophe*. Departamento de Libros Raros y Colecciones Especiales, Bibliotecas de la Universidad de Princeton.



Variedades del voyeurismo, tal y como se ilustraron en *Thérèse philosophe*. Departamento de Libros Raros y Colecciones Especiales, Bibliotecas de la Universidad de Princeton.



mismo", del "hombre sensato, el *philosophe*", en síntesis, el hombre de la Ilustración.<sup>37</sup> Lo mismo, también, Thérèse, una *philosophe* que es una mujer de la burguesía. ¿Qué tipo de Ilustración era ésta? ¿Hasta qué sector de la sociedad alcanzaba su prédica?

Al exponer su versión del materialismo determinista, Thérèse ofrece un ejemplo esclarecedor del tipo de experiencia que ella asume y que será compartida por su público lector. "¿No soy libre de beber en mi cena una botella de vino borgoña o de champaña?", pregunta retóricamente. Su respuesta sugiere el tipo de lectores que tomarían sus verdades por obvias: "le sirven ostras: este plato lo determina a elegir la champaña".<sup>38</sup> ¡Vaya argumento en contra de la libertad de la voluntad!

*Thérèse philosophe* está dirigida a una lectura aderezada con champaña y ostras —como lo fueron la mayor parte de las obras de los primeros años de la Ilustración—. Montesquieu fragmentó *De l'Esprit des lois* en capítulos breves enlazados por medio de epigramas de manera que se amoldaran a la sociedad de los salones. Voltaire hizo comestibles sus *petits pâtés* (tratados anticlericales) del mismo modo. Buena parte de lo que pasaba por filosofía antes de 1748 asumió la forma de panfletos breves antes que de tratados formales. Estuvieron confinados, en muy buena medida, a los salones y a las cortes principescas y con frecuencia circulaban en forma manuscrita. El más importante de ellos, *Le Philosophe* (1743), insistía en que la filosofía pertenecía *au monde*, el mundo de la alta sociedad, en contraposición al de los académicos y literatos que trabajaban a destajo. La filosofía debía ser ingeniosa, estar bien escrita, libre de prejuicios y ser de buen gusto.<sup>39</sup> *Thérèse philosophe* se apegó a

<sup>37</sup> Jean-Baptiste de Boyer, *Thérèse philosophe*, op. cit., pp. 186 y 189.

<sup>38</sup> *Ibid.*, p. 51.

<sup>39</sup> Herbert Dieckmann, *Le Philosophe. Text and Interpretation*, Saint Louis, 1948.

la perfección a la fórmula. Al igual que las *Lettres persanes*, *Candide* y *La Religieuse*, presentaba la filosofía en la forma de un relato, rebanada en capítulos de las dimensiones de un bocado y servida con una salsa amable para con los delicados estómagos de *le monde*.

Este punto hay que destacarlo pues toca las implicaciones sociales de la filosofía en *Thérèse philosophe*. Es verdad, como lo ha dejado en claro el abate T., que no es el tipo de asuntos que deba ventilarse abiertamente. Sólo debe traerse a colación en determinadas sobremesas, con mucha discreción y una vez que se haya despedido a la servidumbre.

Pero cuidémonos de revelar a los tontos verdades que no apreciarían y de las que abusarían. [...] [D]e cien mil personas no hay veinte que se habitúen a pensar, y de estas veinte apenas encontraréis cuatro que realmente piensen por sí mismas.<sup>40</sup>

¿Qué es entonces lo que hay que servirle al 99,996% de la población que no piensa? Religión. Desde el principio de la historia, la religión ha servido para mantener a las masas en su lugar y únicamente la religión las hará respetar el orden social.<sup>41</sup>

En el capítulo más sustancioso del libro, "Examen de las religiones por las luces naturales", el abate T. le ofrece un sermón secular a madame C. en la privacidad de su habitación, mientras Thérèse escucha desde su escondite. Ya despejada la mente de su discípula por la vía de la masturbación, el abate le dice todo. La religión no es más que un asunto de curas. Siendo él mismo un sacerdote, el abate T. conoce todos los trucos de la religión y es capaz de apreciar los particulares absurdos de la doctrina católica. Los aborda, uno tras otro, en breves párrafos, que se leen como una

<sup>40</sup> Jean-Baptiste de Boyer, *Thérèse philosophe*, op. cit., p. 115.

<sup>41</sup> *Ibid.*, pp. 112 y 113.

antología de los argumentos irreligiosos que habían estado circulando en los tratados libertinos manuscritos. De hecho, muchos de estos párrafos provienen directamente de uno de los tratados más importantes, *Examen de la religion dont on cherche l'éclaircissement de bonne foi*, que se publicó por primera vez en 1745. Pero al atacar al cristianismo, el *Examen...* no llegaba al materialismo. Defendía una idea deísta de Dios como la que favorecían Voltaire y los librepensadores en Inglaterra (se pretendía "traducido del inglés de Gilbert Burnet"). El autor de *Thérèse philosophe* no tuvo nada que ver con semejante moderación. Así, al cribar su texto a partir del *Examen...*, el autor desechó los pasajes que dejaban mucho espacio para un Ser Supremo no cristiano. Por ejemplo:

*Examen de la religion:*

En una palabra, Dios está en todas partes. Lo sé; y la Escritura, con el propósito de acomodar mi debilidad [para concebir a Dios], me dice que Dios buscó a Adán en el paraíso; que Él lo llamó, "Adam, Adam, ubi es?" [¿dónde estáis?]; que Dios paseó por él; que Dios habló con el diablo sobre Job. Mi razón me dice que Dios es un espíritu puro.

*Thérèse philosophe:*

Dios está en todas partes. Sin embargo la Sagrada Escritura dice que Dios buscó a Adán en el paraíso terrestre: "Adam, ubi es?", que Dios se paseó en él, que conversó con el diablo a propósito de Job.<sup>42</sup>

<sup>42</sup> *Examen de la religion dont on cherche l'éclaircissement de bonne foi*. Attribué à M. De St. Evremond. Traduit de l'anglais de Gilbert Burnet, Londres, 1761, p. 24. Jean-Baptiste de Boyer, *Thérèse philosophe*, op. cit., p. 108. Al decir "Dios está en todas partes", el autor de *Thérèse philosophe* en realidad quiso decir que Dios no existe, pues en otros pasajes transformó un argumento con ecos panteístas en materialismo absoluto. (Cito de la edición de 1761 del *Examen...* pues no logré encontrar un ejemplar

Sólo que los pasajes que mencionaban la función social de la religión quedaron tal cual o incluso se reforzaron:

*Examen de la religion:*

El hombre no está hecho para ser ocioso: es preciso que se ocupe en algo que siempre tenga por meta el bien general. Dios no se ha propuesto sólo la felicidad de algunos particulares, quiere el bien general y la felicidad de todos. Por lo tanto debemos hacernos mutuamente todos los favores posibles, sean cuales fueren las diferencias entre nosotros.

*Thérèse philosophe:*

El hombre no ha sido hecho para permanecer ocioso: debe ocuparse de algo que tenga como fin su ventaja particular conciliada con el bien general. Dios no ha querido sólo la felicidad de algunos individuos, quiere la felicidad de todos. Debemos entonces prestarnos mutuamente todos los servicios posibles, cuidando de que estos servicios no destruyan algunas ramas de la sociedad establecida.<sup>43</sup>

de la edición de 1745.) En un artículo sobre el *Examen...* en *Les Supercheres littéraires dévoilées* (París, 1847), J.-M. Quérard lo atribuye a un oficial del Ejército de nombre La Serre y dice que el Parlamento de París lo condenó a la hoguera luego de su publicación en 1745. En *The Clandestine Organization and Diffusion of Philosophical Ideas in France from 1700 to 1750* (op. cit., pp. 141-163), Ira Wade ofrece un análisis bastante más amplio del *Examen...* y lo atribuye a César Chesneau du Marsais. La STN lo seguía vendiendo en la década de 1770 y 1780. Al comparar los textos, he encontrado un patrón coherente. *Thérèse philosophe* toma pasajes de muchas secciones del *Examen...* y con frecuencia modifica el fraseo para volverlo más picante y más irreverente, por lo que el efecto final es muy distinto. Véanse, por ejemplo, *Examen...*, op. cit., p. 141, y *Thérèse philosophe*, op. cit., p. 112; y la serie de pasajes del *Examen...*, op. cit., pp. 24-27, y *Thérèse philosophe*, op. cit., pp. 108-110. Claro que es probable que ambas obras tomaran prestados estos elementos de una tercera obra o de una serie de textos que circularon entre los manuscritos filosóficos.

<sup>43</sup> *Examen...*, op. cit., p. 141; Jean-Baptiste de Boyer, *Thérèse philosophe*, op. cit., p. 112.



En pocas palabras, *Thérèse philosophe* se apoyó en un acervo común de argumentos libertinos para atacar al cristianismo como filosofía y para defenderlo como una política social. Al igual que Voltaire, el abate T. insiste en que la verdad anticristiana debe confinarse a una reducida elite; pues si la grey astrosa la oyera, se sublevaría. Ni propiedad ni persona alguna estarían a salvo en la carrera general por satisfacer el deseo. De ahí que todas las religiones sean falsas, y todas necesarias.<sup>44</sup>

Sin embargo, estas proposiciones llegaban envueltas en una paradoja. El abate T. las confía a madame C. bajo el sello del secreto, pero llegan al lector en un libro asequible a cualquier persona. ¿Cómo debe responder el lector? Si el lector acepta el argumento del abate, acaso se ufane de pertenecer a la reducida elite que se atreve a pensar por su cuenta. Acaso disfrute el placer de asistir a la revelación de secretos, de suerte que le crezca el ego junto con su libido. La exposición de las artimañas de los curas pertenece a la misma estrategia general de exponer el sexo: sirve de alcahuete al voyeurismo intelectual. Sólo que la exposición sucede en un libro, no en una habitación. Y los libros tienen la costumbre de caer en las manos equivocadas.

El autor de *Thérèse philosophe* bien pudo dirigirlo al estrecho público sofisticado de los salones. Ciertamente que no podía anticipar que veinticinco años después de su publicación se convertiría en un *best seller* y que llevaría la filosofía de Thérèse más allá de la órbita de la Ilustración en sus comienzos. Pero en primer lugar el potencial para salirse de control era algo inherente a su retórica. Si algo ha demostrado la crítica literaria en el pasado reciente, esto ha sido la tendencia de los textos a ir en contra de ellos mismos y a rebasar las limitaciones autoimpuestas. Eso es precisamente lo que hace *Thérèse philosophe*. Anuncia su res-

<sup>44</sup> Jean Baptiste de Boyer, *Thérèse philosophe*, op. cit., pp. 112, 113 y 116.

peto hacia todas las instituciones, pero protesta demasiado. El abate T. sermonea a Thérèse sobre la necesidad de proteger "la tranquilidad de las familias", "el sacramento del matrimonio" y la "ley natural que nos prescribe a amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos".<sup>45</sup> El abate T. apostrofa a madame C. sobre la necesidad de limitarnos a "los placeres que no puedan trastornar el orden interno de la sociedad establecida".<sup>46</sup> El Conde repite el mismo tema.<sup>47</sup> Y Thérèse lo proclama en la última frase del libro: "En fin, los reyes, los príncipes, los magistrados, todas las diversas autoridades, según su rango, que cumplen los deberes de su Estado, deben ser amados y respetados porque cada uno de ellos obra contribuyendo al bien de todos".<sup>48</sup> El mensaje con dificultad podría ser más claro, sólo que su resaca lleva el argumento a aguas peligrosas.

Dicho rápidamente, el cálculo hedonista podría operar de otra forma para alguien que desde el fondo de la sociedad ponderase el placer frente al dolor. ¿Por qué habrían de respetar el orden establecido un campesino, un trabajador, incluso un artesano o un tendero, si su sola justificación es la maximización de la felicidad y él o ella son miserables? *Thérèse philosophe* elimina esta dificultad al dirigir su hedonismo a los lectores finos, dejándoles a los demás la religión. Pero para 1770 las filas de los demás habían aumentado. Muchos de ellos podían leer.<sup>49</sup> Y aquellos que tuvieran oídos

<sup>45</sup> *Ibid.*, pp. 85 y 86.

<sup>46</sup> *Ibid.*, p. 94.

<sup>47</sup> *Ibid.*, p. 175: "el primer principio que todos debemos seguir para vivir felices en este mundo es ser un hombre de bien [*honnête homme*] y observar las leyes humanas, que son como las ligaduras de las necesidades mutuas de la sociedad".

<sup>48</sup> *Ibid.*, p. 190.

<sup>49</sup> Sobre la necesidad de repensar el problema de los índices de alfabetismo y de revisar a la alta los viejos cálculos de las tasas de alfabetismo, al menos para la Francia urbana, véanse Daniel Roche, *Le Peuple de Paris. Essai sur la culture populaire au XVIII<sup>e</sup> siècle*, Paris, 1981, cap. 7, y Roger

para oír pudieron haber escuchado un estribillo que dio la vuelta al mundo en 1776, plasmado en la Declaración de Independencia de los Estados Unidos: "La búsqueda de la felicidad". Thérèse y Thomas Jefferson: extrañamente afines, pero compañeros en la revolución, cada cual a su modo.

La ruta de Thérèse pasaba por la habitación. Tenía más que ver con la guerra entre los sexos que con otro tipo de conflictos y su dimensión de género debió ser el aspecto más incómodo de su mensaje para el lector del Antiguo Régimen. "El lector, él", lo he estado diciendo todo el tiempo, no sólo por una conveniencia estilística sino también porque parece probable que los libros de sexo fueran obra de hombres para los hombres en toda Europa en los comienzos de su etapa moderna.<sup>50</sup> Al margen de que *Thérèse philosophe* la haya escrito o no el marqués D'Argens, es probable que se dirigiera al animal macho. Poner a Thérèse como la narradora y presentar la sexualidad desde una perspectiva supuestamente femenina no hizo sino apostar en favor del peso erótico del relato —un recurso tan viejo como Aretino—. ¿Habrá entonces que hacer menos la relación sexual de Thérèse como otra versión literaria de los hombres explotando a las mujeres, como lo han hecho muchas críticas feministas?<sup>51</sup> Yo opino que no.

Chartier, "Du Livre au lire", en R. Chartier (ed.), *Pratiques de la lecture*, París, 1985.

<sup>50</sup> Sabemos muy poco sobre los lectores de los libros eróticos en la Francia del siglo XVIII. La correspondencia de la STN indica que les gustaban a los oficiales en las ciudades cuarteles, pero nada más. La evidencia iconográfica sugiere que también las mujeres los leían para la estimulación sexual. ¿Pero las imágenes corresponden a la práctica real, o ellas también son producto de la fantasía masculina? Véanse Erich Schön, *Der Verlust der Sinnlichkeit oder die Verwandlungen des Lesers. Mentalitätswandel um 1800*, Stuttgart, 1987, pp. 91-93, y Jean Marie Goulemot, *Ces Livres qu'on ne lit que d'une main*, op. cit., pp. 43-47.

<sup>51</sup> Véase, por ejemplo, la discusión de la pornografía en Catherine A. MacKinnon, *Feminism Unmodified. Discourses on Life and Law*, Cambridge, Mass., 1987, parte III.

Desde luego que sería anacrónico leer el feminismo en una novela escrita antes de que éste existiera; y se debe aceptar que si *Thérèse philosophe* es un argumento en favor de los derechos de la mujer, quienes llevan a cabo la mayor parte de la argumentación son hombres. Thérèse encuentra su propia voz hacia el final del libro, pero a lo largo de la mayor parte de sus páginas ella se ve reducida al papel de escucha. Se sienta pasivamente y recibe lecciones del abate T. y del Conde, los cuales, para el oído moderno, son unos pelmazos; hablan y hablan sobre líquidos y fibras, como tediosos maestros de escuela que ya todo lo saben. Pero los oídos del siglo XVIII pudieron haber escuchado mensajes bien distintos.

Considérese el asunto del amor. La palabra casi nunca aparece en *Thérèse philosophe*, salvo como parte de un sustantivo encerrado bajo doble llave que significa algo muy distinto, *amor-propre* o egoísmo. La única pasión que impulsa a los personajes a lo largo de la trama es el interés personal, aun cuando se trencen en un abrazo —y sobre todo entonces—. Hombres y mujeres copulan como máquinas. El amor para ellos es un hormigueo en la epidermis, un brotar de líquidos, un avance de partículas a lo largo de las fibras y nada más. Incluso al observar los ojos del Conde, Thérèse sólo siente una afinidad de "órganos".<sup>52</sup> Las descripciones inexorablemente mecánicas de las relaciones varón-mujer las reducen a materia en movimiento. Y en ese mundo, todos los cuerpos son iguales al fin y al cabo, sean nobles o plebeyos, machos o hembras.

El amor romántico era impensable en ese mundo. Rousseau no lo había inventado todavía. Desde luego que hombres y mujeres experimentaban fuertes afectos entre sí antes de la publicación de *La Nouvelle Héloïse* (1762). El

<sup>52</sup> Jean-Baptiste de Boyer, *Thérèse philosophe*, op. cit., p. 169: "Ése es el efecto de la simpatía de los corazones: parece que uno piensa por el órgano de aquel con el que esa simpatía obra".



problema principal en sus vidas afectivas tenía que ver con la demografía, no con la literatura. Una cuarta parte de los recién nacidos morían antes de cumplir un año; y eran tantas las mujeres que morían al dar a luz que los matrimonios duraban en promedio quince años, no obstante la imposibilidad del divorcio.<sup>53</sup> El embarazo representaba un peligro mortal para las mujeres en el siglo XVIII. Le tienen tal horror que madame C. y Thérèse renuncian al coito. Deciden que sencillamente no vale la pena el riesgo: un cálculo razonable, dadas las probabilidades demográficas. Madame Bois-Laurier sobrevive a una larga carrera de prostituta, pero sólo porque cierta membrana en su vagina le impide concebir –y tiene la ventaja adicional de permitirle venderse repetidamente como virgen–. El peligro de la concepción subyace en el énfasis que pone el libro sobre la masturbación y la trayectoria de su trama, que va de la masturbación al *coitus interruptus*. Cuando el Conde se retira exitosamente de Thérèse en el clímax de la narración, actúa en concordancia con el sermón relativo a cómo realizar el *coitus interruptus* que el abate T. le predicó a madame C. *Thérèse philosophe* no es sólo nada más que un libro de sexo y no es nada más que un tratado filosófico; es asimismo un tratado sobre la anticoncepción. Es probable que llegara a tener alguna influencia en el peculiar patrón de la demografía francesa.<sup>54</sup>

<sup>53</sup> Estos números ofrecen una idea muy vaga del que fue un patrón demográfico muy complejo. Véase Jacques Dupâquier *et al.*, *Histoire de la population française*, t. II, París, 1988, en particular los capítulos 8 al 10.

<sup>54</sup> Es probable que los demógrafos se mueran de la risa el día que se lleguen a topar con este argumento. Pero no han dejado de buscar una explicación al hecho de que los franceses adoptaran el control de la natalidad en una escala masiva en fecha tan temprana, impidiendo así que su población ingresara a una etapa "transicional" (una baja tasa de mortalidad y una alta tasa de nacimientos) y que estallara, como sucedió en la mayoría de los países europeos. Otros libros eróticos franceses de este tiempo también contienen descripciones del *coitus interruptus*, que en algunos casos casi se leen como instrucciones de manual. Véase, por ejemplo, *Le Triom-*

A decir verdad, el *coitus interruptus* somete a la mujer a la buena voluntad y al autocontrol del hombre; y cuando el Conde lo ejecuta con éxito en *Thérèse philosophe*, se lo describe como a un héroe conquistador. Por voluntaria que sea su rendición, Thérèse se deja manipular y seducir. Se lo podría considerar como el último blanco del voyeurismo dominante del libro, esto es, como un objeto sexual. Pero hacia el final ella emerge como la verdadera heroína del relato. A diferencia de mademoiselle Éradice, quien acepta el mandato del padre Dirrag de que sea pasiva –"olvidaos de vos misma y entregaos"–,<sup>55</sup> Thérèse se hace cargo de su vida y la vive en sus propios términos, tomando sus propias decisiones.

Ciertamente, el Conde es quien dicta los términos. En el momento crucial de la trama, le propone a Thérèse que viva con él en su *château* –pero como su amante y con una cuota–. Sin embargo, por la forma en la que él se lo plantea no parece que la esté comprando, sino más bien que le está explicando los pro y contra de un cálculo hedonista, el cual ilustra el argumento central del libro. Nunca en la historia de la literatura un amante abrió su corazón de una manera tan poco apasionada. Sin rosas, sin poemas, sin postrarse a los pies de su dama. El Conde ni siquiera arriesga un beso. En lugar de eso, "muy lacónicamente", expone las condiciones del contrato y se da la vuelta. Pero no antes de proteger una homilía utilitaria:

Para ser feliz cada uno debe comprender el tipo de placer que le es propio, que conviene a las pasiones que lo afectan, com

*phe des religieuses ou les nones babillardes* (1748), reimpresso en *L'Enfer de la Bibliothèque Nationale*, vol. 5, pp. 223-226. La difusión de un *best seller* como *Thérèse philosophe* acaso llevara indirectamente a la difusión de información sobre el control de la natalidad entre los analfabetos.

<sup>55</sup> Jean-Baptiste de Boyer, *Thérèse philosophe*, *op. cit.*, p. 58. Al revés Thérèse se quita de encima a un poderoso financiero que pretende violarla *ibid.*, p. 125.

binando lo que resultará de lo bueno y de lo malo que provienen del goce de ese placer, teniendo presente que lo bueno y lo malo deben ser considerados no sólo en relación a uno mismo sino también en relación al interés público.<sup>56</sup>

Este Romeo no es un altruista. Explica que al hacer feliz a Thérèse alcanzará la felicidad para sí mismo, y se planta en las 2.000 *livres*, sin matrimonio. Cuando Thérèse hace su cálculo, ella también muestra una dura idea de las realidades sociales:

Sentí un placer inexpresable en imaginar que yo podía contribuir a los placeres de un hombre que pensaba como vos. [...] ¡Pero qué poderosos son los prejuicios y qué difícil de destruir! La condición de mujer mantenida, que siempre había visto que se consideraba vergonzosa, me atemorizaba. Temía también dar a luz un niño: mi madre y madame C. casi habían muerto en el parto.<sup>57</sup>

Ella acepta el *château* y las 2.000 *livres*, agregando un codicilo propio: la masturbación mutua, sí; el coito, no. Si bien ella cambia de parecer luego del refrescante curso sobre sexo en la biblioteca del Conde, la decisión sigue siendo suya. Aun cuando ella sea la creación de una fantasía masculina, Thérèse habla en favor del derecho de las mujeres a ir en pos de sus propios placeres y a disponer de sus propios cuerpos.

Más allá de su autoría, *Thérèse philosophe* puede leerse como un desafío a los valores aceptados del Antiguo Régimen: un desafío más radical, en algunas formas, que la mayor parte del feminismo francés en el siglo XIX, que no logró conseguir el voto para la mujer (no lo consiguieron sino hasta 1944) o liberarla de la autoridad del esposo so-

<sup>56</sup> Jean-Baptiste de Boyer, *Thérèse philosophe*, op. cit., p. 175.

<sup>57</sup> *Ibid.*, p. 176.

bre sus propiedades y personas.<sup>58</sup> A decir verdad, hay algo de irreal en la solución de Thérèse para el asunto de la mujer. Pocas o acaso ninguna de las jóvenes desamparadas tuvieron la opción de un *château*. Pero en su elección también hay algo desconcertante, pues Thérèse rechaza por completo los papeles de esposa y de madre. Lo mismo hacen las otras mujeres que en el libro aparecen retratadas de manera positiva, madame C. y madame Bois-Laurier. Forman un trío sensacional: tres voluptuosidades libres y librepensadoras. La mujer independiente, libidinosa, representaba una gran amenaza al orden social de la Francia del siglo XVIII. Tales mujeres en efecto existieron. Eran las leonas de los salones, como madame Tencin y mademoiselle de Lespinasse, quienes impregnaban la atmósfera que las rodeaba de una energía erótica e inspiraron audaces experimentos reflexivos como el *Rêve de d'Alembert* de Diderot. *Thérèse philosophe* también fue un experimento reflexivo. Pesó en una báscula imaginaria las instituciones del matrimonio y de la maternidad, sometiéndolas a cálculos hedonistas, y las encontró en falta.

Cuando los historiadores calculan el peso de las instituciones en el pasado, rara vez le dan espacio a la fantasía. Sin embargo, los franceses del siglo XVIII con frecuencia jugaron con acertijos. ¿Podría sobrevivir una sociedad de ateos?, se preguntaban. ¿Y una sociedad de mujeres libertinas? *Thérèse philosophe* les dio la oportunidad de imaginar ambos peligros combinados en una sola fantasía: una mujer *philosophe* entregada al amor libre, librepensadora. *Thérèse philosophe* representó un gran momento de la imaginación literaria. Llevó al lector al margen de la ley y lo introdujo en una zona fluida en la que podía jugar con las ideas de un orden social distinto. Montesquieu y Rousseau

<sup>58</sup> Véase Steven Hause y Ann Kenney, *Women's Suffrage and Social Politics in the French Third Republic*, Princeton, 1984.



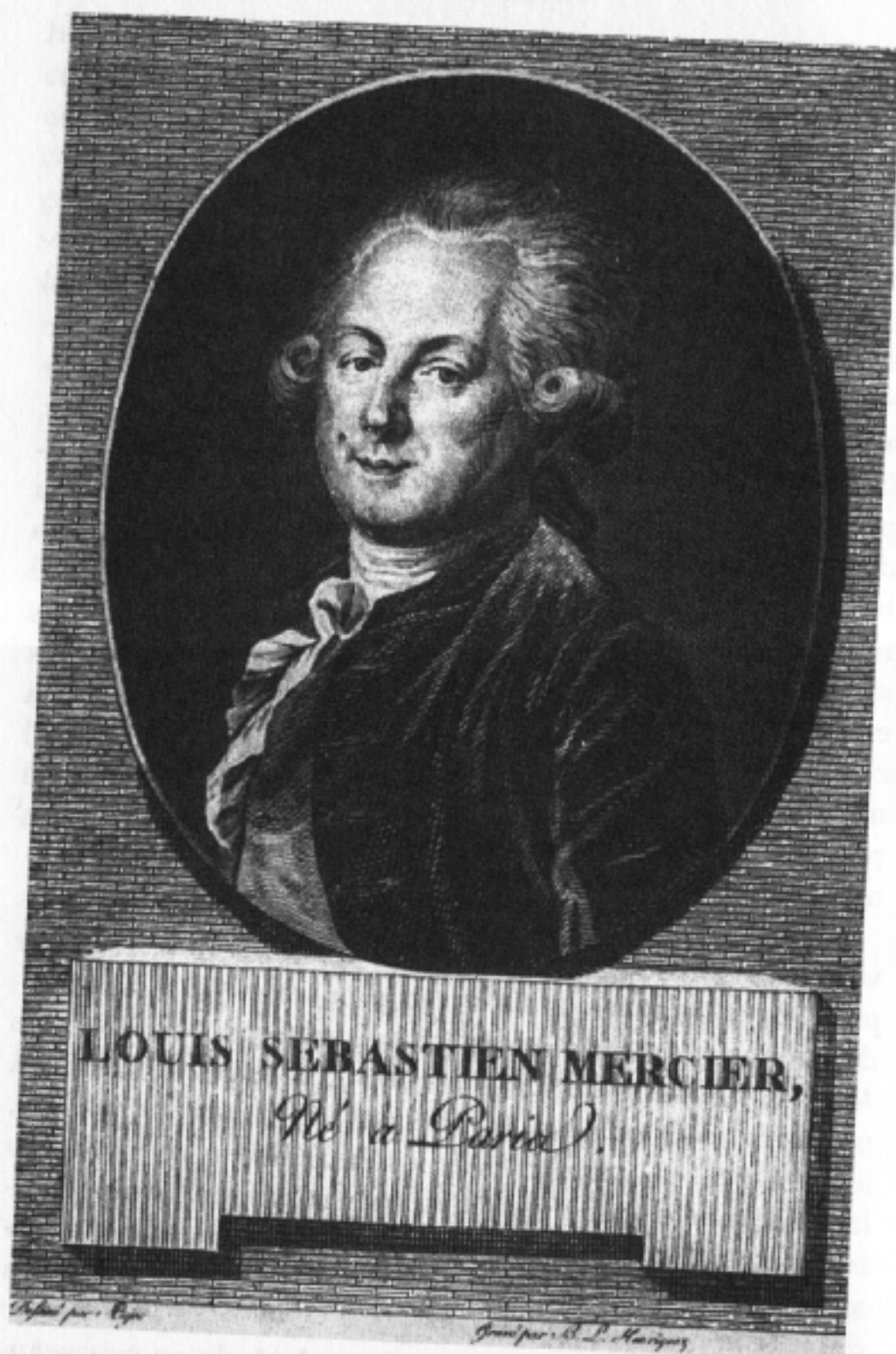
hicieron lo mismo en las *Lettres persanes* y *Du Contrat Social*. De hecho, todos los libros "filosóficos" habitaban este espacio de experimentación lúdica sin límites, muy especialmente *L'An 2440* al que ahora debemos pasar. Pero ninguno abordó su tema con mayor libertad que *Thérèse philosophe*, la fantasía menos inhibida del pensamiento libre en el Antiguo Régimen.

#### IV. FANTASÍA UTÓPICA

LA EXPERIMENTACIÓN mental es la característica principal del libro *L'An 2440*, escrito por Louis-Sébastien Mercier, y sin embargo tal vez no exista un libro más distinto a *Thérèse philosophe*. Si *Thérèse philosophe* es impertinente y audaz, *L'An 2440* resulta pesado y bombástico. El primero, impacta; el segundo, moraliza. En lugar de seducir la fantasía del lector, Mercier la abrumba con marejadas de retórica, en busca siempre de un efecto sentimental, sin acusar jamás el menor rastro de sentido del humor. Nada puede estar más alejado del gusto moderno. Pero les encantó a los lectores en la Francia anterior a la Revolución. *L'An 2440* se destaca como el *best seller* supremo en la lista de la STN; conoció al menos veinticinco ediciones. Se trata de una obra crucial para quien quiera entender lo que llamaba la atención a una lectura tan diferente de la nuestra.

La primera edición de *L'An 2440* apareció en 1771, a los veintitrés años de que se publicara por primera vez *Thérèse philosophe*. Muchas cosas sucedieron en ese lapso, incluidos un gran conflicto internacional, la Guerra de los Siete Años, la cual terminó sin gloria para Francia en 1763, y una profunda crisis política, la caída del Ministerio de Choiseul, lo que llevó a la destrucción de los Parlamentos en 1771. A lo largo de este período aparecieron las obras más importantes de la Ilustración y Rousseau llevó a la Ilustración más allá de los círculos sofisticados en los que estuvo confinada durante la primera mitad del siglo.

Mercier escribía para un público bañado en rousseauismo. Desde luego que después de 1771 otras corrientes siguieron atravesando la literatura francesa. Muchas de ellas



Louis-Sébastien Mercier, del frontispicio de la edición de 1799 de *L'An 2440*. Biblioteca y Galería de arte Henry E. Huntington.

emergieron en las propias obras de Mercier, obras que con frecuencia aluden a la dramaturgia de Diderot y a las campañas de Voltaire en contra de la injusticia judicial. Pero Rousseau proveyó el principal punto de referencia. No es que nada más liberara la oleada de sentimentalismo que podría etiquetarse como "prerromanticismo", sino más bien que creó una nueva relación entre el escritor y el lector, una nueva orientación de los lectores hacia los textos. Rousseau rechazaba los recursos que obras como *Thérèse philosophe* habían empleado para atraer la atención de los lectores: las alusiones sesgadas, los significados ocultos, las parodias, los juegos de palabras, todo el costal de trucos que Voltaire perfeccionó. En lugar del ingenio y de los dobles sentidos, Rousseau habló con su propia voz y se dirigió directamente al lector, como si la letra impresa fuera capaz de transmitir de corazón a corazón efusiones sin mediación alguna. Aunque antes de Rousseau otros escritores se habían dirigido al corazón desde el intelecto, ninguno de ellos triunfó tan espectacularmente en la creación de una idea de contacto y en sostener la ilusión de la exposición a un alma desbordada. Rousseau parecía abolir la literatura y crear la vida. Muchos de sus lectores tomaron a los personajes de *La Nouvelle Héloïse* por personas de carne y hueso y vivieron sus propias vidas, o trataron, según los preceptos del libro. Desde luego que lo que Rousseau hizo en realidad fue cambiar un tipo de retórica por otro, respaldándose en un idioma religioso en una época en la que los lectores ya estaban maduros para un resurgimiento religioso. Sólo que al hacer esto, convirtió a la literatura en una fuerza democrática y abrió el camino para una cultura política democrática.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> Esta interpretación se basa en la producción sin precedente de cartas que Rousseau recibió de sus lectores tras la publicación de *La Nouvelle Héloïse* en 1762: véase mi libro *The Great Cat Massacre and Other Episodes in*



Es importante insistir en la originalidad de Rousseau más que en su sentimentalismo, ya que en la actualidad buena parte de esto último suena falso. Las dulces lágrimas y la espiritualidad se volvieron rasgos tan constantes en la novela de finales del siglo XVIII y del siglo XIX que los modernos lectores con frecuencia no los toleran. Pero en 1771 seguían estando frescas, momento en el que Mercier asumió la postura retórica delimitada por Rousseau. Mercier pertenecía a la creciente población de "Rousseaus du ruisseau", escritores sentimentales a sueldo o "Rousseaus de alcantarilla". A decir verdad, Mercier no vivía mal como su amigo Nicolas-Edmé Restif de la Bretonne, por quien se acuñó ese término. Si bien venía de una familia bastante humilde —su padre era un artesano calificado que se dedicaba a pulir sables y armas metálicas—, Mercier recibió una buena educación y se ganaba bien la vida produciendo obras de teatro, libros y panfletos. Publicó de manera prodigiosa reciclando pasajes de un libro en otro y ampliando sus ensayos como tratados de varios tomos. Por lo tanto, el carácter de sus principales obras —*L'An 2440*, *Tableau de Paris* y *Mon Bonnet de nuit*— no tiene forma. Están integradas por capítulos breves sobre una gran variedad de temas, unidos por un Mercier indiferente a la coherencia narrativa. Cuando un libro resultaba atrapante, Mercier lo ampliaba, cortando y copiando y ahuyentando las ediciones piratas conforme pasaba de una versión a la siguiente. El resultado nunca fue

*French Cultural History*, Nueva York, 1984, cap. 6 [trad. esp.: *La gran manzanera de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987]; y Claude Labrosse, *Lire au XVIII<sup>e</sup> siècle. La Nouvelle Héloïse et ses lecteurs*, Lyon, 1985. La discusión asimismo descansa en una lectura de los escritos de Rousseau sobre la cultura, en particular su *Lettre à d'Alembert sur les spectacles*. Para una versión más cabal de ella, véase Ernst Cassirer, Jean Starobinski y Robert Darnton, *Drei Vorschläge Rousseau zu Lesen*, Fráncfort del Meno, cap. 3, y R. Darnton, "The literary revolution of 1789", en *Studies in Eighteenth-Century Culture*, vol. 21, 1991, pp. 3-26.

vistoso, pero casi siempre cautivaba, ya que Mercier sabía cómo observar el mundo que lo rodeaba y darle vida por medio de las anécdotas y los ensayos. No existe un mejor autor de consulta para formarse una idea de la apariencia, los sonidos, los olores y la sensación de París en vísperas de la Revolución.<sup>2</sup>

De manera ostensible, *L'An 2440* describe un mundo completamente distinto: una fantasía que Mercier sitúa en un futuro distante. La trama es la simplicidad misma. Luego de una acalorada discusión con un amigo filosófico, quien despotrica en contra de las injusticias del París de 1771, el narrador (sin nombrar, aunque es claramente una versión del mismo Mercier) se queda dormido y despierta en el París del futuro. Una larga barba y un cuerpo frágil le dicen que ha envejecido. Al salir a la calle y descubrir un cartel con una fecha inscrita en él —la del año 2440— se da cuenta de lo viejo que es: setecientos años. A su alrededor se reúne una curiosa aunque amistosa multitud, maravillada por lo extraño de su apariencia. Luego, un anticuario filosófico da un paso al frente, despeja la situación y se ofrece a guiar a este extraño por la ciudad.

El resto del libro es el relato del narrador acerca de su recorrido. Va de un lugar a otro, sin seguir itinerario alguno, de suerte que Mercier pudiera insertar nuevos pasajes y ampliar el texto indefinidamente en ediciones posteriores. Al terminar el recorrido, el narrador vuelve a despertar, esta vez en el presente; y el libro llega abruptamente a su final.<sup>3</sup>

<sup>2</sup> La relación más completa de la carrera de Mercier antes de la Revolución sigue siendo Léon Béclard, *Mercier, sa vie, son œuvre, son temps d'après des documents inédits. Avant la Révolution (1740-1789)*, París, 1903. Sobre la historia editorial de *L'An 2440*, véase el excelente estudio de Everett C. Wilkie, Jr., "Mercier's *L'Ann 2440*: its publishing history during the author's life time", en *Harvard Library Bulletin*, vol. 32, 1984, pp. 5-31 y 348-400.

<sup>3</sup> Como lo demuestra Wilkie en "Mercier's *L'An 2440*...", *op. cit.*, Mercier produjo cuatro versiones principales de este texto: la primera edición en un solo volumen, 1771; una edición ligeramente revisada, 1774; una



El narrador de *L'An 2440* descubre que tiene 700 años de edad. Departamento de Libros Raros y Colecciones Especiales, Bibliotecas de la Universidad de Princeton.

El lector de hoy, acostumbrado a las fantasías futuristas y a los efectos a la Rip Van Winkle, acaso encuentre todo este asunto bastante cargado. Pero a los lectores del siglo XVIII les pareció irresistible. Nunca antes se habían encontrado con la ciencia ficción. Tampoco habían soñado con una utopía localizada en el futuro. Platón, Tomás Moro, Francis Bacon y los demás arquitectos de utopías imaginaron sociedades situadas en un espacio remoto y separadas del mundo real por viajes imposibles y naufragios extravagantes.<sup>4</sup> Esos mundos daban la impresión de estar fuera de nuestro alcance; pero Mercier hizo que el suyo pareciera inevitable, pues lo presentó como el resultado de un proceso histórico ya en marcha y situado en París. Así, no obstante su autoproclamado carácter fantástico –“Un sueño, si es que alguna vez hubo uno”, según su subtítulo–, *L'An 2440* exigía ser leído como una guía seria hacia el futuro. Ofrecía una sorprendente perspectiva nueva: el futuro como un *fait accompli* y el presente como un pasado distante. ¿Quién era capaz de resistir la tentación de participar en tal experimento reflexivo? Y una vez dentro de él, ¿quién no veía que exponía ante sus ojos la podredumbre de la sociedad que tenía enfrente, la del París del siglo XVIII?

edición bastante ampliada en tres volúmenes, 1786; y una reimpresión en tres volúmenes con un prefacio explicativo, año VII (1799). He estudiado y comparado las ediciones de 1771, 1775 (una reimpresión de la edición revisada de 1774), 1786 y el año VIII. Por conveniencia, citaré la edición de 1786, la cual se puede conseguir en una reimpresión de Slatkine que incluye un útil prefacio de Raymond Trousson, “L'Ann deux mille quatre cent quarante suivi de L'Homme de fer”, Ginebra, 1979, citada en adelante como *L'An 2440*. Pero citaré únicamente los pasajes que pasaron sin cambio de la edición de 1771, que representa el texto básico que llegó a la mayoría de los lectores.

<sup>4</sup> Entre las obras más útiles en la amplia literatura sobre las utopías hay dos que discuten ampliamente *L'An 2440*: Bronislaw Baczko, *Lumières de l'utopie*, París, 1978, y Frank E. y Fritzie P. Manuel, *Utopian Thought in the Western World*, Cambridge, Mass., 1979.



Mercier magnifica este efecto por medio de tres técnicas básicas: la descripción concreta, lo que hace que su visión del futuro se lea como un reportaje; notas al pie muy completas, las cuales crean un diálogo entre dos voces, la del narrador en el texto principal, quien habla en el futuro, y la del comentarista en las notas, quien se expresa en el presente; y una retórica rousseauiana, que asigna papeles al escritor y al lector, produciendo la alineación conocida en contra de las instituciones del Antiguo Régimen.

La primera técnica es la más eficaz, ya que da rienda suelta al talento periodístico de Mercier. Registra todo lo que llega a los ojos del narrador de setecientos años y lo acompaña con un comentario paralelo de parte del guía filosófico. Primero hacen un alto en una tienda de ropa para caballeros con el fin de vestir al narrador al estilo del año 2440, lo que lo hará menos llamativo y le permitirá sentirse más cómodo. Los parisinos del futuro usan vestimentas funcionales, holgadas, que no constriñen los movimientos del cuerpo: medias largas, cubiertas por un manto ligero, y una túnica larga ceñida en la cintura por medio de una faja. Unos zapatos suaves convierten en un placer el caminar y un gorro con visera protege del sol y de la lluvia. Claro que los parisinos no llevan sable, emblema del "viejo prejuicio de la caballería gótica",<sup>5</sup> y el cabello lo usan en una sencilla trenza detrás de la cabeza, en lugar de usarlo en una pirámide estucada artificialmente como los hombres de ciudad en el siglo XVIII. En sus días, confiesa el narrador, la ropa asfixiaba el cuerpo: las bandas de muselina estrangulaban el cuello, los chalecos "aprisionaban" los pechos y las ligas cortaban la circulación de las piernas.

La descripción continúa en esta vena, empleando detalles domésticos de la vida cotidiana con objeto de plantear una acusación total de la vida durante el Antiguo Régimen.

<sup>5</sup> Louis-Sébastien Mercier, *L'An 2440*, t. 1, *op. cit.*, p. 17.

París, de lo limpio y ordenado que lo encuentra el narrador, a duras penas se reconoce. Los carruajes avanzan lentamente por el lado derecho del camino y se detienen con deferencia ante los peatones, quienes siempre tienen el derecho de paso. Y casi todo mundo va a pie, hasta el rey. Si bien se llegan a ver algunos cuantos carruajes, no se parecen a los vehículos dorados que se precipitaban en contra de la gente común durante el siglo XVIII. Están reservados para los ciudadanos de más edad que hayan realizado algún servicio extraordinario por la humanidad. Estos héroes, y unos cuantos artesanos destacados que han sido nominados por sus pares y reconocidos por el rey, conforman la única nobleza verdadera del país. El rey los presenta con un sombrero brocado, el cual le da libre acceso al concejo real. Los sombreros brocados son la sola marca de distinción, ya que todos usan el mismo tipo de vestimenta y viven en el mismo tipo de viviendas: estructuras modestas, todas de una misma altura, todas amuebladas con sencillez y rematadas con jardines en las azoteas. Los jardines tienen tal cantidad de plantas que, al verlas desde arriba, París luce como un bosque. Al perfeccionar la vida urbana, los parisinos han vuelto a la naturaleza.

Más que nada han reorganizado el espacio público. Celebran festivales públicos en una plaza gigantesca formada por un conjunto imponente de monumentos: las Tullerías y el Louvre unidos por una plaza nueva, la cual está reservada para los artistas; un nuevo Templo de la Justicia, el cual ha reemplazado al viejo Parlamento; y un Hôtel de Ville (el ayuntamiento) transformado. Bajando por el Sena, un Templo de la Clemencia se levanta en donde antes estuvo la Bastilla y el pestilente Hôtel-Dieu ha sido sustituido por un Hotel de la Inoculación. Gracias a la medicina preventiva, menos gente se enferma. Si esto llegara a ocurrir, se les proporcionan camas privadas y un cuidado excelente en veinte hospitales públicos provistos de médicos muy dedi-

cados. También la pobreza extrema ha sido eliminada; de suerte que el Hôpital Général (el asilo de pobres) ya no existe. Han desaparecido también todas las cárceles, ya que el crimen ha dejado de ser un problema serio. Cuando por alguna aberración alguno de los ciudadanos llega a privar de la vida a alguien, se le hace reconocer su culpa y confesarse ante su gente, la cual se echa a llorar por el daño infligido al contrato social mientras que el transgresor es fusilado por un pelotón que dirige el presidente del Senado.

La Sorbona sigue estando en el Barrio Latino, pero se ha convertido en un teatro anatómico dedicado a la investigación en medicina preventiva. Las ciencias aplicadas y el civismo han reemplazado a la metafísica y a la teología en todo el sistema educativo. Educados desde muy temprana edad según los principios del *Emile* de Rousseau, los niños aprenden a tal velocidad que en breve emplean la *Encyclopédie* como libro de texto en la primaria. Asimismo asimilan un culto rousseauiano al Ser Supremo. Como el catolicismo ya no existe, las iglesias y los monasterios han dejado de apiñar el paisaje urbano. De manera que París se ha vuelto una ciudad piadosa. El narrador visita uno de sus nuevos templos y se maravilla ante la sencillez general. Nada adorna sus muros excepto por la palabra "Dios" que aparece inscrita en muchas lenguas y un domo de cristal le recuerda a la grey el Creador que existe en un inconmensurable Más Allá. El Papa, reducido a un obispado civil en Roma, ha publicado recientemente un *Catecismo de la razón humana*. Los sacerdotes han sido reemplazados por pastores filosóficos y por santos "seculares", los cuales inspiran el amor a la patria por medio de las hazañas heroicas de la virtud civil, tales como el aseo de las fosas sépticas y el rescate de personas en los edificios en llamas. El teatro también se ha vuelto una "escuela de moral". Cuando el narrador pasa una velada en uno de los cuatro teatros que el gobierno ha construido en las principales plazas de la ciudad,

se topa con un pastor que lleva a un grupo de niños. Ellos han ido al teatro con el fin de aumentar su conciencia civil por medio de un doble programa: una tragedia sobre el *Affair Calas* (el asesinato judicial de un protestante que horrorizara a Voltaire) y una comedia que glorifica a Enrique IV (tras defender a la Liga Católica, el populista rey disfruta una fiesta y él mismo recoge la mesa).<sup>6</sup>

Es muy probable que el lector contemporáneo se sorprenda ante buena parte de esta descripción. Cuando imaginamos el futuro, lo llenamos de maravillas tecnológicas. Mercier no las tenía: ni armas de rayos, ni máquinas espaciales, ni televisiones del tiempo, ni bisutería intergaláctica del tipo que sea. Las dimensiones de su utopía eran morales. Su retórica estaba hecha para provocar la indignación moral. Sin embargo, Mercier no empleó la mayor parte de los recursos predilectos de los novelistas interesados en despertar fuertes sentimientos en sus lectores. Como se limita a llevar al lector por el París del futuro, *L'An 2440* no tiene una trama a la que puedan engancharse los afectos del lector ni personajes con los que se pueda identificar. El libro adopta por tanto una estrategia que en la actualidad resultaría impensable. Tras capturar la atención del lector por medio de descripciones exóticas, el libro moraliza por medio del uso de las notas al pie.

Las notas a *L'An 2440* son tan extensas que en ocasiones sobrepasan el cuerpo principal del texto, el cual en algunas páginas se ve reducido a una o dos líneas. Se supone que el lector debe ir y venir entre el texto en la parte superior de la página y las notas al pie. Al hacerlo, cambia de marco temporal, ya que el texto se ubica en el año 2440 y las notas en el siglo XVIII. La misma voz narrativa está presente en ambos textos: un "yo" no identificado que repre-

<sup>6</sup> Las citas, en orden de aparición, provienen de Louis-Sébastien Mercier, *L'An 2440*, t. III, *op. cit.*, p. 97; t. I, *op. cit.*, pp. 133 y 273.



senta con claridad al autor anónimo. (El libro se tuvo a tal grado como peligroso que Mercier no reconoció públicamente su autoría sino hasta que puso su nombre en el prefacio a la edición de 1791.) Pero la voz cambia de registro al cambiar de bando. En el texto principal, el narrador permanece estupefacto y humilde ante las maravillas del futuro. Escucha extasiado aquello en lo que el guía lo adiestra a propósito de la superioridad de la sociedad francesa en el año 2440. En las notas, el "yo" escupe jeremiadas sobre el lector, denunciando los abusos que ocurren en el mundo del propio lector y desafiando a todas las autoridades del Antiguo Régimen.

En el capítulo 8, por ejemplo, el guía informa al narrador que en París ya no hay cárceles o albergues de pobres, y le ofrece una explicación retrospectiva, rousseauniana, sobre su abuso durante el siglo XVIII: "El lujo, como un cáustico abrasador, os había gangrenado las partes más sanas de vuestro estado y vuestro cuerpo político estaba todo cubierto de úlceras". Luego, en una nota al pie de este pasaje, el autor del subtexto le suelta una perorata al lector en una declamación que abarca casi dos páginas. En cierto punto, dirige su invectiva directamente contra los jueces que ocupan las cortes francesas: "¡Cruelles magistrados! ¡Hombres de acero, hombres indignos de llevar el nombre de hombres, infamia de la humanidad superior a la que ellos [los criminales presos] le han impuesto! La ferocidad de los ejércitos jamás se igualará con la vuestra".<sup>7</sup>

Las notas al pie permiten extraer la tendencia principal del imaginado futuro de Mercier: era negativa. Describe una sociedad sin monjes, curas, prostitutas, mendigos, maestros de baile, pasteleros, una milicia permanente (todos los países han aceptado el arreglo para una paz perpetua), sin esclavitud, arrestos arbitrarios, impuestos, crédito

<sup>7</sup> Louis-Sébastien Mercier, *L'An 2440*, t. 1, *op. cit.*, p. 51.

(todo el mundo paga en efectivo), sin gremios, comercio exterior (todos los países son en esencia agricultores y autosuficientes), sin café, té o tabaco (según el narrador el rapé destruye la memoria). La acumulación de negativas conforma un abultado cargo en contra del Antiguo Régimen. Pero a duras penas ofrece el esquema para una nueva sociedad. De hecho, Mercier no hace más que imaginar a la Francia de su momento purgada de sus abusos. *L'An 2440* no difiere fundamentalmente de *Le Tableau de Paris*, el otro *best seller* de Mercier, publicado por primera vez en 1781. El primero fue un paseo por el París del futuro, este último un recorrido por los alrededores del París del presente. Las dos obras se complementaban al ofrecer una imagen positiva y negativa del mismo tema. Pero los aspectos negativos resultaron tan abundantes que ambos libros en realidad representan el mismo lado de la misma moneda.

Por ejemplo, el capítulo sobre "el príncipe mesonero" en *L'An 2440*, a primera vista parece ofrecer una imagen de una sociedad igualitaria y completamente nueva. En vez de vivir en un lujo insultante, el príncipe mantiene su casa abierta a los viajeros y a los necesitados. Sin embargo, continúa viviendo en un palacio con su escudo de armas labrado en la entrada —y los pobres siguen existiendo—. Si bien Mercier elimina los extremos de la riqueza y la pobreza, es incapaz de imaginar una sociedad sin necesitados en su fondo y sin la aristocracia en lo alto.

Mercier tampoco es capaz de concebir el desarrollo económico y demográfico. En 700 años la población de Francia se ha incrementado tan sólo el 50%; y el incremento representa únicamente un ajuste en las proporciones entre París y las provincias: la capital siguió siendo la misma, en tanto que el campo creció. La visión de Mercier sobre la prosperidad rural corresponde a la idea que por lo común se tuvo por entonces de la agricultura como fuente de toda la riqueza, pero esto carece de un componente teórico. En lugar

de abrazar la agronomía de libre mercado de los fisiócratas, Mercier advierte que en la economía hay que confiar en el corazón antes que en la cabeza: "Desdichado el siglo que lo razona todo".<sup>8</sup> Acepta los graneros estatales que protejan al pobre de las cosechas malas, pero no el comercio sin regulación, ni la manufactura a gran escala, ni siquiera los bancos o los mecanismos crediticios. Y en la medida en la que rediseña las relaciones sociales, la innovación más importante de Mercier es la que hoy parecería la menos progresista. Al igual que Rousseau, Mercier saca a las mujeres de los centros de trabajo y las confina a la casa, limitándolas severamente a sus papeles como madres y amas de casa. No pueden participar en la política o en cualquier otra forma de la vida pública. No se pueden sentar con los hombres en los servicios del Ser Supremo.

No obstante todo su rousseaunismo, la utopía de Mercier permanece enraizada en la sociedad del Antiguo Régimen. De ahí que su sueño se tope constantemente con contradicciones. En una página acaba con la pobreza y la nobleza; en la siguiente describe a los nobles atendiendo a los necesitados. En un pasaje desaparece la corte y en otro los cortesanos se arremolinan alrededor del trono. Al comienzo del libro el rey sólo ejerce un poder simbólico; al final parece decretar la ley para la sociedad toda. En lugar de preocuparse por estas inconsistencias, Mercier sigue su fantasía por donde ella lo lleva. Eso es lo que vuelve tan interesante su utopía: sus contradicciones muestran hasta dónde llegaba la fantasía antes de 1789. Desde luego que otros pensadores más serios –Morelly, Mably y D'Holbach así como Rousseau– se permitieron especulaciones mayores. La cuerda utópica en su pensamiento en ocasiones derivó

<sup>8</sup> Louis-Sébastien Mercier, *L'An 2440*, t. 1, *op. cit.*, p. 90. La diatriba de Mercier en contra de los fisiócratas aparece en una nota al pie gigantesca que va de la página 192 a la 194.

hacia el socialismo –aunque sólo en lo abstracto–. La utopía de Mercier se lee como un sueño vuelto realidad. Toma al lector de la mano y lo hace recorrer la sociedad del futuro. Una vez en movimiento, en un mundo cotidiano hecho de vestimenta, vivienda y tráfico en la calle, la narración no deja de estrellarse contra los límites exteriores de lo verosímil; y al hacerlo revela los límites de la imaginación social en el Antiguo Régimen.

Sin embargo, más adelante Mercier sostendría que él había profetizado la llegada de la Revolución Francesa: "Nunca, me atrevo a afirmarlo, una predicción estuvo más cerca de un acontecimiento, ni ofreció una relación más detallada de una serie de impactantes transformaciones. Soy por tanto el verdadero profeta de la Revolución Francesa".<sup>9</sup> En un pasaje dramático de *L'An 2440*, Mercier parece en efecto jugar con la idea del levantamiento revolucionario. Al evocar la historia política del siglo XVIII, el guía le explica al narrador que las monarquías degeneran inevitablemente en despotismos; pero

Sólo hacía falta una voz fuerte para despertar a la multitud de un sueño embotador. Si la opresión tronaba sobre vuestras cabezas debíais únicamente acusar a vuestra debilidad. La libertad y la felicidad pertenecen a quienes osan apoderarse de ellas. Todo es revolución en este mundo: la más afortunada de todas llegó a su madurez, y nosotros recogemos sus frutos.

En una nota al pie a este pasaje, Mercier deja claro que se refiere al levantamiento violento:

Para algunos Estados llega una época que resulta necesaria; época terrible, sangrienta, pero señal que anuncia la libertad.

<sup>9</sup> Louis-Sébastien Mercier, prefacio a la edición del año VII (1799), en *ibid.*, p. li.



Hablo de la guerra civil. [...] ¡Es un remedio terrible! Pero, tras el sueño del Estado, tras el embotamiento de los espíritus, resulta necesario.<sup>10</sup>

Dos páginas más adelante, la sangre y los truenos desaparecen y el narrador explica que la revolución de hecho consistió en dulzura y luz: "¿Lo creeríais? La revolución se realizó sin esfuerzo y por el heroísmo de un gran hombre".<sup>11</sup> Un "rey filósofo" entregó voluntariamente su poder a los antiguos Estados de la región y aceptó gobernar a partir de ahí nominalmente. Asimismo destruyó la Bastilla y abolió todos los arrestos arbitrarios realizados con las *lettres de cachet*.<sup>12</sup> En cuanto a la Iglesia católica, "su poder se derivaba de la opinión pública; la opinión cambió y todo el asunto se disolvió en una nube de humo".<sup>13</sup> Toda la estructura del poder del Antiguo Régimen se derrumbó bajo su propio peso, con una ligera ayuda del trono y la presión de la opinión pública, las cuales entraron en acción gracias a la fuerza conductora de la historia: los hombres de letras aplicados a la letra impresa.

No obstante su retórica radical, el texto de Mercier está colmado de cierto sentimiento monarquista: no de la variedad propia de Luis XIV, desde luego, sino de un monarquismo populista, igualitario, en buena medida inspirado por el mito de Enrique IV. En el París de 2440 se celebra por todas partes a Enrique IV como el hombre del pueblo y en su papel de padre del pueblo. El Pont-Neuf ha sido rebautizado como el Puente Enrique IV; a Enrique IV se lo ovaciona en el escenario; y al rey del momento se lo quiere como a "un segundo Enrique IV":

<sup>10</sup> Louis-Sébastien Mercier, *L'An 2440*, t. II, op. cit., pp. 110-112.

<sup>11</sup> *Ibid.*, t. II, p. 115.

<sup>12</sup> *Ibid.*, t. I, p. 43.

<sup>13</sup> *Ibid.*, t. I, p. 129.

Tiene su misma grandeza de espíritu, sus sentimientos, su augusta sencillez; pero es más afortunado. Las huellas de sus pasos en la vía pública son reverenciadas; nadie osaría pelearse en ese sitio, se avergonzarían de cometer allí el menor acto desordenado. "Si el rey pasara", se dice; esta mera reflexión detendría, creo, una guerra civil.<sup>14</sup>

En contra de esta positiva imagen, Mercier expone su opuesto: el monarca como déspota, o Luis XIV. Rodeado de aduladores, sumido en el lujo, Luis XIV es el epítome de los peores abusos de la monarquía y el punto más bajo en la historia de Francia. Perdió el contacto con su pueblo y provocó su ruina.<sup>15</sup> Visto desde la perspectiva del año 2440, Versalles se destaca como el símbolo supremo del proceso por medio del cual la monarquía degeneró en despotismo. En el último capítulo, el narrador realiza una excursión de París a Versalles. Pero en lugar de encontrar un monumento histórico, descubre un paisaje desolado cubierto de ruinas. Plagado de arbustos, infestado de víboras, los restos del palacio han sido olvidados por todos salvo por un anciano, quien los llora desde su sitial en una columna caída. Resulta ser la encarnación de Luis XIV, condenado a expiar su culpa en el escenario de sus pecados. Pero antes de que el narrador logre enterarse de cómo fue que esto se desmoronó, una serpiente lo muerde y lo despierta de su sueño.

Si bien se lee como un pastiche de los *Night Thoughts* de Edward Young,<sup>16</sup> esta escena le ofrece a Mercier la ma-

<sup>14</sup> *Ibid.*, t. I, pp. 29 y 30.

<sup>15</sup> Mercier repartió su crítica a Luis XIV a lo largo del texto original y la concentró en un nuevo capítulo, "Luis XIV", en la edición de 1786. Véase en particular *ibid.*, t. I, pp. 254-259.

<sup>16</sup> Mercier expresó con frecuencia su admiración por Young y añadió un capítulo, "Eclipse de la luna", entre los capítulos 29 y 30 de *L'An 2440*, aunque nada tenía que ver con su relato. Únicamente añadió una dosis de sentimentalismo lúgubre "a la manera de Young" (*ibid.*, t. I, p. 299).

nera de terminar el libro en una nota dramática y la oportunidad de darle una última bofetada a lo que más detestaba de la política del Antiguo Régimen. Sólo que Mercier nunca cuestiona la legitimidad de la monarquía como tal. Por el contrario, sigue a Montesquieu en su elogio a una monarquía limitada como la mejor forma de gobierno en contraposición con las democracias, las cuales desembocan en la anarquía, y con los despotismos, que generan la esclavitud.<sup>17</sup> Las monarquías, sin embargo, degeneran en despotismos, "los ríos van a perderse en el mar";<sup>18</sup> y los despotismos, como también lo muestra Montesquieu, eran sistemas de poder contruados en el tiempo, no las facetas percederas de un gobierno tiránico. El último de los blancos de la retórica de Mercier es por lo tanto el sistema mismo, antes que Luis XIV o que cualquier otra persona.

En el año 2440, según el texto principal, los ciudadanos pagan contribuciones voluntarias en lugar de impuestos y los cuadros más bajos entre los funcionarios del rey viven como monjes patriotas, sin salarios ni propiedades de ningún tipo. En contraste, tal y como lo aclaran las notas, los

<sup>17</sup> Louis-Sébastien Mercier, *L'An 2440*, t. II, *op. cit.*, pp. 94 y 95. El texto de este capítulo, "La sala del trono", es idéntico en todas las ediciones, pero Mercier añadió dos largas notas en las ediciones posteriores, las cuales dejan en claro su deuda con Montesquieu. Tengo la impresión general de que la edición de 1786, a diferencia de la de 1771, muestra un entendimiento más claro de Montesquieu, y que al incluir tal cantidad de materiales nuevos se opacó el mensaje radical de la primera edición. Pero el mensaje es esencialmente el mismo en todas las versiones del libro.

<sup>18</sup> *Ibid.*, t. II, p. 105. Este capítulo clave, "Forma de gobierno", es el mismo en todas las ediciones, salvo por un cambio pequeño pero crucial. En la edición de 1771, Mercier escribió "La monarquía ya no existe". En ediciones posteriores lo cambió por "La monarquía sin límites ya no existe". Sin embargo, el argumento rousseauiano sobre la Voluntad General y el poder esencialmente simbólico del rey permanecieron iguales en todas las ediciones. Las ediciones posteriores contienen algunas notas nuevas, pero no incrementan la fuerza del ataque de Mercier al despotismo, las cuales se destacan claramente tanto en el texto como en las notas de la primera edición.

ministros de Francia en el siglo XVIII sangraban al pueblo para darle rienda suelta a su depravado gusto por el lujo.<sup>19</sup> Por lo tanto, la enfermedad verdadera que amenaza con destruir a la monarquía en 1771 es el "despotismo ministerial", como entonces lo llamaban los franceses, esto es, el abuso de poder de parte de los funcionarios más altos que explotan al pueblo en nombre del rey. En una de sus notas al pie más furiosas, Mercier se lanza en contra de esta forma de despotismo y luego imagina una cura para ella. Un *philosophe* temerario se planta a la mitad del concejo del rey y apostrofa al monarca de este modo:

No creáis a estos siniestros consejeros, estáis rodeado de los enemigos de vuestra familia. Vuestra grandeza, vuestra seguridad se fundan menos en vuestra potencia absoluta que en el amor de vuestro pueblo. Si éste es desgraciado deseará con mayor ardor una revolución y hará temblar vuestro trono y el de vuestros hijos. El pueblo es inmortal, vos pasaréis. La majestad del trono reside más en un afecto verdaderamente paternal que en un poder ilimitado.<sup>20</sup>

Mercier no da nombres, pero la cualidad Walter Mitty de esta fantasía sugiere que se imaginaba a sí mismo en el papel del salvador de la patria y que el gobierno al que denostaba era el que tenía ante los ojos: el del Ministerio de Maupeou, el cual desde la perspectiva de sus enemigos transformaba la monarquía en un despotismo al destruir la independencia de la judicatura. A decir verdad, Mercier tenía cosas muy duras que decir sobre los parlamentos<sup>21</sup> (los juzgados más importantes en los diversos distritos judiciales del reino); y sería un error pasar por alto su sueño utó-

<sup>19</sup> *Ibid.*, t. II, pp. 193 y 194. El texto y las notas son los mismos en todas las ediciones.

<sup>20</sup> *Ibid.*, t. II, p. 107. Esta nota existe en todas las ediciones.

<sup>21</sup> Véase, por ejemplo, *ibid.*, t. II, p. 120.



pico como propaganda antiministerial. La mayor parte de esta obra la escribió entre 1768 y 1770, antes de que Maupeou cerrara los parlamentos. Pero Mercier bien pudo haber añadido las notas al pie más furiosas a finales de 1770 o a principios de 1771, cuando la "revolución" de Maupeou iba en camino. Más adelante escribió que acabó la primera edición "bajo el reinado del canciller Maupeou".<sup>22</sup> El reinado concluyó con la muerte de Luis XV el 10 de mayo de 1774. Para 1775, cuando había llegado a la parte alta de la lista de *best sellers*, *L'An 2440* ofreció a los lectores una imagen retrospectiva de la Francia de Luis XV, no un anticipo de la Revolución Francesa, por no mencionar al siglo xxv.

¿Debemos concluir entonces que el texto de Mercier no tenía nada de revolucionario, a pesar de lo que él alegara más adelante? Resulta fácil, dos siglos después de 1789, creer que los franceses debieron haber visto venir la Revolución dos décadas antes de que llegara. Sólo que de hecho nadie imaginaba nada comparable a la explosión de 1789. Nadie pudo haberlo hecho, puesto que el moderno concepto de revolución no existió sino hasta que el pueblo lo experimentó. De modo que la imaginación de Mercier nunca fue más allá de los confines de la mentalidad del Antiguo Régimen, en la que era posible acomodar las nociones de una rebelión parlamentaria y de una guerra civil pero no de la transformación del régimen mismo. Sin embargo, Mercier desafió algunos de los principios fundamentales del orden sociopolítico, sobre todo en dos áreas sensibles: la religión y el gobierno.

Mercier no sólo atacó las instituciones más visibles de la Iglesia católica: sus monasterios, tributos, prelados y papado. Asimismo cuestionó su legitimidad espiritual. Los pastores deístas de 2440 apelan a un sentimiento religioso

<sup>22</sup> Louis-Sébastien Mercier, prefacio a la edición del año vii (1799), en *L'An 2440*, *op. cit.*, s. p. i. Sobre la fecha en la que Mercier compuso el texto véase Everett C. Wilkie, "Mercier's *L'An 2440*", *op. cit.*, pp. 8-10.

que va más allá del deísmo mismo, o al menos del frío deísmo de Voltaire. Al invocar al Ser Supremo desde sus templos cubiertos de cristal, apelan a un sentimiento extático de lo divino a la manera del vicario Savoyard de Rousseau. En lugar de desplegar al universo y dejarlo gobernarse por las leyes de Newton, su dios observa en el fondo de las almas más negras e interviene para conservar el orden moral. El guía del narrador le asegura que los malvados "será[n] perseguido[s] por ese ojo absoluto que todo lo penetra"<sup>23</sup> y que reencarnarán como víboras y topos, mientras que las almas de los buenos migrarán entre los planetas y los soles hasta fundirse con el creador.

Esta perspectiva es develada a los jóvenes adolescentes —pues aparentemente a las muchachas no se las considera susceptibles a la emoción religiosa profunda— en un rito de iniciación al que se le conoce como "la comunión de dos infinitos". Si se ve a un muchacho suspirar y entornar los ojos hacia el cielo, sus padres lo envían a un observatorio, en donde un vistazo por el telescopio le revela la grandeza de Dios. Una sesión con el microscopio le descubre entonces el otro infinito y un sermón impactante redondea el trabajo.

El muchacho rompe en llanto, decidiéndose a amar al Creador y a amar a sus semejantes por el resto de su vida. Nadie resiste esta demostración de metafísica elemental. Si por alguna aberración llegara a aparecer un ateo entre ellos, los parisinos lo enviarían a un "curso de física experimental".<sup>24</sup> Y de fallar, lo desterrarían.

Para Mercier, al igual que para Rousseau, la política y la religión son inseparables, de manera que los festivales cívicos refuerzan la devoción de los ciudadanos tanto a Dios como al país. Al permanecer cerca de la tribu, dándole el pe-

<sup>23</sup> Louis-Sébastien Mercier, *L'An 2440*, t. 1, *op. cit.*, p. 157.

<sup>24</sup> *Ibid.*, t. 1, p. 169. Este y el siguiente pasaje son los mismos en todas las ediciones.

cho al recién nacido y aplicando la pedagogía rousseauiana, las madres se aseguran de que sus hijos crezcan como Emilio. Las escuelas y los templos perfeccionan la educación de los jóvenes. Y así, al llegar a la edad adulta, sus deseos individuales van en armonía con los de la "voluntad general". Mercier sigue al pie de la letra el razonamiento de Rousseau: la ley es la "expresión de la voluntad general",<sup>25</sup> y la soberanía permanece en las manos del pueblo. Pero en la medida en que la "voluntad general" es esencialmente un consenso moral sobre el bienestar de la sociedad como un todo, la forma verdadera del gobierno no es muy importante. El guía explica que el gobierno no es "ni monárquico, ni democrático, ni aristocrático: es razonable y hecho para hombres".<sup>26</sup> Como si eso no fuera ya oscuro, luego describe un sistema político que suena como una amalgama imposible de instituciones provenientes del Antiguo Régimen. Los "Estados" (algo que parece recordar a los Estados Generales) se reúnen cada dos años para cambiar la legislación. Un "Senado" (evidentemente una versión mejorada del Parlamento de París) administra las leyes. Y un rey (pero uno que sólo "conserva el nombre de rey") supervisa sus tareas.<sup>27</sup>

Mercier no hace una pausa para desenredar estas ideas, pues le interesa más el sentimiento que las sostiene: un espíritu general de igualdad y de virtud civil. De ahí que dedique la mayor parte de los capítulos sobre el gobierno a relatar la atmósfera republicana que rodea al trono y la crianza espartana del príncipe. Vestido como un campesino y criado por tutores entre la gente del pueblo, el Delfín no se entera de su sangre real hasta que está casi listo para ascender al trono. Como última lección, el príncipe lucha con un trabajador y es derrotado. Luego, durante tres días al año a lo largo de su reinado, deberá ayunar y dormir en garras

<sup>25</sup> Louis-Sébastien Mercier, *L'An 2440*, t. 1, *op. cit.*, p. 113.

<sup>26</sup> *Ibid.*, t. 11, p. 105.

<sup>27</sup> *Ibid.*, t. 11, p. 118.



La habitación del trono: *L'An 2440*. Departamento de Libros Raros y Colecciones Especiales, Bibliotecas de la Universidad de Princeton.



con el fin de que nunca deje de tener presente la suerte de los pobres. La fantasía del príncipe y el mendigo tipifica la manera que Mercier tiene de lidiar con las ideas. En lugar de combinarlas en una argumentación lógica, las transforma en anécdotas y depende de una fuerte línea narrativa para darse a entender.

Pero ¿qué fue lo que llevó esta argumentación hasta el final? Aunque es imposible encontrar un testimonio de primera mano que provenga de los lectores, se puede estudiar la forma en la que la retórica de Mercier anticipó y dirigió sus respuestas. De hecho, prescribió papeles tanto para el escritor como para el lector y en seguida se las arregló para hacer de la escritura y de la lectura los ingredientes cruciales que le dieran cohesión a su utopía.

Mercier orientó al lector desde el comienzo por medio de una dedicatoria extraordinaria y de un prefacio. En lugar de rendirle tributo al mecenas a la manera convencional, dedicó el libro "al año dos mil cuatrocientos cuarenta":

Año augusto y respetable [...] tú juzgarás a esos monarcas fallidos y a los escritores que vivían sometidos a su poderío. Brillarán enaltecidos los nombres de los amigos, los defensores de la humanidad; su gloria será pura y radiante. Pero esa vil chusma de reyes, que en todos sentidos habrá atormentado a la especie humana, estará aún más sumida en el olvido.

Déspotas, por un lado; por otro, escritores. Tales eran los participantes en el drama cósmico de la historia. Esta oposición colocó al propio Mercier en un papel heroico, aunque sólo hablaba como el anónimo "yo" en el interior del texto. Poco importa, su voz se escucharía siete siglos después, mientras se olvidaba la gloria de los grandes:

y mientras los rayos del despotismo caen y se apagan, la pluma del escritor franquea el intervalo de los tiempos, ab-

suelve o castiga a los señores del universo. Hice uso del imperio que había recibido al nacer. Cité ante mi razón solitaria las leyes, los abusos, las costumbres del país donde vivía, desconocido y oscuro.<sup>28</sup>

Cuando el lector llegaba al prefacio, se enteraba de que el "yo" era un profeta, que clamaba en el desierto como los héroes del Antiguo Testamento, al tiempo que la policía trataba de llevárselo a la Bastilla.<sup>29</sup> Sólo que el moderno Jeremías era un "philosophe",<sup>30</sup> y se dirigía a un público moderno:

En cuanto a mí, concentrado en Platón, sueño con él. ¡Oh, queridos ciudadanos míos! ¡Vosotros a quienes he visto gemir sobre esa multitud de abusos de los que fatiga quejarse!, ¿cuándo veremos nuestros grandes proyectos?, ¿cuándo veremos realizados nuestros sueños? Soñar; he aquí, pues, nuestra felicidad.<sup>31</sup>

La distribución de roles coloca a los lectores junto con el escritor en una comunidad de ciudadanos ligada por un sueño común y unida en contra del mismo enemigo. Leer el libro era compartir el sueño, imaginar la manera en la que una coalición de escritores y de lectores habría de derrocar al despotismo y daría forma a la sociedad del futuro.

Lectores y escritores en contra de los déspotas: se trataba de un guión sencillo para el futuro, pero tenía una cualidad atrapante, pues hacía que la lectura del libro pareciera ser parte del proceso histórico cuyo resultado describía. La letra impresa sobre la página declaraba a la letra impresa

<sup>28</sup> Louis Sébastien Mercier, *L'An 2440*, op. cit., pp. xxix-xxxi.

<sup>29</sup> En el desarrollo de esta imagen, Mercier llegó a mencionar el nombre del inspector de Policía Receveur, famoso por arrestar autores y enviarlos a la Bastilla: "Imagino a Receveur arrestando a Jeremías por gritar en las calles 'Pobre de ti, Jerusalén'" (*ibid.*, p. xi).

<sup>30</sup> *Ibid.*, p. xxxvii.

<sup>31</sup> *Ibid.*, p. xxxviii.

como la fuerza suprema de la historia. Mercier no se limitó a anunciar esta verdad, que era un lugar común en las teorías contemporáneas del progreso;<sup>32</sup> asimismo mostró cómo se realizaría, o mejor dicho, afirmaba su existencia como un *fait accompli* en el año 2440, de manera que al imaginar el futuro, el lector podría advertir también cómo se vería el presente al volverse pasado.

Esta estrategia narrativa se muestra con mayor claridad en el capítulo dedicado a la biblioteca del rey. Esperando verse abrumado por una montaña de libros, el narrador queda impactado al encontrarse únicamente con cuatro estantes, cada uno de los cuales está dedicado a las grandes literaturas del mundo. ¿Qué sucedió con la gran cantidad de impresos que llenaban la biblioteca real en el siglo xviii?, se pregunta. Los quemamos, contesta el bibliotecario: 800.000 volúmenes de derecho, 50.000 diccionarios, 100.000 obras de poesía, 1.600.000 libros de viaje, y 1.000.000.000 de novelas terminaron en la gran hoguera de las vanidades. ¿Es que el régimen del año 2440 es hostil a la letra impresa? Para nada: la imprenta ha demostrado ser la fuerza más importante de la historia y los franceses protegen su libertad manteniendo la libertad de expresión. No quemaron los libros porque los despreciaran sino más bien porque le temían a su fuerza. La mayor parte de la literatura del pasado extendió su veneno en el cuerpo político halagando a los poderosos y dándose a gustos corruptos. Una comisión de virtuosos académicos sacó todos los elementos sanos en los impresos de los siglos pasados y los destiló hasta llegar a su esencia, la cual cupo muy bien en un pequeño volumen en

<sup>32</sup> Ejemplo de las numerosas declaraciones de Mercier sobre este tema en sus observaciones sobre la paz perpetua: "Fue la letra impresa la que produjo esta gran revolución al ilustrar a la mente" (Louis-Sébastien Mercier, *L'An 2440*, t. 1, *op. cit.*, p. 283). En cuanto a los numerosos estudios sobre el progreso, la obra de John B. Bury sigue ocupando un lugar destacado: *The Idea of Progress: An Inquiry into Its Origin and Growth*, Londres, 1932.

duodécimo. Permitieron que sobrevivieran algunos volúmenes de teología, mas sólo como armas secretas, encerradas bajo llave, para ser utilizadas en contra del enemigo como una suerte de arma bacteriológica en el caso de que Francia fuera invadida.

Por los mismos motivos, los franceses alejaron los libros de historia de las manos de los niños, pues la historia apenas ofrece algo más que malos ejemplos sobre la forma en la que los ricos y los poderosos explotaban al pobre. Desde luego que para 2440 la Ilustración ha triunfado: de ahí las cuatro breves colecciones de obras literarias y filosóficas, que dan testimonio de la marcha progresiva de la razón. La más pequeña de las cuatro contenía lo que los franceses consideraban que valía la pena conservar de su propia literatura. El narrador busca en ella el canon de clásicos que le resulta familiar del siglo xviii, pero lo que encuentra es un mundo al revés: nada anterior al siglo xvi, un poco de Descartes y de Montaigne, nada de Pascal o de Bossuet, y una buena selección de obras de los *philosophes*, sobre todo de Rousseau. Medio Voltaire ha ardidido en llamas, pero todas y cada una de las palabras de Rousseau se siguen venerando, y el bibliotecario regaña al narrador por la impericia de sus contemporáneos para comprender al genio mayor de su época.

La visión del futuro de Mercier funciona por tanto como una teoría del progreso expuesta en el sentido inverso, reivindicando a los escritores que más aportaron a la humanidad y que más sufrieron en manos de los agentes del despotismo. Sus estatuas están en las plazas públicas con las cabezas de sus perseguidores labradas debajo de sus pies. Corneille tiene bajo su coturno a Richelieu, y Voltaire y Rousseau marchan sobre las cabezas de los prelados y ministros a los que el narrador se niega a mencionar.<sup>33</sup> En

<sup>33</sup> Louis-Sébastien Mercier, *L'An 2440*, t. 1, *op. cit.*, p. 67. Las ediciones posteriores no incluyen la referencia a Corneille y Richelieu.



efecto, las estatuas, las imágenes y las inscripciones se encuentran por doquier en el París del año 2440. El Pont-Neuf, ahora Puente Enrique IV, está flanqueado con las estatuas de los estadistas que han servido al pueblo. Se ha convertido en un "libro de moral",<sup>34</sup> el cual instruye a los transeúntes que lo atraviesan. De hecho, la ciudad entera opera como un libro y los ciudadanos avanzan por ella leyéndola, embebiéndose de lecciones civiles a cada paso que dan.

Mercier pone tal énfasis en la función civil de la lectura y de la escritura que su mismo argumento lo arrincona. Si los escritores tienen tal poder, ¿cómo evitar que abusen de él? Existe la libertad de expresión. Ciertamente, cualquier amenaza a su libertad es tratada como "un crimen de lesa humanidad".<sup>35</sup> De modo que en lugar de censura, a quien publique un libro inmoral o carente de civismo los parisinos lo obligan a portar una máscara y a someterse a un interrogatorio cada día ante dos ciudadanos virtuosos. Cuando el razonamiento superior de estos dos ciudadanos le hace ver su equivocación, se le permite quitarse la máscara y reunirse con la ciudadanía. La vida de la república depende de una vigilancia moral de esta naturaleza, ya que la literatura es una forma de la política y todo escritor es un "hombre público" que moldea el espíritu cívico.<sup>36</sup> Los escritores más sobresalientes determinan de hecho el devenir de la historia,

son siempre los soles que dominan el mundo de las ideas y lo hacen circular. Son ellos quienes imprimen los primeros movimientos, y como el amor a la humanidad arde en su generoso corazón, todos los corazones responden a esta voz sublime y victoriosa que acaba de abatir el despotismo y la superstición.<sup>37</sup>

<sup>34</sup> Louis-Sébastien Mercier, *L'An 2440*, t. 1, *op. cit.*, p. 37.

<sup>35</sup> *Ibid.*, t. 1, p. 60.

<sup>36</sup> *Ibid.*

<sup>37</sup> *Ibid.*, t. 1, p. 66.

Todo ciudadano es asimismo un autor a su manera. Al llegar a cierta edad, el hombre —pues las mujeres siguen excluidas de las funciones públicas— destila en un libro lo que ha aprendido. El libro se lee en voz alta en su funeral. De hecho, se trata de su "alma",<sup>38</sup> y sus descendientes lo estudian junto con los demás libros de todos sus ancestros. Así las cosas, el francés se ha convertido en un "pueblo de autores" (*tout un peuple auteur*) así como en una nación de lectores.<sup>39</sup> La lectura y la escritura sostienen toda la vida cívica, la cual está organizada alrededor de las ideas del libro: el alma como un libro, la ciudad como un libro, el libro de la naturaleza se lee por medio de telescopios y microscopios. Mercier imagina a la ley natural "grabada en los corazones con caracteres imborrables"<sup>40</sup> y describe a las estrellas como "letras sagradas" que deletrean la divinidad.<sup>41</sup> Del mismo modo en que el hombre lee a Dios en la galaxia de Gutenberg, Dios lee en el corazón del hombre; pues Él es el "ojo absoluto que todo lo penetra", "el ojo [...] que sin esfuerzo lee los rincones más ocultos de nuestros corazones".<sup>42</sup>

Los escritores forman parte de este atributo divino. Les funciona como su principal arma en la lucha en contra del despotismo. De ahí una escena de corte del siglo XVIII tal y como Mercier la imagina:

[Un] ministro de Justicia, cortesano malvado, dice a su criado hablando de escritores *philosophes*: "Amigo mío, esa gente es pernicioso. No se les puede hacer la menor injusticia sin que la señalen. En vano escondemos con una máscara hábil nuestro verdadero rostro a las miradas más penetrantes. Estos

<sup>38</sup> *Ibid.*, t. 1, p. 65.

<sup>39</sup> *Ibid.*

<sup>40</sup> *Ibid.*, t. 1, p. 175.

<sup>41</sup> *Ibid.*, t. 1, p. 167.

<sup>42</sup> *Ibid.*, t. 1, pp. 157 y 164. Véase también una observación similar en *ibid.*, p. 147.

hombres, al pasar, parecen decirle a uno: 'Te conozco'. 'Messieurs les philosophes, espero enseñaros que es peligroso conocer a un hombre como yo: yo no quiero ser conocido'.<sup>43</sup>

Gracias a la invención de la imprenta, la intuición de los *philosophes* se propagó por toda la sociedad; "nada se podía ocultar" y el despotismo quedó condenado.<sup>44</sup> Para el siglo xxv, el despotismo se había vuelto imposible, pues ya todo había salido de su madriguera. "Nuestros ojos no se detienen en la superficie de las cosas", explica el guía al narrador.<sup>45</sup> Observar, desenmascarar, penetrar la superficie de las cosas se han convertido en las obligaciones fundamentales de los ciudadanos. Ellos se leen constantemente entre sí, mientras que Dios, el Lector Supremo, observa por encima de los hombros de los humanos y en el interior de sus almas. En caso de fallar, los "espías" secretos ingresan por todas partes y los "censores" morales están al acecho.<sup>46</sup> La utopía, en suma, es un estado de transparencia perfecta.

Para el lector moderno, esto suena sospechosamente a totalitarismo. Sólo que Mercier no pudo anticipar los horrores del siglo xx cuando imaginó el siglo xxv, como tampoco pudo saber que las especulaciones utópicas conducirían de 2440 a 1984. Para los lectores de su tiempo, su utopía prometía liberación. Les ofrecía la visión de un mundo en el que los escritores y los lectores volvían realidad el sueño de Rousseau y en donde la vida al fin era un libro abierto.

<sup>43</sup> Louis-Sébastien Mercier, *L'An 2440*, t. 1, *op. cit.*, p. 61.

<sup>44</sup> *Ibid.*, t. 1, p. 283.

<sup>45</sup> *Ibid.*, t. 1, p. 31.

<sup>46</sup> *Ibid.*, t. II, p. 192; y t. I, pp. 203 y 204.

## V. DIFAMACIÓN POLÍTICA

*ANECDOTES SUR Mme la comtesse du Barry* (1775), la segunda obra en la lista de *best sellers* luego de *L'An 2440*, arrojaba al lector a un mundo completamente distinto: el mundo secreto de los burdeles y de las recámaras, en donde podía observar a las figuras más famosas de su entorno jugar con las vidas de los demás y con el destino de Francia. Era, en una palabra, un *libelle*, un clásico del género. Pero como en la actualidad este género se ha extinguido, el libro permanece en el olvido. No se puede acceder ni siquiera a la identidad del autor anónimo, aunque no hay razón para dudar de la atribución en las bibliografías generales, las cuales se lo adjudican a un oscuro panfletista parisino, Mathieu-François Pidanat de Mairobert. Ciertamente el texto se parece a otras obras atribuidas a Mairobert y a los miembros de su círculo, los *nouvellistes* (gacetilleros) que se reunían en el salón de madame Doublet de Persan y Louis Petit de Bachaumont.<sup>1</sup>

<sup>1</sup> No queda claro si Bachaumont, quien murió en 1771, en efecto escribió alguna de las *Mémoires secrets pour servir à l'histoire de la république des lettres en France*, Londres, 1779-1789, 36 vols.; pero el estudio básico sobre él y su grupo sigue siendo el de Robert S. Tate, Jr., "Petit de Bachaumont: his Circle and the *Mémoires secrets*", en *Studies on Voltaire and the Eighteenth Century*, vol. 65, 1968. Véase también el artículo sobre Mairobert escrito por Tate en Jean Sgard (ed.), *Dictionnaire des journalistes (1600-1789)*, pp. 250-253. Sobre el amplio tema de las noticias y los *nouvellistes*, la historiografía proveniente de la *belle-époque* sigue siendo la más útil. Véanse en particular Eugene Hatin, *Histoire politique et littéraire de la presse en France*, París, 1859-1861, 8 vols., y Paul Estrée y Franz Funck-Brentano, *Les Nouvellistes*, París, 1906. La síntesis más reciente es la de Claude Bellanger et al., *Histoire générale de la presse française*, vol. 1, París, 1969.



Este grupo registraba tan asiduamente París en busca de novedades que se lo puede considerar como el ancestro remoto de la sala de redacción de la sección de ciudad de un tabloide moderno. Producía una gaceta manuscrita clandestina, la cual se llegó a imprimir más adelante en 36 volúmenes como *Mémoires secrets pour servir à l'histoire de la république des lettres de France*, memorias que contienen algunas de las mismas páginas, palabra por palabra, que aparecen en las *Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry*. Sólo que estos pasajes asimismo aparecen en otros *libelles* y *chroniques scandaleuses*. Los *libellistes* se robaban material entre sí con tanta tranquilidad que resulta imposible saber en dónde se originó algo o quién escribió qué. La moderna noción de plagio no sirve para caracterizar las prácticas de esos hombres que llevaban en las mangas trozos de *nouvelles* escritas a mano, los cuales intercambiaban en los cafés, copiaban en los diarios y reelaboraban en los libros. Hablar de un texto fijo o incluso de un autor en específico resultaría igualmente anacrónico, ya que el libelo era una empresa colectiva y los *libelles* pertenecían a la masa de materiales impresos que fluctuaban entre los rumores, los chismes, las bromas, las canciones, las caricaturas y los carteles que circulaban por las calles de París al comienzo de su edad moderna. Sólo una pequeña porción de estas palabras e imágenes llegaron a los libros y sólo unos cuantos de estos libros existen en nuestras bibliotecas. Pero entre ellos hay muchos de los títulos que circularon más ampliamente en el mercado del libro clandestino. De las cien obras más vendidas en la lista de *best sellers* de la STN, quince eran *libelles* o *chroniques scandaleuses*:

- Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry* (la 2ª en la lista)
- Journal historique de la révolution opérée dans la constitution de la monarchie française par M. de Maupeou* (6º)
- Mémoires de l'abbé Terray* (9º)
- Mémoires de Louis XV* (12º)

- L'Observateur anglais, ou correspondance secrète entre Milord All'Eye et Milord All'Ear* (13º)
- Vie privée de Louis XV* (39º)
- Correspondance secrète et familière de M. de Maupeou* (37º)
- Les Fastes de Louis XV* (39º)
- Mémoires secrets pour servir à l'histoire de la république des lettres en France* (49º)
- Le Gazetier cuirassé* (53º)
- L'Espion dévalisé* (68º)
- Mémoires authentiques de Mme la comtesse du Barry* (70º)
- La Gazette de Cythère... [et] Le Précis historique de la vie de Mme la comtesse du Barry* (77º)
- Mémoires de Mme la marquise de Pompadour* (98º)
- La Chronique scandaleuse* (100º)<sup>2</sup>

Las *Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry* se destacó sobre toda esta literatura como uno de los más grandes *best sellers* de la época anterior a la Revolución. ¿Qué fue lo que la hizo tan atractiva para el público lector?

En primer lugar, se leía y se lee muy bien. Es ingeniosa y perversa, divertida e informativa, y tiene una línea narrativa muy clara, la cual lleva a su heroína desde su humilde cuna hasta el palacio del rey. Se lee como una Cenicienta subida de tono o como un relato de éxito sexual, pues Du Barry pasó, de lecho en lecho, de un burdel al trono. Pero el sexo no hacía sino añadir cierta sazón al encanto principal de la trama, la cual ofrecía a los lectores desinformados la

<sup>2</sup> La lista señala a grandes rasgos cuáles *libelles* y *chroniques scandaleuses* tuvieron más demanda entre 1769 y 1789, pero no debe leerse literalmente. La demanda de algunas obras, como las *Mémoires de Mme la marquise de Pompadour* (1766), es probable que fuera mayor antes de que la STN empezara a funcionar, en tanto que la demanda por otras obras, como la *Chronique scandaleuse* (1783) y la *Vie privée, ou apologie du très sérénissime prince Mgr. le duc de Chartres* (1784), probablemente siguiera en aumento luego de que la STN redujo sus operaciones en Francia.

oportunidad de conocer la historia confidencial de la vida en Versalles. La política tal y como la vio el mayordomo: la fórmula seguía siendo novedosa y satisfizo la demanda de nuevos géneros literarios que eran deliciosamente tabúes, como la biografía política y la historia contemporánea.<sup>3</sup>

El prefacio establece el tono del resto del libro, cuando anuncia los placeres que tiene reservados para "los lectores de todo tipo", desde el frívolo hasta el filosófico: detalles picantes, por un lado; por el otro, tema para reflexiones más serias. Los lectores que nunca hayan estado cerca de Versalles sabrán todo sobre las maquinaciones internas de la corte. No deben esperar más que la verdad, pues el autor —que permanece en el anonimato pero es claro que conoce todo lo que hacen los grandes— no ha producido un *libelle*. No, escribió una historia. Citará sus fuentes, descartará todo aquello que no tenga sustento y defenderá a su heroína frente a todos los chismes malintencionados. Es cierto: el lector puede tener la seguridad de que encontrará algunas anécdotas picantes, pero serán absolutamente ciertas. Como "historiador", el narrador promete un doble pacto: la relación puntual de una vida en lo más alto de la sociedad y un relato que se leerá como una novela.

El narrador comienza su historia con una amplia investigación sobre los orígenes de Du Barry. Son, lo reconoce, oscuros. Pero rechaza indignado la leyenda que la muestra como la hija ilegítima de un fraile itinerante y de una cocinera. Una vez que da con su abuelo, Billard Dumonceau, alto funcionario en el Ministerio de Finanzas, el narrador ha descubierto que Du Barry no salió de los bajos fondos de la sociedad. En una entrevista exclusiva —una especie de golpe de suerte para el historiador, pues a partir

<sup>3</sup> Desde luego que existen ejemplos previos de este tipo de escritura, sobre todo durante la Fronda en 1648-1649. Para una discusión sobre el problema de la continuidad y cambio en la escritura de *libelles*, véase el siguiente capítulo.

de ahí el gobierno cerró todas esas fuentes— Dumonceau explica que había estado viajando por Champagne cuando accedió, en un arranque, a exhibir algo de *noblesse oblige*. La mujer de una *rat de cave* (un inspector fiscal odiado por los campesinos) acababa de dar a luz en el pueblo de Vaucouleurs y la criatura necesitaba un padrino. Dumonceau aceptó presentarla ante la pila bautismal y sufragar una fiesta de pueblo, con todo, incluyendo nueces y dulces. Luego continuó su camino, olvidándose de su cargo hasta que ella vuelve a aparecer en una coyuntura crítica del relato, como en breve lo sabrá el lector. Asimismo el lector se enterará de que la madre de la niña ha sido vista con frecuencia en compañía de cierto fraile llamado Ange, a quien hacía pasar por su cuñado. Más aún, poco después del nacimiento de la criatura, su esposo muere y ella encuentra trabajo como cocinera. Pero poco importa: la futura amante del rey quedó en el registro parroquial como la hija de una *rat de cave* y a aquellos del público a quienes fascinan los asuntos de la genealogía pueden estar tranquilos de que la criatura fue ostensiblemente legítima.

Esta manera de lanzar a su dama a la vida establece la voz narrativa. Es una voz autorizada, moderada y objetiva. También delata un tono elevado —curiosamente elevado, tal vez, debido a lo bajo del tema, pero lo anterior no hace sino agregarle sabor—. Y lo que es más importante, demuestra la determinación del autor de hacerle justicia a su tema. El narrador no se involucrará ni con las leyendas ni con los rumores. Es cierto que los registra muy detalladamente, pero sólo para refutarlos. Si en ocasiones estas refutaciones resultan un poco débiles, no se considerarán para impugnar su compromiso por establecer un registro verdadero. El narrador ha leído todas las pruebas y se ha entrevistado con todos los testigos. En ocasiones para refutar las calumnias más descaradas, el narrador tiene que producir información que haga parecer más ciertas las calumnias menores. ¿No es mejor el



mal menor? ¿Y el hecho de que acepte que su heroína a veces luzca mal no confirma su dedicación general a su defensa, y, ante todo, a la búsqueda de la verdad? No, el lector puede seguir la historia con la confianza absoluta en el narrador y esperar discusiones eruditas a preguntas tales como ésta: ¿quién se llevó la doncellidad de nuestra heroína?

El narrador se niega a tomar partido. En su opinión hay demasiada ambigüedad, demasiadas pruebas contradictorias como para emitir un juicio serio. Su entrevista con el padrino de Du Barry sugiere que acaso podría haber ocurrido un engaño en la escuela de monjas a la que enviaron a la chica en su temprana juventud. Pero otra entrevista, asimismo exclusiva, con el propio mariscal de Marcier señala hacia una serie de encuentros precoces con soldados y lacayos en la casa del Ayuntamiento en la que su madre trabajaba como cocinera. Lo único que se puede afirmar con certeza es que Du Barry fue vendida una media docena de veces como virgen en el burdel de madame Gourdan.

Nuestro historiador obtiene la información anterior de una fuente impecable, la misma madama. Madame Gourdan explicó en otra entrevista que ella descubrió a Du Barry en una tienda de vestidos parisina. Tras desplegar un gran "temperamento" (es decir, desenfreno y lujuria) en el convento, la joven belleza consiguió trabajo como vendedora y se cambió el nombre, el primero en una serie de nombres que la caracterizarían en su camino desde el *demimonde* hasta el trono: Manon, mademoiselle Lançon, mademoiselle Vaubergnier, mademoiselle L'Ange y madame Du Barry. La manipulación de escarolas y flecos en la tienda de vestidos lleva a la futura Du Barry a descubrir la que será la pasión dominante de su vida: no el dinero, no el poder, ni siquiera el sexo, sino el vestido. Era un alma sencilla que nunca tuvo una idea en la cabeza y a la que ciertamente jamás le importó gobernar un reino. Madame Gourdan no tuvo problemas por tanto para iniciarla en el oficio.

Unas cuantas chucherías y "La Lançon" se volvió correcta. Un poco de loción astringente y se volvía virgen. Impulsada por el orgullo profesional, madame Gourdan revela algunos de los secretos de su profesión. Luego de restaurar el menos que perfecto himen de mademoiselle Lançon, se la vendió a un prelado, quien había llegado a París en busca de algún divertimento y para asistir a la Asamblea del Clero. Esta venta sumó 2.400 *livres* (el salario de unos siete años de un obrero semicalificado). Luego le volvió a restaurar el himen y la vendió de nuevo a todo un conjunto de lujuriosos de los estratos más altos de la sociedad: "La Iglesia, la nobleza, la magistratura, las altas finanzas la habían experimentado, y me había producido más de mil lises".<sup>4</sup>

Pero antes de que ella llegara a la alta burguesía, madame Gourdan ofreció su tesoro a uno de sus mejores clientes, Billard Dumonceau, el mismo hombre que accediera a apadrinar a Du Barry dieciséis años atrás. Desde entonces él la ha visto con tal frecuencia que antes de atacar su doncellidad la reconoce, y se encoleriza cuando ella trata de defenderse con una observación ingenua: "Pero, padrino, ¿está mal venir a un lugar que vos mismo frecuentáis?". Escena terrible: el padrino hecho una furia, su puta muda y la alcahueta entre ambos tratando de proteger su reputación profesional al develar el misterio. Madame Gourdan lo narra todo en un monólogo extraordinario, que la hace parecer como una *mistress* Quickly francesa o como un personaje de los bajos fondos atrapado en una trama de Beaumarchais. Nuestro autor, convertido ahora en un reportero sagaz, explica que ha transcritto literalmente el monólogo, luego de eliminar algunas palabras que podrían ofender nuestros oídos.

<sup>4</sup> Mathieu-François Pidansat de Mairobert, *Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry*, Londres, 1776, p. 19.

Este episodio puso el punto final a la carrera formal de Du Barry como prostituta. Al evocarlo, el narrador reflexiona que eso demuestra la (relativa) inocencia de nuestra heroína. Del mismo modo en que no era (exactamente) ilegítima ni que había nacido (por completo) en la calle, tampoco había sido (en estricto sentido) una puta (o al menos no contando sus últimos episodios en la calle y en el interior de una casa de juego). En cuanto a su iniciación en el oficio, lo hizo por amor antes que por lucro. Era por "temperamento" una mujer del placer, pero no una caza fortunas. A decir verdad, cuando dejó a madame Gourdan lo hizo sin un centavo. Se trataba, más aún, de un establecimiento de lujo, la mejor casa de citas en París. De hecho, eso le dio la oportunidad de conocer a varios caballeros con los que más adelante conviviría en Versailles. Y ante todo, le permitió una educación. Gracias a su aprendizaje con madame Gourdan, ella se hizo de los trucos que la ayudarían a despertar la débil libido del envejecido Luis XV, los trucos que anularían a sus competidoras en la corte y que le harían ganar por fin el puesto de *maîtresse en titre*, o amante oficial del rey. El duque de Noailles lo dijo todo cuando el rey expresó su sorpresa ante los placeres sin precedentes que experimentó con su nueva amante. "Señor", respondió, "es que nunca habéis ido a un burdel".<sup>5</sup>

El camino que va del burdel al trono ofrece tantos giros y cambios que la primera parte de la biografía de Du Barry se lee como una novela picaresca. Luego de alejarse de madame Gourdan, volvió a la tienda de ropa y se involucró con un empleado del Ministerio de Marina. Él, sin embargo, la abandonó por una condesa decrepita, por lo que se fue con un *coiffeur*. Allí gozó de algunos meses de éxtasis: peinados continuos y un guardarropa en aumento. Sólo que a este pobre hombre lo condujo al desastre. Él se fuga a Inglaterra y

<sup>5</sup> Mathieu-François Pidansat de Mairobert, *Anecdotes...*, op. cit., p. 24.

ella con su madre, quien ahora lava ropa de día y se ofrece en las calles por la noche. Mademoiselle Lançon, quien ahora ha vuelto a emplear el apellido de la familia, Vaubernier, practica junto con su madre algunos trucos en los jardines de las Tullerías. Desafortunadamente, un agente secreto atrapa al dúo madre-hija *en flagrant délit*. A punto estaba de enviarlas a la cárcel cuando el viejo amante de la madre, el padre Gomart, alias Ange, apareció providencialmente y las rescató por medio de un soborno. Luego colocó a la muchacha en la casa de la viuda de un acaudalado fiscal agrícola, que empleaba al padre para decir misa y compartir la cama.

Al poco tiempo la viuda prefirió acostarse con la joven Vaubernier, quien mientras tanto coqueteaba con sus dos hijos y tal vez con alguno de los lacayos de la viuda, aunque el narrador pretende rechazar esa calumnia. Como haya sido, la conducta de Vaubernier despertó los celos de las sirvientas. Sus protestas causan el derrumbe del triángulo amoroso (madre-hijo-hermano). Mademoiselle Vaubernier volvió con su propia madre, ahora esposa de un empleado en las Aduanas de París, y luego encontró trabajo en una casa de juego. Ahí conoció al conde Du Barry, que no era conde sino un proxeneta. Su especialidad eran las *call girls* para los ricos y poderosos; y la realizaba prodigiosamente bien en su profesión debido a su extraordinario talento para la intriga y para dominar a las mujeres. Si bien no era particularmente atractivo, las seducía, se saciaba con ellas, abusaba de ellas y las rentaba. Mademoiselle Vaubernier, ataviada con nuevos vestidos y un nombre nuevo, mademoiselle L'Ange, no amaba a Du Barry. De hecho, le tenía miedo. Pero fue incapaz de escapar de su control. Completó sus alfabetizaciones en el arte de amar. Y al llegar a la total madurez —una belleza deslumbrante, ropa fabulosa y lo suficientemente pulida para convivir con los grandes, no obstante su vulgaridad fundamental— Du Barry la presentó al señor Le Bel.



Le Bel era el primer valet de Luis XV. Su función principal: obtener "juego" de la población femenina de Francia y servir "manjares reales" a su patrón en el Parc-aux-Cerfs, la casa de placer de Luis en Versalles.<sup>6</sup> Le Bel las "limpiaba" (*décrassés*), las vestía y las casaba luego de una noche de amorío con dotes de 200.000 *livres* para cada una. A razón de una por semana, el costo ascendía a 10 millones de *livres* al año. Suficiente, en los cálculos de nuestro autor, para quebrar al tesoro, si no fuera porque hacia 1768 Luis empezó a perder su libido. Fue entonces cuando el "conde" Du Barry vio la oportunidad de realizar la mayor jugada de su vida. Lo arriesgó todo con mademoiselle L'Ange. Si lograba colocarla como la amante del rey, a él lo convertiría en el dueño del reino.

De ahí que cuando Le Bel acudió a él en busca de "un verdadero bocado real",<sup>7</sup> Du Barry le propusiera a mademoiselle Ange, pero con una sola condición crucial: Versalles, no en el Parc-aux-Cerfs. Ella sería presentada al rey como la "comtesse Du Barry", esposa de un hermano de Du Barry, y podrían contar con que su temperamento y experiencia hicieran lo demás. En breve ella logró revivir la senil sensualidad de Luis por encima de sus más locas expectativas. Las mujeres que había tenido antes habían sido o damas de calidad, poco avezadas en la técnica lasciva, o mujeres del pueblo que bajo semejante impacto no se habían atrevido a emplearla. Madame Du Barry abrió un mundo nuevo de placer para el voluptuoso anciano y a partir de ese momento no pudo prescindir de ella.

En este punto, ubicado más o menos hacia mediados de 1768, el relato de madame Du Barry se funde con la historia de Francia y las *Anecdotes*... se convierten en un relato de la

<sup>6</sup> Las metáforas relativas a la caza y la comida dominan la relación que ofrece nuestro historiador sobre esta institución: véase Mathieu-François Pidansat de Mairobert, *Anecdotes...*, op. cit., pp. 48-57.

<sup>7</sup> *Ibid.*, p. 57.



Frontispicio de *Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry*. El epígrafe dice: Sin ingenio ni talento/ De lo hondo de la infamia/ Hasta el trono fue encumbrada./ Contra un enemigo cabal/ Nunca en su vida conspiró./ Siempre se mantuvo ajena/ A las amenazas de la ambición,/ Y, manipuladora de aspirantes,/ Supo arreglárselas para reinar/ Con el solo poder de sus encantos.

Departamento de Libros Raros y Colecciones Especiales, Bibliotecas de la Universidad de Princeton.

política en Versalles desde dentro. El cambio genérico de la biografía a la historia contemporánea, o del *libelle* a la *chronique scandaleuse*, se produce casi de manera imperceptible, debido a la atención sobre Du Barry. El autor la emplea como un pretexto para exponer la naturaleza del sistema político alrededor de ella. De manera que para entender las *Anecdotes...* como una versión de la historia política lo mejor sea empezar con el retrato de la propia Du Barry.

En lugar de ennegrecer el carácter de Du Barry a la manera de la mayoría de los *libelles*, el narrador ensaya varios tonos de gris. Llega incluso a expresar cierta simpatía hacia ella, no obstante la evidente mala fe de los argumentos que emplea para defenderla. Ella carece de moral, es cierto. Pero tampoco tiene ambiciones, celos o mala voluntad, ni siquiera hacia sus enemigos. Su vida no es más que improvisación, seguir su "temperamento" y en el camino hacerse de la mayor cantidad de ropa. Sin importar las veces que se haya dejado vender, se mantiene en esencia inocente, más como alguien sobre quien se ha pecado que como una pecadora. Además conserva otro rasgo que hizo que su versión del relato conocido —el de la inocente de la provincia a la que la ciudad echa a perder— fuese particularmente salaz: la vulgaridad. Por más entalcada y perfumada que se encuentre, todo el tiempo suelta comentarios groseros y recae en la conducta de la vendedora. El autor pone más el acento en su vulgaridad que en sus transgresiones sexuales, y tal vez esto provocara un mayor impacto en sus lectores. Más que nada porque otros reyes también tuvieron sus amantes. Pero estas últimas eran damas en su mayoría y le habían añadido cierto encanto a la corte. Du Barry no trajo más que lujuria, y fue adquirida por medio de una compra, no conquistada por medio de la galantería real.

Sin embargo, la sensualidad vulgar puede parecer vital en contraste con la debilidad general en la alta sociedad. Una vez que Du Barry logró ascender por encima del nivel

de los empleados y *coiffeurs*, descubrió una sorprendente relación inversa entre sus amantes: mientras mayor era su estatus, menor su capacidad sexual. Entre las sábanas (nuestro autor omnisciente nos lleva a todas partes) los ricos y los de buena cuna resultan incompetentes o pervertidos. Los duques no tienen erecciones; los prelados requieren flagelación; las condesas favorecen el lesbianismo. Cuando quería satisfacción para sí, Du Barry descendía a las habitaciones de la servidumbre.

Este subtema, el lacayo como semental, se había convertido en un lugar común en la literatura erótica, sólo que en las *Anecdotes...* adquirió un tono casi democrático, como para sugerir la superioridad innata de la gente común. Esto expresaba la propia filosofía de Du Barry, si es que la tuvo. Al comienzo de su carrera, desarrolló el gusto por un empleado que trataba de ascender en el mundo a fuerza de seducciones en un camino que corría paralelo al de ella. Él le había echado el ojo a una vieja condesa, pero Du Barry (entonces mademoiselle Lançon) le advirtió que obtendría mayor placer de mujeres como ella. La podría hacer suya por 100 *livres* al mes más casa y comida, le explicó en una nota que nuestro autor cita en su totalidad luego de corregir su primitivo francés (su heroína, confiesa el autor, en realidad nunca aprendió a escribir). Ella era bastante mejor que "ese vejeterio" de condesa o que cualquier mujer arriba de los cuarenta, incluso que una princesa de sangre real. La condición social nada tenía que ver en asuntos de amor. ¿No estaba enterado este joven de que muchas grandes damas preferían a sus lacayos antes que a sus esposos? ¿Por qué otro motivo su condesa estaba interesada en jóvenes como él? Éste debía ponerse a pensar en que hay dos clases de mujeres, las bellas y las feas. ¡Pobre de él si escogía mal! Ella se iría con su peinador, quien tenía una cara más bella que la de este joven.<sup>8</sup>

<sup>8</sup> Mathieu-François Pidansat de Mairobert, *Anecdotes...*, op. cit., p. 31.



Si esta variedad primitiva de igualdad sexual es a duras penas una apología de los derechos del hombre, lo es mucho menos de la mujer. Madame Du Barry jamás filosofa como Thérèse. Pero con su irremediable *naïveté*, su vulgaridad a toda costa y la simpleza de su pasión por la ropa y el sexo, Du Barry funciona como el contraste perfecto para todo lo que la rodea. Su manera de representar a la Cenicienta expone la hipocresía y decadencia de los demás actores en la corte. Ella representa una historia y a la vez ofrece su moraleja, es decir, su relato funciona a la manera del folclore, ofreciéndoles a los lectores menos agudos una forma de dar sentido a la barroca política de Versalles. Sin embargo, antes de tratar de desmontar ese relato debemos echar un vistazo rápido a los últimos años del reinado de Luis XV tal y como los historiadores lo han entendido; pues resulta imposible apreciar el valor de las *Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry* sin calibrar la disparidad entre la relación de los hechos en esta obra y las versiones que desde entonces han pasado a formar parte de la historia.

Cuando los historiadores se refieren a la historia política de la Francia del siglo XVIII, por lo general consideran el período de 1769 a 1774 como la mayor crisis política antes del estallido de la Revolución en 1787. Aunque han ofrecido diversas interpretaciones de esta crisis, están de acuerdo en sus componentes. El gobierno, dominado al principio por el duque de Choiseul, trabajó bajo una carga triple. En los asuntos exteriores, la humillación de Francia en la Guerra de Siete Años (1756-1763) dañó tremendamente su lugar en el sistema de equilibrios de poderes. Mientras Inglaterra ampliaba su imperio ultramarino, Francia quedó atada debido a las alianzas ineficaces con Austria y España. La Avenencia Familiar, el supuesto golpe maestro diplomático de Choiseul, comprometió a Francia a defender el reclamo de España sobre las islas Falkland en contra de Inglaterra, sólo que Francia no podía sufragar otra guerra a nivel mundial. Tampoco

podía hacer nada para defender a Polonia, su aliado en el este, en contra de otros poderes de Europa oriental, que en breve redundarían en la primera partición (1772).

La debilidad de Francia en los asuntos exteriores se derivó de su impericia para poner orden en sus finanzas domésticas, el segundo de los grandes problemas del gobierno. Una tasa tributaria inadecuada –enclavada en todo tipo de exenciones y desigualdades– y un sistema fiscal arcaico hacían imposible para el Estado quitarse de encima el déficit que lo hacía trastabillar. Era incapaz de incrementar sus ingresos toda vez que los parlamentos (cortes jurídicas, no cuerpos electos como en el caso del Parlamento británico) peleaban por los nuevos impuestos con uñas y dientes rehusándose a registrar los decretos reales. La agitación parlamentaria constituyó la tercera fuente de inestabilidad. En Bretaña, el parlamento se vio involucrado en una batalla judicial con el duque D'Aiguillon, quien como gobernante real representaba el prestigio de la corona. Lo que comenzara como un caso de la corte se convirtió en un *affair* espectacular, el cual fue tomado por el Parlamento de París y lo volvió en una campaña para proteger las libertades de las provincias en contra del poder centralizador del Estado. En Versalles, D'Aiguillon tenía el respaldo del canciller R. N. C. A. de Maupeou y del llamado partido leal, que se oponía a los "choiseulistes" en las alianzas de poder en la corte. Choiseul y los suyos por lo general estuvieron en favor de los parlamentos, luego de haberse quitado de encima la cruzada parlamentaria que apoyaba la expulsión de los jesuitas (1764). Finalmente, Maupeou y los suyos persuadieron a Luis XV de que deshiciera los sumarios en contra de D'Aiguillon, con el fin de derrotar la oposición de los parlamentos hacia los nuevos impuestos y de que cediera en el asunto de Inglaterra y las islas Falkland. La realineación política significó el repudio de Choiseul y de casi todo lo que el gobierno había defendido durante los últimos doce años.

La caída y el exilio de Choiseul el 24 de diciembre de 1770 reverberaron por toda Europa como el golpe más dramático en la política francesa desde la década de 1720. Pero pareció tenue en comparación con la "revolución" que Maupeou produjo en 1770-1771. ("Revolución", tal y como los franceses emplearon el término para describir las políticas de Maupeou, implicaba un cambio de política repentino, drástico, no la noción moderna del derrocamiento violento de un régimen.) El canciller dismanteló y reconstruyó todo el sistema judicial de forma tal que destruía la capacidad de los parlamentos para resistirse a los decretos reales. Los magistrados del Parlamento de París salieron al exilio; los abogados se declararon en huelga; sin embargo el nuevo gobierno se mantuvo firme hasta la muerte de Luis XV, el 10 de mayo de 1774. Fue un gobierno de vigorosas reformas que se propuso reestructurar el sistema fiscal del reino así como su sistema judicial, a la vez que se retiraba de su vulnerable posición en los asuntos exteriores. A Maupeou se le sumaron la némesis de los parlamentos, el duque D'Aiguillon en el Ministerio de Asuntos Exteriores, y el abate Terray, uno de los duros en la reforma del déficit, en el Ministerio de Finanzas. No obstante algunas rivalidades internas, juntos gobernaron como un triunvirato; y lo hicieron con firmeza, promoviendo el poder centralizado del Estado a expensas de las libertades tradicionales y de los intereses protegidos por el rey. De ahí que algunos historiadores hayan interpretado al gobierno de Maupeou como la versión francesa del despotismo ilustrado, si bien para muchos franceses de la época pareció un despotismo puro y bruto.<sup>9</sup>

Desde luego que no sabemos realmente cómo percibieron los franceses la gran crisis de 1771-1774: en eso radica

<sup>9</sup> Ejemplo de esta interpretación general en inglés es Alfred Cobban, *History of Modern France*, vol. 1, Londres, 1961; y, en francés, la obra más sustanciosa y detallada es la de Michel Antoine, *Louis XV*, París, 1991.

la fascinación de leer hoy las *Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry*, pues ofrece un relato contemporáneo de los acontecimientos con un comentario acerca de todos ellos. Del mismo modo en que el narrador ha reunido cada una de las pruebas sobre la vida temprana de Du Barry de acuerdo con "las reglas escrupulosas del historiador",<sup>10</sup> nos asegura que registró todas las fuentes posibles relativas a la vida en la corte. Se ha apoderado de correspondencias, ha escuchado conversaciones y ha acumulado una gran colección de todos los chismes políticos que circulaban entre Versalles y París. Al revisar este material y ensamblar las "anécdotas", ha construido una historia general de los últimos años del reinado de Luis XV.

La historia es como sigue. Cuando Du Barry apareció por primera vez en Versalles, cultivó al partido de Choiseul, siguiendo las instrucciones que le enviaba de París el "conde Jean" Du Barry, su antiguo proxeneta y actual cuñado, quien dirigía cada uno de sus movimientos. (Inmediatamente después de su *mariage de convenance* con el "conde Guillaume" Du Barry, su marido fue enviado a la provincia, en donde se volcó a la bebida hasta el ovido). Sólo que la hermana de Choiseul, la depravada duquesa de Grammont, rechazó esos avances, pues ella misma quería ocupar el cargo de *maîtresse en titre* que quedara vacante con la muerte de madame de Pompadour. Se coló en la cama del rey y se las arregló para violarlo virtualmente. Pero ella era demasiado vieja y fea para defender ese territorio una vez que madame Du Barry hizo su aparición en la escena. De ahí que diera comienzo una batalla épica. De un lado, Choiseul y su hermana ennegrecían el nombre de Du Barry difundiendo información sobre su pasado que les proporcionaba el teniente general de la Policía. Del otro, Du Barry apretaba su control sobre el rey en la intimidad de los

<sup>10</sup> Mathieu-François Pidansat de Mairobert, *Anecdotes...*, *op. cit.*, p. 34.



*petits appartements*, siguiendo siempre las indicaciones del conde Jean.

Los cortesanos estudiaban cada movimiento en la vida cotidiana de la corte en busca de señales de cambios en el sistema de poder. De ahí que el nombramiento de su hermano como gobernador de Estrasburgo sugiriera que a principios de 1769 Choiseul seguía teniendo ventaja, sólo que se retiró mucho antes que de costumbre a su propiedad en el campo para pasar la vacación de Pascua; y en la cena previa a su partida, el rey no lo sentó cerca suyo. Peor aún: después de la cena, el mariscal de Richelieu, una veleta del favor del rey, se puso a jugar al veintiuno con madame Du Barry en lugar de jugar con Choiseul.

Para abril de 1769 daba la impresión de que nada podía impedir la presentación en la corte de madame Du Barry, lo que significaba reconocerla como *maîtresse en titre* y le daría un papel poderoso en las negociaciones con los embajadores y con los ministros. Es verdad que nunca antes una persona de tan baja extracción había llegado a tales alturas en Versalles y los choiseulistas continuaron maniobrando desesperadamente por salvar la situación. Enlistaron a las *Mesdames*, las intolerantes hijas del rey y las dirigentes del partido "leal", en una campaña por crear un frente unido en contra de la espuria condesa entre las damas más importantes de la corte. Pero el conde Jean atajó el golpe sacando a la luz ciertos documentos de Inglaterra, los cuales demostraban presuntamente que los Du Barry descendían de la noble casa de Barrymore. Asimismo convenció a una desvalida dama de compañía, la condesa de Béarn, para que rompiera filas y actuara como la "madrina" de Du Barry en la ceremonia de presentación. Aun así, el rey dudaba, indeciso como siempre y susceptible a las presiones del partido "leal", el cual no quería nada con ex prostitutas. Pero finalmente, luego de algunos ensayos con el conde Jean, Du Barry se arrojó a los pies de Luis

en una escena de lágrimas que lo convenció. El gran acontecimiento tuvo lugar el 22 de abril de 1769. La noticia se esparció alrededor del reino. Hileras de carruajes llegaron a Versalles. Los embajadores emitieron sus informes a todas las cortes de Europa. Y luego todo el mundo se preparó para observar el siguiente acontecimiento histórico a nivel mundial, la caída de Choiseul.

Tal cosa parecía inevitable, dadas las pasiones de las mujeres y de sus apoderados en la corte. La duquesa de Grammont se retiró derrotada a su propiedad rural y a Du Barry se lo vio jugando a arrojar al aire dos naranjas y cantar "¡Salta, Choiseul, salta Praslin!", con lo cual quería decir que catapultaría al duque y a su primo, el duque de Praslin, un secretario de Estado que dirigía el Concejo Real de Finanzas, fuera de sus cargos. Pero el rey prevaricó; y las damas de la corte dudaron en ridiculizar a su amante, temerosas de que un movimiento en falso pudiera hacerlas caer de la gracia. Du Barry seguía siendo vulnerable debido a su vulgaridad. Así, luego de perder una pequeña fortuna en un juego después de cenar, exclamó: "Me han freído". Mientras se embolsaba el dinero de Du Barry, un ingenioso cortesano le dijo: "Usted ha de saber de lo que habla, madame", una bofetada verbal en la que todos entendieron una alusión a sus orígenes como hija de una cocinera.<sup>11</sup> Pero el rey encontraba refrescante su estilo directo. Cuando Du Barry se mudó a las habitaciones que antes habían pertenecido a madame de Pompadour, su posición empezó a parecer intocable. Desesperado, Choiseul probó un ataque frontal: colocó una despampanante marquesa criolla al paso del rey. Sólo que Luis ni siquiera se volteó para verla; y a partir de ese momento, los cortesanos se pasaron al bando de Du Barry, mientras que los enemigos de Choiseul empezaban secretamente a conferirse ministerios y sinecuras.

<sup>11</sup> Mathieu-François Pidansat de Mairobert, *Anecdotes...*, op. cit., p. 96.

Se necesitaron cerca de dos años para consumir el cambio de poder, así de difícil le resultaba al monarca convencerse de los asuntos de Estado. Los Du Barry trabajaron con Maupeou, quien a su vez entabló una alianza con el duque D'Aiguillon basada en su odio común a los parlamentos. No era que el canciller y el duque se opusieran en principio a las cortes. Por el contrario, los asuntos de principios no interesaban a nadie en ninguno de los dos bandos, incluido el de los mismos parlamentos. Sólo que el caso de D'Aiguillon ante el Parlamento de París le daba a Maupeou la oportunidad de cortar los últimos hilos que unían a Choiseul con el rey. El canciller informó al rey que Choiseul maquinaba en secreto con los parlamentos para destruir a D'Aiguillon, aun a costa de minar la autoridad del trono. La única solución era acabar con el procedimiento en contra de D'Aiguillon, sacar a Choiseul y destruir los parlamentos.

Un cambio político tan espectacular excedía por mucho la capacidad de la voluntad real: ahí era donde aparecía Du Barry. Cuando desapareció junto con el rey en los *petits appartements*, lo llenó de bebida, lo metió en la cama y le hizo firmar todo lo que ella quiso. El conde Jean preparó el escenario y Maupeou los textos. El rey, una vez en la cama, plantó su nombre una y otra vez en una fatal *lettre de cachet* con la cual exiliaba a Choiseul. Pero se arrepintió al recobrar el sentido a la mañana siguiente. Finalmente, sin embargo, su resistencia cedió y el 24 de diciembre de 1770 expulsó a Choiseul de la corte.

Con Choiseul fuera del camino, sus enemigos se apoderaron del gobierno y empezaron a distribuirse las ciruelas. D'Aiguillon no asumió de inmediato el Ministerio del Exterior. La escandalosa suspensión de su juicio lo llevó a aguardar en los pasillos hasta que sintió suficiente confianza en el apoyo de Du Barry para desafiar el repudio de la gente. El obsequio de un fabuloso carruaje de oro –cuyo costo, según los cálculos del narrador, habría alimentado a todos los po-

bres de una sola provincia durante varios meses– se encargó de realizar el truco. Du Barry lo hizo nombrar ministro del Exterior, mientras Terray agobiaba a los contribuyentes desde el Ministerio de Finanzas y Maupeou completaba la destrucción de los parlamentos desde la cancillería.

Todas estas maquinaciones demandaron enormes proezas en el lecho real. Du Barry triunfó estrepitosamente en la restauración del apetito del rey, pero sus doctores le advirtieron que ella lo estaba matando. El conde Jean hizo por tanto todo lo posible por ordeñar el tesoro antes de que se acabara el tiempo. Firmó letras a nombre del abate Terray como si el ministro de Finanzas fuera su banquero particular: 168.000 *livres* para cubrir las pérdidas en una sesión de juegos de azar; 300.000 *livres* por una noche con una prostituta; y así por el estilo. Hacia mediados de 1773 había sumido al tesoro en un déficit de 5 millones de *livres* y Terray trató de detener la hemorragia buscando el apoyo de D'Aiguillon. Por un momento, esta oposición combinada pareció detener al conde Jean. Pero amenazó con expulsarlos del cargo con la misma brutalidad con la que los había llevado hasta allí. El conde Jean jamás perdió su control sobre el poder, gobernando el reino desde tugurios y burdeles por medio de mensajeros a los que enviaba a Versalles, en donde Du Barry aguardaba sus órdenes, siempre obediente a su perversa voluntad.

La riña por el botín abrió fisuras en el interior del triunvirato. Creyendo que D'Aiguillon lo había desplazado en favor de Du Barry, Maupeou cultivó en secreto a los enemigos de D'Aiguillon en el partido "leal", el cual se reagrupó en torno al Delfín (el futuro Luis XVI), quien detestaba a la amante del rey, debido a que se burlaba de su propia impotencia y de la apariencia de su esposa. D'Aiguillon contestó conspirando con el enemigo de Maupeou, el duque D'Orléans, en un complot para restaurar los parlamentos. Más importante aún, D'Aiguillon logró acceder a la fuente úl-



tima del poder seduciendo él mismo a la Du Barry y, en efecto, plantándole un buen par de cuernos al rey. Mientras tanto, Terray se sintió amenazado por sus dos colegas; de suerte que asumió la Administración de los Edificios Reales y cortejó a los Du Barry rociando de castillos a todo el clan. Por su parte, madame Du Barry se conformó con el modesto castillo de Lucienne; sólo que se llevó tal cantidad de joyas (sobre todo un par de aretes que valían 80.000 *livres* y una diadema de diamante valuada en 300.000 *livres*) que se convirtió en la amante más cara en la historia de Francia. Hacia finales de 1773, había gastado 18 millones de *livres* del tesoro y el reino estaba tan exhausto como el rey.

Mientras todas estas tramas llegaban a su clímax y el tesoro se tambaleaba en los márgenes de la quiebra, Luis salvó la situación con su muerte. ¿Qué la causó? El narrador reveló el espantoso secreto. Al volverse cada vez menos capaz de excitar al rey en sus últimos días, madame Du Barry se convirtió en alcahueta y para que la asistieran metió jóvenes frescas a la cama del rey. Una de estas chicas, hija de un carpintero y una víctima particularmente renuente, tenía una pequeña infección no detectada de viruela. Se la contagió al rey, él murió, y toda Francia soltó un suspiro de alivio.

La moraleja del relato era clara: un grupo de maleantes se habían apoderado del Estado, habían saqueado al país y habían llevado a la monarquía al despotismo. Nada podía estar más alejado de la historia política que más adelante construyeron los historiadores, por mucho que no estén de acuerdo entre ellos. Las *Anecdotes...* apenas mencionan los asuntos exteriores. No dicen nada sobre el déficit, salvo para deplorar los millones que se gastaron del tesoro para pagar los carruajes de oro y los juegos. Se refieren con frecuencia a la destrucción de los parlamentos, pero sin dar detalles de las reformas de Maupeou o de los debates ideológicos que las acompañaron. La política no aparece en su

relato de la política, como tampoco aparecen cuestiones de principios. La política es simplemente la lucha por el poder y un conflicto de personalidades, una más perversa que la otra. Los choiseulistas no son mejores que los miembros del triunvirato. Ni siquiera los parlamentos se salvan: actúan tan sólo como el único obstáculo a la mano para el despotismo ministerial y su disolución no tuvo nada de heroica. En una ocasión, el texto se refiere favorablemente a un escritor "patriota" cuyo nombre no se menciona, quien aboga por la causa del pueblo,<sup>12</sup> pero no ofrece ningún tipo de información sobre algún partido patriota o sobre algún movimiento de oposición. Si bien el pueblo mismo aparece bajo una luz favorable, permanece en el fondo, padeciendo un mal abastecimiento de pan y una carga excesiva de impuestos. De ahí que el relato no tenga un héroe. Presenta a la Cenicienta como una ramera y al Príncipe Encantado como un anciano perverso. Pero el relato tiene su mensaje: la monarquía francesa ha caído en la variedad más ruin del despotismo ministerial.

A decir verdad, el relato se equivoca. Hoy sabemos que la bancarrota del Estado se debió a una base tributaria inadecuada y a una administración ineficiente antes que a las deudas mal habidas del conde Jean.<sup>13</sup> Pero casi nada sabemos acerca de cómo percibían ellos al Estado. Yo creo que su idea de la política, por sesgada que fuera, era un ingrediente tan crucial de la realidad política como la recaudación del *vingtième* (el impuesto vigésimo): de ahí la importancia de entender la política como folclore.

Desde luego que el texto de *Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry* no es más que un texto, no una fotografía de la opinión contemporánea. Ni siquiera sabemos cómo se

<sup>12</sup> Mathieu-François Pidansat de Mairobert, *Anecdotes...*, op. cit., p. 269.

<sup>13</sup> Véase J. F. Bosher, *French Finances, 1770-1795. From Business to Bureaucracy*, Cambridge, Inglaterra, 1970.

leyó. Pero sí sabemos cómo se dirigía a sus lectores y cómo trabajaba su retórica. Hablando como "historiador", el autor advertía en el prefacio que escribía para "[e]l ciudadano que, alejado de la corte y de sus grandezas por su nacimiento, suspirase por no alcanzarlas". La conocida postura moral —exponer la bajeza y la vanidad de la vida en los estratos superiores— no debiera impedirnos observar una función menos familiar: la del periodista. Ahora que casi todos los momentos de la vida de los grandes se ven proyectados en la sala de la casa de casi cualquier ciudadano, cuesta trabajo imaginar un mundo en el que los grandes vivían sus vidas en un mundo propio, inaccesible para las personas comunes y corrientes, ni siquiera por medio de los periódicos. Ni las gacetas de la corte ni las publicaciones no oficiales incluían demasiada información sobre las maquinaciones internas de Versalles en el siglo xviii.<sup>14</sup> Pero Versalles —la vida privada del rey, los juegos de poder en la corte— fascinaba a los lectores, y para 1770 los lectores constituían un público. Aunque poco sabemos acerca de la forma en la que se desarrolló el público lector, conocemos lo suficiente para afirmar que se trató de un fenómeno de una naturaleza distinta al del público que existía un siglo antes, cuando la corte se retiró de París a Versalles. En los últimos años del reinado de Luis XV, la demanda por la letra de imprenta se había extendido hasta los rincones más apartados del reino; y los lectores de todas partes demandaban novedades.

Nuestro autor escribió para satisfacer esta función. Con frecuencia empleó términos como "público" y "novedades",

<sup>14</sup> Durante el siglo xviii hubo una enorme proliferación de publicaciones y muchas de las publicaciones en francés realizadas fuera de Francia abordaron los asuntos franceses con detalles sin precedentes. Pero eran vulnerables a la censura o a medidas que laceraban su sistema de distribución dentro del reino. Hasta la mejor de ellas, *La Gazette de Leyde*, no divulgó demasiada información sobre las batallas de Maupeou con los parlamentos en 1771-1774.

pero sin definirlos. Al referirse al público, distinguía implícitamente entre dos tipos de audiencias: un público general de "simples ciudadanos" dispersos por todo el reino y un público más sofisticado de parisinos. Su libro lo dirigió primordialmente a los primeros, que poco sabían sobre la vida en *le monde* (la alta sociedad de París); por lo que actuaba como el intérprete de ese público, decodificando y explicando los juegos de palabras, las bromas y las alusiones que daban sazón a lo que se comentaba en la ciudad.<sup>15</sup> Cuando se refería al público de París, evocaba a las personas que conversaban, por lo general en grupos que se reunían en parques y cafés a discutir las novedades del día. Esta gente pertenecía a *la ville* (la ciudad) en contraste con *la cour* (la corte).<sup>16</sup> *La cour* y *la ville* habían desarrollado circuitos de información separados. Pero sus sistemas se incrementaron y juntos produjeron virtualmente todas las noticias que circulaban en el reino.

La típica historia se vinculaba con la costumbre que tenía el rey de divertirse en los *petits appartements* preparando su propio café. Un día en que estaba distraído, el café empezó a hervir, y Du Barry le gritó: "¡Eh! ¡La Francia! ¡Cui-

<sup>15</sup> Por ejemplo, mucho se comentó una canción muy popular en París justo antes de la caída del gobierno de Choiseul. Para la mirada provinciana, la canción consistía únicamente en banalidades inocentes; pero de hecho, tal y como deja en claro la exégesis del narrador, ofrecía un comentario ferozmente antichoiseulista sobre los acontecimientos del momento "cuya agudeza sólo pueden apreciar quienes están en el entendido" (Mathieu-François Pidansat de Mairobert, *Anecdotes...*, op. cit., pp. 129 y 130).

<sup>16</sup> En el siglo xviii, "*la cour et la ville*" era una forma común de describir diferentes medios, aunque interconectados. El autor dejó bien claro que él veía circuitos de información separados con observaciones como ésta: "Mientras que la intriga oculta [el intento por conseguirle una nueva amante al rey en 1772] ocupaba a la gente en la corte, un acontecimiento en la ciudad [un primo de Du Barry se vio implicado en el robo de una gallina] produjo una gran cantidad de chismes y carcajadas entre el público" (Mathieu-François Pidansat de Mairobert, *Anecdotes...*, op. cit., pp. 244 y 245). Véanse señalamientos semejantes en *ibid.*, pp. 108 y 200.



dado! Tu café se va al carajo" ("Eh! La France! Prends donc garde! Ton café fout le camp"). La anécdota ilustra la vulgaridad de Du Barry y el trato familiar que en privado le daba al rey. Esto comenzó como un chisme que extendieron los cortesanos en Versalles; luego un *nouvelliste* parisino dio noticia de él en una gaceta manuscrita; y por último nuestro autor lo recogió como "una anécdota [...] a partir de la cual se puede inferir cuál era entonces la opinión general del público relativo a su dominio [el de Du Barry] sobre el rey".<sup>17</sup> El texto no ofrecerá una descripción social o una elaboración conceptual; pero al igual que otros textos de esta naturaleza, parte del supuesto de que existía realmente un público y que sus opiniones tenían una influencia relevante en la política, aun cuando la política sucediera en la corte de una monarquía supuestamente absolutista.

Las noticias llegaban en muchas formas. Pero nuestro autor estaba interesado por las más picantes, en la forma de *chroniques scandaleuses*, anécdotas unidas una tras otra para crear un relato ininterrumpido de fechorías y malversaciones. Las anécdotas funcionaban a partir del principio, aún familiar en el periodismo popular, de que los nombres hacen noticias, por lo que se concentraban en las figuras más célebres del reino. Sus autores —conocidos como *nouvellistes*, *gazetiers* y *gens à anecdotes*— se comportaban como los ancestros de los indagadores reporteros de hoy. Olfateaban los escándalos en los estratos elevados. Pero no hay que forzar demasiado el paralelismo con el periodismo moderno porque los periodistas de comienzos de los tiempos modernos no pertenecían a la profesión. Muchos coleccionaban anécdotas por puro gusto. Las anotaban en pedazos de papel, las intercambiaban entre ellos y las guardaban en portafolios, los cuales sacaban, para regalar con ellas a sus

<sup>17</sup> Mathieu-François Pidansat de Mairobert, *Anecdotes...*, op. cit., p. 215. Para otros usos del término *le public*, véanse pp. 72, 152 y 331.

amigos, en los cafés y en los salones. Al reunir sus anécdotas en un boletín, el *nouvelliste* creaba una gaceta manuscrita (*gazette à la main*); y al imprimirlas, un editor producía una *chronique scandaleuse*.

Como su título lo señala, *Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry* debe mucho a estas gacetas clandestinas. Las cita constantemente. De hecho, luego de las primeras setenta páginas, que cubren la biografía de Du Barry hasta su instalación en Versalles, con dificultad se aparta de ellas. A diferencia de *Thérèse philosophe* y *L'An 2440*, cuyos relatos están fragmentados en capítulos breves, este libro no tiene capítulos. Consiste de puras anécdotas que fluyen hacia el lector en un chorro continuo de 346 páginas.<sup>18</sup> En este sentido, las *Anecdotes...* se leen como la más famosa de las *gazettes à la main* impresa, *Mémoires secrets pour servir à l'histoire de la république des lettres en France*, que asimismo se atribuye a Pidansat de Mairobert. Mairobert y sus colaboradores bien pudieron extraer trozos escogidos sobre Du Barry de su *gazette* mayor o de sus colecciones de anécdotas, las juntaron con pasajes prosísticos nuevos y los publicaron como libro, en parte biografía, en parte *chronique scandaleuse*. Como quiera que fuera el procedimiento, el resultado por momentos tiene la apariencia de un cuaderno de recortes. Contiene tal cantidad de materiales disparatados que a veces se pierde el hilo narrativo principal. Pero su calidad de collage lo vuelve particularmente interesante, toda vez que muestra la forma en la que se construía una imagen de los acontecimientos a partir de todos los pedazos de noticias que circulaban en aquella época. De hecho, las *Anecdotes...* describen este proceso: no sólo ofrecen información sino también in-

<sup>18</sup> No he comparado ediciones. El texto que he estudiado, que lleva la dirección "chez John Adamsohn", 1771, en su portadilla, en la página 198 se divide en dos partes, aunque la paginación es continua y al parecer no hay razón aparente para hacer un corte en ese punto.

formación sobre la información, llevando al lector al corazón del sistema de comunicación que esto activaba.

En primer lugar, considérese la naturaleza de las mismas anécdotas. En las *Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry* así como en las *Mémoires secrets...*, aparecen como breves boletines o "flashes" informativos. El rey prepara su propio café y Du Barry hace un comentario vulgar cuando se le derrama. El nuncio papal y el cardenal de la Roche-Aymon se presentan en las habitaciones reales para tratar un negocio y sostienen las zapatillas de Du Barry cuando ella sale, desnuda y risueña, de la cama del rey. Con el propósito de halagar a Du Barry, Maupeou le obsequia a Zamore, su sirviente negro, un pastel. Cuando Zamore lo corta, de su interior salen volando un puñado de abejorros. Se posan en la peluca del canciller; y al perseguirlos, Zamore termina quitándole la peluca, dejando al descubierto la calva del "jefe supremo de la justicia del rey" ante el coro de las damas de compañía que reía a carcajadas.<sup>19</sup> Cada uno de los incidentes asume la forma de un relato breve y cada relato es portador del mismo mensaje: todo lo sublime —la Iglesia, la judicatura, el trono— se ha devaluado debido a la devaluación general de la corte.

Los mismos relatos lo demuestran mejor que cualquier comentario abstracto. Aunque también aparecen algunos comentarios, en forma de *bons mots*, bromas y canciones; y ellos también constituyen noticias. Así, se dice que el Delfín rechazó una invitación a cenar con Du Barry contestando: "Madame, el Delfín no fue hecho para comer con una puta".<sup>20</sup> Y el marqués de Chabillant saluda la noticia de la presentación en la corte de Du Barry con un grito de júbilo sobre su enfermedad venérea: "¡Ah mi feliz *chaude pisse!*"

<sup>19</sup> Mathieu-François Pidansat de Mairobert, *Anecdotes...*, op. cit., p. 147. Las otras anécdotas se pueden localizar en *ibid.*, pp. 215 y 223.

<sup>20</sup> *Ibid.*, p. 284.

[EV] [...] Ella fue quien me la pegó, y me ha de compensar por eso".<sup>21</sup> La mayoría de las canciones funcionan como variaciones del mismo tema:

Todos los lacayos la poseyeron  
Cuando andaba por la calle,  
La oferta de veinte *sols*  
de inmediato la hacía aceptar.

[Tous nos laquais l'avaient eue,  
Lorsque traînant dans la rue,  
Vingt sols offerts à sa vue  
La déterminaient d'abord.]<sup>22</sup>

El reportaje completo, los incidentes lo mismo que los comentarios, ilustran un *leitmotiv* representado por la propia Du Barry: la degeneración de la monarquía.

Por lo tanto, los boletines de novedades anecdóticas realizan la misma función a una escala menor que la narrativa del libro como un todo. Reducen la compleja política del Antiguo Régimen a una línea narrativa que cualquier lector puede entender a la distancia que sea que se encuentre del centro de la acción. Y al mismo tiempo que relata la historia, el narrador reflexiona sobre el proceso de la narración misma. Muestra la forma en la que fluyó la información a través de los diversos medios de la capital y cómo es que el periodista-historiador debe cribarla para realizar dos tareas: entender lo que sucede y entender la forma en la que se entendía lo que estaba aconteciendo. Por tanto, un segundo relato transpira a lo largo del primero, un relato que delinea la formación de la opinión pública. Está dirigido al lector avezado, tal y como el primer relato se dirige al lector

<sup>21</sup> *Ibid.*, p. 185.

<sup>22</sup> *Ibid.*, p. 167.



común y corriente. Sofisticadas y simples a la vez, reflexivas y reduccionistas, las *Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry* ofrecen una imagen extraordinariamente rica de las noticias y del proceso de comunicación de hace dos siglos.

Su riqueza se puede apreciar examinando la manera en la que el autor cubre la ofensiva choiseulista en contra de Du Barry durante sus primeros meses como amante de Luis XV. Empieza citando un *vaudeville* o canción popular, "La Borbonesa". La letra, compuesta para ser cantada con una tonada bien conocida, contiene una de las primeras alusiones que se hicieron en público a la llegada a la corte de Du Barry:

De campesina  
Es ahora dama  
[...]  
Se dice, por mi fe,  
¡Que ha gustado al rey!

[De paysanne  
Elle est dame à présent  
[...]  
On dit qu'elle a, ma foi,  
Plu même au Roi!]<sup>23</sup>

¿Cómo debemos interpretar este fragmento informativo? Nuestro autor está menos interesado en lo que dice que en la forma en la que es transmitido y recibido. Su cruda versificación no merece el reconocimiento de los *connoisseurs* parisinos, pero en las provincias sí cae bien. Al menos ésa es la opinión que expresa una de las gacetas manuscritas que nuestro autor consiguió y que cita así: "aunque el texto sea muy insípido y la melodía absolutamente tonta, ha lle-

<sup>23</sup> Ésta y las siguientes citas provienen de Mathieu-François Pidansat de Mairobert, *Anecdotes...*, op. cit., pp. 71-77.

gado hasta los límites de Francia y se canta hasta en los pueblos. No puede uno viajar a parte alguna sin oírla".

La gaceta asimismo ofrece información sobre la forma en la que esta canción circula por París: "Los coleccionistas de anécdotas (*gens à anecdotes*) no han tardado en recogerla y en añadirla a sus cuadernos con todos los comentarios necesarios para comprenderla y hacerla inestimable para la posteridad." ¿Por qué tanto escándalo sobre una composición tan mediocre? Quienes están en el entendido saben que la canción anuncia un acontecimiento mayúsculo: la llegada de una nueva amante real. Pero nuestro autor sabe aún más cosas.

El punto de partida de nuestro autor es este supuesto: las canciones populares son armas en las luchas por el poder, pues el poder tiene que ver con la reputación y las canciones son "el medio de difamación más seguro, dañino e indeleble".<sup>24</sup> Más adelante señala que la primera vez que apareció "La Borbonesa" fue con la aprobación del teniente general de la Policía, Antoine-Gabriel de Sartine, en un cartel fechado el 16 de junio de 1768. Nuestro autor la cita, al parecer a partir de esta fuente, observando que la octava estrofa, que se aplica más explícitamente a Du Barry, no existe en ninguna versión impresa. Es claro que él consideró detenidamente todas las modalidades en las que apareció este texto: como lo cantaban en las calles, como fue impreso en carteles, como era discutido en los cafés y como lo repetían las gacetas clandestinas. Al proceder así, toma en consideración el hecho de que una parte de lo clandestino pasa por los cuarteles de la Policía. En lugar de intentar la imposible tarea de erradicar todas las *gazettes à la main*, la Policía intentaba controlarlas permitiendo que circularan copias prohibidas. Por lo tanto, el informe sobre "La Borbonesa" en la gaceta manuscrita re-

<sup>24</sup> *Ibid.*, p. 87.

sultaba tan revelador como el texto de la canción misma: "Puede imaginarse que hubiese resultado difícil la circulación de un boletín semejante en París si el gacetero no hubiese sido secretamente incitado por un protector poderoso." Conclusión: tanto la canción como las anécdotas sobre ella pertenecen a una campaña de desprestigio orquestada por el más obvio de los enemigos de Du Barry en la corte, el duque de Choiseul.

El giro choiseulista en la noticia no la vuelve falsa, sino más interesante. Por lo que nuestro autor observa cuidadosamente cuanto se informa en "la publicación manuscrita que con frecuencia nos guía al reunir los hechos de nuestra historia".<sup>25</sup> Si bien cita numerosas fuentes, hace referencia muchas veces a la "publicación manuscrita", "nuestro manuscrito" y "el valioso manuscrito", como si se respaldara en una *gazette à la main* principal al armar esta narración.<sup>26</sup> Algunas de estas referencias, aunque no todas, coinciden con las entradas en las *Mémoires secrets*...<sup>27</sup> De ahí que las *Anecdotes*... y las *Mémoires secrets*... recurrieran a la misma fuente en el periodismo clandestino. Sólo que nuestro autor emplea esta fuente para determinar el sesgo de los hechos antes que los hechos mismos.

<sup>25</sup> Mathieu-François Pidansat de Mairobert, *Anecdotes*..., *op. cit.*, p. 215.

<sup>26</sup> Las citas provienen de *ibid.*, pp. 203, 221 y 300, respectivamente. Véanse observaciones semejantes en *ibid.*, pp. 131 y 203.

<sup>27</sup> Las primeras dos referencias en las *Anecdotes*... a la "publicación manuscrita" coinciden exactamente con las entradas en las *Mémoires secrets*..., y una referencia posterior varía sólo ligeramente en su fraseo: véase *Anecdotes*..., *op. cit.*, pp. 71, 72 y 203; y *Mémoires secrets*..., *op. cit.*, entradas del 15 de octubre de 1768, 30 de noviembre de 1768 y 26 de diciembre de 1771. (Los pasajes en las *Mémoires secrets*... se pueden localizar mejor por fecha que por página, debido a las variaciones en las ediciones.) Pero otras siete referencias no tienen su contraparte en las *Mémoires secrets*... Aparecen en las pp. 81, 82, 83, 131, 215, 221 y 300 de las *Anecdotes*..., por lo que parece probable que ambas obras se apoyaran en la misma fuente general de información, si bien es imposible determinar qué se derivó de qué en los canales del periodismo clandestino.

Así, luego de citar informes en la *gazette à la main* de octubre y noviembre de 1768 sobre la campaña de difamación en contra de Du Barry por medio de las canciones, reproduce tres artículos de sus entregas de diciembre, los cuales tienen que ver con los rumores relativos a su presentación en la corte. El primero lo interpreta como un ataque frontal, "astuto y lleno de malicia", inspirado por los choiseulistas.<sup>28</sup> El segundo revela un cambio en la estrategia y en el tono. Elogia a Du Barry, sólo que de una manera que debe tomarse como una señal de alarma para el campo de Choiseul: la belleza de la nueva amante es tal y tan fuerte el control que tiene sobre el rey que en breve todos los *protégés* de Choiseul serán expulsados si no unen sus fuerzas en la defensa de su dirigente. Y el tercer artículo es genuinamente favorable a Du Barry, de suerte que es claro que tanto el gacetillero como la Policía ahora se pliegan a lo que se ha vuelto un cambio irreversible de poder, si bien aún es invisible.<sup>29</sup>

Mientras tanto, actuando como gacetillero por su propia cuenta, el narrador procede a informar sobre los chismes de café de todo tipo que ennegrecen la reputación de Du Barry tan pronto ella empieza a emerger como una figura pública. Ofrece su propia transcripción de otra "Borbonesa", bastante más fuerte que la primera. Utiliza la misma tonada para dar un elogio sarcástico de las destrezas sexuales de Du Barry. Luego de dominar las dieciséis posturas clásicas de Aretino y todo lo demás que haya que aprenderse en los burdeles de París, Du Barry ha logrado revivir al "viejo disoluto" en el trono.<sup>30</sup> Una canción similar se mofa de la claudicante energía sexual del rey. En un relato pro Choiseul de una reunión del consejo del rey, Luis le dice a Maupeou:

<sup>28</sup> *Ibid.*, p. 82.

<sup>29</sup> *Ibid.*, pp. 81-84.

<sup>30</sup> *Ibid.*, pp. 75 y 76.



Choiseul hace brillar mi corona  
Del Báltico al Archipiélago;  
Ése es el empleo que le doy:  
Vos, ocupaos de mi b... [burdel].

[Choiseul fait briller ma couronne  
De la Baltique à l'Archipel;  
C'est là l'emploi que je lui donne:  
Vous, prenez soin de mon B... (Bordel)].

Y Maupeou responde:

¡Si yo pudiera en vuestra cama  
Reafirmar vuestro p...! [pito]

[Que ne puis-je en votre ruelle,  
Raffermir aussi votre V...! (Vit)]<sup>31</sup>

La catarata de "rumores, quejas, indignaciones" que se expresaban en "epigramas, canciones y pasquines"<sup>32</sup> asimismo incluían los impresos. Nuestro autor no los puede reproducir, pero sí describe su carácter. Uno de ellos se refiere a una declaración de los magistrados en el Parlamento de París relativa a que se oponen al monarca sólo por el bien de la monarquía y que sacrificarían sus riquezas, sus libertades e incluso sus cabezas por tan noble causa. El impreso muestra al primer presidente del Parlamento presentando una ofrenda ritual al rey y sus ministros: bolsillos para Terray, cabezas para Maupeou y penes para Du Barry.<sup>33</sup> El descontento asume sobre todo la forma de bromas, las cuales nuestro autor, al igual que la mayoría de los cronistas de escán-

<sup>31</sup> Mathieu-François Pidansat de Mairobert, *Anecdotes...*, op. cit., p. 160.

<sup>32</sup> *Ibid.*, p. 159.

<sup>33</sup> *Ibid.*, p. 160.

dalos, reporta como *on dits* ("se dice"), atribuyéndolas al omnipresente *on* que habla en nombre del público en general. De ahí uno de los juegos de palabras más subidos de color a costa del nombre de Du Barry: "Se dice [*on dit*] también que ahora el rey es capaz de llenar un barril [*baril*, pronunciado como 'Barry']".<sup>34</sup> A partir de las descripciones, es fácil imaginar una broma recurrente entre los bebedores en una taberna:

PREGUNTA: ¿Por qué la condesa Du Barry es la mejor callejera de París?

RESPUESTA: Porque no necesitó más que un paso para llegar del Pont-Neuf al trono.<sup>35</sup>

En este caso el *on* es un parisino. Para entender la broma, un lector de provincias requería de alguna explicación. De ahí que nuestro autor la ofrezca: "El Pont-Neuf es un lugar de París donde hay cantidades de prostitutas, y el Trono es una puerta algo distante, en la entrada del Faubourg Saint-Antoine".<sup>36</sup>

En pocas palabras, el narrador produce noticias y comentarios simultáneamente; más adelante comenta el comentario, con lo que así le da forma a un texto que lo mismo dice sobre la manera en que circulaban las noticias que sobre la que era la noticia. Ésta circulaba por todos los medios de la época, visuales (impresos, carteles, grafitis), orales (bromas, rumores, canciones) y escritos (gacetas manuscritas y panfletos impresos). Y a partir de su aparición en las *Anecdotes...*, esto se puede leer no sólo como un intento por influir en la opinión pública sino también como un relato sobre el modo en que la opinión pública cobró forma.

<sup>34</sup> *Ibid.*, p. 76.

<sup>35</sup> *Ibid.* En este caso adapté el texto al formato de pregunta/respuesta.

<sup>36</sup> *Ibid.*

Desde luego que se trata de una narración tendenciosa. Al escribir las *Anecdotes...*, el autor participaba en el proceso que describía, por lo que sus descripciones no pueden tomarse por objetivas y exactas. De hecho, en distintos lugares dejó en claro sus puntos de vista, al salirse de la retórica usual y dirigirse al lector en el tono de la indignación moral. "Ya era tiempo de que terminaran tantas depredaciones", exclamó al empezar a narrar la muerte del rey.<sup>37</sup> Se burló de todos los partidos en la corte y de todas las personas de la vida pública, incluso de los ministros, las amantes y del rey. El problema básico, tal y como él lo presentó, iba más allá de la influencia de los individuos. Era sistemático, un asunto de corrupción en el corazón de la monarquía, de la misma monarquía.

A decir verdad, la denuncia de la corrupción puede pasarse por alto como otra forma de la retórica. Los moralistas han perorado sus jeremiadas en contra de los monarcas desde el tiempo de los profetas del Antiguo Testamento y los parisinos ya habían dicho pestes de sus ministros siglos antes de que intercambiaban *pasquinades* sobre el gobierno de Luis XV. ¿Todas las aseveraciones sueltas y los apuntes morales en las *Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry* ofrecen realmente una acusación al régimen? La pregunta plantea un sinnúmero de problemas distintos que se discutirán en el siguiente capítulo. Éste lo quisiera terminar ensayando una conjetura extrema: las *Anecdotes...*, a mi parecer, no fueron sólo anecdóticas; fueron revolucionarias.

Sin embargo, por "revolucionarias" no me refiero a que anticiparan o promovieran algo como la Revolución Francesa. Lo que quiero decir con eso es que atacaron la legitimidad de la monarquía borbónica en sus mismos cimientos. Contar relatos sobre la vida sexual de los reyes no era en sí

<sup>37</sup> Mathieu-François Pidansat de Mairobert, *Anecdotes...*, op. cit., p. 325. Otros ejemplos de abiertas exclamaciones partidistas en *ibid.*, pp. 151 y 164.

mismo sedicioso. Las amantes de Francisco I, Enrique IV y Luis XIV (salvo por madame de Maintenon) se llegaron a celebrar como conquistas, como las victorias en una guerra. Eran la demostración de la virilidad del rey y proveían un noble deporte, ya que ellas mismas eran nobles, grandes damas como las que se celebraban desde el tiempo de los trovadores. Du Barry era una puta. Cualquiera se pudo haber metido con ella a cambio de unos centavos antes de que la soltaran en Versalles, tal y como se insistía en los *libelles*. Muchos lo llegaron a hacer, hasta el más humilde de los lacayos. En lugar de demostrar la fortaleza del rey, en los *libelles* ella se destacaba como el símbolo de la debilidad del rey y, lo que es peor, de la degradación del trono. Así, Du Barry no fue más que una herramienta, empleada para revivir la energía agonizante de un viejo perverso en la sórdida política de una corte depravada.

No sólo en los detalles que el narrador seleccionó para su propia "historia" se aprecia claramente la dimensión simbólica del relato, sino también en las obscenidades del habla callejera que ella registra. "La Borbonesa", por ejemplo, pone el acento en los símbolos de la monarquía al ofrecer un recuento de la utilización de las técnicas de burdel por parte de Du Barry para ganar el control del rey:

En una buena casa  
Tomó lecciones,  
En lo de Gourdan, en lo de Brisson;  
Lo sabe todo.  
[...]  
El rey exclama:  
¡Qué talento, Ángel!  
[...]  
Ven a mi trono,  
Te quiero coronar,  
Te quiero coronar,  
Ven a mi trono:



Como cetro toma mi p... [pito]  
¡Está vivo, está vivo!

[Elle a pris des leçons  
En maison bonne,  
Chez Gourdan, chez Brisson;  
Elle en sait long.

[...]

Le Roi s'écrie;  
L'Ange, le beau talent!

[...]

Viens sur mon trône,  
Je veux te couronner,  
Je veux te couronner,  
Viens sur mon trône:

Comme sceptre prends mon V... (Vit)  
Il vit, il vit!<sup>38</sup>

La flacidez del pene real le ofreció a los cantantes callejeros uno de sus temas predilectos:

En las flores de lis verás  
Una vieja infanta afable,  
Alumna de la Pâris [otra madama parisina]  
Sostenerle el p... cual batuta.

Al rey de reyes lo verás  
Arrodillado ante la condesa,  
Que tu amante pudo ser  
Tiempo atrás por un *écu*.

Un centenar de suertes ensaya  
En su lúbrico comercio

<sup>38</sup> Mathieu-François Pidansat de Mairobert, *Anecdotes...*, op. cit., p. 76.

Para mover los engranajes  
De su vieja maquinaria.

Pero en vano el rey  
Recorre a la gran sacerdotisa;  
Justo a la mitad del acto  
Vuelve a su flacidez.

De esta insuficiencia, se dice,  
Ella en secreto se queja;  
Pero con la ayuda de D'Aiguillon  
Se compensa.

A la primera infección que le pega  
Nuestro Señor, con sus oraciones,  
La manda a vivir  
A Salpêtrière.

[Vous verrez sur les fleurs de lys  
Un vieil enfant débonnaire;  
Une élève de la Pâris  
Tient son v... pour lisière

Vous verrez le doyen des rois  
Aux genoux d'une comtesse  
Dont jadis un *écu* tournois  
Eût fait votre maîtresse

Faire auprès d'elle cent efforts  
Dans la route lubrique,  
Pour faire mouvoir les ressorts  
De sa machine antique.

Mais c'est en vain qu'il a recours  
A la grande prêtresse;

Au beau milieu de son discours  
Il retombe en faiblesse.

De cette lacune, dit-on  
En son âme elle enrage;  
Mais un petit coup d'Aiguillon  
Bientôt la dédommage.

Au premier bobo qu'il aura,  
Notre bon Sire, en prière,  
Pieusement la logera  
A la Salpêtrière.]

A manera de exégesis, el narrador añade: "Se creía por todas partes en Versalles que la favorita se acostaba con el duque D'Aiguillon: ya estaba escrito para Luis XV el que su amante lo engañara".<sup>39</sup>

El trono, la corona, las flores de lis aparecen junto a la parafernalia lúbrica. El cetro se ve tan débil como el pene del rey y éste se ve reducido a un personaje de cajón en un chiste obsceno. Es un viejo lujurioso, impotente y cornudo. Al burlarse del cuerpo del rey, Du Barry le ha extraído su carisma y ha vaciado el poder del aparato simbólico de la monarquía.

Esta interpretación acaso parezca extravagante sólo si olvidamos que en el siglo XVIII el cuerpo del rey seguía siendo sagrado para muchos franceses. Muchos creían que con sólo tocarlo se podían curar la escrófula. De ahí que cuando los franceses cantaban en la calle la impotencia de Luis XV, golpeaban las raíces religiosas de su legitimidad. En lugar de un monarca divino, difundían la idea de un "tirano exangüe":

<sup>39</sup> Mathieu-François Pidansat de Mairobert, *Anecdotes...*, op. cit., p. 259.

No eres más que un débil tirano,  
Un vil autómeta imbécil,  
El esclavo de la Du Barry,  
Desde el Ganges hasta el Támesis  
Se burlan y se mofan de ti.

[Tu n'es plus qu'un tyran débile,  
Qu'un vil automate imbécile,  
Esclave de la Du Barry;  
Du Gange jusqu' à la Tamise  
On te honnit, on te méprise.]<sup>40</sup>

La desacralización del rey se expresó con la mayor fuerza en una parodia del *Pater Noster*:

Padre Nuestro que estás en Versalles. Aborrecido sea tu nombre. Tu reino está quebrantado. Tu voluntad no se hace ni en la tierra ni en el cielo. Devuélvenos nuestro pan de cada día que nos has quitado. Perdona a tus parlamentos que han ido contra tus intereses como perdonaste a tus ministros que los han vendido. No te dejes caer en la tentación de la Du Barry. Y líbranos del mal del canciller. Amén.<sup>41</sup>

Los franceses ya no podían ver a su rey ni como padre ni como dios. Había perdido las últimas trazas de legitimidad. Al menos ése era el mensaje que transmitía la estridencia pública de París tal y como la recogió uno de los libros más difundidos del tiempo anterior a la Revolución. Los lectores y los escuchas, ¿se limitaban a reírse y a estremecerse con eso? No lo sabemos. Sólo tenemos el testimonio de otro libro, *Remarques sur les Anecdotes de la Madame la comtesse du Barry* (1777), que circuló en los días del primero. Éste

<sup>40</sup> *Ibid.*, p. 211.

<sup>41</sup> *Ibid.*, p. 153.



también citaba el *Pater Noster* y luego, a manera de comentario, describía las *Anecdotes...* como

un libelo difamatorio en contra del Estado, que en su sátira no se queda a mitad del camino, sino que llega hasta el trono y ataca directamente al rey [...]. En Inglaterra, en donde el rey no es sino el primer ciudadano de la república, una sátira tan antimonárquica no funciona. Pero en una monarquía absoluta, en la que la autoridad del príncipe es la ley suprema, todo lo derrumba, pues golpea a la constitución misma.<sup>42</sup>

¿Es posible tomar literalmente estas observaciones? Ciertamente que no. Sólo ofrecen una interpretación de la interpretación, y de hecho son parte de otro *libelle*. Por lo que ahora es preciso considerar la dimensión más amplia del problema y dejar el relato de Du Barry ahí donde lo encontramos, atrapado en medio de una maleza de textos.

<sup>42</sup> *Remarques sur les Anecdotes de Madame la comtesse du Barry. Par Madame Sara G...*, Londres, 1777, pp. 106 y 107.

## TERCERA PARTE

### LOS LIBROS ¿PROVOCAN REVOLUCIONES?

## VI. DIFUSIÓN *VERSUS* DISCURSO

UNA vez fuera de esta maleza de textos, estadísticas y testimonios de época, tal vez al lector le urja detenerse, recuperar el aliento y preguntar qué es lo que está en juego en un estudio tan detallado. La pregunta de Mornet, con la que empezamos, incumbe a algunas de las preguntas en verdad relevantes de la historia moderna. ¿Cómo fue que estas ideas penetraron en la sociedad de hace dos siglos? ¿Cuál fue la relación entre la Ilustración y la Revolución Francesa? ¿Cuáles fueron los orígenes intelectuales de la Revolución? A decir verdad, esos temas son tan complejos y han sido abordados con tanta frecuencia que tal vez nunca brinden respuestas definitivas. Nosotros no los podemos resolver nada más señalando la existencia de un corpus de libros prohibidos y añadiendo los números en nuestra lista de *best sellers*. Por el contrario, creo que debemos reprimir el deseo de soluciones definitivas. Los problemas relevantes en la historia involucran tal cantidad de experiencia humana que es imposible reducirla a denominadores comunes. Al lidiar con esos problemas, el historiador trabaja como una persona que establece un diagnóstico en busca de patrones a partir de los síntomas antes que como el médico que convierte los datos duros en conclusiones definitivas.

Sólo que algunos diagnósticos son más exactos que otros. Aun cuando no seamos capaces de recrear el mundo literario de Francia antes de la Revolución en toda su complejidad, sí somos capaces de identificar los libros que en efecto circularon fuera de la ley. Y una investigación a fondo de la literatura prohibida deberá acercarnos más al entendimiento de la caída del Antiguo Régimen. Eso tal vez



hasta ayude a organizar una parte de la confusión que ha caído sobre la historia intelectual en general. Quisiera ensayar una organización preliminar y luego sugerir algunas formas en las que el estudio de los libros prohibidos se puede conectar con las preguntas clásicas sobre los orígenes de la Revolución Francesa.

En retrospectiva parece ser claro que hacia el final del decenio de 1960 ocurrió una división en la historia intelectual. Por un lado, los académicos atraídos por la historia social se lanzaron en busca de temas tales como la difusión de la ideología, la cultura popular y las *mentalités* colectivas. Por el otro, los académicos que se inclinaban hacia la filosofía se concentraron en el análisis de los textos, de la intertextualidad y los sistemas lingüísticos que constituyeron escuelas de pensamiento. La bifurcación y los ramales produjeron una profusión de campos especializados, pero se destacaron dos tendencias principales, una a cada lado de las dos divisiones principales. Una de ellas se puede caracterizar como "estudios de difusión". Este campo supuso en especial la investigación de los libros y la letra impresa como una fuerza en la historia, y tuvo su hogar intelectual en París, en donde Henri-Jean Martin, Roger Chartier, Daniel Roche, Frédéric Barbier y otros hicieron de la *histoire du livre* ("historia del libro") una disciplina particular. La segunda tendencia se conoció como "análisis del discurso". Ésta tenía que ver con la historia del pensamiento político y floreció en Cambridge, Inglaterra, en donde John Pocock (un neozelandés que más adelante emigró a los Estados Unidos), Quentin Skinner, John Dunn y Richard Tuck transformaron el entendimiento de la cultura política en el mundo de habla inglesa.

Cada una de estas tendencias tuvo sus fortalezas y sus debilidades. Los difusionistas desafiaron la perspectiva de la historia literaria respaldada en las grandes obras y autores. Si los académicos anteriores se habían concentrado en el ca-

non de clásicos, ellos trataron de reconstruir la cultura literaria en su totalidad. Trazaron los cambios en la producción del libro como un todo, estudiaron los géneros populares como los *chapbooks* y los almanaques, examinaron el papel de los editores y de los libreros así como el de los autores y echaron a andar la investigación de la recepción y de la lectura. En las maneras de concebir sus temas, se respaldaron en las obras de algunos sociólogos, sobre todo en las de Pierre Bourdieu, Norbert Elias y Jürgen Habermas. En sus formas de trabajo, privilegiaron el análisis cuantitativo y los métodos de la historia social desarrollados en la escuela de los *Annales*. Su meta, al igual que las de sus compañeros de ruta entre los *Annalistes*, era la de desarrollar una "historia total", una historia que fuera social, económica, intelectual y política al mismo tiempo. En muchos sentidos sí lograron cumplir con esa meta. Si su éxito se puede medir por la influencia de sus investigaciones, se les debe reconocer que establecieron los patrones que se han emulado por todo Occidente —desde la publicación del primer tomo de *Livre et société*, editado por François Furet, en 1965, hasta la aparición del último tomo de *Histoire de l'édition française*, editado por Henri-Jean Martin y Roger Chartier en 1986—. Pero los historiadores parisinos del libro también se metieron en problemas, algunos de los cuales eran herencia de los estudios sobre la difusión que Daniel Mornet desarrolló a comienzos del siglo xx. El modelo Mornet operó como una cafetera francesa: asumía que las ideas bajaban desde la elite intelectual hasta el público amplio y que una vez que las absorbió el cuerpo político estimularon el espíritu revolucionario, esto es, que funcionaron como una causa necesaria, si bien no suficiente, de la Revolución Francesa.

En manos de Mornet, la idea de la historia intelectual como una suerte de descenso condujo a un *tableau* de la vida cultural en el Antiguo Régimen maravillosamente rico. Su *Les Origines intellectuelles de la Révolution française*

(1933) funcionó como una especie de mapa para buena parte de la investigación que realizaron los historiadores de los *Annales* después de la Segunda Guerra Mundial —sobre las academias de las provincias, la educación, la francmasonería, los intelectuales, el periodismo, las librerías, la des-cristianización y la opinión pública, así como también sobre la publicación y el comercio del libro—. Sólo que Mornet apretó todo este material en el interior de un marco bien estrecho. Todo caía sobre el mismo patrón, demostrando un movimiento lineal de la Ilustración hacia la Revolución. Al final, por lo tanto, el argumento de Mornet se volvió tautológico. Asumía que la causa era el efecto, llevando su razonamiento de 1789 hacia atrás hasta llegar a un punto de partida en las mentes de Voltaire y los otros librepensadores de principios de siglo. No obstante que este argumento ponía el acento en los intermediarios culturales y en las instituciones sociales, la versión de Mornet de la historia intelectual se podía reducir a fin de cuentas a la fórmula que quería atacar. En el último análisis, la Ilustración había sido timoneada por los grandes libros de los grandes hombres y la Revolución había sido inspiración de la Ilustración: seguía siendo *la faute à Voltaire, la faute à Rousseau*.

Con el fin de sacudir los límites impuestos por el modelo de Mornet, los historiadores a los que se asocia con los *Annales* han pasado de la historia intelectual a la historia sociocultural. Daniel Roche, Roger Chartier, Jacques Revel, Arlette Farge, Dominique Julia y Michel Vovelle (un compañero de ruta, pues no es exactamente miembro de la escuela de los *Annales*) han estudiado las actividades culturales como fenómenos sociales sin reducirlos a la influencia de las ideas de la Ilustración. La obra de todos ellos es lo suficientemente buena para defenderse sola, pero no enfrentó el desafío de la pregunta original de Mornet, que se niega a desaparecer: si los orígenes intelectuales de la Revolución no se pueden identificar con la Ilustración, ¿qué eran?

En un intento reciente por encarar este desafío, Roger Chartier ha sostenido que los orígenes no fueron del todo intelectuales sino culturales. Chartier cita en primerísimo lugar una expansión en el ámbito de la vida privada y más adelante una serie de cambios de otro tipo: la secularización de la religión, un incremento del litigio entre las clases más bajas, un descenso en la participación en los rituales públicos del rey y en especial la influencia de la literatura en el desarrollo de lo que Jürgen Habermas llama la "esfera pública burguesa". Pero aunque Chartier entreteje estos argumentos unos con otros en una síntesis maravillosamente rica de las investigaciones sobre el Antiguo Régimen, nunca las conecta con el estallido de la Revolución.<sup>1</sup>

La "esfera pública burguesa" no funcionará como una conexión. Traducida del alemán (*bürgerliche Öffentlichkeit*) al francés como "espacio público" (*espace public*) se la reificó como si se tratara de un fenómeno verdadero que produce sus efectos en la historia. Habermas en modo alguno se refería a eso. Usó *Öffentlichkeit* ("public" ["público"], "publicity" ["publicidad"] o "publicness" ["lo público"] en inglés) de manera metafórica para destacar el juego entre la opinión pública y las formas de comunicación en la sociedad moderna. Por "burgués" Habermas se refería a algo más sólido: la clase conquistadora de la historia social marxista. Pero desde 1962, cuando Habermas publicó originalmente su tesis, los historiadores por lo general ya habían abandonado la noción de una burguesía en ascenso como una explicación de la Revolución Francesa. ¿Por qué en su lugar habrían de adoptar el ascenso de la "esfera pública burguesa"?<sup>2</sup>

<sup>1</sup> Roger Chartier, *Les Origines culturelles de la Révolution française*, París, 1990; véanse en particular pp. 25-35 [trad. esp.: *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*, Barcelona, Gedisa, 1995].

<sup>2</sup> "Bürgerlich" también plantea problemas de traducción, pues en alemán *Bürger* significa "ciudadano" y "burgués". Pero la deuda de Habermas



Otros elementos de la historia sociocultural tienen más sustancia, pero ellos también parecen no conectarse con los acontecimientos de 1787-1789. Bien pudieron darse cambios en las actitudes hacia la familia, la vida privada, la vida después de la muerte, la literatura, los maestros de los oficios y hasta las ceremonias reales sin que ellas dispusieran a los franceses a derrocar al Antiguo Régimen. Tales cambios ocurrieron en todo el occidente de Europa, sobre todo en países como Inglaterra y Alemania que no estallaron en una revolución. Tales cambios probablemente pertenecieran a una transformación general de la idea del mundo —algo cercano al “desencanto del mundo” de Max Weber— que ocurrió sobre un amplio espacio temporal en todo Occidente. ¿Por qué identificarlos con la revolución en Francia? ¿Por qué su plantarlos con la Ilustración, el jansenismo y el constitucionalismo parlamentario en un relato sobre los orígenes de la Revolución Francesa? Después de todo, los revolucionarios remontaban sus principios a Montesquieu, Voltaire y Rousseau. No asociaron la caída del Antiguo Régimen con nada tan nebuloso como la expansión en la esfera pública de la vida privada; y una vez que se hicieron del poder, los revolucionarios hicieron todo lo posible por subordinar el espacio privado a las amplísimas demandas del Estado.

Claro, los “orígenes” siempre se reconstruyen retrospectivamente y muchos de ellos escapan a la conciencia de sus contemporáneos. Tal vez, como sostiene Chartier, los revo-

con una historia social marxista pasada de moda queda de manifiesto a lo largo de su libro. Si bien su argumento comienza con una distinción general entre la sociedad y el Estado, en realidad tiene que ver con tres “esferas”: la esfera privada, la esfera de la autoridad pública y entre ellas la “auténtica ‘esfera pública’” (Jürgen Habermas, *The Structural Transformation of the Public Sphere. An Inquiry into a Category of Bourgeois Society*, Cambridge, Massachusetts, 1989, traducido por Thomas Burger, p. 30 [trad. esp.: *Historia y crítica de la opinión pública*, Barcelona, Gustavo Gili, 1981]); y *Strukturwandel der Öffentlichkeit. Untersuchungen zu einer Kategorie der bürgerlichen Gesellschaft*, Darmstadt, 1984 (1962), p. 45.

lucionarios invocaron a la Ilustración con el fin de legitimar su gobierno dándole así una genealogía intelectual respetable.<sup>3</sup> Pero aun si tal fuera el caso, esto no prueba que las ideas de los *philosophes* no hubieran tenido que ver con el origen de la Revolución. Hacia el final de la década de 1750, la Ilustración se había afianzado firmemente en la conciencia contemporánea. No se la puede desechar simplemente invocando el poder explicativo superior de la historia cultural. Si la historia cultural ha de explicar realmente los orígenes de la Revolución Francesa, debe establecer conexiones entre los patrones de las actitudes y de las conductas, por un lado, y la acción revolucionaria, por otro. De otra forma, no hará sino desplazar a otro nivel —el nivel de la cultura, entendida de manera amplia— la misma dificultad que le pareció tan objetable en el relato que hizo Mornet de la difusión de las ideas.

Al igual que los estudios sobre la difusión, el análisis del discurso surgió a partir de una sensación de inconformidad con la historia de las ideas convencional. El análisis del discurso desafió la noción misma de una idea como una unidad de pensamiento o como un contenedor autónomo de significado. Esta noción está en el corazón mismo de la historia del desarrollo del *Journal of the History of Ideas* y de su fundador, Arthur Lovejoy, quien tal vez fuera el historiador intelectual más influyente en los Estados Unidos durante el siglo xx. Lovejoy aisló las “unidades de ideas” como objeto de estudio y las siguió tal y como pasaban de un filósofo a otro a lo largo de los siglos. Para sus críticos, este procedimiento pasaba por alto el punto principal en la comprensión del significado. Tal y como los filósofos lingüistas desde Wittgenstein en adelante lo habían demostrado, el significado no era herencia de las ideas. El significado se

<sup>3</sup> Roger Chartier, *Les Origines culturelles...*, op. cit., pp. 110 y 111.

transmitía por medio de expresiones y los interlocutores lo construían; activaba patrones convencionales de expresión; y funcionaba contextualmente, de suerte que las mismas palabras podían portar diferentes mensajes en diferentes tiempos y textos.

De hecho, Lovejoy había mostrado gran sensibilidad hacia el contexto filosófico en la mayor de sus obras, *The Great Chain of Being* (1936), que trazaba las nociones de la jerarquía ontológica a lo largo de 2.000 años. Sólo que para sus críticos el libro de Lovejoy estaba fundamentalmente mal concebido, del mismo modo en que *Les Origines intellectuelles de la Révolution Française* les pareció inadecuado a los sucesores de Mornet. En lugar de aislar ideas clave, la nueva generación de historiadores intelectuales trató de reconstruir el discurso, esto es, abordaron las grandes obras de la teoría política como parte de una discusión continua en torno a la política, un debate general expresado en un idioma particular o un sistema de significado peculiar a una cierta sociedad en un cierto tiempo. Por lo tanto, cuando le pasaron revista a la historia convencional del pensamiento político, la hallaron plagada de anacronismos. Para ellos, Hobbes, Harrington y Locke no apuntaban en línea recta a la moderna fe política sino que veían hacia atrás: hacia la política de las cortes del Renacimiento y hacia la tradición del humanismo cívico derivada de los antiguos. Los grandes pensadores del siglo xvii se refirieron a los temas del siglo xvii en el lenguaje del siglo xvii. El lenguaje mismo era la clave para entenderlos, el lenguaje tal y como salía de los tratados y cruzaba los debates contemporáneos sobre el carácter patriarcal de la autoridad del rey, la legitimidad de los ejércitos formales, la exclusión de los católicos del trono y otros asuntos que han desaparecido de la política.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Ejemplos de esta amplia literatura: James Tully (ed.), *Meaning and Context. Quentin Skinner and His Critics*, Princeton, 1988; John G. A. Pocock, *Pol-*

Toda vez que la filosofía lingüística se conservaba inescrutablemente "anglosajona" al mirarla desde el otro lado del Canal, en Francia no se adhirió a la manera inglesa de re-trabajar la historia del pensamiento político. Los franceses combinaron la historia y la filosofía a su modo —un modo que empezaba en la historia de la ciencia con Georges Canguilhem y que luego se ampliaba en la obra de Michel Foucault hasta incluir una gran variedad de prácticas discursivas—. Sin embargo, una cosa significaba el "discurso" en Cambridge, otra en París. Para Foucault y sus seguidores, connotaba poder: limitaciones sociales enraizadas en el saber y corporizadas en las instituciones.<sup>5</sup> Así, en efecto, se desarrollaron dos discursos sobre el discurso, cada uno de los cuales tomó su propia ruta desde el principio de la década de 1960. Hace poco, sin embargo, parecen haberse reunido en un sitio estratégico, el Centro Raymond Aron en París. Aquí, a la sombra protectora de la escuela de los *Annales*, se ha dado una sorprendente mezcla de géneros y tradiciones. Filósofos e historiadores, franceses y angloamericanos, han unido fuerzas en un asalto al sector del siglo xviii que se ha resistido a la comprensión académica desde el tiempo de Mornet: el punto en el que la Revolución Francesa se cruzó con la Ilustración; o para decirlo de otra forma, el punto de convergencia entre la política y la filosofía.

El ataque a este punto lo ha dirigido François Furet, quien empezó como un historiador social con ánimo de actualizar a Mornet y luego se convirtió a la historia política en una vena filosófica. Furet no duda en adscribir los oríge-

*litics, Language, and Time. Essays on Political Thought and History*, Chicago, 1960; John Dunn, *The Political Thought of John Locke*, Cambridge, Inglaterra, 1969; y Richard Tuck, *Natural Rights Theories: Their Origins and Development*, Cambridge, Inglaterra, 1979.

<sup>5</sup> Véase en especial Michel Foucault, *L'Ordre du discours. Leçon inaugurale au Collège de France prononcée le 2 décembre 1970*, París, 1971 [trad. esp.: *El orden del discurso*, Barcelona, Tusquets, 1999].



nes de la Revolución Francesa a la Ilustración, aunque no vuelve a la vieja historia de las ideas.<sup>6</sup> Él y sus seguidores, sobre todo Marcel Gauchet y Keith Baker, a fin de cuentas entienden la Revolución como la relación en la política de las teorías de Rousseau en filosofía. Sólo que ellos no asumen un proceso directo por medio del cual los revolucionarios aplicaron los preceptos de *Du Contrat Social*. En su lugar, ven un discurso rousseauiano que barre con todo lo que se le pone enfrente en el desarrollo de los acontecimientos desde 1789 hasta el Terror y el Directorio.

La versión más fuerte de este argumento y la que acusa la mayor influencia de los historiadores filósofos de Cambridge aparece en *Inventing the French Revolution* (1990) de Keith Baker. Él reduce el pensamiento político del Antiguo Régimen a tres "lenguajes" discursivos: un discurso de la voluntad, que Baker identifica con Rousseau; un discurso de la razón, expuesto por Turgot; y un discurso de la justicia, articulado del modo más eficaz por el apologista de los parlamentos, Louis-Adrien Le Paige. Tal y como él lo entiende, los primeros meses de la Revolución constituyeron una lucha épica por la supremacía entre estos discursos; y el momento decisivo llegó, no el 14 de julio o el 4 de agosto o el 5 de octubre, sino el 11 de septiembre, cuando la Asamblea Nacional votó un veto suspensivo más que un veto absoluto del rey. En ese punto, dice Baker, la Asamblea se comprometió con una noción rousseauiana de la soberanía popular, esto es, el discurso de la voluntad llevó la mano, y a partir de ahí nada pudo evitar que la Revolución se deslizara hacia el Terror.<sup>7</sup>

<sup>6</sup> François Furet y Mona Ozouf (eds.), *Dictionnaire critique de la Révolution française*, París, 1988, p. 8 [trad. esp.: *Diccionario de la Revolución Francesa*, Madrid, Alianza, 1989].

<sup>7</sup> Keith Baker, *Inventing the French Revolution. Essays on French Political Culture in Eighteenth Century*, Cambridge, Inglaterra, 1990, en particular pp. 301-305. Discuto más ampliamente el argumento de Baker en "An

Marcel Gauchet plantea un argumento similar. Él ve una "categoría rousseauiana" sobre todo lo demás durante los debates sobre la Declaración de los Derechos del Hombre y el Ciudadano. En conformidad con el concepto de la "voluntad general" de Rousseau, fue "un modo de concebir la libertad que evitó la realización de la libertad". Una vez instalado en el corazón del proceso revolucionario, definió un "espacio intelectual" que abarcó de 1789 a 1795 y que volvió desde el comienzo el Terror como algo inherente a la Revolución.<sup>8</sup> François Furet asimismo remonta el Terror a los movimientos discursivos que se dieron en 1789, y también él adopta un concepto lingüístico del poder, el cual muestra por medio de metáforas espaciales. Furet sostiene que al respaldarse en una forma rousseauiana para expresar la voluntad del pueblo, los revolucionarios instalaron un discurso de la soberanía en el "espacio vacío" que había dejado vacante la monarquía absoluta. Tras desplazar al absolutismo, la palabra misma, *la parole*, se volvió absoluta. Hablar en nombre de la "voluntad general" era ejercerla. De ahí que la representación del poder se volviera el poder; la política se transformó en lenguaje; y el "circuito semiótico" gobernó por encima de todo. Aunque la noción de semiótica de Furet es oscura, las implicaciones de su argumentación son claras: desde los primeros meses de la Revolución, el discurso dictó el desarrollo de los acontecimientos y el filosofar de los revolucionarios condujo directamente al Terror.<sup>9</sup>

enlightened revolution?", en *The New York Review of Books*, 24 de octubre de 1991, pp. 33-36.

<sup>8</sup> Marcel Gauchet, "Droits de l'homme", en François Furet y Mona Ozouf (eds.), *Dictionnaire critique... op. cit.*, las citas de las pp. 685, 689 y 694. Al desarrollar su idea de "categoría rousseauiana", Gauchet burlonamente pasa por alto cualquier discusión sobre la difusión de *Du Contrat Social* (*ibid.*, p. 690). Para una relación completa de su argumento véase Gauchet, *La Révolution des droits de l'homme*, París, 1988.

<sup>9</sup> François Furet, *Penser la Révolution française*, París, 1978, pp. 41, 72, 73 y 109 [trad. esp.: *Pensar la Revolución Francesa*, Barcelona, Petrel, 1980].

Furet y sus seguidores produjeron una descarga de energía intelectual que reanimó el estudio de la Revolución en un momento en el que parecía paralizado luego de décadas de disputas entre marxistas y revisionistas. El trabajo de todos ellos ofreció una inteligente relectura de numerosos tratados y debates y tuvo la ventaja de enfrentar el problema de cómo las ideas se mezclan con los acontecimientos. Pero también acusó algunas de las debilidades del análisis del discurso. Quisiera discutir tres de ellas.

Primero, al imponer un modelo discursivo al flujo de los acontecimientos, no quedó espacio para la contingencia, el accidente y el mismo proceso revolucionario. Las historias políticas, desde la época de Aulard si no es que desde la de Guizot y Thiers, habían mostrado cómo la Revolución se volvió cada vez más radical en respuesta a los acontecimientos que se dieron después de 1789: el cisma religioso, la guerra, los levantamientos contrarrevolucionarios, la presión de las secciones parisinas y el desastre económico. Si bien recupera una buena parte de la historiografía del siglo XIX, Furet menosprecia este tipo de narrativa tradicional al vincularla a la famosa "tesis de las circunstancias" de Aulard, esto es, la noción de que el Terror no era inherente a la Revolución desde el principio sino más bien que se improvisó pieza por pieza bajo la presión de las contingencias. En su propia historia narrativa, Furet estuvo de hecho muy cerca de adoptar la tesis de Aulard. Trató al Terror como un episodio accidental, cuando la Revolución perdió el camino, un camino que ella misma eligió en 1789 y al que volvió después de 1794.<sup>10</sup>

En mi opinión hay mucho que comentar sobre la "tesis de las circunstancias", por pasada de moda que se encuentre. No lo explica todo, desde luego, y es preciso reconocer

<sup>10</sup> François Furet y Denis Richet, *La Révolution: des Etats Généraux au 9 thermidor*, París, 1965.

un elemento ideológico, casi religioso, en las convicciones de muchos revolucionarios, en especial durante el trágico "Gran Terror" del verano de 1794. El guillotinado continuó sin merma alguna, no obstante que la victoria francesa en Fleurus el 26 de junio de 1794 desplazó todo un mes la amenaza de una invasión militar antes de la caída de Robespierre. Pero la inercia del Terror y el poder de los simpatizantes de Robespierre no se podían detener de la noche a la mañana. Los diputados mismos estaban aterrados y mostraron la mayor disposición a dismantelar el Terror, fueran cuales fueran sus principios filosóficos, en el momento en que lo pudieron hacer sin poner en riesgo sus propias cabezas. Hasta los hombres que ocupaban el Comité de Salud Pública eran mortales bastante comunes y corrientes que trataban de sobrellevar acontecimientos extraordinarios. Para ver cómo lo hicieron, de manera imperfecta y día tras día, sólo hace falta leer los veintiocho tomos de la obra de Aulard: *Recueil des Actes du Comité de salut public*, o bien, si desaparece el apetito por la documentación, tomar un atajo con la obra de Robert Palmer, *Twelve Who Ruled*.<sup>11</sup> La historia narrativa anticuada de Aulard y Palmer ofrece una explicación bastante más convincente del Terror que cualquier exégesis filosófica sobre 1789, incluida la variedad lingüística embellecida con metáforas relativas a los espacios. Por mi parte, confieso que no entiendo qué pueda ser un "espacio intelectual".

Segundo, las explicaciones filosóficas de la Revolución no llegan hasta la historia del significado. Se limitan a unos cuantos tratados y al registro de los debates parlamentarios. Sólo que la idea que los revolucionarios tenían de su situación la moldearon todo tipo de fenómenos, la mayoría de los cuales sucedieron fuera de las salas de debates.

<sup>11</sup> Isser Woloch, "On the latent Illiberalism of the French Revolution", en *The American Historical Review*, vol. 95, diciembre de 1990, p. 1467.



Cuando la noche del 4 de agosto de 1789 declararon la abolición del feudalismo, tenían una idea muy clara de castillos en llamas y de cabezas en la punta de las lanzas. Incluso cuando tomaban partido sobre los asuntos parlamentarios no se limitaban a consultar simplemente la teoría política; se orientaban de manera concreta observando el juego de las facciones. Por ejemplo, la noción del gobierno parlamentario en la que los ministros eran elegidos por la Asamblea Nacional y eran responsables ante ella nada tuvo de radical o de conservadora. Sólo que cuando Mirabeau defendió esta idea en noviembre de 1789, les señaló a los diputados que ello era parte del programa de la derecha; y cuando Robespierre se opuso a ella, señaló su repugnancia hacia la izquierda –aun cuando él habría de defender un ejecutivo parlamentario poderoso en 1793–.

En resumen: en los discursos revolucionarios el significado no venía preempacado; era inherente al mismo proceso revolucionario. Tenía que ver con las personalidades, las facciones, las ideas previas sobre las estrategias políticas, las categorías cambiantes sobre la izquierda y la derecha y sobre todo tipo de presiones ejercidas en los diputados desde la sociedad. El análisis del discurso debería tomar en consideración todos estos factores y otros todavía más alejados del pensamiento formal: la emoción, la imaginación, los prejuicios, los supuestos implícitos, las representaciones colectivas, las categorías cognoscitivas, todo el espectro del pensamiento y del sentimiento que en alguna ocasión perteneció a la agenda de las investigaciones de la historia de las *mentalités*. Al darle la espalda a ese tipo de historia, los analistas del discurso asumieron posturas que a duras penas se diferencian de la historia de las ideas de antes. La dificultad a la que ellos se enfrentan no proviene de haber abrazado una perspectiva semiótica del conflicto político sino de no lograr llevar a la semiótica lo suficientemente lejos: a las plazas y a las calles, en

donde la gente común y corriente daba forma a su idea del mundo.<sup>12</sup>

Tercero, el análisis del discurso reconoce la necesidad de estudiar el tránsito de las ideas a la acción pero no se enfrenta a las dificultades de realizar semejante cosa. Ese problema se mantuvo en el fondo en Cambridge, en donde los filósofos historiadores limitaron sus investigaciones a la teoría política. Pero ocupó el centro de la escena en París, en donde se propusieron explicar los acontecimientos y sobre todo la Revolución Francesa, el acontecimiento supremo en los inicios de la historia moderna. Al igual que Mornet, ellos supusieron que la Revolución tenía alguna relación genética con la Ilustración. Pero luego de plantear el “viejo y gran interrogante” relativo a la relación de la Revolución con la Ilustración, François Furet la hace a un lado y, al igual que Marcel Gauchet, afirma la existencia de un “espacio intelectual” en un marco temporal que va de 1789 a 1800 y que se derivó inexplicablemente de la manera de filosofar en el Antiguo Régimen.<sup>13</sup>

Keith Baker ofrece una formulación más satisfactoria del problema, pues él relaciona los debates revolucionarios con posturas filosóficas que se plantearon bastante antes de 1789. Sólo que parece arbitraria su manera de identificar los discursos. ¿Por qué separar el complejo corpus de la escritura política del Antiguo Régimen en tres “lenguajes” diferentes y autónomos? ¿Por qué los discursos sobre la voluntad, la razón y la justicia, en lugar de otras formas de referirse a, así como de actuar de, la autoridad real, tales como la paternal, la religiosa, la ceremonial y la teatral?

<sup>12</sup> Ejemplos de este tipo de *histoire des mentalités* logradas sin hacer referencia al discurso o a la semiótica se encuentran en Georges Lefebvre, *La Grand Peur de 1789*, París, 1932, y Richard Cobb, “The Revolutionary Mentality in France”, en R. Cobb, *A Second Identity. Essays on France and French History*, Oxford, 1969, pp. 122-141.

<sup>13</sup> François Furet y Mona Ozouf (eds.), *Dictionnaire critique...*, op. cit., pp. 8, 9 y 12.

Poner alguna atención a los estudios sobre la difusión podría resultar útil en este sentido, pues de identificarse los tratados políticos más difundidos, se podría buscar la intertextualidad desde la perspectiva de lo que llamaba la atención del francés del siglo xviii y no desde la de los académicos del siglo xx.<sup>14</sup>

Pero aun así seguirían los problemas, sobre todo los problemas de entender la forma en la que la difusión de los libros afecta a la opinión pública y la manera en la que la opinión pública influye en la acción política. Tanto Keith Baker como Mona Ozouf han escrito artículos excelentes sobre la idea de la opinión pública tal y como se expresó en las obras de los *philosophes*, aunque parezca que ambos asumen que bien vale estudiar la idea de la cosa más que la cosa en sí.<sup>15</sup> A decir verdad, los historiadores no tienen un mayor acceso a las cosas en sí que los filósofos. Los acontecimientos vienen envueltos en significados, de ahí que no podamos separar la acción de la interpretación o dejar la historia en los meros acontecimientos. Pero eso no quiere decir que los acontecimientos sólo estén hechos de un discurso filosófico o que la gente común y corriente dependa de los filósofos para darle sentido a sus propias vidas. La creación de sentido sucede en la calle y en los libros. La formación de la opinión pública sucede en los mercados y en las tabernas lo mismo que en las *sociétés de pensée*. Para entender la forma en la que los públicos les dieron sentido a los acontecimientos, es preciso llevar la investigación más allá de las obras de los filósofos y llegar a las redes de comunicación de la vida diaria.

<sup>14</sup> Véase Keith Baker, *Inventing the French Revolution...*, *op. cit.*, parte II, y el resumen del argumento de Baker en pp. 24-27.

<sup>15</sup> Keith Baker, "Public opinion as political invention", en K. Baker, *Inventing the French Revolution...*, *op. cit.*, pp. 167-199, y Mona Ozouf, "L'Opinion publique", en Keith Baker (ed.), *The Political Culture of the Old Regime*, Oxford, 1987, pp. 419-434.

Sólo que el tema de la opinión pública nos lleva a consideraciones que forman parte del último apartado de la discusión. Por el momento parece mejor detenerse ante la posibilidad de combinar las dos líneas de la historia intelectual de modo que maximicen sus virtudes y minimicen sus defectos.



## VII. REDES DE COMUNICACIÓN

"LOS LIBROS ¿causan revoluciones?"<sup>1</sup> Plantear el tema de una manera tan tosca es caer en esa insidiosa trampa francesa, la *question mal posée*, esto es, distorsionar el problema por simplificarlo de más. Una respuesta afirmativa parece asumir una noción lineal de causalidad, como si se pudiera discutir desde la venta de un libro hasta su lectura, sobre las convicciones de los lectores, la movilización de la opinión pública y el involucramiento del público en una acción revolucionaria. Es claro que eso no funcionará. El modelo de causa y efecto de la difusión no alcanza a incluir factores independientes, no únicamente fuentes de la opinión pública no literarias sino la lectura misma como una apropiación activa más que como la recepción pasiva de los textos. ¿Es por tanto irrelevante el estudio de la difusión de los libros para entender los orígenes de la Revolución? En lugar de precipitarnos sobre esa conclusión, quisiera proponer un modelo más complejo.

La ventaja de la historia del libro como una especie de estudio de la difusión radica en que uno conoce exactamente lo que se está difundiendo: no se trata de discursos ni de opinión pública sino de libros. Desde luego que los libros son muchas cosas: objetos manufacturados, obras de arte, artículos de intercambio comercial y vehículos de ideas. De suerte que su estudio se derrama sobre numerosos cam-

<sup>1</sup> Ésta es la formulación que hace del tema Roger Chartier en *Les Origines culturelles de la Révolution française*, París, 1990, p. 86 [trad. esp.: *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo xviii. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*, Barcelona, Gedisa, 1995]. Al citarla no quiero dar a entender que Chartier asuma una visión simplista de la noción de ideología y de revolución. Por el contrario, sigo a Chartier en el empleo de la pregunta para desafiar la simple idea de la causación ideológica.

pos, tales como la historia del trabajo, el arte y el comercio. Su estudio es particularmente valioso en la historia intelectual, ya que ofrece una forma de minimizar el anacronismo. En lugar de empezar con la pregunta: "¿Qué tan difundida se encontraba la Ilustración?", el historiador puede determinar qué libros en efecto circulaban más ampliamente en el siglo XVIII. Puede entonces dedicarse a trabajar con categorías creadas por él mismo en el empeño por medir sectores específicos del mercado literario. Con la información suficiente y un conjunto válido de criterios, acaso hasta logre calcular la demanda que había para la Ilustración, esto es, determinar el lugar de las obras de los *philosophes* en el patrón general de la cultura literaria; localizar a la Ilustración, por así decirlo, sin empezar por buscarla.

Este procedimiento no arrojará resultados a prueba de errores y no abordará directamente el problema de relacionar la Ilustración con la Revolución. Pero le ayudará al difusionista a enfrentar la crítica que le realicen los analistas del discurso. Estos últimos se oponen con razón a la noción de las ideas como "unidades" que puedan trazarse en el interior del cuerpo político como las partículas radiactivas que se monitorean en el flujo sanguíneo. Sólo que esta objeción no se aplica a los libros. Los libros son objetos físicos que circulan por los canales del comercio. Su producción, distribución y (hasta cierto punto) consumo se pueden estudiar de manera sistemática. Es posible imaginar el sistema como un circuito de comunicaciones que va del autor al lector -y a fin de cuentas regresa de nuevo al autor, pues los autores responden a sus lectores, comentaristas y a otras fuentes de información e inspiración en la sociedad que los rodea-. El sistema se puede representar esquemáticamente como en la figura 7.1.<sup>2</sup>

<sup>2</sup> Discuto más ampliamente este modelo en "What is the history of books?", en mi libro *The Kiss of Lamourette. Reflections in Cultural History*, Nueva York, 1990, pp. 107-135.

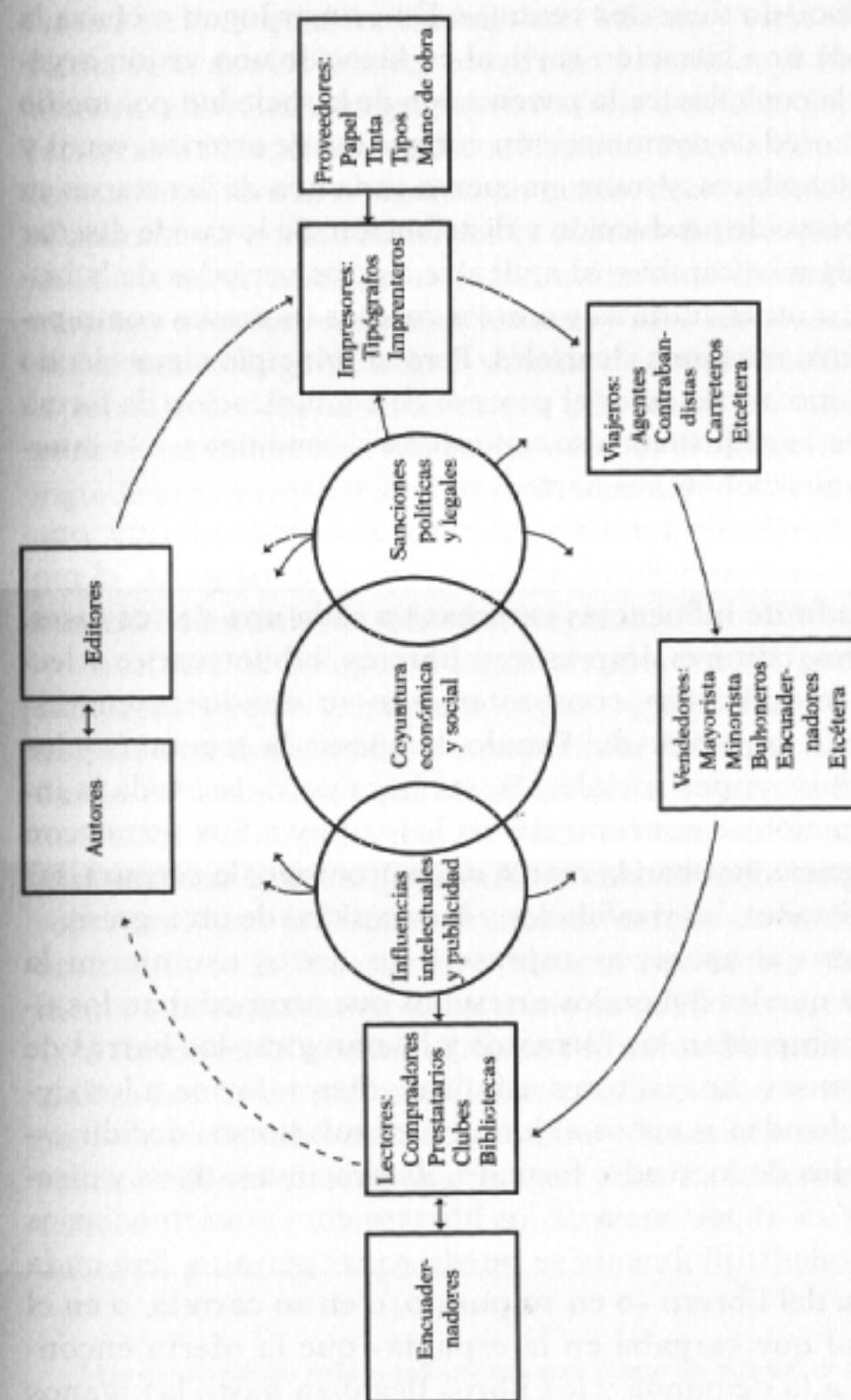


FIGURA 7.1. El circuito de la comunicación: libros



Comparado con una concepción unilineal de la difusión, este modelo tiene dos ventajas. En primer lugar, rechaza la idea de una filtración vertical en favor de una visión orgánica, la cual plantea la penetración de la sociedad por medio de una red de comunicación compuesta de arterias, venas y vasos capilares, y toma en cuenta cada una de las etapas en el proceso de producción y distribución. Se lo puede diseñar con algunos cambios al aplicarse a otros períodos de la historia, a otras culturas y a otros medios impresos como periódicos, panfletos y carteles. Pero el principio sigue siendo el mismo: representar el proceso de comunicación de forma tal que haga justicia a su naturaleza sistemática y a la intercomunicación de sus partes.

En segundo término, en lugar de asumir un funcionamiento autosuficiente, similar al de una máquina, el modelo admite influencias externas en cada una de sus fases. Autores, editores, impresores, libreros, bibliotecarios y lectores modificaron constantemente su conducta en respuesta a la presión del Estado, la Iglesia, la economía y los distintos grupos sociales. Hasta hace poco casi toda la investigación se concentraba en los autores. Sus textos con frecuencia llevaban la marca del patronazgo, la censura, las enemistades, las rivalidades y la necesidad de un ingreso.

Pero al aparecer impresos, los textos asumieron la forma que les daban los artesanos que acomodaban los tipos, componían los formatos y hacían girar las barras de las prensas. Los editores asimismo dieron forma a los significados de los textos al juntar especulaciones, decidir estrategias de mercado, formato, ilustraciones, tipos y diseños. Y la importancia de los libreros como intermediarios culturales difícilmente se pueda pasar por alto. Era en la tienda del librero —o en su puesto, o en su carreta, o en el morral que cargaba en la espalda— que la oferta encontraba a la demanda y los libros llegaban hasta las manos de los lectores.

La lectura sigue siendo la etapa más difícil de entender en este ciclo. Seguimos teniendo una idea muy vaga sobre la forma en la que los lectores construían sus textos, ya fuera de manera individual o en grupo, en voz alta o en silencio, en bibliotecas o debajo de frondosos nogales. Pero la falta de información sobre la recepción no quiere decir que debamos abandonar la noción relativa a la captura de la experiencia de la lectura entonces, pues la literatura no se limitaba a los autores y a los lectores o a los lectores y a los textos. Adquiría su forma a lo largo de todo el sistema de comunicación; y en la medida en que el sistema era permeable en cualquier punto a las influencias externas, podemos estudiar todos los ingredientes que participaron en la formulación de la literatura. Lo que sabemos sobre la producción y la distribución puede compensar, hasta cierto punto, las limitaciones de nuestro conocimiento sobre la recepción.

Aun así, la recepción sigue siendo crucial para una comprensión más cabal de la experiencia literaria. ¿Cómo diseñar una estrategia que nos permita enfrentar el inadecuado conocimiento que tenemos de la respuesta del lector? El hecho de jugar con modelos no será útil si no sirve para orientar la investigación. En el caso de la investigación sobre los libros prohibidos franceses, resulta de hecho bastante útil, toda vez que la evidencia cualitativa complementa a la cuantitativa. Tal y como se señaló en el capítulo 1, la forma en la que los editores y libreros discutían y enviaban los *livres philosophiques* revela bastante sobre el gusto hacia lo tabú entre los lectores y las estadísticas de la venta de libros ofrecen una imagen clara de la demanda literaria.<sup>3</sup> Pero para llevar la discusión más allá de ese punto, debemos pasar de las preguntas relativas a la difusión a las

<sup>3</sup> He desarrollado más ampliamente este punto en *Édition et sédition*, París, 1991, caps. 2-6, y en *Gens de lettres, gens du livre*, París, 1992, caps. 10 y 11.

preguntas relativas al significado, es decir, pasar al área del análisis del discurso.

Podríamos empezar imaginando la lista de *best sellers* como un índice adecuado sobre las preferencias de los lectores del siglo XVIII y entonces avanzar sobre ella. Semejante estrategia tal vez suene sospechosamente simple, pero hay mucho que comentar al respecto. Abre la posibilidad de encontrar patrones intertextuales sin respaldarse en ideas anacrónicas sobre la cultura literaria. Si somos capaces de identificar el corpus completo de la literatura que circuló fuera de la ley, debemos ser capaces de realizar inferencias razonables sobre lo que los contemporáneos consideraban tan amenazador para el régimen. Pero incluso así debemos enfrentar una pregunta incómoda: ¿cómo podemos tener la seguridad de que nuestras lecturas de esa literatura se acerquen a las de los franceses de hace doscientos años? En este punto debemos examinar más de cerca la idea de la lectura como apropiación.

Roger Chartier emplea esa idea para desmontar el argumento según el cual los libros prohibidos produjeron un patrón homogéneo de respuesta en el lector y por eso tuvieron un efecto en la opinión pública. Si los lectores se apropiaban de los textos a su manera, proyectando a su gusto en los libros todo tipo de ideas personales en vez de recibir pasivamente los mensajes en ellos impresos, su experiencia pudo ser infinitamente variada. La literatura la pudieron haber entendido como se les dio la gana. De ahí que no sea tan revelador descubrir lo que leían, pues no sabemos cómo lo leían.<sup>4</sup>

<sup>4</sup> Roger Chartier, *Les Origines culturelles de la Révolution française*, op. cit., cap. 4; véanse también "Intellectual history and the history of Mentalités: a dual reevaluation", en R. Chartier, *Cultural History. Between Practices and Representations*, Cambridge, Inglaterra, 1988, pp. 40-42 [trad. esp.: *El mundo como representación. Ensayos sobre historia cultural*, Barcelona, Gedisa, 1992]; y "Du livre au lire", en R. Chartier (ed.), *Pratiques de la lecture*, París, Payot, 2003, pp. 62-88.

Chartier se respalda en la obra de Michel de Certeau y Richard Hoggart para el aspecto teórico de la apropiación; y como ejemplos históricos cita la investigación de Carlo Ginzburg y la suya propia. De Certeau en efecto subrayó la "indefinida pluralidad de los significados" inherentes en el acto de la lectura.<sup>5</sup> Siendo un generoso espíritu libre, protestó en contra de la idea de que las personas comunes y corrientes fueran unos idiotas a los que los medios podían moldear como a la cera. Sólo que no desarrolló su protesta en una teoría firme y sustanciosa sobre la manera en la que la gente leía y sus conjeturas no logran confirmarlas del todo las de Hoggart.<sup>6</sup> Si bien este último también enfatizó la positiva naturaleza independiente de la cultura de la clase trabajadora, no llegó a decir que los lectores promedio hicieran lo que les viniera en gana con los libros. Por el contrario, hizo hincapié en las determinaciones culturales de su experiencia. Su cultura funcionaba como la abrigadora atmósfera protectora y sobrecalentada de sus salones: absorbía los elementos ajenos en un sistema propio. Lejos de promover el individualismo o la idiosincrasia, estampaba su propio carácter en todo aquello que caía en su esfera.<sup>7</sup>

<sup>5</sup> Roger Chartier, "Intellectual history", op. cit., p. 42; y Michel de Certeau, *L'Invention du quotidien*, París, 1980, p. 286 [trad. esp.: *La invención de lo cotidiano. Artes de hacer*, México, Universidad Iberoamericana, 1996].

<sup>6</sup> Michel de Certeau, *L'Invention du quotidien*, op. cit., pp. 279-296.

<sup>7</sup> Richard Hoggart, *The Uses of Literacy*, Londres, 1960 (1957) [trad. esp.: *La cultura obrera en la sociedad de masas*, México, Grijalbo, 1990]. En particular véanse los capítulos 2 y 4. Hoggart subraya el carácter denso y "abarcador" de una cultura obrera más antigua de cara a los medios de comunicación modernos (p. 19), mientras que De Certeau enfatiza la creatividad del individuo como un "carterista" que hace lo que le viene en gana con los productos de los medios de comunicación (Michel de Certeau, *L'Invention du quotidien*, op. cit., p. 292). Pero De Certeau asimismo sostiene que consumir no significa volverse como los productos que uno absorbe sino volverlos parte de uno mismo, esto es, apropiarse de ellos. Esta idea de la apropiación tiene alguna afinidad con la insistencia de Hoggart relativa a que las personas pertenecientes a la clase trabajadora integran



El estudio de Carlo Ginzburg sobre un lector de clase baja, el molinero del siglo XVI de nombre Menocchio, lleva aún más lejos este mismo argumento. Ginzburg no sólo demuestra que Menocchio leía con agresividad, transformando los textos del Renacimiento a sus propios términos, sino que sostiene que Menocchio sacó esos términos de una cosmogonía materialista, la cual había estado oculta en la cultura popular desde la antigüedad. En mi propia investigación sobre un lector del siglo XVIII, La Rochelle, traté de mostrar la forma en la que un individuo respondió apasionadamente a las obras de Rousseau y cómo, al hacerlo, conformaba el rousseaunismo como un marco cultural para encontrarle sentido a la vida. Otras investigaciones sobre la respuesta de los lectores han confirmado esta tendencia. Esto no demuestra por un lado la prevalencia de la pasividad o, por otro, la de la indeterminación. En su lugar sugiere que los lectores encontraron sentido en los textos al acomodarlos en un marco cultural preexistente.<sup>8</sup>

Normalmente ¿cómo les damos sentido a las cosas? Me parece que no es sacando conjeturas del fondo de nuestras almas y proyectándolas a nuestro alrededor, sino más bien

---

las canciones populares y la literatura en su propia cultura en sus propios términos y no solamente se dejan manipular por los medios.

<sup>8</sup> Carlo Ginzburg, *The Cheese and the Worms. The Cosmos of a Sixteenth-Century Miller*, Baltimore, 1980 [trad. esp.: *El queso y los gusanos. El cosmos según un molinero del siglo XVI*, Barcelona, Muchnik, 1985]; y Robert Darnton, "Readers respond to Rousseau: the fabrication of romantic sensibility", en *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cultural History*, Nueva York, 1984, cap. 6 [trad. esp.: *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987]. Véanse también Claude Labrosse, *Lire au XVIII<sup>e</sup> siècle. La Nouvelle Héloïse et ses lecteurs*, Lyon, 1985; Cathy Davidson, *Revolution and the World. The Rise of the Novel in America*, Nueva York y Oxford, 1986; Eric Schön, *Der Verlust der Sinnlichkeit oder die Verwandlungen des Lesers. Mentalitätswandel um 1800*, Stuttgart, 1987; y Brigitte Schlieben-Lange (ed.), *Lesen-historisch en Lili: Zeitschrift für Literaturwissenschaft und Linguistik*, vol. 15, núms. 57 y 58, 1985.

acomodando estas percepciones en marcos. Los marcos que tomamos de nuestra cultura, debido a que la realidad tal y como la experimentamos es una construcción social. Nuestro mundo viene organizado: dividido en categorías, moldeado por las convenciones y coloreado por las emociones compartidas. Siempre que nos encontramos con algo significativo, lo acomodamos en un orden cognitivo que heredamos de nuestra cultura; y con frecuencia lo ponemos en palabras. De ahí que los significados, como el lenguaje, sean sociales, sin importar la inflexión individual que les queramos dar. Al crear significados, nos involucramos en una actividad profundamente social, en especial cuando leemos. Con el fin de darle sentido a un libro, debemos abrirnos camino en un terreno simbólico denso; pues cuanto tiene que ver con el libro lleva la marca de las convenciones sociales: no únicamente el lenguaje en el que está escrito, sino su tipografía, su caja, su formato, su encuadernación y hasta la publicidad empleada para venderlo. Cada uno de estos elementos orienta al lector, dirigiendo su respuesta. El lector asimismo aporta bastante al texto: expectativas, actitudes, valores y opiniones, y éstas asimismo tienen determinantes culturales. De ahí que la lectura se encuentre determinada por partida doble, por la naturaleza del libro como medio de comunicación y por los códigos generales que el lector ha interiorizado y en donde debe ocurrir la comunicación.<sup>9</sup>

Para evitar los malos entendidos debo añadir dos advertencias. En primer lugar, al enfatizar la importancia de los marcos culturales, no suscribo una idea holística de la cultura. Pienso que en todos los sistemas culturales hay fisuras y fallas, de modo que la creación de sentidos supone lo mismo conflicto que coherencia. Sólo que el conflicto movi-

<sup>9</sup> Para una descripción más detallada de estos argumentos, véanse Nelson Goodman, *Ways of Worldmaking*, Indianápolis, 1978; Erving Goffman, *Frame Analysis. An Essay on the Organization of Experience*, Boston, 1986; y D. F. McKenzie, *Bibliography and the Sociology of Texts*, Londres, 1986.

liza marcos que están en conflicto —o bien, para tomar prestado un término de la escuela de Cambridge, prácticas discursivas antagónicas—. Los lectores les dan sentido a los tratados políticos al acomodarlos a las convenciones del idioma político de su preferencia. De modo que nada puede haber más apropiado para la historia de la lectura que el análisis del discurso.

En segundo lugar, al enfatizar los límites culturales de la lectura, no quiero decir que los lectores deban encontrar mensajes idénticos en el mismo libro. Casi cualquier sistema cultural es lo suficientemente amplio para acomodar las respuestas originales y contradictorias a los textos. No estoy proponiendo un argumento en favor de la sobredeterminación sino tratando de discutir en contra de una idea subdeterminada de la lectura, la cual la deja a un lado del campo de la historia cultural. La apropiación me parece un concepto valioso, pero no si excluye a la historia de la lectura de otra tradición académica con la que bien se articula: el estudio de las actitudes, valores y visiones del mundo que en Francia se conoce como la historia de las *mentalités*.

Dicho lo anterior, ni la mayor clarificación conceptual compensará la falta de investigación empírica, y la investigación en la historia de la lectura por lo general pierde su base por falta de buenas pruebas. Aunque algo sabemos sobre las respuestas de los franceses a los libros en el siglo xviii, no hay por qué soslayar el hecho de que no sabemos lo suficiente para sacar conclusiones generales sobre la respuesta del lector. ¿O la hay? Quisiera proponer una estrategia para abordar este problema y luego hacer a un lado los asuntos de método para abordar algunos puntos específicos que suscita el estudio de los libros prohibidos de Francia.

Para sortear las dificultades del lado de la recepción en el circuito de la comunicación, podríamos atacar directamente el problema de la opinión pública. Problema mayor

y mal comprendido todavía. Sólo tenemos una idea vaga de cómo se componía el público general y cómo se formaban las opiniones en la Francia del siglo xviii. En principio, la política le concernía al rey. Los asuntos del Estado estaban restringidos a Versalles; y en el interior de ese pequeño mundo, las estrechas salas del poder se estrechaban en espacios aún más pequeños: los círculos íntimos de las intrigas de gabinete, teniendo en el centro el "secreto del rey". Tras la consolidación del absolutismo con Luis XIV, el público general se quedó en un estado prepolítico, muy lejos de las fronteras de la participación en el proceso político. En la práctica, sin embargo, muchos conflictos de poder ocurrían fuera de los confines de la corte, y el público, como observador participante, se politizó cada vez más. La política de esta naturaleza asumió una forma contestataria: peticiones, protestas, grafitis, canciones, impresos y charlas, en buena medida ingeniosos (*bons mots*), mal intencionados (*mauvais propos*) y sediciosos (*bruits publics*: "ruidos públicos" o rumores) que condujeron a la violencia colectiva (*émotions populaires*: "emociones populares" o tumultos).<sup>10</sup>

Casi todas estas conversaciones se difuminaron. Pero algo quedó de ellas en el registro de los espías de la Policía, pues las autoridades las tomaban en serio y se esmeraban en seguirles las huellas. Los informes de la Policía llenan cientos de expedientes, algunos tan ricos que casi se alcan-

<sup>10</sup> Sobre el ejercicio del poder y el secreto del rey, véase Michel Antoine, *Le Conseil du roi sous le règne de Louis XIV*, Ginebra, 1970, en especial pp. 618-620. La política y la opinión pública fuera de Versalles las estudiaron con mayor amplitud los historiadores de una escuela más antigua cuya obra hoy parece ignorada, principalmente Jules Flammarion, Marcel Marion, Félix Rocquain, Eugène Hatin y Frantz Funck-Brentano. Ejemplos de los mejores estudios más recientes son Dale Van Kley, *The Damians Affair and the Unraveling of the Ancien Regime, 1750-1770*, Princeton, 1984; y Arlette Farge, *Dire et mal dire. L'opinion publique au xviii<sup>e</sup> siècle*, París, 1992.



zan a escuchar las conversaciones que tuvieron lugar en las tabernas, cafés y jardines públicos. Claro que es imposible tomar literalmente los informes de los espías, pues pudieron haber montado erróneamente lo que oían o bien lo pudieron haber representado mal con el fin de amoldarse a los planes que la Policía les había trazado. Pero sus informes se pueden comparar con un material semejante en las hojas, diarios y cartas clandestinos. Es posible encontrar información suplementaria en las enormes colecciones parisinas de panfletos, canciones e impresos. Luego de pasar años en estas fuentes, imagino al París del siglo XVIII como una gigantesca red de comunicación, cuyos cables llegaban a todos los vecindarios y que en todo momento bullía de "ruidos públicos", como entonces los llamaban los parisinos, o de discursos políticos, como se los conocería en la actualidad.

El proceso se puede visualizar esquemáticamente según un segundo modelo, como en la figura 7.2.

Corresponda o no exactamente este modelo al flujo de la información en el París anterior a la Revolución, en mi opinión ilustra la forma en la que los mensajes se transmitían por diferentes medios y ambientes. Para imaginar un sistema de comunicación así, deberá ser posible esbozar una historia aproximada de la opinión pública. No obstante sus dificultades —la desigualdad de los archivos, las incertidumbres relativas a la composición del público y las ambigüedades inherentes a la noción misma de opinión pública— la tarea es realizable. Las fuentes ya nos permiten observar lo suficientemente lejos como para establecer alguna conexión entre la circulación de la literatura ilegal por un lado y la radicalización de la opinión pública por el otro. ¿Pero cuál era la naturaleza de tal conexión? No solamente de causa y efecto. Como lo indica el primer modelo de difusión, la producción y difusión de libros prohibidos estuvo permeada en todos los puntos por influencias externas al circuito de la letra impresa. Las conversaciones de tema po-

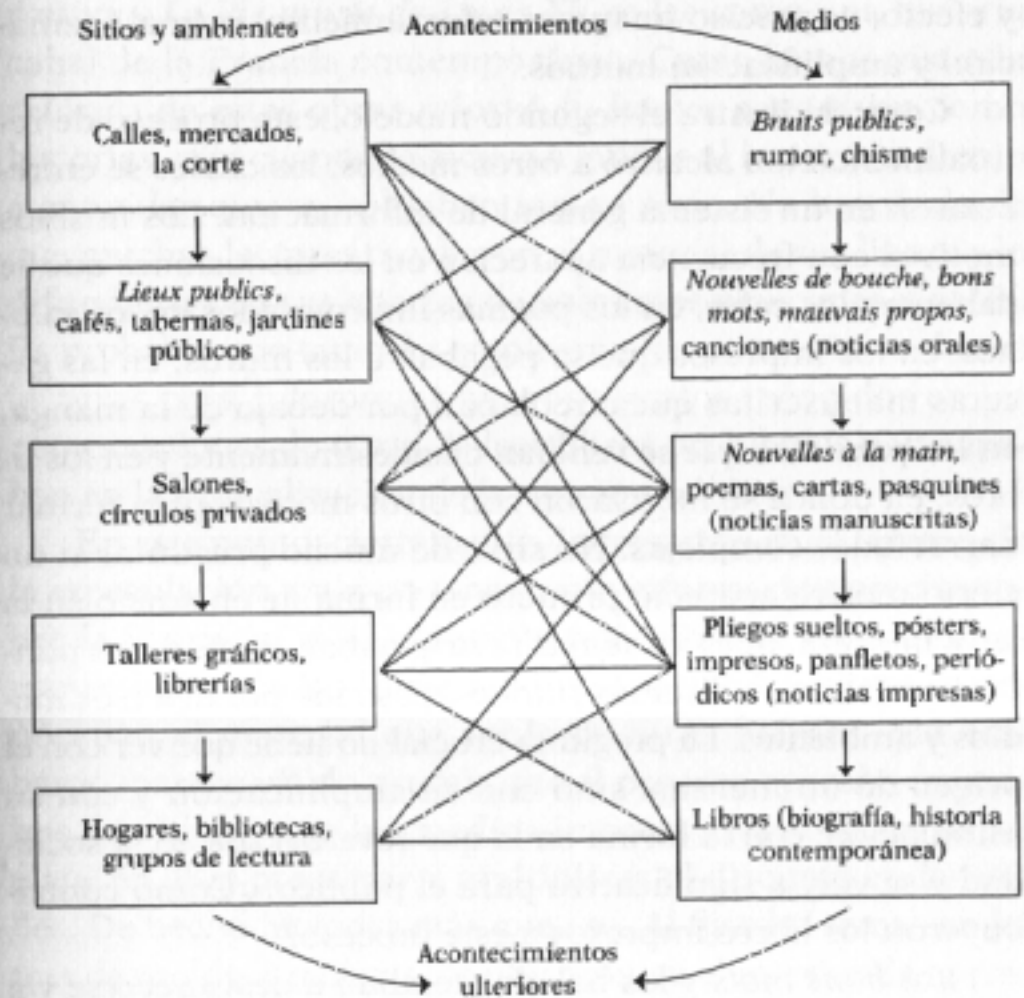


FIGURA 7.2. El circuito de la comunicación: noticias

lítico llegaban a los escritores que garrapateaban sus textos en sus buhardillas, entraban en los cálculos de los editores que hacían proyectos para sus ediciones y estimulaban a los libreros que hacían sus pedidos. Los libros mismos, en especial los de ciertos géneros como las *chroniques scandaleuses*, llevaban la marca de los "mauvais propos". Y ellos asimismo ayudaban a difundir la palabra. Impidieron que se la llevara el viento y la hicieron llegar, ya impresa, a los rincones más apartados del reino. Por lo tanto, en vez de causa

y efecto, es preciso imaginar reforzamiento, retroalimentación y amplificación mutuos.

Como lo ilustra el segundo modelo, este proceso de retroalimentación alcanzó a otros medios, los cuales se entrelazaron en un sistema general de información. Los mismos motivos con frecuencia aparecían en las discusiones que se daban en los cafés, en los poemas improvisados en los salones, en los impresos que se pegaban a los muros, en las gacetas manuscritas que circulaban por debajo de la manga, en los panfletos que se vendían clandestinamente y en los libros, en donde se mezclaron con otros motivos para formar narraciones complejas. No sirve de mucho preguntar si un cierto motivo apareció primero en forma de chisme o en la letra impresa, pues los temas se originaban en distintos puntos y viajaban en diversos rumbos, pasando por diversos medios y ambientes. La pregunta crucial no tiene que ver con el origen de un mensaje sino con su amplificación y con su asimilación: con la forma en la que reverberaba en la sociedad y se volvía significativo para el público. ¿Cómo contribuyeron los libros impresos a este proceso?

Los *bons mots* y las baladas tendían a desvanecerse y a olvidarse. Pero los libros fijaron los temas en la letra impresa, los preservaron, los difundieron y multiplicaron su efecto. Más importante aun, los libros incorporaron esos temas en relatos con un amplio poder de persuasión. Una cosa era una anécdota o un aparte irreverente en un café; otra, en un libro. La transformación a la letra impresa alteraba en efecto su significado, pues los libros mezclaban elementos triviales en apariencia con narraciones en gran escala, las cuales con frecuencia abrían perspectivas hacia la filosofía y la historia. Claro que algunas narraciones funcionaron con mayor eficacia que otras. *Le Gazetier cuirassé* es apenas algo más que una antología de chismes injuriosos. Pero las *Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry* combinan el mismo material en una biografía con una clara línea na-

rrativa y *La Vie privée de Louis XV* se lee como una historia cabal de la Francia contemporánea. Como hemos visto, la retórica de estas obras reforzó su fuerza persuasiva como historias, aún cuando le hicieran guiños al lector y le dieran a entender que no hablaban tan en serio. No hay duda de que muchos lectores recabaron el material de sus libros y lo difundieron en sus charlas de sobremesa en cenas y cafés. Es probable que también emplearan las perspectivas de sus lecturas para interpretar nuevos asuntos recogidos en las conversaciones de otros. Al leer libros prohibidos participaban en la radicalización de la opinión pública.

En este punto, ciertamente, ingresamos en el terreno de la especulación, pues no tenemos la información precisa sobre la forma en la que la gente seleccionaba los mensajes provenientes de los libros y cómo era que los libros incorporaban el material que venía de otras fuentes. Sin embargo, parece válido asumir que el proceso operaba en ambos sentidos y que los medios impresos jugaron un papel clave en él al preservar y multiplicar el discurso en las calles. De hecho hicieron más que eso. Al fijar los temas en letras de molde, los libros los ubicaron en el interior de narraciones y les dieron un amplio significado. La versión impresa de las cosas organizó la información —las anécdotas, los “ruidos públicos”, las “nuevas” (*nouvelles*)— en imágenes convincentes y la hiló en líneas narrativas, definiendo situaciones y organizando su rumbo. A su modo, como una especie particular de literatura, los *best sellers* clandestinos fortalecieron la manera general de crear sentido: ofrecieron los marcos para almacenar la realidad.

La operación de estos marcos es un asunto empírico. No se puede responder de manera directa debido a la falta de documentación sobre la experiencia interna de la lectura. Pero acaso ofrezca una respuesta indirecta y aproximada, ya que si la información sobre la opinión pública coincide con la evidencia sobre la literatura ilegal tal vez



podamos detectar un patrón cultural significativo. No es que los temas de los libros determinaran los motivos de los "ruidos públicos", o viceversa, sino más bien que las dos formas de comunicación trabajaban juntas, definiendo, transmitiendo y amplificando los mensajes que minaban la legitimidad del régimen.

Para entender la forma en la que se dio la deslegitimación, será necesario revisar una gran cantidad de material proveniente de la década de 1780. Pero por el momento, parece adecuado insistir en una proposición general. Los libros prohibidos moldearon la opinión pública en dos sentidos: al fijar en la letra impresa el descontento (preservando y difundiendo la palabra) y al acomodarla en el interior de una narración (transformando las conversaciones sueltas en un discurso coherente).

#### OBJECIONES

La tentativa anterior de delinear dos modelos de difusión ha de anticipar ciertas objeciones provenientes de quienes asumen que la "difusión" implica el acto de fijar ideas en un público pasivo, el movimiento lineal de la causa hacia el efecto, o la diseminación de influencias desde los estratos superiores de la cultura hasta los más bajos, o un proceso excesivamente literario que muy poco tuvo que ver con la política y la opinión pública. Pero ahí siguen numerosas objeciones más. Las más importantes se pueden plantear en la forma de tres argumentos en contra de mi tesis principal, a saber: que la difusión de los *livres philosophiques* minó la legitimidad del Antiguo Régimen. En primer lugar se podría objetar que la literatura pudo haber llamado más la atención de aquellos que más tenían que perder con la caída del Antiguo Régimen; por tanto, ¿por qué asociarla con la radicalización o con la causa revolucionaria? En se-

gundo lugar, la literatura política injuriosa pudo haber existido durante siglos: ¿por qué atribuirle tanta importancia con Luis XVI? En tercer lugar, aun si los *libelles* fueron especialmente descarados en las décadas de 1770 y 1780, ¿por qué asumir que tuvieron un gran efecto en los lectores? Bien pudieron clasificarse como chismes y trivialidades, y la radicalización de la opinión pública bien pudo venir de una fuente completamente distinta.

La primera objeción es sin duda fuerte. Los lectores más entusiastas de Rousseau incluían una gran cantidad de aristócratas antes de 1789, y después de aristócratas *émigrés*. Es verdad que ellos fueron más receptivos hacia el sentimiento en *La Nouvelle Héloïse* que a la política en el *Du Contrat Social*, sólo que los órdenes privilegiados en general conformaron en buena medida el mercado de las obras de la Ilustración. Hasta parece probable que Luis XVI leyera algo de Voltaire en la cárcel mientras esperaba ser juzgado luego del derrocamiento de la monarquía. No es que se le pueda considerar voltaireano. Es probable que leyera las obras de teatro más que los tratados irreligiosos en las obras completas de Voltaire. Luis hizo que le metieran de contrabando un *Missel de Paris* y la familia real por lo general se inclinó por las obras devocionales durante su encierro. Sólo que el énfasis en la religión, en la dieta literaria de la familia real contrastaba fuertemente con los hábitos de lectura de otras figuras prominentes en la Revolución. Los inventarios de veintiséis bibliotecas confiscadas a los líderes de las diferentes facciones durante el Terror son notablemente similares. Ya fuera que las bibliotecas pertenecieran a contrarrevolucionarios como el barón de Breteuil, a monarquistas constitucionalistas como Lafayette, a girondinos como Roland, a jacobinos moderados como Danton o a jacobinos radicales como Robespierre, contenían pocos libros sobre religión, una gran cantidad de libros sobre historia y acontecimientos contemporáneos y un gran número de li-

bros escritos por *philosophes*, en especial Voltaire, Rousseau y Raynal.<sup>11</sup>

No es de sorprender que los *libelles* y las *chroniques scandaleuses* ocuparan los lugares predilectos en las bibliotecas de los aristócratas, pues los cortesanos medraban con los chismes injuriosos en la corte. Los producían y los consumían con avidez, aun cuando fueran el blanco de ellos. J.-F. Phélypeaux, conde de Maurepas, el tan maligno ministro de Luis XV y de Luis XVI, disfrutaba los *bons mots* hechos a su costa y reunió la mayor colección del reino de canciones y poemas satíricos.<sup>12</sup> Al evaluar la respuesta del lector es importante aceptar la lectura sofisticada de la "clase política" que sabía cómo reírse de sí misma o cuando menos de las víctimas predilectas en el interior de sus propias filas.<sup>13</sup> Sin

<sup>11</sup> Daniel Roche, "Les Primitifs du rousseauisme. Une analyse sociologique et quantitative de la correspondance de J.-J. Rousseau", en *Annales. Economies, sociétés, civilisations*, 1971, pp. 151-172; Claude Labrosse, *Lire au XVIII<sup>e</sup> siècle*, op. cit.; Robert Darnton, "Readers respond to Rousseau", op. cit.; y Agnes Marcetteau-Paul y Dominique Varry, "Les Bibliothèques de quelques acteurs de la Révolution", en Frédéric Barbier, Claude Jolly y Sabine Juratic (eds.), *Mélanges de la Bibliothèque de la Sorbonne*, vol. 9, 1989, pp. 189-207. En su estudio de los inventarios de las bibliotecas, Marcetteau-Paul y Varry tienen cuidado de las conclusiones definitivas pues sólo pudieron identificar una pequeña parte de los libros en casi todas las bibliotecas y porque no igualan la propiedad del libro con la lectura. También porque sólo encontraron los inventarios de cinco personas identificadas con la contrarrevolución. Esos inventarios y los de los moderados que estaban en la Asamblea Constituyente muestran un porcentaje muy fuerte de obras religiosas —el 12% en cada caso— en contraposición con los inventarios de los diputados de la Convención, en donde sólo el 2% de los libros tenía que ver con religión. Estudiadas en detalle, las bibliotecas pueden parecer más variadas que cuando se las compara según rúbricas generales como historia y *best sellers*. Así, como era de esperarse, la biblioteca de Lafayette contenía una gran cantidad de obras sobre los Estados Unidos, aunque también una gran cantidad —el 17%— de obras religiosas.

<sup>12</sup> El manuscrito "Chansonnier Maurepas" llega a los 44 volúmenes: Bibliothèque Nationale, ms. fr. 12616-12659.

<sup>13</sup> Sobre la noción de "clase política" véase Pierre Goubert, *L'Ancien Régime*, vol. 2: *Les Pouvoirs*, París, 1973, pp. 49-55 [trad. esp.: *El Antiguo Régimen*, Buenos Aires, Siglo XXI, 1972].

duda que otros ahí dentro, incluidos algunos de los *libellistes*, también se entretuvieron así, a la vez que mantenían una distancia crítica entre lo que leían y lo que creían.

Luego de hacer concesiones a la lectura desengañada entre la aristocracia, hay que considerar ahora un fenómeno aún más importante: muchos aristócratas leyeron a Voltaire, Rousseau y Pidansat de Mairobert como verdaderos creyentes. De hecho, pudieron haber reaccionado más apasionadamente a los libros prohibidos que los lectores ubicados por debajo de ellos en la jerarquía social. Aunque es difícil documentarlo, su experiencia de la literatura no prueba que los *livres philosophiques* no plantearan una amenaza al régimen. Muy al contrario: un sistema político acaso se encuentre en el peligro más grande cuando su elite más favorecida deja de creer en su legitimidad.

La alienación de la aristocracia no se puede medir con precisión, pero las protestas en contra de los abusos del gobierno se destacan con la misma fuerza en los *cahiers de doléances* (las actas de maltratos presentadas ante la reunión de los Estados Generales) de la nobleza como en los del Tercer Estado, y los motivos de la Ilustración son aún más fuertes. Los nobles llevaron la delantera en la oposición al gobierno en 1787 y 1788 y los aristócratas liberales figuraron destacadamente en los acontecimientos de 1789 a 1792. No es que la Revolución o que incluso la prerrevolución deban etiquetarse como "aristocráticas" en lugar de "burguesas", sino más bien que una elite mixta se hizo cargo de ambas. Esta elite conformó una clase dominante en el siglo XIX, cuando las viejas familias de nobles, los ricos terratenientes y los burgueses profesionistas se fusionaron como "notables". Sus orígenes se remontan al Antiguo Régimen y en especial a la vida cultural con Luis XV. Como lo ha demostrado Daniel Roche, los nobles y los profesionales, los administradores reales y los rentistas burgueses, confluían en las academias, logias masónicas y so-



ciedades literarias de provincia. Suscribieron las mismas publicaciones, escribieron ponencias para los mismos concursos de ensayo y leyeron los mismos libros -notablemente la *Encyclopédie*, cuyos autores y lectores pertenecían al mismo ambiente mezclado-. Muchos elementos participaron en la fusión de las viejas elites en una nueva clase de notables y el proceso se llevó su tiempo, pero su ingrediente fundamental fue la elaboración de una cultura común en el siglo xviii.<sup>14</sup>

Tocqueville señaló este fenómeno:

El burgués era tan culto como el noble y su ilustración provenía de la misma fuente. Ambos sabían de literatura y de filosofía, pues París, ahora casi la única fuente de saber para toda Francia, había moldeado la mente de todos con los mismos patrones y les había dado el mismo equipaje [...]. Básicamente todos aquellos que estaban por encima de la masa común eran iguales; tenían las mismas ideas, los mismos hábitos, los mismos gustos y el mismo tipo de distracciones; leían los mismos libros y se expresaban igual.<sup>15</sup>

Como tantas veces, Tocqueville parece haberlo dicho todo; salvo que no se preguntó qué libros eran.

No eran, como él suponía, nada más las obras de los *philosophes*; tampoco eran solamente los tratados abstractos que no mostraban conocimiento alguno de las realida-

<sup>14</sup> Daniel Roche, *Le Siècle des Lumières en province. Académies et académiciens provinciaux, 1680-1789*, París y La Haya, 1978, 2 vols.; D. Roche, *Les Républicains des lettres. Gens de culture et Lumières au xviii<sup>e</sup> siècle*, en especial el cap. 3; Guy Chaussinand-Nogaret, *La Noblesse au xviii<sup>e</sup> siècle, de la féodalité aux Lumières*, París, 1976; Robert Darnton, *The Business of Enlightenment*, cap. 6; R. Darnton, "The literary revolution of 1789", en *Studies in Eighteenth-Century Culture*, pp. 3-26.

<sup>15</sup> Alexis de Tocqueville, *The Old Regime and the French Revolution*, Garden City, Nueva York, 1955, pp. 80 y 81 [trad. esp.: *El Antiguo Régimen y la Revolución*, México, Fondo de Cultura Económica, 1996].

des políticas. Como ya vimos, la literatura ilegal más difundida incluía un periodismo expositor, comentarios sociales, polémicas políticas, anticlericalismo insultante, fantasías utópicas, especulaciones teóricas y pornografía cruda -todo lo cual cohabitaba de manera promiscua bajo la misma etiqueta, *livres philosophiques*-. Sus temas avanzaron en paralelo y encimándose para desafiar las ortodoxias del Antiguo Régimen en todos los frentes. El desafío carecía de toda autocontención, pues todo él sucedía fuera de la ley. Y apelaba a las emociones lo mismo que a la razón, empleando todos los recursos retóricos a su alcance para suscitar un amplio arco de respuestas: indignación, ira, burla, escarnio y disgusto.

Como lectores, los aristócratas se vieron expuestos a toda la escala de temas en los libros prohibidos y tal parece que sus respuestas asimismo cubrieron un amplio espectro. Es probable que el efecto acumulativo fuera más allá de las simpatías hacia la Ilustración. Para muchos sin duda llegó hasta el descontento general con el régimen, incluida la pérdida de fe en la legitimidad de sus propios privilegios. Desde luego que éstas son conjeturas que deben ir rodeadas de palabras como "probablemente" y "sin duda". Pero es más razonable colocar una erosión gradual de la confianza entre los órdenes privilegiados que una conversión repentina en la noche del 4 de agosto de 1789, cuando renunciaron a sus privilegios.<sup>16</sup> Perdieron la fe en el régimen antes de que éste cayera y más adelante se dieron cuenta de que tenían bastante más que perder. Pero en lugar de congregarse alrededor del viejo orden, por lo general se suma-

<sup>16</sup> Al redactar la legislación entre el 5 y el 11 de agosto, los revolucionarios revocaron aparentemente muchas de las concesiones que hicieron en la delirante sesión del 4 de agosto, pero no estoy con quienes niegan sustancia a la "abolición del feudalismo" en agosto de 1789. Véanse los documentos publicados en J. M. Roberts (ed.), *French Revolution Documents*, Oxford, 1966, pp. 135-155.

ron a su destrucción. Algunos, a decir verdad, formaron filas en la contrarrevolución, pero la mayoría de los que tenían simpatías de derecha se retiraron sencillamente a la vida privada o se pasaron del otro lado del Rin. El aspecto más destacado en la conducta de los aristócratas en 1789 es por un lado su entusiasmo por la Revolución y por otro la ineficacia de su oposición. En ambos casos se rompió su vínculo con el Antiguo Régimen y al menos una parte del daño se puede atribuir a los *livres philosophiques*.

Sería extravagante reducir fenómenos tan complejos como la pérdida de fe y la falta de nervio a un efecto de la lectura. Pero es fácil subestimar la fuerza de los impresos, sobre todo hoy que el libro ha perdido el sitio que alguna vez tuvo en el centro del sistema de comunicación de la sociedad. Para apreciar la fuerza de los libros prohibidos en el siglo XVIII —el corpus completo de la literatura ilegal, no sólo sectores aislados— hay que apreciarlos desde una perspectiva del siglo XVIII, o mejor aún, desde la perspectiva que el absolutismo desarrolló un siglo antes. Esta consideración vale para todos los argumentos en contra de la importancia de los *livres philosophiques*, por lo que me detendré aquí, antes de tratar de responder las otras objeciones.

Fue con Luis XIV que los valores del Antiguo Régimen se consolidaron en un poderoso sistema cultural. En su religión, contrarreformista militante, decididamente jerárquica en su estructura social y en su gobierno declaradamente absolutista, la Francia de Luis XIV estaba en favor de todo aquello que más abominaban los libros prohibidos que un siglo después se publicaron. Los escritores más relevantes del siglo XVII, subvenidos, disciplinados y manipulados por el Estado, trabajaron en el centro de una nueva cultura cortesana. Ellos convirtieron a la literatura en un instrumento del absolutismo. En el siglo XVIII, los autores se esmeraron asimismo en conseguir mecenazgos, pero con frecuencia operaron fuera del Estado y volvieron a la litera-

tura en contra de éste. Por hacer eso, algunos se convirtieron en héroes culturales. El "Rey Voltaire" fue el epítome del hereje-como-héroe, a pesar de sus simpatías hacia Luis XIV y de su papel como historiador real. Voltaire llegó a ser la representación de todo un nuevo sistema de creencias, un sistema ubicado más allá de la actitud de come-curas y de libertino de su juventud. En el *Affair Calas* y los demás asuntos que vinieron después, Voltaire hizo de su causa —la de la Ilustración— la causa de la humanidad, infundiéndole pasión e indignación morales.

Otros escritores en otras posiciones asimismo movieron el sentimiento en contra del Estado; pues la Ilustración no era la única causa en la Francia del siglo XVIII y no era la única ideología representada en el corpus de los libros prohibidos. Los *livres philosophiques* cubrían un amplio espectro de temas. Incluían algo para ofender a cualquiera en el poder y para desafiar todo aquello en el sistema de valores heredado de Luis XIV. Para la década de 1770, la cultura de la época de Luis XIV lucía anticuada y opresiva. La literatura estaba en favor de sus antítesis: una cierta variedad de literatura, aquella que se produjo fuera de la ley y que inundó al mercado durante las dos últimas décadas del Antiguo Régimen. Tal y como Tocqueville lo notó, la literatura se difundía por encima de las diferencias sociales, movilizandole la opinión pública entre todas las clases alfabetizadas. Todos leían los mismos libros, inclusive los mismos *livres philosophiques*. Los autores de esos libros habían liberado a la literatura de sus ataduras con el Estado. Habían separado la cultura del poder, o mejor dicho, habían dirigido un nuevo poder cultural en contra de las ortodoxias del viejo. De manera que se abrió una contradicción, separando un sistema de valores ortodoxo basado en el Estado absolutista de un *ethos* contestatario enraizado en la literatura. Esta contradicción definió la situación del lector, sin importar su estatus social. Demostró a todos que la época estaba desfa-



sada, que la vida cultural ya no estaba en sincronía con el poder político. Había caído la síntesis del tiempo de Luis XIV; y la literatura, que tanto había hecho por legitimar al absolutismo en el siglo xvii, ahora se volvió el principal agente de su deslegitimación.

## VIII. LA HISTORIA DEL LIBELO POLÍTICO

EL TEMA de la deslegitimación suscita una segunda objeción, la cual concierne al subgénero de libros prohibidos llamados *libelles* -ataques calumniosos a las figuras públicas a las que se conoce colectivamente como "*les grands*"-. ¿Por qué conferirles tanta importancia a estas obras?, cabe preguntar. La literatura del escándalo se ha congregado alrededor de reyes y cortesanos desde el Renacimiento, cuando Aretino hizo una profesión del baratilleo de indecencias; pero nadie las consideraba una amenaza para el Estado. Tal vez los *libelles* de los decenios de 1770 y 1780 pertenezcan a una vieja variedad del enlodamiento, que debería dejarse en el lugar al que pertenece: la alcantarilla.

Esta objeción nos enfrenta a otro problema: el tráfico de escándalos es tan desagradable y tan trivial que nadie ha investigado cabalmente su pasado. Necesitamos una historia de los libelos políticos. Hasta que no se escriba esa historia no podremos arribar sino a conclusiones tentativas, y por mi parte sólo puedo dar algunos argumentos preliminares para tomar en serio las indecencias. Éstos se pueden sintetizar así. Primero, aunque es posible desenterrar numerosas observaciones difamatorias sobre "*les grands*" en los siglos xvi y xvii, no se halla nada comparable a los *libelles* en forma de libros que fueron *best sellers* en el siglo xviii. Segundo, aun si los *libelles* circularon ampliamente en Francia dos siglos antes de la Revolución, su encanto bajo Enrique III y Luis XIII no prueba que carecieran de interés durante los reinados de Luis XV y Luis XVI; por el contrario, tal vez ganaran poder gracias al efecto acumulativo en un público lector siempre en aumento. Tercero, una compara-

ción de los primeros y de los últimos *libelles* no revela un inmutable patrón de repetición sino más bien un desplazamiento de la difamación de individuos al desacato de todo un régimen.

El término empleado para identificar a esta literatura cubría un amplio frente. A finales de la Edad Media, *libelle* (del latín *libellus*, diminutivo de *liber*, "libro") quería decir: librito. Aunque el término continuó aplicándose a todo tipo de panfletos, comenzó a asociárselo sobre todo con breves ataques calumniosos contra personas prominentes. Para 1762, el diccionario que publicaba la Academia Francesa definía *libelle* tan sólo como un *écrit injurieux* u "obra ofensiva". La ofensa tal vez se refiriera a una persona, como en el moderno concepto del libelo; pero con mayor frecuencia se trataba de un asunto de Estado, pues los *libelles* podían ser sediciosos. Eso fue claro dos siglos antes, cuando una ordenanza real de 1560 proclamó que "todos los productores de carteles y de *libelles* difamatorios [...] que tiendan a inflamar al pueblo y provocarlo hacia la sedición" serían condenados como "enemigos de la paz pública y criminales culpables de *lèse-majesté*".<sup>1</sup>

Esta peculiar combinación de calumnia y sedición parece caracterizar la historia de los *libelles* políticos desde el siglo XVI hasta el XVIII. Cada vez que las crisis golpeaban al Estado, los *libelles* completaban el daño. En 1589, en el momento culminante de la insurrección de la Liga Católica en París, Pierre de l'Estoile se maravilló ante la proliferación de los panfletos escandalosos: "Todos los días hasta el impresor más pequeño se las arregla para que sus prensas saquen algún estúpido *libelle* difamatorio contra Su Majes-

<sup>1</sup> Citado en Claude Bellanger, Jacques Godechot, Pierre Guiral y Fernand Terrou (eds.), *Histoire général de la presse française*, t. 1, París, 1969, p. 65. Sobre la etimología de *libelle* véase Emil Littré, *Dictionnaire de la langue française*, París, 1957, y *Le Grand Robert de la langue française*, París, 1986.

tad".<sup>2</sup> Durante la revuelta de la princesa en contra de María de Médicis en 1615, un polémico tratado, *Avertissement à la France touchant les libelles* advertía que los "*libelles* difamatorios" eran el arma principal que usaban quienes trataban de fomentar el descontento público.<sup>3</sup> En 1649, cuando la Fronda redujo al reino casi a la anarquía, los parisinos se impactaron ante "esta aterradora cantidad de *libelles*".<sup>4</sup> Para entonces, el peligro de los *libelles* lo deploraban todos los bandos, hasta los *libellistes*, quienes difamaban a sus oponentes acusándolos de difamación. "Nada es más pernicioso para un Estado que los *libelles*", decía un panfleto, a la vez que otro sostenía la supresión de los escándalos como la preocupación central del programa anunciado en su título, *Censure générale de tous les libelles diffamatoires*.<sup>5</sup>

Es difícil decir si tales pronunciamientos eran alarmas genuinas o poses retóricas, pero las autoridades sí se tomaron en serio la difamación. El 28 de mayo de 1649, el Parlamento de París trató de restaurar el orden en la capital amenazando con la horca a quien publicara *libelles*. En junio, estuvo a punto de ahorcar a un abogado, Bernard de Bautru, por alterar la paz con un grosero panfleto. Y en julio, condenó a un impresor, Claude Morlot, a quien se descubrió al imprimir los pliegos de *La custode du lit de la reine*, que empezaba con una aseveración sobre Mazarino y la reina madre, Ana de Austria; una aseveración tan cruda como todas las demás cosas que se decían en la década de 1770: "Paisanos, ni lo duden; la verdad es que Mazarino se

<sup>2</sup> *Mémoires-Journaux de Pierre de l'Estoile*, t. III, París, 1888, p. 279, citado en Denis Pallier, *Recherches sur l'imprimerie à Paris pendant la Ligue (1585-1594)*, Ginebra, 1975, p. 56.

<sup>3</sup> Citado en Jeffrey K. Sawyer, *Printed Poison. Pamphlet Propaganda, Faction Politics, and the Public Sphere in Early Seventeenth-Century France*, Berkeley, 1990, p. 16.

<sup>4</sup> Citado en Hubert Carrier, *La Presse de la Fronde (1648-1653): Les Mazarinades. La Conquête de l'opinion*, t. 1, Ginebra, 1989, p. 56.

<sup>5</sup> *Ibid.*, pp. 456 y 457.



la está cogiendo". Morlot salvó la vida gracias a un tumulto de impresores itinerantes, quienes se lo arrebataron al verdugo; pero la advertencia había sido clara: los *libelles* conducían hacia la sedición, y la primera etapa de la Fronda culminó con un golpe a la prensa.<sup>6</sup> En las posteriores etapas de la Fronda, las facciones en disputa se enfrentaron con *libelles* y con espadas. Así que cuando Luis XIV empezó a reconstruir la monarquía en 1661, tomó medidas severas para controlar a la prensa y someter todos los aspectos de la vida cultural a su autoridad. La reorganización del comercio del libro, la censura y la Policía colaboraron en una nueva variedad del absolutismo, la cual llevó a la clandestinidad o al extranjero a los *libellistes*. Muchos de ellos huyeron a Holanda, en donde se sumaron a las filas de los refugiados protestantes tras la Revocación del Edicto de Nantes en 1685. El conflicto religioso y la guerra exterior añadieron intensidad a las calumnias políticas que produjeron los exiliados en la década de 1690. Pero la más antigua variedad siguió dándose de vez en vez en el reino. En noviembre de 1694, mientras Luis reinaba sobre el culto a la realeza en Versalles, un impresor y un librero fueron llevados a la horca en París por sacar un relato irreverente de la vida sexual del rey.<sup>7</sup> Así, al comienzo del siglo XVIII, se estableció un género; el Estado lo etiquetó como sedicioso; y se despejó el camino para los libros que fueron *best sellers* clandestinos durante la época previa a la Revolución.

Pero esta historia, en tanto que es posible reconstruirla a partir de unas cuantas monografías aisladas, ¿demuestra una semejanza esencial en la vasta literatura del libelo que va de la Reforma a la Revolución? En el género mismo ha-

<sup>6</sup> Marie-Noëlle Grand-Mesnil, *Mazarin, la Fronde et la presse 1647-1649*, París, 1967, pp. 239-252.

<sup>7</sup> Henri-Jean Martin, *Livre, pouvoirs et société à Paris au XVII<sup>e</sup> siècle (1598-1701)*, t. II, Ginebra, 1969, pp. 678-772 y 884-900, y Claude Bellanger et al., *Histoire générale de la presse française*, t. I, op. cit., pp. 118 y 119.

bía una gran variedad. Los *libelles* podían ser carteles, pliegos sueltos, canciones, impresos, panfletos o libros. Pierre de l'Estoile incluyó un poco de cada cosa en la colección que reunió en 1589: más de trescientas hojas encuadernadas en cuatro volúmenes en folio.<sup>8</sup> Pero no obstante sus diferencias formales, todos ellos tenían una cosa en común: eran intensamente personales. En este sentido, le debían bastante al estilo político del Renacimiento. La política en la corte renacentista era un asunto de personalidades, de patronazgo y clientelas, de los que estaban adentro y los que estaban afuera, intrigas y *combinazione* (tramas). Para jugar el juego había que saber cómo defender el propio prestigio; pues la reputación era una forma del poder, en especial al nivel de los príncipes, como lo explicó Maquiavelo:

El príncipe ha de procurar, tal como en parte se ha dicho más arriba, evitar todo aquello que le haga odioso o digno de menosprecio; si así lo hace habrá cumplido con su papel de príncipe, y sus otros defectos no representarán peligro alguno para él [...]. Lo hace despreciable el ser considerado voluble, frívolo, afeminado, pusilánime, irresoluto: de todo eso ha de guardarse el príncipe como de un escollo e ingeniárselas para que en sus acciones se reconozca grandeza de ánimo, valor, gravedad, fortaleza [...]. El príncipe que da de sí esta imagen adquiere gran reputación, y contra alguien que tiene tan buena reputación difícilmente se conjura; difícilmente se ataca a alguien que se sabe tenido por excelente y reverenciado por los suyos.<sup>9</sup>

<sup>8</sup> Pierre de l'Estoile, *Mémoires-Journaux de Pierre de l'Estoile*, t. III, op. cit., p. 279.

<sup>9</sup> Maquiavelo, *The Prince*, Nueva York, Mentor Classic, 1952, cap. 19, p. 95 [trad. esp.: *El príncipe*, Buenos Aires, Losada, 1996]. Desde luego que Maquiavelo dirigía *El príncipe* a los príncipes, más que nada a Lorenzo de Médici y a César Borgia. Pero también aplicó la idea de reputación —"nombre y fama", "voz pública y fama"— a su análisis de las repúblicas. Véase Maquiavelo, *The Discourses*, Nueva York, Modern Library College Edition, 1950, libro III, cap. 34, pp. 509 y 510.

La defensa de la reputación se convirtió en estrategia básica de gobierno en el Renacimiento, no tan sólo en la Toscana de Maquiavelo sino también en la Francia de Luis XIII. Richelieu la situó en el centro de su idea del poder: "El príncipe debe ser fuerte por medio de su reputación [...]. La reputación es tan necesaria que un príncipe que cuenta con el beneficio de una buena opinión puede hacer más con su solo nombre que aquellos que tienen ejércitos pero no estima".<sup>10</sup>

En los primeros tiempos de la Europa moderna, el poder no se expresaba generalmente por la boca de un cañón. Por lo general, los ejércitos incluían apenas unas cuantas compañías de mercenarios y guardias, la fuerza pública se componía de un puñado de policías. Para imponer su autoridad en la gente, los soberanos actuaban en público, por medio de coronaciones, funerales, entradas reales, procesiones, festivales, fuegos artificiales, ejecuciones públicas y tocando a los enfermos –es decir, curando la escrófula o "el mal del rey"–. Pero la forma dramática del poder era vulnerable al insulto. Una afrenta bien dirigida podía lesionar una reputación y destruir un desempeño completo. Para sobrevivir en la corte renacentista había que saber cómo rechazar los insultos verbales y cómo embestir contra ellos. Aunque esta variedad de la política estuvo restringida a príncipes y patricios, se representaba ante todo el pueblo. De suerte que cuando la obra terminaba, los actores podían interpelar al público; las plebes podían intervenir; y el hombre de mayor reputación en las calles podía escalar a lo más alto.<sup>11</sup>

<sup>10</sup> Richelieu, *Testament politique*, citado por Jeffrey K. Sawyer, *Political Poison...*, op. cit., p. 16.

<sup>11</sup> Maquiavelo, *The Prince*, op. cit., cap. 19, pp. 96 y 97. Aunque Maquiavelo no definió su idea de "pueblo", contenía un elemento plebeyo; pero se expresó despectivamente con respecto al "populacho" (*ibid.*, p. 97). El llamado a la "opinión pública" asimismo tuvo una dimensión internacional; véase J. H. Elliott, *Richelieu and Olivares*, Cambridge, Inglaterra, 1984, pp. 128 y 129, y Peter Burke, *The Fabrication of Louis XIV*, New Heaven, 1992, pp. 152 y 153 [trad. esp.: *La fabricación de Luis XIV*, San Sebastián, Nerea,

En París como en Florencia, la política a menudo degeneraba en pleitos callejeros; sólo que buena parte de la violencia era verbal. Los "Días de Barricadas", el 12 de mayo de 1588, y entre el 26 y el 28 de agosto de 1648, liberaron ríos de *libelles*; tantos, de hecho, que no se podría decir que se dirigieran sólo a los círculos de los cortesanos. Se dirigían al público heterogéneo que se juntaba en el Pont-Neuf, el Palacio de Justicia, el Palacio Real, el Quai des Augustines y otros centros neurálgicos en los sistemas de comunicación impresos u orales. El blanco de los *libelles* plebeyos iba implícito en su estilo. Eran vulgares, obscenos, brutales y simples. Se apoyaban en géneros populares como el diálogo cómico, el chiste de cantina, la balada en pliegos sueltos, la arenga vituperadora y las narraciones estilizadas de sueños y fantasmas así como en asquerosos *faits divers*. Ciertos *libelles* atraparon el tono de las sediciosas charlas callejeras (*bruits publics, mauvais propos*). Unos usaron la retórica del insulto ritual y las pasquinadas populares –poemas escandalosos dispuestos en lugares públicos como la estatua de Pasquino en Roma–. Muchos iban cocidos en papel de envoltorio azul como los almanaques y los *chapbooks* [libritos de chascarrillos populares] de la *bibliothèque bleue* (literatura popular). Muchos se leían como pliegos sueltos: los *occasionnels, canards* y *feuilles volantes* que daban noticias para todo tipo de lectores un siglo antes de 1631, cuando se empezó a publicar *La Gazette de France*, el primer periódico de Francia, y ella continuó informando o desinformando a los más humildes durante otros dos siglos. Esta extraordinaria explosión de impresos demuestra que la política no sólo ocurría en la corte sino en la calle, entre la plebe.<sup>12</sup>

1995]. Para un ejemplo de la visión dramática de la política del Renacimiento, véase Steven Mullaney, *The Place of the Stage. License, Play, and Power in Renaissance England*, Chicago, 1988.

<sup>12</sup> Entre los numerosos libros sobre estos temas, me he basado particularmente en el de Jean-Pierre Seguin, *Nouvelles à sensation. Canards du XIX<sup>e</sup>*



Sin embargo, esto no quiere decir que se pueda distinguir con claridad entre la cultura de los plebeyos y la cultura de los patricios. En efecto, existía alguna diferencia de este tipo, pero se la obviaba continuamente. Los panfletos más vulgares a veces estaban escritos en latín y la mayor parte de la pesca era una especie de vida literaria en los bajos fondos, hecha para entretener a los más cultos. Conforme los académicos más ahondan en el estudio de géneros "populares" como la *bibliothèque bleue*, menos confianza tienen en la noción misma de "cultura popular". ¿Quién representa mejor la fusión de lo popular y de la elite que Rabelais, genio supremo de la literatura del siglo XVI? Arrabalero y recóndito, vulgar y *recherché*, Rabelais sacó a su personaje principal, Gargantúa, de un librito de romances y lo presentó en el lenguaje de un charlatán en una feria callejera. La literatura del libelo latía con energía rabelaisiana, pero no se la puede asignar a un público específico. Esa prosa pertenecía a un mundo en el que la lucha por el poder había trascendido los confines de la corte extendiéndose a las calles, barriendo todo a su paso.<sup>13</sup>

La violencia de las explosiones se derivó de un último ingrediente que a duras penas existía en los cálculos de Ma-

*siècle*, París, 1959; Robert Mandrou, *De la Culture populaire aux 17<sup>e</sup> et 18<sup>e</sup> siècles. La Bibliothèque bleue de Troyes*, París, 1964; Geneviève Bollème, *La Bibliothèque bleue. Littérature populaire en France du XVI<sup>e</sup> au XIX<sup>e</sup> siècle*, París, 1971; Alain Monestier, *Le Fait divers*, París, 1982, catálogo de una exposición en el Museo Nacional de Artes y Tradiciones populares; y Roger Chartier, *Lectures et lecteurs dans la France d'Ancien Régime*, París, Seuil, 1987 [trad. esp.: *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza, 1993].

<sup>13</sup> Véase Mijaíl Bajtín, *Rabelais and His World*, Cambridge, Massachusetts, 1968 [trad. esp.: *La cultura popular en la Edad Media y el Renacimiento. El contexto de François Rabelais*, Madrid, Alianza, 1998]; Marc Soriano, *Les Contes de Perrault: Culture savante et traditions populaires*, París, 1968; Peter Burke, *Popular Culture in Early Modern Europe*, Londres y Nueva York, 1978 [trad. esp.: *La cultura popular en la Europa moderna*, Madrid, Alianza, 2001]; Natalie Davis, *Society and Culture in Early Modern France*, Stanford, 1975 [trad. esp.: *Sociedad y cultura en la Francia Moderna*, Barcelona, Crítica, 1993]; y Roger Chartier (ed.), *Les Usages de l'imprimé*, París, 1987.

quiavelo: la religión. Durante un siglo, desde la muerte de Enrique II en 1559 hasta la derrota de la Fronda y el comienzo del personal gobierno de Luis XIV en 1661, Francia pasó por un período de guerra civil intermitente alimentado sobre todo por la lucha entre protestantes y católicos. Aunque los protestantes no participaron en la Fronda, Luis los expulsó del reino en la década de 1680. De ahí que los *libelles* más violentos en su contra, al término de su reinado, provinieron de Holanda, en donde los refugiados se mezclaron con los opositores del absolutismo en Inglaterra —es decir, con hombres como John Locke—. La lucha entre jansenistas y jesuitas añadió otra dimensión a los conflictos ideológicos. Y todos los conflictos estuvieron compuestos en una escala internacional por las rivalidades de las dinastías y los Estados: los Valois, Borbones, Habsburgos, Tudor, Estuardos, Orange, Hohenzollern y Hanover conducían ejércitos capaces de infligir un daño enorme, aún antes de abandonar ballestas y armaduras.

¿Qué lugar ocupó la violencia verbal en este largo período de conflicto multidimensional? No podemos medir la incidencia de los *mauvais propos* y de los rumores, pero sí identificar las más fuertes explosiones de los *libelles* desde finales del siglo XVI hasta el comienzo del siglo XVIII. Cuatro períodos se destacan: 1588-1594, 1614-1617, 1648-1652 y 1688-1697.<sup>14</sup>

<sup>14</sup> Es casi imposible formarse una idea exacta de la incidencia de la literatura panfletaria a lo largo de este período. La noción misma de panfleto es notablemente vaga, mezclándose en un extremo con la de libro y con la de pliego en el otro. Muchos panfletos no incluían ningún ataque personal, por lo que no se puede determinar la proporción de *libelles* en el interior del cuerpo general de la literatura efímera. Y sólo se pueden ofrecer estimaciones vagas de esa literatura formando estadísticas con los panfletos que se conservan en las bibliotecas de investigación. *Occasionnels, feuilles volantes, pièces fugitives*, como sus nombres lo implican, no estaban hechos para sobrevivir por siglos, y los que han sobrevivido acaso sean, por esa misma razón, los que menos se leyeron. La siguiente discusión por tanto no pretende ser rigurosa y se basa en estudios monográficos de períodos particulares, en especial Denis Pallier, *Recherches sur l'imprimerie à Paris*

La primera explosión tuvo lugar durante el caótico período de la guerra religiosa, al espesarse y acelerarse a tal grado los acontecimientos que las imprentas a duras penas los podían seguir. En 1589, los *occasionnels* saltan al ritmo de un diario en París, producción excepcional si se la compara con el producto anual de una docena que hubo en 1585 y 1594. La crisis suministró un material vasto: asesinatos, golpes, héroes y villanos. Y las autoridades de París dieron rienda suelta a los panfleteros, con tal que concentraran su fuego en el enemigo: Enrique de Valois (Enrique III) y su aliado eventual, Enrique de Navarra (el futuro Enrique IV).

El rey era en efecto un buen blanco. Su reputación era todo lo que no tenía que ser, según la fórmula de Maquiavelo: "voluble, frívolo, afeminado, pusilánime, irresoluto". Los *libellistes* le lanzaron todos los insultos que tenían en su arsenal, llamándolo cobarde, hipócrita, prevaricador, tirano y lo peor de todo: protestante. Los *libellistes* no explotaron la conducta que ha fascinado a muchos de los biógrafos del rey, las supuestas orgías con sus "favoritos" masculinos, pues su mayor preocupación era religiosa.<sup>15</sup> La religión suministró el idioma básico de la política en la década de 1580; así que al calumniar a Enrique III, los *libellistes* lo hicieron parecer criptohugonote, brujo, amigo del diablo. Del

*pendant la Ligue (1585-1594)*, op. cit.; Jeffrey K. Sawyer, *Printed Poison. Pamphlet Propaganda, Faction Politics, and the Public Sphere in Early Seventeenth-Century France*, op. cit.; Hubert Carrier, *La Presse de la Fronde (1648-1653): Les Mazarinades*, op. cit.; P. J. W. Van Malssen, *Louis XIV d'après les pamphlets répandus en Hollande*, Amsterdam, 1936; y Joseph Klaitz, *Printed Propaganda Under Louis XIV. Absolute Monarchy and Public Opinion*, Princeton, 1976. Los mejores cálculos sobre la producción de panfletos en el siglo XVII se encuentran en Hélène Duccini, "Regard sur la littérature pamphlétaire en France au XVII<sup>e</sup> siècle", en *Revue historique*, t. CCLIX, 1978, pp. 313-340.

<sup>15</sup> Véase, por ejemplo, Gilbert Robin, *L'Enigme sexuelle d'Henri III*, París, 1964, y, para una visión más equilibrada, Philippe Erlanger, *Henri III*, París, 1948, pp. 188 y 189.

otro lado de las barricadas, los protestantes respondieron en el mismo tono, acusando a la Santa Alianza de traicionar a Francia a las fuerzas satánicas de la contrarreforma, España y el Papa. Ambos lados sazonaron sus argumentos con detalles sensacionales sobre señales celestiales y milagros en la tierra. Informaron sobre los acontecimientos según el mismo espíritu sensacionalista, tal y como los *canards* lo hicieron durante cien años. De hecho, los *libelles* a menudo parecían *canards*. Eran por lo general pliegos toscos o panfletos en medio o en un pliego —ocho o dieciséis páginas en octavo, el formato más común—. En forma, estilo y contenido, tenían más cosas en común con los viejos *occasionnels* que con los *best sellers* del siglo XVIII.

La siguiente gran ola de *libelles* fue similar y anegó el reino durante la revuelta de los príncipes en 1614-1617. La lucha por el poder entre "les grands", eminentes nobles y protegidos reales, otra vez rebasó la esfera del palacio, y los cortesanos buscaron el apoyo del público, cerrando filas y calumniándose entre sí en letras de imprenta. Sin embargo, en esta ocasión los temas religiosos permanecieron relativamente mudos y nadie desafió la autoridad del rey —en parte porque era muy poca—. Luis XIII apenas tenía doce años al estallar la crisis. En lugar de atacarlo, las facciones en pugna intentaron hacerse del poder controlando los consejos del rey y gobernando en su nombre. La reina madre, María de Médicis, dominó los consejos como regente y por medio de favoritos como Concino Concini, el mariscal D'Ancre. El principal oponente de la reina madre, el príncipe de Condé, trató de suplantarla, primero manipulando los Estados generales de 1614, luego por medio de intrigas y finalmente con una rebelión abierta. En 1617, la crisis alcanzó un clímax y la actividad panfletaria llegó a su punto más alto —unos 450 nuevos títulos, casi cien más que la producción de 1589—, cuando Concini fue asesinado y María de Médicis conducida al exilio. Las rebeliones esporádicas y



las intrigas barrocas continuaron por dos décadas más, pero hacia 1630 Richelieu restauró el orden. Bajo su firme conducción y la de su sucesor, el cardenal Mazarino, el poder se consolidó de tal modo que sentó las bases para el absolutismo de Luis XIV. Pero al llegar al trono en 1643, Luis era un muchacho de catorce años. De modo que Francia conoció otra regencia y otra rebelión, la Fronda, antes que el absolutismo emergiera finalmente como *la* forma de gobierno para contener las fuerzas que desgarraron al reino durante cien años.

Como la crisis de 1614-1617 fue sobre todo una lucha entre los de "adentro" y los de "afuera", los panfletos que generó intentaron movilizar el apoyo entre "el público políticamente importante"<sup>16</sup> de los nobles, los ministros reales y los miembros destacados de los gobiernos municipales y cabildos. Fueron aparentemente panfletos menos violentos que los de 1580. Tal vez tuvieron menos resonancia entre la gente común. Pero ellos también se amoldaron a los acontecimientos y ayudaron a darles forma al suministrar una retórica de acción. Ellos informaban, interpretaban, exhortaban y denunciaban en embestidas y reparos estratégicos que incidían sobre el curso de la acción, respaldando a los simpatizantes y exponiendo enemigos en todos los momentos cruciales. Aunque esos panfletos ocasionalmente hacían referencia a los asuntos constitucionales, siguieron siendo notablemente respetuosos del principio de la soberanía real absoluta. Y concentraron su fuego en las personas. Condé era un traidor, un impulsivo, un conspirador sin escrúpulos; Concini, un libertino, un demonio, usurpador disoluto; María de Médicis, una tirana, una entremetida, protectora de aventureros corruptos y extranjeros. Como siempre, los libelos tomaron la forma de ataques *ad hominem*, pero sin ir más allá de *règlements de compte* (arreglo de cuentas).

<sup>16</sup> Jeffrey K. Sawyer, *Printed Poison*, op. cit., p. 40.

Durante la Fronda, la enorme masa de 5.000 panfletos publicados entre 1648 y 1653 repitieron el mismo tipo de vituperio personal. La situación también fue semejante: un rey niño; una reina madre, Ana de Austria, tratando de gobernar por medio de un favorito, Mazarino; y grandes nobles, dirigidos por otro Condé (Luis II, el hijo de Enrique II de Borbón, oponente de María de Médicis), ansiosos por su cuota de poder. Pero esta vez la crisis fue más profunda. Tras expulsar de París en enero de 1649 a Mazarino, a la reina madre y a Luis XIV, los rebeldes se apoderaron de la ciudad. Resistieron el bloqueo hasta finales de marzo, a la vez que permitían una virtual libertad de prensa: libertad, cabe decir, para calumniar a Mazarino y a quienes estuvieran asociados con él. Durante los tres primeros meses de 1649, los panfletos salieron a razón de diez al día. Al igual que los pliegos de la Santa Alianza, ellos tocaron una vena popular y permanecieron cerca de los acontecimientos, haciendo comentarios y caricaturas sin inhibiciones.

El tono de la actividad panfletaria comenzó a cambiar cuando el regreso del rey a París en agosto señaló el final de la primera Fronda o Fronda parlamentaria. Hasta 1653, las conspiraciones y los golpes dieron material abundante para las polémicas. Pero los panfletos se hicieron más extensos y reflexivos. Expresaban programas ideados en los consejos de "les grands" más que reacciones callejeras. Aun así, muchos siguieron calumniando con tal fuerza y violencia a las personas que todo el cuerpo de la actividad panfletaria de la Fronda se llegó a conocer a través del *libelle* epítome del género, *La Mazarinade* de Paul Scarron de 1651.

La vulgaridad del nombre disfrazaba gran variedad de temas y formas. Como la polémica literatura de las décadas de 1580 y 1590, las *mazarinades* incluían de todo, desde canciones y bandos hasta extensos tratados políticos. Algunas sólo eran para divertir, sin ofrecer ningún tipo de mensaje político. Unas cuantas inclusive apoyaban a Mazarino

junto con la Fronda. La principal novedad que las distinguió de los *occasionnels* previos fue el subgénero de los versos burlescos popularizados por Scarron. Se basaban en la tradición del insulto ritual y en la pasquinada, y por cierto abundaba en golpes bajos. Mazarino, entonces, según *La Mazarinade*, es definido como:

Sodomita que sodomizas, sodomizado sodomita,  
Al grado máximo sodomita,  
Sodomita con plumas y sodomita con vello,  
Sodomita en lo grande y en lo pequeño,  
Sodomita que sodomizas al Estado  
Y sodomita del mejor mezclado...

[Bougre bougrant, bougre bougré,  
Et bougre au suprême degré,  
Bougre au poil, et bougre à la plume,  
Bougre en grand et petit volume,  
Bougre sodomisant l'Etat,  
Et bougre du plus haut carat...]<sup>17</sup>

Todos los participantes en la Fronda tuvieron su cuota de libelos, pero la gran mayoría, una avalancha de vituperios sin precedente, cayó sobre Mazarino. Los *libellistes* se burlaron del supuesto bajo origen del cardenal. (La verdad es que Mazarino provenía de cierta nobleza italiana menor y creció en la órbita de la dinastía Colonna en Roma, pero alguien le inventó que era hijo natural de un cura y una sirvienta, la misma parentela que se le dio a madame Du Barry ciento veinte años después.) Le reclamaron haber enviado la riqueza francesa a los bolsillos italianos o a las arcas de España y de la Iglesia ultramontana. Los *libellistes* escarnecie-

<sup>17</sup> Paul Scarron, *La Mazarinade*, en P. Scarron, *Œuvres*, t. 1, Ginebra, 1970, reimpresión de la 1ª edición de 1786, p. 295.

ron su amor al lujo, a la buena comida, a la ópera y a sus sobrinas, cuyas vidas privadas también fueron censuradas. Los libelos abundaron en su vida sexual, en especial en su relación con Ana de Austria. Y llegaron a la conclusión de que había que correrlo del cargo, darle caza como animal, matarlo, desmembrarlo o descoyuntarlo en el potro. Estos ataques superaron los insultos prodigados en textos anteriores: convirtieron al libelo en un género de la minibiografía, aunque parezcan raquíticas —*La Mazarinade* era sólo un panfleto de catorce páginas— comparado con los ataques a Luis XIV y las elaboradas *vies privées* que proliferaron con Luis XV.

¿Constituyó una amenaza revolucionaria al Antiguo Régimen la calumnia a tal escala? Los expertos no se ponen de acuerdo. Hubert Carrier, autor del estudio más reciente y amplio sobre las *mazarinades*, encuentra todo tipo de mensajes radicales en los textos —no sólo protestas contra los impuestos y la tiranía, sino algunos ataques a la monarquía misma—. En algunos panfletos posteriores, Carrier destaca reclamos “revolucionarios auténticos” en favor de un cambio de régimen, hasta por una “democracia popular”, por medio de un levantamiento general.<sup>18</sup> Pero según Christian Jouhaud, otra autoridad, no se puede tomar literalmente la retórica violenta. Para los autores de las *mazarinades* y para el público que las leía, su significado era inherente al complejo tironeo por un lugar durante la fase final de la guerra

<sup>18</sup> Hubert Carrier (ed.), *La Fronde. Contestation démocratique et misère paysanne: 52 mazarinades*, t. 1, París, 1982, pp. 11 y 12. Véase asimismo el impresionante estudio general realizado por Carrier, en donde argumenta en forma más moderada sobre el extremismo de las *mazarinades* y describe a dos de ellas como “las únicas en verdad revolucionarias en el estricto sentido de la palabra”: *La Presse de la Fronde*, t. 1, p. 265. La anterior y menos completa monografía realizada por Marie-Noëlle Grand-Mesnil, *Mazarin, la Fronde et la presse 1647-49*, París, 1967, trata las *mazarinades* como elementos en la lucha de poder entre “*les grands*” más que como manifiestos revolucionarios, pero no estudia los panfletos más radicales de 1652.



civil. Los panfletos no querían suscitar una insurrección popular en contra del rey. Tan sólo pasearon ese fantasma para demostrar lo preferible de una estrategia alternativa: el gobierno de un regente, Gaston d'Orléans. Al constituir un "tercer partido", los orleanistas tenían la esperanza de montarse entre los príncipes y la corte y obtener el apoyo de los partidarios de la "antigua" Fronda parlamentaria. La retórica legalista de los panfletos –sus letradas citas en latín, su invocación a la ley natural y su énfasis en la historia constitucional– estaba hecha para promover esa interpelación. Lejos de querer derrocar a la monarquía, querían hacerse de ella. Su tratado más radical, *Le guide au chemin de la liberté*, terminaba débilmente: "Amamos la realeza y detestamos la tiranía", proposición que si no ofendía a nadie, menos a los magistrados y abogados en el Palacio de Justicia.<sup>19</sup>

En puntos como éste, en el cual coinciden distintas interpretaciones, el análisis del discurso tiene mucho que ofrecer. A pesar del rigor de su investigación, Carrier dejó que un elemento anacrónico se colara en su lectura de las *mazarinades* de 1652. Para él, el lenguaje es evidente por sí mismo: un ataque al rey sabe a revolución e incluso a democracia. Jouhaud aborda los textos como movimientos en una competencia de estrategias. Ellos pertenecen al incesante fuego cruzado de retórica que acompañó todos los ataques y contraataques al estilo del juego de ajedrez, en la "Fronda de los príncipes". Para 1652 la rebelión ya había perdido su espontaneidad. Los profesionales eran los amos de la situación: "les grands" como Orléans, Condé, el cardenal de Retz y el propio Mazarino. Compartían los mismos supuestos y competían en el interior del mismo sistema, lu-

<sup>19</sup> *Le Guide au chemin de la liberté*, p. 23, reimpresso en Hubert Carrier, *La Fronde*, t. 1, op. cit., panfleto núm. 27. Para la interpretación de Christian Jouhaud, que en lo personal creo la más convincente, véase su *Mazarinades: la Fronde des mots*, París, 1985.

chaban por dominarlo, no por destruirlo. En momentos críticos pidieron apoyo al "público" e incluso contemplaron la intervención popular, como en los Días de las Barricadas. Pero eran movimientos tácticos en el juego de alguien que estaba adentro; movimientos en verdad maquiavélicos, no del republicanismo clásico, sino de *combinazione*.<sup>20</sup>

En 1685, al darse la siguiente explosión de panfletos, el juego ya tenía otra cara. Luis XIV había domesticado a la nobleza, tenía intimidados a los parlamentos y controlaba a la prensa. Hasta la prensa había empezado a asumir la forma moderna de periódicos. Ciertamente, nada que pudiera hacer ver mal al régimen pasaba la censura, y nada comparable a las noticias políticas que conocemos hoy aparecían en los periódicos más importantes, *La Gazette de France*, el *Mercur* y el *Journal des savants*. Pero en los Países Bajos y en el Rin se había desarrollado una vital prensa en francés y los *nouvelistes* enviaban a París los chismes que circulaban de boca en boca y en las *gazettes* manuscritas. Las imprentas clandestinas sacaban literatura panfletaria, a pesar de la severidad de la reorganizada Policía parisina bajo la mano firme de G.-N. de La Reynie, mientras que los anticuados *occasionnels* y *canards* seguían divirtiendo a todo tipo de lectores. El mismo público lector había crecido, sobre todo en las ciudades. Aunque la corte se retiró a Versalles, París estaba llena de personas ordinarias, artesanos y tenderos, así como de sólidos burgueses que querían estar informados de

<sup>20</sup> Al discutir con Jouhaud en contra de Carrier sobre el radicalismo de las últimas *mazarinades*, no quiero desmerecer la espléndida investigación que Carrier realizó, la cual hace justicia al complejo entorno político de la actividad panfletaria. Es muy posible que en el próximo volumen sobre las ideas políticas de las *mazarinades*, Carrier demuestre la existencia de una crítica a la monarquía más minuciosa y sólida de lo que pudo demostrar en sus primeros dos volúmenes. Para ejemplos de las tendencias recientes en la historiografía de la Fronda, véase Roger Duchêne y Pierre Ronzeaud (eds.), *La Fronde en questions. Actes du dix-huitième colloque du centre méridional de rencontres sur le XVII<sup>e</sup> siècle*, Aix-en-Provence, 1989.

la política, aun cuando supieran que eso era incumbencia del rey. El rey de hecho se encargaba de lo propio, pero entendía la necesidad de satisfacer al público y de manipularlo. Las entradas reales, los festivales, el teatro, el arte, la arquitectura y hasta la ciencia que se estudiaba en las academias reales mantenían a la vista el culto al rey. Richelieu acababa de inaugurar el control estatal de la cultura; Luis lo convirtió en soporte de la versión final del absolutismo.<sup>21</sup>

En un clima como ése difícilmente florecerían los *libelles*. La producción total de panfletos durante el reinado personal de Luis, de 1661 a 1715, fue de unos 1.500 títulos –menor que la de las *mazarinades* que aparecieron tan sólo en 1649–. Es difícil medir su incidencia; pero a juzgar por las colecciones en Holanda y Suiza, salían a razón de veinte a treinta al año, y proliferaron especialmente durante los críticos años finales del siglo, de 1688 a 1697.<sup>22</sup> La proporción de *libelles* dentro de la literatura panfletaria no se puede calcular: demasiada incertidumbre rodea las estadísticas y mucha confusión oscurece las nociones de lo que es panfleto y de lo que es *libelle*. Pero la calumnia contra Luis XIV y sus ministros parece trivial comparada con el lodo lanzado

<sup>21</sup> Para una buena síntesis de la enorme literatura sobre la política cultural de Luis XIV véase Peter Burke, *The Fabrication of Louis XIV*, *op. cit.* La mejor síntesis de la historia del periodismo francés sigue siendo la de Claude Bellanger *et al.*, *Histoire générale de la presse française*, *op. cit.*; pero comienzan a transformar el tema los trabajos de Jean Sgard, Pierre Rétaf, François Moureau, Jeremy Popkin, Jack Censer y otros. Véase en particular Jean Sgard (ed.), *Dictionnaire des journaux 1600-1789*, París y Oxford, 1991, 2 vols. Los cálculos sobre los niveles de alfabetismo, notablemente inciertos para el Antiguo Régimen, están siendo revisados en profundidad, al menos para la Francia urbana: véase François Furet y Jacques Ozouf, *Reading and Writing. Literacy in France from Calvin to Jules Ferry*, Cambridge, Cambridge University Press, 1982; y Daniel Roche, *Le Peuple de Paris. Essai sur le culture populaire au XVIII<sup>e</sup> siècle*, París, 1981, cap. 7.

<sup>22</sup> Además del trabajo de Van Malssen, Klaitz y Duccini ya citado, véase C. Ringhoffer, *La Littérature de libelles au début de la Guerre de succession d'Espagne*, París, 1881.

contra Mazarino, Ana de Austria, María de Médicis, Concini y Enrique III. De todos los libros ilegales detenidos en las Aduanas de París de 1678 a 1701, sólo el 2% trataba sobre la vida privada del rey.<sup>23</sup>

La relativa escasez de *libelles* en contra de Luis XIV se derivó en parte del control estatal de la letra impresa en Francia. Las previas explosiones de calumnias ocurrieron entre guerras civiles durante períodos de virtual libertad de prensa. A finales del siglo XVII la mayor parte de ellos provenían de fuera del reino, sobre todo de Holanda –trabada desde 1672 en una lucha a muerte contra Francia y refugio de los hugonotes desde antes de la Revocación del Edicto de Nantes en 1685–. Los *libelles*, como es natural, ponían el acento en cuestiones del exterior y en temas religiosos. También contenían el ingrediente agregado de los argumentos teóricos, salidos en parte de la literatura política que se produjo durante los levantamientos en Inglaterra y salidos en parte de la vieja literatura calvinista como *Franco-Gallia* (1573) y *Vindiciae contra tyrannos* (1579) de François Hotman. Pero la mayoría de las veces se apoyaron en los insultos anticuados que se enviaban en la forma de boletines noticiosos de escándalo (*lardons*) y panfletos breves, que incluían pasquinadas dialogadas con personajes estereotipados como Pasquín y Morforio.

El nuevo ingrediente que distinguió a esta literatura de las *mazarinades* y de los primeros panfletos provino de una inesperada fuente: Versalles mismo y el agudo ingenio de uno de sus cortesanos libertinos, Roger de Rabutin, conde de Bussy. Bussy-Rabutin transformó los chismes de la corte en *novellas*, las cuales circulaban en forma manuscrita y contaban las aventuras sexuales de las damas más importantes del reino –pero siempre en el francés más puro, sin

<sup>23</sup> Anne Sauvy, *Livres saisis à Paris entre 1678 et 1701*, La Haya, 1972, pp. 11-13.



obscenidades, sin ningún comentario político o de hecho sin ninguna referencia al mundo exterior de la corte—. Por desgracia para Bussy-Rabutin, el éxito de sus relatos no ficticios inspiró a los imitadores, los cuales fueron a sacar su material en la vida sexual del rey. Los enemigos de Bussy-Rabutin le atribuyeron las secuelas. Más adelante las secuelas de las secuelas, impresas en Holanda, convirtieron los cuentos sexuales en un cargo contra el absolutismo político y moral de Luis XIV. Del chisme al manuscrito, del manuscrito a la imprenta y del sexo a la política, el tráfico de escándalos se transformó en toda una nueva rama de la literatura.

Al final, Bussy-Rabutin fue a dar a la Bastilla, luego al exilio; y su esbelta y breve *Histoire amoureuse des Gaules* creció hasta ser una épica político-sexual en cinco tomos, *La France galante, ou histoires amoureuses de la cour de Louis XIV*. Su novella más repugnante, *Les Amours de Mme de Maintenon*, presentó la biografía de la amante del rey como un relato picaresco de aventuras. En su camino de lecho en lecho hasta el trono, madame de Maintenon pasó por las manos de rústicos nobles de provincia, las de Scarron, el libelliste jorobado, y por último, las del confesor del rey, el padre De La Chaise, quien se disfrazó de valet para meterse a la habitación de madame de Maintenon y luego volverla agente de un complot jesuítico para apoderarse del reino. Pero al contrario de lo que esperaríamos un lector moderno, el relato muestra mucho menos interés en la política que en las revelaciones voyeuristas de la vida sexual en la corte. Pocos ataques a Luis XIV llegaron tan lejos como las más radicales *mazarinades* en su protesta contra el abuso de poder. El significado de estos ataques está menos en sus comentarios a los asuntos de actualidad que en la creación de un género nuevo. Esos ataques llevaron al libelle más allá de las palizas de los anticuados panfletos y bandos, y al rango de un arma mucho más destructiva, la biografía política amplia. Al comenzar el siglo XVIII, ya estaba despejado

el camino para los *best sellers* que tanto dañaron la legitimidad de Luis XV y de la propia monarquía.<sup>24</sup>

Este repaso apenas le hace justicia a una innoble, ignorada y muy influyente veta de la literatura; pero ofrece suficiente información para ayudar a responder una pregunta central: ¿qué distinguió a los libelles de las décadas de 1770 y 1780 de sus variedades previas?

La primera característica que viene a la mente es su escala. A diferencia de sus predecesores, los libelles del siglo XVIII eran largos y complejos relatos de un tomo (*Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry*), de cuatro (*Vie privée de Louis XV*), de diez (*L'Espion anglais*) o hasta de 36 (*Mémoires secrets pour servir à l'histoire de la république des lettres de France*), si incluimos en el género las *chroniques scandaleuses*. Casi toda la literatura anterior circuló en panfletos, hasta las novellas sobre Luis XIV, las cuales no se reunieron en ediciones en varios tomos sino hasta la década de 1730. Es probable que los panfletos impactaran con fuerza en la opinión pública, al menos en crisis como la de la Fronda. Pero tendían a ser efímeros. Los libelles en forma de libro incorporaron material panfletario a un género literario que por años siguió siendo accesible y suministró un recuento elaborado del pasado reciente.

En segundo lugar, los libelles en forma de libros tuvieron mayor circulación que la anterior literatura panfletaria.

<sup>24</sup> Para una buena edición de las novellas y las más conocidas secuelas de Bussy-Rabutin, véase *Histoire amoureuse des Gaules suivie de La France galante: romans satiriques du XVII<sup>e</sup> siècle attribués au comte de Bussy*, París, 1930, 2 vols., con una introducción de Georges Mongrédien. La mayor parte de las secuelas salieron aparte entre las décadas de 1680 y 1690. No se publicaron juntas como *La France galante* —una colección de diecisiete novellas, ninguna de ellas de Bussy-Rabutin— sino hasta 1737. Véase Léonce Janmart de Brouillant, "Description raisonnée de l'édition originale et des réimpressions de l'*Histoire amoureuse des Gaules*", en *Bulletin du bibliophile*, 1887, pp. 555-571, y el catálogo de la Bibliothèque Nationale.

Aunque algunas *mazarinades* llegaron a librerías en ciudades distantes como Grenoble, la mayor parte de la primera literatura parece haber circulado localmente en pequeñas ediciones que imprentas clandestinas producían en uno o en pocos días.<sup>25</sup> Los *libelles* posteriores pertenecían a una industria amplia, la cual abasteció a todo el reino por medio de una extensa red de distribución. Se trataba de *best sellers*, producidos simultáneamente en ediciones de mil o más ejemplares por varios editores, quienes competían para satisfacer un mercado muy crecido.

En tercer lugar, los ataques a Luis XV superaron los dirigidos a Luis XIV, al ubicar la vida sexual del rey dentro de un relato general de la historia contemporánea. *La France galante* reduce el reinado de Luis XIV a una serie de intrigas amorosas. *La Vie privée de Louis XV* cubre sesenta años de política. Hasta las *Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry* hacen continua referencia a las luchas de poder en el gobierno, la oposición de los parlamentos y la cruel suerte de la gente común. En este sentido, esto continuó los fuertes comentarios políticos de las *mazarinades*; pero los incorporó a una versión ampliada de la narración novelística que se desarrolló en el reinado de Luis XIV.

En cuarto lugar, hasta como relatos sexuales los *libelles* posteriores difirieron enormemente de los del reinado anterior. En *La France galante*, el rey es galante. Combina galantería con poder, sacándoles gran tajada a las mujeres de su corte igual que Francisco I y Enrique IV. Excepto por algunos

<sup>25</sup> Henri-Jean Martin et al., *Livres et lectures à Grenoble. Les Registres du libraire Nicolas (1645-1668)*, Ginebra, 1977, 2 vols. Los registros de Nicolas ofrecen información única sobre la venta de obras impresas, incluidas las *mazarinades*, en las provincias. Casi todas las interpretaciones sobre la distribución del libro suponen inferencias y una gran cantidad de conjeturas basadas en el número de ejemplares que han sobrevivido en las principales bibliotecas dedicadas a la investigación. El mejor estudio sobre la difusión del libro en el siglo xvii es el de Henri-Jean Martin, *Livre, pouvoirs et société*, op. cit.

panfletos, casi todos de finales del reino, el rey es una figura imponente, amo viril de un poderoso reino, a quien se le suele llamar con respeto "*le Grand Alcandre*". Así, pese a su ocasional irreverencia, a menudo el escándalo colocó a Luis XIV bajo una luz favorable; en algunos casos el escándalo debió fortalecer el culto al Rey Sol. Los *libelles* contra Luis XV presentan una imagen muy distinta del monarca. Para 1770, el rey ha perdido dos guerras mundiales y el interés en los asuntos del Estado. Sólo le importan las mujeres. Pero a duras penas tiene una erección, de suerte que cae en manos de una prostituta cualquiera, que lo domina a él y a todo el reino con los trucos que aprendió en el burdel. La ordinariez de Du Barry, su bajo origen y su vulgaridad, la hacen una heroína muy distinta a la noble amante de Luis XIV. Al arrastrar al rey al nivel de ella le quita su carisma y vacía a la monarquía de su poder simbólico. Como insisten varios *libellistes*, el cetro que lleva en la mano es tan flácido como el pene real.

En quinto lugar, los primeros *libelles* protestaron frecuentemente contra la tiranía, noción que se remonta a la Antigüedad y que tuvo su *revival* durante el Renacimiento. Pero los siguientes *libelles* acusaron a la monarquía de haber degenerado en despotismo, concepto que empezó a adquirir un nuevo significado de gran alcance al final del siglo xvii.<sup>26</sup>

<sup>26</sup> Ofrezco este argumento en forma tentativa pues el concepto de despotismo no ha recibido la adecuada atención de parte de los historiadores intelectuales y también porque hay una buena dosis de imprecisiones terminológicas en las historias convencionales del pensamiento político como la de George Sabine, *A History of Political Theory*, Nueva York, 1958 [trad. esp.: *Historia de la teoría política*, México y Bogotá, Fondo de Cultura Económica, 1945]. "Déspota" y "despótico" eran términos comunes antes del siglo xviii, pero no, creo, "despotismo". De ahí una frase típica en una de las más radicales *mazarinades*, *La Mercuriale* de 1652: "Si un soberano ejerce un imperio despótico sobre sus súbditos, deja de ser un rey y pasa a ser un tirano". Hubert Carrier, *La Fronde*, t. 1, op. cit., panfleto núm. 26, p. 8. Como punto de partida en el estudio de este tema he empleado el de Robert Shackleton, *Montesquieu. A Critical Biography*, Oxford, 1961, cap. 12.



Ambos términos comportaban la idea del abuso de poder, sólo que la tiranía la conectó con el mando arbitrario de una persona –cuya remoción eliminaría el problema–, mientras que el despotismo indicaba que cubría a todo un sistema de gobierno. El cambio de una persona a una idea sistemática del abuso de poder comenzó en los años finales del reinado de Luis XIV, época de desastres en los asuntos interiores y exteriores de 1685 a 1715 que Paul Hazard caracteriza como “la crisis de la conciencia europea”.<sup>27</sup> Luis XIV no sólo emprendió guerras desastrosas en el exterior a la vez que eliminaba a la oposición en casa y secaba a sus súbditos con impuestos; Luis XIV impuso también una burocracia opresiva sobre el reino, retomando la labor de centralización administrativa en donde la dejaron Richelieu y Mazarino. Para los intelectuales aristócratas que presenciaron las catástrofes, el problema estaba en el aparato estatal y en el propio rey. Y para Montesquieu, quien continuó el mismo tren de ideas de esos intelectuales en el reinado de Luis XV, el problema señalaba a un tipo de Estado peculiar: un despotismo, distinto a la monarquía y a la república.

Las clasificaciones previas por lo general siguieron el método de Aristóteles: distinguir Estados según el *locus* de su poder: gobierno de uno (monarquía), de muchos (aristocracia) o de todos (democracia). Pero Montesquieu se concentró en el desarrollo histórico de los sistemas políticos, y la Francia de Luis XIV, como apareció en las *Lettres persanes* y en *De l'Esprit des lois*, parecía una monarquía en el proceso degenerativo hacia el despotismo. Esta idea la reforzaron los pleitos entre jansenistas y las batallas entre los

y Melvin Richter, “Despotism”, en *Dictionary of the History of Ideas*, t. III, Nueva York, 1973, pp. 1-18.

<sup>27</sup> Paul Hazard, *La Crise de la conscience européenne*, París, 1935, 2 vols. [trad. esp.: *La crisis de la conciencia europea*, Madrid, Alianza, 1988]. Para un estudio más reciente del tema véase Lionel Rothkrug, *Opposition to Louis XIV. The Political Origins of the French Enlightenment*, Princeton, 1965.

parlamentos y la corona. Así que cuando la gran crisis de 1771-1774 sacudió al reino –el intento del canciller Maupeou por destruir los parlamentos como un modo de poner en jaque al poder del rey–, los *libellistes* pudieron respaldarse en una explicación teórica e histórica de los acontecimientos. Desde luego que no escribían teoría política, pero tampoco producían nada más propaganda para los parlamentos. El caso es que tuvieron una visión de las cosas más amplia que la de sus predecesores en el siglo XVII. La experiencia del absolutismo de Luis XIV y el pensamiento político de la Ilustración dieron a los *libellistes* lo que les faltaba para conferir un sentido a la crisis de Maupeou: la vieron como la etapa final en el desarrollo del despotismo. De 1771 a 1789, el despotismo fue el tema principal de la literatura de *libelle*, el tema más adecuado a los escabrosos detalles de costumbre sobre las orgías reales y las *lettres de cachet*.

¿Era revolucionaria esta literatura? La respuesta rápida es no: ninguno de los *libelles* incitó al levantamiento francés en contra de la monarquía o a la transformación del orden social. Muchos *libelles* repetían motivos que se remontaban al siglo XVI y que seguirían hasta el siglo XIX: en *Le Roi s'amuse* de Victor Hugo, por ejemplo, y en el aria de Rigoletto, “*Cortigiani, vil razza dannata*” (“Vil, maldita raza de cortesanos”). Esos temas compusieron un folclore político, el cual tuvo una larga vida y probablemente un efecto prolongado en las actitudes generales: como la gota tenaz en la piedra, la denuncia de reyes disolutos y de ministros ruines erosionó el estamento de sacralidad que legitimaba a la monarquía ante sus súbditos. Aunque los episodios aislados se borraron de la memoria colectiva, sí permanecieron los patrones generales. Ellos formaron un marco narrativo, el cual se podía imponer a las situaciones según cambiaran las circunstancias. A la vez que el significado de los textos aislados se ajustaba al tono de los acontecimientos presentes, se derivaba, asimismo, de un metatexto elaborado a lo largo de tres siglos.



Un *libelliste*, representado como "el gacetero de armadura metálica", despidiendo descargas de cañón en todas las direcciones contra los abusos del Antiguo Régimen. Del frontispicio de *Le Gazetier cuirassé, ou anecdotes scandaleuses de la cour de France*, de Charles Thévenau de Morande, un típico *libelle* de 1771, "impreso a 100 leguas de la Bastilla, en signo de libertad". Departamento de Libros Raros y Colecciones Especiales, Bibliotecas de la Universidad de Princeton.

Así que los *libelles* contra Luis XV pertenecían al forcejeo entre Maupeou y los parlamentos, y al mismo tiempo expresaban una actitud desafiante hacia la autoridad real que se remontaba a la Liga Católica y a la Fronda. Los *libellistes* trajeron a cuento imágenes de Enrique III y Mazarino, y al hacerlo le dieron a Luis XV la apariencia de Luis Capeto.

La prolongada continuidad en la historia de los *libelles* no significa que ella deba entenderse como una repetición sin fin de lo mismo. Los *libelles* adquirieron motivos y formas nuevos en su desarrollo. De la hábil calumnia del Renacimiento al panfleto de la Fronda, la biografía política erótica y la protesta airada contra el despotismo, la literatura del libelo reunió fuerza y se transformó en una acusación amplia del régimen, aun cuando no incitara a la revolución. De hecho, nadie anticipó la revolución ni la incitó entre los franceses antes de 1787. Hay que entender los orígenes ideológicos de la Revolución como un proceso de deslegitimación del Antiguo Régimen más que como la profecía de un régimen nuevo. Y nada minó con mayor eficacia la legitimidad que la literatura del libelo.

Ésa, al menos, es la conclusión que hay que extraer de una revisión preliminar de la literatura. Sin embargo, hay que plantearla en términos tentativos, no sólo porque el tema requiera un mayor estudio sino también porque se abre a otro tipo de problemas: ¿cómo respondieron los lectores a la literatura ilegal y cómo fue que los libros prohibidos contribuyeron a la formación de la opinión pública?



## IX. LA RESPUESTA DEL LECTOR

NO OBSTANTE algunas correrías preliminares en la historia de la lectura, sabemos muy poco sobre la forma en la que los lectores respondieron a los libros durante el Antiguo Régimen.<sup>1</sup> Nos hemos enterado sólo de lo necesario para desconfiar de nuestra propia intuición, pues cualesquiera que puedan ser las respuestas, sucedieron en un mundo mental tan diferente al nuestro que no podemos proyectar nuestra propia experiencia en la de los lectores franceses ante los textos doscientos años atrás.

Sin embargo, en mi opinión es válido hacer una mínima afirmación: las reacciones de los lectores, si bien variadas, tendieron a ser fuertes. En un tiempo en el que la televisión y la radio no desafiaban la supremacía de la letra impresa, los libros suscitaban emociones y sacudían el pensamiento con un poder que hoy en día no alcanzamos a imaginar. Richardson, Rousseau y Goethe no sólo provocaban las lágrimas en sus lectores; cambiaban vidas. *Pamela* y *La Nouvelle Héloïse* inspiraron a los amantes, esposos y familiares a reconsiderar sus relaciones más íntimas y, en algunos casos muy bien documentados, a modificar sus conductas. *Las tribulaciones del joven Werther* llevaron a algunos de los lectores de Goethe a quitarse la vida, aun cuando la

<sup>1</sup> Para ejemplos de ensayos programáticos véanse Henri-Jean Martin, "Pour une histoire de la lecture", en H.-J. Martin, *Le Livre français sous l'Ancien Régime*, París, 1987; Roger Chartier, "Du Livre au lire: les pratiques citadines de l'imprimé, 1660-1780", en R. Chartier (ed.), *Lectures et lecteurs dans la France d'Ancien Régime*, París, Seuil, 1987 [trad. esp.: *Libros, lecturas y lectores en la Edad Moderna*, Madrid, Alianza, 1993]; y Robert Darnton, "First steps towards a history of reading", en *The Kiss of Lamourette. Reflections in Cultural History*, Nueva York, 1990.

"fiebre Werther" no produjo una oleada de suicidios, como creían algunos alemanes.

Estas primeras novelas románticas acaso parezcan insosteniblemente sentimentales en la actualidad, pero para los lectores del siglo XVIII tenían un irresistible tono de autenticidad. Establecieron una nueva relación entre el autor y el lector y entre el lector y el texto. Claro que en el Antiguo Régimen se dieron muchos otros géneros y muy diversos tipos de lectores. Pero comparado con la estricta dieta de épocas anteriores, el material de lectura que se consumió en el siglo XVIII parece tan grande que algunos lo han asociado con una "revolución de la lectura". Según esta tesis, la experiencia de la lectura fue básicamente "intensiva" hasta mediados del siglo XVIII y "extensiva" en adelante. La "intensidad" se derivaba de la práctica de leer unas cuantas obras, la Biblia en particular, una y otra vez, con frecuencia en voz alta y en grupos. Cuando los lectores optaron por lo "extensivo", se volcaron hacia una gran cantidad de materiales impresos, en especial publicaciones periódicas y narraciones ligeras, sin considerar más de una sola vez el mismo texto.

Esta fórmula la crearon algunos académicos alemanes con el fin de explicar el desarrollo peculiar de la historia alemana: en lo que Francia vivía una revolución política e Inglaterra una revolución industrial, la ruta de Alemania hacia la modernidad condujo a una "revolución de la lectura", la cual abrió un dominio de la cultura propio de la nación de los *Dichter und Denker* (poetas y filósofos). Esta tesis era de una engañosa simplicidad, pero se basaba en muy pocas pruebas, salvo en el caso de las regiones densamente protestantes y comerciales en las inmediaciones de ciudades como Leipzig, Hamburgo y Bremen. En la medida en que fue posible aplicarla a otras partes de Alemania y Europa, sirvió para realizar una distinción útil entre un patrón cultural más antiguo en el que la gente poseía uno o dos libros y los leía repetidamente, y una fase más próspera y alfabetizada

en la que la gente leía un libro tras otro. Pero esta distinción no se conectó con la oposición más importante entre la lectura "intensiva" y "extensiva". Ignoraba la evidencia según la cual la anticuada lectura repetitiva a menudo era más mecánica y ritual que intensa, en tanto que la nueva moda en favor de las novelas produjo una experiencia no menos sino más intensa. Muchos alemanes leyeron una y otra vez *Las tribulaciones del joven Werther* (Napoleón la leyó siete veces) y algunos incluso se la aprendieron de memoria.<sup>2</sup>

Cierto, los lectores se volcaron cada vez más hacia las publicaciones periódicas y hacia otro tipo de literatura que durante el siglo XVII había sido relativamente escasa. Los hábitos de lectura dejaron de apegarse a la imagen del *paterfamilias* declamando las Escrituras a los suyos. Sólo que esa imagen nunca correspondió ni de cerca a la práctica en Francia, no obstante la evocación sentimental que de ella hiciera Restif de la Bretonne.<sup>3</sup> De hecho, los parisinos pudieron haber leído más materiales efímeros en 1649, cuando las imprentas de la Fronda emitían una media docena de panfletos al día, que un siglo después. La pri-

<sup>2</sup> El argumento principal de la "revolución de la lectura" fue desarrollado por Rolf Engelsing, sobre todo en su "Die Perioden der Lesergeschichte in der Neuzeit. Das statistische Ausmass und die soziokulturelle Bedeutung der Lektüre", en *Archiv für Geschichte des Buchwesens*, t. x, 1970, pp. 945-1002, y *Der Bürger als Leser. Lesergeschichte in Deutschland 1500-1800*, Stuttgart, 1974. Para opiniones contrastantes véase Rudolf Schenda, *Volk ohne Buch. Studien zur Sozialgeschichte der populären Lesestoffe 1770-1910*, Frankfurt-am-Main, 1970, y Erich Schön, *Der Verlust der Sinnlichkeit oder Die Verwandlung des Lesers. Mentalitätswandel um 1800*, en especial pp. 298-300. La mejor y más reciente relación sobre la historia del libro en Alemania aborda la noción de una "revolución de la lectura" de manera muy escéptica: Reinhard Wittmann, *Geschichte des deutschen Buchhandels. Ein Überblick*, cap. 6. Una relación reciente de la "fiebre Werther" está en Georg Jäger, "Die Wertherwirkung. Ein Rezeptionsästhetischer Modellfall", en Walter Müller-Seidel (ed.), *Historizität in Sprach- und Literaturwissenschaft*, Munich, 1974, pp. 389-409.

<sup>3</sup> Nicolas-Edmé Restif de la Bretonne, *La Vie de mon père*, Ottawa, 1949 (1779), pp. 216 y 217.



mera evidencia de un nuevo hábito de lectura se puede detectar alrededor de 1750, cuando los catálogos de las bibliotecas privadas y los registros de los privilegios para los libros mostraron un descenso en las obras religiosas, al contrario de lo que sucedía con la narrativa, la historia y la literatura científica y de viajes.<sup>4</sup> Pero la verdadera lectura "extensiva" a escala masiva no predominó sino hasta finales del siglo XIX, cuando el papel barato, la imprenta de vapor y un creciente nivel de alfabetización produjeron nuevas variedades de literatura popular en el campo de la lectura general. Nada así sucedió en el siglo XVIII. La tecnología de la impresión, la organización del comercio del libro y la educación de los niños no difirieron fundamentalmente de lo que existía cien años antes. Aunque los gustos cambiaron y creció el público lector, la experiencia de la lectura no se transformó. Se volvió más secular y variada, pero no menos intensa. No pasó por una revolución.<sup>5</sup>

Los historiadores han descubierto y pasado por alto tal cantidad de revoluciones ocultas en el pasado que la "revolución de la lectura" se podría ignorar sin problema, salvo que se le ha invocado para explicar la posible reacción de los lectores ante la literatura prohibida del Antiguo Régimen en Francia. Si la lectura había sido revolucionada y los lectores adoptaron una actitud radicalmente nueva de despreocupación y escepticismo hacia los textos, entonces tal vez pasaron sobre los *livres philosophiques* como una forma trivial de entretenimiento.<sup>6</sup> Este argumento emplea una causa hipoté-

<sup>4</sup> François Furet, "La 'librairie' du royaume de France au 18e siècle", en Furet et al., *Livre et société dans la France du XVIIIe siècle*, París, 1965, y Michel Marion, *Recherches sur les bibliothèques privées à Paris au milieu du XVIIIe siècle (1750-1759)*, París, 1978.

<sup>5</sup> La mejor revisión de estos asuntos está en Roger Chartier y Henri-Jean Martin (eds.), *Histoire de l'édition française*, vol. 2: *Le Livre triomphant 1660-1830*.

<sup>6</sup> Roger Chartier, *Les Origines culturelles de la Révolution française*, París, 1990, pp. 103-115 [trad. esp.: *Espacio público, crítica y desacralización*

tica para explicar un efecto hipotético, pero merece tomarse en serio porque es el único argumento que se ha dado para disputar la influencia de los libros prohibidos. Sin embargo, no es un argumento al que se lo pueda someter a una prueba rigurosa porque contamos con muy poca documentación sobre las respuestas de los lectores, en especial en el sector clandestino del comercio del libro. Hasta no contar con más información, sólo puedo ofrecer unos cuantos fragmentos de evidencia extraídos de la correspondencia de los autores, impresores, libreros y de la Policía de libros.

Las reseñas de libros son de poca ayuda, por desgracia. Los libros prohibidos no se podían comentar en las publicaciones periódicas que circulaban en Francia, y en todo caso las reseñas por lo general suponían algo más que la publicación de extractos o el elogio de las obras de los aliados y el ataque a las de los enemigos. Pero los *literati* parisinos con frecuencia dejaron registro de las obras escandalosas en los boletines manuscritos que enviaban a los príncipes extranjeros. Si bien estas *gazettes* privadas podían ser más tendenciosas que la prensa oficial -los gacetilleros por lo general reseñaban sus propios libros y los de sus amigos-, eran lo suficientemente desinhibidas como para incluir algunas pistas relacionadas con la recepción de la literatura ilegal en los círculos literarios de París.

El boletín más influyente, la *Correspondance littéraire de Grimm* -fundado en 1753 por F. M. Grimm con la ayuda de Diderot, Raynal y otros, y continuado por J. H. Meister durante las décadas de 1770 y 1780-, discutió numerosos *livres philosophiques*. No prueban mucho sus reseñas favorables de tratados ateos como *Le Christianisme dévoilé*, pues las escribieron los holbachianos desde sus propias filas.<sup>7</sup>

en el siglo XVIII. *Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*, Barcelona, Gedisa, 1995].

<sup>7</sup> Maurice Tourneux (ed.), *Correspondance littéraire, philosophique et critique par Grimm, Diderot, Raynal, Meister, etc.*, París, 1877-1882, 16 vols. Al

Pero sus reseñas de los *libelles* en contra de Luis XV señalan que los lectores sofisticados tomaban en serio la difamación política, aun cuando no estuvieran de acuerdo con su vulgaridad. Aunque no pudo identificar a los autores de la *Vie privée de Louis XV* y las *Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry*, Meister no mostró simpatía alguna hacia ellos: el autor del primero escribía como un lacayo, dijo, y el segundo como un valet. Sin embargo, la sustancia de sus escritos merecía que se los tomara en serio. Al esmerarse por separar los hechos de la ficción, la *Vie privée* ofrecía una relación equilibrada del reino de Luis XV.<sup>8</sup> Y las *Anecdotes...*, si por su estilo no, por su imparcialidad y verosimilitud sí eran dignas de elogio: "La historia [del anónimo autor] no es ni completamente falsa ni completamente cierta: si bien no dice la verdad del todo, la mayor parte del tiempo anda cerca de ella".<sup>9</sup> Meister tuvo una mucho mejor opinión de las *Lettres originales de Mme la comtesse du Barry*, una colección de cartas obviamente apócrifas que resultaban "aún más ciertas por el hecho de ser inventadas". Las cartas atrapaban el espíritu del reino de Luis XV:

El mismo autor anónimo de estas cartas parece estar muy bien informado sobre todas las pequeñas intrigas que llenaron los últimos años del reinado de Luis XV, pero también parece contar con un conocimiento excelente del carácter y del temperamento de la mayoría de los personajes a los que pre-

elogiar a *Le Christianisme dévoilé*, la *Correspondance littéraire...* sostuvo que tenía en el lector un efecto energético, liberador: "Lo estremece a uno [...]. Nada nuevo se saca de él, aunque uno sí se siente involucrado, comprometido" (*ibid.*, vol. v, p. 368). La *Correspondance littéraire...* condenó a *Thérèse philosophe* como una obra "sin gusto, sin decencia, sin sazón, sin lógica, sin estilo" (*ibid.*, vol. i, p. 256).

<sup>8</sup> Maurice Tourneux (ed.), vol. xii, *op. cit.*, p. 482.

<sup>9</sup> *Ibid.*, vol. xi, p. 399.

senta. [...] Pero la primera reflexión que uno se siente tentado a realizar luego de leer esta extraordinaria obra es que en el torbellino social que rodeó a madame Du Barry durante su época no hubo nadie, ni uno solo en verdad, que fuera más digno de respeto que ella. Aparecen grandes dignatarios, las figuras más poderosas del reino se humillan ante sus pies, suplican que les haga caso, muestran una avaricia incomparablemente mayor que la de ella. Ellos promueven el desorden con la esperanza de sacarle provecho, buscan y defraudan la confianza de madame Du Barry, pasan por las humillaciones más merecidas y se ganan todo el desprecio que el odio y la envidia buscaban echarle a ella encima.<sup>10</sup>

En breve, la visión folclórica de Du Barry y de la política en la corte de Luis XV llegó a parecer convincente a un contemporáneo culto de la *intelligentsia* parisina.

Las cartas que sobreviven en la correspondencia de los impresores demuestran la fascinación del público con media docena de autores de libros ilícitos: Voltaire, Rousseau, Raynal, Linguet y Mercier. Pero ellos casi nunca discuten las respuestas de los lectores. Una rara excepción en los documentos de la STN es una carta de un mercader en Nantes de nombre Barre, quien vendía unos cuantos libros. Barre no tenía nada bueno que decir sobre el comercio de libros en su ciudad: "Los comerciantes a duras penas piensan en la literatura".<sup>11</sup> Pero la *Histoire philosophique* de Raynal fue la excepción:

El público ha recibido con entusiasmo esta obra. El autor tiene genio, verdadero conocimiento y un corazón honesto. Pinta las cosas en colores vivos y al leerlo uno siente que el corazón se enardece. Ha arrancado una buena parte de la fatal

<sup>10</sup> *Ibid.*, vol. xii, pp. 339 y 340.

<sup>11</sup> Barre a la STN, 15 de septiembre de 1781.



venda que cubre los ojos del género humano y que le impiden ver la verdad.<sup>12</sup>

La STN recibió un informe semejante de Pierre Godeffroy, un comerciante de Ruán, involucrado también en el comercio del libro. Él también era un entusiasta, aunque del flanco más racionalista de la Ilustración. Le pidió a la STN que le enviara media docena de ejemplares del *Système de la nature* para así proveer a aquellos de sus amigos que habían desarrollado un apetito por el fruto prohibido. Todas las personas de su círculo "veneraban" a Voltaire, escribió; y él en particular admiraba la rústica libertad del suizo, la que contrastaba con el espíritu esclavizado en Francia. Mientras leía un libro de viajes sobre un recorrido por las montañas suizas, dijo que lo habían conmovido "las ventajas que la libertad produce. Necesitamos mostrar la mayor cantidad que podamos de esos ejemplos a la gente de aquí, que no tiene ni idea de lo que es la libertad".<sup>13</sup>

Los libreros profesionales no escribían comentarios personales de esta naturaleza, pero como se explicaba en el capítulo 1, sus cartas ofrecen abundante testimonio sobre la demanda de los *livres philosophiques*: "el género filosófico, que parece ser el predilecto de este siglo", según Pierre-Joseph Duplain, de Lyon.<sup>14</sup> En el desarrollo de sus observaciones desde sus respectivos establecimientos, transmitían los comentarios relativos al interés de sus clientes en autores y géneros particulares. Por ejemplo, un buhonero de nombre Le Lièvre que operaba en las afueras de Belfort señalaba la "curiosidad" peculiar relativa a las obras indecentes e irreligiosas entre los oficiales del destacamento local.<sup>15</sup>

<sup>12</sup> Barre a la STN, 23 de agosto de 1782.

<sup>13</sup> Godeffroy a la STN, 10 de junio de 1771; 5 de mayo de 1772; y 10 de febrero de 1776.

<sup>14</sup> Pierre-Joseph Duplain a la STN, 11 de octubre de 1772.

<sup>15</sup> Le Lièvre a la STN, 3 de enero de 1777.

En Loudun, Malherbe percibió un gran interés en el anticlericalismo: "Las nuevas obras de Monsieur Voltaire tendrán gran demanda con toda seguridad. [...] En cuanto a los sermones, sus ventas no llegan a mucho. Las obras devocionales son comunes y el ardor religioso se ha enfriado".<sup>16</sup> Por todas partes percibían los libreros un fuerte deseo por *libelles* políticos: "obras críticas", como las llamaba Petit, en Reims, o "artículos picantes" (Waroquier de Soissons) o bien "obras sobre asuntos contemporáneos" (Carez, de Toul).<sup>17</sup> Ellos siempre mencionaban los mismos textos, sobre todo: *Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry, Mémoires authentiques de Mme la comtesse du Barry, Journal historique... par M. de Maupeou, Correspondance secrète et familière de M. de Maupeou, Vie privée de Louis XV, Mémoires de Louis XV, Fastes de Louis XV, Mémoires de l'abbé Terray, Mémoires secrets..., L'Espion anglais*. Sus cartas no dejan duda en cuanto al interés en semejantes libros; pero por desgracia no dicen nada sobre la forma en la que sus clientes los leyeron.<sup>18</sup>

Desde luego que los textos mismos contienen numerosos indicios sobre las respuestas que anticiparon los autores y los impresores. Se asumía, por ejemplo, que los libros pornográficos se leían con fines de estimulación erótica. De ahí la famosa observación de Rousseau sobre los "libros que se leen con una sola mano",<sup>19</sup> y el clímax de *Thérèse phi-*

<sup>16</sup> Malherbe a la STN, 13 de septiembre 1775.

<sup>17</sup> Petit a la STN, 31 de agosto de 1783; Waroquier a la STN, 7 de enero de 1778; Carez a la STN, 23 de febrero de 1783.

<sup>18</sup> Una rara excepción fue el comentario de Malherbe relativo a que ciertos clientes objetaban que los artículos teológicos de la *Encyclopédie* estuvieran escritos "muy al gusto de la Sorbona, sin duda para favorecer la circulación de esa obra en Francia; pero esos obstáculos a la libertad del pensamiento no son del agrado de los lectores" (Malherbe a la STN, 14 de septiembre de 1778).

<sup>19</sup> Citado en Jean-Marie Goulemot, *Ces Livres qu'on ne lit d'une main. Lecture et lecteurs de livres pornographiques au XVIII<sup>e</sup> siècle*, Aix-en-Pro-

*losophe*, titulado "Los efectos de la pintura y la lectura", en donde el Conde hace que Thérèse se masturbe tentándola con *Histoire de dom B...*, *portier des Chartreux*, *Histoire de la tourière des Carmélites*, *L'Académie des dames* y otros *best sellers* pornográficos. ¿Pero cómo evaluar semejantes supuestos de cara a la experiencia real de los lectores?

Algunas indicaciones, sobre todo las relacionadas con el impacto de las obras políticas, están dispersas en los memorandos y en las cartas en el interior de la Dirección del Comercio del Libro (*Direction de la librairie*) del gobierno real. En junio de 1771, el subdelegado del intendente de Caen advirtió a las autoridades que los libros prohibidos inundaban Normandía y que los lectores los tomaban en serio: "La lectura de estos perniciosos libros produce entre los ciudadanos alteraciones del espíritu y los lleva a sacudirse el yugo de la sumisión, de la obediencia y del respeto".<sup>20</sup> Labadie, un librero retirado de Valenciennes, aconsejaba a la Policía la toma de medidas estrictas, aunque no debían creer que alterarían el curso de la opinión pública: "Hoy en día todos quieren pensar filosóficamente y discutir los asuntos del gobierno. Todos lanzan discursos sobre estos temas y se precipitan para hacerse hasta de los libros más peligrosos que salen sobre tales temas".<sup>21</sup> No quiere decir que los informantes de la policía relacionaran este peligro con una revolución inminente. En la furia por los libros "malos" percibían cierta moda así como descontento. De ahí una memoria anónima de 1766 que advertía a la Policía en cuanto a que parecía incontenible la difusión de los *livres philosophiques*:

vence, 1991, p. 9. Esta monografía ofrece un agudo análisis sobre la manera en la que los textos eróticos orientan a los lectores.

<sup>20</sup> "Projet pour la police de la librairie de Normandie donné par M. Rodolphe, subdélégué de M. l'intendant à Caen", Bibliothèque Nationale, ms. fr. 22123, item 33.

<sup>21</sup> Labadie, "Projet d'un mémoire sur la librairie", Bibliothèque Nationale, ms. fr. 22123, item 21.

Nunca se ha visto tantas obras prohibidas como hoy [...]. A nadie apena estar ocupado en un libro malo. Por el contrario, la gente se enorgullece de tal cosa; basta que un libro sea conocido como tal para que la gente lo desee. Y alguien que a duras penas es capaz de dedicar una hora a la lectura sana contará que se pasó noches enteras con algo malo.<sup>22</sup>

Los profesionales de ambos lados de la ley se dieron cuenta de que los libros prohibidos atraían a diferentes variedades de lectores que leían de distintas formas. En un memorando escrito desde la Bastilla, el señor Guy, quien vendía *livres philosophiques* a la vez que trabajaba para la viuda de Duchesne en París, describió así la variedad de lectores y de lecturas:

La gente se inclina a conseguirlos [los libros prohibidos], sin importar su precio. ¿Y quiénes son estas personas? Precisamente aquellos que por su nacimiento, su posición, su conocimiento y su apego a la religión debieran ser los primeros en condenarlos. Pero todo lo contrario, si nada más llegan a escuchar que algo se dice en voz baja sobre una nueva obra de esta naturaleza, se van corriendo por ella: el cortesano para su diversión, el magistrado con el fin de estar informado y los miembros del Tercer Estado para decir que tienen algo raro y difícil de conseguir. En resumen, es una manera de darse nombre y de estar a la moda; y quien no tiene seis-livre écu para pagarle a su barrendero gastará cuatro luses [96 livres] para nadar en la corriente.<sup>23</sup>

Para estar a la moda, para estar informado, para excitarse o conmovearse. Los lectores acudían a la literatura ilícita

<sup>22</sup> "Mémoire sur le corps des librairies imprimeurs", 1766, sin firma, Bibliothèque Nationale, ms. fr. 22123, item 19.

<sup>23</sup> "Mémoire sur la librairie de France fait par le sieur Guy pendant qu'il était à la Bastille", 8 de febrero de 1767, Bibliothèque Nationale, ms. fr. 22123, item 22.



por numerosas razones y reaccionaban de muchas formas. Nadie en el negocio del libro esperaba que las reacciones fueran las mismas. Pero todos trataban a la literatura prohibida como algo serio, como algo lo suficientemente importante como para exigir la atención de los funcionarios más altos del reino y como para ocupar una dirección completa de la Policía.

Claro que los archivos de la Policía tienen su propia tendencia. Los inspectores del comercio del libro podían buscar el favor del teniente general descubriendo amenazas a la Iglesia y al Estado, y el teniente general podía quedar bien con su superior en Versalles con la detección y la eliminación de las difamaciones a "les grands". Los documentos de Jean-Charles-Pierre Lenoir, el más importante teniente general de la Policía parisina en los años anteriores a la Revolución, deben leerse con sumo cuidado, pues Lenoir los compuso en diferentes momentos entre 1790 y 1807, cuando salió huyendo de la Revolución Francesa. Quiso defender su administración en contra de los revolucionarios, quienes lo habían acusado de abusar de su poder y lo habían expulsado del país. Pero Lenoir asimismo quería entender qué había provocado la caída del Antiguo Régimen. Y él sabía tanto sobre las maquinaciones internas que sus observaciones, depositadas en el borrador de unas memorias que nunca concluyó, ofrecen valiosa información sobre las actitudes y las políticas hacia los libros prohibidos en los más altos niveles del gobierno francés.<sup>24</sup>

Según Lenoir, los *libelles* no fueron motivo de gran preocupación en Versalles durante los primeros años del reinado de Luis XVI. El conde de Maurepas, el ministro domi-

<sup>24</sup> Sobre el carácter del manuscrito de las memorias de Lenoir, véase Georges Lefebvre, "Les papiers de Lenoir", en *Annales historiques de la Révolution Française*, t. iv, 1927, p. 300, y Robert Darnton, "The memoirs of Lenoir, lieutenant de Police of Paris, 1774-1785", en *English Historical Review*, t. LXXV, 1970, pp. 532-559.

nante en el gobierno y un veterano en las intrigas de la corte, coleccionaba canciones y epigramas calumniosos:

En reuniones privadas, monsieur de Maurepas declamaba dicho los versos que en contra suya se escribían. Decía que semejantes cosas siempre eran y serían una diversión, algo que mantenía ocupados a los parisinos que no tenían nada que hacer y que querían impresionar a la gente en la alta sociedad.<sup>25</sup>

Pero la política cambió durante los ministerios de Necker, Calonne y Brienne. Hacia 1780, los ministros subsidiaban en secreto a los escritores para atacarse entre sí. *Libelles* que antes circularan en forma manuscrita durante los años tormentosos de Luis XV ahora aparecían impresos, atacando al propio monarca. Luego las calumnias se volvieron en contra de Luis XVI, mofándose de su supuesta impotencia, y en contra de María Antonieta, deplorando sus presuntas orgías sexuales. Este tipo de difamaciones no eran para reírse, ni siquiera de parte de Maurepas, quien cambió su política y organizó misiones secretas para detener la producción de *libelles* en el extranjero. El ministro del Exterior, el conde de Vergennes, envió agentes encubiertos con la orden de secuestrar a los *libellistes* en Londres. La Policía envió agentes a Viena y a Bruselas y siguió haciendo redadas en las librerías de París. Pero las calumnias surgían con mayor rapidez que la respuesta del Estado, de modo que "la ley fue particularmente ineficaz en contra de los *libelles* antigubernamentales durante los años previos a la Revolución".<sup>26</sup>

En retrospectiva, a Lenoir le parecía que el enlodamiento había "causado un gran perjuicio a la tranquilidad

<sup>25</sup> Fondo Lenoir, Bibliothèque municipale d'Orléans, ms. 1422, "Titre sixième: De l'administration de l'ancienne police concernant les libelles, les mauvaises satires et chansons, leurs auteurs coupables, délinquants, complices ou adhérents".

<sup>26</sup> *Ibid.*

doméstica, al espíritu público y al [espíritu] de sumisión".<sup>27</sup> El público creía las historias más desquiciadas, no obstante el esfuerzo del gobierno por contrarrestarlas con informes precisos en la propaganda que él mismo emitía: "Los parisinos tenían más fe en los rumores y en los *libelles* perversos que circulaban clandestinamente que en los hechos, que se imprimían y publicaban por órdenes del gobierno o bien con su autorización".<sup>28</sup> Hacia 1785, Lenoir tuvo que sobornar a una multitud para que gritara "*Vive la reine!*" cuando María Antonieta aparecía en París. Pero no obstante los enormes esfuerzos, Lenoir se las arregló para producir "apenas un aplauso débil, el cual todo mundo supo que era comprado".<sup>29</sup> Años de calumnias habían dañado algo fundamental en el apego de la gente a la monarquía.

Las observaciones de Lenoir se pueden confirmar en el Ministerio de Asuntos Exteriores y en los archivos de la Bastilla. En 1783, el ministro del Exterior pasó casi el mismo tiempo en tratar de sacar a los *libellistas* de Londres que el que ocupó en la negociación del Tratado de París que puso fin a la guerra americana. La calumnia es despreciable, le escribió al *chargé d'affaires* francés en Londres, pero cuando golpea las cabezas coronadas no debe ignorarse: "Usted bien sabe lo malvado que es nuestro siglo y con cuánta facilidad pasan por buenas las fábulas más absurdas".<sup>30</sup> Luego de arduos afanes, la Policía sobornó a uno de los *libellistes* y se llevó a los otros a Francia, en donde fueron encerrados en la Bastilla.<sup>31</sup> Pero poco después el *Affair* del Collar de Diamantes —el escándalo que involucró a la reina y al cardenal de Rohan— produjo una oleada aún más desastrosa de panfletos

<sup>27</sup> Fondo Lenoir, ms. 1423, "Résidus".

<sup>28</sup> *Ibid.*, ms. 1422, "Sûreté".

<sup>29</sup> *Ibid.*, ms. 1423, nota sin título.

<sup>30</sup> Vergennes al conde D'Adhémar, 21 de mayo de 1783, Ministère des Affaires Etrangères, Correspondance politique, Angleterre, ms. 542.

<sup>31</sup> Bibliothèque de l'Arsenal, ms. 12517, ff. 73-78.

y muchos franceses se metieron en la Revolución convencidos de que el cardenal había vuelto cornudo al rey.

En parte alguna de este material se encontrará una sola sugerencia relativa a que los libros eran simplemente "máquinas hechas para producir efectos" y a que los lectores eran meros recipientes con mentes como de "cera suave" listos para aceptar cualquier mensaje que se estampara en ellas. Los franceses del siglo XVIII entendían lo suficiente sobre la comunicación como para esperar que los lectores y las lecturas fueran muy diversos.<sup>32</sup> Pero creían que los *livres philosophiques* eran capaces de producir fuertes respuestas y que los *libelles* podían alterar la estabilidad del Estado. No tenemos acceso a las mentes de los hombres y mujeres como para apreciar la forma en la que hace dos siglos manipulaban los textos. Sólo las podemos estudiar indirectamente, por medio del testimonio de los autores, los impresores, los libreros, los funcionarios del gobierno y del lector ocasional que dejó algún registro de su reacción. Pero todas las evidencias señalan en la misma dirección: los lectores se tomaban en serio la literatura prohibida. Toda ella, esto es, salvo por un documento final.

En su *Tableau de Paris*, Louis-Sébastien Mercier parece minimizar el efecto de los *libelles*:

Mientras más prohibido es un *libelle*, más codiciado. Pero una vez que se lo ha leído y uno se da cuenta de que no ofrece recompensa alguna a nuestra audacia, da pena haberse apresurado por conseguirlo. Nadie se atreve a decir: "Ya lo leí". Es la espuma que produce la vida de los bajos fondos de la literatura. [...] ¿Qué *libelle* después de dos semanas no es condenado por la opinión pública y abandonado a su propia infa-

<sup>32</sup> Ésta es la posición que Roger Chartier parece atribuirles a quienes sostienen que los libros prohibidos tuvieron un fuerte impacto en el público lector (R. Chartier, *Les Origines culturelles de la Révolution française*, *op. cit.*, pp. 104 y 109).



mia? [...] Un *libelle* exagerado resulta nauseabundo, desagradable y acaba por volver en su contra su misma virulencia. Pero si es más moderado, a veces sirve de contrapeso a la excesiva concentración de poder; excede los límites de la decencia del mismo modo en que las autoridades abusan de su poder. Con frecuencia fue resultado de pequeños déspotas insolentes y el público percibe la verdad entre ambos extremos.<sup>33</sup>

El pasaje sugiere, en efecto, que el público no creía todo lo que le surtían los *libellistes*, pero no demuestra que los lectores se negaran a tomar en serio los *libelles*. Por el contrario, hace una distinción entre la calumnia exagerada, la cual era capaz de producir una reacción en sentido inverso, y los ataques más moderados a los abusos de poder, los cuales podían poner al público en contra de los déspotas del gobierno. En este caso, la descripción del "público" que ofrece Mercier parece aplicarse en primer lugar a gente como él, es decir, a personas bien informadas, a los enterados en el mundo de las publicaciones y de los asuntos públicos. En una discusión parecida sobre los cartelones y panfletos satíricos, Mercier anotó: "Divierten a quienes están en las altas esferas pero se los toman con un grano de sal".<sup>34</sup> Así, al igual que los *best sellers* y los agentes de la Policía, Mercier hacía una distinción entre los lectores comunes y corrientes y los cultos. Nunca definió a estos últimos, si bien escribió un sugerente ensayo sobre "Monsieur le public" como una "mezcolanza indefinible" hecha de todo tipo de rasgos sociales incompatibles.<sup>35</sup> Aun así, Mercier insistía en que existía un público, en la forma de un tribunal si-

<sup>33</sup> Louis-Sébastien Mercier, *Tableau de Paris*, vol. vii, Amsterdam, 1783, pp. 23 y 25. Chartier cita este pasaje con el fin de sostener que los *libelles* tuvieron poco impacto en los lectores (*Les Origines culturelles de la Révolution française*, op. cit., pp. 103 y 104).

<sup>34</sup> Louis-Sébastien Mercier, *Tableau de Paris*, vol. vi, op. cit., p. 79.

<sup>35</sup> *Ibid.*, vol. vi, p. 268.

tuado por encima de las mareas y del curso de la moda, que examinaba las opiniones encontradas y a fin de cuentas daba con la verdad.<sup>36</sup> La convicción de que la verdad siempre se sabía también le dio forma a la idea que Mercier tenía de la factura de libelos, pues sostenía que "únas cuantas buenas verdades" en un *libelle* mezquino podían hacer temblar a un ministro, e incluso llegó a sostener que el infame Ministerio de Maupeou terminó gracias a uno de los *libelles* más populares en la lista de *best sellers*, *Correspondance secrète et familière de M. de Maupeou*.<sup>37</sup>

Pero así como es de sugerente, el *Tableau de Paris* de Mercier no puede tomarse de manera literal, como si se tratara de una ventana abierta hacia las mentes de los parisinos del siglo xviii. Al igual que todos los textos, su misma resaca retórica lo lleva a asumir rumbos contradictorios. Las contradicciones saltan a la vista más que nada en las referencias que hace Mercier a la lectura, pues si por un lado celebra la letra impresa como la fuerza suprema en la historia, por otro desprecia al periodismo, a los escritores a sueldo y a los *libelles*. ¿Por qué semejante aversión a las formas más humildes de la actividad literaria? Básicamente, según creo, porque Mercier no quería que lo identificaran con ellas. Se había hecho famoso como el "Rousseau de alcantarilla" (*Rousseau du ruisseau*) muy a la manera de Restif de la Bretonne, para quien se acuñó la frase. En el boletín literario de Jean-François de La Harpe, Mercier aparece como un dramaturgo frustrado, como un vulgar compilador y como compañero del alma de Restif.<sup>38</sup> En las *Mémoires secrets...* de Bachaumont aparece como el escritor a sueldo que metió

<sup>36</sup> *Ibid.*, p. 269.

<sup>37</sup> *Ibid.*, vol. i, p. 176.

<sup>38</sup> Jean François de La Harpe, *Correspondance littéraire adressée à son Altesse Impériale Mgr. le Grand-Duc, aujourd'hui Empereur de Russie, et à M. le Comte André Schowalow, Chamberlain de l'Impératrice Cathérine II, depuis 1774 jusqu'à 1789*, vol. iii, París, 1804-1807, pp. 202 y 251, 6 vols.

todo tipo de basura en el *Tableau de Paris* con el propósito de aumentar el número de volúmenes y sacarle el mayor provecho al mercado.<sup>39</sup> Y en los archivos de la Policía es

[un] abogado, una persona feroz y extraña; en la corte no suplica ni consulta. Hasta el momento no ha sido admitido en la barra, pero asume el título de abogado. Escribió el *Tableau de Paris*, en cuatro volúmenes, así como otras obras. Por temor a la Bastilla, salió del país, luego regresó y quiere unirse a la Policía.<sup>40</sup>

Todos los comentarios coincidieron en la audacia de la crítica de Mercier al gobierno y al orden social. Al igual que *L'An 2440*, el *Tableau de Paris* se convirtió en un *livre philosophique* que se vendía muy bien. Pero ¿era también un *libelle*? Un comentario en el *Courrier de l'Europe* a la primera edición en dos volúmenes decía categóricamente: "Éste no es un *libelle*; es la obra de un ciudadano valiente y sensible". Esto puede sonar a elogio, pero llevó a Mercier a contestar. En el cuarto volumen de la siguiente edición, Mercier dedicó un largo y vehemente capítulo a las observaciones del *Courrier*, la única reseña que Mercier alguna vez mencionó: "¡La crítica es a duras penas una absolución! Tenéis que leerme, decid: ¿es posible que esta obra sea capaz de conjurar alguna noción vinculada con la odiosa palabra *libelle*? ¿Para qué usarla? Me asfixia".<sup>41</sup> El horror de Mercier a los *libelles*

<sup>39</sup> *Mémoires secrets pour servir à l'histoire de la République des lettres en France, depuis 1762 jusqu'à nos jours*, atribuidas a Louis Petit de Bachaumont y otros, 36 vols., Londres, 1777-1789, entradas del 1º de agosto de 1781, 20 de abril de 1782 y 23 de abril de 1784.

<sup>40</sup> Fondo Lenoir, ms. 1423, "Extraits de divers rapports secrets faits à la police de Paris dans les années 1781 et suivantes, jusques et compris 1785, concernant des personnes de tout état et condition [ayant] donné dans la Révolution".

<sup>41</sup> Louis-Sébastien Mercier, *Tableau de Paris*, op. cit., vol. iv, p. 279. La cita de la reseña ha sido tomada de la reimpresión del mismo Mercier.

dio rienda suelta a la preocupación de que su propia obra pudiera ser clasificada como tal, del mismo modo que su desprecio por los escritores a sueldo expresaba su miedo de que lo fueran a identificar con uno de ellos.<sup>42</sup>

Ciertamente que todo lo que Mercier publicó sobre escritores y lectores resulta revelador, no tanto sobre las prácticas reales como en cuanto a los temas dominantes en el discurso contemporáneo sobre la literatura. En casi todas sus obras, Mercier volvió obsesivamente al mismo tópico: la Ilustración se extiende por todas partes; los escritores son los legisladores no reconocidos del mundo; la imprenta es la maquinaria más poderosa del progreso; y la opinión pública es la fuerza que ha de barrer con el despotismo. Un ejemplo bastará para ilustrar su tono:

En los últimos treinta años ha tenido lugar una revolución fuerte y arrasadora en nuestras ideas. La opinión pública se ha transformado en una fuerza preponderante en Europa, irresistible. En vista del progreso que se ha dado y que se dará, se puede esperar que las ideas ilustradas acarreen el mayor bien que pueda haber en la tierra y que los tiranos del tipo que sean tiemblen ante el clamor universal que resuena por doquier, despertando a Europa de su sueño. [...] La influencia de los escritores es tal que ahora pueden proclamar abierta-

<sup>42</sup> A lo largo del *Tableau de Paris* y en sus otras obras, sobre todo en *De la Littérature et des littéraires* y *Mon Bonnet de nuit*, Mercier trató de distinguir a los verdaderos autores y a los hombres de letras genuinos de los mimados académicos por un lado y de los escritores a sueldo por el otro. Véase, por ejemplo, *Tableau de Paris*, op. cit., vol. ii, pp. 103-113; vol. iv, pp. 19-26 y 245-261; vol. vii, p. 230; vol. x, pp. 26-29 y pp. 154-156; y vol. xi, p. 181. ¿Mercier castigaba a los *libelles* para congraciarse también con la Policía, como se puede sospechar a partir de las observaciones relativas a su persona en su propia ficha policial? No he encontrado pruebas de que actuara como informante o como propagandista para las autoridades, pero el *Tableau de Paris* contiene varios pasajes que elogian al teniente general de la Policía: véase, por ejemplo, vol. i, pp. 187-193, y vol. vii, p. 36.



mente su poder y dejar de disfrazar la legítima autoridad que tienen sobre la mente de la gente.<sup>43</sup>

La lectura ocupaba un lugar central en este puñado de *leit motifs*. Para describir su operación, Mercier se respaldó en el obligado repertorio de imágenes del primer romanticismo: una fuerza moral, tan irresistible e invisible como la gravedad o como la electricidad, era generada por un genio, liberada por su pluma, transmitida por la tipografía y estampada en el alma del lector.<sup>44</sup> De ahí el capítulo sobre la imprenta en *De la Littérature et des littéraires*, reimpresso por Mercier en *Mon Bonnet de nuit*:

[La imprenta] es el don máspreciado del cielo. [...] En breve alterará la apariencia del universo. De las estrechas cajas del formador en el taller de la imprenta emergen grandes y generosas ideas, que el hombre es incapaz de resistir. Las ha de adoptar, a su pesar; su efecto ya se deja ver. La imprenta nació hace muy poco y ya todo va hacia la perfección. [...] Un déspota, rodeado por sus guardias, por su fortaleza, defendido por dos mil espadas desenvainadas, acaso pueda hacer caso omiso al llamado de su conciencia; pero no resistirá el golpe de la pluma: este golpe le ha de dar en el corazón de su grandeza. [...] ¡Así que a temblad, tiranos del mundo! ¡Temblad ante el escritor virtuoso!<sup>45</sup>

<sup>43</sup> Louis-Sébastien Mercier, *Tableau de Paris*, vol. iv, *op. cit.*, pp. 258 y 259. Este pasaje es una reimpresión de otro que Mercier ya había publicado en *De la Littérature et des littéraires*, Yverdon, 1778, pp. 8 y 9. Mercier combinó una gran cantidad de sus primeros trabajos en los volúmenes de sus obras: *Tableau de Paris*, *L'Ann 2440*, y *Mon Bonnet de nuit*.

<sup>44</sup> Sobre este tema general, véase Auguste Viatte, *Les Sources occultes du romantisme: illuminisme-théosophie, 1770-1820*, París, 1928, 2 vols.

<sup>45</sup> Louis-Sébastien Mercier, *De la Littérature*, *op. cit.*, pp. 19 y 20; y *Mon Bonnet de nuit*, vol. I, Neuchâtel, 1785, pp. 112-114, 4 vols. Véanse también observaciones semejantes en *De la Littérature*, *op. cit.*, pp. 38-41, y *Tableau de Paris*, *op. cit.*, vol. v, pp. 168-173; vol. vii, p. 180; y vol. viii, p. 98.

Mercier no permitió que nada innoble echara a perder esta imagen. En la fantasía utópica de *L'Ann 2440* eliminó todos los libros que no valían la pena, llenó los espacios públicos con estatuas de escritores y convirtió a la lectura y a la escritura en solemnes ejercicios espirituales. En sus ensayos con frecuencia se quejaba de la literatura muy sofisticada o trivial, lo que minaba el propósito moral de la lectura.<sup>46</sup> Y en sus obras de teatro y en sus novelas insertó escenas de lectura con el fin de enderezar la trama en las encrucijadas cruciales. Por ejemplo, *Jezennemours*, un relato sentimental sobre el triunfo del amor sobre el fanatismo religioso, cuenta un plan jesuita para hacerse del control del alma del héroe y por volverlo sacerdote a fuerza de alimentarlo con obras teológicas y devocionales en una escuela en Estraburgo. Un día, un buhonero se cruza con él en la calle y le ofrece unos *livres philosophiques* por debajo de la manga. Picado por la curiosidad, el héroe compra cuatro tratados voltaireanos. Basta una ojeada preliminar al texto para abrirle el apetito. Se pasa la noche en vela, devorándolos en su celda. Las vendas caen de sus ojos. Abandona el sacerdocio y se fuga con su verdadero amor, Suzanne, la "belle luthérienne".

Al contar esta historia, Mercier emplea todo tipo de detalles precisos para evocar la sensación de consumir literatura prohibida: los amplios recipientes de la capa del buhonero en los que estaban escondidos los libros; el papel barato y la cruda impresión de las ediciones clandestinas; la

<sup>46</sup> Véase, por ejemplo, "Discours sur la lecture", en la obra de Mercier, *Eloges et discours philosophiques*, Amsterdam, 1776, la cual insertó en partes de *Mon Bonnet de nuit*. Mercier advertía sobre los peligros de la lectura excesiva, sobre todo de la literatura efímera, la cual podía echar a perder la sensibilidad: "Discours sur la lecture", pp. 245, 246, 253, 269, 284 y 289-292. En este sentido sus observaciones podrían tomarse como reacción en contra de la lectura "extensiva" y como un llamado por el regreso a un estilo previo e "intensivo". Pero quejas semejantes sobre la inmanejable sobreproducción de libros y la vanidad de leer papeles efímeros se pueden encontrar en los siglos xvi y xvii.

fascinación evocada por el diabólico nombre de Voltaire; la seguridad del buhonero de que estas cosas se venden como pan caliente; la sensación de abrir las primeras páginas con una navaja de bolsillo; la emoción de llevar los pequeños volúmenes debajo de la camisa y en una bolsa; y la inmersión final en los textos en lo alto de la noche conforme la mecha de la lámpara crepitaba y se consumía hasta reducirse a un tocón. La descripción, narrada en primera persona, se lleva dos capítulos y ofrece una de las relaciones más ricas de la lectura tal y como la imaginaba un autor de libros prohibidos:

Quien me hubiera visto leer me habría comparado con un hombre muriendo de sed atragantándose de agua pura y fresca. [...] Tras encender mi vela con suma precaución, me arrojé de inmediato a la lectura. Una fácil elocuencia, sencilla y animada, me llevó de página en página sin darme cuenta. Un reloj daba las horas en el silencio de las sombras y yo no me enteraba de nada. Mi lámpara empezó a quedar sin aceite y no producía más que una pálida luz, pero aún así seguí leyendo. No me di tiempo siquiera para levantarme y jalar la mecha por temor de interrumpir mi placer. ¡Cómo se movían esas nuevas ideas por mi cerebro! ¡En qué forma las adoptaba mi inteligencia!<sup>47</sup>

Exagerada como es, la descripción corresponde realmente a la experiencia de muchos lectores del siglo XVIII.<sup>48</sup> Claro que

<sup>47</sup> Louis-Sébastien Mercier, *Histoire d'une jeune luthérienne*, Neuchâtel, 1785, pp. 142 y 143. (La primera edición, Neuchâtel, 1776, se publicó bajo el título de *Jezennemours, roman dramatique*.)

<sup>48</sup> En este caso, Mercier describió a un joven liberándose del catolicismo dogmático por medio de la lectura de Voltaire y de Fontenelle. En otras obras, Mercier hizo hincapié en el efecto abrasador de leer a Rousseau y sus descripciones concuerdan con las de los lectores reales de Rousseau: véase Robert Darnton, "Readers respond to Rousseau: the fabrication of romantic sensitivity", en *The Great Cat Massacre and Other Episodes in French Cul-*

es la representación de un tipo ideal más que la de una práctica común. Pero de eso se trata: lejos de ofrecer una evidencia incontestable sobre el mermado poder de la palabra impresa y sobre la despreocupación de los lectores, Mercier articuló la convicción generalizada de que la lectura era capaz de mover montañas... y derrumbar a los déspotas, en especial si los libros eran "filosóficos".

¿Cómo era posible que los *livres philosophiques* produjeran efectos tan extraordinarios? Hasta Mercier se abstuvo de invocar ideas sencillas de causalidad. Al igual que muchos de sus contemporáneos, columbró un proceso indirecto por medio del cual los libros fijaban el derrotero de la opinión pública y la opinión pública daba forma a los acontecimientos. Sólo que esa noción es también una construcción ideal, expresada en su forma más noble por Condorcet en la *Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain*. Tras examinar lo que la gente pensaba que le sucedía y le debía suceder al leer libros prohibidos, ahora podemos enfrentar un último problema: ¿cómo fue que los *livres philosophiques* participaron en la radicalización de la opinión pública?

*tural History*, Nueva York, 1984 [trad. esp.: *La gran matanza de gatos y otros episodios en la historia de la cultura francesa*, México, Fondo de Cultura Económica, 1987]. Por ejemplo, en el *Tableau de Paris*, op. cit., vol. v, p. 58, Mercier describía a una chica que compraba a escondidas un ejemplar de *La Nouvelle Héloïse*, no obstante la prohibición de su madre y luego quedaba tan impactada que decidía dedicar su vida a la domesticidad ejemplificada por la heroína de la novela. Mercier evocó su propia experiencia en un lenguaje similar: "¡Escritura! ¡Tu poder no ha sido admirado como se debe! ¿Por medio de qué mecanismo las palabras trazadas sobre el papel, cuya influencia al principio parece tan ligera, producen esas impresiones tan duraderas y hondas? [...] Hay algo sobrenatural y sorprendente en el poder de combinar ideas rápidamente con la ayuda de unas cuantas imágenes sencillas. [...] Las palabras impactan la imaginación más que las cosas en sí. [...] Abro un ejemplar de *La Nouvelle Héloïse*: sigue en blanco y negro, pero de pronto soy todo atención, me emocio; me enciendo, me excito de mil maneras diferentes" (*Mon Bonnet de nuit*, op. cit., vol. 1, pp. 298 y 302).



## X. LA OPINIÓN PÚBLICA

El asunto de la opinión pública, al igual que el de la respuesta del lector, no es un problema que se pueda despachar en unas pocas páginas. Sin embargo, una breve discusión del tema acaso ayude a despejar el camino para un estudio posterior así como para responder una última objeción: tal vez los libros prohibidos no afectaron del todo a la opinión pública; tal vez sólo fueran su reflejo. Esta tesis se apoya en dos tipos de argumentos sobre el carácter autónomo de las actitudes hacia la monarquía entre la gente común en París. Según el primero, se puede detectar una visión "desacralizada" de la realeza a partir de pequeños cambios espontáneos en la vida diaria de los parisinos.<sup>1</sup> Según el segundo, los parisinos comenzaron a expresar una hostilidad abierta hacia el rey en la década de 1750 y tal vez incluso antes.<sup>2</sup>

El primer argumento se deriva de algunas otras observaciones sobre la vida diaria en el *Tableau de Paris*. Mercier observó que los vendedores de cosas usadas vendían viejos sellos en hierro forjado con figuras pintadas de los reyes y de las reinas y que los parisinos compraban sin pensar una imagen de Luis XVI o de Catalina II para colgarla en el exterior de sus tabernas o de sus estancos. Tampoco dudaban

<sup>1</sup> Roger Chartier, *Les Origines culturelles de la Révolution française*, París, 1990, pp. 108-110 [trad. esp.: *Espacio público, crítica y desacralización en el siglo XVIII. Los orígenes culturales de la Revolución Francesa*, Barcelona, Gedisa, 1995].

<sup>2</sup> Arlette Farge y Jacques Revel, *Logiques de la foule. L'affaire des enlèvements d'enfants. Paris 1750*, París, 1988; y Arlette Farge, *Dire et mal dire. L'opinion publique au XVIII<sup>e</sup> siècle*, París, 1992.

en comprar "pasteles à la royale" y "carne à la royale" en las tiendas de comida.<sup>3</sup> Según Roger Chartier, este empleo informal de imágenes y palabras demuestra una "desinvestidura simbólica y emocional" que desacralizó a la monarquía, robándole todo "significado trascendente". De hecho, esto explica el éxito de los *livres philosophiques*, pues la desacralización de las actitudes vino primero que la publicación de los libros más que al revés.<sup>4</sup> De hecho, la cronología no le ayuda mucho a esta interpretación, ya que la primera edición del *Tableau de Paris* apareció en 1781, y fue muy posterior a los primeros *libelles* en contra de Luis XV, y los *libellistes* habían estado arrojando lodo en contra de los monarcas dos siglos antes de que Mercier observara la familiaridad con los *accoutrements* reales en los comercios parisinos. Más importante aún es que el manejo informal y hasta irreverente de los objetos sagrados no ofrece una evidencia de desacralización. En la Edad Media, la gente conversaba, se apoyaba y defecaba cerca de los objetos sagrados con una familiaridad que nos parece sacrílega, pero que en realidad expresaba el poder fabuloso de la fe. Y aún hoy, los signos reales en el exterior de los *pubs* y las etiquetas en los baños en Inglaterra que dicen POR MANDATO ESPECIAL DE SU MAJESTAD LA REINA NO hablan de desafecto hacia la monarquía, sino lo contrario.<sup>5</sup>

<sup>3</sup> Louis-Sébastien Mercier, *Tableau de Paris*, vol. v, Amsterdam, 1783, pp. 109 y 130, y Roger Chartier, *Les Origines culturelles de la Révolution française*, op. cit., pp. 109 y 110. De hecho, Mercier empleó sus observaciones sobre los letrados como pretexto para un ensayo moral sobre la transitoriedad de la gloria entre "les grands". Y discutió la expresión "à la royale" como ejemplo de la idea de los parisinos de que todo lo relacionado con el rey debía ser alto y excelente, no como una indicación de que le hubieran perdido el respeto a la monarquía. Como quiera que sea, los comentarios de Mercier deben tomarse como un texto literario, no como sociología callejera imparcial.

<sup>4</sup> Roger Chartier, *Les Origines culturelles de la Révolution française*, op. cit., pp. 108 y 109.

<sup>5</sup> Johan Huizinga, *The Waning of the Middle Ages*, 1919 [trad. esp.: *El otoño de la Edad Media*, Madrid, revista de Occidente, 1929]; Nueva York,

El segundo argumento es más serio; y como conduce de manera directa al problema del mapeo de la opinión pública, es preciso explicarlo con cuidado. La autoridad francesa, como cualquier otra, no logró definir al "público", pero sabía que tenía sus propias opiniones y que las tomaba en serio. La policía de París desarrolló una intrincada red de informantes con el fin de seguir el curso de las discusiones en los cafés, las tabernas y otros espacios públicos. Los informes sobre estos *propos* (charlas sueltas sobre los acontecimientos del momento) ofrecen un indicador aproximado sobre la situación de la opinión pública en París a lo largo del siglo XVIII.

Aquí, por ejemplo, figura lo que se decía en los cafés al final de la década de 1720, según los espías de la Policía. En cierto momento de 1728, los parroquianos del Café de Foy no podían creer que N. P. B. d'Angervilliers hubiera sido nombrado ministro de Guerra, pues su rival, F. V. L. de Breteuil estaba protegido por la reina. Los del Café Rousseau creían que el nombramiento auguraba futuros cambios, tal vez un nuevo intendente de París y tal vez un nuevo teniente general de la Policía. Mientras tanto, en el Café de l'Enclume, se dio una fuerte discusión entre los que condenaban a D'Angervilliers por sus maneras brutales y autocráticas y entre quienes admiraban su carácter. El inspector general, Philibert Orry, se ganó el aplauso de los concurrentes asiduos al Café de la Régence, pues acababa de humillar a los directores del Impuesto Agrícola General —acaudalados financieros que se contrataban con la corona para cobrar los impuestos indirectos— en una discusión sobre un *Te Deum* que cantarían los jacobinos. Las charlas en el Café

s. f. Los antropólogos con frecuencia subrayan la familiaridad con lo sagrado: véase, por ejemplo, E. E. Evans-Pritchard, *Witchcraft, Oracles and Magic Among the Azande*, Oxford, 1937 [trad. esp.: *Brujería, magia y oráculos entre los Azande*, Barcelona, Anagrama, 1976].



Cotton eran sobre las maniobras en la Bolsa, en el Café de la viuda de Laurent sobre el precio del pan, en el Café de Poinset sobre la especulación en el grano, en el Café de Basteste sobre la especulación en el oro, en el Café du Puits sobre el embarazo de la reina, en el Café de Conti sobre las simpatías francesas del rey de España, en el Café Gradot sobre la prohibición de una obra de teatro, en el Café Procope sobre la débil salud del cardenal de Fleury, en el Café de Moisy sobre la agitación jansenista, y así sucesivamente, en gran detalle, más numerosas observaciones sobre acontecimientos no políticos: un asalto en el camino, una fuga de la cárcel, un incendio en Troyes y una tormenta en Champagne que dañó los viñedos con granizos del tamaño de un huevo de gallina. Los informes abarcaban a unos cincuenta cafés dispersos por toda la ciudad. Otros agentes informaban a la Policía sobre las conversaciones en las tabernas de los trabajadores, los *bons mots* en los salones y los chismes generales en los jardines públicos. Ubicado estratégicamente en el centro de este enorme sistema de información, el teniente general de la Policía contaba con un conocimiento fabuloso sobre todo aquello de lo que se hablaba en la ciudad. Por medio de sus informes semanales al rey y al ministro de la *maison du roi* (ministro del Interior, en realidad), el gobierno tenía un firme control sobre el pulso del público. Carecía de encuestadores, pero seguía el desarrollo de la opinión pública.<sup>6</sup>

Algunos de los informes estaban redactados en forma de diálogos, de manera que al leerlos uno puede imaginarse el tono de las discusiones políticas de hace más de 260 años. Sin embargo, es preciso abstenerse de semejante fantasía,

<sup>6</sup> Bibliothèque de l'Arsenal, ms. 10107. Este volumen contiene únicamente notas sin fecha y sin firma, sobre todo en trozos de papel, y no existe otra serie así para otros períodos, por lo que no contamos con un conjunto consistente de informes policiales sobre los chismes de café a lo largo del siglo.

pues los espías de la policía no eran estenógrafos y sus informes, al igual que todos los documentos históricos, sólo son textos, no ventanas transparentes hacia el pasado. Aun así, los informes revelan lo suficiente para hacernos una idea general de la forma en la que se expresaban los parisinos sobre Luis XV al comienzo de su reinado. Aquí un ejemplo:

En el Café de Foy alguien dijo que el rey se había hecho de una amante, de nombre madame Gontaut, y que era una mujer hermosa, sobrina del duque de Noailles y de la condesa de Toulouse. Otro dijo: "Si es así, entonces habrá grandes cambios". Y uno más comentó: "Sí, existe el rumor, que a mí me cuesta creer, ya que el que está a cargo es el cardenal de Fleury. Yo no creo que el rey tenga ningún tipo de inclinación en ese sentido, pues siempre se le ha mantenido alejado de las mujeres". "Sin embargo", dijo alguien, "no sería un gran mal que tuviera una amante." "Bueno, Messieurs," añadió otro, "tal vez no sea un capricho pasajero, tampoco, y un primer amor podría suscitar cierto peligro en el flanco sexual y podría causar más mal que bien. Sería mucho más deseable que le gustara la cacería que ese tipo de cosas."<sup>7</sup>

Como siempre, la vida sexual de la realeza suministró un gran material para los chismes, sólo que las conversaciones tendían a ser amistosas. En 1729, cuando la reina estaba por dar a luz, los cafés estallaron de júbilo:

En verdad que todo mundo está encantado pues mucho desean tener un delfín. [...]. Uno de ellos dijo "*Parbleu, Messieurs*, si Dios nos concede la gracia de un delfín, verán París y el río completo en llamas [con los fuegos artificiales por la celebración]". Todo el mundo ruega por ello.<sup>8</sup>

<sup>7</sup> *Ibid.*, ms. 10170, fo. 175. He añadido las comillas.

<sup>8</sup> *Ibid.*, ms. 10170, fo. 176.

Veinte años después, el tono había cambiado por completo. He aquí algunos extractos típicos provenientes de los archivos de la Bastilla de 1749:

Jules-Alexis Bernard, caballero de Bellerive, *esquire*, antiguo capitán de dragones: En la tienda de Gaujoux, fabricante de pelucas, este individuo leyó en voz alta [...] un ataque al rey en el que se decía que Su Majestad se dejaba manejar por ministros ignorantes e incompetentes y que había pactado una paz vergonzosa, deshonrosa [el tratado de Aix-la-Chapelle], por la cual se devolvían todas las fortalezas ganadas [...] que el rey, por su romance con las tres hermanas, escandalizaba a su pueblo y traería todo tipo de desgracias sobre sí mismo si no modificaba su conducta; que Su Majestad se burlaba de la reina y que era un adúltero; que no se confesó para la comunión de la Pascua y que traería sobre el reino la maldición de Dios y que Francia se vería abrumada por las calamidades.<sup>9</sup>

Fleur de Montagne, ex jesuita. [...] Entre otras cosas dijo que los gastos extravagantes del rey mostraban que le importaba un carajo su pueblo; que él [Luis XV] sabe que no tiene dinero y que sin embargo le está echando encima otro impuesto [el *vingtième* propuesto por Machault d'Arnouville], en agradecimiento a todos los servicios que le ha prestado. "Deben estar

<sup>9</sup> Bibliothèque Nationale, "Personnes qui ont été détenues à la Bastille depuis l'année 1660 jusques et compris l'année 1754": nouvelles acquisitions françaises, ms. 1891, fo. 419. Por desgracia, las colecciones en la Bibliothèque de l'Arsenal no contienen informes de los espías en los cafés para esta época, por lo que es necesario apoyarse en los dossieres de los presos en la Bastilla. Por su propia naturaleza, estos dossieres contienen informes sobre charlas sediciosas más que sobre conversaciones cotidianas, por lo que la disparidad en la documentación vicia la comparación. Sin embargo, los *mauvais propos* registrados en la documentación de la Bastilla desde finales de la década de los cuarenta y la de los cincuenta del siglo xviii son mucho más extremos y numerosos que los de períodos anteriores.

locos en Francia", añadió, "para aguantar a..." Susurró el resto en el oído de una persona.<sup>10</sup>

Jean-Louis Leclerc, abogado del parlamento, hizo las siguientes observaciones en el Café Procope: que nunca ha habido peor rey; que la corte, los ministros y la puta de la Pompadour hacen que el rey haga cosas vergonzosas, las cuales desagradan profundamente al pueblo.<sup>11</sup>

No obstante la imperfección de las fuentes y las imprecisiones que circundan a la sola idea de la opinión pública, parece claro que a mediados del siglo xviii se desplomó el respeto del público por la monarquía. Se pueden localizar numerosas razones para este cambio: la humillación en los asuntos exteriores luego de la guerra o de la Sucesión de Austria, la crisis fiscal y la controversia sobre el impuesto *vingtième* y la agitación jansenista, la cual produjo una nueva ronda de fuertes conflictos entre la corona y los parlamentos. Buena parte del descontento se concentró en la vida privada del rey, la cual alimentó los "ruidos públicos" en el momento mismo en el que el rey perdió el contacto con el público y abandonó algunos de los rituales clave de la realeza. Después de 1738, cuando empezó a exhibir a su amante en la corte, Luis XV vio que era imposible, como adúltero declarado, confesarse y comulgar en Pascua con la tradicional pompa. Al no conservar los ritos de confesión y comunión, también abandonó el rito de tocar a la gente afectada de escrófula. Su altercado con la muerte en Metz en 1744 comportó un breve período de penitencia por sus notorios amoríos y un fugaz resurgimiento de su popularidad. Pero al rato Luis se metió con las hermanas de Nesle,

<sup>10</sup> *Ibid.*, fo. 427.

<sup>11</sup> *Ibid.*, fo. 431. Véase el dossier similar de Victor Hespergues, comerciante de madera: *ibid.*, fo. 489.



después con madame Pompadour y madame Du Barry, todas ellas tan odiadas por los parisinos que dejó de ir a París. En 1750 dejó de haber *entrées* ceremoniales a la ciudad, masas agraciadas con la presencia del rey, toque de enfermos en la Gran Galería del Louvre y confirmaciones de la protección de Dios para "el Hijo Mayor de la Iglesia" en Pascua. El rey había perdido el toque real y con él había perdido contacto con el pueblo llano de París.<sup>12</sup>

Las transformaciones en la actitud no se pueden fechar con precisión, tampoco se les pueden asignar causas exactas. Pero parece probable que un gran número de franceses —no los sofisticados de los salones sino los zapateros y los artesanos— sintiera que los pecados del rey habían suscitado la ira de Dios sobre su pueblo. Las malas cosechas y la derrota militar podían interpretarse como señales de la pérdida del favor de Dios. Y esto ocurrió en el momento en que una oleada de jansenismo popular cundió en las clases bajas de París y en las principales ciudades de provincia. Al perseguir a los jansenistas, Luis parecía estar haciendo la obra del demonio, o incluso actuar como Anticristo, un papel que los panfletos hugonotes le habían asignado a Luis XIV. Aunque la actitud del gobierno fue vacilante frente a la agitación jansenista, en términos generales estuvo del lado del arzobispo de París en su campaña para impedir que los jansenistas, a los que tenía por cripto protestantes, recibieran los últimos sacramentos en su lecho de muerte. En 1750 la mayoría de los franceses seguían adhiriendo a una variedad "barroca" de un catolicismo muy ritualizado. Para ellos el ritual en el lecho de muerte seguía siendo el momento más importante en la búsqueda de salvación. Con una "buena muerte" se podía reparar toda una vida de pecado. Sólo que Luis, él mismo un

<sup>12</sup> Para una relación académica de la vida privada de Luis, la cual ha dado motivo para una gran cantidad de historia popular coloreada de rosa, véase Michel Antoine, *Louis XV*, pp. 457-510.

pecador, parecía alejar esa posibilidad de sus súbditos más santos, los dirigentes jansenistas a quienes el pueblo reverenciaba. Era como si él se interpusiera entre ellos y sus sacramentos, condenando así sus almas al Purgatorio.<sup>13</sup>

En resumen: al entrometerse con lo sagrado, tanto en los ritos de la realeza como en los ritos personales, Luis XV parece haber roto las líneas de legitimidad que ataban al pueblo con la corona. El mismo monarca pudo haber hecho más para desacralizar a la monarquía que un *libelliste*. Y el daño ocurrió a mediados del siglo, al menos veinte años antes de la publicación de los libros más importantes que lo atacaban. ¿Quiere decir entonces que los *libellistes* tuvieron poco impacto en la opinión pública, que deben entenderse más como un efecto que como la causa del desafecto del público con la monarquía?

Pero al llegar aquí creo oportuno hacer una advertencia sobre el costal de trucos que los historiadores les hacen a los muertos. He empalmado unos informes policiales con un relato sobre el jansenismo popular, ordenando la cronología y añadiendo observaciones etnográficas de forma tal que los años inmediatos a 1750 aparezcan como un quiebre crucial en la historia de la monarquía francesa. Lo hice de buena fe. Pero lo que hice fue plantear un asunto, nada más que eso, y no puedo pretender conocer lo que hace que un sistema de valores se rompa. Es cierto que parece extravagante pensar que los franceses pudieron haber leído algu-

<sup>13</sup> Sobre la religiosidad barroca y los conflictos doctrinarios, véase Michel Vovelle, *Piété baroque et déchristianisation en Provence au XVIII<sup>e</sup> siècle*, París, 1973; y Jean Delumeau, *Le Catholicisme entre Luther et Voltaire*, París, 1971. Sobre el jansenismo —la corriente agustiniana austera dentro del catolicismo que se identifica con Cornelius Jansenius, obispo de Ypres— véase Edmond Préclin, *Les Jansénistes du XVIII<sup>e</sup> siècle et la constitution civile du clergé; le développement du richérisme, sa propagation dans le bas clergé, 1713-91*, París, 1929; René Tavenaux, *Jansénisme et politique*, París, 1965; y Dale Van Kley, *The Damians Affair and the Unraveling of the Ancien Régime*, Princeton, 1984.

nas de las picantes relaciones de las vidas privadas de los reyes y que luego, de pronto, como consecuencia de sus lecturas, perdieron la fe en su realeza. La destrucción de la fe tal vez suceda en un nivel más básico, ahí donde se encuentran los rituales sagrados, por un lado, y por otro los patrones de la conducta cotidiana.

Sin embargo, también parece exagerado sostener que algo, en este nivel visceral de la fe, se quebró hacia 1750, distanciando permanentemente al pueblo de su soberano. El sonido, el dolor de la herida no aparecen en los documentos. Puedo identificar un cambio de tono en los chismes de los cafés y percibir sus resonancias en algunos cuantos diarios de la época, ¿pero es eso suficiente para respaldar una afirmación mayor relativa al colapso de la legitimidad en un antiguo sistema político? Antes de 1750 es posible localizar una gran cantidad de charlas furiosas relativas a los reyes y a las reinas. Según Arlette Farge, experta en archivos policiales y en la historia de los pobres de París, las críticas a los soberanos se remontan a los primeros años del siglo xviii.<sup>14</sup> Yo sostendría que eso tuvo que ver en todas las explosiones políticas en la etapa temprana del París moderno: sobre todo en las grandes crisis de 1648-1652, 1614-1617 y 1588-1594, que en comparación hicieron ver como moderados los problemas de mediados del siglo xviii. En lugar de hablar de una escisión que cortó el apego del pueblo con la corona en 1750, me parece más razonable imaginar una serie de impactos y un proceso de erosión a largo plazo. La crisis en la mitad del siglo fue importante, pero también lo fueron los traumas anteriores y las grandes crisis de 1770-1774 y 1787-1788. En todas las coyunturas cruciales aparecieron *libelles* y *mauvais propos*, señalando fases en el surgimiento de la opinión pública como un ingrediente en el sistema político del Antiguo Régimen.

<sup>14</sup> Arlette Farge, *Dire et mal dire...*, op. cit., pp. 187-240.

¿Causa o efecto? ¿Denigración por vía oral o impresa? Las preguntas poseen una confusa cualidad "y/o". Los *libelles* y *mauvais propos* existieron simultáneamente, repitiéndose y reforzándose entre sí en su desarrollo en un amplio período. Ambos dieron forma y expresaron a la opinión pública conforme ésta también cambiaba de forma y reunía fuerza a lo largo de los siglos. Darle prioridad a un elemento por encima del otro es perderse en una discusión sobre el huevo y la gallina en busca de la causa original. De lo que se trata, tal y como yo lo veo, no es de determinar qué fue primero o qué causó qué, sino más bien entender la forma en la que todos los medios interactuaron en el proceso de la formación de la opinión pública.

"Los medios" traen a la mente ideas sobre la televisión, la radio y la prensa diaria. Francia no contaba con nada de esto —el primer diario francés, el *Journal de Paris*, se empezó a publicar en 1777, pero tenía muy poco de eso que reconocemos como "noticias"—, y sin embargo los franceses recibían una gran cantidad de información por medio de los sistemas de comunicación propios del Antiguo Régimen. La palabra se difundía por medio de los chismes, las canciones, las cartas, los impresos, los carteles, los libros, los panfletos, las gacetas manuscritas y los periódicos de todo tipo —las publicaciones extranjeras y la prensa oficial francesa controlada por la censura—. ¿Cómo es que estos medios de comunicación —orales, visuales, escritos e impresos— se insertan en la conciencia contemporánea, articulando y dirigiendo esa misteriosa fuerza llamada "opinión pública"? Nadie lo sabe. De hecho, nadie ha planteado alguna vez esta pregunta, pues rara vez se ha tomado en serio a la opinión pública como un ingrediente en la política del Antiguo Régimen. Cuando los historiadores han llegado a estudiarla, por lo general han tratado a la opinión pública como una idea que discutían los filósofos más que como una fuerza que le da forma a los acontecimientos. No soy



capaz de agotar el tema en lo que resta de este capítulo, pero me gustaría intentar despejar algo de la confusión que lo rodea discutiendo la importancia de la literatura de los libelos en la década de 1780.<sup>15</sup>

Ante esa literatura, los libros parecen haber tenido poca influencia en los acontecimientos. Según los estudios sobre la difusión, como *Les Origines intellectuelles de la Révolution française* de Mornet, los libros participaron en la formación de un clima de opinión –un perfil general o un conjunto de actitudes– que ofrece el telón de fondo de los acontecimientos. Los libros no determinan el rumbo de la opinión pública, la cual ocupa el primer plano y se puede estudiar mejor por medio de la consulta de panfletos, gacetas y chismes. Pero sigue siendo opaca la relación entre estos fenómenos. ¿Cómo es que un clima de opinión se convierte en opinión pública, o cómo es que el telón de fondo se conecta con el primer plano? No sólo por medio de la popularización en las publicaciones periódicas de las ideas desarrolladas en los libros. Las publicaciones periódicas transmiten novedades. Lo mismo hicieron los chismes de café y los gacetilleros clandestinos, dos variedades de *nouvelles* que difundían las noticias por los circuitos de comunicación orales y escritos. Para seguir el derrotero de la opinión pública es preciso consultar la obra de estos periodistas premodernos. Sólo que está condenado al desencanto aquel historiador que busque en estas fuentes las se-

<sup>15</sup> No quiero desmerecer la importancia de entender las ideas contemporáneas sobre la opinión pública, ni minimizar los aportes de las investigaciones sobre el periodismo y la actividad panfletaria. Para ejemplos de gran erudición sobre estos temas, véanse los trabajos ya citados de Keith Baker, Mona Ozouf, Jean Sgard, Pierre Rétat, Jack Censer y Jeremy Popkin. Lo que digo es que los estudiosos no han enfrentado el problema sobre la forma en que los diferentes medios activos en el peculiar sistema de comunicación del Antiguo Régimen, influyeron en efecto en la opinión pública y sobre la forma en la que la opinión pública influyó en los acontecimientos.

ñales de la inminente Revolución. Digamos que este historiador lee todos los informes policiales y todos los *mauvais propos* existentes –lamentablemente magros para la década de 1780–, todas las entregas del *Journal de Paris* –el tan censurado diario parisino–, todo el *Courrier de l'Europe* –una publicación francesa que salía dos veces por semana en Londres y Boulogne-sur-Mer y que el gobierno francés toleraba– y todas las entradas en las *Mémoires secrets pour servir à l'histoire de la république des lettres* –la versión impresa de una gaceta manuscrita muy prohibida–; se quedará con la impresión de que a los franceses no les interesaba nada fuera de los vuelos en globo, las milagrosas curas del doctor Mesmer y los rebeldes americanos. En los últimos años de la década de 1770 y a lo largo de la de 1780, la opinión pública parece haberse olvidado de la política doméstica. Es verdad que se enardeció durante los turbulentos ministerios de Turgot y Necker. Pero entre la caída de Necker (1781) y el período de la prerrevolución francesa (1787-1788), las noticias políticas desaparecieron prácticamente de todas las fuentes. Los franceses parecen haber caído en una curiosa calma antes de la tormenta. Y cuando al fin estalló la tormenta pareció que no venía de ningún lado: ni del “clima de opinión” producido por los libros ni de la opinión pública animada por las publicaciones periódicas y las charlas sediciosas.

Estas paradojas se ven menos intrigantes si se considera la naturaleza de las noticias. Se trata, creo, de una construcción cultural: no de lo que sucedió, sino de relatos sobre lo que sucedió, relatos que son obra de especialistas que comparten convenciones sobre lo que es un relato y sobre cómo debe contarse. Estas convenciones varían con el tiempo; de modo que las novedades de un siglo pueden parecer desconcertantes para los lectores de otro siglo y pueden diferir enormemente de los relatos retrospectivos que forman los historiadores. Sabemos poco de lo que volvía

atractivos los relatos para los lectores del siglo XVIII; pero fuera lo que fuera, quizás sea un error suponer que existe una divergencia muy grande entre las narraciones de los libros y las narraciones de las novedades. A fin de cuentas quizás los *libelles* valieran la pena por su información.

Es cierto que fueron noticia inmediatamente después de la muerte de Luis XV en 1774. En ese momento el público lector estaba ansioso por conocer la historia interna sobre los "secretos del rey" en el reinado anterior. Sólo que los secretos conformaban tan buenos relatos que siguieron fascinando a los franceses durante los siguientes quince años, contándose una y otra vez, en ocasiones bajo la forma de intercambios epistolares, a veces como informes de un espía inglés, o como lo que el mayordomo veía, o bien como memorias, biografía, *chronique scandaleuse* o historia contemporánea. La literatura del *libelle* continuó cambiando de forma y creciendo hasta formar un corpus de proporciones enormes y dominar la lista de los *best sellers* a lo largo de la década de 1780. De este modo, tal y como Lenoir lo observara, la denigración de Luis XV hizo más daño mucho después de su muerte. De hecho, ayudó a derrocar a Luis XVI.

Tal vez el interés en el sexo de la realeza siga siendo hoy tan fuerte que nos impide apreciar el atractivo de esta literatura, pero tenemos que entender la forma en la que funcionaba ese atractivo. Suponía tres estrategias retóricas básicas, cada una de las cuales tenía afinidades con el periodismo de la época. En primer lugar, como en la noción de que "los nombres hacen noticia", les ofreció a los lectores una picante sensación de familiaridad con "*les grands*". Los *libellistes* emplearon recursos que Bussy-Rabutin perfeccionó —las descripciones físicas precisas, los diálogos y los extractos de cartas— para crear la ilusión de estar presenciando la vida interna de la corte desde la perspectiva de un invisible *voyeur*. En segundo lugar, los *libellistes* cristali-

zaron los temas generales en anécdotas, las cuales parecían transmitir el sabor de la vida en los estratos superiores de la sociedad. Este material lo tomaron prestado de los chismes de café y de las viñetas de las gacetas clandestinas. De hecho, como ya vimos, las *Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry* interrumpían su relato con tanta frecuencia con citas de las gacetas y trascendidos de los *nouvellistes* que en ciertas partes se leen como una página de periódico. Pero sus anécdotas siempre ilustraban un punto general: la decadencia y el despotismo de Versalles.

En tercer lugar, a diferencia de los medios no impresos tales como los chismes y las hojas volantes de noticias, los *libelles* fijaron de manera permanente estos relatos en libros, volviéndolos accesibles a las múltiples lecturas de una multitud de lectores. Y a diferencia de otros medios impresos tales como el panfleto corto y la *chronique scandaleuse*, no sólo contaban breves anécdotas o las hilaban en una serie sin fin y sin forma. En su lugar, las trabajaron en narraciones complejas, ampliando y diversificando sus significados. En las *Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry*, las anécdotas caben en el interior de una versión procaz de la Cenicienta, que también se podía leer como una biografía política o como una historia contemporánea de Francia. Más aún, el relato era parte de un corpus completo de narraciones parecidas. En conjunto constituían un repertorio de relatos relacionados que empleaban a los mismos personajes (ministros malvados, cortesanos intrigantes, amantes libidinosas) en las mismas tramas (relatos de éxito sexual, de la miseria a la riqueza, *jeux de l'amour et du hasard*). Vista en su totalidad a lo largo de los siglos, esta literatura expresó lo que he llamado folclore político. Pero en algunos de sus segmentos, en ciertos *libelles* que se publicaron en el momento preciso, también pudo haber novedades: revelaciones de un escándalo hasta ahí insospechado en los resquicios secretos de Versalles.



Las novedades de esta naturaleza a duras penas eran novedades. Los esqueletos, una vez fuera del armario, eran prodigiosamente semejantes e ilustraban el mismo tema principal: a consecuencia del absolutismo del tiempo de Luis XIV, advino la decadencia y la monarquía degeneró en un despotismo. Pero el material era lo suficientemente atractivo como para capturar la atención del público lector durante los tranquilos años del reinado de Luis XVI, cuando las discusiones directas de los temas políticos eran relativamente poco llamativas. En la década de 1780 los mensajes políticos a menudo se dedicaron a temas ostensiblemente políticos como los asuntos exteriores, los casos espectaculares de la corte y los escándalos de la Bolsa. El que mejor les sirvió fue el de la vida privada de Luis XV, hasta que la catástrofe fiscal obligó al rey a emplazar a la Asamblea de Notables en 1787 y el Antiguo Régimen ingresó en la última y mayor de sus crisis. En ese momento, el enorme corpus de la literatura de *libelle* adquirió un nuevo significado, uno que quedó en los mismos acontecimientos.

Sin ánimo de relacionar los acontecimientos, me parece válido contrastar dos visiones generales de ellos: la que favorecen la mayor parte de los historiadores y la de la mayoría de los franceses que siguieron los acontecimientos conforme se iban dando. Desde que Albert Mathiez lanzó la idea en 1922, los historiadores por lo general inician sus relatos de la Revolución con una "revuelta aristocrática" que estalló en 1787. Esta idea concuerda con una visión general de la historia política del siglo XVIII que incita a enfrentar a una monarquía reformadora aliada con una burguesía naciente en contra de la reaccionaria nobleza protegida por los parlamentos. De esta forma, en el momento culminante de febrero de 1787, cuando el inspector general, Charles Alexandre de Calonne, le presentó a la Asamblea de Notables el progresivo plan fiscal que aliviaría los problemas financieros de la corona, los notables de la aristocracia se re-

belaron, obligaron a Calonne a renunciar y precipitaron la Revolución. Esta "pre Revolución" o primera fase de la Revolución general, duró hasta agosto de 1788, cuando el rey despidió al sucesor de Calonne, Loménie de Brienne, y convocó a los Estados Generales. Brienne había adoptado los ingredientes principales del programa de reformas de Calonne, en tanto que la oposición a tales reformas pasó de los notables a los parlamentos. En un esfuerzo desesperado por aplastar a los parlamentos, Brienne reorganizó todo el sistema judicial, repitiendo en esencia el "golpe" de Maupeou de 1771. Pero el público se negó a respaldarlo y la presión fiscal siguió siendo tan intensa que el rey finalmente se rindió a la aristocracia al convocar un cuerpo arcaico, los Estados Generales, que esperaban controlar los órdenes privilegiados.

Aunque algunos historiadores han desafiado esta perspectiva,<sup>16</sup> la gran mayoría la ha adoptado, ya sea que pertenezcan a la izquierda, como Mathiez, Georges Lefebvre, Albert Soboul y Michel Vovelle, o a la izquierda moderada o centroderecha, como Alfred Cobban, Robert Palmer, Crane Brinton y François Furet. La "revuelta aristocrática" les dio una interpretación que daba sentido al desarrollo entero de los primeros tiempos de la historia moderna de Francia, a la vez que les explicaba la causa inmediata y la primera etapa de la Revolución. También ayudó a acomodar los papeles que los individuos desempeñaron. Esta perspectiva hacía parecer como reaccionarios egoístas a los dirigentes

<sup>16</sup> El desafío fundamental, si bien silencioso, provino de Jean Egret, cuya obra aún no ha sido asimilada adecuadamente en las historias generales de la Revolución. Véase especialmente *La Pré-Révolution française (1787-1788)*, París, 1962. La reelaboración más amplia de la postura de Egret es la de William Doyle, *Origines of the French Revolution*, Oxford, 1980. Con el fin de aclarar mi postura, debo decir que he sido un no creyente de la "revuelta aristocrática", desde la primera vez que leí a Egret y traté de aplicar sus conjeturas en mi tesis doctoral, *Trends in Radical Propaganda on the Eve of the French Revolution (1782-1788)*.

de los notables y de los parlamentos y ubicaba a Calonne y a Brienne como reformadores progresistas. En una visión sumamente anacrónica, el programa de reformas llegó a aparecer como "el New Deal de Calonne".<sup>17</sup>

El mundo lucía completamente distinto para los franceses de la época. No se dieron cuenta de la "revuelta aristocrática" que supuestamente estalló en sus narices. Casi todos despreciaban a Calonne y aplaudieron la resistencia que le opusieron los notables. Cuando Brienne trató de incluir los impuestos de Calonne por medio de los parlamentos, el público tomó el partido de los parlamentos. Y salió a las calles cuando Brienne trató de destruir a los parlamentos. Los franceses comunes y corrientes no estaban necesariamente con la causa parlamentaria, pero no querían pagar más impuestos. En lugar de ver el programa de los ministros como una guerra en contra de los privilegios fiscales, lo entendieron como despotismo ministerial. Calonne y Brienne parecían repetir las maniobras autoritarias de Maupeou y 1787-1788 pareció la repetición de 1771-1774 o hasta de la Fronda.

Nunca la versión que tienen los historiadores de los hechos y la percepción que de ellos se tuvo en su momento se han alejado tanto. Esta disparidad se puede explicar de diversas formas, pero a fin de cuentas desemboca en un dilema: o bien los historiadores han interpretado mal las causas de la Revolución, o la gente de la época padecía un severo problema de falsa conciencia. De mi parte, creo que los historiadores se equivocan, no sólo porque apenas ven algo más que un interés de clase en la postura que asumieron los notables y los parlamentos, sino porque no consideran lo que la gente de la época veía, esto es, no toman suficientemente en cuenta a la opinión pública. La idea que

<sup>17</sup> Wilma J. Pugh, "Calonne's New Deal", en *Journal of Modern History*, t. IX, 1939, pp. 289-312.

entonces se tenía de los hechos era tan importante como los hechos mismos; de hecho, es inseparable de ellos. Esa idea les dio significado y al hacerlo determinó el modo en el que la gente tomó partido cuando se originó una situación en verdad revolucionaria.

Hemos vuelto al punto del que partimos con los problemas relativos a la determinación de la opinión pública, al análisis del discurso y al desarrollo de una historia del significado.

Entiendo, desde luego, que pude haber creado un falso dilema que se puede resolver con facilidad ubicando la dificultad en un sitio diferente: no en los historiadores, sino en mí. ¿Cómo me atrevo yo, un mero historiador, a hablar en nombre de la conciencia de los franceses que murieron hace dos siglos? Para defender mi postura, tendré que repasar la "pre Revolución" hecho por hecho, mostrando lo que pasó y la forma en la que los contemporáneos les dieron sentido a esos hechos. Ése es el tema de otro libro. Aquí sólo puedo confesar que el argumento queda sin demostrar, aunque he leído las suficientes evidencias (todos los panfletos publicados entre febrero de 1787 y agosto de 1788 en la *Bibliothèque National* y en la *British Library*) para estar convencido de su exactitud. Si planteo aquí el tema es porque tiene que ver con el problema general de evaluar el impacto de la literatura prohibida.

Para 1787, el público lector se encontraba saturado de todo tipo de libros ilícitos, los cuales atacaban los valores ortodoxos del Antiguo Régimen en todos los frentes. Pero los *libelles* políticos tuvieron una resonancia particular toda vez que acomodaron los acontecimientos de 1787-1788 de manera especial. Al estallar la crisis, se trazaron límites y la gente tomó partido: la gente informada, esto es, el "público" que constituía la opinión pública. En abril de 1787 todo el mundo en este amplio segmento de la sociedad se sintió obligado a tomar partido en pro o en contra de Calonne. En



julio de 1788 todo el mundo se manifestó en pro o en contra de los parlamentos. Vista desde la literatura histórica, la situación luce espantosamente compleja; y claro que lo era: una desquiciante mezcla de elevadas expectativas y de elevados precios del pan, de miseria entre los pobres y de quiebra entre los ricos, de procesos impenetrables de parte de los burocratas reales y de vejaciones desmedidas de parte de los recolectores fiscales semipúblicos, semiprivados, todo esto dirigido ostensiblemente por un gobierno tan mermado por los intereses establecidos y los privilegios especiales que si a duras penas se puede ubicar al poder, mucho menos a quien estaba al mando. Mientras más sabemos sobre el Antiguo Régimen, más inescrutable parece. Pero al tomar en cuenta a la opinión pública, lo cual complica aún más las cosas al añadirles otra dimensión, yo llevaría la discusión hacia el rumbo contrario: de la complicación a la simplificación.

En lugar de fraccionar los temas en cientos de fragmentos, los panfletos de 1787-1788 los simplificaron. Presentaron la situación como una elección radical: en favor o en contra del gobierno, en favor o en contra de los parlamentos. Ellos provocaron los desafíos; ellos ayudaron a polarizar a la opinión pública; y también la expresaron, pues la formación de la opinión pública y la agitación de los panfletistas se apoyaron mutuamente, funcionando a la vez como causa y como efecto. Las complejidades de la reforma fiscal a duras penas aparecen en los panfletos. Rara vez se planteó el enfadoso tema de los privilegios, al menos no antes de que la convocatoria a los Estados Generales transformara la situación al plantear la pregunta sobre quién dominaría el nuevo orden constitucional. En lugar de analizar estos asuntos, los panfletos acumularon los escarnios sobre el gobierno. Desde luego que Calonne y Brienne tuvieron sus defensores, los cuales produjeron la propaganda del lado del gobierno. Pero la gran mayoría de la literatura panfletaria —así como buena parte de los *propos* y “ruidos públicos” que

se pueden rastrear en las fuentes manuscritas— redujeron los asuntos a un solo tema: el despotismo.

O más exactamente, el despotismo ministerial. Poco panfletos atacaban a Luis XVI. Luego del *Affair* del Collar de Diamantes, apareció más como un objeto de burla que como una amenaza a la vida y a la libertad. En cambio, los panfletos destruyeron a Calonne y Brienne, haciéndolos ver como monstruosos, depravados, corruptos y dispuestos a encerrar en la Bastilla a cualquier ciudadano honesto. Fue tal la cantidad de abusos que se apilaron sobre Calonne que recibieron un nombre genérico: “Calonniana”, la contraparte de la “Maupeouana” de la década de 1770. También los panfletos eran *libelles*: más breves, más incisivos, versiones más al día de los relatos que durante los quince años anteriores circularon en forma de libro.

Fue así como la literatura de *libelle* del final del reinado de Luis XV se volvió pertinentemente devastadora al final del reinado de Luis XVI. Al suministrar un marco general para un surtido fresco de anécdotas y *propos*, encajaba con los acontecimientos de 1787-1788. Ayudó en ese momento a las personas a darles sentido a las cosas ofreciéndoles una narración maestra, la cual se remontaba muy atrás, por encima de Luis XVI y Luis XV, hasta llegar a Luis XIV, Mazarino, María de Médicis y Enrique III. Un género literario había pasado del oscuro torneo verbal en la corte renacentista a todo un corpus de libros que eran *best sellers*. Al crecer, ofreció un comentario paralelo a más de dos siglos de historia política. Asimiló nuevos materiales y nuevas técnicas retóricas en un cuerpo de relatos, un folclore político, organizado alrededor de un tema central con una sola moraleja: la monarquía ha degenerado en despotismo. En lugar de dar un espacio para la discusión seria de los asuntos del Estado, esta literatura canceló el debate, polarizó las opiniones y aisló al gobierno. Operó sobre el principio de la simplificación radical, una táctica eficaz en momentos de

crisis, cuando los desafíos obligaron al público a tomar partido y a ver los temas como absolutos: y/o, negro o blanco, ellos o nosotros. Que la Bastilla estuviera casi vacía y que Luis XVI deseara el bienestar de sus súbditos no importó en 1787 y 1788. El régimen estaba condenado. Había perdido el último *round* en la larga pelea por controlar a la opinión pública. Había perdido su legitimidad.

#### CUARTA PARTE\*

### “LIBROS FILOSÓFICOS” BREVE ANTOLOGÍA

\* Los fragmentos de las tres obras que componen esta antología fueron traducidos desde los originales en francés utilizados por Robert Darnton. Las aclaraciones entre corchetes pertenecen al autor. [N. del E.]



THÉRÈSE FILÓSOFA, O MEMORIAS  
PARA SERVIR A LA HISTORIA DEL PADRE  
DIRRAG Y DE MADEMOISELLE ERADICE

*Thérèse philosophe, ou mémoires pour servir  
à l'histoire du P. Dirrag et de Mlle Eradice*

[No hay datos de fecha ni lugar de publicación de esta obra, probablemente fue publicada en 1748 y escrita por Jean-Baptiste de Boyer, marqués d'Argens.]

¿QUÉ, SEÑOR? ¿En serio queréis que escriba mi historia, deseáis que os describa las escenas místicas de mademoiselle Eradice con el reverendísimo Padre Dirrag, que os informe sobre las aventuras de madame C. con el abate T.? ¿Pedís esto a una muchacha que nunca antes ha escrito una descripción ordenada y detallada? ¿Deseáis un cuadro donde las escenas que os he relatado o aquellas en las que he participado no pierdan nada de su lascivia y que los razonamientos metafísicos conserven toda su energía? En verdad, querido conde, esto me parece superior a mis fuerzas. Por lo demás, Eradice ha sido mi amiga, el Padre Dirrag fue mi director espiritual, tengo motivos de gratitud a madame C. y al abate T. ¿Habré de traicionar la confianza de personas para con las que estoy muy obligada, puesto que fueron las acciones de unos y las prudentes reflexiones de los otros las que me abrieron de a poco los ojos sobre los prejuicios de mi juventud? Pero, decís, si el ejemplo y la reflexión causaron mi felicidad, ¿por qué no tratar de contribuir a la felicidad de los demás por el mismo camino, a través del ejemplo y la reflexión? ¿Por qué temer escribir verdades útiles para el bien de la sociedad? Pues bien, mi querido benefactor, no me opon-

dré más: escribiré, mi ingenuidad suplirá al estilo pulido ante las personas que piensan, y poco me preocupan los tontos. No, vos no sufriréis jamás una negativa de vuestra querida Thérèse, veréis todos los repliegues de su corazón desde la más tierna infancia, su alma entera se revelará en los detalles de las pequeñas aventuras que la han llevado, como a pesar de sí misma, paso a paso, hasta el colmo del placer.

[...]

APÓSTROFE A LOS TEÓLOGOS  
SOBRE LA LIBERTAD DEL HOMBRE

Responded, teólogos astutos o ignorantes, que inventáis nuestros crímenes a vuestro capricho: ¿quién puso dentro mío las dos pasiones que en mí combatían, *el amor de Dios y el amor del placer carnal*? ¿La naturaleza o el diablo? Elegid. Pero, ¿osaríais afirmar que la una o el otro sean más poderosos que Dios? Si le están subordinados, es Dios quien ha permitido que estas pasiones existiesen en mí; son obra suya. Pero, replicaréis, Dios os ha dado la razón para iluminaros. Sí, pero no para determinar mi voluntad. La razón por cierto me había hecho percibir las dos pasiones que me movían; gracias a ella deduje luego que, proviniendo todo de Dios esas pasiones me venían de Él con todas sus fuerzas. Pero esta misma razón que me iluminaba no me llevaba a elegir. Como Dios, sin embargo –seguiréis vosotros–, os ha dejado ser dueña de vuestra voluntad, erais libre de decidiros por el bien o por el mal. Puro juego de palabras. Esta voluntad y esta pretendida libertad no tienen fuerza propia, no obran sino siguiendo la fuerza de las pasiones y de los apetitos que nos solicitan. Por ejemplo: yo sería libre aparentemente de matarme, de arrojarme por la ventana. En modo alguno: como las ganas de vivir son más fuertes en mí que las ganas de morir, jamás me mataré. Cierta per-

sona, diréis, es sin duda dueña de dar a los pobres, a su indulgente confesor, los cien luises de oro que tiene en su bolsillo. No lo es: como el deseo que tiene de conservar su dinero es más fuerte que el de obtener una absolución inútil de sus pecados, guardará por supuesto su dinero. En fin, cada uno puede demostrarse a sí mismo que la razón sólo sirve para dar a conocer al hombre cuál es el grado de deseo que tiene de hacer o de evitar algo, junto con el placer y el disgusto que resultará de ello. De este conocimiento adquirido por la razón resulta lo que llamamos *la voluntad y la determinación*. Pero esta voluntad y esta determinación están tan perfectamente sometidas a la intensidad de la pasión y el deseo que nos mueve como un peso de dos libras lo está a uno de cuatro en el otro plato de la balanza.

Sin embargo, me dirá algún razonador que sólo percibe lo exterior, ¿no soy libre de beber en mi cena una botella de vino borgoña o de champaña?, ¿no soy dueño de elegir para mi paseo la *grande allée* de las Tullerías o la terraza de los *Feuillants*?

Convengo en que en todos los casos en que el alma es completamente indiferente a su destino, que cuando los deseos de hacer una cosa u otra están perfectamente balanceados, en equilibrio exacto, no podemos percibir esta falta de libertad: es una visión lejana en la que no discernimos los objetos. Pero si nos acercamos un poco a ellos, percibiremos enseguida y claramente el mecanismo de las acciones de nuestra vida, y tan pronto conozcamos una las conoceremos a todas, puesto que la naturaleza obra por un mismo principio.

Nuestro interlocutor se sienta a la mesa; le sirven ostras: este plato lo determina a elegir la champaña. Pero, se dirá, él era libre de elegir el borgoña. Yo afirmo que no: es cierto que otro motivo, otro deseo más poderoso que el primero podía determinarlo a beber este último vino. Pues bien, en este caso, este último deseo habría constreñido igualmente su pretendida libertad.



La misma persona, entrando en las Tullerías ve una bella conocida en la terraza de los *Feuillants*: se decide a alcanzarla a menos que otra razón de interés o de placer lo conduzca a la *grande allée*. Pero, sea cual fuere la dirección elegida, siempre habrá una razón, un deseo que lo decidirá invenciblemente a tomar el partido que reflejará su voluntad.

Para admitir que el hombre es libre debe suponerse que se determina por sí mismo. Pero si está determinado por los grados de pasión con que lo afectan la naturaleza y las sensaciones, no es libre; un grado de deseo más o menos vivo lo decide de manera tan inexorable como un peso de cuatro libras superará al de tres. Pregunto además a mi interlocutor qué le impide pensar como yo sobre el tema tratado y por qué no puedo yo decidirme a pensar como él sobre este mismo asunto. Me contestará sin duda que sus ideas, sus nociones, sus sensaciones, lo obligan a pensar como lo hace. Pero, según esta reflexión, que le demuestra a sí mismo que no es dueño de tener la voluntad de pensar como yo, ni yo de pensar como él, debe convenir en que no somos libres de pensar de un modo u otro. Ahora, si no somos libres de pensar, ¿cómo seríamos libres de obrar pues el pensamiento es su causa y la acción sólo su efecto? Y, ¿puede un efecto *libre* resultar de una causa que *no es libre*? Allí hay una contradicción.

Para convencernos finalmente de esta verdad ayudémonos con la luz de la experiencia. Gregorio, Damon y Filinto son tres hermanos criados por los mismos maestros hasta los veinticinco años. Nunca se han separado, han recibido la misma educación, las mismas lecciones de moral, de religión. Sin embargo, Gregorio gusta del vino, Damon de las mujeres, y Filinto es devoto. ¿Quién ha determinado las tres diferentes voluntades de estos tres hermanos? No puede ser lo aprendido, ni el conocimiento del bien y del mal moral pues han recibido los mismos preceptos de los mismos maestros. Cada uno de ellos tenía entonces en sí diferentes principios, diferentes pasiones que han determinado sus di-

ferentes voluntades, a pesar de la uniformidad de los conocimientos adquiridos. Es más: Gregorio, que gustaba del vino, era la persona más digna, más sociable, el mejor amigo cuando estaba sobrio, pero al beber este licor encantador se volvía malediciente, calumniador, peleador; habría cortado el cuello de su mejor amigo por placer. Ahora, ¿era Gregorio dueño de este cambio de voluntad que de pronto se producía en él? No, ciertamente, porque estando sobrio detestaba los actos que había sido forzado a cometer bebido. Algunos tontos, sin embargo, admiraban el espíritu de continencia en Gregorio, que no gustaba de las mujeres, la sobriedad de Damon, que no gustaba del vino, y la piedad de Filinto, que no gustaba ni de las mujeres ni del vino pero que obtenía un placer igual que el de los primeros en su gusto de la devoción. Así la mayoría de los hombres se engañan con la idea que tienen del vicio y de las virtudes humanas.

Concluamos. La composición de los órganos, las disposiciones de las fibras, un cierto movimiento de los fluidos, determinan el tipo de pasiones, los grados de fuerza con que nos mueven, constriñen a la razón, determinan la voluntad en las acciones más pequeñas como en las más grandes de nuestra vida. Eso es lo que hace al hombre apasionado, sensato, loco. El loco no es menos libre que los dos primeros pues obra por los mismos principios: la naturaleza es uniforme. Suponer que el hombre es libre y que se determina por sí mismo es igualarlo a Dios.

THÉRÈSE DEJA SU CONVENTO A LA EDAD DE 23 AÑOS,  
AL BORDE DE LA MUERTE POR LOS ESFUERZOS QUE HA HECHO  
ALLÍ PARA RESISTIR A SU TEMPERAMENTO

Volvamos a lo que me concierne. Dije que a los 23 años mi madre me sacó casi al borde de la muerte del convento en que estaba. Toda mi máquina [esto es, cuerpo] languidecía,

mi color era amarillo, mis labios lívidos, parecía un esqueleto vivo. La devoción iba al fin a volverme homicida de mí misma cuando retorné a casa de mi madre. Un hábil médico enviado por ella al convento había reconocido enseguida la causa de mi enfermedad: el líquido divino, que nos procura el único placer físico, el único que se prueba sin amargor, este líquido, digo, cuyo flujo es tan necesario a ciertos temperamentos como el que producen los alimentos que nos nutren, había fluido fuera de los conductos propios hacia otros extraños, lo que había desordenado toda la máquina.

Se aconsejó a mi madre buscarme un marido como único remedio que pudiera salvar mi vida. Ella me habló de esto con delicadeza. Mas, encaprichada como estaba en mis prejuicios, le respondí sin vueltas que quería antes morir que disgustar a Dios aceptando un estado tan despreciable que Él sólo podría tolerar por su gran bondad. Todo lo que ella pudo decirme no me afectó en nada, la naturaleza debilitada no me dejaba ya ningún tipo de deseos por este mundo; únicamente aspiraba a la felicidad que se me había prometido en el otro.

ELLA SE PONE BAJO LA DIRECCIÓN DEL PADRE DIRRAG  
EN VOLNOT Y SE CONVIERTE EN AMIGA Y CONFIDENTE  
DE MADEMOISELLE ERADICE

Continuaba pues mis ejercicios piadosos con todo el fervor imaginable. Me habían hablado mucho del famoso padre Dirrag: quería verlo. Se convirtió en mi director espiritual y mademoiselle Eradice, su discípula más afectuosa fue pronto mi mejor amiga.

¿Vos conocéis, querido conde, la historia de estos dos célebres personajes. No os repetiré todo lo que el público conoce y dice de ellos. Pero un rasgo singular, del que fui testigo, podrá divertirlos y ayudar a convencerlos de que

aunque es verdad que mademoiselle Eradice se entregó al fin con conocimiento de causa a los abrazos de este hipócrita, no es menos cierto que ella permaneció durante mucho tiempo engañada por su santa lubricidad.

Mademoiselle Eradice había concebido una amistad muy cariñosa por mí, me confiaba sus pensamientos más secretos; la coincidencia de carácter, de hábitos, de religiosidad, incluso quizá de temperamento que existía entre nosotras nos volvía inseparables. Siendo ambas virtuosas, nuestra pasión dominante era adquirir la reputación de santidad con unos descos desmedidos de llegar a hacer milagros. Esta pasión la dominaba tan poderosamente que ella habría sufrido con una constancia digna de los mártires todos los tormentos imaginables si se la hubiera persuadido de que podrían hacerle resucitar a un segundo Lázaro. Y el padre Dirrag tenía sobre todo el talento de hacerle creer todo lo que él quería.

Eradice me había dicho varias veces con una cierta vanidad que este padre sólo se comunicaba por entero con ella sola; que en las conversaciones particulares que mantenían a menudo en casa de ella él había asegurado que a ella apenas le quedaban algunos pasos para alcanzar la santidad, que Dios se lo había revelado de este modo en un sueño por el que había sabido claramente que ella estaba en la víspera de obrar los milagros más grandes si seguía dejándose conducir por los grados de virtud y de mortificación necesarios.

Los celos y la envidia existen en todas las categorías humanas, la de las devotas es quizá la más susceptible a ellos.

Eradice se dio cuenta de que yo estaba celosa de su felicidad y que incluso yo no parecía creer lo que me contaba. En efecto, le mostré tanta mayor sorpresa acerca de lo que me informaba de sus conversaciones particulares con el padre Dirrag porque él siempre había eludido mantenerlas conmigo en casa de una de sus penitentes, amiga mía, que, como Eradice, estaba estigmatizada. Sin duda, mi triste fi-



gura y mi pálido color no habían parecido al reverendo padre un manjar capaz de excitar el apetito necesario para sus labores espirituales. Yo estaba obstinada en seguir compitiendo. ¡Ningún estigma! ¡Ninguna conversación particular conmigo! Mi enojo se mostró; simulé no creer nada. Eradice, conmovida, me ofreció hacerme al día siguiente testigo ocular de su felicidad: "Verás", me dijo con fervor, "cuál es el poder de mis ejercicios espirituales, y por qué grados de penitencia el buen padre me lleva a ser una gran santa. Y no dudarás de los éxtasis, de los arrobos que son una consecuencia de estos ejercicios. Que mi ejemplo, querida Thérèse", añadió más calma, "pueda producir en ti, como primer milagro, la fuerza de desprender del todo tu alma de la materia, por la gran virtud de la meditación, para fijarla sólo en Dios!"

MADemoiselle ERADICE ENCIERRA A THÉRÈSE  
EN UN GABINETE, DESDE DONDE PUEDE VERSE SU HABITACIÓN,  
PARA HACERLA TESTIGO OCULAR DE SUS EJERCICIOS  
CON EL REVERENDO PADRE DIRRAG

Fui al día siguiente a las cinco a casa de Eradice, como habíamos convenido. La encontré rezando con un libro en sus manos.

"El santo hombre va a venir" me dijo, "y Dios con él. Escóndete en este gabinete desde donde podrás oír y ver hasta dónde la bondad divina acepta extenderse a favor de su vil criatura a través de los cuidados piadosos de nuestro director espiritual". Un instante después, tocaron suavemente la puerta. Me escondí en el gabinete, cuya llave tomó Eradice. Un agujero ancho como una mano en la puerta del gabinete, que estaba cubierto por un viejo tapiz bergamasco muy transparente, me permitía ver libremente la habitación entera sin riesgos de ser advertida.

EL PADRE DIRRAG EXAMINA EL ESTIGMA UBICADO  
BAJO EL PECHO DERECHO DE ERADICE

El buen padre entró: "¡Buen día, querida hermana en Dios!" dijo a Eradice. "Que el Espíritu Santo y san Francisco estén con vos!"

Ella quiso arrojarse a sus pies, pero él la hizo alzarse y sentarse a su lado. "Es necesario", dijo el santo hombre, "que os repita los principios por los que habéis de conducir en todas las acciones de vuestra vida. Mas habládme antes de vuestros estigmas. El que tenéis en el pecho, ¿está siempre igual? Veamos un poco".

Eradice comenzó a descubrir el pecho izquierdo, bajo el cual estaba el estigma.

"¡Ah, hermana mía! Deteneos", le dijo el padre, "deteneos: cubrid vuestro seno con este pañuelo" (y se lo tendió). "Cosas semejantes no están hechas para un miembro de nuestra sociedad: bastará que vea la llaga que san Francisco ha impreso allí. ¡Ah! Todavía sigue. Bueno, estoy contento: san Francisco os ama siempre, la llaga es roja y pura. He pensado traer conmigo el santo pedazo de su cordón; necesitaremos de él en nuestros ejercicios."

DEMOSTRACIÓN FÍSICA DEL PADRE DIRRAG PARA CONVENCER  
A ERADICE DE SOPORTAR LA FUSTIGACIÓN SIN QUEJARSE

"Ya os dije, hermana", continuó el padre, "que os he distinguido entre todas mis penitentes, vuestras compañeras, pues veo que Dios os distingue él mismo entre su rebaño santo, como el sol es distinguido entre la luna y los demás planetas. Es por esta razón que no he temido revelaros sus misterios más escondidos. Os lo dije, querida hermana, olvidaos de vos misma y entregaos. Dios sólo quiere de los hombres el corazón y el espíritu. Es olvidando el cuerpo

que se llega a la unión con Dios, a convertirse en santo, a obrar milagros. No puedo ocultaros, mi angelito, que en nuestro último ejercicio advertí que vuestro espíritu todavía se ligaba a la carne. ¡Cómo! ¿No podéis imitar en parte a aquellos bienaventurados mártires que fueron flagelados, atenazados, asados, sin sufrir el menor dolor pues su imaginación estaba de tal modo ocupada en la gloria de Dios que no había en ellos ninguna partícula de su espíritu que no se consagrara a esa tarea? Es un mecanismo seguro, hija querida, nosotros sentimos, y únicamente tenemos idea del bien y del mal físicos, como del bien y del mal moral, a través de los sentidos. Cuando tocamos, oímos, vemos, etc., un objeto, partículas de espíritu corren por las pequeñas cavidades de los nervios que van a alertar al alma. Si tenéis suficiente fervor para reunir, con la fuerza de la meditación sobre el amor que debéis a Dios, todas las partículas de espíritu que están en vos, aplicándolas todas a este objeto, es seguro que no quedará nada de ellas para advertir al alma sobre los golpes que vuestra carne reciba: no los sentiréis. Considerad al cazador: la imaginación, llena del placer de perseguir su presa, no siente las zarzas ni las espinas que lo desgarran atravesando los bosques. Más débil que él, y con un objeto mil veces más interesante, ¿sentiréis los débiles golpes disciplinares si vuestra alma está ocupada por completo en la felicidad que os aguarda? Tal es la piedra de toque que nos conduce a hacer milagros, tal debe ser el estado de perfección que nos une a Dios".

EL PADRE ANUNCIA A ERADICE QUE LE HARÁ GOZAR  
UN TORRENTE DE DELICIAS POR MEDIO DE UN PEDAZO  
DE CORDÓN DE SAN FRANCISCO QUE ÉL POSEE

"Comenzaremos, hija querida", prosiguió el padre, "cumplid bien vuestro deber y estad segura de que con ayuda del

cordón de san Francisco y de vuestra meditación, este piadoso ejercicio terminará con un torrente de delicias inexpressables. Arrodillaos, hija mía, y descubrid esas partes de la carne que son motivo de la cólera divina: la mortificación que experimentarán unirá vuestro espíritu a Él. Os lo repito: olvidaos de vos misma y entregaos".

ERADICE DESCUBRE SUS NALGAS PARA RECIBIR  
LA DISCIPLINA DEL PADRE DIRRAG

Mademoiselle Eradice obedeció de inmediato sin replicar. Se arrodilló en un reclinatorio con un libro ante sí. Luego, levantando sus faldas y su camisa hasta la cintura, dejó ver dos nalgas blancas como la nieve que formaban un óvalo perfecto, sostenidas por dos muslos de admirable proporción.

"Levantaos más la camisa", le dijo el padre, "no está bien... Hasta ahí. Está bien. Unid ahora vuestras manos y elevad vuestra alma a Dios, llenad vuestro espíritu con la idea de la felicidad eterna que os está prometida". Entonces el padre acercó un taburete sobre el que se arrodilló detrás de ella, un poco al costado. Bajo su hábito, que levantó y sujetó en su cinturón, había un gran manojo de largas varas que ofreció para que su penitente las besara.

EL PADRE DIRRAG LA FLAGELA  
RECITANDO ALGUNOS VERSÍCULOS

Atenta al desarrollo de esta escena, yo estaba llena de un santo horror, sentía un cierto estremecimiento que no puedo describir. Eradice callaba. El padre recorría con los ojos encendidos las nalgas que completamente se presentaban a su vista y mientras las miraba fijo le oí decir en voz baja con admiración:



"¡Ah! ¡Qué seno hermoso, qué pechos encantadores!". Luego se inclinaba y se erguía a intervalos murmurando algunos versículos. Nada escapaba a su lubricidad. Tras algunos minutos preguntó a su penitente si su alma había entrado en contemplación.

"Sí, reverendísimo padre", le dijo ella. "Siento que mi espíritu se separa de la carne y os suplico comenzar la santa operación."

"Eso basta", respondió el padre, "vuestro espíritu va a estar contento". Recitó aún algunas oraciones, y la ceremonia comenzó con tres golpes de varas que le aplicó muy ligeramente sobre el trasero. Estos tres golpes fueron seguidos por un versículo que recitó y por otros tres golpes más de varas un poco más fuertes que los primeros.

#### SACA EL SUPUESTO CORDÓN DE SAN FRANCISCO

Tras cinco o seis versículos recitados e interrumpidos por esta suerte de diversión, ¡cuál no fue mi sorpresa cuando vi al padre Dirrag desabotonando sus calzones y dar libre vuelo a una saeta encendida, semejante a esa serpiente fatal que me había procurado los reproches de mi antiguo confesor! Este monstruo había adquirido el largo, el grosor y la firmeza que el capuchino había anunciado; me hacía estremecer. Su cabeza rojiza parecía amenazar las nalgas de Eradice que se habían vuelto de un bello encarnado. El rostro del padre estaba totalmente encendido.

"Debéis estar ahora", dijo él, "en el estado más perfecto de contemplación: vuestra alma debe permanecer separada de los sentidos. Si mi hija no engaña a mis santas esperanzas, ella ya no ve más, no oye, no siente".

En ese momento, este verdugo aplicó una lluvia de golpes sobre todas las partes del cuerpo de Eradice que estaban descubiertas. Mientras, ella no decía una palabra, pare-

cía inmóvil, insensible a estos golpes terribles, y yo sólo distinguía en ella el movimiento convulsivo de sus dos nalgas que se cerraban y se abrían a cada momento.

"Estoy contento de vos", le dijo el padre tras un cuarto de hora de esta cruel disciplina, "es tiempo de que empecéis a gozar del fruto de vuestros santos trabajos. No me escuchéis, hija, mas dejad que os guíe. Prosternad vuestro rostro en el suelo, con el venerable cordón de san Francisco voy a sacar todo lo que queda de impuro dentro de vos".

El buen padre la colocó en una actitud, humillante en verdad, pero también muy cómoda para sus intenciones. Nunca había tenido un espectáculo más bello: sus nalgas estaban entreabiertas y mostraban por completo la doble ruta de los placeres.

Tras un instante de contemplación por parte del hipócrita, humedeció con saliva lo que denominaba el cordón y, profiriendo algunas palabras en un tono que parecía el del exorcismo de un sacerdote que se esfuerza en expulsar al diablo del cuerpo de un endemoniado, Su Reverencia comenzó su introducción.

Yo estaba ubicada de manera que no perdía la menor circunstancia de esta escena: las ventanas de la habitación donde se desarrollaba estaban enfrentadas a la puerta del gabinete en el que me encontraba encerrada. Eradice estaba de rodillas en el suelo, los brazos cruzados sobre el escalón de su reclinatorio y la cabeza apoyada sobre los brazos. Su camisa cuidadosamente levantada hasta la cintura me dejaba ver, a medio perfil, las nalgas y unas caderas admirables.

EL PADRE ESTÁ CONFUNDIDO POR LA ELECCIÓN ENTRE LOS DOS ORIFICIOS QUE ERADICE LE PRESENTA. LA PRUDENCIA, IMPONIÉNDOSE SOBRE SU PREDILECCIÓN, LO HACE DECIDIRSE

Esta lujuriosa visión fijaba la atención del reverendo padre que se había arrodillado él mismo, las piernas de su peni-

tente entre las suyas, sus calzones bajos, su terrible cordón en la mano, murmurando algunas palabras mal articuladas. Permaneció durante unos instantes en esta edificante actitud, recorriendo el altar con miradas encendidas, y al parecer indeciso sobre la naturaleza del sacrificio que iba a ofrecer. Dos orificios se le presentaban y los devoraba con los ojos, confundido ante la elección: uno era un delicioso bocado para un hombre de su profesión, pero él había prometido placer y el éxtasis a su penitente. ¿Qué hacer? Osó dirigir varias veces la cabeza de su instrumento hacia la puerta favorita, a la que golpeaba ligeramente. Pero al final la prudencia se impuso sobre la predilección.

#### LA PENETRA. DESCRIPCIÓN EXACTA

##### DE SUS MOVIMIENTOS, SUS ACTITUDES, ETCÉTERA

Seamos justos: vi claramente el enrojecido miembro de Su Reverencia tomar el camino canónico tras abrir con delicadeza los labios bermejos con el pulgar y el índice de cada mano. La tarea comenzó con tres vigorosas sacudidas que hicieron entrar casi la mitad. Entonces, de pronto, la aparente tranquilidad del padre se transformó en una especie de furor. ¡Qué fisonomía! ¡Ah, Dios! Figuraos un sátiro, con los labios llenos de espuma, la boca abierta, por momentos rechinando los dientes, resoplando como un toro que muge. Las aletas de la nariz estaban hinchadas y agitadas, mantenía sus manos levantadas en el aire a cierta distancia del trasero de Eradice; se veía que no osaba apoyarse en él. Sus dedos separados se agitaban y parecían las patas de un capón asado. Su cabeza se inclinaba y sus ojos brillaban fijos en el trabajo de su clavija maestra, cuyas idas y venidas acompañaba de manera que en el movimiento hacia atrás no saliera de su vaina y que en el movimiento de impulsión su vientre no se apoyara en las nalgas de la penitente, la cual, reflexio-

nando podría adivinar el origen del supuesto cordón. ¡Qué presencia de ánimo! Vi que casi el largo de una pulgada del santo instrumento se mantenía siempre afuera y no participaba de la fiesta. Vi que cada vez que el trasero del padre retrocedía, el cordón se retiraba de su guarida hasta la cabeza, los labios de Eradice se entreabrían y se mostraban de un encarnado tan vivo que encantaba verlos. Vi también que cuando el padre con un movimiento opuesto empujaba estos mismos labios de los que sólo se veía entonces el vello negro que los cubría, apretaban la flecha tan estrechamente que parecía como tragada por ellos, tanto que hubiese sido difícil adivinar a cuál de los dos actores pertenecía esa clavija por la que ambos parecían unidos.

¡Qué mecánica! ¡Qué espectáculo, querido conde, para una muchacha de mi edad que nada conocía de tales misterios! ¡Cuántas ideas diferentes pasaron por mi mente, sin poder concentrarme en ninguna! Recuerdo solamente que veinte veces estuve a punto de ir a arrojarme a los pies del célebre director espiritual para rogarle que me tratara como a mi amiga. ¿Era un movimiento de devoción? ¿Era un movimiento de concupiscencia? Es lo que aún me es imposible de distinguir claramente.

#### ERADICE Y EL PADRE DIRRAG DESFALLECEN DE PLACER. LA MUCHACHA CREE GOZAR DE UNA FELICIDAD PURAMENTE CELESTIAL

Volvamos a nuestros acólitos. Los movimientos del padre se aceleraron; apenas podía mantener el equilibrio. Su postura casi formaba de la cabeza a las rodillas una "S" cuyo vientre iba y venía horizontalmente hacia las nalgas de Eradice. La parte de ella que hacía de canal de la clavija maestra, dirigía las operaciones, y dos enormes verrugas que colgaban entre los muslos de Su Reverencia parecían hacer de testigos.



"¿Está contenta vuestra mente, mi pequeña santa?", dijo exhalando un suspiro. "En cuanto a mí, veo los cielos abiertos, la gracia suficiente me eleva, yo..."

"¡Ah! ¡Padre mío!", exclamó Eradice "¡qué placer me penetra! Sí, gozo de la felicidad celestial, siento que mi alma está del todo separada de la materia. Sacad, padre mío, sacad todo lo que en mí queda de impuro. Veo... los... án...geles. Empujad más... Empujad pues... ¡Ah!... ¡Ah... buen... San Francisco! ¡No me abandonéis! ¡Siento el cor... el cor... el cordón... no puedo más... me muero!"

El padre que igualmente sentía acercarse el placer soberano, balbuceaba, empujaba, resoplaba, jadeaba. Al fin, las últimas palabras de Eradice dieron la señal de retirada y vi a la fiera serpiente convertida en humilde, la vi salir arrastrándose de su estuche cubierta de espuma.

Rápidamente todo fue puesto en su lugar y el padre, dejando caer el hábito, se acercó con pasos claudicantes al reclinatorio que Eradice había dejado. Allí, fingiendo ponerse a rezar, ordenó a su penitente levantarse, cubrirse, y unirse a él en el agradecimiento al Señor por los favores que ella acababa de recibir.

¿Qué más diré, señor conde? Dirrag salió, y Eradice abrió la puerta del gabinete y saltó a mi cuello diciéndome:

"¡Ah! Querida Thérèse, comparte mi felicidad: sí, he visto el paraíso abierto, he participado en la felicidad de los ángeles. ¡Cuántos placeres, amiga mía, por un momento de sufrimiento! Por la virtud del santo cordón mi alma casi se separa de la materia. Has podido ver por dónde me lo introdujo el buen director. Bien, te aseguro que lo he sentido penetrar hasta mi corazón. Un grado más de fervor, no lo dudo, y yo me iba para siempre a la morada de los bienaventurados."

Eradice me contó mil cosas más con un tono, con una vivacidad que no me dejaron dudar de la realidad de la felicidad que había gozado. Estaba tan conmovida que apenas

le contesté para felicitarla. Mi corazón estaba de lo más agitado, la besé y partí.

[...]

*[Thérèse se retira entonces a su habitación, cae dormida y sueña con la escena de la que ha sido testigo. Incapaz de controlar su energía sexual, frota sus partes privadas contra la columna de su cama y se despierta sintiendo un terrible dolor. En ese momento, madame C., una vieja amiga de la familia, llega a cenar, acompañada por el abate T. Más tarde, en una conversación privada, Thérèse le cuenta a mademoiselle C. su sufrimiento y los ejercicios espirituales del padre Dirrag. Madame C. se ofrece a proteger a Thérèse, y el relato continúa como sigue.]*

#### QUIÉNES SON MADAME C. Y EL ABATE T.

Como es justo que sepáis quiénes son madame C. y monsieur el abate T. pienso que es el momento de daros una idea sobre ellos.

Madame C. nació en buena posición. Sus padres la habían obligado a casarse a los quince años con un viejo oficial de marina que tenía sesenta. Éste murió cinco años después de la boda, dejando a madame C. embarazada de un niño que al nacer por poco hizo perder la vida de quien le había dado a luz. Este niño murió al cabo de tres meses y madame C. se encontró heredando una considerable fortuna a causa de esta muerte. Viuda, bella, dueña de sí misma a la edad de veinte años, fue pronto solicitada por todos los pretendientes de la provincia. Mas ella se manifestó tan firmemente acerca de su intención de no correr los riesgos de los que había escapado casi por milagro al dar a luz a su primer hijo, que incluso los más empeñados abandonaron la empresa.

Madame C. era muy inteligente, era firme en sus opiniones, que no adoptaba sino tras madura reflexión. Leía mucho, y le gustaba conversar sobre los temas más abstractos. Su conducta era irreprochable. Amiga indispensable, ayudaba cuando podía. Mi madre hizo experiencia de ello cuando tenía veintiséis años. Más tarde tendré oportunidad de hacerlos un retrato de ella.

El abate T., amigo particular y al mismo tiempo director espiritual de madame C., era un hombre de real mérito. Tenía entre cuarenta y cuatro y cuarenta y cinco años, era bajo, pero de buena figura, una fisonomía abierta, inteligente, cuidadoso observador de las reglas del decoro de su estado, querido y buscado por la sociedad educada a la que encantaba. A su inteligencia añadía extensos conocimientos. Sus buenas cualidades generalmente reconocidas le habían permitido obtener el puesto que ocupaba y que aquí debo omitir. Era el confesor y el amigo de gente de mérito de ambos sexos, como el padre Dirrag lo era de las devotas de profesión, entusiastas, quietistas [místicas] y fanáticas.

MADAME C. ENVÍA A THÉRÈSE A CONFESARSE  
CON EL ABATE T.

Volví a la mañana siguiente a casa de madame C. a la hora convenida.

"Pues bien, mi querida Thérèse", me dijo al entrar, "¿cómo están vuestras pequeñas partes dañadas? ¿Habéis dormido bien?"

"Todo va mejor, señora", le dije, "hice lo que me habéis indicado. He lavado todo muy bien. Eso me ha calmado, pero espero al menos no haber ofendido a Dios". Madame C. sonrió, y tras ofrecermé una taza de café, me dijo:

"Lo que me contasteis ayer es de mayor importancia de lo que pensáis. He creído deber contárselo a monsieur T.

que os espera en este momento en su confesionario. Os pido que vayáis a verlo y le repitáis palabra por palabra todo lo que me habéis contado. Es una persona de bien y un buen consejero, lo que necesitáis. Pienso que os prescribirá una nueva forma de comportaros que es necesaria para vuestra salvación y vuestra salud. Vuestra madre moriría de pena si supiera lo que yo sé, pues no puedo ocultaros que son cosas horribles esas que visteis en casa de mademoiselle Eradice. Id, Thérèse, y confiad enteramente en monsieur T., no os arrepentiréis."

Me puse a llorar y salí temblando para ir a ver a monsieur T. que en cuanto me vio entró en el confesionario.

CONSEJOS SALUDABLES DEL CONFESOR A THÉRÈSE

No escondí nada a monsieur T., quien me escuchó con atención hasta el final sólo interrumpiéndome para pedirme ciertas explicaciones sobre detalles que no comprendía.

"Acabáis de contarme", me dijo, "cosas asombrosas. El padre Dirrag es un bribón, un desgraciado que se deja llevar por la fuerza de sus pasiones; va rumbo a su perdición y provocará la de mademoiselle Eradice. Sin embargo, mademoiselle, debemos más bien apiadarnos que culparlos. No siempre somos dueños de resistir a la tentación, la felicidad y la desgracia de nuestra vida se deciden a menudo por las ocasiones. Poned atención en evitarlas: dejad de ver al padre Dirrag y a todas sus penitentes, sin hablar mal de ninguno. Así lo quiere la caridad. Frecuentad a madame C., que os tiene por amiga; ella os dará sólo buenos consejos y buenos ejemplos.

"Hablemos ahora, hija mía, acerca de esos cosquilleos excesivos que a menudo sentís en esa parte que ha frotado la columna de vuestro lecho: son instintos tan naturales como el hambre y la sed. No hay que buscarlos ni excitar-



los, pero cuando os sintáis vivamente apremiada por ellos no hay inconveniente en serviros, de vuestra mano, vuestro dedo para calmar esa parte con el frotamiento que le es necesario. Os prohíbo sin embargo introducir vuestro dedo en el interior del orificio que allí se encuentra: basta saber por ahora que ello os podría perjudicar un día ante el hombre que desposaréis. En fin, como esto es una necesidad —os lo repito— que las inmutables leyes de la naturaleza excitan en nosotros, es también de sus manos que obtenemos el remedio que os indiqué para calmar la necesidad. Ahora, como estamos seguros de que la ley natural es de institución divina, ¿cómo osaríamos temer ofender a Dios al calmar nuestras necesidades por medios que ha puesto en nosotros, que son obra suya, sobre todo cuando estos medios no perturban el orden establecido de la sociedad? No es el caso, querida hija, lo que ha ocurrido entre el padre Dirrag y mademoiselle Eradice: este padre ha engañado a su penitente, ha arriesgado hacerla madre al sustituir el falso cordón de san Francisco con el miembro natural del hombre que sirve para la generación. Con ello ha pecado contra la ley natural que nos prescribe amar a nuestro prójimo como a nosotros mismos. ¿Es amar al prójimo poner a mademoiselle Eradice en el riesgo de perder la reputación y quedar deshonrada para el resto de su vida? La introducción, querida hija, y los movimientos que habéis visto de ese miembro del padre en la parte natural de su penitente, que es la mecánica de la fabricación del género humano, sólo está permitida en el estado de matrimonio. En el estado de doncellez esta acción puede dañar la tranquilidad de las familias y perturbar el interés público que siempre ha de respetarse. Así, mientras no estéis unida por el sacramento del matrimonio, cuidad de dejar que ningún hombre os haga semejante acto, sea cual fuere la postura. Os he indicado un remedio que moderará el exceso de vuestros deseos y que atemperará el fuego que los excita. Este mismo remedio

contribuirá pronto al restablecimiento de vuestra salud que flaquea y os devolverá vuestro peso justo. Vuestra buena figura no dejará de atraer entonces amantes que intentarán seduciros. Estad atenta, y no olvidéis las lecciones que os he dado. Basta por hoy", añadió el prudente confesor, "me encontraréis aquí dentro de ocho días a la misma hora. Recordad al menos que todo lo que se dice en el tribunal de la penitencia debe ser tan sagrado para el penitente como para el confesor, y que es un enorme pecado revelar el más pequeño detalle a alguien".

THÉRÈSE HACE UN FELIZ DESCUBRIMIENTO  
MIENTRAS BAÑA SUS PARTES SEXUALES

Los preceptos de mi nuevo confesor habían encantado mi alma. Veía en ellos un aura de veracidad, una suerte de cuidadoso razonamiento, un principio de caridad que me hacían percibir lo ridículo que era lo que hasta el momento había oído.

Después de pasar el día reflexionando, a la noche, antes de acostarme, me preparé para dar un baño a mis partes dañadas. Al seguro de miradas y toqueteos, me desvestí, y sentándome al borde de la cama abrí al máximo las piernas y me dediqué al examen atento de esa parte que nos hace mujeres. Entreabrí los labios y buscando con el dedo el orificio por el que el padre Dirrag había podido penetrar a Eradice con un instrumento tan grueso, lo descubrí sin poder convencerme de que era aquél. Su pequeñez me hacía dudar e intentaba ya introducir en él el dedo cuando recordé la prohibición de monsieur T. Lo retiré rápidamente. Remontando a lo largo de la abertura, una pequeña protuberancia que encontré me causó un estremecimiento. Me detuve en ella, la froté y pronto llegué al colmo del placer. ¡Qué feliz descubrimiento para una doncella que tenía den-

tro de sí una cantidad abundante de ese líquido que es el origen de placer!

Nadaba casi durante seis meses en un torrente de voluptuoso placer sin que me ocurriera nada que mereciera ser mencionado aquí.

Mi salud se había restablecido por completo. Mi conciencia estaba tranquila gracias a los cuidados de mi nuevo confesor que me daba consejos sabios y adaptados a las pasiones humanas. Lo veía regularmente todos los lunes en el confesionario y todos los días en casa de madame C. Ya no dejaba la compañía de esta amable mujer. Las tinieblas de mi espíritu se disipaban, poco a poco me habituaba a pensar, a razonar con orden. No más padre Dirrag, no más Eradice para mí.

¡Cómo el ejemplo y los preceptos son los grandes maestros para formar el corazón y el espíritu! Si es verdad que no nos regalan nada, y que cada uno tiene adentro suyo los gérmenes de lo que es capaz, es cierto al menos que ellos sirven para desarrollar esos gérmenes y para hacernos percibir las ideas, los sentimientos de que somos susceptibles y que sin ejemplo ni lecciones quedarían enterrados en sus trabazones y envolturas.

Mientras tanto mi madre seguía con su comercio mayorista sin éxito. Le debían mucho y estaba al borde de sufrir la bancarrota de un negociante de París que podía arruinarla. Luego de algunas consultas, se decidió a viajar a esta gran ciudad. Esta madre cariñosa me quería demasiado como para perderme de vista durante un tiempo que podía ser largo: resolvió que la acompañara. ¡Ay! La pobre mujer no preveía que allí terminaría sus tristes días y que yo encontraría la fuente de la felicidad de los míos en los brazos de mi querido conde. Se decidió que partiríamos al término de un mes, un período que yo iba a pasar con madame C. en su casa de campo, a una legua de la ciudad. Monsieur el abate acudía regularmente todos los días y dormía allí cuando sus

deberes se lo permitían. Uno y otro me llenaban de caricias, no temían hablar ante mí con la mayor libertad de temas de moral, de religión y de metafísica, en un modo muy distinto de los principios que me habían inculcado. Me daba cuenta de que madame C. estaba contenta por mi forma de pensar y razonar y que se complacía en guiarme a través de los argumentos hacia comprobaciones claras y evidentes. A veces me apenaba advertir que monsieur el abate T. le hacía señas de no llevar tan adelante los razonamientos acerca de ciertos temas. Este descubrimiento me humilló: resolví intentar todo para conocer lo que se me quería ocultar. Hasta entonces no había tenido la menor sospecha acerca del afecto mutuo que los unía. Pronto, mi curiosidad no hubo de desear ya más, como oiréis.

Veréis, querido conde, cuál es la fuente de donde he sacado los principios de moral y de metafísica que habéis cultivado tan bien, y que al ilustrarme sobre lo que somos en este mundo, aseguran la tranquilidad de una vida de la cual vos constituís todo el placer.

THÉRÈSE SE ESCONDE EN UN BOSQUECILLO DESDE DONDE  
DESCUBRE LOS AMORES DE MADAME C. CON EL ABATE T.

Estábamos en los días más bellos del verano. Madame C. se levantaba de ordinario hacia las cinco de la mañana para pasear por un bosquecillo que había al final de su jardín. Yo había notado que el abate T. también iba allí cuando dormía en el campo; que al cabo de una hora o dos volvían juntos hasta la habitación donde dormía madame C. y que ambos sólo aparecían entonces en la casa entre las ocho y las nueve.

Resolví llegar antes que ellos al bosquecillo y esconderme de modo de poder oírlos. Como no tenía la menor sospecha de sus amores, no preveía absolutamente lo que me habría perdido si no los hubiera visto. Fui entonces a re-



conocer el terreno y a asegurarme un lugar cómodo para mi proyecto.

Por la noche, al cenar, la conversación recayó en las operaciones y creaciones de la naturaleza. "Pero, ¿qué es entonces esta naturaleza?", dijo madame C., "¿Es un ser particular? ¿No está todo producido por Dios? ¿Será ella una divinidad subalterna?"

"En verdad, no sois razonable al hablar así", replicó con viveza el abate T. guiñándole un ojo. "Os prometo", dijo, "en nuestro paseo, mañana por la mañana, explicaros la idea que hay que tener sobre esta madre común del género humano. Es muy tarde para hablar de este asunto ahora. ¿No veis que haría morir de aburrimiento a mademoiselle Thérèse que se cae de sueño? Hacedme caso los dos, vamos a acostarnos. Terminaré mis oficios y seguiré vuestro ejemplo".

Se siguió el consejo del abate: nos retiramos todos a nuestras habitaciones. Al día siguiente, al amanecer, fui a instalarme en mi emboscada. Me coloqué entre los arbustos que había detrás de una especie de bosquecillo ornamentado con bancos de madera pintados de verde y algunas estatuas. Tras una hora de impaciencia mis héroes llegaron y se sentaron precisamente sobre el banco tras el cual me había ocultado.

"Sí, ciertamente", decía el abate al llegar, "cada día está más hermosa, sus pechos han crecido hasta el punto de poder llenar la mano de un digno eclesiástico, sus ojos tienen una viveza que no desmiente el fuego de su temperamento, pues el suyo es fortísimo, ¡la pícara de Thérèse! Imagínate que aprovechando el permiso que le di de consolarse con el dedo ¡lo hace al menos una vez por día! Confiesa que soy tan buen médico como dócil confesor. He curado su cuerpo y su espíritu".

"Pero, abate", respondió madame C., "¿cuándo dejarás de hablar de Thérèse? ¿Vinimos aquí para conversar sobre

sus bellos ojos, su temperamento? Sospecho, señor calavera, que tenéis ganas por cierto de evitarle el esfuerzo que hace al aplicarse ella misma la receta. Por lo demás, soy una excelente camarada como sabes y consentiría en ello con ganas si no previera el peligro para ti. Thérèse tiene inteligencia, pero es demasiado joven y no tiene suficiente experiencia como para confiarse en ella. Observo que su curiosidad es única. Tiene lo necesario para llegar a ser luego una buena discípula, y, sin los inconvenientes que mencioné no titubearía en incluirla en nuestros placeres. Pues convengamos en que es una locura ser celosos o envidiosos de la felicidad de los amigos de uno cuando su felicidad no quita nada a la nuestra".

#### DEFINICIÓN DE LA RIDICULEZ DE LOS CELOS

"Tenéis razón, señora", dijo el abate. "Son dos pasiones que atormentan para su mal a quienes han nacido sin capacidad de pensar. Hay que distinguir sin embargo la envidia de los celos. La envidia es una pasión innata en el hombre, es parte de su esencia: los niños en la cuna envidian lo que se les da a sus semejantes. Sólo la educación puede moderar los efectos de esta pasión que recibimos de la naturaleza. Mas no ocurre lo mismo con los celos considerados en relación a los placeres del amor. Esta pasión es efecto de nuestro amor propio y del prejuicio. Conocemos naciones enteras donde los hombres ofrecen a sus huéspedes el goce de sus mujeres como nosotros ofrecemos el mejor vino de nuestra bodega. En ciertas islas un hombre palmea al amante que goza de los abrazos de su mujer; sus compañeros lo aplauden y lo felicitan. Un francés, en un caso semejante, pondrá cara larga; todos lo señalan y se burlan de él. Un persa apuñala al amante y a la mujer; todos aplauden el doble asesinato.

"Es entonces evidente que los celos no son una pasión que nos transmite la naturaleza: es la educación, el prejuicio del país lo que los hacen surgir. Desde la infancia, una doncella en París lee, oye decir que es humillante padecer la infidelidad del amante. Se asegura al joven que una amante, una esposa infiel hieren el amor propio, deshonoran al amante o al marido. De estos principios mamados con la leche, por decirlo así, nacen los celos, ese monstruo que atormenta a los seres humanos para su ruina por causa de un mal irreal.

"Distingamos sin embargo la inconstancia de la infidelidad. Amo a una mujer que me ama, su carácter simpatiza con el mío, su figura, su goce hacen mi felicidad. Ella me deja: aquí el dolor no es más efecto del prejuicio, es razonable, yo pierdo un bien real, un placer acostumbrado que no estoy seguro de poder reemplazar con todos sus encantos. Pero una infidelidad pasajera, que sólo es obra del placer, del temperamento, a veces de la gratitud, o de un corazón delicado y sensible a la pena o al placer de los demás, ¿qué inconveniente habría en ello? En verdad, dígame lo que se quiera, hay que ser poco sensato para inquietarse por lo que se llama con justicia 'un estocada en el agua', por una cosa que no nos hace ni bien ni mal."

"¡Oh! Entiendo adonde vais", dijo madame C., interrumpiendo al abate T. "Esto me anuncia que por tener un buen corazón o para complacer a Thérèse, seríais la persona que podría darle una breve lección de placer, una pequeña lavativa amable que según vos, no me hará ni bien ni mal. Hacedlo, mi querido abate", continuó ella, "consiento con alegría: os quiero a ambos, ganaréis los dos con esta experiencia con la que nada perderé. ¿Por qué oponerme? Si me inquietara, concluirías con razón que yo sólo me quiero a mí misma, deseo mi satisfacción particular, aumentarla a costa de la que tú podrías gozar en otra parte; pero no es así: sé encontrar mi felicidad independientemente de todo lo que puede contribuir a aumentar la tuya. Así, tú puedes,

querido amigo, sin temer contrariarme, zarandear la cosita de Thérèse, le hará un gran bien a la pobre muchacha. Pero, te lo repito, cuidado con las imprudencias..."

"¡Qué locura!", replicó el abate. "Os juro que no pienso en Thérèse. He querido simplemente explicaros el mecanismo por el que la naturaleza..."

"¡Pues bien! No hablemos más de esto", contestó madame C. "Pero, a propósito de la naturaleza, olvidas, me parece, la promesa que me habías hecho de definir qué es esta buena madre. Veamos como afrontarás esta explicación pues pretendes explicarlo todo."

EJERCICIO DEL ABATE T., QUE ACONSEJA HACER  
A TODOS LOS HOMBRES SENSATOS

"Lo haré con placer", respondió el abate. "Pero, mi pequeña madre, sabes lo que necesito hacer antes: no soy capaz de nada mientras no haya hecho la tarea que afecta más a mi imaginación: las demás ideas no resultan claras y se encuentran siempre absorbidas y confundidas por esta. Te he dicho ya que cuando en París me ocupaba casi únicamente de lecturas y ciencias abstractas, cada vez que sentía el aguijón de la carne acosarme, tenía una muchacha *ad hoc*, como se tiene una escupidera para orinar, a quien le hacía una o dos veces la gran tarea, en el modo que vos no queréis probar conmigo. Entonces, con el ánimo tranquilo y las ideas claras reemprendía el trabajo. Y sostengo que todo hombre de letras, todo hombre de estudio que tiene cierto temperamento debe usar este remedio tan necesario para la salud del cuerpo como para la del espíritu. Digo más: afirmo que todo hombre digno que conoce los deberes de la sociedad debería hacer uso de él a fin de estar seguro de no excitarse hasta el punto de apartarse de su deber corrompiendo a la esposa o las hijas de sus amigos o de sus vecinos."



INSTRUCCIONES PARA LAS MUJERES, LAS MUCHACHAS  
Y LOS HOMBRES QUE QUIEREN AVANZAR SIN PELIGRO  
POR LOS ESCOLLOS DE LOS PLACERES

"Ahora quizás me preguntaréis, señora, cómo deben entonces hacer las mujeres y las muchachas", continuó el abate. "Tienen, decís, sus necesidades como los hombres, están hechas del mismo material, sin embargo no pueden hacer uso de los mismos recursos: el honor, el temor al indiscreto, al torpe, a que le hagan un niño, no les permite recurrir al mismo remedio que los hombres. Por lo demás, añadiréis, ¿dónde encontrar hombres disponibles como lo era vuestra muchacha *ad hoc*? Pues bien, madame", prosiguió T., "que las mujeres y las muchachas hagan como Thérèse y vos. Si ese juego no les complace bastante (como en efecto no complace a todas), que utilicen esos instrumentos ingeniosos llamados *godemichés*: es una imitación bastante natural de la realidad. Añadid que uno puede ayudarse con la imaginación. A fin de cuentas, lo repito, los hombres y las mujeres deben sólo procurarse los placeres que no puedan trastornar el orden interno de la sociedad establecida. Las mujeres sólo deben entonces gozar de lo que les conviene, en consideración de los deberes que este orden les impone. Por más que claméis contra la injusticia, lo que consideráis como injusticia particular asegura el bien general que nadie debe tratar de infringir."

"¡Oh! Ahora comprendo, señor abate", replicó madame C. "Acabáis de decirme que una mujer, una muchacha no debe dejarse hacer por los hombres eso que sabéis bien y que ningún hombre digno debe perturbar el interés público intentando seducirlas. Mientras que vos mismo, señor libertino, me habéis atormentado cien veces para este propósito, y hubiese sido una tarea rápidamente realizada si no fuera por el temor insoportable que siempre he tenido de quedar embarazada. No habéis temido, para satisfacer

vuestro placer particular, obrar contra el interés general que tanto predicáis."

"¡Bien! ¡De nuevo con ello!", replicó el abate. "¿Siempre repites la misma canción, mi pequeña mamá? ¿No te he dicho que actuando con ciertas precauciones uno no se arriesga a este inconveniente? ¿No has convenido conmigo en que las mujeres sólo han de temer tres cosas: el temor al diablo, la reputación y el embarazo? Tú estás tranquila en cuanto a lo primero. No creo que temas de mi parte la indiscreción ni la imprudencia, que son lo único que puede opacar tu reputación. En fin, las mujeres se convierten en madres sólo por la torpeza de sus amantes. Ahora, te he demostrado ya más de una vez explicándote el mecanismo de la fabricación del hombre, que no hay cosa más fácil de evitar. Repitamos lo que dijimos sobre ello. El amante, por reflexión o por la visión de su amada se encuentra en el estado necesario para el acto de la procreación: la sangre, los espíritus, el nervio erector, inflan y endurecen su dardo. Ambos de acuerdo, toman la postura apropiada, la flecha del amante es empujada en el carcaj de su amada, las simientes se preparan por el recíproco frotamiento de las partes. El exceso de placer los transporta, ya el elixir divino está listo para correr. Entonces el amante prudente dueño de sus pasiones retira el pájaro de su nido y su mano o la de su amante termina con unos ligeros movimientos provocando afuera la eyaculación. Ningún niño hay que temer en este caso. El amante torpe y brutal empuja al contrario hasta el fondo de la vagina, derrama allí su semilla, esta penetra en la matriz y de allí a las trompas donde se produce la generación."

"He aquí, señora", continuó monsieur T., "ya que habéis querido que lo repitiera, el mecanismo de los placeres del amor. Conociéndome como soy, ¿podéis creerme uno de estos últimos imprudentes? No, querida amiga, he hecho cien veces la experiencia de lo opuesto. Déjame, te lo ruego, renovar la hoy contigo. Mirad en qué estado triunfante está mi

pícaro... Sí, tómallo, sí, apriétalo en tu mano, mira que pide merced, y yo..."

MADAME C. PROCURA AL ABATE T.

PLACERES DESINTERESADOS

"No, por favor mi querido abate", respondió de inmediato madame C., "él no hará nada, os lo aseguro. Todo lo que me habéis dicho no puede tranquilizar mis temores, y os procuraría un placer que yo no podría experimentar; eso no es justo. Entonces, dejadme obrar, voy a dar una lección a este caradura. ¡Bien!", prosiguió, "¿te gustan mis pechos y mis muslos? ¿Los has besado y masajeados lo suficiente? ¿Por qué subís mis mangas por encima de los codos? ¿Al señor le gusta ver los movimientos de un brazo desnudo? ¿Lo hago bien? ¡No dices nada! ¡Ah! ¡El pícaro! ¡Cómo goza!"

Hubo un instante de silencio. Luego, de pronto, oí al abate que exclamaba:

"¡Mi querida madrecita, no puedo más! ¡Un poco más rápido, dame tu lengüita, te lo ruego! ¡Ah! ¡Ya vie...ne!"

Juzga, querido conde, acerca de mi estado durante esta edificante conversación. Intenté veinte veces levantarme para encontrar alguna abertura por donde pudiera verlos pero el ruido de las hojas me retuvo siempre. Estaba sentada; me recosté cuanto pude, y para apagar el fuego que me devoraba, recurrí a mi ejercicio ordinario.

MONSIEUR EL ABATE T. PRUEBA

QUE LOS PLACERES DE LA PEQUEÑA OCA

SON ENTERAMENTE LÍCITOS

Tras algunos momentos, empleados sin duda en reparar el desorden de sus ropas, el abate dijo: "En verdad, reflexio-

nando, creo buena amiga, que tenfais razón en negarme el goce que os pedía. He sentido un placer tan vivo, un cosquilleo tan poderoso que pienso que todo habría ido mal si me hubierais dejado actuar. Hay que confesar que somos animales muy débiles y poco dueños de dirigir nuestras voluntades".

"Lo sé, mi pobre abate", contestó madame C., "no me enseñas nada nuevo. Pero, dime, ¿es verdad que con el tipo de placeres que gozamos no pecamos contra el interés de la sociedad? Y ese amante sabio cuya prudencia apruebas, que retira el pájaro de su nido y que derrama el bálsamo de vida afuera, no comete un crimen igualmente? Pues ha de convenirse que unos y otros suprimimos un ciudadano para la sociedad que podría serle útil".

"Este razonamiento", replicó el abate, "parece a primera vista específico; pero veréis, mi bella dama, que sólo lo es superficialmente. No tenemos ninguna ley humana ni divina que nos invite, y menos aún que nos obligue, a trabajar en la multiplicación del género humano. Las leyes permiten el celibato a los jóvenes de ambos sexos, a una muchedumbre de monjes y religiosas inútiles; permiten al hombre casado habitar junto a su mujer embarazada, aunque las simientes derramadas entonces no tengan ya esperanza de fructificar. El estado de virginidad es incluso considerado preferible más que el de matrimonio. Ahora, dicho esto, ¿no es cierto que el hombre con su truco, y los que como nosotros gozan con los placeres de la pequeña oca, no hacemos más que los monjes y religiosas, que todos los que viven en celibato? Éstos conservan en sus lomos, sin provecho, una simiente que los primeros derraman sin provecho. ¿No están ambos precisamente en la misma posición ante la sociedad? Ninguno le da un ciudadano. Pero ¿no nos dicta la sana razón que es mejor que gocemos de un placer que no hace mal a nadie, derramando inútilmente esta simiente, que conservarla en nuestros receptáculos espermá-



ticos, no sólo con la misma inutilidad, sino incluso a costa de nuestra salud y a menudo de nuestra vida. Así, veis, señora razonadora", agregó el abate, "que nuestros placeres no hacen mayor daño a la sociedad que el celibato aprobado de monjes, religiosas, etc. Y que podemos seguir con nuestro pequeño trajín".

Sin duda tras estas reflexiones el abate se dispuso a prestar sus servicios a madame C. pues luego de un instante oí que ella le decía:

"¡Ah! ¡Termina, malvado abate! Retira tu dedo. No estoy lista hoy, todavía sufro un poco por las locuras de ayer; dejémoslo para mañana. Además, sabes que me gusta estar cómoda, es decir en mi lecho: este banco no es cómodo. Termina ya; todavía algo más, ahora sólo quiero de ti la definición que me has prometido de la Señora Naturaleza. Ya estáis tranquilo, señor filósofo, hablad, os escucho."

#### DEFINICIÓN DE LO QUE HA DE ENTENDERSE POR LA PALABRA NATURALEZA

"¿La madre Naturaleza?", replicó el abate. "Ciertamente sabréis pronto tanto como yo sobre ella. Es un ser imaginario, una palabra vacía de sentido. Los primeros fundadores de las religiones, los primeros políticos, confundidos acerca de la idea del bien y del mal moral que debían ofrecer al público, imaginaron un ser entre Dios y nosotros, que presentaron como autor de nuestras pasiones, nuestras enfermedades, nuestros crímenes. ¿Cómo, en efecto, sin este recurso, habrían conciliado su sistema con la infinita bondad de Dios? ¿De dónde habrían dicho que nos venían esos deseos de robar, calumniar, asesinar? ¿Por qué tantas enfermedades, tantas fragilidades? ¿Qué le había hecho a Dios ese pobre lisiado nacido para arrastrarse sobre la tierra toda su vida? Un teólogo nos dice ante esto: son los efectos

de la naturaleza. Pero, ¿qué es esta naturaleza? ¿Otro dios que no conocemos? ¿Obra por sí misma e independientemente de la voluntad de Dios? No, dice aún secamente el teólogo. Como Dios no puede ser autor del mal, el mal únicamente puede existir por intermedio de la naturaleza. ¡Qué cosa absurda! ¿Tengo que quejarme del palo que me golpea? ¿No de quien ha dirigido el golpe? ¿No es él el autor del mal que sufro? Por qué no convenir de una vez por todas que la naturaleza es un ser de razón, una palabra vacía de sentido, que todo proviene de Dios, que el mal físico que daña a unos sirve a la felicidad de otros, que todo está bien, que no hay mal en el mundo desde el punto de vista de la Divinidad, que todo lo que se llama bien o mal moral sólo se relaciona con el interés de las sociedades establecidas entre los hombres? En relación con Dios obramos necesariamente según las primeras leyes, según los primeros principios del movimiento que Él ha establecido en todo lo que existe. Un hombre roba: obra bien en relación a sí mismo, obra mal por su infracción a la institución de la sociedad, pero no hace nada en relación a Dios."

#### POR QUÉ LOS MALOS DEBEN SER CASTIGADOS

"Sin embargo convengo en que este hombre debe ser castigado aunque haya obrado por necesidad, si bien estoy convencido de que no ha sido libre de cometer o no su crimen. Pero debe ser castigado, porque la punición de un hombre que perturba el orden establecido produce mecánicamente, por vía de los sentidos, impresiones en el alma que impiden a los malvados arriesgarse a hacer lo que podría hacerles merecer el mismo castigo, y porque la pena que recibe este desdichado por su infracción debe contribuir al bienestar general, que es preferible en todos los casos al bien particular. Agregó que se debe cubrir de infamia a los parientes, a

los amigos y a todos los que han tenido relaciones con el criminal para incitar con esta política a todos los hombres a inspirarse mutuamente entre sí un horror por las acciones y por los crímenes que pueden perturbar la tranquilidad pública. Tranquilidad que nuestra disposición natural, nuestras necesidades, nuestro bienestar particular nos llevan sin cesar a infringir. Disposición, en fin, que sólo puede ser asimilada por el hombre con la educación, que a través de impresiones que recibe en el alma, por intermedio de otros hombres que frecuenta o que ve habitualmente, ya con el buen ejemplo, ya con los discursos, en una palabra, por las sensaciones externas que, unidas a las disposiciones internas, dirigen todas las acciones de nuestra vida. Entonces resulta necesario estimular, constreñir a los hombres a suscitar entre sí estas sensaciones útiles al bienestar general."

"Creo, señora", agregó el abate, "que percibís ahora lo que ha de entenderse por naturaleza. Me propongo tratar mañana con vos la idea que debemos tener acerca de las religiones. Es un tema importante para nuestra felicidad, pero es muy tarde para empezarlo hoy. Siento necesidad de tomar el chocolate".

"Muy bien", dijo madame C. levantándose. "El señor filósofo tiene sin duda necesidad de una reparación física por las pérdidas libidinosas que le he producido. Es justo", continuó, "habéis hecho y dicho cosas admirables; nada mejor que vuestras observaciones sobre la naturaleza. Pero aceptad que dude mucho de que podáis esclarecerme sobre el tema de las religiones, que varias veces habéis tratado con mucho menos éxito. ¿Cómo ofrecer demostraciones en un tema tan abstracto y donde todo es artículo de fe?"

"Es lo que veremos mañana", contestó el abate.

"¡Oh! No creáis poder libraros mañana con argumentaciones", replicó madame C. "Volvamos a casa temprano, si queréis; a mi habitación, donde tendré necesidad de vos y de mi diván."

Unos instantes después, ambos se encaminaron a la casa. Los seguí por un camino oculto entre los árboles. Sólo me quedé un momento en mi habitación para cambiarme la ropa y luego me dirigí al apartamento de madame C. temiendo que el abate comenzara con el tema de las religiones que yo quería oír a toda costa. El tema de la naturaleza me había impactado; veía claramente que Dios y la naturaleza eran lo mismo, o al menos que la naturaleza sólo operaba por voluntad inmediata de Dios. De allí saqué mis pequeñas conclusiones y acaso comencé a pensar por primera vez en mi vida.

EL ABATE PROCURA A SU VEZ  
PLACERES INTERESADOS A MADAME C.

Temblaba al entrar al apartamento de madame C. Me parecía que ella debía advertir la especie de perfidia que acababa de hacer y las diversas reflexiones que me agitaban. El abate T. me miraba con atención. Me creí perdida. Pero pronto oí que decía en voz baja a madame C.:

"¿No veis cuán bella es Thérèse? Tiene un color encantador, sus ojos son penetrantes y su fisonomía cada día es más inteligente."

No sé lo que contestó madame C. Se sonrieron mutuamente. Simulé no haber oído nada y traté de no alejarme de ellos durante el resto del día.

Al volver por la noche a mi habitación preparé mi plan para la mañana siguiente. El temor que sentía de no despertarme lo suficientemente temprano fue la causa de que no durmiera. Hacia las cinco de la mañana vi que madame C. iba al bosquecillo donde monsieur T. ya la aguardaba. Según lo que había oído la víspera, ella habría de volver pronto a su habitación donde estaba el diván. No dudé en deslizarme hasta allí y esconderme detrás de su lecho donde



me senté sobre el piso, apoyando mi espalda en la pared junto a la cabecera. Tenía ante mí la cortina del lecho que podía entreabrir para ver por completo el espectáculo del diván que estaba en el rincón opuesto de la habitación donde no se podía decir una palabra sin que yo la oyera.

Apostada de tal modo, la impaciencia empezaba a hacerme temer haber fallado cuando mis dos actores entraron.

"Hazme el amor como se debe, querido amigo", decía madame C. dejándose caer en su diván. "La lectura de tu terrible *Portier des Chartreux* me ha encendido: sus retratos son perfectos, tienen una veracidad encantadora. Si fuera menos sucio, sería un libro inimitable en su género. Penetradme hoy, abate, te lo ruego, agregó ella, me muero de ganas, consiento en arriesgarme."

"No, yo no", replicó el abate, "por dos buenas razones: la primera es que os amo y soy demasiado caballero para arriesgar vuestra reputación y vuestros justos reproches por esta imprudencia, la segunda es que el señor doctor no está hoy en su mejor momento, no soy gascón, y..."

"Veo bien", contestó madame C. "Esta última razón es tan fuerte que habríais podido en verdad dispensaros de la primera. Pero ponte al menos a mi lado", añadió, extendiéndose lascivamente en el lecho, "y cantemos, como tú dices, el pequeño oficio."

"¡Ah! De todo corazón, mi querida mamá", replicó el abate que estaba de pie, descubriendo metódicamente los pechos de madame.

Luego levantó su hábito y su camisa hasta encima del ombligo, le abrió después las piernas, elevando un poco las rodillas de ella de modo que los talones que se acercaban un poco a sus nalgas estaban casi juntos, apoyados en el pie del lecho.

En esta posición, que en parte se me ocultaba por el abate que besaba alternativamente todas las bellezas del cuerpo de su querida amante, madame C. parecía inmóvil,

concentrada, meditando en la naturaleza de los placeres cuyas primicias ya sentía. Sus ojos estaban entrecerrados, la punta de su lengua aparecía en el borde de sus labios rojos, y todos los músculos de su rostro se agitaban con voluptuosidad.

"Termina tus besos", dijo al abate T. "¿No veis que te espero? No puedo más..."

El complaciente director no se hizo repetir dos veces lo que se exigía de él. Se deslizó por el pie del lecho entre madame C. y la pared, su mano izquierda pasó bajo la cabeza de la amorosa C. que él apretaba, besándola boca a boca con pequeños movimientos de lengua de la mayor voluptuosidad. Su otra mano se ocupó de la acción principal: acariciaba con arte frotando la parte que distingue a nuestro sexo y que madame C. tiene abundantemente adornada con un vello enrulado del negro más hermoso. El dedo del abate jugaba aquí un rol interesantísimo.

Nunca un cuadro estuvo bajo una luz más ventajosa para mi punto de vista. El diván estaba colocado de modo que tenía directo frente a mí el vellocino de madame C. Abajo se veían en parte sus dos nalgas agitadas por un movimiento ligero de arriba abajo que sugería la fermentación interior. Y sus muslos bellísimos, los más redondos y blancos que imaginar se pueda, hacían con sus rodillas otro pequeño movimiento de derecha a izquierda que contribuía sin duda al gozo de la parte principal que se celebraba, y que el dedo del abate perdido en el vello, seguía en todos sus movimientos.

THÉRÈSE TRASPASA LA BARRERA Y PIERDE SU VIRGINIDAD  
OLVIDANDO LAS PROHIBICIONES DE SU CONFESOR

Intentaría inútilmente, mi querido conde, deciros lo que yo pensaba entonces: tanto sentía que no sentía nada. Copiaba

maquinalmente lo que veía, mi mano hacía el trabajo de la mano del abate, imitaba todos los movimientos de mi amiga.

"¡Ah! ¡Me muero!", exclamó ella de pronto. "Clavadla, mi querido abate, si... bien profundo, te lo ruego. Empujad fuerte, empujad, mi pequeño. ¡Ah! ¡Qué placer! ¡Me deshago... des... fa... llez... co!"

Siempre imitando a la perfección lo que veía sin reflexionar en la prohibición de mi confesor, hundí mi dedo a la vez. No me detuvo un ligero dolor que sentí, empujé con toda la fuerza y alcancé el colmo del placer.

La tranquilidad había seguido a los transportes amorosos y yo me había como adormecido a pesar de mi posición molesta, cuando oí a madame C. acercarse al lugar donde estaba escondida. Me creí descubierta, pero el temor duró poco. Ella tiró de la cuerda de su campanilla y pidió el chocolate, que tomaron haciendo la apología de lo que acababan de probar.

#### EXAMEN DE LAS RELIGIONES A LA LUZ NATURAL

"¿Por qué no son enteramente inocentes estos placeres?", preguntó madame C. "Por más que digáis que no lastiman el interés de la sociedad, y somos llevados a ellos por una necesidad, tan natural a ciertos temperamentos, tan necesaria de satisfacción como lo son el hambre y la sed... Me habéis demostrado muy bien que sólo obramos por la voluntad de Dios, que la naturaleza es solamente una palabra vacía de sentido y es únicamente el efecto del que Dios es la causa. Pero la religión, ¿qué diréis de ella? Ella nos prohíbe los placeres de la concupiscencia fuera del estado de matrimonio. ¿Tenemos aquí otra palabra vacía de sentido?"

"¡Cómo, señora!", respondió el abate, "¿no os acordáis que no somos libres, que todas nuestras acciones están determinadas por la necesidad? ¿Y si no somos libres cómo

podemos pecar? Pero ya que así lo queréis entremos seriamente en el tema de la religión. Conozco vuestra discreción y prudencia, y tanto menos temo expresarme, cuanto que juro ante Dios sobre la buena fe con que he buscado separar la verdad de la ilusión. He aquí el resumen de mis trabajos y de mis reflexiones acerca de esta importante materia.

"Dios es bueno, lo afirmo. Su bondad me asegura que, si busco con ardor conocer si hay un culto verdadero que Él exige de mí, no me engañará, alcanzaré a conocer ese culto, si no Dios sería injusto. Me ha dado la razón para usarla, para guiarme. ¿En qué cosa mejor emplearla?"

"Si un cristiano de buena fe no quiere examinar su religión, ¿por qué esperaría (como lo exige) que un mahometano de buena fe examine la suya? Ambos creen que su religión les ha sido revelada por Dios, uno por Jesucristo, otro por Mahoma.

"La fe sólo la tenemos porque unos hombres nos han dicho que Dios ha revelado ciertas verdades. Pero otros hombres han hablado igualmente a los seguidores de otras religiones. ¿A quién creeremos? Para saberlo, es necesario examinar la cuestión, pues todo lo que nos viene de los hombres debe ser sometido a nuestra razón.

"Todos los autores de las diversas religiones que se extienden sobre la tierra se han jactado de que Dios se las ha revelado. Pero como todo lo que sabemos es prejuicio de la infancia y de la educación, para juzgar sanamente hay que empezar sacrificando a Dios todo prejuicio, y examinar luego con la luz de la razón algo de lo que depende nuestra felicidad o nuestra desdicha durante nuestra vida y la eternidad.

"Observo primero que hay cuatro partes en el mundo, que la vigésima parte, como máximo, de una de estas cuatro partes es católica, que todos los habitantes de las otras partes dicen que nosotros adoramos a un hombre, al pan, que multiplicamos la Divinidad, que casi todos los Padres



se han contradicho en sus escritos, lo que prueba que no estaban inspirados por Dios.

"Todos los cambios de religión, desde Adán, hechos por Moisés, Salomón, por Jesucristo, y luego por los Padres, demuestran que todas estas religiones sólo son obra de los hombres. ¡Dios no varía jamás! Es inmutable.

"Dios está en todas partes. Sin embargo las Santas Escrituras dicen que Dios buscó a Adán en el paraíso terrestre: '*¿Adam ubi es?*' [Adán, ¿dónde estás?], que Dios se paseó en él, que conversó con el diablo a propósito de Job.

"La razón me dice que Dios no está sujeto a pasión alguna. Sin embargo en el Génesis, en el capítulo vi, se presenta a Dios diciendo que se arrepiente de haber creado al hombre, que su cólera no ha sido ineficaz. Dios parece tan débil, en la religión cristiana, que no puede someter al hombre como quisiera: lo castiga con agua, después con fuego, el hombre es siempre igual; envía profetas, los hombres siguen siendo los mismos, sólo tiene un hijo único, lo envía; sin embargo los hombres no cambian nada. ¡Qué cosas ridículas la religión cristiana atribuye a Dios!

"Todos convenimos que Dios sabe lo que ha de ocurrir durante la eternidad. Pero Dios, se dice, antes de saber lo que ha de resultar de nuestros actos, ha previsto nuestra traición a su gracia y que cometeríamos esos mismos actos. Resulta de este conocimiento que Dios al crearnos sabía ya que seríamos infaliblemente condenados y eternamente desdichados.

"Se ve en las Santas Escrituras que Dios ha enviado profetas para advertir a los hombres e inducirlos a cambiar de conducta. Ahora, Dios, que sabe todo, no ignoraba que los hombres no cambiarían de conducta. Las Escrituras suponen entonces que Dios engaña. ¿Estas ideas pueden concordar con la certeza que tenemos sobre la infinita bondad de Dios?

"Se supone que Dios, que es omnipotente, tiene un rival peligroso en el diablo, que le arrebató sin cesar a su pesar las tres cuartas partes del pequeño número de hombres

que ha escogido, por los que su hijo se ha sacrificado, sin preocuparse del resto del género humano. ¡Qué lamentables absurdos!

"Según la religión cristiana sólo pecamos por la tentación. Es el diablo, se dice, el que nos tienta. Dios no tenía más que aniquilar al diablo y estaríamos todos salvados: ¡hay bastante injusticia o impotencia de su parte!

"Una parte muy grande de los ministros de la religión católica pretende que Dios nos da mandamientos, pero sostiene que no se los podría cumplir sin la gracia, que Dios otorga a quien le place, y ¡que sin embargo Dios castiga a aquellos que no los cumplen! ¡Qué contradicción! ¡Qué monstruosa impiedad!

"¿Existe algo tan despreciable como decir que Dios es vengativo, celoso, colérico o ver que los católicos dirigen oraciones a los santos, como si éstos estuvieran en todas partes como Dios, como si estos santos pudieran leer en los corazones de los hombres y oírlos?

"¡Qué ridiculez decir que debemos hacer todo para la mayor gloria de Dios! ¿Es que la gloria de Dios puede ser acrecentada por la imaginación, por las acciones de los hombres? ¿Pueden ellos aumentar algo en él? ¿No se basta a sí mismo?

"¿Cómo algunos hombres han podido imaginar que la Divinidad se sentía más honrada, más satisfecha al verlos comer un arenque en vez de una alondra, una sopa de cebolla en vez de una sopa con panceta, un lenguado en vez de una perdiz y que esta misma Divinidad los condenaría eternamente si ciertos días optaban por la sopa con panceta?

"¡Débiles mortales! ¡Creéis poder ofender a Dios! ¿Podrías ofender al menos a un rey, a un príncipe que fuera razonable? Ellos despreciarían vuestra debilidad e impotencia. Se os anuncia un Dios vengador y se os dice que la venganza es un crimen. ¡Qué contradicción! ¡Se os asegura que perdonar una ofensa es una virtud y se osa decir que

Dios se venga de una ofensa involuntaria con una eternidad de suplicios!

"Si hay un Dios, se dice, hay un culto. Sin embargo antes de la creación del mundo hay que convenir que existía un Dios y no un culto. Por lo demás, desde la creación, existen animales que no rinden ningún culto a Dios. Si no hubiera hombres siempre habría un Dios, habría criaturas y ningún culto. La manía de los hombres es juzgar las acciones de Dios de acuerdo con las propias.

"La religión cristiana ofrece una falsa idea de Dios pues la justicia humana, según ella, es una emanación de la justicia divina. Ahora, según la justicia humana no podríamos sino censurar los actos de Dios para con su hijo, para con Adán, para con los pueblos a los que nadie jamás ha predicado, para con los niños que mueren antes del bautismo.

"Según la religión cristiana, hay que tender a la más alta perfección. El estado de virginidad, según ella, es más perfecto que el del matrimonio. Ahora, es evidente que la perfección de la religión cristiana conduce a la destrucción del género humano. Si los esfuerzos, los discursos de los sacerdotes tuviesen éxito, en sesenta u ochenta años el género humano se destruiría. Esta religión ¿puede venir de Dios?

"¿Hay algo tan absurdo como hacer rogar a Dios por sí mismo a través de sacerdotes, monjes y de otras personas? Se concibe a Dios a imagen de los reyes.

"¿Qué exceso de locura creer que Dios nos ha hecho nacer para que no hagamos sino lo que va contra la naturaleza, lo que nos puede hacer desdichados en este mundo, exigiendo que rechacemos todo lo que satisface los sentidos, los apetitos que nos ha dado! ¿Qué más podría hacer un tirano ensañado en perseguirnos desde el momento de nuestro nacimiento hasta el de nuestra muerte?

"Para ser perfecto cristiano es necesario ser ignorante, creer ciegamente, renunciar a todos los placeres, a los honores, a las riquezas, abandonar a los parientes, amigos, con-

servar la virginidad, en una palabra hacer todo lo contrario a la naturaleza. Sin embargo esta naturaleza sólo opera ciertamente por voluntad de Dios. ¡Qué contradicción supone la religión en un ser infinitamente justo y bueno!

"Puesto que Dios es el creador y el señor de todas las cosas, debemos emplearlas en el uso para el que han sido hechas y servirnos de ellas según el fin que Él se propuso al crearlas. Tanto por la razón como por los sentimientos interiores que nos ha dado podemos conocer su designio y su fin, y conciliarlos con el interés de la sociedad establecida entre los hombres en el país donde habitamos.

"El hombre no ha sido hecho para permanecer ocioso: debe ocuparse de algo que tenga como fin su ventaja particular conciliada con el bien general. Dios no ha querido sólo la felicidad de algunos individuos, quiere la felicidad de todos. Debemos entonces prestarnos mutuamente todos los servicios posibles, cuidando de que estos servicios no destruyan algunas ramas de la sociedad establecida: es este último punto el que debe dirigir nuestras acciones. Considerándolo en lo que hacemos, en nuestro estado, cumplimos todos nuestros deberes. El resto no es sino quimera, ilusión, prejuicios."

#### ORIGEN DE LAS RELIGIONES

"Todas las religiones sin excepción, son obra de los hombres. No hay ninguna que no haya tenido sus mártires, sus pretendidos milagros. ¿Qué prueban más las nuestras que las otras religiones?

"Desde un principio las religiones han sido establecidas por el temor: el trueno, las tempestades, los vientos, el granizo, destruían los frutos, los granos que alimentaban a los primeros hombres desparramados sobre la superficie de la tierra. Su impotencia para enfrentar estos acontecimientos los obligó a recurrir a las oraciones dirigidas a lo que reco-



nocían ser más poderoso que ellos y que creían dispuesto a atormentarlos. Luego, hombres ambiciosos, grandes genios, grandes políticos nacidos en diferentes siglos, en diversas regiones, sacaron partido de la credulidad de los pueblos, anunciaron dioses a menudo extravagantes, fantásticos, tiranos, establecieron cultos, emprendieron la formación de sociedades de las que pudiesen convertirse en jefes y legisladores. Reconocieron que, para mantener estas sociedades, era necesario que cada uno de sus miembros sacrificara a menudo sus pasiones, sus placeres particulares al bienestar de los demás. De allí la necesidad de proponer un equivalente de recompensas que esperar y de penas que temer, que determinasen a realizar tales sacrificios. Estos políticos imaginaron entonces las religiones. Todas prometen recompensas y anuncian penas que llevan a una gran parte de los hombres a resistir la inclinación natural que tienen a apropiarse del bien, de la mujer, de la hija del otro, de vengarse, de hablar mal de su prójimo, de manchar su reputación con el fin de hacer sobresalir la propia."

#### ORIGEN DEL HONOR

"El honor fue asociado luego a las religiones. Este ser tan quimérico como aquéllas, tan útil para el bienestar de las sociedades y para el de cada individuo, fue imaginado para retener en los mismos límites y con los mismos principios un cierto número de otros hombres."

#### LA VIDA DEL HOMBRE ES COMPARADA A UN GOLPE DE DADOS

"Hay un Dios creador y motor de todo lo que existe, no demos de ello. Somos parte de este todo, y no obramos sino

en consecuencia de los primeros principios del movimiento que Dios le ha dado. Todo está interrelacionado y es necesario; nada es producido por el azar. Tres dados, arrojados por un jugador, deben infaliblemente dar tal o tal número, según la colocación de los dados en su cubilete, la fuerza y el movimiento producidos. La tirada de dados es la imagen de todas las acciones de nuestra vida. Un dado empuja a otro al que imprime un movimiento necesario, y de movimiento en movimiento, resulta, físicamente, un número determinado. Igualmente el hombre, por su primer movimiento, por su primera acción queda determinado a una segunda, a una tercera, etc. Pues decir que el hombre quiere una cosa porque la quiere, no es decir nada, es suponer que la nada produce un efecto. Es evidente que hay un motivo, una razón que lo determina a querer esa cosa, y de razones en razones —que están determinadas unas por otras—, la voluntad del hombre es completamente llevada por la necesidad de realizar tales y tales acciones durante todo el curso de su vida, cuyo fin es el mismo que el de la tirada de dados.

"Amemos a Dios, no porque nos lo exija sino porque es soberanamente bueno y temamos sólo a los hombres y a sus leyes. Respetemos esas leyes porque son necesarias al bien público, del cual cada uno somos una parte."

"He aquí, madame", agregó el abate T., "lo que mi amistad por vos ha sacado de mí sobre el tema de las religiones. Es el fruto de veinte años de trabajo, de vigilias y de meditaciones, durante las cuales he buscado de buena fe distinguir la verdad de la mentira.

"Concluyamos entonces, querida amiga, que los placeres que experimentamos, vos y yo, son puros e inocentes porque no hieren ni a Dios ni a los hombres, a causa de la discreción y de la decencia que nuestra conducta tiene. Sin estas dos condiciones, convengo en que causaríamos escándalo y seríamos criminales contra la sociedad: nuestro ejemplo podría seducir a jóvenes corazones destinados por

sus familias por su nacimiento a hacer útiles servicios al bien público, que podrían descuidar para seguir sólo el torrente de sus placeres."

**MADAME C. TRATA DE PERSUADIR AL ABATE T.**

**DE QUE, PARA FELICIDAD DE LA SOCIEDAD, DEBE COMUNICAR SUS ESCLARECIMIENTOS AL PÚBLICO**

"Pero si nuestros placeres son inocentes, como ahora lo entiendo, ¿por qué no instruir a todo el mundo acerca de la forma de experimentar lo mismo?", replicó madame C. "¿Por qué no comunicar el fruto que habéis obtenido de vuestras meditaciones metafísicas a nuestros amigos, a nuestros conciudadanos, ya que nada podría contribuir más a su tranquilidad y a su felicidad? ¿No me habéis dicho cien veces que no hay mayor placer que el de hacer gente feliz?"

**RAZÓN QUE OFRECE EL ABATE T.**

**PARA NO HACERLO**

"Os dije bien, madame", contestó el abate. "Pero cuidémonos de revelar a los tontos verdades que no apreciarían y de las que abusarían. Ellas sólo deben ser conocidas por la gente que las sabe pensar y cuyas pasiones están tan equilibradas entre sí que ninguna los subyuga. Esta especie de hombres y mujeres es muy rara: de cien mil personas no hay veinte que se habitúen a pensar, y de estas veinte apenas encontraréis cuatro que realmente piensen por sí mismas o que no sean sometidas por una pasión dominante. De ahí que hay que ser muy circunspectos sobre el género de verdades que hoy hemos examinado. Como pocas personas perciben la necesidad de ocuparse de la felicidad de sus vecinos para asegurar la que se busca para sí, se deben

ofrecer a pocas personas las pruebas claras de la insuficiencia de las religiones, que no dejan de obrar y de retener dentro de sus deberes a un gran número de hombres y en la observación de reglas que en el fondo sólo son útiles al bien de la sociedad bajo el velo de la religión, a causa del temor a las penas y la esperanza de recompensas eternas que les anuncia. Son ese temor y esa esperanza los que guían a los débiles: su número es grande. Son el honor, el interés público, las leyes humanas los que guían a la gente que piensa: su número es pequeño."

Cuando el abate dejó de hablar, madame C. le agradeció de un modo que manifestaba toda su satisfacción.

"Eres adorable, querido amigo", le dijo saltándole al cuello. "¡Qué feliz soy por conocer y amar a un hombre que piensa tan rectamente como tú! Ten por seguro que nunca abusaré de tu confianza y que seguiré exactamente tus sólidos principios."

Tras algunos besos dados por uno y por la otra y que me fastidiaron mucho a causa de la ubicación molesta en que me encontraba, mi piadoso director y su dócil prosélita bajaron al salón donde solían reunirse. Me dirigí rápidamente a mi habitación, donde me encerré. Un instante después vinieron a llamarme de parte de madame C. Mandé a decirle que no había dormido en toda la noche y que por favor me dejara reposar algunas horas aún. Empleé ese tiempo en transcribir todo lo que acababa de oír.

[...]

*[Tras esta iniciación en los misterios de la filosofía, Thérèse acompaña a su madre a París. Su madre muere poco después de llegar, dejando a Thérèse con poco para vivir en la ciudad depravada. Mientras trata de decidir qué hacer con su vida, Thérèse se muda a una pensión, donde se hace amiga de madame Bois-Laurier, una ex prostituta que se ha retirado con*



*una pequeña fortuna heredada de la madama de su prostíbulo. Madame Bois-Laurier le cuenta su vida sexual a Thérèse con lujo de detalles y le muestra la ciudad. Sus excursiones incluyen una noche en la Ópera donde Thérèse encuentra al conde a quien está dirigido su relato. En este momento se refiriere a sus relaciones con él.]*

CONTINUACIÓN DE LA HISTORIA  
DE THÉRÈSE

Cuando madame Bois-Laurier terminó, le aseguré que debía contar con mi discreción y le agradecí de todo corazón por haber vencido, para ventaja mía, la reluctancia natural que se siente al informar a otra persona sus desbordes pasados.

Era entonces cerca del mediodía. Estábamos intercambiando cortesías, la Bois-Laurier y yo, cuando me avisaron que vos requeríais verme. Mi corazón saltó de gozo. Me levanté, fui volando junto a vos, cenamos y pasamos juntos el resto del día.

Tres semanas pasaron, sin que, por decirlo así, nos separáramos y sin que yo tuviera la sagacidad de darme cuenta que vos empleabais ese tiempo para saber si yo era digna de vos. En efecto, embriagada por el placer de veros, mi alma no percibía otro sentimiento dentro de mí, y aunque no tuviera otro deseo que poseeros durante toda mi vida, nunca se me ocurrió preparar un plan que me asegurara esa felicidad.

Mientras tanto, la modestia de vuestras expresiones y la sabiduría de vuestro comportamiento para conmigo no dejaban de alarmarme. Si me ama, me decía, tendría en mi presencia el aspecto de vivacidad que veo en quienes me aseguran amarme intensamente. Eso me inquietaba. Ignoraba entonces que las personas razonables aman de manera razonable y que los torpes son torpes en todo lo que hacen.

EL CONDE DE... PROPONE A THÉRÈSE MANTENERLA  
Y LLEVARLA A SUS DOMINIOS

En fin, querido conde, al pasar un mes me dijisteis un día lacónicamente que mi situación os había inquietado desde el día mismo en que me habíais conocido, que mi expresión, mi carácter, mi confianza en vos os habían decidido a buscar los medios que pudieran sacarme del laberinto en el que estaba a punto de entrar.

"Os parezco sin duda muy frío, mademoiselle", añadisteis, "para ser el hombre que asegura amaros. Sin embargo, nada es más cierto; pero sabed que la pasión que más siento es la de haceros feliz". Quise interrumpiros en ese momento para agradeceros.

"Aún no es el momento, mademoiselle", continuasteis. "Tened la bondad de escucharme hasta el final. Tengo doce mil libras de renta; puedo sin inconveniente alguno, aseguraros dos mil durante vuestra vida. Soy soltero, decidido a no casarme nunca, y a dejar la alta sociedad, cuyas extravagancias comienzan a resultarme pesadas, para retirarme a unas tierras muy bellas que poseo a cuarenta leguas de París. Parto en cuatro días. ¿Queréis acompañarme como amiga? Quizás, luego, os decidiréis a vivir conmigo como mi amante. Esto dependerá del placer que sintáis en procurarme placer. Pero no olvidéis que esta decisión sólo tendrá éxito en tanto consideréis interiormente que ella puede contribuir a vuestra felicidad."

DEFINICIÓN DEL PLACER Y DE LA FELICIDAD:

AMBOS DEPENDEN DE LA CONFORMACIÓN  
DE LAS SENSACIONES

"Es una locura", añadisteis, "creer que uno es dueño de volverse feliz por la forma de pensar. Está demostrado que no

se piensa como se quiere. Para ser feliz cada uno debe comprender el tipo de placer que le es propio, que conviene a las pasiones que lo afectan, combinando lo que resultará de lo bueno y de lo malo que provienen del goce de ese placer, teniendo presente que lo bueno y lo malo deben ser considerados no sólo en relación a uno mismo sino también en relación al interés público".

**EL HOMBRE PARA VIVIR FELIZ DEBE SER CUIDADOSO**

**EN CONTRIBUIR A LA FELICIDAD DE LOS DEMÁS. DEBE SER**

**UN HOMBRE DE BIEN**

"Es axiomático que como el hombre, a causa de la multiplicidad de sus necesidades, no puede ser feliz sin el socorro de una infinidad de otras personas, cada uno debe cuidar de no hacer nada que hiera la felicidad de su vecino. Quien se aparta de este sistema huye de la felicidad que busca. De donde puede concluirse con certeza que el primer principio que todos debemos seguir para vivir felices en este mundo es ser un hombre de bien y observar las leyes humanas, que son como las ligaduras de las necesidades mutuas de la sociedad. Es evidente, digo yo, que quienes se alejan de este principio no pueden ser felices: son perseguidos por el rigor de las leyes, por el odio y por el desprecio de sus conciudadanos."

"Reflexionad entonces, mademoiselle", continuasteis, "sobre todo lo que acabo de tener el honor de deciros. Pensad; ved si podéis ser feliz haciéndome feliz. Os dejo. Mañana vendré a recibir vuestra respuesta".

Vuestras palabras me habían estremecido. Sentí un placer inexpresable en imaginar que yo podía contribuir a los de un hombre que pensaba como vos. Percibí al mismo tiempo el laberinto que me amenazaba y ante el que vuestra generosidad me tranquilizaba. Os amaba. ¡Pero qué poderosos son los prejuicios y qué difícil de destruir! La condición de mujer

mantenida, que siempre había visto que se consideraba vergonzosa, me atemorizaba. Temía también dar a luz un niño: mi madre y madame C. casi habían muerto en el parto. Por lo demás, el hábito que tenía de procurarme por mí misma un género de placer que me habían dicho era igual al que recibimos en los abrazos de un hombre, amortiguaba el fuego de mi temperamento y nada deseaba en relación con ello, pues el alivio seguía de inmediato a los deseos. Sólo debían decidirme la perspectiva de una próxima miseria o el deseo de ser feliz haciendo vuestra felicidad. Esa primera idea apenas me rozó, la segunda determinó mi decisión.

**THÉRÈSE SE ENTREGA AL CONDE DE... EN CALIDAD**

**DE AMIGA Y PARTE CON ÉL A SUS DOMINIOS**

¡Con qué impaciencia esperé vuestro retorno a mi casa en cuanto me hube decidido! Al día siguiente aparecisteis y me precipité en vuestros brazos.

"Sí, señor, ¡os pertenezco!", exclamé, "tratad con delicadeza el cariño de una muchacha que os quiere. Vuestros sentimientos me aseguran que nunca constreñiréis los míos. Conocéis mis temores, mis debilidades, mis hábitos. Dejad obrar al tiempo y a vuestros consejos. Conocéis el corazón humano, el poder de las sensaciones sobre la voluntad. Usad vuestras ventajas para hacer nacer en mí aquellas que creáis más adecuadas para decidirlo a contribuir sin reserva a vuestros placeres. Mientras, tanto, soy vuestra amiga, etcétera".

Recuerdo que interrumpisteis este dulce desborde de mi corazón. Me prometisteis que nunca constreñiríais mis gustos y mis inclinaciones. Todo quedó arreglado. Al día siguiente hice conocer mi felicidad a la Bois-Laurier, que se deshizo en lágrimas al dejarme. Y partimos al fin a vuestra tierra el día que habíais fijado.



Habiendo llegado a ese bonito lugar, en nada me asombró el cambio de mi condición, pues mi mente sólo se ocupaba en complaceros.

ELLA REDUCE AL CONDE A LOS PLACERES  
DE LA "PEQUEÑA OCA"

Dos meses pasaron sin que me presionarais con los deseos que buscabais hacer nacer insensiblemente en mí. Me anticipaba a todos vuestros placeres, excepto aquellos de cuyo goce me exaltabais los encantos y que yo no creía que fuesen más intensos que los que disfrutaba habitualmente y que os ofrecía compartir. Temblaba, al contrario, ante la vista del dardo con que amenazabais penetrarme. ¿Cómo sería posible, me decía, que algo de ese largo, con una cabeza tan monstruosa pueda caber en un espacio donde apenas puedo introducir mi dedo? Además, si me hago madre, estoy segura de que moriría.

"Ah, querido amigo", proseguía yo, "evitemos ese escollo fatal. ¡Dejadme hacer a mí!". Yo acariciaba, besaba lo que llamáis vuestro *doctor*. Le producía movimientos que arrebatándoos a pesar vuestro ese licor divino, os llevaba al placer voluptuoso y restablecía la calma en vuestra alma.

DISCURSO SOBRE EL AMOR A SÍ MISMO  
QUE DETERMINA TODAS LAS ACCIONES  
DE NUESTRA VIDA

Me di cuenta de que cuando el aguijón de la carne quedaba despuntado, bajo el pretexto del gusto que yo tenía por los asuntos de la moral y la metafísica, vos usabais la fuerza del razonamiento para decidir mi voluntad a favor de lo que deseabais de mí.

"Es el amor a sí mismo", me decíais un día, "lo que determina todas las acciones de nuestra vida. Entiendo por amor a sí mismo la satisfacción interior que sentimos en hacer tal cosa u otra. Yo os amo, por ejemplo, pues tengo placer al amaros. Lo que he hecho por vos puede conveniros, os puede ser útil, pero no os sintáis obligada por ello: es el amor a mí mismo que me ha determinado, es porque he decidido que mi felicidad contribuya a la vuestra y es por ese mismo motivo que vos sólo me haréis perfectamente feliz cuando vuestro amor a vos misma encuentre allí su propia satisfacción. Un hombre da a menudo limosna a los pobres, se molesta incluso para darles alivio: su acción es útil al bien de la sociedad, es elogiable en ese sentido, pero en cuanto a él, nada de eso, ha dado la limosna porque la compasión que sentía por esos desdichados producía en él un sufrimiento y ha tenido menor disgusto en deshacerse de su dinero en favor de aquellos que en seguir soportando ese sufrimiento suscitado por la compasión. O quizá incluso sucede que el amor a sí mismo, halagado por la vanidad de pasar por persona misericordiosa es la verdadera satisfacción interior que lo ha decidido. Todas las acciones de nuestra vida están dirigidas por estos dos principios: procurarse mayor o menor placer; evitar mayor o menor sufrimiento".

RAZONAMIENTO SOBRE LA IMPOTENCIA DEL ALMA  
PARA OBRAR O PENSAR DE UNA U OTRA MANERA

Otras veces me explicabais, ampliabais las breves lecciones que yo había recibido de monsieur el abate T.:

"Él os ha enseñado", me decíais, "que no somos dueños de pensar de tal manera u otra, de actuar con determinada voluntad; que no somos los dueños de tener o no tener fiebre. En efecto", añadíais, "vemos por observaciones claras y simples que el alma no es dueña de nada, que sólo obra a

consecuencia de las sensaciones y de las facultades del cuerpo, que las causas que pueden producir desorden en los órganos perturban el alma, alteran el espíritu; que un conducto, una fibra, perturbados en el cerebro pueden convertir en imbecil al hombre más inteligente del mundo. Sabemos que la naturaleza obra por las vías más simples, por un principio invariable. Ahora, como es evidente que no somos libres en ciertas acciones, no lo somos en ninguna.

"Agreguemos a ello que si las almas fueran puramente espirituales serían todas iguales. Siendo todas iguales, si tuvieran la facultad de pensar y querer por sí mismas, pensarían y decidirían todas de la misma manera en casos iguales. Pero eso no ocurre. Entonces están determinadas por otra cosa, y esta otra cosa no puede ser sino la materia, ya que incluso hasta los más crédulos sólo reconocen el espíritu y la materia."

#### REFLEXIONES SOBRE EL ESPÍRITU

"Pero, preguntemos a estos hombres crédulos qué es el espíritu. ¿Puede existir y no estar en ningún lugar? Si está en un lugar debe ocupar un espacio, si ocupa un espacio es extenso, si es extenso tiene partes y si tiene partes es materia. Entonces, o el espíritu es una quimera, o es parte de la materia."

"De estos razonamientos", decíais, "puede concluirse con certeza: primero que pensamos de una manera o de otra sólo según la organización de nuestros cuerpos, junto con las ideas que recibimos diariamente a través del tacto, el oído, la vista, el olfato, y el gusto; en segundo lugar, que la felicidad o la desdicha de nuestra vida dependen de esta modificación de la materia y de estas ideas, que así los genios, las personas que piensan han de esforzarse mucho para inspirar ideas que sean capaces de contribuir con eficacia a la felicidad pública, y más en particular, a las perso-

nas que ellos aman. ¿Y para este fin qué no harán los padres y las madres para sus hijos, los tutores, los preceptores para sus discípulos?"

#### APUESTA DEL CONDE CON THÉRÈSE

En fin, querido conde, mis rechazos comenzaban ya a fatigaros cuando se os ocurrió hacer venir de París vuestra biblioteca galante y vuestra colección de cuadros del mismo género. El gusto que mostré por los libros y también por las pinturas os sugirió dos medios que tuvieron éxito.

"¿Os gustan entonces, mademoiselle Thérèse, las lecturas y las pinturas galantes?", me dijisteis bromeando. "Me encanta saberlo: tendréis lo más admirable. Pero capitulemos por favor: consiento en prestaros y colocar en vuestro apartamento mi biblioteca y los cuadros durante un año con tal que os comprometáis a no poner vuestra mano durante quince días en esa parte vuestra que en justicia debiera ser ya mi posesión, y que os divorciéis del 'manualismo'. Sin concesiones", añadisteis; "es justo que cada uno ceda un poco en el trato. Tengo buenas razones para exigirlos esto. Elegid: sin este trato, nada de libros ni pinturas."

Vacilé un poco; hice voto de continencia por quince días. "No es suficiente", me dijisteis todavía, "impongámonos condiciones recíprocas: no es equitativo que hagáis semejante sacrificio por ver esos cuadros o por una lectura momentánea. Hagamos una apuesta que ganaréis sin duda: apuesto mi biblioteca contra vuestra virginidad que no guardaréis la continencia durante quince días como lo prometéis".

"En verdad, señor", os respondí un poco picada, "tenéis una idea muy singular de mi temperamento y me creéis poco dueña de mí misma".

"Oh, mademoiselle", replicasteis, "nada de acusaciones, os lo ruego; no me hace feliz mantener procesos con vos.



Percibo, además, que no adivináis el objeto de mi propuesta. Escuchadme. ¿No es verdad que todas las veces que os hago un regalo vuestro amor propio parece resentirse por recibirlo de un hombre al que no hacéis todo lo feliz que él podría ser? ¡Bien! La biblioteca y los cuadros que tanto disfrutáis no os harán ruborizar pues sólo os pertenecerán tras haberlos ganado".

"Mi querido conde", contesté, "me tendéis un trampa, pero os engañáis, os lo advierto. ¡Acepto la apuesta! Y me comprometo incluso a ocupar mis mañanas sólo en leer vuestros libros y mirar vuestros encantadores cuadros".

#### EFFECTOS DE LA PINTURA Y DE LA LECTURA

Todo fue llevado a mis habitaciones según vuestras órdenes. Devoré con lo ojos o mejor dicho, recorrí durante los cuatro primeros días la historia del *Portier des Chartreux*, la de *La Tourière des Carmélites*, *L'Académie des dames*, *Les Laurier ecclésiastiques*, *Thémidore*, *Frétilton*, etc., y muchos otros libros de este género que sólo dejaba para examinar con avidez los cuadros donde las posturas más lascivas estaban representadas con un colorido y una expresión que transmitían un fuego ardiente en mis venas.

Al quinto día, tras una hora de lectura, caí en una especie de éxtasis. Acostada en mi lecho, con todas las cortinas abiertas, dos cuadros –las *Fiestas de Príapo* y los *Amores de Marte y Venus*– frente a mis ojos. La imaginación encendida por las actitudes allí representadas, aparté las sábanas y las coberturas, me preparé a imitar todas las posturas que veía sin fijarme si la puerta de mi habitación estaba bien cerrada. Cada figura me inspiraba el sentimiento que el pintor había expresado en ella. Dos atletas, que estaban en la parte derecha del cuadro de las *Fiestas de Príapo* me producían un encantamiento, me transportaban, a causa de la seme-

janza del gusto de la pequeña mujer con el mío. Maquinalmente, mi mano derecha se colocó donde estaba puesta la mano del hombre e iba yo a hundir mi dedo en ese sitio cuando la reflexión me retuvo. Me di cuenta de mi ilusión, y el recuerdo de las condiciones de nuestra apuesta me obligó a retirarla.

¡Qué lejos estaba de imaginar que vos observabais mis debilidades –si es que es una debilidad esa dulce inclinación de la naturaleza– y qué locura era mi resistencia a los placeres inexpresables de un goce real! Tales son los efectos del prejuicio: son nuestros tiranos. Otras partes de ese cuadro excitaban, una por vez, mi admiración y mi piedad. Finalmente puse mis ojos en el segundo cuadro. ¡Qué lascivia en la actitud de Venus! Como ella, me extendí con molición. Las piernas un poco apartadas, los brazos voluptuosamente abiertos, yo admiraba la brillante actitud de Marte. El fuego que parecía animar sus ojos y sobre todo su lanza traspasó mi corazón. Me deslicé bajo las sábanas, mis nalgas se agitaban voluptuosamente como ofreciendo una corona al vencedor.

"¡Qué!", exclamé, "¡las divinidades mismas encuentran su felicidad en un bien que yo rechazo! ¡Ah! ¡Querido amante! No resisto más. Venid, conde, no temo tu dardo, puedes penetrar a tu amante, puedes incluso elegir donde atacar, me da lo mismo, sufriré tus ataques con confianza y sin protestar. Y para asegurar tu triunfo, ¡mira! Mi dedo está en su lugar".

#### EL CONDE GANA SU APUESTA Y GOZA FINALMENTE DE THÉRÈSE

¡Qué sorpresa! ¡Qué momento de felicidad! Aparecisteis de pronto, más orgulloso, más brillante que Marte en la pintura. Arrojasteis una ligera *robe de chambre* que os cubría.

"He tenido mucha delicadeza", me dijisteis, "como para aprovechar la primera ventaja que me habéis dado: estaba ante tu puerta, desde donde oí y vi todo, pero no he querido deber mi felicidad al triunfo de una apuesta ingeniosa. No he venido, querida Thérèse, sino porque me llamasteis. ¿Estás decidida?"

"Sí, mi querido amante", exclamé, "te pertenezco del todo. Atácame, no temo tus golpes".

Al instante caísteis en mis brazos. Tomé sin hesitar la flecha que hasta entonces me había parecido tan temible y la puse yo misma en el orificio al que ella amenazaba. La hundisteis sin que vuestros golpes redoblados me arrancasen el menor grito. Mi atención fija en la idea del placer no me dejaba percibir el sentimiento del dolor.

Ya la pasión parecía haber expulsado la filosofía del hombre dueño de sí mismo cuando me dijisteis con sonidos mal articulados:

"No usaré, Thérèse, de todo el derecho que he adquirido. Temes ser madre, lo evitaré. El gran placer se acerca, cuando lo retire pon tu mano en tu vencedor y ayúdalo con algunas sacudidas a... ya es tiempo, hija, yo... de... placer..."

"¡Ah! ¡Yo me muero también!", exclamé, "no siento ya más, des... fa... llez... co..."

Entre tanto, había agarrado el dardo, lo apretaba ligeramente en mi mano que le hacía de estuche, en la que acabó de recorrer el espacio que lo acercaba al goce. Recomenzamos, y nuestros placeres se renovaron durante diez años de la misma forma, sin preocupación, sin niños, sin inquietud.

He aquí, querido benefactor, lo que creo que vos me habéis exigido que escribiera acerca de los detalles de mi vida. ¡Cuántos tontos, si alguna vez este manuscrito se publica, protestarían contra la lascivia, contra los principios de moral y de filosofía que contiene! Responderé a esos tontos -a esas máquinas pesadamente organizadas, a esta

especie de autómatas acostumbrados a pensar a través del cerebro de otro, que hacen tal cosa u otra sólo porque se les dice que la hagan-, yo les responderé que todo lo que he escrito se funda en la experiencia y en el razonamiento libre de todo prejuicio.

#### CURIOSA REFLEXIÓN DE THÉRÈSE PARA PROBAR

QUE LOS PRINCIPIOS CONTENIDOS EN SU LIBRO

DEBEN CONTRIBUIR A LA FELICIDAD DE LOS HOMBRES

¡Sí, ignorantes! La naturaleza es una quimera, todo es obra de Dios. De Él nos viene la necesidad de comer, de beber y de gozar de los placeres. ¿Por qué entonces ruborizarse al cumplir sus designios? ¿Por qué temer contribuir a la felicidad de los hombres preparándoles platos variados, adecuados para satisfacer sensualmente a estos diversos apetitos? ¿Temeré disgustar a Dios y a los hombres anunciando verdades que sólo pueden iluminar sin daño alguno?

#### ELLA OFRECE UN RESUMEN DE TODO

LO QUE EL LIBRO CONTIENE

Os repito entonces, censores atrabiliarios: no pensamos como nosotros queremos. El alma no tiene voluntad, sólo la determinan las sensaciones, la materia. La razón nos ilumina, pero no nos determina. El amor a sí mismo (el placer que se espera o el sufrimiento que se evita) es el móvil de todas nuestras decisiones. La felicidad depende de la conformación de nuestros órganos, de la educación, de las sensaciones externas, y las leyes humanas son tales que el hombre solamente puede ser feliz observándolas, viviendo dignamente. Hay un Dios, debemos amarlo porque es un Ser soberanamente bueno y perfecto. El hombre racional,



el filósofo, debe contribuir a la felicidad pública con la regularidad de sus costumbres. No hay culto, Dios se basta a sí mismo: las genuflexiones, las muecas, lo que los hombres han imaginado no pueden aumentar su gloria. Sólo hay bien y mal moral en relación a los hombres, nada en relación a Dios. Si el mal físico daña a algunos, es útil a otros: el médico, el abogado, el financiero, viven de los males de otros, todo está interrelacionado. Las leyes establecidas en cada región para estrechar los vínculos de la sociedad deben ser respetadas, quien las infringe debe ser castigado porque como el ejemplo puede mantener controlados a los hombres mal organizados, malintencionados, es justo que el castigo de un infractor contribuya a la tranquilidad general. En fin, los reyes, los príncipes, los magistrados, todas las diversas autoridades, según su rango, que cumplen los deberes de su Estado, deben ser amados y respetados porque cada uno de ellos obra contribuyendo al bien de todos.

## EL AÑO DOS MIL CUATROCIENTOS CUARENTA. UN SUEÑO, SI ES QUE ALGUNA VEZ HUBO UNO

*L'An deux mille quatre cent quarante,  
rêve s'il en fût jamais*

[“Amsterdam, 1771”, por Louis-Sébastien Mercier. El material agregado luego de la publicación de la primera edición no aparece en esta traducción.]

### CAPÍTULO II TENGO SETECIENTOS AÑOS

ERA medianoche cuando mi viejo hombre inglés partió. Me sentía un poco cansado: cerré la puerta y me acosté. Una vez que el sueño se extendió sobre mis párpados, soñé que me había dormido hacía siglos y que despertaba.<sup>1</sup> Me levanté y me sentí con un peso desacostumbrado. Las manos me temblaban, mis pies tambaleaban. Al mirarme en el espejo me costó reconocer mi rostro. Me había acostado con los cabellos rubios, la tez blanca y las mejillas coloradas. Cuando me levanté mi frente estaba surcada de arrugas, mis cabellos habían encanecido, tenía dos huesos salientes bajo los ojos, una nariz alargada y un color pálido y lívido cubría mi fisonomía. En el momento en que quise caminar, apoyé maquinalmente mi cuerpo en un bastón; pero al menos no había heredado el mal humor común de los ancianos.

<sup>1</sup> Uno sólo necesita haber sido intensamente impactado en la imaginación por un objeto para verlo reaparecer durante la noche. Hay cosas asombrosas en los sueños. Éste, como se verá por lo que sigue, está muy bien provisto.

Al salir de mi casa vi una plaza pública que me resultó desconocida. Acababan de levantar una columna piramidal que atraía las miradas de los curiosos. Me adelanto, y leo claramente: *El año de gracia 2440*. Estos caracteres estaban grabados sobre el mármol en letras de oro.

Primero pensé que se trataba un error de mis ojos o acaso un error del artista, y me disponía a comentarlo cuando mi sorpresa aumentó al poner la vista en dos o tres edictos del soberano pegados en las paredes. Siempre fui un curioso lector de los afiches de París. Vi la misma fecha: 2440, fielmente impresa en todos los avisos públicos. ¡Cómo! —me dije a mí mismo—, ¡he envejecido tanto sin darme cuenta: he dormido seiscientos sesenta y dos años!<sup>2</sup>

Todo había cambiado. Todos esos barrios que me eran tan conocidos aparecían en forma diferente, recién embellecidos. Me perdí en unas grandes y bellas calles alineadas perfectamente. Llegué a unos cruces de calles espaciosos, donde reinaba un orden tan excelente que no percibía el menor obstáculo. No oía ninguno de esos gritos confusos y bizarros que en el pasado desgarraban mis oídos.<sup>3</sup> No tropecé con coches listos para aplastarme. Una persona que padeciera la gota habría podido pasearse tranquilamente. La ciudad tenía un aire animado pero sin disturbio ni confusión.

Tan maravillado me encontraba que no advertía a los transeúntes detenerse y observarme de pies a cabeza con el mayor asombro. Se encogían de hombros y sonreían como sonreímos cuando nos cruzamos con alguien disfrazado. En efecto, mi vestimenta debía parecerles original y grotesca, tan diferente era de la de ellos.

Un ciudadano (que luego supe que se trataba de un hombre docto), se acercó a mí y me dijo cortésmente, pero con

<sup>2</sup> Esta obra se comenzó en 1768.

<sup>3</sup> Los gritos de París constituyen un lenguaje particular del que hace falta poseer la gramática.

decidida gravedad: "Buen viejo, ¿para qué sirve este disfraz? ¿Intentáis evocar los ridículos usos de un siglo extravagante? No tenemos deseo de imitarlos. Dejad esa broma vana".

"¿Cómo?" le contesté, "no estoy disfrazado; llevo el mismo traje que ayer: los que mienten son vuestras columnas y vuestros afiches. Parece que reconocéis un soberano distinto de Luis XV. No sé cuál puede ser vuestra idea pero creo que es peligrosa; os lo advierto; no se juegan semejantes mascaradas; no se puede ser tan loco: en todo caso sois impostores sin propósito, pues no podéis ignorar que nada puede prevalecer contra la evidencia de su propia realidad".

Sea que este hombre se persuadiera de que yo deliraba, sea que pensara que la edad avanzada que yo parecía tener me hacía desatinar, sea que tuviera otra sospecha, me preguntó en qué año había nacido. "En 1740", le contesté. "Pues bien, según la cuenta tenéis justo setecientos años. No hay que asombrarse de nada, dijo a la multitud que me rodeaba: Enoch, Elías no han muerto, Matusalén y otros vivieron hasta novecientos años; Nicolás Flamel va por el mundo como el judío errante, y el señor, tal vez, ha encontrado el elixir inmortal o la piedra filosofal."

Mientras pronunciaba estas palabras sonrió y todos se apretujaron a mi alrededor con una complacencia y un respeto muy particulares. Estaban ávidos de interrogarme, pero la discreción sujetaba sus lenguas; se contentaban con decir en voz baja: "¡un hombre del siglo de Luis XV! ¡Oh, qué cosa extraña!".

### CAPÍTULO III

#### ME VISTO EN LA TIENDA DE ROPA USADA

Me sentía muy incómodo con mi aspecto. Mi docto señor me dijo: "Viejo asombroso, me ofrezco con placer a haceros



de guía, pero empecemos, os ruego, por entrar en la primera tienda de ropa usada que encontremos, pues", añadió con franqueza, "no podría acompañaros si no estáis decentemente vestido".

"Deberéis admitir que, por ejemplo, en una ciudad bien administrada donde el gobierno prohíbe toda lucha y responde por la vida de cada individuo, es inútil, por no decir indecente, incomodar las propias piernas con un arma letal y ponerse una espada en la cintura para ir a hablar con Dios, con las mujeres y con los amigos. Eso lo hará el soldado en una ciudad sitiada. En vuestro siglo se mantenían aún los viejos prejuicios de la caballería gótica: era una marca de honor llevar siempre un arma ofensiva; y he leído en una obra de vuestro tiempo que incluso los ancianos débiles hacían ostentación de un hierro inútil.

"¡Qué incómoda e insalubre es vuestra vestimenta! Vuestras espaldas y brazos están aprisionados, vuestro pecho constreñido, no respiráis. ¿Y por qué, decidme, exponer vuestros muslos y piernas a la intemperie de los cambios de clima?

"Cada época trae nuevas modas, pero, o me equivoco o la nuestra es tan agradable como saludable: mirad." En efecto, la forma en que estaba vestido, aunque nueva para mí, no tenía nada que me desagradara. Su sombrero no tenía más ese color triste y lúgubre<sup>4</sup> ni esos cuernos molestos: sólo quedaba el casquete, que era lo bastante profundo como para sostenerse en la cabeza y estaba ceñido con un cordón. Éste, enrollado con gracia, iba plegado cuando no era necesario y podía soltarse a gusto de quien lo llevaba para protegerse del sol o del mal tiempo.

<sup>4</sup> Si tuviera que escribir la historia de Francia, me extendería con placer sobre el tema de los sombreros. Este capítulo tratado con esmero sería curioso e interesante. Contrastaría Inglaterra con Francia: una adoptaría un sombrero pequeño cuando la otra tomara uno grande; esta abandonaría el grande cuando la otra dejara el pequeño.

Sus cabellos trenzados prolijamente formaban un nudo detrás de la cabeza,<sup>5</sup> y un ligero toque de polvo dejaba ver el color natural. Este simple peinado no presentaba una pirámide enyesada con pomada y orgullo, ni esas fastidiosas caídas que dan un aire despavorido, ni esos rulos inmóviles que, lejos de imitar una cabellera flotante, no tienen mayor mérito que una rigidez inexpresiva sin gracia alguna.

Su cuello no estaba acogotado por una banda angosta de muselina:<sup>6</sup> iba envuelto en un pañuelo más o menos abrigado según la estación del año. Sus brazos gozaban de total libertad en sus mangas medianamente anchas, y su cuerpo, vestido ligeramente con una especie de casaca, iba cubierto con un manto en forma de toga cuyo uso era saludable en tiempo de lluvia y frío.

Una larga faja ceñía con dignidad sus riñones y les procuraba un calor permanente. No llevaban esas ligas que ciñen los jarretes y dificultan la circulación. Unas largas calzas iban de los pies a la cintura, y unos zapatos cómodos en forma de borceguí cubrían sus pies.

Me hizo entrar en una tienda donde me ofrecieron cambiarme la vestimenta. El asiento sobre el que me senté no era de esas sillas recargadas de tapizados que molestan en lugar de procurar descanso. Era una especie de canapé pequeño, revestido de tela trenzada, de forma convexa y que sobre un pivote se acomodaba a los movimientos del cuerpo. No creía estar en una tienda de ropa usada: su dueño no me hablaba ni de honor ni de conciencia, y su negocio estaba bien iluminado.

<sup>5</sup> Si se me ocurriera escribir un tratado sobre el arte de hacer rulos, ¡cómo asombraría a los lectores demostrándoles que existen trescientas o cuatrocientas maneras de torcer los cabellos de un caballero! ¡Oh! ¡Qué profundidades tienen nuestros oficios!, ¿quién puede jactarse de conocer su detalles?

<sup>6</sup> No me gusta que se critique a nuestros cuellos: nos sirven más de lo que se piensa. Las vigiliadas nocturnas, la buena comida y otros excesos nos vuelven pálidos. Nuestros cuellos, estrangulándonos un poco, reparan este defecto y nos devuelven el color.

## CAPÍTULO IV

## LOS CHANGADORES

Mi guía se volvía cada vez más afable. Pagó lo que yo había gastado en la tienda, el equivalente a un luis de nuestra moneda, que saqué de mi bolsillo. El comerciante prometió guardarla como una pieza antigua. En cada negocio se pagaba al contado; ese pueblo, de una probidad escrupulosa, no conocía la palabra *crédito* que disfraza las engañosas entre vendedor y comprador. El arte de endeudarse y no pagar no era más la ciencia de la sociedad educada.<sup>7</sup>

Al salir, la muchedumbre todavía me rodeaba, pero las miradas no tenían nada de burlón, nada insultante; sólo había un murmullo por todas partes: "He aquí el hombre de setecientos años. ¡Qué desdichado habrá sido los primeros años de su vida!".

Me asombraba encontrar tanta limpieza y tan pocos obstáculos en las calles: se diría que fuera el día de Corpus Christi. Sin embargo, la ciudad parecía extraordinariamente poblada.

Había en cada calle un guardia que vigilaba el orden público; dirigía la marcha de los coches y la de los hombres

<sup>7</sup> Carlos VII, rey de Francia, encontrándose en Bourges se hizo hacer un par de botas. Cuando se las estaba probando el intendente entró y le dijo al zapatero: "Llevaos vuestra mercadería, no podremos pagar estas botas por un tiempo. Su Majestad puede usar aún un mes más las viejas". El rey aprobó al intendente; merecía tener un hombre semejante a su servicio. ¿Qué pensará leyendo esto el joven bribón que ordena unos zapatos mientras ríe dentro de sí por haber encontrado un pobre artesano que engañar. Desprecia a la persona que lo calza, al que no paga y corre a prodigar el dinero en los asilos de la bacanal y del crimen. ¿Por qué su bajeza de alma no está grabada en su frente, que no se ruboriza por esconderse en cada esquina para evitar la mirada del acreedor? Si todos aquellos a quienes debe la vestimenta que lleva lo detuvieran en un cruce de calles y se llevaran lo que les pertenece, ¿qué le quedaría para cubrirse? Me gustaría que en las calles de París todo hombre vestido con ropas por encima de su estamento fuese obligado bajo severas penas a llevar en su bolsillo el recibo de su sastre.

que iban cargados; les abría el paso sobre todo a estos últimos cuya carga estaba siempre proporcionada a sus fuerzas.

No se veía a ningún desgraciado jadeante y sudando, con los ojos enrojecidos y la cabeza inclinada, gemir bajo un peso que en un pueblo de seres humanos sólo sería para una bestia de carga: el rico no sometía a la humanidad por unas pocas monedas. Menos aún se veía al sexo delicado y débil, nacido para cumplir deberes más dulces y felices, entristecer la mirada de los transeúntes transformados en changadores: no se las veía en los mercados públicos forzar su naturaleza a cada paso y acusar así la insensibilidad de los hombres, tranquilos espectadores de sus trabajos. Devueltas a los deberes de su condición, las mujeres cumplían con la única tarea que les impuso el Creador, traer niños al mundo y consolar a quienes están a su lado por los sufrimientos de la vida.

## CAPÍTULO V

## LOS COCHES

Advertí que los coches que se alejaban de nosotros iban por la derecha y los que se acercaban venían por la izquierda.<sup>8</sup> Este medio tan simple para no ser atropellado era una invención reciente: tan cierto es que sólo con el tiempo se hacen los descubrimientos útiles. De este modo se evitaban los accidentes. Todas las salidas eran seguras y fáciles; y en las ceremonias públicas, donde había afluencia de multitudes, éstas gozaban de un espectáculo que ellas aman naturalmente y que sería injusto negarles. Cada quien volvía tranquilamente a su casa sin que nadie resultara magullado o muerto. No se veía más aquel espectáculo risible y desagra-

<sup>8</sup> El extranjero apenas comprende qué cosa ocasiona en Francia este movimiento perpetuo de las personas que de la mañana a la noche están fuera de casa, a menudo sin nada que hacer y en una agitación incomprendible.



dable de mil coches enganchados entre sí, inmóviles durante tres horas, mientras que el rico y el imbécil, que se hacían llevar olvidando que tenían piernas, gritaban desde la puerta de su coche y se quejaban por no poder avanzar.<sup>9</sup>

La mayoría de la gente común circulaba libremente, con facilidad y orden. Pasé junto a cien carretas cargadas de mercadería o de muebles y junto a un solo carruaje, incluso llevaba a un hombre que me pareció inválido. "¿Qué ha sido", me pregunté, "de esos coches brillantes, dorados con elegancia, pintados y barnizados, que en mi tiempo llenaban las calles de París? ¿No tenéis aquí, pues, financistas ni cortesanas<sup>10</sup> ni petimetres? Antaño esas tres miserables especies insultaban al público, y parecían jugar a ver quién tendría la ventaja de espantar al digno ciudadano que huía a grandes pasos con temor de expirar bajo las ruedas de sus coches. Nuestros señores nobles tomaban las veredas de París como la arena de sus juegos olímpicos, y se vanagloriaban en reventar sus caballos. Era entonces el sálvese quien pueda".

"Ya no está permitido realizar semejantes carreras", me respondieron. "Unas buenas leyes suntuarias han reprimido ese lujo bárbaro que engordaba a un pueblo de lacayos y caballos.<sup>11</sup> Los favorecidos por la fortuna ya no conocen más esa ociosidad culpable que sublevaba los ojos de los pobres. Hoy nuestros señores usan sus piernas; tienen más dinero y menos gota.

<sup>9</sup> Nada más cómico que ver sobre un puente una fila de carruajes que se inmovilizan entre sí. Los señores miran y se impacientan. Los cocheros se levantan de sus asientos y maldicen. Este espectáculo venga un poco a los desdichados peatones.

<sup>10</sup> [En el París del siglo XVIII] se vio una vez a seis caballos magníficamente enjaezados; estaban atados a un carruaje soberbio: se hacían dos filas para verlo pasar. Los artesanos se sacaban sus gorras, pero era una ramera a quien habían saludado.

<sup>11</sup> Se comparó con razón a los necios opulentos que mantienen una muchedumbre de criados con las cochinillas: tienen muchos pies y su marcha es lentísima.

"Veis sin embargo algunos coches; pertenecen a antiguos magistrados o a hombres distinguidos por sus servicios y encorvados bajo el peso de los años. Solamente a ellos se les permite viajar lentamente sobre el pavimento donde hasta el más simple ciudadano es respetado; si tuvieran la desgracia de atropellar a alguien descenderían al instante de su carruaje para hacerle subir, y tendrían que mantenerle con su dinero un carruaje para él por el resto de su vida.

"Esta desgracia nunca sucede. Los ricos con títulos son personas estimables, que no creen perder su honor por soportar que sus caballos cedan el paso al ciudadano.

"Nuestro soberano mismo pasea a pie entre nosotros; a veces incluso honra él nuestras casas con su presencia, y casi siempre, cuando está cansado de haber caminado, elige la tienda de un artesano para descansar. Le gusta recrear la igualdad natural que debe reinar entre los hombres: así él sólo ve en nuestros ojos amor y reconocimiento; nuestras aclamaciones nos salen del corazón, y su corazón las oye y se regocija. Es un segundo Enrique IV. Tiene su misma grandeza de espíritu, sus sentimientos, su augusta sencillez; pero es más afortunado. Las huellas de sus pasos en la vía pública son reverenciadas; nadie osaría pelearse en ese sitio, se avergonzarían de cometer allí el menor desorden. 'Si el rey pasara', se dice; esta mera reflexión detendría, creo, una guerra civil. ¡Qué poderoso es el ejemplo cuando viene de lo más alto! ¡Qué impactante! ¡Cómo una ley se vuelve inviolable! ¡Cómo gobierna a todos los hombres!"

## CAPÍTULO VI

### LOS SOMBREROS BORDADOS

"Me parece que las cosas han cambiado un poco", dije a mi guía, "veo que todo el mundo va vestido de un modo simple y modesto; y desde que emprendimos la marcha no encontré

en mi camino ningún traje dorado, no he observado ni galones ni puños de encaje. En mi tiempo, un lujo pueril y ruinoso había trastornado todos los cerebros; un cuerpo sin alma iba sobrecargado de dorados y entonces el autómeta parecía un ser humano".

"Es justamente lo que nos ha llevado a despreciar esa antigua librea del orgullo. Nuestros ojos no se detienen en la superficie de las cosas. Cuando un hombre se hace conocer por haber sobresalido en su trabajo, no tiene necesidad de un traje magnífico ni de un moblaje para exhibir sus méritos; no tiene necesidad ni de admiradores que lo ponderen ni de protectores que los sostengan: sus acciones hablan por sí y cada ciudadano se interesa en pedir para él la recompensa que ellas merecen. Quienes comparten la misma carrera que él son los primeros en reclamar a favor suyo. Cada uno presenta una petición donde están enumerados los servicios que día a día él ha prestado al Estado.

"El monarca no deja de invitar a su corte a este hombre querido por el pueblo. Conversa con él para instruirse, pues no piensa que el espíritu de sabiduría le sea innato. Aprovecha las lecciones luminosas de quien ha elegido algún gran tema como fin principal de sus meditaciones. Le obsequia un sombrero con el nombre bordado, y esta distinción vale lo que las cintas azules, rojas y amarillas que en el pasado ornamentaban a personas absolutamente desconocidas por sus compatriotas.<sup>12</sup>

"Podéis imaginar que alguien de nombre infame no osaría mostrarse ante un público cuyas miradas lo denunciaran. Quienquiera lleve uno de estos sombreros honorables

<sup>12</sup> Entre los antiguos la vanidad consistía en descender de los dioses. Se hacía todo esfuerzo posible para ser sobrino de Neptuno, nieto de Venus, primo hermano de Marte; otros, más modestos se contentaban con descender de un río, de una ninfa, de una náyade. Nuestros modernos locos tienen una extravagancia más triste: tratan de descender no de antepasados célebres sino de antepasados oscuros de antiguo linaje.

puede entrar en todas partes, siempre tiene acceso libre al pie del trono; esa es una ley fundamental. Así, si un príncipe o un duque no han hecho nada para que su sombrero sea bordado, ellos gozan de sus riquezas, pero no llevan marca alguna de honor; se los ve pasar del mismo modo que al ciudadano oscuro que se mezcla y se pierde en la multitud.

"Hay tierras en las que es mejor no cavar mucho, hay virtudes que es mejor no examinar demasiado. ¿Qué importa si el motivo es personal cuando el resultado es grande, ilustre y se extiende por toda la patria?

"Estos eternos críticos de las causas primeras son más celosos en estrechar el círculo de las virtudes que en reconocer las que existen, y más dispuestos a justificar su propia indolencia que a ser útiles al público.

"La razón y la política autorizan a la vez esta distinción: sólo es injuriosa para quienes se sienten incapaces de elevarse alguna vez. El hombre no es bastante perfecto para hacer el bien por el mero honor de haberlo hecho. Pero esta nobleza, como podéis ver, es personal, no hereditaria o comprable. A los veintiún años, el hijo de un noble se presenta y un tribunal decide si gozará de las prerrogativas de su padre. Según su conducta pasada, y a veces según las esperanzas que ofrece, se le confirma el honor de pertenecer a los ciudadanos queridos por su patria. Pero si el hijo de Aquiles es un cobarde Tersites, apartamos la mirada, le ahorramos la vergüenza de ruborizarse ante nosotros, desciende él en el olvido a medida que el nombre de su padre se vuelve más glorioso.

"En vuestro tiempo se sabía cómo castigar el crimen pero no se ofrecía recompensa alguna a la virtud; era una legislación ciertamente imperfecta. Entre nosotros el hombre valiente que ha salvado la vida de un ciudadano en peligro,<sup>13</sup>

<sup>13</sup> Es asombroso que no se recompense a la persona que salva la vida a un ciudadano. Una ordenanza policial otorga diez escudos al batelero que



que ha prevenido alguna desgracia pública, que ha realizado algo grande y útil, lleva el sombrero bordado y, con el nombre respetable expuesto ante los ojos de todos, marcha delante de quien posee la fortuna más grande, aunque fuera Midas o Plutón."<sup>14</sup>

"Eso está bien pensado. En mis tiempos se otorgaban sombreros pero eran rojos [esto es, de cardenales]: se iba a buscarlos más allá del mar; sin embargo, nada significaban, se los ambicionaba muchísimo, y no se cómo se lograba obtenerlos."

#### CAPÍTULO VII

##### EL PUENTE REBAUTIZADO

Cuando se conversa con interés se camina sin uno notar. No sentía más el peso de la vejez, rejuvenecido como estaba por la visión de tantos objetos nuevos. Pero, ¡qué veo! ¡Cielos! ¡Qué espectáculo! Estoy al borde del Sena. Mi vista encantada se extiende sobre los más bellos monumentos. ¡El Louvre está terminado! El espacio que domina entre el palacio de las Tullerías y el Louvre es una plaza inmensa donde se celebran las fiestas públicas. Una nueva galería hace pareja a la vieja, donde se admiraba aún la mano de Perrault. Estos dos augustos monumentos así reunidos formaban el palacio más magnífico del mundo. Todos los artistas distinguidos lo habitaban. Era el cortejo más digno de la soberana

saca a un ahogado de un río. Pero el batelero que salva la vida a un hombre en peligro, nada recibe.

<sup>14</sup> Cuando la extrema codicia inspira a todos los corazones, desaparece el entusiasmo por la virtud, y el gobierno sólo puede recompensar con sumas inmensas a quienes recompensaba antes con pequeños signos de honor. Sea esto lección para todos los monarcas a fin de que instituyan una moneda que confiera el honor, que sin embargo sólo tendrá curso cuando las almas sientan vivamente el noble deseo de obtenerla.

majestad, que sólo se enorgullecía de las artes que daban gloria y felicidad al imperio. Vi una soberbia plaza que podía contener a la muchedumbre de los ciudadanos. Frente a ella había un templo, era el templo de la Justicia. La arquitectura de sus muros respondía a la dignidad de su objeto.

"¿Es por cierto el Pont-Neuf?", exclamé. "¡Cómo está adornado!" "¿A qué llamáis Pont-Neuf? Nosotros le hemos dado otro nombre. Hemos cambiado muchos nombres sustituyéndolos por otros más significativos o más convenientes, pues nada influye más en el espíritu del pueblo que cuando las cosas tienen sus nombres apropiados y reales. He aquí el puente de Enrique IV por ejemplo, que comunica las dos partes de la ciudad: no podía llevar un nombre más respetado. En las bases de los arcos hemos colocado las efigies de los grandes hombres que, como él, amaron a los hombres y sólo quisieron el bien de la patria. No dudamos en poner a su lado al canciller L'Hopital, a Sully, a Jannin, a Colbert. ¡Qué libro de moral! ¿Qué lección pública es tan fuerte, tan elocuente, como esta hilera de héroes cuya frente muda pero imponente grita ante todos que es útil y grande obtener la estima pública? Vuestro siglo no ha tenido la gloria de hacer algo semejante."

"¡Oh! Mi siglo tenía las mayores dificultades para las empresas más pequeñas. Se hacían los preparativos más notables, para anunciar con pompa un fracaso. Un grano de arena detenía el movimiento de las máquinas más potentes. Se presentaban las cosas más bellas con la mera especulación, y la lengua y la pluma parecían ser el instrumento universal. Todo a su tiempo. El nuestro era el de los proyectos innumerables, el vuestro es el de la ejecución. Os felicito. ¡Qué agradecido estoy por haber vivido tanto!"

[...]

## CAPÍTULO X

## EL HOMBRE ENMASCARADO

"Pero, por favor ¿quién es ese hombre que veo pasar con una máscara? ¡Qué rápido camina! Parece que huyera."

"Es un autor que ha escrito un libro malo. Cuando digo malo, no me refiero a los defectos de estilo o de inteligencia; se puede hacer una excelente obra con un simple buen sentido.<sup>15</sup> Decimos solamente que ha sacado a la luz ciertos principios peligrosos, opuestos a la sana moral, a esta moral universal que habla a todos los corazones. En reparación lleva una máscara con el fin de esconder su vergüenza hasta que la haya borrado escribiendo cosas más razonables y más sensatas.

"Todos los días dos ciudadanos virtuosos lo visitan, combaten sus opiniones erróneas con las armas de la delicadeza y de la elocuencia, escuchan sus objeciones, las responden y lo incitan a retractarse cuando esté convencido. Entonces será rehabilitado, obtendrá una gloria mayor de la confesión misma de su falta. Pues, ¿qué hay más bello que abjurar de los errores cometidos<sup>16</sup> y abrazar una nueva luz con noble sinceridad?"

"Pero ¿su libro fue aprobado?"

"Quién podría atreverse a juzgar, decidme, un libro antes que el público? ¿Quién puede adivinar la influencia de tal pensamiento en tal circunstancia? Cada escritor responde personalmente sobre lo que escribe y nunca oculta su nombre. Es el público quien lo castiga con el oprobio si contradice los principios sagrados que son la base de la conducta y de la probidad de los hombres, pero es el mismo público quien lo sostiene si el autor ha propuesto una nueva

<sup>15</sup> Nada es más cierto, y un sermón de un cura de campaña es más solidamente útil que un libro ingenioso lleno de verdades y sofismas.

<sup>16</sup> Todo es demostrable en teoría; el error mismo tiene su propia geometría.

verdad que sirva a reprimir ciertos abusos: en fin, la voz pública es el único juez en estos casos, y es la que escuchamos. Todo autor, que es un hombre público, es juzgado por esa voz general y no por los caprichos de un hombre que raramente tendrá la visión suficientemente justa y amplia para descubrir lo que ante la nación será verdaderamente digno de alabanza o vituperio.

"Tantas veces se lo ha comprobado: la libertad de prensa es la verdadera medida de la libertad civil.<sup>17</sup> No puede atentarse contra una sin destruirse la otra. El pensamiento debe tener libertad. Ponerle un freno, querer sofocarlo en su santuario es un crimen de lesa humanidad. ¿Y qué me quedará si mi pensamiento no me pertenece?"

"Pero", repliqué, "en mis tiempos los hombres con cargos públicos nada temían tanto como la pluma de los buenos escritores. Su alma orgullosa y culpable se estremecía hasta en sus últimos repliegues cuando la justicia osaba develar lo que ellos no se habían avergonzado de cometer.<sup>18</sup> En lugar de proteger esta censura pública que, bien administrada, hubiese sido el freno más potente del crimen y del vicio, se condenó a pasar por una criba a todos los escritos, pero la criba era tan fina que a menudo los mejores aspectos de las obras se perdían, los vuelos del genio quedaban subordinados a la tijera cruel de la mediocridad, que les cortaba las alas sin misericordia".<sup>19</sup>

<sup>17</sup> Esto equivale a una demostración geométrica.

<sup>18</sup> En un drama titulado *Les Nocés d'un fils de roi*, un Ministro de Justicia, cortesano malvado, dice a su criado hablando de escritores filósofos: "Amigo mío, esa gente es pernicioso. No se les puede hacer la menor injusticia sin que la señalen. En vano escondemos con una máscara hábil nuestro verdadero rostro a las miradas más penetrantes. Estos hombres, al pasar, parecen decirle a uno: 'Te conozco'. 'Señores filósofos, espero enseñaros que es peligroso conocer a un hombre como yo: Yo no quiero ser conocido'".

<sup>19</sup> La mitad de los llamados censores reales son gente que no puede contarse entre los literatos, ni siquiera de última clase; y de ellos se puede decir, literalmente, que no saben leer.



A mi alrededor empezaron a reír. "Debía ser", me decían, "una cosa muy divertida ver gente gravemente ocupada en cortar en dos un pensamiento y pesar las sílabas. Es sorprendente que hayáis producido algo bueno con trabas semejantes. ¿Cómo danzar con gracia y ligereza bajo el peso enorme de las cadenas?"

"¡Oh! Nuestros mejores escritores decidieron sacárselas de encima. El miedo rebaja el alma; y quien está animado por el amor de la humanidad debe ser orgulloso y valiente."

"Podréis escribir sobre todo lo que os parezca chocante", contestaron, "pues no tenemos cribas, ni tijeras ni esposas; y se escriben muy pocas tonterías pues caen por sí mismas en el fango, que es su elemento. El gobierno está ciertamente por encima de todo lo que pueda decirse de él, no teme a las plumas esclarecidas, se acusaría a sí mismo al temerlas. Sus operaciones son rectas y sinceras. No hacemos otra cosa que alabarlas y cuando el interés de la patria lo exige, cada uno, según su capacidad, es un autor, sin pretender exclusividad en el título".

#### CAPÍTULO XI

#### LOS NUEVOS TESTAMENTOS

"¿Cómo? ¡Todo el mundo es autor! ¡Oh cielos! ¿Qué decís? Vuestras murallas arderán como pólvora y todo saltará por el aire. ¡Dios! ¡Un pueblo entero autor!"

"Sí, pero no tiene hiel ni orgullo ni presunción. Cada persona escribe lo que piensa en sus mejores momentos y a cierta edad reúne las reflexiones más acendradas que ha hecho durante su vida. Antes de morir forma con ellas un libro más o menos grueso según su propia manera de ver y de expresarse: este libro es el alma del difunto. Se lo lee en voz alta el día de sus funerales, y esta lectura consiste en todo su elogio. Los niños recogen con respeto todos los pensamien-

tos de sus antepasados y los meditan. Tales son nuestras urnas fúnebres. Creo que esto vale tanto como vuestros suntuosos mausoleos, vuestras tumbas cargadas de inscripciones desagradables que dicta el orgullo y que graba la vulgaridad.

"Así es como nos imponemos un deber, el de trazar para nuestros descendientes una imagen viva de nuestra vida. Este honorable recuerdo será el único bien que entonces quedará de nosotros en la tierra.<sup>20</sup> No lo descuidamos. Se trata de lecciones inmortales que dejamos a nuestros descendientes: ellos nos amarán más por ello. Los retratos y las estatuas sólo muestran los rasgos corporales. ¿Por qué no representar el alma misma y los sentimientos virtuosos que la han inspirado? Ellos se multiplican bajo nuestras expresiones animadas por el amor. La historia de nuestros pensamientos y nuestras acciones instruye a la propia familia. Ésta aprende, mediante la elección y la comparación de los pensamientos, a perfeccionar su modo de sentir y ver. Notad sin embargo que los escritores destacados, que los genios de su tiempo son siempre los soles que dominan el mundo de las ideas y lo hacen circular. Son ellos quienes imprimen los primeros movimientos, y como el amor a la humanidad arde en su generoso corazón, todos los corazones responden a esta voz sublime y victoriosa que acaba de abatir el despotismo y la superstición."

"Señores, permitidme, os ruego, que defienda a mi época al menos en lo que tenía de loable. ¿No tuvimos también hombre virtuosos y geniales?"

"Sí, pero ¡hombres bárbaros!, los habéis ora desconocido ora perseguido. Nos vimos obligados a hacer una reparación expiatoria de sus manes ultrajados. Hemos levantado sus bustos en una plaza pública donde reciben nuestro homenaje y el

<sup>20</sup> Cicerón se preguntaba a sí mismo qué se diría de él después de su muerte. Quien no haga caso de una buena reputación, descuidará los medios de adquirirla.

de los extranjeros. Su pie derecho aplasta la cara innoble de su Zoïde o del tirano que lo sometió. Por ejemplo la cabeza de Richelieu está bajo el coturno de Corneille.<sup>21</sup> ¿Sabéis que tuvisteis hombres asombrosos? No entendemos la furia loca y temeraria de sus perseguidores. Su bajeza era tan grande como la altura que aquellas águilas recorrían; pero están condenados al oprobio que debe ser su eterno destino."

Mientras hablaba me condujo hasta una plaza donde estaban los bustos de los grandes hombres. Vi a Corneille, Molière, La Fontaine, Montesquieu, Rousseau,<sup>22</sup> Buffon, Voltaire, Mirabeau, etcétera.

"¿Todos estos célebres escritores os son bien conocidos entonces?"

"Su nombre constituye el alfabeto de nuestros niños: cuando alcanzan la edad de la razón ponemos en sus manos vuestro famoso diccionario enciclopédico que hemos reeditado con cuidado."

"¡Me sorprendéis! ¡La *Encyclopédie*, un libro de escuela primaria! ¡Oh! ¡Qué vuelo habréis realizado hacia las ciencias más altas, y cómo quisiera aprender junto a vosotros! ¡Mostradme vuestros tesoros y que pueda gozar en un mismo momento los trabajos acumulados por seis siglos de gloria!"

[...]

<sup>21</sup> Me hubiera gustado que el autor detallara sobre qué cabezas se erguirían Rousseau, Voltaire y otros que podemos asociar a estos. Habría seguramente cabezas mitradas y no mitradas que estarían incómodas. Pero a cada uno su turno. [La observación acerca de Richelieu y Corneille no aparece en las ediciones publicadas después de 1771.]

<sup>22</sup> Hablamos aquí del autor de *Emile* [se refiere a Jean-Jacques Rousseau] y no de aquél poeta inflado, vacío de ideas, que sólo tuvo el talento de combinar palabras y darles a veces una pompa imponente pero que escondía así la esterilidad de su alma y la frialdad de su genio [se refiere a Jean-Baptiste Rousseau].

## CAPÍTULO XIX

## EL TEMPLO

Al dar la vuelta a una esquina descubro en el centro de una bella plaza un templo en forma de rotonda coronado con una cúpula magnífica. El edificio sostenido por una hilera de columnas tenía cuatro grandes puertas. En cada frontón se leía esta inscripción: *Templo de Dios*. El tiempo había dado ya una pátina venerable a sus muros, lo que le otorgaba mayor majestad. Cuando llegué a la puerta del templo cuál no fue mi asombro al leer en una placa estos cuatro versos en grandes caracteres:

Lejos de decidir algo sobre este Ser supremo  
guardemos, adorándolo, un silencio profundo.  
Su naturaleza es inmensa, y el espíritu se une a ella:  
para saber lo que es Él, se debe ser Él mismo.

[Loin de rien décider sur cet Être suprême,  
Gardons, en l'adorant, un silence profond;  
Sa nature est immense et l'esprit s'y confond:  
Pour savoir ce qu'il est, il faut être lui-même.]

"¡Oh! No me diréis", le dije en voz baja, "que esto es de vuestro siglo".

"No es mérito del vuestro", contestó, "pues vuestros teólogos no debieran haber pasado ese límite. Pero esta respuesta, que parece dicha por Dios mismo, permaneció mezclada entre otros versos olvidados: no sé sin embargo si, por el sentido que encierran, hay algunos más bellos y creo que están aquí en el lugar al que pertenecen".

Seguimos a la gente que con un aire concentrado, con paso calmo y modesto, entraba hasta lo profundo del templo. Uno a uno se sentaban en hileras de pequeños asientos sin respaldo, los hombres separados de las mujeres. El altar



estaba en el centro, absolutamente desnudo, y todos podían ver al sacerdote que quemaba el incienso. En el momento en que su voz entonaba los cánticos sagrados, el coro de los asistentes elevaba la suya alternativamente. Su canto dulce y moderado mostraba el sentimiento de respeto que había en sus corazones; parecían penetrados por la majestad divina. Nada de estatuas ni figuras alegóricas, ni pinturas.<sup>23</sup> El santo nombre de Dios mil veces repetido, escrito en varias lenguas, dominaba sobre todas las paredes. Todo anunciaba la unidad de un Dios; y se había prohibido escrupulosamente todo ornamento extraño: Dios solo al fin estaba en su templo.

Si se alzaban los ojos se veía el cielo al descubierto; pues la cúpula no estaba cerrada con una bóveda de piedra sino con vidrios transparentes. Ora un cielo claro y sereno anunciaba la bondad del Creador, ora las nubes espesas que se deshacían en torrentes representaban lo sombrío de la vida, y parecían decir que esta triste tierra sólo es un lugar de exilio: el trueno proclamaba cuan temible es este Dios cuando es ofendido, y la calma de la atmósfera que sucedía a los relámpagos encendidos anunciaba que la sumisión desarma su mano vengadora. Cuando la brisa primaveral hacía descender el aire puro de la vida como un río balsámico, expresaba entonces esta verdad salutífera y consoladora: que los tesoros de la clemencia divina son inagotables. Así, los elementos y las estaciones, cuya voz es tan elocuente para quien sabe oírla, hablaban a estos hombres sensibles y les revelaban al señor de la naturaleza en todos sus aspectos.<sup>24</sup>

<sup>23</sup> Los protestantes tienen razón. Todas esas obras humanas disponen al pueblo a la idolatría. Para anunciar un Dios invisible y presente, hace falta un templo donde sólo esté Él.

<sup>24</sup> Un salvaje errando por la selva, contemplando el cielo y la naturaleza, sintiendo, por decir así, al único dueño que reconoce, está más cerca de la verdadera religión que un monje encerrado en su celda y viviendo con los fantasmas de una encendida imaginación.

No se oían sonidos discordantes. Las voces de los niños se unían en un canto monódico majestuoso. Nada de música saltarina y profana. Un simple órgano (que no era muy ruidoso) acompañaba la voz de la multitud, y parecía el canto de los inmortales mezclado con las oraciones de la gente. Nadie entraba ni salía durante la invocación. Ningún portero grosero, ningún mendigo importuno venía a interrumpir el recogimiento de los fieles adoradores. Todos los asistentes estaban poseídos por un respeto profundo y religioso, y muchos, prosternados con el rostro en el suelo. En medio de ese silencio, de este recogimiento universal, un sagrado terror me dominó: parecía que la Divinidad hubiese descendido en el templo y lo colmara con su presencia invisible.

Había cajas en las puertas para las limosnas, pero estaban ubicadas en sitios oscuros. Este pueblo sabía hacer obras de caridad sin necesidad de que lo notaran. En fin, en los momentos de adoración, el silencio se observaba con tal religiosidad que la santidad del lugar, junto a la idea del Ser supremo, dejaba en los corazones una impresión profunda y saludable.

El sermón del pastor a su rebaño era simple, natural, elocuente más por las cosas que decía que por el estilo. Únicamente hablaba de Dios para inspirar amor por Él, de los hombres sólo para recomendarles la humanidad, la dulzura y la paciencia. No buscaba expresar la inteligencia; él buscaba conmover el corazón. Era un padre conversando con sus hijos sobre el camino a tomar en la vida. Uno se conmovía, pues esta lección salía de la boca de un perfecto hombre digno. Yo no me aburría pues el discurso no incluía declamación, ni retratos vagos, ni figuras rebuscadas, y, sobre todo, ningún fragmento de poesía, insertados sin relación en una prosa que suele resultar por ello más fría.<sup>25</sup>

<sup>25</sup> Lo que me disgusta sobre todo en nuestros predicadores es que no tienen principios morales firmes y seguros. Sacan sus ideas de su texto y

"Es así como", dijo mi guía, "todas la mañanas se acostumbra a hacer una oración pública. Dura una hora, y el resto del día las puertas del edificio permanecen cerradas. Casi no tenemos fiestas religiosas, pero tenemos fiestas civiles que entretienen al pueblo sin llevarlo al libertinaje. Ni un día el hombre debe permanecer ocioso: a ejemplo de la naturaleza, que no abandona sus funciones, deberá reprocharse por desatender las propias. El reposo no es ociosidad. La inacción es un daño real hecho a la patria y el dejar de trabajar es en el fondo una pequeña muerte. El tiempo para la oración es fijo; es suficiente para elevar el corazón a Dios. Los oficios largos producen tibieza y hastío. Todas las oraciones secretas son menos meritorias que aquellas que unen publicidad y fervor.

"Escuchad la fórmula de la oración que solemos usar; cada uno la repite y medita todos los pensamientos que contiene.

"¡Ser único, increado, Creador inteligente de este vasto universo! Puesto que tu bondad lo ha dado al hombre como espectáculo, puesto que una criatura tan débil ha recibido de Ti el don precioso de reflexionar sobre esta obra grande y bella, no permitáis que como las bestias, ella pase sobre la superficie de este globo sin rendir homenaje a tu omnipotencia y a tu sabiduría. Admiramos tus augustas obras. Bendecimos tu mano soberana. Te adoramos como señor; pero te amamos como padre universal de los seres. Sí, eres tan bueno como grande; todo nos dice esto, y sobre todo nuestro corazón. Si algunos males pasajeros nos afligen aquí abajo, es sin duda porque son inevitables: si Tú los quieres, eso nos

---

no de su corazón. Hoy son moderados, razonables. Escuchadlos al día siguiente, serán intolerantes y extravagantes. Son sólo palabras lo que dicen. Les importa poco contradecirse, con tal que los tres puntos se completen. Oí a uno que saqueaba a la *Encyclopédie* mientras declamaba contra los enciclopedistas.

basta; nos sometemos con confianza y esperamos tu clemencia infinita. Lejos de quejarnos, te damos gracias por habernos creado para conocerte.

"Que cada uno te honre a su modo y según lo más afectuoso y ardiente que su corazón le dicte: no pondremos límites a su celo. Sólo te has dignado hablarnos por la voz esplendorosa de la naturaleza. Todo nuestro culto se reduce a adorarte, a bendecirte, a clamar hacia tu trono que somos débiles, miserables, limitados, y que tenemos necesidad del socorro de tu brazo.

"Si nos equivocamos, si algún culto antiguo o moderno era más agradable a tus ojos que el nuestro, ¡ah!, dignate abrir nuestros ojos y disipar las nieblas de nuestra mente: verás que somos fieles a tus órdenes. Pero si te satisfacen estos débiles homenajes que sabemos se deben a tu grandeza, a tu cariño verdaderamente paterno, dadnos la constancia para perseverar en los sentimientos respetuosos que nos animan. ¡Protector del género humano! Tú, que todo lo abarcas con una mirada, haz que la caridad abraza igualmente los corazones de todos los habitantes de este globo, que se amen como hermanos, y que te dirijan el mismo cántico de amor y de reconocimiento.

"No osamos, en nuestras plegarias, limitar la duración de nuestra vida; ya nos lleves de esta tierra, ya nos dejes en ella, no escaparemos a tu mirada: sólo te pedimos la virtud, con el temor de contrariar tus impenetrables decretos; pero humildes, sumisos y resignados a tu voluntad, dignate, sea que tengamos una muerte dulce o un muerte dolorosa, atraernos hacia Ti, fuente eterna de felicidad. Nuestros corazones suspiran por tu presencia. ¡Que caiga nuestro vestido mortal y volemos hacia a tu seno! Lo que vemos de tu grandeza nos hace desear ver más. Has hecho mucho a favor del hombre como para privar de audacia a sus pensamientos: sólo eleva hacia Ti sus plegarias tan ardientes porque tu criatura se siente nacida para tus beneficios."



"Pero, mi querido señor", le dije, "vuestra religión, si me permitís decirlo, es casi la de los antiguos patriarcas que adoraban a Dios en espíritu en la cima de las montañas".

"Justamente, habéis acertado. Nuestra religión es la de Enoch, Elías, Adán. Es por cierto la más antigua al menos. Ocurre con la religión como con la ley, la más simple es la mejor. Adorar a Dios, respetar al prójimo, escuchar esta conciencia, este juez que siempre vigila sentado dentro de nosotros, no ahogar jamás esta voz celeste y secreta: todo lo demás es impostura, engaño, mentira. Nuestros sacerdotes no se creen los únicos inspirados por Dios, se llaman a sí mismos nuestros iguales, confiesan que, como nosotros, ellos andan en las tinieblas; siguen el punto luminoso que Dios se ha dignado mostrarles, lo indican a sus hermanos, sin despotismo, sin ostentación. Una moral pura, nada de dogmas extraños, esa es la manera de no temer ni impíos, ni fanáticos, ni supersticiosos. Hemos encontrado ese medio feliz, y agradecemos sinceramente al autor de todo bien."

"Adoráis un Dios, ¿pero admitís la inmortalidad del alma? ¿Cuál es vuestra opinión sobre este gran e impenetrable secreto? Todos los filósofos han querido penetrarlo. El sabio y el insensato han dicho lo suyo. Los sistemas más diversos, los más poéticos, han sido construidos sobre esta famosa cuestión y parece haber iluminado particularmente la imaginación de los legisladores. ¿Qué piensa vuestro siglo de esto?"

"Sólo basta tener ojos para creer", me contestó, "sólo basta entrar en sí mismo para sentir que hay algo en nosotros que vive, que siente, que piensa, que quiere, que se decide. Pensamos que el alma es distinta de la materia, que es inteligente por naturaleza. Razonamos poco sobre este asunto, deseamos creer todo lo que eleva la humana naturaleza. El sistema que más la engrandece es el más precioso para nosotros, y no pensamos que las ideas que honran a las criaturas de Dios puedan ser falsas. Adoptando la concepción más sublime no nos equivocamos, damos en el

blanco. La incredulidad es nada más que debilidad y la audacia del pensamiento es la fe de un ser inteligente. ¿Por qué nos arrastraríamos hacia la nada mientras sentimos tener alas para volar hacia Dios, y nada contradice esta generosa intrepidez? Si fuera posible que nos equivocáramos, entonces el ser humano habría imaginado un orden de cosas más bello que el que existe; el poder soberano, incluso su bondad, estaría por lo tanto limitado.

"Creemos que todas las almas son iguales por su esencia y diferentes por sus cualidades. El alma del hombre y la del animal son igualmente inmateriales; pero una ha dado un paso más adelante que la otra hacia la perfección; he aquí lo que constituye su estado actual, que, sin embargo, puede cambiar.

"Pensamos que todos los astros y todos los planetas están habitados, pero nada de lo que se ve y se oye en uno se encuentra en otro. Esta magnificencia ilimitada, esta infinita cadena de mundos diferentes, este círculo radiante debe ser parte del vasto plan de la creación. Pues bien, estos soles, estos mundos tan bellos, tan grandes, tan diversos, nos parecen moradas preparadas todas para el hombre: ellas se entrecruzan, se corresponden y se subordinan una a otra. El alma humana asciende por todos esos mundos como por una escalera brillante y graduada que lo acerca, a cada paso, a la perfección más grande. Durante este viaje no pierde el recuerdo de lo que ha visto y aprendido, conserva el depósito de sus ideas, que es su más rico tesoro y a todas partes lleva consigo. Si el alma se ha elevado hacia algún sublime descubrimiento, atraviesa entonces los mundos poblados de habitantes que permanecen debajo de ella; asciende en razón de los conocimientos y virtudes adquiridas. El alma de Newton ha volado por su propia actividad hacia todas esas esferas que había pesado. Sería injusto pensar que el soplo de la muerte haya extinguido ese genio poderoso. Esta destrucción sería más penosa, más inconce-

bible que la del universo material. Sería igualmente absurdo decir que su alma pudiera existir en el mismo nivel que la de un hombre ignorante o estúpido. En efecto, hubiese sido inútil al hombre perfeccionar su alma si ésta no se hubiese podido elevar, sea por la contemplación o por el ejercicio de las virtudes; pero un sentimiento íntimo, más fuerte que toda objeción le grita: 'Desarrolla todas tus fuerzas, desprecia la muerte, sólo pertenece a ti el vencerla y acrecentar tu vida, que es el pensamiento'.

"Las almas que se arrastran, que se han envilecido en el fango del crimen y de la pereza, retornan al mismo punto de donde partieron o bien retroceden. Por un largo tiempo permanecen adheridas a los tristes bordes de la nada, se inclinan hacia la materia, forman una raza animal y vil; y mientras que las almas generosas se lanzan hacia la eterna luz divina, ellas se hunden en esas tinieblas donde apenas brota un pálido rayo de existencia. Tal monarca a su muerte se transforma en un topo, tal ministro en una serpiente venenosa que habita pantanos apestados, mientras que el escritor al que éste despreciaba o desconocía obtiene un rango glorioso entre las inteligencias amigas de la humanidad.

"Pitágoras había advertido esta igualdad de las almas, había sugerido esta transmigración de un cuerpo a otro, pero estas almas giraban en el mismo círculo y nunca salían de su globo. Nuestra metempsicosis es más razonable y superior a la antigua. A los espíritus nobles y generosos, que eligieron como guía de su conducta la felicidad de sus semejantes, la muerte les abre un camino glorioso y brillante. ¿Qué pensáis de nuestro sistema?"

"Me encanta, no contradice ni el poder ni la bondad de Dios. Esta marcha progresiva, esta ascensión a mundos diferentes, todo obra de sus manos, este recorrido por la creación de los globos, todo me parece responder a la dignidad de un monarca que abre todos sus dominios a los ojos hechos para contemplarlos."

"Sí, hermano mío", replicó entusiasta, "¡qué imagen interesante todos esos soles recorridos, todas esas almas que se enriquecen en su camino donde se encuentran millones de novedades, que se perfeccionan incesantemente, volviéndose más sublimes a medida que se acercan al soberano Ser, conociéndolo más perfectamente, amándolo con un amor más iluminado, sumergiéndose en el océano de su grandeza! ¡Oh, hombre! ¡Regocíjate! No puedes ir sino de maravilla en maravilla; un espectáculo siempre nuevo, siempre milagroso te aguarda, tus esperanzas son grandes, recorrerás el seno inmenso de la naturaleza hasta que vayas a perderte en el Dios donde ella tiene su origen soberbio".

"Pero, los malvados", exclamé, "que han pecado contra la ley natural, que han cerrado su corazón al grito de la piedad, que han degollado la inocencia, que han reinado para sí mismos, ¿en qué se convertirán? Sin desear el odio y la venganza, yo construiría un infierno con mis manos para sumergir en él ciertas almas crueles, que han hecho bullir de indignación mi sangre al ver los males que han hecho a los débiles y a los justos".

"No corresponde a nuestra debilidad, sometida aún a tantas pasiones, pronunciarse sobre la manera en que Dios los castigará, pero es seguro que el malvado sentirá el peso de su justicia. Lejos de su vista todo ser pérfido, cruel, indiferente a los males ajenos. Nunca el alma de Sócrates o de Marco Aurelio encontrará la de Nerón; estarán siempre a una distancia infinita. Eso es lo que osamos afirmar. Pero no nos corresponde medir los pesos que se colocarán en la balanza eterna. Creemos que las faltas que no han oscurecido enteramente el entendimiento humano, que el corazón que no se ha envilecido hasta la insensibilidad, que los reyes, incluso, que no se han creído dioses, podrán purificarse mejorándose durante una gran cantidad de años. Descenderán a los globos donde el mal físico dominante será el látigo útil que le hará percibir su dependencia, la necesidad que tiene



de clemencia, y rectificarán su prestigio nacido del orgullo. Si se humillan bajo la mano que los castiga, si siguen las luces de la razón, sometiéndose a ellas, si reconocen cuánto se han alejado del estado que habrían podido alcanzar, si se esfuerzan por llegar a él, entonces su peregrinación será infinitamente abreviada; morirán jóvenes, se los llorará mientras que ellos, sonriendo al abandonar este triste globo, gemirán por la suerte de quienes deben permanecer tras ellos en el planeta desdichado del que se han liberado. Así, quien teme a la muerte no sabe lo que teme: sus terrores son hijos de la ignorancia, y ésta es el primer castigo de sus faltas.

"Quizá también los más culpables perderán el precioso sentimiento de libertad. No serán aniquilados, pues la idea de la nada nos repugna; no existe la nada bajo un Dios creador, preservador y reparador. Que el malvado no se ilusione poder sumergirse en ella; será perseguido por ese ojo absoluto que todo lo penetra. Los perseguidores de toda clase vegetarán estúpidamente en la última categoría de la existencia. Serán entregados incesantemente a una destrucción renovada que les traerá esclavitud y dolor: pero Dios sólo conoce el tiempo del castigo o de la absolución."

[...]

#### CAPÍTULO XXIV

##### EL PRÍNCIPE POSADERO

"¿Queréis cenar", me dijo mi guía, "ya que el paseo os ha abierto el apetito? Bien, entremos en esta posada". Retrocedí tres pasos. "No creo que sea una posada", le dije. "Aquí hay una puerta para coches, un escudo de armas, blasones. Aquí vive un príncipe."

"Pues sí. Es un buen príncipe, pues tiene siempre en su casa tres mesas servidas, una para él y su familia, otra para los extranjeros, y una tercera para los necesitados."

"¿Hay muchas mesas como estas en la ciudad?"

"En casa de todos los príncipes."

"Pero seguramente habrá en ellas muchos parásitos ociosos."

"En absoluto: pues cuando alguien se hace el hábito de asistir a estas mesas y no es extranjero, entonces se lo señala, y los censores de la ciudad, averiguando sus capacidades le asignan un empleo, pero si únicamente resulta apto para comer se lo exilia de la ciudad, igual que en la república de las abejas se expulsa de la colmena a todas las que sólo saben devorarse la parte común."

"¿Entonces tenéis censores?"

"Sí, aunque más bien merezcan un nombre distinto: son amonestadores, que por todas partes llevan la antorcha luminosa de la razón y que curan los espíritus indóciles o rebeldes, empleando en cada ocasión la elocuencia del corazón, la bondad y la habilidad."

"Estas mesas están instituidas para los ancianos, los convalecientes, las mujeres encinta, los huérfanos y los extranjeros. Se sientan a ellas sin vergüenza ni escrúpulos. Tienen allí un alimento sano, liviano, abundante. Este príncipe, que respeta a la humanidad, no despliega lujo alguno, que sería tanto más irritante cuanto más fastuoso; no hace trabajar a trescientos hombres para servir la cena de doce personas; no presenta en su mesa una decoración de ópera; no se jacta de lo que es realmente una verdadera vergüenza, una profusión excesiva, absurda:<sup>26</sup> cuando cena, piensa que nada más dispone de un estómago, y que sería hacer de él un dios si le presentaran, como a los ídolos de la antigüedad, cien tipos de platos que no podría probar."

<sup>26</sup> Al ver el grabado de Gargantúa cuya boca, ancha como la de un horno, traga en una sola comida doscientas libras de pan, veinte bueyes, cien corderos, seiscientos pollos, quinientas liebres, dos mil codornices, doce pipas de vino, seis mil duraznos, etc., ¿quién no dice: "Esta gran boca es de un rey"?

Siempre conversando, atravesamos dos patios y entramos en una sala muy profunda: era la de los extranjeros. Una sola mesa ya servida en varios lugares ocupaba todo el largo de la sala. Honraron mi ancianidad con un sillón; nos sirvieron una sopa suculenta, legumbres, un poco de carne de caza y fruta; todo preparado con simplicidad.<sup>27</sup>

"¡Esto es admirable!", exclamé. "¡Oh! Qué bello uso de las riquezas alimentar a los hambrientos. Este modo de pensar me parece mucho más noble y digno que su rango..." Todo transcurrió con mucho orden; una conversación decente y animada añadía gracia a esta mesa pública. El príncipe apareció dando órdenes a un lado y a otro de un modo noble y afable. Se me acercó sonriendo, me pidió noticias de mi siglo, exigió que yo fuera sincero. "¡Ah! ¡Vuestros antepasados no eran tan generosos como vos! Pasaban sus días cazando<sup>28</sup> y comiendo. Si mataban liebres, era por ocio, no para dárselas de comer a aquellos cuyos cultivos ellas habían dañado. Nunca elevaban su alma hacia algún objeto grande y útil. Gastaban millones en perros, criados, caballos

<sup>27</sup> Vi a un rey entrar en el palacio de un príncipe, atravesar un gran patio lleno de infortunados que gritaban con voz débil: "Dadnos pan". Y, tras haber atravesado este patio, el rey y el príncipe se sentaron ante un festín que costaba casi un millón.

<sup>28</sup> La caza debe ser vista como un pasatiempo innoble y bajo. No se debe matar a los animales más que por necesidad e incluso así es ciertamente el empleo más triste. Leo siempre con renovada atención lo que Montaigne, Rousseau y los otros filósofos han escrito contra la caza. Amo a esos buenos indígenas que respetan incluso la sangre de los animales. La naturaleza humana se muestra en la clase de placeres que elige. ¡Qué espantoso placer es hacer caer desde el cielo una perdiz ensangrentada, masacrar liebres a la vista, seguir a veinte perros que huyen y ver desgarrar a un pobre animal! El animal es débil, inocente, la timidez en sí misma. Es un libre habitante de los bosques que sucumbe a las crueles dentelladas de sus enemigos. El hombre aparece y atraviesa su corazón con un dardo; el bárbaro sonrío al ver sus bellos flancos ensangrentados y las inútiles lágrimas que caen de sus ojos. Tal pasatiempo se origina siempre en un alma de naturaleza dura, el carácter de los cazadores no es más que una indiferencia dispuesta a convertirse en crueldad.

y adulones: hacían, en fin, el oficio de cortesanos; abandonaban la causa de la patria."

Todos levantaron con asombro sus manos; les costaba muchísimo creer en mis palabras. "La historia", me aseguraban, "no nos había dicho eso, al contrario".

"¡Ah!", respondí, "los historiadores han sido más culpables que los príncipes".

[...]

#### CAPÍTULO XXXVIII FORMA DE GOBIERNO

"¿Podría preguntaros cuál es la forma actual de vuestro gobierno? ¿Monárquico, democrático, aristocrático?"<sup>29</sup>

"Ni monárquico ni democrático ni aristocrático; es razonable, y hecho para los hombres. La monarquía ya no existe. [En ediciones posteriores esta última frase fue modificada por "La monarquía ilimitada ya no existe".] Los Estados monárquicos, como sabéis, pero infructuosamente, se pierden en el despotismo igual que los ríos van a perderse en el seno del mar, y el despotismo pronto colapsa sobre sí mismo.<sup>30</sup> Todo ello se ha cumplido al pie de la letra, nunca

<sup>29</sup> El espíritu de una nación no depende de la atmósfera que la rodea; el clima no es la causa física de su grandeza o su decadencia. La fuerza y el coraje pertenecen a todos los pueblos de la tierra, pero las causas que las ponen en acción y las mantienen derivan de ciertas circunstancias que son rápidas o lentas en su desarrollo, pero que tarde o temprano no dejan nunca de llegar. ¡Feliz el pueblo que por inteligencia o instinto atrapa el instante!

<sup>30</sup> ¿Queréis conocer los principios generales que reinan habitualmente en el consejo de un mal monarca? He aquí un ejemplo cercano de lo que se dice, o de lo que más bien se hace: "Hay que multiplicar todo tipo de impuestos pues el príncipe nunca será suficientemente rico, ya que debe mantener el Ejército y los empleados de su palacio, que debe ser absolutamente magnífico. Si el pueblo sobrecargado se queja, estará equivocado, habrá que reprimirlo. Esto no es ser injusto con él, pues en el fondo lo que posee es por la buena voluntad del príncipe, que puede reclamarle en



hubo una profecía más acertada. En relación con los conocimientos adquiridos sin duda habría sido vergonzoso para nuestra especie haber medido la distancia de la tierra al sol, haber pesado todos los planetas y no haber descubierto las leyes simples y fecundas que deben dirigir a los seres razonables. Es verdad que el orgullo, la avaricia, el egoísmo presentaban mil obstáculos. ¡Pero qué triunfo más bello encontrar el nexo que pusiera a las pasiones particulares al servicio del bien general! Un barco que surca los mares, comanda a los elementos en el momento mismo que obedece a su imperio: sometido a un impulso desde lados opuestos, reacciona contra ellos sin pausa. Ésta es, quizás, la imagen más fiel del Estado: conducido por sobre pasiones tormentosas, recibe de ellas el movimiento al mismo tiempo que resiste las tempestades. El arte del piloto lo es todo. Vues-

---

tiempo y lugar lo que ha tenido la bondad de concederle, sobre todo cuando tiene necesidad de ello para interés y esplendor de la corona. Además, es notorio que un pueblo que se abandona a la comodidad es menos laborioso y puede volverse insolente. Hay que acotar su bienestar para aumentar su sumisión. La pobreza de sus súbditos será siempre la más fuerte defensa del monarca y cuanto menor riqueza tengan los particulares más obediente será la nación. Una vez doblegada ante el deber, lo seguirán por hábito, que es el modo más seguro de ser obedecido. No es suficiente que esté sometida; la nación debe creer que aquí reside el espíritu de sabiduría en toda su plenitud, y someterse en consecuencia a nuestros decretos infalibles, sin osar razonar".

Si un filósofo que tuviera acceso al príncipe avanzara hasta el medio del consejo y dijera a este monarca: "No creáis a estos siniestros consejeros, estáis rodeado de los enemigos de vuestra familia. Vuestra grandeza, vuestra seguridad se fundan menos en vuestra potencia absoluta que en el amor de vuestro pueblo. Si éste es desgraciado deseará con mayor ardor una revolución y hará temblar vuestro trono y el de vuestros hijos. El pueblo es inmortal, vos pasaréis. La majestad del trono reside más en un afecto verdaderamente paternal que en un poder ilimitado. Este poder es violento y contra la naturaleza de las cosas. Mientras más moderado, seréis más poderoso. Dad el ejemplo de la justicia y creed que los príncipes que tienen una moral son más fuertes y más respetados". Seguramente se tomaría a este filósofo por un visionario y quizás no se dignarían a castigarlo por su virtud.

tras luces políticas eran apenas un crepúsculo, y acusabais estúpidamente al autor de la naturaleza que os había dado sin embargo la inteligencia y el coraje para gobernaros. Sólo hacía falta una voz fuerte para despertar a la multitud de un sueño embotador. Si la opresión tronaba sobre vuestras cabezas debíais únicamente acusar a vuestra debilidad. La libertad y la felicidad pertenecen a quienes osan apoderarse de ellas. Todo es revolución en este mundo: la más afortunada de todas llegó a su madurez, y nosotros recogemos sus frutos.<sup>31</sup> Emergiendo de la opresión, tuvimos cuidado de no confiar todas las fuerzas y resortes del gobierno, todos los derechos y el atributo del poder a las manos de un solo hombre:<sup>32</sup> instruidos por las desgracias de los siglos pasados, no fuimos tan imprudentes. Aunque Sócrates y Marco Aurelio hubiesen vuelto al mundo, no le habríamos confiado el poder arbitrario, no por desconfianza, sino por temor a rebajar el carácter sagrado del hombre libre. ¿No es la ley la expresión de la voluntad general? ¿Cómo confiar a un solo hombre un depósito tan importante? ¿No tendrá momentos de debilidad? Y, aunque estuviera exento de

<sup>31</sup> Para algunos Estados llega una época que resulta necesaria; época terrible, sangrienta; pero señal que anuncia la libertad. Hablo de la guerra civil. Entonces se levantan los grandes hombres; unos atacan, otros defienden la libertad. La guerra civil despliega los talentos más escondidos. Hombres extraordinarios se presentan y se muestran dignos de comandar a otros hombres. ¡Es un remedio terrible! Pero, tras el sueño del Estado, tras el embotamiento de los espíritus, resulta necesario.

<sup>32</sup> Un gobierno despótico es solamente una liga del soberano con un número pequeño de súbditos favorecidos para engañar y despojar a todos los demás. Entonces dicho soberano o quien lo representa eclipsa a la sociedad, la divide, se vuelve una figura única y central, que enciende a su placer todas las pasiones y que las hace jugar para su interés personal: crea lo justo y lo injusto, su capricho deviene ley y su favor es la medida de la estima pública. Este sistema es demasiado violento para ser duradero. Pero la justicia es una defensa que protege igualmente al príncipe y al súbdito. La libertad puede sólo formar ciudadanos generosos; la verdad hace de ellos seres razonables. Un rey únicamente es poderoso en una nación generosa y contenta. Una vez rebajada la nación, el trono sucumbe.

ellos, ¿renunciarán los hombres a esta libertad que es su más bella prerrogativa?<sup>33</sup>

"Hemos experimentado cómo la soberanía absoluta se oponía a los verdaderos intereses de la nación. El arte de imponer tributos insidiosos, multiplicando todas las fuerzas de esta terrible máquina, las leyes que se confundían, opuestas unas a otras, las chicanas que devoran los bienes privados, las ciudades llenas de tiranos privilegiados, la venalidad de los servidores públicos, de los ministros y de los intendentes que tratan a las diversas partes del reino como un país conquistado, una sutil dureza de corazón que se acercaba a la inhumanidad, oficiales reales que no respondían al pueblo por nada, insultándolo más que sirviéndolo: tal era el efecto de ese despotismo vigilante que reunía todas las inteligencias para abusar de ellas igual que esas lupas que sólo sirven para hacer fuego. Si se recorría Francia, este bello reino que la naturaleza ha favorecido con ojos propicios, ¿qué se veía? Cantones desolados por los recaudadores, ciudades convertidas en villas, las villas en caseríos, sus habitantes pálidos, desfigurados; mendigos, en fin, en vez de habitantes. Esos males eran conocidos, pero se rechazaban los principios establecidos en favor de un sistema de codicia que autorizaba la depredación general.<sup>34</sup>

<sup>33</sup> La libertad crea milagros; triunfa sobre la naturaleza, hace crecer las cosechas en las rocas, da esplendor a las regiones más tristes, ilumina a los simples pastores y los vuelve más inteligentes que los soberbios esclavos de las cortes más sofisticadas. Otros climas, que son gloria y obra maestra de la creación, entregados a la servidumbre exhiben nada más que tierras abandonadas, rostros pálidos, miradas sometidas que no osan elevarse a la bóveda celeste. ¡Hombre! Elige ser feliz o desdichado, si aún puedes elegir; teme a la tiranía, detesta la esclavitud, arma tu brazo, muere o vive en libertad.

<sup>34</sup> Un intendente queriendo dar a \*\*\*\* [la reina], que pasaba por Soissons, una imagen de la abundancia que reinaba en Francia, hizo arrancar los árboles frutales de los alrededores y los hizo plantar en las calles de la ciudad, cuyo pavimento se levantó. Los árboles estaban adornados con guirnaldas de papel dorado. Este intendente era, *sin saberlo*, un gran pintor.

"¿Lo creeríais? La revolución se realizó sin esfuerzo y por el heroísmo de un gran hombre. Un rey filósofo, digno del trono porque lo desdeñaba, más celoso de la fidelidad de los hombres que del fantasma del poder, temeroso de la posteridad y de sí mismo, ofreció devolver a los Estamentos sus antiguas prerrogativas: se dio cuenta de que un reino extenso tenía necesidad de la reunión de diferentes provincias para ser gobernado sabiamente. Como en el cuerpo humano, además de la circulación general, cada parte tiene su circulación particular, así cada provincia, obedeciendo a las leyes generales, modifica sus leyes particulares según su suelo, su posición, su comercio, sus intereses respectivos. Así todo vive, todo florece. Las provincias ya no están para servir a la corte y para embellecer la capital.<sup>35</sup> Una orden equivocada, emanada del trono, no irá a perturbar los lugares donde el ojo del soberano nunca pudo penetrar. Cada provincia asegura su propia seguridad y su bienestar; el principio de su vida no está lejos de ella; está en su propio

<sup>35</sup> El error y la ignorancia son la fuente de todos los males que oprimen a la humanidad. El hombre sólo es malvado porque se equivoca acerca de sus verdaderos intereses. Se puede cometer errores en física especulativa, en astronomía o en matemáticas sin inconvenientes realmente negativos. Pero la política no soporta el menor error. Existen vicios administrativos más desoladores que las calamidades físicas. Una falta de este tipo despuebla y empobrece un reino. Si el estudio más severo, más profundo, es absolutamente necesario, es en estos casos públicos y problemáticos, en los que razones de igual fuerza se equilibran. Nada más peligroso entonces que la rutina; produce daños inconcebibles, y el Estado solamente toma conciencia en el momento de su ruina. Nunca serán demasiados los esfuerzos para arrojar luz sobre el arte complicado de gobernar, puesto que la menor desviación es una línea que se aleja al prolongarse y causa un error inmenso. Las leyes sólo han sido hasta hoy unos paliativos que se han erigido como remedios generales; han nacido (como bien se ha dicho) de la necesidad y no de la filosofía: es esta última la que ha de corregir lo que aquellas tienen de defectuoso. Pero, ¡qué coraje, qué celo, qué amor por los hombres necesitará quien de este caos informe haga surgir un edificio armonioso! Pero también, ¿qué genio será más querido por el género humano? ¡Que él piense que éste es el fin más importante, que hace a la felicidad humana y, por consecuencia, él influenciará sobre sus virtudes!



seno, siempre listo para fecundar el conjunto, para remediar los males que pudieran ocurrir. El socorro del momento es puesto en las manos interesadas, que no escatimarán el cuidado y que no se regocijarán por los golpes que puedan debilitar a la patria.

"La soberanía absoluta fue entonces abolida. La autoridad máxima conservó el nombre de rey pero no asumió irreflexivamente sobrellevar toda la carga que pesaba sobre sus antepasados. Los Estamentos del reino reunidos en asamblea obtuvieron ellos solos el poder legislador. La administración de los asuntos políticos y civiles le está confiada al Senado y el monarca armado con la espada vigila la ejecución de las leyes. Él propone todo tipo de establecimientos útiles. El Senado es responsable ante el rey, el rey y el Senado son responsables ante los Estados que se reúnen en asamblea cada dos años. Allí se decide todo por la mayoría de votos. Nuevas leyes, cargos vacantes, injusticias que reparar, esto es lo que le incumbe. Los casos individuales o imprevistos se dejan a la prudencia del monarca.

"Él es feliz,<sup>36</sup> y su trono se afirma sobre una base tanto más sólida cuanto la libertad de la nación garantiza su corona.<sup>37</sup> Personas que serían comunes deben sus virtudes a

<sup>36</sup> Monsieur D'Alembert ha dicho que un rey que hace su deber es el más desdichado de los hombres y quien no lo hace es el más digno de lástima. ¿Por qué el rey que hace su deber sería el más desdichado? ¿Sería a causa de sus múltiples tareas? Pero un trabajo feliz es un verdadero goce. ¿Tendrá por nada esta satisfacción íntima que nace de la idea de haber procurado felicidad a los hombres? ¿Creerá que la virtud no lleva consigo su recompensa? Universalmente querido, odiado sólo por los malvados, ¿por qué su corazón no se abriría a los placeres? ¿Quién no experimentó el contento de haber hecho el bien? El rey que no cumple sus deberes es el más digno de lástima. Nada más cierto, si él fuera capaz de remordimiento y de sentir el oprobio; si no lo es, más digno de lástima aún. Nada más cierto que esta última proposición.

<sup>37</sup> Es bueno para todo Estado, incluso para una república, tener un jefe, limitando sin embargo su poder. Este es un simulacro que asusta al ambicioso y sofoca todo proyecto en su corazón. Entonces la realeza es como

esta fuente eterna de grandes cosas. El ciudadano no está separado del Estado, es parte de su cuerpo:<sup>38</sup> así puede verse con qué celo apoya todo lo que puede contribuir a su esplendor.

"Cada decisión originada en el Senado es justificada, y sus miembros explican en pocas palabras sus motivos y su intención. No entendemos cómo en vuestro siglo (que se creía iluminado) vuestros magistrados osaban en su altivez orgullosa proponer leyes dogmáticas, parecidas a los decretos de los teólogos, como si la ley no fuera la razón pública, como si no fuera necesario que el pueblo fuera instruido para mostrarse obediente rápidamente. Estos señores de birrete que se decían padres de la patria ignoraban pues el arte de persuadir, arte que obra sin esfuerzo y tan poderosamente; o más bien, careciendo de un punto de vista fijo y de apoyo firme, a veces intrigantes, sediciosos, serviles, adulaban y fatigaban al trono, ya irritados por minucias, ya vendiendo al pueblo por unos buenos denarios al contado.

"Podéis imaginar que hemos transformado a estos magistrados acostumbrados desde jóvenes a toda la frialdad necesaria para disponer de la vida, de los bienes y del honor de los ciudadanos, osados en la defensa de sus escasos privilegios, cobardes cuando se trataba del interés público; en los primeros tiempos incluso ni siquiera se los corrompía: habían caído en una indolencia perpetua. Nuestros magistrados son muy diferentes: el nombre de padres de la patria con que los honramos es un título que merecen de manera absoluta.

ese espantapájaros que se coloca en un jardín; ahuyenta los gorriones que se acercan a comer los granos.

<sup>38</sup> Quienes han dicho que en las monarquías los reyes son depositarios de las voluntades de la nación han dicho algo absurdo. ¿Hay pues algo más ridículo que seres inteligentes como los hombres diciéndole a uno o a varios: "Quered por nosotros". Los pueblos siempre dijeron a los monarcas: "Obrad por nosotros, según nuestras voluntades claramente conocidas".

"Hoy las riendas del gobierno se confían a manos firmes y prudentes, que siguen un plan. Las leyes reinan, y nadie está por sobre ellas, lo que era un inconveniente terrible en vuestros gobiernos góticos. La felicidad general de la patria está fundada en la seguridad de cada sujeto particular: éste no teme a los hombres sino a las leyes, y el mismo soberano puede verlas por encima de su cabeza.<sup>39</sup> Su vigilancia vuelve a los senadores más atentos respecto de sus responsabilidades y deberes; la confianza en ellos consuela sus esfuerzos, y la autoridad del soberano otorga la fuerza y el vigor necesarios a sus decisiones. Así, el cetro, cuyo peso oprimía a vuestros reyes, es liviano en manos de nuestro monarca. Él no es más una víctima pomposamente adornada, incesantemente sacrificada a las necesidades del Estado: sólo lleva la carga que le permite la fuerza limitada que ha recibido de la naturaleza.

"Tenemos un príncipe que teme a Dios, piadoso y justo, que lleva en su corazón al Eterno y a su patria, que teme la venganza divina y el juicio de la posteridad y que considera

<sup>39</sup> Todo gobierno donde un solo hombre está por encima de la ley y puede violarla impunemente, es un gobierno triste e inicuo. En vano un hombre de genio [S. H. Linguet] habrá empleado todo su talento para hacernos probar los principios de los gobiernos asiáticos; son demasiado ultrajantes para la naturaleza humana. Mirad ese barco soberbio que domina los elementos; basta una grieta imperceptible para hacer entrar en él el agua amarga y causar su fin. Así un solo hombre por encima de las leyes hará entrar en el cuerpo político todas las injusticias, iniquidades que por un efecto inevitable acelerarán su ruina. ¿Qué importa perecer a causa de muchos o de uno? La desgracia es la misma. ¿Qué importa que la tiranía tenga cien brazos, si uno solo se extiende de una punta a otra del imperio, si pesa sobre todos los individuos, si se regenera en el momento mismo en que es cortado? Además, no es el despotismo lo que espanta, es su propagación. Los visires, los pachás, etc., imitan al señor, degüellan esperando ser degollados. En los gobiernos de Europa, la reacción simultánea de todos los cuerpos, sus choques, producen momentos de equilibrio durante los cuales el pueblo respira: los límites de su poder respectivo, perpetuamente desafiados, sustituyen a la libertad, y el fantasma consuela a quienes no pueden alcanzar la realidad.

el más alto grado de felicidad una buena conciencia y una gloria sin mancha. No son tanto los talentos intelectuales, los conocimientos amplios, los que realizan el bien, sino el deseo sincero de un corazón recto, que ama el bien y desea realizarlo. A menudo el brillo tan elogiado de un monarca, lejos de hacer progresar la felicidad del reino, se vuelve en contra de la libertad del país.

"Hemos conciliado lo que parecía imposible de hacer concordar, el bien del Estado con los bienes particulares. Se afirmaba incluso que la felicidad pública de un Estado era necesariamente distinta de la felicidad de algunos de sus miembros. No hemos adherido a esta política bárbara, fundada en la ignorancia de las verdaderas leyes o en el desprecio a los hombres más pobres y más útiles. Existían leyes abominables y crueles que suponían que los hombres eran malvados, pero nos inclinamos a creer que ellos llegaron a serlo tras la institución de esas mismas leyes. El despotismo ha fatigado el corazón humano y al irritarlo lo ha endurecido y corrompido.

"Nuestro rey tiene todo el poder y la autoridad necesarios para hacer el bien y los brazos atados para hacer el mal. Se le muestra la nación bajo una luz favorable: se le exhibe su valor; su fidelidad hacia él, su horror por todo yugo extranjero.

"Hay censores que tienen el derecho de alejar del príncipe a todos los que pudieran inclinarse a la irreligión, al libertinaje, a la mentira, y al arte funesto de ridiculizar la virtud.<sup>40</sup> Tampoco existen más entre nosotros esa clase de hombres que, bajo el título de la nobleza (que para mayor ridículo era venal), se abalanzaban a prosternarse ante el trono, quería seguir únicamente el oficio de las armas o el de cortesano, vivía en la ociosidad, satisfacía su orgullo con viejos pergaminos y daba el deplorable espectáculo de una vanidad igual a su miseria. Vuestros granaderos derrama-

<sup>40</sup> Estoy inclinado a creer que los soberanos son casi siempre las personas más dignas de su corte. Narciso tenía el alma aún más negra que la de Nerón.



ban su sangre con tanta intrepidez como el más noble de ellos y no la ponían a tan alto precio. Por lo demás, semejante denominación en nuestra república habría ofendido a los otros órdenes del Estado. Los ciudadanos son iguales; la única distinción es la que naturalmente establecen entre los hombres la virtud, la inteligencia y el trabajo.<sup>41</sup>

"A pesar de tantas defensas y precauciones para que el monarca no olvide, en caso de calamidades públicas, lo que debe a los pobres, él observa cada año un ayuno solemne que dura tres días. Durante este tiempo nuestro rey sufre el hambre, soporta la sed, duerme sobre un camastro: este ayuno terrible y saludable imprime en su corazón una conmiseración afectuosa por los necesitados. Nuestro soberano no tiene necesidad, es verdad, de ser enseñado por este estímulo físico; pero es una ley del Estado, una ley sagrada, seguida y respetada hasta hoy. A ejemplo del monarca, todo ministro, todo el que maneje las riendas del gobierno se siente obligado de sentir por sí mismo lo que es la necesidad y el dolor que de ella proviene; por eso está más dispuesto luego a aliviar a quienes estuvieran sometidos a la imperiosa y dura ley de la extrema necesidad."<sup>42</sup>

<sup>41</sup> ¿Por qué los franceses no podrían adoptar un día algunas formas republicanas? ¿Quién ignora en este reino los privilegios de la nobleza, fundados en su origen mismo y confirmados por el uso de varios siglos? Desde que bajo el reino de Juan, el tercer Estado salió de su degradación, asistió a las asambleas de la nación y esta nobleza orgullosa y bárbara la vio asociarse, sin reaccionar, a los órdenes del reino, aunque los tiempos aún estuviesen llenos de prejuicios, basados en la administración de los feudos y en la profesión de las armas. El honor francés, principio siempre operante, superior a las más sabias instituciones, podrá entonces llegar a ser un día el alma de una república, sobre todo cuando el gusto por la filosofía, el conocimiento de las leyes de la política y la experiencia de tantos males hayan acabado con esa superficialidad e indiscreción que desnaturalizan estas brillantes cualidades que harían de los franceses el primer pueblo del universo, si supieran planear, madurar y sostener sus proyectos.

<sup>42</sup> Frente a la cabaña de un filósofo se elevaba una montaña alta y fértil, favorecida por las miradas más dulces del sol. Estaba cubierta por bellos

"Pero", le dije, "tales cambios habrán sido largos, penosos, difíciles. ¡Cuántos esfuerzos habréis tenido que hacer!"

El sabio hombre respondió sonriendo dulcemente: "El bien no es más difícil que el mal. Las pasiones humanas son terribles obstáculos; mas cuando los intelectos son iluminados acerca de sus verdaderos intereses, se vuelven justos y rectos. Me parece que un solo hombre podría gobernar el mundo si los corazones estuviesen dispuestos a la tolerancia y a la equidad. A pesar de los defectos comunes de la gente de vuestro siglo, supisteis prever que la razón haría un día grandes progresos; los efectos de ello son evidentes, y los felices principios de un gobierno sabio han sido el primer fruto de la reforma".

pastos, espigas doradas, cedros y plantas aromáticas. Los pájaros más agradables de ver, del sabor más delicioso, en densas bandadas hendían el aire con sus alas y lo llenaban con sus armoniosos cantos. Los ciervos, las cabritas saltarinas poblaban los bosques. Unos lagos criaban en sus aguas plateadas truchas, pescadillas y lucios. Trescientas familias desparramadas en la ladera de la montaña la compartían y vivían felices en paz, abundancia en el seno de las virtudes que éstas crían; ellas bendecían al cielo al amanecer y al ocaso. Pero he aquí que el indolente, voluptuoso y disipador Osmán subió al trono, y estas trescientas familias fueron pronto arruinadas, exiliadas, y se volvieron errantes y vagabundas. La bella montaña pasó completamente a manos de su visir, un noble bandido, que utilizó los despojos de los desdichados en beneficio magnífico de sus perros, sus concubinas y aduladores. Un día Osmán se perdió mientras cazaba, encontró a un filósofo cuya cabaña había escapado al torrente que todo había tragado. El filósofo lo reconoció, sin que el monarca lo notara. El filósofo hizo su deber noblemente. Se habló de los tiempos presentes. "¡Ay!", dijo el sabio anciano, "hace diez años se conocía la alegría, pero hoy las necesidades más grandes extenuan al pobre, lo entristecen, y la extrema miseria con que cada día lucha con coraje lo conduce lentamente a la tumba. Todos sufren". El monarca replicó: "Decidme, os ruego, ¿qué es la miseria?". El filósofo suspiró, calló, y le indicó el camino a su palacio.

## ANÉCDOTAS SOBRE MADAME LA CONDESA DU BARRY

*Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry*

[“Londres, 1775”, probablemente escrita por Mathieu-François Pidan-  
sat de Mairobert.]

### PREFACIO

AUNQUE esta obra es una vida muy completa de madame Du Barry, el autor, evitando pretensiones, ha preferido el título modesto de *Anécdotas*. Así se ha librado del orden compositivo, de las transiciones, de la gravedad de estilo que un título más imponente habría exigido. Habría estado obligado a sacrificar o a relegar como notas un sinnúmero de detalles, indignos de la majestad de la Historia, que podrán parecer quizás datos meticulosos a la posteridad pero resultan extremadamente picantes para los contemporáneos.

Por lo demás, no debe pensarse que al recoger la información hemos acumulado sin discernimiento una profusión de habladurías y disparates relacionados con esta célebre cortesana. Se podrá ver que, desde su nacimiento hasta su retiro, citamos las fuentes que garantizan lo expuesto. En ello hemos seguido las reglas escrupulosas del historiador.

Quienes seducidos por semejante título, *Anécdotas* –a menudo señal de imposturas y calumnias– lo tomaran con avidez como un libelo bueno para alimentar su malignidad o su corrupción, desengañense y arrojen este libro. El autor concibió su proyecto durante los días más brillantes del reino de la favorita; por entonces ningún temor, ninguna es-



peranza, ninguna otra cosa hubiese podido apartarlo de su empresa o distraerlo de su veracidad. Hoy, cuando madame Du Barry no tiene poder ni influencia para doblegar la malignidad del público, no ha de caer en la bajeza de recargar la pintura de una vida ya bien llena de escándalo. Ha tenido el autor como objeto un fin más noble y más útil: consolar en su oscuridad al ciudadano que, alejado de la corte y de sus grandezas por su nacimiento, suspirase por no alcanzarlas, y mostrarle por qué medios éstas son conseguidas, qué manos la prodigan, y sobre cuáles cabezas se acumulan. Más feliz que muchos otros moralistas en la elección de su tema, ha encontrado uno que reúne el interés de la Historia y todos los placeres de la novela, que puede convenir al filósofo austero y al hombre frívolo, alimentar las reflexiones de aquél y divertir el ocio de éste, complaciendo así a los diversos tipos de lector.

[...]

#### PRIMERA PARTE

El origen de la condesa Du Barry es desconocido, como lo es el de los grandes ríos, que son poca cosa en su fuente y sólo merecen la atención de los viajeros cuando, engrosado su curso, se imponen por sus aguas majestuosas, o más bien, como el origen de las familias ilustres y de los pueblos muy antiguos, perdido en la noche de los tiempos, está mezclado con muchas leyendas y oscuridades. He aquí empero lo que cuenta el señor Billard-Dumonceau, su padrino, quien se manifestó sobre ello en los comienzos de la influencia de esta dama, pero que luego, por prudencia o por orden superior, fue muy reservado sobre el asunto.

Según cuenta, él encabezaba una expedición de suministros en la guerra de 1744. Su tarea lo obligó a pasar por Vaucouleurs, pequeña ciudad de la Champaña, que se vana-

gloria por ser la cuna de la *Pucelle*, y que no lo hará menos por ser cuna de la condesa Du Barry. En su calidad de recaudador del Tesoro Público estaba alojado en casa del Director de Impuestos. Durante su estadía la esposa de un empleado dio a luz. Era uno de esos modestos empleados llamados *ratones de bodega* porque van a ellas con frecuencia para inspeccionar los vinos y otras bebidas; se llamaba Gomart de Vaubernier.

La esposa del Director había prometido hacer de madrina: rogó a Dumonceau acompañarla en el bautismo de la niña que acababa de nacer. Éste, por naturaleza galante y jovial, aceptó la cortés invitación con mucho entusiasmo. La niña fue bautizada con el nombre de María Juana. La ceremonia reflejó la riqueza del padrino: fue magnífica para ese lugar, y terminó, según el uso, con una fiesta, con una gran distribución de confites y bombones; luego partió, sin preocuparse mucho por si la nueva alma que acababa de rescatar para Dios no fuera pronto a retornar al diablo.

La Providencia, que velaba más de cerca sobre la niña que su padrino, le dio a éste la oportunidad de volver a encender unos sentimientos más conformes al nuevo título que había adquirido y más dignos de su cristianismo y de su humanidad.

Varios años después de su retorno a París, una mañana le anuncian que una mujer quería hablarle. La hace entrar; ella se presenta con una niña. No reconoció ni a una ni a otra. Le pregunta a la madre quién es. Ella se pone de rodillas llorando; le cuenta que es la Gomart, cuya hija él había apadrinado y que su ahijada está ante sus ojos. La niña atrae las miradas del padrino. Además de su dulzura, natural a esa edad, tenía un encanto particular. El padrino la abraza, la acaricia, y se informa por qué razón la madre se encuentra en París.

Madame Gomart le cuenta que ha perdido a su marido; que, como el empleo que él tenía no le había permitido eco-

nomizar, ella se había encontrado a causa de esa muerte en estado de miseria. Y que, sin recursos en Vaucouleurs, había venido a la capital para buscar de qué vivir y colocarse en alguna parte.

Monsieur Dumonceau se interesa en la suerte de la madre, pero su benevolencia es atraída sobre todo por la niña. Entrega doce francos a madame Gomart diciéndole que volviera al fin de cada mes, que trajera a su ahijada y que él le iba a dar la misma suma cada vez, para su educación inicial, es decir para enseñarle primero a leer y escribir. Le promete además buscarle una colocación. No se sabe con precisión qué fue de la madre en esos primeros tiempos y la memoria de monsieur Dumonceau no es clara en este punto. Sólo recuerda haberle suministrado la ayuda que le había prometido y algo más. Parece que la madre se apropiaba de una parte de ella; al menos el dinero no fue muy ventajosamente invertido en el tipo de educación que el padrino quería dar a la ahijada, pues ésta no leía muy bien y escribía muy mal. Se ha descubierto un memorial anotado o más bien garabateado por madame Du Barry de este modo: "La recomienda por madame condesa Dubarry". Esta laguna, por lo demás poco importante, no duró mucho. Monsieur Dumonceau tenía en aquel tiempo como amante a mademoiselle Frédéric, cortesana muy famosa a la que amaba perdidamente. Como la viuda Gomart se encontraba sin trabajo, la colocó entonces como cocinera en casa de su amante. Mataba así dos pájaros de un tiro: hacía un favor a la pobre viuda y se procuraba un espía para sus celos.

Quedaba la cuestión de qué hacer con la chica ya grandecita y precoz para su edad. Monsieur Billard, pariente de monsieur Dumonceau y cajero de correos, que se encontraba poseído por el fervor de una devoción religiosa naciente, propuso enviarla a Sainte-Aure, una comunidad dirigida por el abate Grisel, quien en cierto modo era su fundador. Alabóse su celo, su oferta fue aceptada y él se en-

cargó de pagar la pensión de la niña mientras estuviera en esa casa religiosa donde haría su primera comunión y adquiriría capacidad para alguna tarea.

Perdamos un momento de vista a este precioso tesoro encerrado en la comunidad de Sainte-Aure donde la joven se iba formando en los ejercicios del convento —los que como sabemos no siempre son ejercicios espirituales—, y hagamos algunas reflexiones acerca de esta primera parte de su vida.

Despejado el caos de su nacimiento resulta: 1°. Que no era bastarda, pues tenía un padre reconocido y, según la ley *Pater est quem nuptiae demonstrant* [El padre es quien es reconocido por el matrimonio como tal].

2°. Que mucho menos es hija de un monje. Esta fábula se basa en un chiste de monsieur el duque de Choiseul, quien difundiendo deseaba más bien ridiculizar y afrentar a madame la condesa Du Barry, cuya influencia entonces comenzaba, que decir la verdad, ya que él la conocía tanto como los demás. Un día en que se conversaba en la mesa de este ministro sobre las órdenes religiosas y se las atacaba sin piedad, "no hablemos mal de los monjes", dijo el duque, "que nos hacen bellos niños".

3°. Que, aunque su padre no ocupó una posición brillante, puede decirse que ella no nació en el fango y que puede descender, como se pretendió desde el momento de su ascenso, de una antigua familia, ya por los Gomart ya por los Vaubernier. Dejemos a los genealogistas el cuidado de encontrar la filiación y volvamos a nuestras anécdotas.

[...]

Hacia 1760 la viuda Gomart, con grandes esperanzas en su hija, recogió el poco dinero que había economizado, suma que junto a los donativos del padrino y de madame de..., sirvió para colocar a la Manon en casa del señor Labille, un



modisto. Este oficio, muy respetable en sí, está tan desacreditado que una madre discreta y prudente evitaría sugerírsele a una joven bonita. Introducirla en lugar semejante es exponerla demasiado, es en verdad, ponerla, como se dice, en la vía pública: es invitar a los galanes, a los disolutos, a los conocedores de lo bueno, a que hagan sus propuestas. Es de presumir que la cocinera, ya bien al tanto de las costumbres de París, no estuviese lejos de un proyecto semejante. No se sabe si para realizarlo con mayor libertad hizo cambiar de nombre a su hija, pero según la tradición, ésta entró en casa del señor Labille con el nombre de Lançon. Así la llamaremos en adelante, mientras hablemos de esa época.

Mademoiselle Lançon estaba encantada en su nuevo domicilio. Una casa de modas no puede sino favorecer infinitamente los gustos de una joven que entra en el mundo y que aún no ha visto nada. Es en verdad el templo de la coquetería. Desfilan ante sus ojos las telas más ricas y preciosas, los atavíos más elegantes y extravagantes, las fruslerías, los pompones, esos ornamentos tan deliciosos para una mujer, todo lo exquisito que la aguja o el huso pueden producir. ¿Cómo resistiría una joven ninfa a tantos encantos? Es como un Aquiles que se ve rodeado de armas por primera vez. Por lo demás si ese espectáculo despierta necesariamente la vanidad en un corazón novicio, hace nacer en él el amor del lujo y de la frivolidad, podremos ver por la reseña de las ocupaciones diarias de una modistilla que, a la larga, no podrá escapar a la corrupción de costumbres de sus compañeras. En efecto, su arte consiste no sólo en amoldar las diversas producciones de las manufacturas nacionales o extranjeras sino también ponerlas en provecho de las pasiones del sexo que las usa. Es preciso que se esfuerce sin pausa ya en inflar el orgullo de la fastuosa, ya en realzar los rasgos de la coqueta o en dar más ardor a la enamorada, más ternura a la voluptuosa, más energía a la ce-

losa, más lascivia a la cortesana. La belleza quiere recibir gracia, la gentileza fuego; la fealdad, disfraces atemperantes y suavizantes. Todas las mujeres, en una palabra, luchan por el triunfo, cada una a su manera. Incluso la devota, que desea aparecer atractiva a los ojos de su director de conciencia.

Además, el tipo de prácticas que circulan en esos talleres del flirteo y de la frivolidad contribuye no poco a hacer dar vueltas la cabeza de las obreras que allí trabajan. Hay una señorita escapada del convento que hay que educar en al arte de agradar; hay que cautivar con la ayuda del atavío a ese esposo que se le destina; hay una recién casada que se quiere presentar en la corte, cuyo corazón ya está cultivando el deseo de seducir al Monarca, se procura por todos los medios hacer más encantadores sus encantos; hay sobre todo, una actriz, una cantante, una danzarina, una chica de pasado dudoso que hace poco era su compañera y hoy va en un coche soberbio y hace aportar a las diferentes partes del mundo para el embellecimiento de sus encantos: hay, en fin, un petimetre que viene a ordenar regalos para su querida y que desliza al pasar unas propinas a estas sacerdotisas subalternas de Venus. Continuamente oyen hablar sólo de fiestas, bailes, comedias y de amor. Y si a veces se ven obligadas a ejercer su ministerio con lúgubres adornos, es para hacerlos menos tristes, para darles gracia. Una viuda que ordena sus lutos exige que pueda entreverse que ella no destinará toda su vida a esos crespones fúnebres; que bajo esas envolturas adustas pueda descubrirse la metamorfosis de una belleza que florecerá más amable y radiante.

A estas seducciones que entran por todos los sentidos en el corazón de una joven modista añádanse los esfuerzos activos de esas gobernantas, emisarias del libertinaje, que considerándola ya como una víctima consagrada al placer, le susurran los ofrecimientos más lisonjeros, ya los propios, ya los de un caballero galanteador cuyos ojos concupiscentes han

caído sobre la jovencita, y se concluirá que es moralmente imposible que ella no sucumba al mal ejemplo general.

No es de admirar que mademoiselle Lançon haya sufrido el destino de las otras jóvenes. Su figura la hacía más solicitada que las demás y su carácter irreflexivo facilitaba las insinuaciones. Su deseo de poder gastar; su apego extremado por la ropa y por los perifollos ofrecían a quien hubiese querido tentarla los medios naturales para hacerse escuchar. Por lo demás, no tenía a nadie cuyos consejos la preservaran del peligro; y su madre, que hubiera debido velar por ella, sin ser tan depravada como para venderla, deseaba en su interior que su hija hiciera fortuna de cualquier modo imaginándose que —así se dijo— ello redundaría en provecho propio. Es en estas circunstancias que una famosa alcahueta, la Superintendente oficial de los placeres de la Ciudad y de la Corte, supo por sus corredoras (así se llama en los términos del oficio a los agentes femeninos de tales mujeres) acerca de una recién llegada al establecimiento de Labille. Esta elocuente seductora era una mujer llamada Gourdan. Había sucedido a las *Florencias* y a los *Paris*, nombres inmortales de los fastos de Citeres; y sin haber llegado a igual celebridad, ejercía con distinción sus funciones necesarias en la capital. Todavía las ejerce hoy para satisfacción de los aficionados. Tiene la confianza de los ministros, de los prelados, de los graves magistrados, de los grandes financieros, de los libertinos más exquisitos y desgastados. Hay pocos caballeros que no quieran recibir una amante de su mano, ¡tan famosa es por sus lecciones en el arte de la voluptuosidad! Ella escoge la flor y nata, por decirlo así, la flor de las "grisetas" de París; las civiliza, las forma, las estiliza, las lanza y las hace triunfar en la medida de sus talentos y sus atractivos.

En cuanto madame Gourdan midió con una ojeada a mademoiselle Lançon, la candidata le pareció digna de sus cuidados. Concibió cuánto podría valer entre sus manos y

preparó a prisa sus redes para atrapar tan buena presa. Como tenemos de su viva voz los detalles de este episodio de la vida de madame Du Barry, referiremos su propio relato. Quitaremos sólo las expresiones impropias, los términos demasiado enérgicos. Sustituiremos con imágenes más honestas las pinturas demasiado fuertes. Así cuenta ella: "Fui informada rápidamente por mis 'corredoras' que había en casa de Labille una recién llegada extremadamente bonita. Fui allí con el pretexto de comprar algunos adornos. Vi la más bella criatura que pueda verse. Podía tener dieciséis años; ya era encantadora, una estatura esbelta y noble, un óvalo el rostro, dibujado como con pincel, los ojos grandes, bien rasgados, la mirada como de costado, lo que los hacía más atractivos; una piel de blancura esplendorosa; la boca graciosa, los pies pequeños y los cabellos tantos que no habrían cabido en mis manos. Juzgué por todo este exterior lo que habría de ser el resto; no quería perder semejante adquisición. Me acerqué a ella sin afectación, le deslicé en la mano mi dirección en un papel con una moneda, diciéndole en voz baja y de manera que nadie más oyera que viniera a mi casa en cuanto pudiese, que era por su bien.

"Soy mujer y sé lo que hay que hacer para excitar la curiosidad de las jóvenes; no tenía duda de que mi propuesta, acompañada de un regalito, surtiría efecto. Al día siguiente, un domingo, vi llegar a mi casa a mademoiselle Lançon. Me dijo que había pretextado ir a misa; la acaricié mucho, le di el desayuno, le pregunté si estaba contenta donde estaba. Me respondió que no se encontraba mal; que ese oficio le convenía más que otro cualquiera; pero que en general no amaba el trabajo, que más bien le gustaría reír y divertirse; que envidiaba el destino de las damas que veía entrar en la tienda siempre bien vestidas y acompañadas de hermosos caballeros, camino al teatro o al baile. Le contesté que tenía razón, que una joven bonita como ella no estaba hecha para estar todo el día sentada cosiendo y ganar tal vez, después



de algunos años, veinte o treinta céntimos al día; que eso era para las trabajadoras desdichadas y feas que no podían hacer algo mejor. Entonces la besé afectuosamente, la llevé a mis habitaciones, le mostré mis galantes gabinetes donde todo respira el placer y el amor; la incité a mirar los grabados que los adornaban: eran desnudos, posturas lascivas, todo tipo de cosas para encender el deseo. Veía a mi joven griseta saciar ávidamente sus ojos; estaba ardiente: la saqué de allí, habiendo sólo querido probar si había juzgado bien, si era buena para trabajar conmigo.

"La llevé luego al guardarropa, le abrí varios armarios, desplegando ante ella telas de Holanda, encajes, tafetanes, fajas de Tours, medias de seda, abanicos, diamantes. '¡Bueno nenita!', exclamé, '¿quieres unirte a mí? Tendrás todo esto, llevarás la vida que desees, irás diariamente a espectáculos y fiestas, comerás con lo más grande y agradable de la corte y la ciudad, y de noche gozarás, ¡y de qué manera!, corazón mío, ¡sólo se los puede llamar gozos del paraíso!... ¿los conoces? No hay felicidad sin ellos. Todos los desean. Verás aquí a príncipes, a generales del Ejército, a magistrados, a ministros, a prelados: todos se afanan para venir a descansar a mi casa y a regocijarse con un pimpollo como tú... ¡Vamos! Tú sabes de qué se trata.' Ella me sonrió ingenuamente contestando que no sabía lo que quería decirle, que nunca le habían hecho una pregunta semejante, que no podía contestar... 'Tienes razón', repliqué, 'soy yo quien debo ver...'. Mientras decía esto, pretexté hacerle probar un deshabillé divino y nuevo que estaba allí preparado para una joven que debía venir a cenar esa misma noche. Me apoderé de ella, la desnudé por completo. Vi un cuerpo soberbio, unos pechos... -han pasado muchos por mis manos, pero nunca tan elásticos, con esa forma, esa posición admirable-; una espalda para extasiarse, unas piernas, unas nalgas... Los escultores no pueden producir algo más perfecto... En cuanto al resto, conozco bastante como para decidir que su virgini-

dad era muy equívoca, pero sin embargo adecuada como para ser vendida todavía más de una vez... Es lo que quería saber bien...

"Tras haber hecho la niñería de vestirla con ese atavío que ella hubiese querido conservar puesto, le hice comprender que no podía hacerse así; que, como no se le había acreditado todavía una aventura, no estaba aún registrada por la policía, corría pues el riesgo que nos prendiesen a las dos si la retenía en mi casa; que debía volver a casa de Labille. Le dije que, hasta que yo encontrase alguien que quisiera mantenerla, ella podía, mientras tanto, venir a escondidas a mi casa y participar en reuniones que le procurarían un poco de dinero. Le puse en el bolsillo una moneda de diez francos y arreglamos que cuando tuviera necesidad le enviaría una mensajera que, sin palabras y sólo por señas convenidas, sabría hacerse entender. Saltó feliz a mi cuello y partió.

"Había entonces en París una asamblea del clero. Un prelado de quien callaré el nombre -pues en nuestro trabajo hay que tener la discreción de un confesor-, un prelado pues, me pedía desde hace tiempo que le consiguiera una novicia a quien pudiera darle sus primeras lecciones de placer... No había podido satisfacerle todavía. Se nos permite emplear las muchachas que se presentan por sí mismas pero no podemos corromper a nadie. Mademoiselle Lançon me pareció adecuada para este fin. Escribí a monseñor que había encontrado lo que quería. Su eminencia podía prepararse y quedaría contento. Me señaló el día e hice avisar muy temprano a mi virgen muchacha; la instruí sobre el papel que debía jugar o más bien le dije que -sin querer arrancarle su secreto, ni entrar en lo que podría saber o no-, era necesario que fuese absolutamente ignorante acerca de todo, incluso del lenguaje. Le hice usar una loción astringente para quitar todo vestigio de introducción viril. La hice perfumar, peinar y vestir con ele-

gancia: estaba encantada de verse tan espléndida. La entregué en ese estado al prelado tras haber recibido cien luisés por tal flor.

"Evidentemente se quedó encantado con ella, pues deseaba tenerla consigo; pero como la asamblea había terminado, debió volver rápidamente a su diócesis; por lo demás aquello no estaba en mis planes: esta virgen debía volver a serlo varias veces más antes de terminar con ella. Sin embargo, para ganarla cada vez más, le regalé camisas y un vestido; para evitar toda sospecha de libertinaje le aconsejé hacer creer a sus compañeras que había ganado la lotería, pero no tuve que instruirla mucho en estas cosas, ella era tan astuta como yo. La tenía sin embargo agarrada por su punto débil; mis pequeños regalos le permitían estar siempre limpia y bien arreglada. Me quería mucho y me llamaba su 'buena mamá', reía como loca cuando le proponía pasar por novicia; luego, en el momento de representar su rol, retomaba un aire de pequeña Agnes y se imponía a los más hábiles. Ya su virginidad se había renovado cinco o seis veces. La Iglesia, la nobleza, la magistratura, las altas finanzas la habían experimentado, y me había producido más de mil luisés. Estaba a punto de entregarla a la burguesía, cuando un contratiempo, inevitable en nuestras casas, arruinó mis proyectos y me obligó a separarme de mademoiselle Lançon.

"Dumonceau, uno de mis antiguos clientes, pero a quien había perdido de vista desde su unión con la Frédéric, acababa de perder a esa amante. Recurrió a mí y me pidió algo fresco y nuevo para alegrarlo. Pagaba bien. Puse mis ojos en mademoiselle Lançon. Es mi costumbre ocultar a las jóvenes los nombres de los caballeros con que tienen que habérselas para no traicionar la confianza de estos. Hago lo mismo con las pequeñas grisetas que vienen a mi casa para no producirles daño y para reservarme además siempre mi derecho de presentación: así nada podía

prever la catástrofe que se preparaba. El día señalado reúneno a mi virgen con su libertino. Al principio no se reconocen; luego se observan, como sorprendidos de reencontrarse: veo los fuegos de la concupiscencia apagarse en las miradas de Demonceau y dar lugar a los de la cólera. Mademoiselle Lançon da un grito y se desmaya. '¡Infame!', gritó Demonceau, '¿Cómo hubiera creído encontrarte aquí? ¿Son éstas las lecciones que has aprendido en Sainte-Aure? Tenían razón al juzgar que serías una libertina'. Se adelanta como para abofetear a la desdichada joven. Me interpongo entre los dos, más muerta que viva, sin saber lo que significaba semejante acusación. Me apodero del energúmeno, llamo para que socorran a la jovencita y arrastro al viejo bribón a otra habitación. Desde el primer momento temí que esta aventura redundara en mi contra, que Dumonceau tuviera algo que ver con la falsa virgen y que su indignación fuera producida por verse engañado por ella y por mí. Pronto comprendí, por la explicación que él me dio, que yo no tenía nada que ver con la pelea. Me informó que ella era su ahijada y todo el resto de la historia que conocemos. Esto me animó a tomar la defensa de la jovencita. Juré que era la primera vez que venía a mi casa, que me la había traído una de mis corredoras, que su ingenuidad debía demostrarle que no estaba acostumbrada a venir a semejantes lugares, que había sido traída por sorpresa, que ignoraba absolutamente el mal... 'Sí, sí, ella ignora el mal', respondió el padrino, interrumpiéndome con una risa airada, 'ella lo conoce desde el convento'. Vi que era peligroso contrariar a aquel hombre, admití lo que quiso limitándome a protestar que yo no le había enseñado nada y que acababa de entrar recién en mi casa. Se calmó un poco, siguió luego una larga conversación sobre mademoiselle Lançon y su madre a quien imputamos toda la culpa. Cuando lo creí calmado, tras prometerle que, como se preocupaba por esta muchacha, no pondría ella nunca más los



pies en mi casa, fui a buscarla, con el pretexto de consolar a su padrino, pero en realidad para hablarle e instruirla acerca del sesgo que le había dado a este encuentro. La traje, pero el viejo pecador empezó con nuevos reproches. Ella creyó excusarse ingenuamente contestando: 'Pero padrino, ¿está mal venir a un lugar donde estáis vos mismo?' Este sarcasmo agrió el amor propio de Dumonceau al punto de hacerle volver a todo su furor, vomitando las más fuertes imprecaciones contra la ahijada, contra su madre y contra mí: la chiquilla huyó para sustraerse a la cólera terrible de su padrino quien la amenazaba con el bastón. La persiguió gritándole que abandonaría a su desgraciada suerte a ella y a la bribona de su madre, que no quería oír hablar de ninguna de las dos y que se cuidaran de presentarse ante su puerta. Durante este tiempo pude sujetar al energúmeno... Se volvió hacia mí: 'Y tú, abominable Celestina, si me entero que esta desvergonzada vuelve aquí, ¡os meto a las dos en el hospicio!'. Con aquello se fue, sin querer escucharme.

"Su ahijada sintió un miedo tan terrible con esta escena que no ha osado venir a verme en este tiempo pero siempre me quedó muy reconocida y me estimó. Desde que ha sido su amante recurrió varias veces a mi ayuda; volvió aquí para algunas citas secretas pero que no reportaron nada extraordinario. La vi también cuando estaba con Du Barry. Como él y yo uníamos a veces nuestros talentos en empresas comunes, me la prestaba para muy grandes ocasiones. Yo le hubiese encontrado cien oportunidades como mantenida; ella me lo pidió a menudo cuando se veía descontenta de aquel mal hombre, pero luego, llegado el momento, no se atrevía a dejarlo; parecía que la tenía hechizada. Por lo demás, él la reservaba a un destino mejor, e hizo bien".

Aquí termina el relato de la abadesa Gourdan. Añadió que el buen Dumonceau había mantenido su actitud rigurosa con ella y había dejado de visitar su casa. Ella atribuía

aquellos accesos convulsivos que nos había descrito a la humillación de encontrarse en una casa de placer frente a su ahijada y al haber recibido de ella una lección; tal vez también a un despecho secreto y celoso, al verla tan bella, por no haberse reservado unas primicias que hubiera obtenido fácilmente; a un choque de pasiones en fin, que se combatían en él en ese instante pues no podía satisfacer su lascivia sin desprenderse de esa autoridad que la calidad de padrino le daba sobre su pupila y que para hacerla valer se veía forzado a contener sus deseos libertinos. Sean cuales fueren los motivos de esta extraña escena del relato de madame Gourdan sacaremos algunas nuevas conclusiones en defensa de madame Du Barry. En cuanto a la acusación, si no calumniosa, por lo menos exagerada de haber pasado su juventud en un burdel, debemos en parte justificarla. Vemos que ella entró allí sólo por curiosidad y no por un gusto decidido por el vicio; que ni siquiera fue conducida allí por ese interés sórdido que guía a tantas de sus compañeras, sino por esa atracción, tan perdonable a su sexo, por los vestidos y el esplendor; en una palabra, si ella ha desarrollado después grandes conocimientos en el arte voluptuoso, había extraído las lecciones de su corazón más que de las conversaciones de las matronas profesas del oficio. Las había recibido de ese temperamento fogoso que desde la más tierna edad la había atormentado y que, para los buenos conocedores de mujeres, es su mejor cualidad. Esta falsa noción acerca del aprendizaje de nuestra heroína se debe a la observación del duque de Noailles (entonces duque de Ayen) que quería más soltar un sarcasmo que hacer justicia a la verdad. Cuando el rey, en los comienzos de su relación con madame Du Barry, comentaba los placeres indecibles y nuevos que ella le hacía gustar, "Señor", respondió, "es que nunca habéis ido a un burdel".

[...]

[*Después de trabajar en casa de un empleado del Ministerio de Marina, y luego en la de un peluquero, la heroína tuvo que vivir un tiempo con su madre. Suplían sus magras entradas haciendo la calle, hasta que encuentran a un monje que había sido amante de la madre y padre natural de la hija. Éste ubica a la muchacha, conocida ahora como mademoiselle Vaubernier, en casa de una rica viuda. Tras dormir con los hijos de la viuda y con la viuda misma, mademoiselle Vaubernier busca un placer genuino en los brazos de sus lacayos. Esta inconducta la hizo ser despedida. Cambia su nombre por el de mademoiselle L'Ange y trabaja como prostituta en una casa de juego. Allí cae bajo el hechizo de su principal amante, un aventurero llamado Jean Du Barry, quien se hace llamar conde y vive de proveer mujeres a los ricos y los poderosos.*]

En la primavera de 1708 el conde Du Barry encontró al señor Le Bel, uno de los primeros valets del rey, el más íntimamente relacionado con los placeres secretos de Su Majestad, especialmente encargado de reclutar para el Parque de los Ciervos. Llamábase así a una parte de Versalles donde madame de Pompadour había establecido una suerte de depósito para ubicar a las muchachas que sin cesar se buscaban en París, y que esta dama colocaba en el lecho de su augusto amante. Ella había advertido la necesidad de subvenir a sus necesidades físicas con recursos de afuera, y con esta tarea administrativa conservaba el corazón del monarca y todo el honor de una amante oficial. No se podría contar la gran cantidad de criaturas que pasaron por esta suerte de corral, donde cada una esperaba su turno, que a menudo no llegaba, o que sólo consistía en ligeras familiaridades, o que duraba brevemente, tanto a causa del desinterés del monarca como de los temores de la sultana principal. Tenía ella gran cuidado en hacer desaparecer a quienes pudiera temerse por su carácter, su espíritu o por el interés del rey.

Pero la admisión a este serrallo traía particulares beneficios. Se casaba a estas jóvenes comúnmente con una dote de 200.000 *livres*, y se las enviaba al fondo de alguna provincia alejada. Algunas se quedaban en París a causa de un favor particular como madame Gianbonne que se casó con un banquero, madame David, esposa de un alto funcionario de aprovisionamientos, madame Le Normant, la primera de todas las que el rey honró con su lecho desde que dejó de dormir con madame Pompadour, conocida entonces con el nombre de mademoiselle Morfi, quien tiene hoy alta estima por haber dado su hija en casamiento al sobrino del abate Terrai, mademoiselle Selin, bretona, una sirvienta, quien prefirió entrar en un convento y que ha tenido una carrera distinguida, y tantas otras cuya enumeración es inútil aquí. Es fácil deducir de lo dicho cuán costoso debía ser semejante establecimiento, no sólo en razón de las jóvenes ninfas que según el cálculo dejaban el harén de a una por semana, lo que hace un costo de diez millones por año, sino también a causa de los jefes y subalternos de todo tipo encargados de su descubrimiento, así como los gastos para refinarlas, limpiarlas, vestir las; en una palabra, ponerlas en estado de seducir tanto con su elegancia exterior como con sus encantos naturales; y si se suman a estos objetos principales de gasto, el dispendio y la malversación que éstos naturalmente producen, encontraremos una fuente inagotable de pérdida del tesoro público bajo el nombre vago y abusivo de "Recibos de Caja".

Tras las pérdidas familiares sucesivas que había tenido [las muertes del Delfín, de la Delfina y la reina de 1765 a 1768], el rey había decidido cerrar el Parque de los Ciervos para entregarse por completo a su dolor. La edad avanzada y la facilidad que tiene un gran príncipe para satisfacer todas sus pasiones habían hecho disminuir en él el deseo de mujeres. Pero este deseo, aun disminuido, seguía existiendo, y los cortesanos juzgaron además necesario distraer



a Su Majestad del espectáculo largo y doloroso que la enfermedad de la reina entonces le ofrecía. Los médicos hicieron entender al rey que era peligroso apartarse tan bruscamente de un placer necesario a su existencia. El monarca debió aprobar el consejo de los médicos pues a pesar de su pena por la pérdida de su "compañera" como llamaba a la reina en su carta al arzobispo para informarle de su muerte, encargó al señor Le Bel de ocuparse de esa área. Este servidor celoso hacía sus búsquedas personalmente para servir mejor a Su Majestad. Ya cansado de investigar, en uno de esos días de caza, habló del tema al conde Du Barry. Éste, que tenía un olfato muy fino en esas materias, y que además era considerado por el valet como una persona útil, no tardó en hacerlo hablar. Le Bel le contó su disgusto por no haber podido encontrar en sus expediciones de caza nada digno de su señor... "¿Es sólo eso?", le dijo el impúdico conde. "Tengo lo que necesitáis, sabéis que no me falta el gusto. Confiad en mí, venid a cenar conmigo y llamadme bribón si no os presento la mujer más bonita, fresca y seductora, un verdadero bocado real." El proveedor del monarca, encantado con estas palabras tan consoladoras, lo abrazó y le prometió ir a verlo a la hora convenida. Monsieur Du Barry vuelve rápidamente a su casa y hace vestir con todas sus galas a mademoiselle L'Ange (este era el nombre que mademoiselle Vaubergnier llevaba desde que estaba con él, según costumbre de las cortesanas de usar un *nom de guerre* cuando entran en sociedad y comienzan a mostrarse). Le enseña el papel que debe jugar despertando en ella una esperanza que debía considerar quimérica y que sin embargo llevó a cabo. Le hace entrever su gran destino. No se tratará solo de aparecer en Versalles y de satisfacer de incógnito los deseos del rey; él quiere convertirla en amante oficial y reemplazar con ella a madame Pompadour; para eso debe hacerse pasar ante el señor Le Bel, que iba hacia allí, como su cuñada, como si hubiese realmente desposado a su gordo

hermano, Guillaume Du Barry. Deberá jugar bien su papel, desplegando su coquetería y sus gracias; él se ocupará del resto y todo irá bien.

Mademoiselle Ange, en broma, había ya usado muchas veces el título de condesa Du Barry. Es costumbre de las muchachas mantenidas de adoptar el título de sus amantes. No debió esforzarse para jugar su parte frente al señor Le Bel, quien maravillado por la figura de la joven, por su jovialidad, su mirada lasciva, y sus palabras adecuadas, sintió pronto rejuvenecer su vejez y concluyó por su experiencia qué efecto feliz una mujer de tales recursos debía obrar sobre su señor. La cena fue muy alegre y el valet hubiese querido comprobar por sí mismo hasta qué punto podía responder él por su descubrimiento. El señor Du Barry aprovechó el entusiasmo de ese libertino para señalar que su cuñada no debía ser presentada al rey como la típica griseta a la que se despedía enseguida sin problemas. Ella era una mujer de calidad que sin duda se sentiría honrada por dormir con un príncipe —un gran rey y un amante deseado— pero ambicionaba todavía conquistar su corazón; no era indigna de tal ambición por el afecto que tenía ya a su sagrada persona, afecto que sólo podía acrecentarse con una intimidad mayor. El celestino estaba demasiado enamorado como para no convenir en esta verdad y no prestarse a los arreglos necesarios. Se decidió que desde ese momento la supuesta condesa sería un bocado sagrado, que el señor Le Bel informaría al monarca lo que había visto, que transmitiría al rey el deseo que la mujer tenía de complacerle, la devoción completa de su marido a la voluntad del soberano y la felicidad a la que el matrimonio aspiraba de cumplir con sus deseos; pero que esta belleza, que se jactaba de poder probarle su amor durante mucho tiempo, tenía el derecho de esperar una recompensa de su augusto amante con la exclusión general de las demás competidoras.

Cortesanos maldicientes han sostenido que tras esta conversación se le permitió al embajador tomar posesión de la futura amante en nombre de Su Majestad. Otros pretenden que se le hizo entrever la posibilidad de lograrlo si cumplía bien con su misión. Sea como fuere, como él mismo estaba enamorado, puso tanto calor y energía en su relato que excitó poderosamente el amor del príncipe; pero para encenderlo más todavía antes de que Su Majestad se comprometiera, le propuso ver el objeto sin que la persona lo supiera y hacer posible que el rey juzgara por sí mismo. El valet tenía una casita preparada para ello adonde invitó a cenar a la condesa. Parece que esta fue prevenida acerca del testigo secreto. Los invitados fueron los apropiados para la escena y la cena fue tan voluptuosa que el monarca no pudo contenerse.

Esa misma noche hizo venir a mademoiselle L'Ange y al poseerla encontró que escondía encantos mayores que los que su exterior mostraba. En efecto, quienes se adelantaron al rey en gozarla atestiguan unánimes que ella tiene todo lo que hace falta para hacer revivir a la persona más desgastada. Con la edad que tenía este marchito amante, con el desinterés por las mujeres que sentía en ese momento, ya que hasta entonces, retenidas por el respeto y la veneración, le habían ocultado incluso en los instantes de placer sus recursos varios, encontrar una mujer que, por decirlo así, le hiciera entrar en un mundo de placeres, que le ofreciera una fuente inagotable de delicias que ignoraba, ¡qué descubrimiento, qué tesoro! Sin duda habían pasado por el lecho del príncipe mujeres tan bien instruidas como ésta, mas no tenían un carácter tan libre, tan auténtico, tan atrevido como para jactarse de su saber y para osar practicarlo. Ésta, por el contrario, ingenua, franca y decidida, era dirigida por un hombre ejercitado en el más refinado libertinaje. Él se imaginaba la sensación prodigiosa que debía producir el contraste de las lecciones que había dado a su

alumna con las caricias frías y con los abrazos inhibidos de las anteriores amantes del rey. Ahora sólo debía dejar volar a esta ninfa adoctrinada, y el éxito de su primer triunfo le dio a ella el coraje para desplegar todo su arte. Si los hombres acostumbrados a las prácticas fuertes y enérgicas de las mujeres de la noche pueden todavía experimentar con ellas sensaciones de placer, ¡qué impresión debían producir esos medios poderosos en un voluptuoso sobre quien nunca habían sido practicados! Tal era el caso del monarca según los cortesanos más informados sobre su vida privada y sus diversiones secretas.

Esta hija de Venus hizo valer sus talentos tan bien que el rey no podía estar sin ella y debió acompañarlo a Compiègne. Permaneció allí de incógnito pues el rey estaba de duelo por la muerte de la reina y no era conveniente que sus placeres se mostraran. El monarca era muy apegado a las apariencias y a todo lo exterior que su dignidad exigía para el mantenimiento de las buenas costumbres. Pero estas pequeñas molestias sólo excitaban y fortalecían su pasión hasta el punto que monsieur Le Bel, percibiendo el gusto de su señor por mademoiselle L'Ange, y viendo que las cosas iban más lejos de lo que hubiera creído, se arrepintió de haberse prestado a la maniobra del conde pues sabía quién era ella en realidad. Creyó pues su deber, antes de que la favorita se elevase más aún, arrojarse a los pies del rey y declararle cómo había descubierto esa belleza, que había sido engañado, que no era una mujer bien nacida y que tampoco estaba casada... "¿Y qué?", exclamó el rey, según dice la tradición más aceptada en la corte, "cásenla rápido, no me pongan en la situación de hacer una tontería". Añaden que el celestino pidió más detalles pero que una mirada severa del rey lo obligó a callarse. Se dice que golpeado por la pena de haber traído semejante criatura y previniendo las consecuencias de una pasión tan violenta en un príncipe que se acercaba a la vejez, el servidor se enfermó y murió. Otros



pretenden que se aceleró su fin con veneno para prevenir las revelaciones indiscretas que pudiera hacer.

Sea como fuere, las palabras del rey reforzaron las esperanzas del conde Du Barry, llamado el gran Du Barry para distinguirlo de sus hermanos. Era uno de ellos, al que llamaremos el gordo Du Barry, un borracho, un cerdo que se entregaba día y noche a los más sucios excesos. Decidióse que sería él quien se casaría con mademoiselle L'Ange. Se le previno y no costó decidirlo haciéndole entender que su buena disposición le permitiría llevar más fácilmente el género de vida que le convenía y le procuraría todo el dinero que necesitara. Esta esperanza habría corrompido un alma menos vil. Pasó por la ceremonia, el matrimonio se celebró el 1º de septiembre de 1768. Le Pot, notario de Auteuil aprobó el contrato; sin saber el alto destino de la belleza cuya alianza civil estaba presidiendo, conmovido por sus gracias y encantos quiso gozar del privilegio acostumbrado entre sus colegas en casos semejantes: se adelantó con galantería para besar a la joven quien, no prevenida, mostró la resistencia que prescribía el pudor y también el rol que estaba jugando desde hace tiempo. Su cuñado le aconsejó que permitiera al oficial público rozar sus mejillas y luego se dirigió a él diciendo: "Recuerde usted este favor, pues será el último que recibirá de Madame".

El augusto amante quedó contento con que la ceremonia se hubiese realizado. Pareció entregarse con mayor confianza a la nueva condesa y su pasión, lejos de disminuir con el goce aumentaba cada día de tal modo que los Du Barry alimentaron la más grande ambición. Pero era necesario dirigir bien a la favorita y el plan exigía la mayor habilidad y cuidado.

Ella no tenía ingenio, sobre todo el ingenio de la intriga que exigía su posición. Hemos visto en el curso de sus aventuras hasta el momento de su elevación que estaba desprovista de la habilidad de las cortesanas que tan bien les sirve

para atrapar a los hombres. Como no era interesada ni ambiciosa, no estaba movida por los impulsos poderosos de esas dos pasiones tan fuertes en las almas comunes; pero la nueva condesa aportó en el rol que asumía una cualidad quizá superior: un cierto sentido común para adoptar los consejos que se le diera, para hacerlos valer, aprovecharlos. En breve, mostró una docilidad maravillosa ante los consejos de su cuñado cuyo éxito en el proyecto que había realizado le aseguraba más que nunca la confianza de ella. La dificultad era sólo esconder a los ojos de los cortesanos el hilo secreto que manipulaba a la favorita. Una presencia excesiva del conde cerca de ella habría hecho sospechar al monarca mismo, habría suscitado la maledicencia de los cortesanos; pero una súbita expulsión de su consejero hubiese expuesto a la favorita y le habría dado ocasión de cometer tonterías.

El conde Du Barry imaginó entonces un plan de acción que puede considerarse como obra maestra de la política en este campo. Simuló abandonar absolutamente a su cuñada a su brillante destino y dejó de mostrarse en la corte, pero al mismo tiempo puso junto a madame Du Barry a su hermana, mademoiselle Du Barry, a quien juzgaba competente para la tarea que quería confiarle. Ésta era demasiado fea como para dar celos a la condesa y como para entregarse a intrigas amorosas que pudiesen distraerla de la tarea principal. Tenía además talento, una verdadera virtuosa que había dado prueba de sus capacidades literarias y de quien el *Mercurio* había publicado una carta. Sabía entrar en confianza y no tardó en manejar a la favorita. Se estableció así un circuito continuo entre hermano y hermana, entre ésta y la condesa, entre ésta y mademoiselle Du Barry y entre hermana y hermano. Jóvenes emisarios entrenados por el conde iban continuamente por el camino a Versalles llevando órdenes verbalmente o por escrito según las circunstancias. Los mensajeros se multiplicaban según la necesidad, y así la favorita estaba bajo control en

todo momento. A veces hacía cortos viajes a París donde, por no tener casa, se alojaba en la de su cuñado, y allí obtenía instrucciones generales que luego ponía en práctica según los casos particulares.

A pesar de estas precauciones tan sensatas, tan múltiples y circunstanciadas es asombroso que una joven de oscuro nacimiento, sin educación, habiendo siempre tenido malas compañías, y sin aptitudes propias para la intriga haya podido sobrevivir cerca de un año, desde la primera entrevista con el rey hasta el día de su presentación, sin dar evidencias de inconducta, ya por indiscreciones ya por palabras que hubiesen sonado ridículas.

Era tanto más necesario para ella comportarse con gran circunspección pues tenía en su oposición la intriga más temible de la corte, la de los Choiseul. Al oír este nombre uno queda confundido de asombro cuando se considera cómo cambió la fortuna y qué revoluciones se sucedieron rápidamente a través de un agente tan insignificante y tan débil en apariencia, y que parecía tener que quebrarse como un vidrio bajo la mano de un ministro omnipotente.

En efecto, no tuvo Richelieu tanta influencia sobre Luis XIII como la que el duque de Choiseul tenía sobre su señor. Desde el establecimiento de la paz [1763] se había introducido aún más en su confianza. El prodigioso arte de este ministro para la intriga lo hacía ser considerado por el rey como un gran político, y la persuasión del monarca de que era él quien mantenía los enemigos de Francia divididos y sin crear problemas por medio de sus negociaciones lo hacía más necesario que nunca, pues lo creía el único capaz de conservar una paz que era el único deseo del monarca. Trabajaba además de modo rápido y fácil lo que favorecía mucho a la pereza del rey. Le rendía cuentas de los asuntos mas graves hablándole de espectáculos y de balas.

Aparte de estos motivos de encanto personal, de utilidad o de indispensabilidad que parecían volver intocable al

duque bajo el reino de un príncipe que al envejecer no podía sino ser más débil y sometido, este señor era muy considerado por sí mismo: era de ilustre nacimiento, emparentado con muchas casas reales y sobre todo la de Lorraine, lo que le valía la protección de la corte de Viena. Su *pacto familiar* [la alianza defensiva de los poderes borbónicos, principalmente Francia y España, formada por Choiseul en 1761] lo había bienquistado a las diferentes ramas de la casa de Borbón, y la guerra contra los jesuitas le habían ganado el favor especial de los reyes de España y Portugal. Dentro de Francia tenía un enorme partido de gente a su favor. Toda la administración estaba llena de sus recomendados; la mitad de los príncipes de sangre real le temían, la otra estaba ligada a él por vínculos de obsequio y amistad.

Los Du Barry, espantados al comienzo por semejante enemigo, intentaron ganárselo y ponerlo de su lado. Este señor era galanteador y voluptuoso. Se dice que el cuñado hizo entender a la condesa que era necesario enfrentarlo con todos sus encantos y que si el odio de ella se acrecentó fue porque los sintió despreciados por este soberbio adversario quien no creyendo tener que temer de una mujer tan baja la trató con desprecio. Pero lo que contribuyó seguramente a que se iniciara la guerra entre las dos camarillas fue la rivalidad con la duquesa de Grammont, hermana del ministro. Esta mujer, más altiva, imperiosa e intrigante que su hermano –si algo así fuera posible– había puesto sus garrfos sobre él y lo dominaba haciendo de él lo que quería. Su intimidad había dado lugar a la maledicencia de los cortesanos y se decía que dormían juntos. Sea como fuere, era una dama de la corte en todo el sentido del término, es decir decidida, impúdica, licenciosa, desvergonzada y convencida de que la moral era cosa para el pueblo común. No era ya joven y su aspecto no era seductor. Imaginaba sin embargo poder complacer al rey. Aprovechando su rango y el favor de su hermano tenía acceso a los *petits appartements* y a los



placeres secretos de Su Majestad. Como desde la muerte de madame de Pompadour él no había encontrado una mujer que lo satisficiera, ella había aprovechado su conocimiento del carácter bueno y fácil del rey, de su debilidad por el sexo y de su inclinación a dejarse llevar por el placer del momento, para dirigir su gusto por las circunstancias y, a pesar de él mismo, deslizarse en el lecho de Su Majestad; ésta era al menos la opinión más acreditada en Versalles. Pero como esta relación era sólo resultado de la conveniencia y de la obsesión del rey, así cada vez que se juntaban, ella, por decirlo así, violaba al monarca -si se permite usar este término en relación a un príncipe tan habituado a los placeres-, y fue rechazada no bien un objeto más apropiado para encender el amor acudió a despertar los sentidos embotados del rey y a excitar su corazón. Una mujer común no perdona una injuria semejante. Júzguese si no debía estar furiosa una mujer de alcurnia, devorada por la ambición al verse de pronto frustrada en el rol que esperaba jugar. La venganza le hizo perder del todo la cabeza y sin prever lo funesto que podría resultar de ello, aprovechó su poder sobre el ministro, su hermano, comprometiéndolo en su pelea y haciéndolo sordo a todas las propuestas que recibía del otro lado. Hay que remontarse a esta furia desenfrenada para hallar la causa primera de la caída de los Choiseul. Los Du Barry, viendo que no era posible una conciliación con ellos, y que tenían que esforzarse en hacerlos caer o esperar la propia caída por las manos de ellos, se decidieron por lo primero y encontraron en el canciller Maupeou un aliado adecuado. Pero no nos adelantemos a los acontecimientos.

La duquesa de Grammont en su plan de venganza pensó que la mejor manera de triunfar era revelar las indecencias de la nueva favorita, de exagerarlas incluso y de envilecerla tanto que el monarca se avergonzase de un gusto tan depravado. Era más apropiado no hacerlo ella misma; no habría resultado; habría parecido la recriminación siem-

pre sospechosa de una amante abandonada. Su hermano fue bastante inteligente como para no encargarse él mismo de advertir al príncipe y ambos convinieron en que sería mejor que fuese informado por el comentario público que, más lentamente por cierto, pero tarde o temprano llegaría a sus oídos. Aprovecharon el poder del ministro para hacer correr por todos los canales posibles el rumor de los nuevos amores del rey. Mandaron emisarios a todos los círculos sociales que informaron sobre todos los detalles y tras haber obtenido por el canal de la Policía la historia de la vida de mademoiselle L'Ange, la recargaron con algunas anécdotas, buenas para hacerla más ridícula y despreciable, e hicieron que se cantara en las calles de la capital y en las provincias.

He aquí como se hablaba de ella la primera vez en los boletines noticiosos [hojas manuscritas] que corrían por París y no podían ser desconocidos a monsieur De Sartine (el jefe de la Policía de París) quien también hacía bromas acerca de ella.

3 Septiembre 1768... Ha aparecido en Compiègne una cierta condesa Du Barry cuyo aspecto ha dado mucho que hablar. Se dice que gusta en la corte y que el rey la ha recibido muy bien. Su belleza y la rápida celebridad han suscitado las investigaciones de muchos. Se ha buscado su origen que, según lo que se publica, es de un nivel muy bajo; ha ascendido por vías deshonestas y toda su vida es un tejido de escándalos. Un cierto Du Barry que pretende ser de los ingleses Barrymore y que la casó con su hermano, es el instigador de esta nueva amante. Se sostiene que el gusto y la inteligencia de este aventurero en asuntos de placeres le permiten aspirar a obtener la confianza del rey para sus diversiones y que sucederá a monsieur Le Bel en este puesto.

Puede imaginarse que hubiese resultado difícil la difusión de un boletín semejante en París si el gacetero no hubie-

se sido secretamente incitado por un protector poderoso. El gacetero agregaba en otro, de fecha 15 de octubre de 1786:

De un tiempo a esta parte corre aquí una canción titulada "La Borbonesa", que se ha difundido con rapidez poco común; aunque el texto sea muy insípido y la melodía absolutamente tonta, ha llegado hasta los límites de Francia y se canta hasta en los pueblos. No puede uno viajar a parte alguna sin oírla. Los conocedores sostienen que es un vaudeville satírico acerca de una cierta muchacha sin importancia, que desde el estado más crapuloso se elevó a jugar un papel y a figurar en la corte. Es cierto que no puede dejar de advertirse en el modo en que se la ha divulgado por todas partes una intención decidida de ridiculizar odiosamente a aquella de quien trata. Los coleccionistas de anécdotas no han tardado en recogerla y en añadirla a sus cuadernos con todos los comentarios necesarios para comprenderla y hacerla preciosa para la posteridad.

Finalmente, publicó otro boletín en una tercera edición del 16 de noviembre de 1768:

La Borbonesa es una canción difundida en toda Francia. Bajo las palabras insípidas y triviales de este vaudeville los cortesanos listos descubren una alegoría relativa a una criatura que desde el más bajo nivel y desde el fango de la corrupción ha llegado a ser célebre y comentada por la ciudad y la corte. No se podría expresar mejor el rebajamiento en el que ha caído el controlador general Laverdy desde su caída que por la asociación que el público parece hacer entre él y esta mujer perdida al cantar sobre ellos dos al mismo tiempo.

Cita luego unos versos escritos efectivamente contra este ministro con la música de "La Borbonesa". He aquí la can-

ción original que ha dado origen a una gran cantidad de otras. La aprobación de monsieur de Sartine es del 16 de junio de 1768, precisamente el momento en que mademoiselle L'Ange había sido presentada al rey secretamente.

Nueva Canción  
Melodía: "La Borbonesa"

La Borbonesa  
Llegando a París  
Ha ganado luises.  
La Borbonesa  
Ha ganado luises  
En lo de un Marqués

Como herencia  
Tenía belleza,  
Tenía belleza  
Como herencia,  
Mas este tesorito  
Le valía como el oro.

Siendo sirvienta  
De un rico Señor  
Le dio felicidad.  
Aunque sirvienta;  
Le dio felicidad  
Con su buen humor.

Siempre cediendo  
Al discurso de un amante,  
Viéndola el señor  
Siempre cediendo,  
Prodigaba regalos  
De vez en cuando.



Con buenas rentas  
Le hizo un contrato,  
Le hizo un contrato  
Con buenas rentas;  
Está en su casa  
Viviendo con estilo.

De campesina,  
Es ahora dama,  
Es ahora dama,  
Pero una gran dama;  
Lleva volantes  
De arriba abajo.

En un carruaje  
Viaja con comitiva;  
Viaja con comitiva  
En un carruaje;  
Y prefiere París  
A su aldea.

Ella ha ido  
A mostrarse en la corte;  
A mostrarse en la corte  
Ella ha ido;  
Se dice, por mi fe,  
¡Que ha gustado al rey!

Chica bonita  
No desesperes:  
Cuando se es atractiva,  
Cuando se es bonita  
Tarde o temprano  
Tal destino encontrarás.

[A New Chanson  
La Bourbonnaise

Arrivant à Paris,  
A gagné des louis;  
La Bourbonnaise  
A gagné des louis;  
Chez un Marquis.

Pour apanage,  
Elle avait la beauté,  
Elle avait la beauté,  
Pour apanage;  
Mais ce petit trésor  
Lui vaut de l'or.

Etant servante  
Chez un riche Seigneur,  
Elle fit son bonheur  
Quoique servante;  
Elle fit son bonheur  
Par son humeur.

Toujours facile  
Aux discours d'un Amant,  
Ce Seigneur la voyant  
Toujours facile,  
Prodiguait les présents  
De temps en temps.

De bonnes rentes  
Il lui fit un contrat,  
Il lui fit un contrat  
De bonnes rentes;

Elle est dans la maison  
Sur le bon ton.

De paysanne,  
Elle est dame à présent  
Elle est dame à présent,  
Mais grosse dame;  
Porte les falbalas,  
Du haut en bas.

En équipage,  
Elle roule grand train;  
Elle roule grand train  
En équipage;  
Et préfère Paris  
à son pays.

Elle est allée  
Se faire voir en cour;  
Se faire voir en cour  
Elle est allée;  
On dit qu'elle a, ma foi,  
Plu même au Roi!

Fille gentille  
Ne désespérez pas:  
Quand on a des appas,  
Qu'on est gentille,  
On trouve tôt ou tard  
Pareil hazard.]

¿Cómo se habría inventado algo tan aplicable a la historia de nuestra heroína si esta romanza no hubiese sido compuesta a propósito? Hay que convenir sin embargo que la estrofa octava ["Elle est allée"], que la caracteriza mejor, no

se encuentra en las colecciones impresas y que verosíblemente fue compuesta después del hecho. Sea como fuere, se compusieron otras canciones que no eran equívocas y que sin llenar todas las calles estuvieron muy difundidas. Ésta es la más ingenua y a la vez la más picante:

#### Otra Canción

Música: de "La Borbonesa"

¡Qué maravilla!  
Una chica que no es nadie  
Una chica que no es nadie,  
Qué maravilla  
Está en la corte.

Ella es bonita,  
Tiene ojos pícaros  
Tiene ojos pícaros,  
Ella es bonita;  
Con arte excita  
Al viejo disoluto.

En una buena casa  
Tomó lecciones;  
Tomó lecciones  
En una buena casa.  
En lo de Gourdan, en lo de Brisson;  
Lo sabe todo.

¡Cuántas posturas!  
Leyó a Aretino;  
Leyó a Aretino;  
¡Cuántas posturas!  
Sabe en todo sentido  
Excitar los sentidos.



El rey exclama:  
 ¡Qué talento, Ángel!  
 ¡Qué talento, Ángel!  
 El rey exclama;  
 Pude otra vez soñar  
 En hacer un cornudo.

Ven a mi trono,  
 Te quiero coronar,  
 Te quiero coronar,  
 Ven a mi trono:  
 Como cetro toma mi p... [pito]  
 ¡Está vivo, está vivo!

[Quelle merveille!  
 Une fille de rien;  
 Une fille de rien,  
 Quelle merveille!  
 Donne au Roi de l'amour,  
 Est à la cour!

Elle est gentille,  
 Elle a les yeux fripons;  
 Elle a les yeux fripons,  
 Elle est gentille;  
 Elle excite avec art  
 Un vieux paillard.

En maison bonne  
 Elle a pris des leçons;  
 Elle a pris des leçons  
 En maison bonne,  
 Chez Gourdan, chez Brisson;  
 Elle en sait long.

Que de postures!  
 Elle a lu l'Arétin;  
 Elle a lu l'Arétin;  
 Que de postures!  
 Elle sait en tout sens,  
 Prendre les sens.

Le Roi s'écrie:  
 L'Ange, le beau talent!  
 L'Ange, le beau talent!  
 Le Roi s'écrie;  
 Encore aurais-je cru,  
 Faire un cocu.

Viens sur mon trône,  
 Je veux te couronner,  
 Je veux te couronner,  
 Viens sur mon trône:  
 Pour sceptre prens mon V... (Vit)  
 Il vit, il vit!]

Circulaban también chistes de todo tipo. Decían que madame la condesa Du Barry era la mejor callejera de la historia porque sólo tenía que dar un salto para ir de Pont-Neuf al trono. El Pont-Neuf es un lugar de París donde hay cantidades de prostitutas y el Trono es una puerta algo distante, en la entrada del Faubourg Saint-Antoine. Se decía también que Luis XV tenía la mayor capacidad del reino porque llenaba un barril [un juego de palabras entre "barril" y "Du Barry"]. De estos banales insultos que la hez de la población repetía públicamente podemos deducir con qué libertad e impunidad se expresaban las opiniones sobre la nueva amante.

[...]

[Tras la presentación en la corte de madame la condesa Du Barry, que le dio el estatus oficial de maîtresse en titre del Rey, en abril de 1769, la facción Du Barry se dispone a tomar el gobierno haciendo caer a los choiseulistas.]

Estas pullas no fueron sino el preludio de la lucha a muerte que debía producirse entre el duque de Choiseul y esta dama. Ella empezaba a implicarse imperceptiblemente en los asuntos de Estado. El primero en el que mostró su influencia fue el caso del duque D'Aiguillon. Este noble intrigante se encontraba en medio de una grave crisis. [Como comandante militar en Bretaña había puesto en prisión a La Chalotais, consejero legal en jefe del Parlamento de Rennes, durante una disputa sobre impuestos reales. El parlamento respondió procesando a D'Aiguillon quien pidió ser juzgado por el Parlamento de París. En junio de 1770, cuando el juicio amenazaba escapar al control, el rey lo anuló y un año más tarde nombró a D'Aiguillon como secretario de Estado para las Relaciones Exteriores]. Se persuadió al rey mismo de intervenir él en el proceso para que el caso fuese tratado por el Parlamento de París y por los pares del reino. La esperanza de poder blanquearse y de terminar con las querellas que su despótica dominación había suscitado, le habían hecho presentarse con gusto ante este nuevo tribunal, pero cuando vio la animosidad de los jueces provocada contra él por su enemigo secreto, el duque de Choiseul, cuando supo que se había investigado por completo su conducta pasada y que se iban a ofrecer pruebas para acusaciones más graves contra él, se vio perdido y no encontró otro recurso que madame Du Barry, quien estaba aliada entonces con el canciller [Maupeou]. Éste, como necesitaba afirmarse en la corte y llevar a cabo su proyecto contra toda la Magistratura y contra el duque de Choiseul, su benefactor, convertido ahora en enemigo por sus vínculos con el Parlamento [los de Choiseul], se prestó a todo lo que ella quiso.

Tras persuadir al rey en abril, de comenzar con gran solemnidad ante la asamblea más augusta el proceso de D'Aiguillon, para limpiar al par y a la dignidad de los crímenes imputados a él, en el mes de junio siguiente hizo que el monarca anunciara que daba el asunto por terminado, que el par [D'Aiguillon] quedaba absuelto, y que no quería hablar más del asunto. No es este el lugar para tratar los detalles de estas inconsecuencias; basta notar qué influencia debía gozar entonces la favorita como para persuadir al rey a contradecirse tan vergonzosamente ante los príncipes, los pares, la magistratura, toda Francia y Europa. No dejó de consignarse este acontecimiento en un vaudeville con la melodía del "Desertor". Allí se le hacía decir al duque D'Aiguillon:

Olvidemos por completo  
Mi proceso suspendido:  
Con las cartas de clemencia  
No se puede ser colgado.  
Yo triunfo sobre la envidia,  
Yo gozo del favor;  
Por la ayuda de una amiga  
De todo se me ha exculpado  
Con excepción de mi honor.

[Oublions jusqu'à la trace  
De mon procès suspendu:  
Avec des Lettres de grâce,  
On ne peut être pendu.  
Je triomphe de l'envie,  
Je jouis de la faveur;  
Grace aux soins d'une amie!  
J'en suis quitte pour l'honneur.]

Esto ocasionó también una observación del mariscal duque de Brissac, quien dijo que la condesa Du Barry había sal-



vado la cabeza del duque D'Aiguillon pero le había torcido el cuello.

Éste no concibió el asunto de tal modo y se consideraba muy feliz del resultado. Le resultaba más importante poner fin al juicio a cualquier precio pues veía aproximarse la desgracia de los Choiseul y quería sacar ventaja de ello. Recibió entonces otra marca de favor muy grande en una circunstancia también crítica. El rey, honrando a madame Du Barry, fue a cenar a su casa en Lucienne durante el viaje a Marli; no tuvo a mal entonces que ella invitara al duque D'Aiguillon y lo admitió en su mesa.

Se formó entonces un vínculo muy fuerte entre D'Aiguillon y el canciller; se encontraban en casa de madame Du Barry donde preparaban la ruina de los Choiseul cada uno por razones personales. Se convino que, para acelerarla, se informaría al rey sobre los estrechos vínculos entre el duque ministro y los parlamentos. Le atribuirían a sus intrigas las recientes protestas de los parlamentos en relación al proceso de D'Aiguillon, el cual, tal y como el canciller había asegurado al rey, podía haberse anulado pero estaba creando problemas mayores. De este modo esperaban devolver contra el partido contrario el ataque que podía perderlo.

La duquesa de Grammont, por causa de los celos se había exiliado de la corte y con el pretexto de visitar los baños termales viajaba por diversas provincias de Francia donde había parlamentos, ofreciéndoles materia para realizar una inculpación más grave y odiosa contra D'Aiguillon. Informaron al rey que ella había hablado con los parlamentos y los había incitado a la resistencia asegurándoles la protección de su hermano. Esta acusación hizo tal efecto en el rey que desde entonces trató fríamente a Choiseul. No lo honró más con su conversación aunque seguía trabajando con él y admitiéndolo en sus cenas. Esta caída en desgracia fue notada por los cortesanos y provocó que muchos se alejaran de él.

¿Cómo madame Du Barry, franca, atolondrada, divertida e insensata no habría sido el juguete de quienes intentaban cautivarla con todo lo que podía halagar sus gustos y caprichos? El canciller, durante el viaje a Compiègne, le ofreció una cena que divirtió mucho a la favorita y que habría hecho sentirse cubierto de ridículo a este hombre que era el jefe supremo de la Justicia, si todavía hubiese sido sensible a él.

La favorita tenía entonces un negrito llamado Zamore a quien mucho quería y con el que jugaba como con un perrito. El niño era muy travieso. Su señora lo llevaba consigo a todas partes. Maupeon, quien no dejaba de complacerla hasta en los mínimos detalles, quiso mostrarse cortés con ella divirtiendo al niño. Hizo servir como entremés un soberbio paté. Era sólo un truco: apenas se le puso el cuchillo encima se escapó de él un enjambre de abejorros que volaron por doquier especialmente sobre la peluca del canciller. Esta broma hizo reír mucho a Zamore que tal vez nunca había visto antes esos insectos, quiso agarrar algunos y fue a buscarlos en las redes pelosas donde se hallaban atrapados. El negro, respetando poco al Jefe de la Magistratura para divertirse sin problemas con los abejorros, le quitó la peluca entera a Maupeou; madame Du Barry reía muchísimo y el canciller se prestó con la mejor gracia del mundo a la broma general. He aquí lo que escribió en esa ocasión un cortesano durante el viaje a Compiègne en 1770. La mejor manera de pintar a una persona es citar el testimonio de sus contemporáneos y de sus pares.

Extracto de una carta de Compiègne del 20 de agosto:

Creéis en París que el canciller está muy preocupado por la sublevación general de la Magistratura y por los intrigantes que por todos lados le enajenan los diversos parlamentos. No lo parece exteriormente; goza con la simplicidad e inocencia de un niño. El comentario general de la corte es que el rey al

entrar en estos días sin aviso en casa de madame Du Barry ha encontrado a esta dama, que es muy traviesa, jugando a la gallina ciega con jóvenes cortesanos y, en el medio de todos, al canciller con la toga haciendo de gallina ciega. Su Majestad se divirtió mucho con la cosa.

Puede imaginarse cuánto se burlaron los Choiseul y su grupo de esta escena indecente; pero Maupeou llevaba a cabo sus fines. Su partido engrosaba cada día. Su temperamento hábil e insinuante le hacía ganarse a todos los que el ministro rival alejaba de sí a causa de su altanería. Es así que se concilió totalmente al duque de Richelieu quien intentaba todavía nadar entre dos aguas.

Richelieu, al partir hacia su puesto de gobernador en Guyena fue a ver al duque de Choiseul y al despedirse le dijo cuán halagador le resultaría que la duquesa de Gramont, que había de pasar por su región al volver de sus viajes, quisiera hacerle el honor de ser su huésped en Bordeaux. Le aseguró que la recibiría muy bien procurándole todas las comodidades y entretenimientos que merecía una dama como ella. El ministro no disimuló su descontento, le dio a entender que tomaba semejantes ofrecimientos como una burla, que no ignoraba los comentarios impertinentes a propósito de su hermana y de él mismo y que lo consideraba uno de los principales autores. Al oír esto el mariscal quiso entender la cosa como una broma, el duque le declaró enojado que no la consideraba tal y le hizo saber que lo detestaba tanto que ni él ni los suyos habrían de poner los pies en su casa. Luego le dio la espalda.

Choiseul sufrió entonces una mortificación capaz de humillar su carácter orgulloso... Fue obligado a nombrar a un Du Barry teniente coronel en la legión de Córcega; era el más joven de los tres hermanos y había pasado del Regimiento de Beauce a este cuerpo. Esto fue una nueva puñalada para Choiseul. No podía dejar de advertir hasta qué

punto crecía cada día la influencia de su enemiga. Al volver ese año de su viaje a Compiègne, el rey la llevó públicamente a Chantilly y le dio la libertad de elegir los señores y las damas que lo acompañarían. El duque de Choiseul por supuesto fue el primer omitido. Es al regazo de esta dama que el soberano confiaba los cuidados y las preocupaciones que en esa época crítica sufría. Después de la escena despótica que acababa de hacer ante el Parlamento el 3 de septiembre [tras reprochar al Parlamento por excederse en su autoridad, el rey había sacado de sus manos el caso D'Aiguillon], cuyo efecto siniestro no pudo dejar de advertir a causa del espanto general que pudo ver a su alrededor en París y por el silencio lúgubre que acompañó su entrada y su salida del palacio, tanto que no oyó siquiera un "¡Viva el rey!", el monarca fue a cenar a Lucienne y la dama lo sacó de la melancolía en que había caído. Esta capacidad que la favorita tenía era muy preciosa, muy útil, muy seductora como para no darle a ella un imperio omnipotente sobre su amante. Podía encontrarse una prueba evidente de ello en el proceder del rey en el Parlamento a favor del duque D'Aiguillon. Había levantado el proceso judicial contra él, lo que impedía al Parlamento proseguir con el caso, y daba fin al proceso en su mismo comienzo. El duque D'Aiguillon comprendió la importancia del gesto del monarca; quiso testimoniarse su reconocimiento con un regalo a la benefactora que hizo hablar entonces y que todo París pudo admirar: era un soberbio carruaje que había mandado a hacer. Nada más elegante y magnífico a la vez. Las carrozas de madame la Delfina, enviadas a Viena no se le acercaban ni en el gusto y en la delicadeza del trabajo. Su descripción mostrará hasta qué punto de depravación habían llegado las costumbres en la corte, al osarse exhibir ante los ojos de toda Francia el escándalo público de los amores del monarca bajo una alegoría muy poco equívoca. En el medio de los cuatro paneles principales sobre fondo dorado estaba el escudo de los Du Barry con el fa-



moso grito de combate: "Presionad hacia delante"; en cada uno de los paneles del costado se veían repetidos, en una parte una canasta con un lecho de rosas sobre el cual dos palomas se besaban lascivamente, en la otra, un corazón atravesado por una flecha, todo enriquecido con cascotes, antorchas y todos los atributos de la diosa de Pafos. Estos ingeniosos emblemas estaban coronados por una guirnalda de flores, la cosa más bella que pudiera verse. El resto estaba en proporción a lo anterior. La cubierta del asiento del cochero, los soportes de atrás para los lacayos, las ruedas, los muelles, los escabeles eran detalles tan precisamente trabajados y perfectos que no se podía dejar de mirarlos; tenían la impronta de las gracias de la deidad de un carro tan voluptuoso. Todos exclamaban que las artes jamás habían alcanzado semejante perfección. Como el duque D'Aiguillon añadió a la galantería de tal regalo la de no decir su precio, nunca se lo conoció. Sin embargo, interrogando a los fabricantes, algunos llegaron a calcular que el carruaje costaba 52.000 libras. Sea como fuere, el duque tuvo el disgusto de ver que madame Du Barry no lo usó. Se dijeron varias cosas sobre los motivos de ello. Unos dijeron que el carruaje no le gustaba, otros, lo que es más verosímil, que el rey lo había encontrado demasiado bello y había exigido que ella no lo usara. Se dice incluso que ello había dado ocasión a un pequeño enojo entre los amantes. Por cierto el público estaba escandalizado por este fasto indecente. Se escribió en consecuencia el siguiente epigrama dirigido igualmente a quien había hecho el regalo y a quien lo había recibido.

¿Por qué este brillante carruaje?

¿Es el carro de una diosa?

¿O de una joven princesa?

Exclamó un mirón sorprendido.

No... de la turba curiosa

Le contestó un cáustico, no,

Es el carro de la lavandera  
[también: de la blanqueadora]  
Del infame D'Aiguillon.

[Pourquoi ce brillant vis-à-vis?  
Est-ce le char d'une Déesse?  
Ou de quelque jeune Princesse,  
S'écriait un badaud surpris?  
Non... de la foule curieuse  
Lui répond un caustique, non,  
C'est le char de la blanchisseuse  
De cet infâme d'Aiguillon.]

La camarilla opositora no fue la última en levantarse contra la insolencia de tal lujo, pero el duque de Choiseul se controlaba; no gritaba, se contentaba con favorecer secretamente a quienes lo hacían. Era justificado pues la situación de Francia era muy triste. El pan costaba caro, mucha gente moría de hambre y se advirtió dolorosamente que el precio de semejante carruaje hubiera alimentado varios meses a una provincia entera. Otra persona cáustica hizo correr una pequeña composición llamada "El Pater": el descontento se manifestaba así en todas las formas. Este "Pater", dedicado al rey, le decía:

Padre Nuestro que estás en Versalles. Aborrecido sea tu nombre. Tu reino está quebrantado. Tu voluntad no se hace ni en la tierra ni en el cielo. Devuélvenos nuestro pan de cada día que nos has quitado. Perdona a tus parlamentos que han ido contra tus intereses como perdonaste a tus ministros que los han vendido. No te dejes caer en la tentación de la Du Barry. Y líbranos del mal del canciller. Amén.

En fin, a pesar de las múltiples pruebas de la decadencia de su partido y del predominio asombroso que adquiría el

otro, los Choiseul tenían todavía una esperanza: suplantar a la favorita con una nueva belleza capaz de seducir al rey.

El marqués de Choiseul hijo del oficial naval, muy célebre por su *Visión del Cardenal de Bernis*, acababa de casarse con una señorita Raby, una criolla que tenía la más bella figura del mundo y a sus gracias naturales unía todos los talentos posibles, cualidades que juntas hacían de ella una de las mujeres más completas de la corte; muy joven además, fresca como Hebe, parecía que habría de producir una gran sensación en el monarca al momento de su presentación, ceremonia necesaria para ser inscrita en el rango de las mujeres de la corte. Los cortesanos esperaron impacientes el día en que este astro iba a aparecer: cuando se le anunció ese prodigio de belleza todos los ojos se fijaron en el príncipe. Pero se advirtió que Su Majestad afectó mirarla sólo rápidamente, lo necesario como para no mostrarse despreciativo.

Al fracasar este último recurso, se juzgó que la condesa sería en adelante invencible y todos se inclinaron ante ella. Las mujeres que hasta entonces habían tratado de no comprometerse, evitando hostilidades marcadas pero evitando igualmente toda acercamiento, manteniéndose en una prudente reserva, se asustaron tanto con la desgracia de la condesa de Grammont que se postraron dócilmente ante el ídolo del momento. Esta condesa incluso, que había tenido la audacia de forzar el enfrentamiento en Choisi mostrándose claramente impertinente con madame Du Barry, lo que había provocado el enojo del monarca, y que gemía exiliada en sus tierras, no pudo soportar más el alejamiento de la corte y el vacío de la soledad. Cometió la bajeza de pedir su retorno, de hacer intervenir al duque de Gontault y al duque de Noailles para solicitar la gracia de la favorita: la recibió con la condición de que no apareciera por la corte.

Fue en Fontainebleau donde madame Du Barry triunfó con toda su gloria y humilló al duque de Choiseul. El regimiento del rey había acampado cerca de la ciudad para ser

revistado por Su Majestad. Esta ceremonia no podía hacerse sin el ministro de Guerra [esto es, el duque de Choiseul, quien combinaba los Ministerios de Guerra y de Asuntos Exteriores]. Madame Du Barry asistió escoltada por la duquesa de Valetinois y la marquesa de Montmorency. El conde de Chatélet, teniente coronel, dio a la noche una cena en su tienda a la que concurrieron las damas. Madame Du Barry estaba sentada al lado de Su Majestad y reemplazó a madame la Delfina, que había anunciado que asistiría pero que no se presentó. Fue el primer cisma evidente entre ella y la favorita. El duque de Choiseul, con mucha rabia pretextó una indisposición para no presentarse a la revista y a la cena.

El rey evidenció hasta en mínimos detalles el interés que en todo tenía lo que concernía a su encantadora amante. Durante este viaje se divirtió con el casamiento de la primera doncella de la dama. Se dijo ya que ésta era la amante del cuñado de madame Du Barry y suplantada por mademoiselle L'Ange de Vaubergnier. Había caído en la miseria cuando madame Du Barry solicitó tomarla como primera doncella. De tal modo había ganado la gracia y la confianza de su señora que ésta consintió su casamiento con un cierto Langibeauc a quien le dio un puesto de 10.000 libras de renta. Su Majestad le obsequió como regalo de bodas 25.000 libras y unos bellísimos diamantes. Madame Langibeauc continuó al servicio de madame Du Barry y todavía cumple funciones secretísimas. Aunque es la criatura más vil que pueda existir adquirió un ascendiente tan grande sobre su señora que madame Du Barry no puede deshacerse de ella: nueva prueba de la bondad de corazón de la favorita.

Todos estos favores particulares fueron el preludio de la influencia importante que madame Du Barry iba a tener en la revolución que se produciría, en la que el duque D'Aiguillon y el canciller actuaban concertados, cada uno al servicio de su propia ambición. Ambos usaban a la condesa como la persona más apta para influir sobre el rey. Le hicieron com-



prender que debía secundar absolutamente sus proyectos para su propio interés, que no estaría segura mientras el duque de Choiseul tuviera poder y que éste no podría ser eliminado sino haciéndolo sospechoso del rey por sus vínculos con el Parlamento; que, en fin, para ensombrecer más su reputación debía ensombrecerse la del Parlamento mismo y mostrárselo al rey como un cuerpo ambicioso, siempre dispuesto a entorpecer e invadir su autoridad y a usurpar los derechos del trono. La expulsión de Choiseul produciría primero el bien de su enemigo, el duque D'Aiguillon, y luego otro, no menos esencial, el de facilitar la recolección de impuestos y por tanto la generosidad del augusto amante para con ella. Tantas ventajas presentadas bajo un punto de vista tan convincente y seductor, hicieron a la favorita una adversaria de la Magistratura. Ella infundió en el corazón del monarca el odio que había concebido por el Parlamento para el que estaba él muy bien dispuesto. Lo hizo hasta el punto de que este príncipe débil y sin voluntad firme, decidió apoyar la nueva ley que se le hizo promulgar en el famoso Edicto de diciembre de 1770, registrada en el *lit de Justice* del 3 del mismo mes. [El edicto restringía severamente las actividades políticas de todos los parlamentos. Fue denunciado en una sesión tumultuosa del Parlamento de París el 3 de diciembre, registrado luego a la fuerza en la ceremonia especial conocida como *lit de Justice*, realizada en Versalles el 7 de diciembre, no el 3 como se dice aquí.]

Pero el canciller y el duque D'Aiguillon conocían bien el carácter pusilánime del monarca y no se fiaron de su firmeza aparente. Aprovecharon de ella sólo para hacerle dar los golpes importantes que planeaban para hacerlo avanzar tanto que no pudiera ya retroceder. Madame Du Barry les sirvió maravillosamente en esto. Como el rey cenaba casi todas las noches con ella, ellos la preparaban para todo lo que tenía que decirle, le daban ya listas las órdenes para firmar, y cuando el amante, con la cabeza calentada por el

vino exquisito que ella le servía, y el corazón encendido por el amor que respiraba en sus brazos, solicitaba sus favores últimos y ya no podía rechazarle nada, ella le arrancaba las firmas fatales y nada pasaba por el consejo: al menos los otros ministros se quejaron en voz alta de no haber tenido conocimiento de estas acciones violentas ejercidas contra el Parlamento de París.

Es así que el 24 de diciembre fue finalmente enviada la *lettre de cachet* contra el duque de Choiseul. Había sido ya firmada varias veces en esos momentos de amable embriaguez, pero el rey se había arrepentido al día siguiente. Esta última fue firme, y fue comunicada a las 11 horas de la mañana por el duque de Vrillière al ministro en cuestión, que sólo tuvo 24 horas para irse a Chanteloup. Estaba escrita en estos términos:

Primo mío:

El descontento que me causan vuestros servicios me fuerza a exiliaros en Chanteloup donde deberéis estar en 24 horas. Os hubiera mandado mucho más lejos de no ser por la estima particular que tengo por madame la duquesa de Choiseul, cuya salud me preocupa. Tened cuidado que vuestra conducta no me haga tomar otra determinación. Ruego a Dios que os custodie.

La presencia del duque de Vrillière, que llevó esta orden de Su Majestad al duque de Choiseul, fue una circunstancia aún más mortificadora para él, pues este ministro, tío del duque D'Aiguillon no podía sino estar íntimamente satisfecho de su comisión. Así, no le engañó la cumplida condolencia de su colega y le contestó: "Señor duque, estoy persuadido del gran placer que tenéis en traerme semejante noticia".

El duque de Praslin [primo de Choiseul, un secretario de Estado que dirigía el Real Consejo de Finanzas], que estaba en París enfermo de gota, que ya le había alcanzado la

cabeza, recibió el mismo día una *lettre de cachet* mucho más corta y despectiva. Decía:

No tengo más necesidad de vuestros servicios y os exilio a Praslin, donde estaréis en 24 horas.

Alejados estos ministros de la corte, el asunto del Parlamento no pudo prolongarse y el 22 de enero [1771] todo el cuerpo fue exiliado.

Como puede imaginarse estos acontecimientos suscitaron muchos rumores, quejas, indignaciones, pero sobre todo epigramas, canciones y pasquines. He aquí el más digno de nota. Hubo primero una estrofa de canción, que con brevedad pintaba enérgicamente la conducta, la nulidad del rey y le quitaba para siempre el precioso sobrenombre que hubiese debido conservar celosamente [Luis el amado], si acaso lo mereció alguna vez.

El amado del almanaque  
No es el amado de Francia  
Hace todo *ab hoc et ab hac*,  
El amado del almanaque:  
Pone todo en el mismo saco  
La justicia y la finanza  
El amado del almanaque  
No es el amado de Francia.

[Le Bien-aimé de l'Almanach  
N'est pas le Bien-aimé de France;  
Il fait tout *ab hoc & ab hac*,  
Le Bien-aimé de l'Almanach:  
Il met tout dans le même sac  
Et la Justice & la Finance:  
Le Bien-aimé de l'Almanach  
N'est pas le Bien-aimé de France.]

Circuló otro vaudeville que por infame y abominable que sea, merece ser conservado como monumento de la Historia y del desprecio en el que ya había caído el jefe supremo de la Magistratura. Se verá que fue compuesto en el tiempo de la confrontación de los dos partidos cuando se pensaba que el canciller sucumbiría bajo los esfuerzos del Parlamento, sostenido por el duque de Choiseul.

El rey en su último consejo  
Dijo al señor canciller:  
Choiseul hace brillar mi corona  
Del Báltico al Archipiélago;  
Ése es el empleo que le doy:  
Vos, ocupaos de mi b... [burdel].

El canciller le respondió:  
Señor, ¡qué listo sois!  
De un pobre diablo que vacila  
Su influencia reafirmáis:  
¡Si yo pudiera en vuestra cama  
Reafirmar vuestro p...! [pito]

[Le Roi, dans son Conseil dernier  
Dit à Monsieur le Chancelier:  
Choiseul fait briller ma couronne  
De la Baltique à l'Archipel;  
C'est-là l'emploi que je lui donne:  
Vous, prenez soin de mon B... (Bordel).

Le Chancelier lui répondit,  
Sire, que vous avez d'esprit!  
D'un pauvre diable qui chancelle  
Vous raffermissez le crédit:  
Que ne puis-je en votre ruelle,  
Raffermir aussi votre V...! (Vit)]



La última pieza era una graciosa caricatura [un grabado] relativa al decreto sobre el Parlamento del 10 de diciembre en la que el cuerpo decía al rey que los magistrados le ofrecían unánimemente el sacrificio de sus bienes, sus libertades, sus cabezas, etcétera.

Se representaba allí al Rey rodeado del canciller, del Controlador general y de madame Du Barry. El primer presidente colocaba a los pies del monarca una pequeña canasta cargada de cabezas, de bolsas de dinero y de los penes de los miembros del cuerpo. El Canciller se arrojaba sobre las cabezas, el Controlador sobre las bolsas y la favorita sobre los penes.

No se sabe si alguna vez conoció ella esta caricatura, pero, con su carácter, se habría reído. Habría reído tanto más por entonces, cuando se había sacado de encima a su enemigo.

Choiseul, por lo demás, soportó la catástrofe con firmeza; fue incluso una suerte de triunfo para él: aunque se le prohibió recibir a nadie durante su estadía en París, una inmensa multitud de gente de todo tipo dejó mensajes escritos ante su puerta y el duque de Chartres amigo particular del exiliado, atravesó todas las barreras y fue a arrojarse en sus brazos derramando lágrimas.

Al día siguiente, día de su partida, los que no habían podido ver a Choiseul se ubicaron a lo largo de su camino que se vio bordeado a su paso por una gran cantidad de carrozas dispuestas en doble fila.

Parece que la razón poderosa que se usó para decidir al rey a alejar a aquel hombre que no amaba pero al que estaba acostumbrado, al que temía y consideraba necesario en la coyuntura crítica en la que se encontraba entre Inglaterra y España, fue la acusación hecha contra el ministro de que buscaba la guerra a pesar de los intentos aparentes que hizo para adecuarse a los puntos de vista de su señor, quien se había vuelto más pacifista que nunca.

Tras haber ensombrecido de esa manera su figura ante Su Majestad, se intentó reprimir la nostalgia que el público, siempre ciego en sus odios como en sus favoritismos, parecía tener por el exiliado. Pocos días después de su despido, se publicó ostentadamente un edicto del consejo sobre el comercio de granos, del 23 de diciembre. Sólo renovaba las disposiciones de los diversos edictos del Parlamento sobre el tema, edictos a menudo rechazados [por el rey en su consejo]: su regulación, que reafirmaba su prudencia y su necesidad, era absolutamente inútil en este momento por la imposibilidad de exportar granos. En todos los mercados el precio de los granos estaba por encima del nivel fijado para detener su exportación; pero sobre todo, la escasez de los granos los hacía muy caros en Francia como para pensar en exportarlos. Ello hizo presumir incluso a los políticos menos avisados que el verdadero objeto era endilgar a Choiseul la culpa de los acaparamientos, los monopolios y la escasez combinados.

Madame Du Barry no podía sino estar inmensamente feliz por verse libre para siempre de la única persona que pudiera temer: pero no bastaba con alejar a su enemigo, tenía que colocar a sus propios seguidores en el ministerio.

El duque D'Aiguillon le había hecho entender que ella no podía tener un servidor más leal que él mismo. En consecuencia lo hizo nombrar en el Departamento de Marina; él se había ya apoderado de éste, pero algunas cabezas más frías lo convencieron de desistir. Mejor aconsejado, comprendió que no era el momento de entrar al gobierno. Había atraído la atención pública por los nuevos *mémoires* judiciales [informe de los abogados] en el asunto de Bretaña. Los Estados de Bretaña reclamaban contra él aún en sus sesiones finales y había un lamento general por los Choiseul; era necesario entonces permanecer tras bambalinas y esperar que la impericia de quien había sido nombrado en el ministerio hiciera exigir al público un cambio. El abate Terrai, as-

tuto disimulador, [controlador General de Finanzas desde diciembre de 1769], pero personaje oscuro, sin cuna, sin apoyo, sin solidez, obligado a obtener sus recursos de sí mismo, fue elegido interinamente [a la cabeza del Ministerio de Marina], con la idea de que dejase el lugar cuando se lo considerase adecuado. Su plan real era retenerlo, y así como pensó poder encargarse de las finanzas, aunque nada supiera de ello, se imaginó que su genio no lo abandonaría tampoco en el nuevo departamento que tomaba a su cargo. Su esperanza era encontrar la circunstancia favorable para conservar éste y desembarazarse del otro, cada día más peligroso. El duque D'Aiguillon, que razonaba en su propio favor, lo consideró como un custodio excelente, cuya ignorancia de la Marina y su aislamiento le darían la ocasión de expulsarlo cuando quisiera.

En cuanto al Departamento de Guerra, habría sido dado al conde Du Muy, militar experimentado; pero austero y devoto, su renuncia a doblar la rodilla ante el ídolo fue causa de su exclusión. El príncipe Condé intrigaba por su lado y madame Du Barry no pudo sino acceder al nombramiento del marqués de Monteynard, el hombre que Su Alteza creyó más conveniente para cumplir los planes que tenía y que no se detallarán aquí. Las relaciones exteriores quedaron sin dirección: era otro recurso que el duque D'Aiguillon se preparaba a obtener.

Todos los que estaban asociados con los Choiseul compartieron su desgracia. El barón de Breteuil, nombrado embajador en Viena, había hecho ya partir sus carruajes y se disponía a cumplir su misión, pero, habiendo recibido una invitación del duque de Vrillière de pasar por casa de madame Du Barry, ésta le declaró que su destino había sido cambiado. Este negociador, el más hábil que hayamos tenido desde monsieur de Vergennes, fue obligado a enterrarse en la corte de Nápoles. Como era un seguidor del duque de Choiseul, quien lo había nombrado, se temía que intrigase

ante la emperatriz-reina [María Teresa] y que indujese a la soberana a escribir con energía en favor del exiliado. Era fundamental para el partido tener un hombre leal en Viena aunque fuera muy inepto, lo que hizo que se enviara al príncipe Luis. A este error político capital se deben sin duda las grandes desgracias de Polonia. Los intereses del Estado y de los aliados fueron así sacrificados a un interés particular, a una oscura camarilla, que haciéndonos perder nuestra consideración afuera, trastornaba todo el interior del reino.

[...]

Pero si la condesa no pudo conseguir la *Feuille des Bénéfices* [la oficina a cargo de los nombramientos eclesiásticos] para uno de sus favoritos, tuvo mayor influencia para asignar el puesto de secretario de Estado de la Marina a Bourgeois de Boynes, por entonces brazo derecho del canciller y persona absolutamente necesaria para realizar la gran obra del nuevo tribunal con el que quería sustituir el Parlamento, y que se promulgó en efecto el 13 de abril en un *lit de justice* que nunca será olvidado. No hay mejor prueba de la influencia que tuvo la condesa en esa ocasión —o la que creía tener— que lo que le dijo al duque de Nivernois, uno de los pares que protestaron ante el hecho. Al encontrarlo, ella lo detuvo y tras reprocharle su conducta añadió: "señor duque, espero que su oposición termine pues ya lo sabéis: el rey dijo que no cambiará jamás de parecer". "Sí, señora, pero os estaba mirando" contestó el duque, escapando así con una respuesta galante e ingeniosa a una interpelación delicada y embarazosa.

Una cuarteta que se reescribió y se aplicó a madame Du Barry confirmó mejor aún cómo se le atribufan las desgracias de Francia. Decía:

Francia, ¿cuál es, pues, tu destino?

Estar sometida a la mujer.



Tu salvación fue una virgen [Juana de Arco]  
Perecerás por una puta.

[France! quel est donc ton destin?  
D'être soumis à la femelle.  
Ton salut vint d'une pucelle,  
Tu périras par la catin.]

No se sabe si este sangriento epigrama llegó hasta ella; pero le habría prestado poca atención. Quería mostrar de manera muy clara cómo deseaba contribuir de la manera en que pudiera a la formación del nuevo Parlamento. Y para testimoniar su satisfacción a M. Joly de Fleury, Procurador General del nuevo tribunal, el único que por su falta de coraje sobrevivió al antiguo cuerpo, envió a su esposa un regalo de cien mil francos en diamantes. En realidad, hay razones para creer que todas estas cosas le eran sugeridas por otros.

Su cuñado, el conde Jean, era el cerebro de la operación, aunque iba muy raramente a la corte. Residía en París, tenía una gran cantidad de jóvenes a sus órdenes que iban y venían sin cesar llevando instrucciones diversas, no a su cuñada misma sino a su hermana mademoiselle Du Barry, que con su inteligencia superior tenía mucha influencia sobre la condesa a la que nunca dejaba sola. La comunicación entre estas tres personas era tal que todo lo que había de decir o hacer la amante del monarca era decidido por el conde uno o dos días atrás, o hasta ocho días, según los tiempos, lugares y circunstancias.

Además, estos emisarios, jóvenes bien educados e instruidos recorrían continuamente todo el reino y viajaban a las cortes del extranjero sin que se conociera el objeto de sus movimientos. Se pensó que Du Barry, quien siempre afectó interesarse en la política, en estudiar los intereses de los monarcas y estar al tanto de lo que se llaman las relaciones exteriores, conducía este ministerio vacante sin nom-

bramiento y ayudaba al rey a dirigirlo, como lo venía haciendo ya desde la caída de Choiseul con mucha altura. Otros sugirieron, con mayor verosimilitud, que ella nunca pretendió ese ministerio y que sólo trabajaba a las órdenes del duque D'Aiguillon. Los acontecimientos no tardaron en justificar tal conjetura. En junio, el duque, a quien el año anterior se le había instruido un proceso y que aún estaba manchado por un edicto del Parlamento, entró al consejo y fue nombrado ministro del departamento vacante.

[...]

#### SEGUNDA PARTE

*[Tras la destrucción del viejo Parlamento y la creación de un nuevo sistema judicial, el poder quedó concentrado en manos de tres ministros claves, Maupeou, Terray y D'Aiguillon. Desatendiendo los intereses de Francia, se peleaban entre ellos. D'Aiguillon fortaleció su posición seduciendo a Du Barry y convirtiendo al rey, por decirlo así, en un cornudo. Y el cuñado de la favorita, el conde Du Barry se concentró en exprimir el Tesoro para desplegar su depravación.]*

El cuñado, el conde Du Barry, no era el menor costo del Estado. Su gran influencia sobre su cuñada le hacía considerar el tesoro real como su cuenta bancaria personal. Perdía enormes sumas en el juego mas esto no lo inquietaba; ni siquiera trataba de ocultarlo. Cuando tenía mala suerte y se mostraba lástima por él, decía: "no os preocupéis por mí amigos míos, sois vosotros los que pagaréis". En la primavera de 1773 se había encerrado en el castillo de Triel, que le había prestado el señor Brizard, *Fermier general*. Objeto de este préstamo era tener un lugar aislado para reunir jugadores como él y entregarse a esta pasión con toda la furia. En una sola sesión perdió 7.000 luises: se jactó enton-

es de estar debiendo cinco millones. Para pagar la deuda mandó una nota como era su costumbre al abate Terray. Este, recordando sus dichos insolentes acerca de él, se negó a pagar. El deudor se puso furioso contra el Controlador general pero la denegación fue apoyada por el duque D'Aiguillon, también enojado. Éste había informado a madame Du Barry para advertirle acerca del ataque que el cuñado podría hacer contra el abate recurriendo a ella. El conde Du Barry, informado de la maniobra, no se amedrentó, habló del asunto abiertamente en una cena y declaró que si el duque D'Aiguillon olvidaba cuán obligado le estaba, lo podría hacer expulsar con una facilidad mayor que la que había tenido para nombrarlo. Añadió que no temía decirlo en voz alta y que deseaba que sus palabras fueran repetidas. Los ministros deben haber temblado, pues todo se arregló y el deudor recibió la suma que deseaba.

[...]

Era tiempo de que terminaran tantas depredaciones. Francia se encaminaba hacia una ruina inevitable, si la muerte de Luis XV no hubiese cambiado la faz del reino. Lo más singular del hecho fue que provino de los más interesados en retardarla.

Su Majestad estaba más melancólico desde hacía un tiempo. La muerte súbita del marqués de Chauvelin, uno de sus favoritos, que gozaba de una salud floreciente, compañero de todas las fiestas del rey, y que en una de éstas cayó muerto delante de sus ojos, lo había golpeado. Constantemente pensaba en ella. La muerte del mariscal D'Armentières, casi igual, un hombre de la edad del monarca, había acrecentado su melancolía. Estaba además atormentado por el remordimiento que en su corazón había suscitado el obispo de Senez en un sermón del jueves santo, muy fuerte y patético. El grupo de la favorita decidió que había

que redoblar los esfuerzos para sacar a Su Majestad de aquel estado, incluso mediante orgías que pudiesen sacudir con vigor a su máquina [*machine*]. Se decidió por tanto hacer un viaje al Trianon [el castillo real en el parque de Versalles] donde podría entregarse más fácilmente a todo lo que la libertad del lugar pudiera inspirar. Se advirtió que el rey había puesto sus ojos, admirado y concupiscente, en una chica, hija de un carpintero. Se la buscó, se la lavó, se la perfumó y se la puso en el lecho de aquel agosto disoluto. Este bocado le habría resultado de dura digestión si no se le hubiera ayudado con algunos estimulantes fuertes, lo que fue un socorro muy suave por el momento y le procuró un placer mayor que el que experimenta normalmente un libertino sexagenario. Esta niña, que desgraciadamente se sentía ya mal, se había prestado con dificultad a lo que se exigía de ella, y sólo lo hizo intimidada por las amenazas y excitada por la esperanza de riqueza. No se sabía que tenía el germen de la viruela, que no tardó en intensificarse en ella de la manera más cruel por lo que murió rápidamente. El veneno había sido transmitido al rey, y ya al día siguiente Su Majestad se sintió mal, sin que se pudiera prever el tipo de enfermedad que tenía. Por tanto, se aconsejó a madame Du Barry retener al enfermo en aquel lugar y quedarse allí como dueña de su persona. Pero Martinière, su primer cirujano, aprovechándose de la debilidad del rey para afirmar su autoridad, insistió en que debía ser trasladado a Versalles donde al día siguiente se supo que tenía viruela.

No fue difícil prever que ya no se recuperaría. Al principio, sin embargo, no se lo quiso asustar; se le escondió el peligro. La favorita había tenido la precaución de inspirar a su agosto amante la confianza en Bordeu, su propio médico; él tuvo el rol principal en el tratamiento y cuidó al rey asistido por Le Monnier, *premier medecin*. Desde el comienzo de la enfermedad, se debatió la idea de administrar al rey los últimos sacramentos.



El arzobispo de París fue a Versalles con la esperanza de ocuparse de la conciencia del augusto penitente, pero Bordeu se opuso absolutamente a que se dijera algo al rey asegurando que este anuncio hacía morir a las tres cuartas partes de los enfermos. Fue claro el motivo que lo llevaba a manifestarse así. Era menos la esperanza de la curación del rey que la afición a madame Du Barry, quien hubiera debido abandonar el palacio si esta ceremonia se cumpliera, lo que sería un golpe de suerte para los enemigos de la favorita. Ella se quedó pues, y el arzobispo, cuya llegada en ese momento había disgustado al rey, fue expulsado por el enfermo mismo. Como aquel se presentara en la cámara, Su Majestad pretextó que había demasiada gente que lo molestaba, y dio orden de que se hiciera salir a todos los que no eran del servicio. Beaumont debió volver a París provocando el desprecio del clero. Este prelado tenía entonces una enfermedad en la vejiga sobre la cual los burlones aludían diciendo que "Monseñor meaba sangre en París y agua en Versalles". Madame Du Barry permaneció un día entero junto a la cabecera del rey. Otros días aparecía allí con frecuencia. Su Majestad, siempre ignorando su estado, le hacía pasar sus manos blancas sobre sus granos purulentos; se dice que algunas veces la acariciaba y que una vez agarró sus senos y besó sus pezones. Finalmente, se debió llegar a la separación fatal. Fue el rey mismo quien al quinto día de su viruela dijo, por la noche, a quienes lo rodeaban: "No quiero que se repita la escena de Metz [cuando se sintió gravemente enfermo en Metz, en 1744, el confesor de Luis lo obligó a renunciar públicamente a su amante madame De Châteauroux]. Decidle a la duquesa D'Aiguillon que me haga el favor de llevarse a la duquesa Du Barry". En consecuencia la favorita fue a Ruel a casa de esta dama. Parece que soportó esta expulsión con firmeza de ánimo. Escribió de inmediato a su madre para anunciarle su traslado; le contaba que Su Majestad había decidido que no era conve-

niente que, en la situación crítica en que se encontraba, mantuviera a su amante en el palacio, que la había tranquilizado diciéndole que no debía inquietarse, y que se proveería a su bienestar. Por lo demás, lo que prueba que el rey no había actuado según su corazón, y sólo había actuado en un momento de delirio, es que poco tiempo después la mandó llamar sin recordar la ausencia de la favorita. Pero la cosa estaba hecha.

Ella recordó entonces el *Almanach de Liège*, que la había obsesionado, y del que había hecho eliminar todos los ejemplares posibles. En las predicciones del mes de abril estaba esta frase: "Una de las damas más favorecidas jugará su último rol". Ella atribuyó modestamente esta alusión a sí misma y decía a menudo: "Quisiera que este horrible abril pasara". Pero —¿quién lo hubiera creído posible?— en la aflicción profunda que se encontraba en Ruel, su gusto por el lujo y la vida de molicie no la abandonó un instante, y encontrando las camas del castillo D'Aiguillon poco blandas mandó a buscar su lecho de Lucienne. Es verdad que tuvo esperanzas hasta el último día, a pesar de la declaración del rey hecha a través de su *Grand Aumonier*, justo antes de recibir el viático: "que Su Majestad se lamentaba de haber causado el escándalo de sus súbditos y que ahora sólo quería vivir para sostener la Fe y la Religión y la felicidad de su pueblo".

Madame Du Barry sabía lo que valen las promesas de un moribundo cuando se recupera, y los cortesanos mismos se lo recordaron. Dos días antes de la muerte de Luis XV, el estado de Su Majestad pareció mejorar; hubo una procesión continua de carruajes entre Versalles y Ruel, mayor que la que iba de París a Versalles; pero pronto mermó a medida que las noticias empeoraban y cuando se vio a Su Majestad sin posibilidades. Los que por razones políticas permanecían todavía quietos, bramaron contra la amante y contra su familia. El nombre Du Barry fue proscrito de tal

modo que la joven marquesa Du Barry (mademoiselle De Fumel) obligada a quedarse en la corte como dama de compañía de la condesa de Artois, viendo el desprecio que caía sobre ella, tomó la decisión de quitarle las libreas a sus sirvientes para no llamar la atención. Se sabía, sin embargo, que ella siempre había rechazado el casamiento al que se la había obligado, lo cual debería haber suscitado la disculpa y la lástima de los demás. No faltaron las pullas, a pesar de las circunstancias. Se dijo que los toneleros iban a tener trabajo, porque todos los *barriles* huían [un juego de palabras entre "Du Barry" y *baril* por "barril"]. En efecto, los enemigos de la condesa hicieron correr la voz de que se había escapado de Ruel, lo que era falso e imposible. Allí se enteró ella de la fatal noticia, la muerte de su augusto amante. El duque de la Vrillière fue a llevarle una *lettre de cachet* que la exiliaba a la abadía de Pont-aux-Dames, en Brie, cerca de Meaux.

Ella no pudo soportar con sangre fría la aparición de este ministro que poco antes había visto arrastrado a sus pies. Le reprochó amargamente el rol que estaba jugando y en cuanto a la orden del rey, exclamó con su energía acostumbrada: "¡El lindo jodido reina, y empieza con una *lettre de cachet*!". Se enfureció más al saber que debía quedarse en aquel lugar con una doncella solamente y sin poder ver a nadie, ni siquiera a su familia, sin poder enviar carta alguna que la abadesa no hubiese leído. Este rigor pareció a algunos una injuria a la memoria del rey difunto pero era políticamente necesario en esos primeros momentos. No se podía dudar que la favorita guardaba secretos de Estado y era fundamental impedir que una mujer tan ligera los divulgara. Para controlar la especie de piedad que semejante trato pudiera producir en los corazones sensibles, se difundió una anécdota que habría de concitar la indignación contra ella lo suficiente como para contrarrestar el primer sentimiento. Se informó al público que acababa de encar-

gar cien alas de sombrero a su sombrerero, lo que implicaba cien hombres con librea, un lujo espantoso que despertaría la felicidad de haberse librado de una peste semejante. Además, se supo pronto que *la lettre de cachet* no era dura en sí: Su Majestad decía allí que la razón de Estado le obligaba a ordenarle ir al convento, que no olvidaría cuán honrada había sido la condesa por la protección de su abuelo, y que en la primera reunión del consejo se procedería a darle una pensión conveniente si su situación lo hiciera necesario.

La generosidad del rey parecía tanto mayor cuanto los cortesanos sabían que esta dama se expresaba con indecencia acerca de él, lo llamaba "ese muchachote maleducado" y abusaba de la familiaridad con el rey hasta el punto de llamar a la Delfina "la pelirroja", y que con una broma más criminal aún y verdaderamente punible añadía: "Señor, hay que cuidar que esta pelirroja no se haga levantar las faldas en algún rincón". Evidentemente el monarca y su augusta esposa, al ejemplo de Luis XII, que olvidaba las injurias hechas al duque de Orleans, habían olvidado las que se habían hecho al Delfín y a la Delfina, y la razón de Estado era lo único que dirigía su conducta en relación a la favorita. No ocurrió lo mismo con el conde Jean, su cuñado, llamado "el libertino" en la corte, que las personas de bien deseaban fuera procesado.

Se cuenta que este intrigante, viendo que ya no había seguridad para él, perdió la cabeza, y no sabiendo de quién fiarse, en el momento de la muerte del Rey, se confió con Goys, bufón gracioso, con el que tenía estrecha relación, y le pidió consejo para actuar. "Querido conde", le dijo el gracioso tras frotarse la frente, "la caja de caudales y los caballos de posta." El conde, rechazando este consejo e indignado por tener que huir como un bandido, ruega a su amigo encontrarle un recurso más honorable. Goys se frota de nuevo la frente: "Pues bien", contesta, "caballos de posta



y una caja de caudales". Sólo pudo llevar a cabo la mitad de este consejo. Su cuñada no le tuvo la confianza suficiente para ponerlo en condición de realizarlo por entero. Partió entonces en secreto y complicó así a la Policía que tuvo orden de buscarlo. Seguramente su evasión fue favorecida por el duque D'Aiguillon, su amigo, todavía ministro de Asuntos Exteriores. Todas las lenguas hablaban mal de él; se dijo de todo. Se contaba, entre otras indecencias criminales de su parte, que cuando no tenía dinero decía: "Mi hermanito me lo dará", expresándose con increíble familiaridad sobre el rey. Probablemente el último chiste que se dijo sobre este libertino, infectado por todos los vicios fue el siguiente: se decía que se había escondido en una canasta de grosellas, pues era la época, cantando estas conocidas palabras: "¡Ah, qué felicidad vivir en el seno de una familia!".\*

\* Juego de palabras: *maquerau* (grosella para acompañar caballa) es homónimo de *maquerau* (celestino, rufián). [N. del T.]

## ÍNDICE DE NOMBRES Y CONCEPTOS\*

- Academie des dames, L'*: 31, 37, 41, 123, 141, 145, 156, 157, 334, 428.  
en las listas de ventas: 59.
- Adoption, ou la maçonnerie des femmes, L'* (¿Saint-Victor?): 59.
- Aduanas: 25, 26, 46, 69.  
de París: 25, 103, 105, 113, 114 n., 116, 143 n., 219, 315.
- Affair de Calais*: 125, 191, 295.
- Affair del Collar de Diamantes*: 130, 132, 338, 368.
- Affair Dirrag*: 148, 152, 153.
- Aiguillon, duque de: 130, 132, 225, 226, 230, 231, 249, 250, 510-512, 515-517, 519-521, 525, 526, 529, 530, 532, 533, 536.
- Albert le Grand: 120.
- Alemania: 133, 260, 326.
- Alembert, Jean Le Rond d': 468 n.
- Almanach de la librairie*: 56 n., 64.
- Amor romántico: 174.
- Amsterdam: 95.
- An 2440, rêve s'il en fût jamais, L'* (Mercier): 31, 35, 47, 56, 88, 109, 124, 182, 184-210, 186, 203, 237, 342, 344 n., 345.  
en las listas de ventas: 58, 62, 67, 89, 110.  
extractos provenientes de: 433-473.  
Ilustración en: 207, 209, 210.  
la imprenta en: 205-208.  
notas en: 191, 192.  
política en: 195-202, 204, 205.  
público lector en: 181, 204, 205.  
reconocimiento de la autoría de Mercier: 192.  
religión en: 190, 191, 196, 200, 201, 207.  
técnicas básicas en: 188.
- Ana de Austria: 299, 309, 311, 315.
- André (librero de Versalles): 94.
- Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry* (¿Pidansat de Mairobert?): 61, 88, 92, 109, 129, 211-252, 221, 242 n., 286, 317, 318, 333, 363.  
autoría de: 211.  
como revolucionaria: 247-252.  
denuncia de la corrupción en: 246, 247.  
en las listas de ventas: 62, 67, 89, 110.  
estructura de: 237, 238.  
extractos de: 475-536.  
filosofía en: 223.  
lectores de: 234-236.  
relación histórica comparada con: 224-227.  
reseña de: 330, 331.  
trama de: 214-224, 227-233.  
valoración de: 234.
- Angervilliers, N. P. B. d': 351.
- Annales*, escuela de: 257, 258, 263.
- Aretino, Pietro Bacchi: 67, 111, 112, 123, 140, 141, 156, 174, 243, 297, 507.
- Argens, Jean-Baptiste de Boyer, marqués de: 62, 110, 112, 117, 140, 145, 174, 372.

\* Los números de página en itálicas remiten a cuadros e ilustraciones.

- Aristóteles: 320.  
 Armentières, mariscal de: 530.  
 Arnaud, viuda de: 79.  
*Arrétin, L'*: 67, 109, 110, 118 n., 140.  
*Art de foutre, L'* (Baculard d'Arnaud): 141.  
 Artois, condesa de: 534.  
 Aseguradores (contrabandistas): 46-48, 67.  
 Audéart (librero de Lunéville): 30 n., 44 n., 106.  
 Aulard, François-Alphonse: 266, 267.  
 Austria: 225.  
 Avenencia Familiar, La: 225.  
*Avertissement à la France touchant les libelles*: 299.  
 Aviñón: 38, 39 n., 64 n., 81, 83.
- Babin (librero de Nancy): 38, 55, 56, 106.  
 Baculard d'Arnaud, François: 97, 141.  
 Baker, Keith: 264, 269, 270, 360 n.  
 Barbier, Frédéric: 256.  
 Barcelona: 38.  
 Baritel, viuda de (librera de Lyon): 27, 44, 106.  
 Barre (librero de Nantes): 106, 331, 332 n.  
 Barret, Jean-Marie: 44 n., 97 n., 106, 114, 115 n.  
 Barrois (librero de París): 46, 106.  
 Bar-sur-Aube: 31, 107.  
 Bascon (librero de Montpellier): 78.  
 Bautru, Bernard de: 298.  
 Bayle, Pierre: 85, 114.  
 Béarn, condesa de: 229.  
 Beaumarchais, Pierre-Augustin Caron de: 121.  
 Beaumont, monsieur de: 532.  
 Beauvais: 38, 107.  
 Belfort: 31, 332.
- Bellerive, Jules-Alexis Bernard caballero de: 354.  
 Bérage: 88, 110, 112.  
 Bergeret (librero de Burdeos): 39, 40 n., 45, 106.  
 Berna: 36, 104.  
 Bertrand, Jean-Elie: 33 n., 98, 106.  
 Besançon: 44, 45, 65, 67, 69, 70, 74 n., 76, 106.  
 best sellers prohibidos: 51-136.  
   categorías de: 117-136.  
   filosóficos: 119-122, 124-126.  
   listas de: 105, 107-109, 110, 111, 112.  
   métodos de muestreo de: 105, 107-109.  
*Bibliothèque bleue*: 303, 304.  
*Bibliothèque Nationale*: 143.  
*Bijoux indiscrets* (Diderot): 142, 146.  
 Billard, monsieur: 478.  
 Billault (librero de Tours): 31, 44, 45 n., 107.  
 Biron, Luc: 84.  
 Blouet (librero de Rennes): 31, 47, 106.  
 Boccaccio, Giovanni: 67, 123.  
*Bon-Sens, Le* (d'Hollbach): 58, 62, 111.  
 "Borbonesa, La": 240-243, 247, 502-509.  
 Bordeu, sieur: 531, 532.  
 Borel (librero de Lisboa): 38.  
 Borgia, Cesare: 300 n.  
 Bossuet, Jacques Bénigne: 207.  
 Bouardel y Simon (libreros en Barcelona): 38.  
 Boubers, Jean-Louis: 99.  
 Bouchard (librero de Metz): 38.  
 Bouillon: 95.  
 Bourdieu, Pierre: 257.  
 Bourgeois de Boynes (intendente): 527.  
 Bremen: 326.  
 Breteuil, barón de: 289, 526.  
 Breteuil, F. V. L. de: 351.

- Brette (librero de Grenoble): 43.  
 Bringand, damisela: 79.  
 Brinton, Crane: 364.  
 Brissac, mariscal duque de: 511.  
 Brissot de Warville, Jean-Pierre: 62.  
 Brizard, sieur: 529.  
 Bruselas: 99, 113 n., 337.  
 Buffon, conde Georges-Louis Leclerc de: 60, 146, 450.  
 buhoneros: 42, 54, 55, 64 n., 79, 80, 105, 106.  
 Burdeos: 39, 45, 84, 87, 106, 134.  
 Burguesía: 77, 258, 259, 291, 292, 312, 313, 364.  
 Burnet, Gilbert: 170.  
 Bussy, Roger de Rabutin, conde de: 315, 316, 317 n., 362.
- Cadell, Robert: 96.  
 Cadière, Catherine: 148.  
 Caen: 30, 44, 104, 106, 334.  
*cahiers de doléances*: 291.  
 Cailier, Jean-Samuel: 32, 33, 99.  
 Calonne, Charles-Alexandre: 132, 337, 364-369.  
 Calvinistas: 32, 315.  
*Canapé couleur de feu, Le* (Fougeret de Monbron): 141.  
 Canciones en contra del gobierno: 235 n., 239-244, 247-251, 279 n., 280 n., 502-509, 522, 523.  
*Cándido* (Voltaire): 169.  
 Canguilhem, Georges: 263.  
 Capel (librero de Dijon): 43.  
 Carez (librero de Toul): 106, 333.  
 Carlos VII, rey de Francia: 438 n.  
 Carrier, Hubert: 311, 312, 313 n.  
*Casette verte de M. de Sartine, La*: 92.  
*Catéchumène*: 34.  
 Catolicismo: 305.  
   janesinistas y: 260, 305, 320, 352, 355-357.  
   jesuitas y: 148, 151, 152, 226, 305, 345, 354, 499.  
   en *L'An 2440*: 190, 191, 196, 200, 201, 207.
- Cazin, Martin-Hubert: 29, 40 n., 60, 64 n.  
 Censura: 208, 299, 300, 313.  
*Véase también* policía  
*Censure générale de tous les libelles diffamatoires*: 298.  
 Centro Raymond Aron: 263.  
 Certeau, Michel de: 279.  
 Cézary (librero de Montpellier): 78, 79, 82-84, 86.  
 Chabrillant, marqués de: 238.  
 Châlons-sur-Marne: 44, 107.  
 Chambeau (librero de Aviñón): 38.  
*Chandelle d'Arras, La* (Du Laurens): 27 n., 45, 123, 142.  
 Chappuis, J.-L.: 36, 122.  
 Chappuis y Didier (libreros de Ginebra): 36, 42.  
 Charmet, Jean-Félix: 44, 45, 65-75, 89, 105.  
 Charmet, madame: 70-73.  
 Chartier, Roger: 20, 96 n., 256-260, 261 n., 273 n., 278, 279, 339 n., 340 n., 350.  
 Chartres, duque de: 524.  
 Châteauroux, madame de: 532.  
 Chauvelin, marqués de: 530.  
 Chesneau de Marsais, César: 170 n.  
 Chevrier, François-Antoine: 121.  
 Chiraud (abogado de Montpellier): 82 n.  
 Choiseul, duque de: 181, 224-231, 233, 235, 240, 242-244, 479, 498-500, 510, 512, 514, 515, 517-521, 523-526, 529.  
 Choiseul, marqués de: 518.  
*Choses utiles et agréables*: 34.  
*Christianisme dévoilé, Le* (d'Holbach): 27 n., 109, 111, 120, 329.  
   en las listas de ventas: 58.  
 Christin, Charles: 69.



- Chronique scandaleuse, La, ou mémoires pour servir à l'histoire des mœurs de la génération présente* (Imbert de Burdeos): 134, 212.
- Chroniques scandaleuses*: 133-135, 212, 213 n., 236, 285, 290, 317. Véase también *Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry*
- Cicerón, Marco Tulio: 449 n.
- Cleland, John: 59, 112.
- Cobban, Alfred: 227 n., 364.
- Colbert, Jean-Baptiste: 444.
- Collection complète de tous les ouvrages pour et contre M. Necker*: 63.
- Comercio del libro: 23-136, 328, 329, 343, 344.
- buhoneros en el: 42, 54, 55, 64 n., 79, 80, 105, 106.
- catálogos en el: 36-39, 41, 42, 100, 103-105, 115, 116.
- contrabandistas en el: 46-49, 69.
- deberes en el: 81, 82.
- devoluciones prohibidas en el: 100.
- en el siglo XIX: 328.
- en *L'An 2440*: 206-208.
- en Montpellier: 76-94.
- espías en el: 97.
- estudio del: 256-258, 273-296.
- estudios de casos: 54-94.
- intercambios en el: 31-35.
- jerga del: 29-31.
- mapa de comerciantes en el: 106, 107.
- medidas de Luis XIV en contra del: 300.
- ordenamiento del: 26-31.
- papel de los autores en el: 276.
- respuesta de los lectores y cartas en el: 331-333.
- Véanse también literatura prohibida; literatura legal
- Compère Matthieu, Le*: 31, 35.
- Concini, Concino (mariscal d'Ancre): 307, 308, 315.
- Condé, Enrique II de Borbón, príncipe de: 307, 308.
- Condé, Luis II de Borbón, príncipe de: 309, 312.
- Condé, Luis José de Borbón, príncipe de: 526.
- Condorcet, marqués de: 89, 347.
- Confessions, Les* (Rousseau): 67, 90.
- Confidence Philosophique* (Vernes): 58.
- Considérations sur les mœurs* (Duclos): 146.
- Contes* (La Fontaine): 58, 143, 144.
- Contes de Boccace* (Boccaccio): 67.
- Contrabandistas (aseguradores): 46-48, 67.
- Control de la natalidad: 176, 177.
- Coquereau, Jean-Baptiste-Louis: 110, 112, 116.
- Corneille, Pierre: 207, 449, 450.
- Correspondance littéraire*: 329.
- Correspondance secrète et familière de M. de Maupeou* (Pidansat de Mairobert): 88, 89, 130, 213.
- Courrier de l'Europe*: 342, 360.
- Cramer, Gabriel: 32, 34, 81 n., 95.
- Crébillon, Claude-Prosper Jolyot de (hijo): 116, 142.
- Cristianismo: 327.
- obras en contra del: 118 n., 120, 122, 124, 148, 150, 151, 169-172.
- Véanse también catolicismo; protestantes; *Thérèse philosophe*
- Cruautés religieuses*: 45.
- Custode du lit de la reine, La*: 299.
- Danton, Georges-Jacques: 289.
- David, madame: 490.
- Declaración de Independencia: 174.
- Declaración de los Derechos del Hombre: 265.

- Décombaz, Gabriel: 32, 42, 99, 120.
- Delahaye (librero de Bruselas): 113 n.
- De la législation* (Mably): 125.
- De la littérature et des littérateurs* (Mercier): 343 n., 344.
- De la Philosophie de la nature* (Delisle de Sales): 89, 90.
- De l'Esprit* (Helvétius): 31.
- De l'Esprit des lois* (Montesquieu): 146.
- De l'Homme* (Helvétius): 111, 120.
- Delisle de Sales, Jean-Baptiste Claude Isoard: 74 n., 89, 90, 120.
- Departamento del Comercio del Libro (Direction de la librairie): 37.
- Derechos de las mujeres: 174-177.
- Desbordes (librero de La Rochelle): 44.
- Descartes, René: 150, 159, 207.
- Des Lettres de cachet et des prisons d'Etat* (Mirabeau): 67, 74, 108 n., 127, 128 n.
- Devoirs, Status ou Règlements généraux des F. M., Les*: 59, 63.
- Dialogue de Pégase et du vieillard*: 41.
- Diarios, gacetas: 133, 236-244, 299, 300, 313, 314, 329, 330, 359-361.
- Días de Barricadas (1588): 302.
- Días de Barricadas (1648): 302, 313.
- Dictionnaire de l'Académie française*: 96.
- Dictionnaire historique et critique* (Bayle): 85, 114.
- Dictionnaire philosophique* (Voltaire): 59, 111.
- Diderot, Denis: 17, 50, 58, 115, 116, 121, 142, 144, 146, 147, 163, 179, 183, 329.
- Bijoux indiscrets*: 142, 146.
- como posible autor de *Thérèse philosophe*: 147.
- Lettres sur les aveugles*: 147.
- Neveu de Rameau, Le*: 115 n.
- Œuvres*: 58.
- Rêve de d'Alembert*: 178.
- Didier, J.-E.: 36, 42, 122.
- Dieu. Réponse au Système de la nature* (Voltaire): 89.
- Dieu et les hommes*: 86.
- Dijon: 43, 46.
- Discours sur les sciences et les arts* (Rousseau): 144.
- Doraz, Claude-Joseph: 85.
- Doublet de Persan, madame: 134, 211.
- Du Barry, conde Guillaume: 227, 493, 496, 501.
- Du Barry, conde Jean: 218, 220, 226, 228-231, 234, 490, 493, 496, 497, 529, 530, 534.
- Du Barry, condesa: 319, 330, 331, 356.
- Véase también *Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry*
- Du Barry, mademoiselle: 497.
- Du Barry, marquesa: 533, 534.
- Du Châtelet, conde: 518.
- Duchesne, viuda de (librera de París): 334.
- Duclos, Charles Pinot: 146.
- Du Contrat Social* (Rousseau): 12, 13, 50, 115, 116, 125, 180, 264, 265 n., 289.
- Dufour, J.-E.: 97 n., 107 n., 121.
- Du Laurens, Henri-Joseph: 67, 110, 112, 117, 122, 142.
- Dumonceau, Billard: 214, 215, 217, 476-478, 486-488.
- Du Muy, conde: 526.
- Dunn, John: 256.
- Duplain, Pierre-Joseph: 30, 31 n., 332.
- École des filles, L'* (Milot): 111, 112 n., 141, 144, 156.
- Elias, Norbert: 256.

- Eloges et discours philosophiques* (Mercier): 345 n.
- Emile* (Rousseau): 13, 114, 115, 190, 202, 450 n.
- Encyclopédie*: 17, 26, 65, 87, 146, 190, 292, 333 n., 450, 453 n.
- Enrique II, rey de Francia: 305, 309.
- Enrique III, rey de Francia: 297, 306, 315, 323, 369.
- Enrique IV, rey de Francia: 191, 196, 208, 247, 306, 318.
- Eon, caballero d': 59.
- Épîtres, satires, contes* (Voltaire): 56, 58.
- Érotika Biblion* (Mirabeau): 63, 142.
- Escritos políticos: 125-136, 283, 284.  
aristócratas leyendo: 290-293.  
*chroniques scandaleuses*: 74-76, 118, 133-135, 148, 212, 213 n., 236-238, 285, 290, 317, 362, 363.  
en *L'An 2440*: 195-202, 204, 205.  
*Véanse también Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry; libelles*
- España: 225, 307, 310, 352, 499, 524.
- Espion anglais, L'* (Pidansat de Mairobert): 63, 75, 92, 135, 317, 333.
- Esquisse d'un tableau historique des progrès de l'esprit humain* (Condorcet): 347.
- Essai philosophique sur le monachisme* (Linguet): 67.
- Essai sur le despotisme* (Mirabeau): 125.
- Estados Generales (1614): 306.
- Estados Generales (1789): 365, 368.
- Estrasburgo: 37, 42 n., 55, 56, 104, 228.
- Estudios sobre la difusión: 256-260, 270.
- Etat et description de la ville de Montpellier*: 76, 77 n.
- Examen de la religion dont on cherche l'éclaircissement de bone foi. Attribué à M. de St. Evermond. Traduit de l'anglais de Gilbert Burent*: 170.
- Farge, Arlette: 258, 358.
- Fastes de Louis XV, Les*: 213, 333.
- Fauche, Samuel: 32, 69, 99.
- Faure, J. B.: 78, 79, 87.
- Favarger, Jean-François: 43, 44 n., 46 n., 78 n.
- Feminismo: 174, 175, 178.
- Fille de joie, La* (Cleland, trad. de Lambert o de Fougeret de Montbrun?): 31, 41, 45, 59, 110, 112, 123.
- Fille naturelle, La* (Restif de la Bretonne): 62.
- Filosofía lingüística: 261-263.
- Flammermont, Jules: 283 n.
- Fleur de Montagne: 354.
- Fleury, cardenal de: 352, 353.
- Fleury, Joly de: 528.
- Fontanel, Abraham: 78, 84-88.
- Fontenelle, Bernard de Le Bovier de: 346 n.
- Foucalt, Michel: 263.
- Fougeret de Monbron, Charles-Louis: 110, 112, 117, 141, 142.
- Fragments sur l'Inde et sur le général Lalli* (Voltaire): 127.
- France galante, ou histoires amoureuses de la cour de Louis XIV, La* (Bussy): 141, 316, 318.
- Francisco I, rey de Francia: 247.
- Franco, Niccolò: 67, 111.
- Franco-Gallia* (Hotman): 315.
- Frédéric, mademoiselle: 478, 486.
- Fréret, Nicolas: 62, 116.
- Fronza: 214 n., 299, 300, 305, 308-310, 312, 313 n., 317, 323, 327, 366.

- Funck-Brentano, Frantz: 283 n.
- Furet, François: 257, 263-266, 269, 365.
- Gacetas, diarios: 133, 236-244, 299, 300, 313, 314, 329, 330, 359-361.
- Gallay, Pierre: 33.
- Gauchet, Marcel: 264, 265, 269.
- Gaujoux (fabricante de pelucas): 354.
- Gazetier cuirassé, Le, ou anecdotes scandaleuses de la cour de France* (Morande): 56, 213, 286.  
en las listas de ventas: 58, 63.
- Gazette de Cythère, ou aventures galantes et récentes arrivés dans les principales villes de l'Europe, traduite de l'anglais à la fin de laquelle on a joint le Précis historique de la vie de Mme la comtesse du Barry, La*: 74 n., 213.
- Gazette de France*: 133, 303, 313.
- Gazette de Leyde, La*: 133, 234 n.
- Gervaise de Latouche, J.-C.: 63, 111, 141.
- Gessner, Salomon: 85.
- Gianbonne, madame: 491.
- Ginebra, comercio del libro en: 32, 33, 37, 42, 46, 71-73, 81 n., 82 n., 95, 98, 99, 104, 116, 122.
- Ginzburg, Carlo: 279, 280.
- Girard, Jean-Baptiste: 148.
- Gobierno: véase escritos políticos.
- Godeffroy, Pierre: 332.
- Goethe, Johann Wolfgang von: 325.
- Gomart, padre (Ange): 219.
- Gomart de Vaubernier, madame: 477-479.
- Gontault, duque de: 518.
- Gontaut, madame: 353.
- Gontier, viuda (librera de Montpellier): 79 n.
- Gosse (librero de La Haya): 108 n.
- Goudar, Ange: 112, 117.
- Gourdan, madame: 216-218, 248, 482, 488, 489, 507.
- Goys, sieur: 535.
- Grammont, duquesa de: 228, 229, 499, 512, 514, 518.
- Gran Bretaña: 96 n., 133, 165, 170, 218, 225, 226, 229, 252, 256, 260, 305, 315, 326, 350, 436 n., 524.
- Grasset, Gabriel: 33-36, 39, 40, 86, 99.
- Great Chain of Being, The* (Lovejoy): 262.
- Grécourt, Jean-Baptiste-Joseph Willart de: 115 n., 116.
- Gremio de libreros (Besançon): 70.
- Gremio de libreros (París): 14, 25, 92 n.
- Grenoble: 43, 318.
- Grimm, F. M.: 329.
- Grisel, abate: 478.
- Guérnadeuc, Baudouin de: 67.
- Guerra de la Sucesión de Austria: 355.
- Guerra de Siete Años: 181, 225.
- Guide au chemin de la liberté, Le*: 312.
- Guillon l'aîné (contrabandista del Franco Condado): 47, 48 n.
- Guizot, François: 266.
- Guy, sieur: 335.
- Habermas, Jürgen: 257, 259.
- Hamburgo: 326.
- Harrington, James: 262.
- Hatin, Eugène: 282 n.
- Haya, La: 109 n.
- Hazard, Paul: 320.
- Helvétius, Claude-Adrien: 86, 111, 112, 113, 115, 116, 120, 122, 124.
- Hémery, Joseph d': 24 n.
- Hermil (librero de Nápoles): 38.



- Histoire amoureuse des Gaules* (Bussy): 316.
- Histoire critique de Jésus-Christ* (d'Holbach): 34, 36, 110, 120.
- Histoire de dom B..., portier des Chartreux* (¿Gervaise de Latouche o Nourry?): 27, 109, 119 n., 123, 141, 144, 145. en las listas de ventas: 111, 126. en *Thérèse philosophe*: 157, 163, 334.
- Histoire de Juliette* (Sade): 145.
- Histoire de la tourière des Carmélites* (monsieur de Querlon): 123, 156, 334.
- Histoire naturelle* (Buffon): 146.
- Histoire philosophique et politique des établissements et du commerce des européens dans les deux Indes* (Raynal): 27, 68, 69, 88, 89, 108 n., 109, 119 n., 331. en las listas de ventas: 62, 67, 89, 110, 112.
- Histoire romaine* (Rollin): 84.
- Historia intelectual, redes de comunicación e: 273-296. sobre la revolución: 256-271. visión de: 257, 258.
- Historia literaria, artificialidad de la: 117.
- Hobbes, Thomas: 159, 262.
- Hoggart, Richard: 279.
- Holanda: véase Países Bajos.
- Holbach, Paul-Henri-Dietrich Thiry, barón d': 36, 56, 98, 108 n., 109 n., 113, 120, 122, 125, 163, 194. en las listas de ventas: 58, 59, 62, 89, 110, 111, 112.
- Homme aux quarante écus*, L': 27 n.
- Homme-machine*, L' (La Mettrie): 146, 163.
- Homme par alphabet*, L': 86.
- Hotman, François: 314.
- Hugo, Victor: 321.
- Ilustración: 181, 321, 343. en *L'An 2440*: 207, 209, 210. pornografía e: 144, 145. revolución e: 49, 50, 255-271, 274. *Thérèse philosophe* e: 165, 168, 169.
- Imbert de Bourdeaux, Guillaume: 134.
- Inglaterra: véase Gran Bretaña.
- Inventing the French Revolution* (Baker), 264, 270 n.
- Islas Falkland, 225, 226.
- Italia: 310.
- Jacquenod (librero de Lyon): 46, 106.
- Jannin: 445.
- Jansenistas: 77, 127, 148, 260, 305, 320, 352, 355-357.
- Jefferson, Thomas: 174.
- Jesuitas: 226, 305, 345, 354. *Thérèse philosophe* y los: 148, 151, 499.
- Jezennemours*: 345, 346.
- Josserand, Jean Baptiste: 27 n., 28 n.
- Jouhaud, Christian: 311, 312, 313 n.
- Journal de Paris*: 359, 361.
- Journal des savants*: 313.
- Journal historique de la révolution opérée dans la constitution de la monarchie française par M. de Maupeou, chancelier de France* (Pidansat de Mairobert y Moufle d'Angerville): 34, 67, 74, 88, 89, 110, 129, 212, 333.
- Journal of the History of Ideas*: 261.
- Julia, Dominique: 258.
- Koeppen, Karl Friedrich: 59, 89, 111, 112.

- Labadie (librero de Valenciennes): 334.
- Labille, sieur: 479, 480, 482, 483, 485.
- La Chaise, padre de: 316.
- Lafayette, marqués de: 289, 290 n.
- Laffrey, Arnoux: 67, 111, 112.
- La Fontaine, Jean de: 58, 143, 144, 450.
- Laisney (librero de Beauvais): 38, 39 n., 107.
- La Martinière, sieur de: 531.
- Lambert: 110, 112.
- La Mettrie, Julien Offroy de: 116, 121, 124, 147, 151. en las listas de ventas: 59, 62.
- Langibeaup, madame: 519.
- Lanjuinais, Joseph: 111, 112.
- La Reynie, G.-N.: 313.
- La Roche-Aymon, cardenal de: 238.
- La Rochelle: 44, 106, 280.
- La Serre (militar): 171 n.
- Lauriers ecclésiastiques*, Les (Rochette de la Morlière): 111, 142, 157.
- Lausana: 32, 37, 42, 43, 57, 71, 72, 86, 97-99, 104, 121, 163.
- Laverdy, Clément Charles-François de: 502.
- La Vrillière, duque de: 521, 526, 534.
- Le Bel, sieur: 219, 220, 490, 492, 493, 495, 501.
- Leclerc, Jean-Louis: 355.
- Lécuyer, Jean: 27 n., 28 n.
- Lefebvre, Georges: 365.
- Leipzig: 96, 326.
- Le Lièvre (librero de Belfort): 31, 332.
- Le Monnier, sieur: 531.
- Lenoir, Jean-Charles-Pierre: 336-338, 362.
- Le Normant, madame: 491.
- Lépaignez, Dominique: 65, 69.
- Le Paige, Louis-Adrien: 264.
- Le Pot (notario de Auteuil): 496.
- L'Estoile, Pierre de: 298, 301.
- Lettre* (Linguet): 91.
- Lettre de M. Linguet à M. le comte de Vergennes* (Linguet): 74, 89, 91, 111, 128 n.
- Lettre d'un théologien* (Condorcet): 89.
- Lettre philosophique de V\*\*\**: 66, 67, 67, 89, 110.
- Lettres de Bolingbroke*: 34.
- Lettres de cachet et des prisons d'Etat* (Mirabeau): 67, 71, 74, 108 n., 127, 128 n.
- Lettres originales de Mme la comtesse du Barry*: 330.
- Lettres persanes* (Montesquieu): 50, 169, 180, 320.
- Lettres philosophiques* (Voltaire): 66, 118 n.
- Lettres sur les aveugles* (Diderot): 147.
- L'Hospital, Michel de: 445.
- libelles*, 128-135, 211, 212, 289-291, 330, 333, 336-340, 342, 350, 357-367, 369, 370. épocas anteriores a la revolución vs. épocas más tempranas: 317-323. historia de los: 297-317. impacto revolucionario de los: 311, 312, 321. materiales compartidos en los: 212, 213, 243. períodos de incremento de producción de: 311-317. Véase también *Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry*
- Libertin de qualité*, Le: 71, 142, 163.
- Libros utópicos: 181-210. Véase también *An 2440, rêve s'il en fût jamais*, L'
- Lieja: 99, 109 n.

- Liga Católica: 191, 298, 323.  
 Linguet, Simon-Nicolas-Henri: 61, 63, 67, 71, 88, 89, 91, 108 n., 110, 111, 112, 113, 114 n., 125, 127, 128 n., 135, 331, 470 n.  
 Lisboa: 38.  
 Literatura legal,  
 precios de: 68.  
 versiones piratas de: 25, 98.  
 Literatura prohibida,  
 cantidades de libros  
 condenados: 23, 24.  
 castigos por la: 27.  
 catálogos de: 36-38, 41, 42, 103-105, 115.  
 comercialización y precios: 36-43.  
 como "libros filosóficos": 29, 31, 50.  
 confiscación de: 103, 104, 111, 112, 143, 315.  
 costos de: 32, 33.  
 dificultades para reconocer la: 23-28.  
 estudios de caso sobre vendedores de: 54-94.  
 incineración y flagelamiento de: 23, 69, 90.  
 intercambios: 31-35, 96-99.  
 opinión pública y: 349-370.  
 pedidos y envíos: 44-50, 53, 100, 101.  
 redes de comunicación y: 273-296.  
 representatividad de las listas de: 94-105.  
 represión de la: 11, 23-29, 37, 40, 60, 61, 64, 79, 80, 103, 143, 299, 300, 313.  
 respuesta de los lectores a la: 325-347.  
 revolución y: 255-296, 334-339.  
 términos para la: 29-31, 49-50.  
*Véanse también* escritos políticos; pornografía
- Liturgie des Protestants en France*: 45.  
*Livre et société* (Furet, editor): 256.  
 Locke, John: 262, 305.  
*Loisirs du chevalier d'Eon, Les* (d'Eon): 59.  
 Loménie de Brienne, Étienne Charles: 132, 365.  
 Lorena: 54-57, 60, 105, 106.  
 Lorenzo de Médici: 300.  
 Loudun: 42, 44 n., 106, 333.  
 Lucrecio: 159.  
 Luis XII, rey de Francia: 535.  
 Luis XIII, rey de Francia: 297, 302, 207, 498.  
 Luis XIV, rey de Francia: 14, 71, 132, 196-198, 247, 283, 294-296, 300, 308, 315, 316, 321, 330, 364.  
*libelles* y: 305, 309, 311, 313, 314, 317-320, 356, 369.  
 Luis XV, rey de Francia: 200, 290, 291, 362.  
 discusiones en cafés sobre: 352-355.  
 en *Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry*: 218-224, 226, 251, 489-536.  
*libelles* y: 297-299, 311, 317-323, 330, 331, 337, 350, 369.  
 opinión pública sobre: 350-357.  
 relato histórico de: 224-226.  
 Luis XVI, rey de Francia: 130-132, 289, 290, 349, 362, 370.  
 en *Anecdotes sur Mme la comtesse du Barry*: 232, 239, 616, 518, 519, 535, 536.  
*libelles* y: 297, 336, 337, 364, 369.  
 Lunéville: 31, 44 n., 54, 106, 107.  
 Lyon: 27, 30, 31, 44, 46, 47, 64, 81, 91, 97 n., 104, 105, 106, 114, 115 n., 332.  
*Lyre gaillarde, La*: 67, 89, 111, 122.  
 Maastrich: 64, 96 n., 109 n., 120.  
 Mably, Gabriel Bonnet de: 125, 194.

- Machault d'Arnouville,  
 Jean-Baptiste: 354.  
*Ma Conversion, ou le libertin de qualité* (Mirabeau): 71, 142, 163.  
 Maintenon, Françoise d'Aubinge, marqués de: 247, 316.  
 Mairobert, Matthieu-François  
 Pidansat de: 58, 62, 63, 67, 88, 89, 110, 112, 117, 211, 217 n., 218 n., 220 n., 223 n., 227 n., 229 n., 233 n., 235 n., 236 n., 237, 238 n., 240 n., 242 n., 244 n., 246 n., 248 n., 250 n., 291, 475.  
 en las listas de ventas: 58, 62, 63, 67, 89, 110, 112.  
 Malassis (librero de Nantes): 39, 44, 106.  
 Malebranche, Nicolas de: 158.  
 Malesherbes, C.-G. Lamoignon de: 14, 143.  
 Malherbe, Paul: 42, 43 n., 45 n., 106, 333.  
 Manoury (librero de Caen): 30, 31 n., 44, 106.  
*Manuel de l'auteur et du libraire*: 78, 79 n.  
 Maquiavelo, Nicolás: 301, 302, 304, 306.  
 Marcellin, padre: 79.  
 Marcetteau-Paul, Agnes: 290 n.  
 Marcier, mariscal de: 216.  
 Marco Aurelio, emperador romano: 459, 465.  
*Margot la ravaudeuse* (Fougeret de Monbron): 142.  
 María Antonieta, reina de Francia: 337, 338.  
 María Teresa: 526.  
 Marion, Marcel: 282 n.  
 Marsella: 44 n., 100, 106, 107.  
 Martel, Jean: 78.  
 Martin, Henri-Jean: 256, 257.  
 Marxismo: 259, 260 n., 266.
- Masturbación:  
*Thérèse philosophe* y la: 154, 155, 157, 159, 163, 164, 169, 176, 178, 334.  
 Mathiez, Albert: 364, 365.  
 Matthieu (librero de Nancy): 54-57, 58, 59, 60, 61, 64, 66, 101, 105, 106, 112.  
 Maupeou, R. N. C. A. de: 130, 132, 199, 200, 226, 227, 230-233, 234 n., 238, 244, 245, 321, 323, 365, 366, 500, 510, 513, 529.  
 Maurepas, J. F. Phélypeaux, conde de: 290, 336, 337.  
*Maximes du droit public français* (Mey): 125.  
 Mazarino, cardenal: 299, 308-310, 315, 320, 322, 369.  
*Mazarinade, La* (Scarron): 309-311.  
*mazarinades*: 309, 311, 312, 313 n., 314-316, 318, 319 n.  
 McEachern, Jo-Anne: 114 n.  
 Médicis, María de: 299, 307-309, 315, 369.  
 Meister, J. H.: 329, 330.  
 Melun: 39, 40 n., 106.  
*Mémoires authentiques de Mme la comtesse du Barry*: 213, 333.  
*Mémoires de l'abbé Terray* (Coquereau): 110, 112, 129, 212, 333.  
*Mémoires de Louis XV*: 59, 67, 74, 110, 129, 212, 333.  
 en las listas de ventas: 59, 67, 110.  
*Mémoires de M. le comte de Saint-Germain*: 127.  
*Mémoires de Mme la marquise de Pompadour*: 213.  
*Mémoires d'une reine infortunée*: 127.  
*Mémoires secrets pour servir à l'histoire de la République des Lettres en France* (Bachaumont): 75, 134, 211 n., 212, 213, 237,



- 238, 242, 243, 317, 333, 341, 342, 361.  
*Mémoires sur la Bastille* (Linguet): 61, 63, 71, 108, 127, 128.  
*Mémoires sur la librairie* (Lamoignon des Malesherbes): 142.  
*Memoirs of a Woman of Pleasure (Fanny Hill)* (Cleland): 112.  
 Menocchio (molinero): 280.  
 Mercier, Louis-Sébastien: 47, 56, 57, 58, 61, 62, 63, 67, 85, 88, 89, 91, 109, 110, 112, 113, 114 n., 119 n., 124, 125, 181, 182, 183-185, 187, 188, 191-210, 331, 339-342, 346 n., 347, 349, 350, 432.  
 Rousseau y: 184.  
*Véanse también An 2440, rêve s'il en fût jamais, L'; Tableau de Paris, Le*  
*Mercur*: 313.  
 Mettra, Louis-François: 99.  
 Metz: 38, 106, 107, 355, 532.  
 Meusnier de Querlon, A.-G.: 142.  
 Mey, Claude: 125.  
 Milot (Millot): 111, 112.  
 Mirabeau, Honoré-Gabriel Riqueti, conde de: 50, 71, 74, 108 n., 125, 127, 128 n., 135, 142, 163, 268, 450.  
 en las listas de ventas: 62, 67, 112.  
*Missel de Paris*: 289.  
*Moeurs, Les* (Toussaint): 146.  
 Molière: 90, 112, 450.  
 Molin (librero de Valencia): 38.  
*Monarque accompli, Le* (Lanjuinais): 111, 112.  
*Mon Bonnet de nuit* (Mercier): 184.  
 Montaigne, Michel Eyquem de: 207, 462.  
 Montesquieu, Charles de Secondat, barón de La Brède y de: 50, 85, 146, 168, 179, 198, 260, 320, 450.  
 Monteynard, marqués de: 526.  
 Montigny, d'Arles de: 110, 112.  
 Montmorency, marqués de: 519.  
 Montpellier, comercio del libro en: 76-94, 89.  
 Morande, Charles Théveneau de: 58, 62, 112, 117.  
 Morelly: 194.  
 Morlot, Claude: 299, 300.  
 Mornet, Daniel: 10-14, 19, 114 n., 116, 117, 255, 257, 258, 261-263, 269, 360.  
 Moro, Tomás: 187.  
 Mossy (librero de Marsella): 44 n., 100, 106.  
 Moufle d'Angerville, Barthélemy-François-Joseph: 63, 67, 89, 110, 111, 112, 117.  
 Museo Británico: 143.  
 Nancy: 38, 54-57, 58, 101, 106, 107.  
 Nantes: 39, 44, 91, 107, 300, 315, 331.  
 Napoleón I, emperador de Francia: 327.  
 Nápoles: 38, 52, 526.  
 Necker, Jacques: 61, 63, 75, 337, 361.  
 Nerón, emperador romano: 459, 470 n.  
 Nesle, marqués de: 355.  
 Neuchâtel: 16, 26 n., 29, 32, 33 n., 48, 53, 54, 64-66, 69, 70, 75, 76, 92, 95, 97-99, 103, 104, 113.  
*Véase también Société typographique de Neuchâtel*  
*Neuveu de Rameau, Le* (Diderot): 115 n.  
 Neuwied: 99, 109 n.  
 Newton, Sir Isaac: 201, 457.  
 Nicolas: 58.  
 Nicolas (librero de Grenoble): 318 n.  
 Niel, Jean-Joseph: 83.  
*Night Thoughts* (Young): 197.  
 Nivernois, duque de: 527.

- Noailles, duque de: 218, 353, 489, 518.  
 Nouffer, Jean-Abram: 73, 99.  
 Noutry: 110.  
*Nouvelle Héloïse, La* (Rousseau): 114, 174, 183, 289, 325, 347 n.  
*Nouvelles découvertes des russes*, 27.  
 Nubla (librero de Dijon): 46.  
*Observateur anglais, ou correspondance secrète entre Milord All'Eye et Milord All'Ear, L'* (Pidansat de Mairobert): 75, 110, 135, 213.  
 Ocultismo: 120.  
*Œufs rouges* (Pidansat de Mairobert): 58.  
*Œuvres* (Diderot): 58.  
*Œuvres* (Fréret): 62.  
*Œuvres* (La Mettrie): 59, 62.  
*Œuvres* (Rousseau): 58, 62, 88.  
*Œuvres posthumes* (Rousseau): 63, 116 n.  
*Œuvres posthumes* (Turgot): 72.  
 Opinión pública: 11-15, 245, 246.  
 revolución y: 268-270, 273-296, 349-370.  
*Origines intellectuelles de la Révolution française, Les* (Mornet): 257, 262, 360.  
 Orléans, Gaston, duque de: 312.  
 Orléans, Louis Philippe, duque de: 231.  
 Orry, Philibert: 351.  
 Ostervald, Frédéric-Samuel: 33 n., 98.  
 Ozouf, Mona: 270, 360 n.  
 Palmer, Robert: 267, 364.  
 Países Bajos: 64, 99, 108 n., 133, 313.  
*Pamela* (Richardson): 324.  
 Pancoucke, Charles-Joseph: 96.  
 Panfletos: 305 n., 306 n.  
*Véase también libelles*  
 París, aduanas: 103, 105, 113, 114 n., 116, 143 n., 219, 315.  
 París, comercio del libro en: 23, 46, 105, 115, 327-329, 335-338.  
 París, Tratado de: 338.  
*Parnasse libertin*: 44.  
 Pascal, Blaise: 207.  
*Pater Noster*: 251, 252.  
 Patras (librero de Bar-sur-Aube): 31.  
 Pauw, Cornelius de: 112, 117.  
*Paysan perversi, Le* (Restif de la Bretonne): 110.  
 Pequeño Consejo (Ginebra): 35.  
 Petit, Alphonse: 26 n., 60, 61, 62, 64, 66, 105, 107, 333.  
*Philosophe, Le*: 146, 168.  
*Philosophie dans le boudoir*: 50.  
 Picot (impresor de Montpellier): 78.  
*Pièces échappées du portefeuille de M. de Voltaire*: 89.  
*Pièces heureusement échappées de la France*: 67.  
 Pion, Jean-François: 25, 26.  
 Piron, Alexis: 116.  
 Platón: 187, 205.  
 Plometeux, Clément: 99.  
*Plus Secrets Mystères des hauts grades de la maçonnerie dévoilés, ou le vrai Rose-Croix, Les* (¿traducción de Bérage?, editado por Koeppe): 59, 89, 111, 112.  
 Pocock, John: 256.  
 Poinçot (librero de Versalles): 27, 37, 38 n.  
 Policía: 54, 55, 283, 284, 302.  
 comercio del libro reprimido por la: 11, 23-29, 37, 40, 60, 61, 64, 79, 80, 103, 143, 299, 300, 313.  
 documentos de: 334-338, 340, 342, 351-354, 358.  
 Polonia: 225, 527.

- Pommereul, François-René-Jean, barón de: 63.
- Pompadour, Jeanne-Antoinette Poisson, marquesa de: 227, 229, 355, 356, 490-492, 500.
- Pons, Albert: 78-80, 89, 106.
- Pornografía: 119 n., 122-124, 139-180.  
confiscación de: 143.  
definiciones de: 142-145.  
escritos políticos y: 310-311, 316-318.  
historia de: 140-142.  
*Véase también Thérèse philosophe*
- Portefeuille de Madame Gourdan, Le*: 144.
- Portugal: 499.
- Praslin, duque de: 229, 521.
- Précis de Mme du Barry*: 74, 213.
- Prévost (librero de Melun): 39, 40 n., 106.
- Princesse de Clèves, La* (La Fayette): 141.
- Profession de foi des théistes, La*: 35.
- Protestantes (hugonotes): 76, 80, 300, 305-307, 315, 326, 356.
- Público lector:  
composición de: 168, 172-174, 277-296.  
en *L'An 2440* (Mercier): 181, 204, 205.
- Pucelle d'Orléans, La* (Voltaire): 50, 109, 118 n., 123, 142.  
en las listas de ventas: 62, 67, 110.
- Putain errante, La* (¿Franco?): 67, 89, 109, 111, 112, 123.
- Putain parvenue, La*: 92.
- Pyre (librero de París): 114 n.
- Questions sur l'Encyclopédie*: 59, 111, 47, 56, 57, 81 n., 101, 122, 124.  
en las listas de ventas: 58, 89, 110.
- Rabelais, François: 123, 143, 304.
- Raby, mademoiselle: 518.
- Ragionamenti* (Arentino): 140, 156.
- Raynal, Guillaume-Thomas-François, abate: 91, 112, 113, 114 n., 125, 290, 329, 331.  
*Histoire philosophique*: 27, 62, 67, 68, 88, 89, 109, 110, 112 n., 119 n., 124, 331.
- Receveur (inspector de policía): 204 n.
- Recherches philosophiques sur les Américains*: 57.
- Recherches sur l'origine de l'esclavage religieux* (Pommereul): 63.
- Recueil de comédies et... chansons gaillardes*: 110.
- Recueil de pièces fugitives* (Voltaire): 89.
- Recueil des Actes du Comité de salut public* (Aulard): 267.
- Redes de comunicación: 273-296, 359-361.
- Regnault el joven (librero de Lyon): 31, 46.
- Reich, Philip Erasmus: 96.
- Reims: 29, 40 n., 60, 61, 62, 64 n., 107, 333.
- Religieuse, La*: 144, 169.
- Religión: véanse catolicismo; cristianismo; protestantes
- Remarques sur les Anecdotes de Madame la comtesse du Barry*: 252.
- Rennes: 31, 47, 106, 510.
- Requête au conseil du roi* (Linguet): 89, 111, 128 n.
- Reseñas de libros: 329-332, 341, 342.
- respuesta de los lectores: 120, 139, 183, 234, 325-347.  
cartas del comercio del libro y: 331-333.  
descripciones literaria de la: 345-347.

- importancia del estudio de la: 11, 12.
- informes policíacos sobre la: 334-337, 340, 342.
- reseñas de libros y: 329-332, 341, 342.
- revolución en la: 326-328.
- Restif de la Bretonne, Nicolas-Edmé: 123, 140, 184, 327, 341.  
en las listas de ventas: 62, 111, 112.
- Retz, cardenal de: 312.
- Rêve de d'Alambert* (Diderot): 179.
- Revel, Jacques: 258.
- Revocación del Edicto de Nantes (1685): 300, 315.
- revolución: 12-14, 323.  
análisis del discurso y: 256, 261-270, 274.  
bibliotecas confiscadas durante la: 289, 290.  
y desacralización del rey: 349, 350.  
estudios sobre la difusión y: 256-260, 270.  
historia intelectual de: 256-271.  
Ilustración y: 49, 50, 255-271, 274.  
*L'An 2440* y: 195, 197.  
opinión pública y: 268-270, 273-296, 349-370.  
orígenes culturales de la: 259.  
orígenes sociales de la: 260.  
raíces filosóficas de la: 267, 268.  
"revuelta aristocrática" en la: 364-368.  
Terror en la: 265-268.  
tesis de las circunstancias de: 266, 267.
- Revolución Francesa: véase revolución
- Revuelta de los príncipes (1614-17): 307, 308.
- Riccoboni, madame: 12, 45, 78, 91.
- Richardson, Samuel: 325.
- Richelieu, Armand-Jean du Plessis, duque de: 207, 302, 308, 314, 320, 449, 450 n., 498.
- Richelieu, Louis-François-Armand de Vignerot du Plessis, duque de: 228, 514.
- Rideau levé ou l'éducation de Laure, Le* (Mirabeau): 142.
- Rigaud, Isaac-Pierre: 78-84, 86-92, 89, 106.
- Rigaud, Pons & Co.: 78, 79, 89, 106.
- Robespierre, Maximilien de: 267, 268, 289.
- Rochard, Aug.-Franc.: 78.
- Roche, Daniel: 256, 258, 291.
- Rochette de la Morlière, Charles-Jacques-Louis-Auguste: 111, 112, 117, 142.
- Rocquain, Félix: 283 n.
- Rohan, cardenal de: 338.
- Roi s'amuse, Le* (Hugo): 321.
- Roland de La Platière, Jean-Marie: 289.
- Rollin, Charles: 85.
- Rousseau, Jean-Jacques: 12, 13, 58, 61, 62, 63, 67, 89, 90, 111, 112, 113-116, 124, 125, 146, 163, 175, 179, 181, 183, 184, 190, 194, 201, 202, 207, 210, 258, 260, 264, 265, 280, 289, 290, 291, 325, 331, 333, 341, 346 n., 450, 462 n.  
*Confessions, Les*: 67, 90.  
*Discours sur les sciences et les arts*: 144.  
*Emile*: 13, 114, 115, 190, 202, 450 n.  
*Nouvelle Héloïse, La*: 114, 174, 183, 289, 325, 347 n.  
*Œuvres*: 58, 62, 88.  
*Œuvres posthumes*: 63, 116 n.  
*Rousseau juge de Jean-Jacques*: 90.  
voz de: 183.



- Rousseau juge de Jean-Jacques* (Rousseau): 90.  
 Ruán: 64, 81, 97 n., 107, 131, 332.
- Sade, marqués de: 123, 142, 145.  
 Saint-Hyacinthe, Thémiseul de: 12.  
 Saint-Victor: 59.  
 Sartine, Antoine-Gabriel de: 241, 501, 502.  
 Saul: 34.  
 Scarron, Paul: 309, 310, 316.  
 Selin, mademoiselle: 491.  
*Siècle de Louis XIV, Le* (Voltaire): 146.  
 Skinner, Quentin: 256.  
 Soboul, Albert: 365.  
*Société typographique* de Berna: 42.  
*Société typographique* de Bouillon: 95.  
*Société typographique* de Lausana: 43.  
*Société typographique* de Neuchâtel (STN): 37 n., 54 n., 73 n., 74 n., 81 n., 82 n., 108 n., 109 n., 171 n., 213 n., 331, 332.  
 best sellers salidos de la: 51-136.  
 estudios de caso de los clientes de la: 54-94.  
 intercambios por literatura prohibida: 31-33, 108 n., 109 n.  
 libros de contabilidad de: 53, 54 n.  
 otras fuentes de información comparadas con la: 103-105.  
 representatividad de los pedidos de la: 94-105.  
 solicitudes de envíos a la: 44-46.  
 terminología empleada por la: 29-31.  
*Société typographique* de Neuwied: 109 n.  
 Sócrates: 459, 465.  
 Soissons: 107, 333, 466 n.  
 Sombert (librero de Châlons-sur-Marne): 44, 45 n., 106.
- Sonetti lussuriosi* (Aretino): 140.  
*Sopha, Le* (Crébillon hijo): 142.  
 Spinoza, Baruch: 158.  
 Stockdorf (librero de Estrasburgo): 37, 38 n., 42 n.  
 Strahan, William: 96.  
 Struykmann (librero de Amsterdam): 95.  
 Suisse, Marie: 27 n.  
 Suiza: 16, 29, 43, 64 n., 73, 81, 99, 108 n., 113, 314.  
 Sully, duque de: 445.  
*Système de la nature* (d'Hollbach): 89, 90, 98, 108 n., 109 n., 122, 125, 332.  
 en las listas de ventas: 58, 62, 89, 110.
- Tableau de Paris* (Mercier): 60, 112 n., 118 n., 184, 193, 339, 341, 342, 343 n., 347 n., 349, 350.  
 en las listas de ventas: 63, 67, 89, 110.
- Taureau blanc, Le*: 41.  
 Téron, Jacques-Benjamin: 33, 34, 40, 99.
- Terray, abate: 130, 132, 226, 231, 232, 244, 529, 530.  
*Théologie portative*: 34, 39, 41.  
*Théorie des lois criminelles* (Brissot): 63.  
*Thérèse philosophe, ou mémoires pour servir à l'histoire du P. Dirag et de Mlle Eradice* (¿d'Arles de Montigny o d'Argens?): 35, 50, 69, 109, 140, 141, 144-180, 152, 158, 161, 166, 167, 170 n., 171 n., 237, 333, 334.  
 cristianismo atacado en: 169-172.  
 Diderot como posible autor de: 147.  
 en las listas de ventas: 62, 110, 112.  
 extractos de: 373-432.

- L'An 2440* y: 181.  
 lectura de: 168, 172-175.  
 lenguaje de: 160, 161.  
 masturbación y: 154, 155, 157, 159, 163, 164, 169, 176, 178, 334.  
 metafísica y: 147.  
 Sade sobre: 145.  
 Thérèse como *philosophe* en: 145, 146.  
 trama de: 148-160.
- Thiers, Adolphe: 266.  
 Tocqueville, Alexis de: 292, 295.  
 Toul: 106, 107, 333.  
 Tournel (librero de Montpellier): 78, 79, 87.  
 Tournes, de (editor de Ginebra): 32.  
 Tours: 31, 44, 107, 484.  
 Toussaint, François-Vincent: 146.  
*Traité des trois imposteurs*: 34, 35.  
*Tribulaciones del joven Werther, Las* (Goethe): 325, 327.  
 Tuck, Richard: 256.  
 Turgot, Anne-Robert-Jacques, barón de l'Aulne: 72, 264, 361.  
*Twelve Who Ruled* (Palmer): 267.
- Valencia: 38.  
 Valenciennes: 334.  
 Valetinois, duquesa de: 519.  
 Varry, Dominique: 290 n.  
*Vénus dans le cloître*: 36, 123, 141.  
 Vergennes, conde de: 92 n., 337, 526.  
 Vernes, Jacob: 58.  
 Versailles: 27, 37, 94.  
 Vialars (comerciante de Montpellier): 83 n., 87 n., 88 n.  
*Vie privée, ou apologie du très sérénissime prince Mgr. Le duc de Chartres*: 213 n.  
*Vie privée de Louis XV, La* (¿Mouffle d'Argenville o Laffrey?): 73, 74, 92, 109, 129, 131, 213, 287, 317, 318, 333.
- en las listas de ventas: 63, 67, 111, 112.  
 reseña de: 330, 331.
- Vindiciae contra tyrannos* (Hotman): 315.
- Voltaire, François-Marie Arouet de: 12, 34, 36, 41, 47, 50, 56, 57, 58, 59, 62, 67, 81 n., 85, 88, 89, 91, 97, 109, 110, 111, 112, 113, 114 n., 116, 119 n., 122, 124, 125, 127, 142, 146, 168, 170, 172, 183, 191, 201, 207, 258, 260, 289, 290, 291, 295, 331-333, 346, 450.  
*Dictionnaire philosophique*: 59, 111.  
*Dieu. Réponse au Système de la nature*: 89.  
*Épîtres, satires, contes*: 57, 58.  
*Fragments sur l'Inde et sur le général Lalli*: 127.  
*Lettres philosophiques*: 66, 119 n.  
*Pucelle d'Orléans*: 50, 62, 67, 109, 110, 118 n., 123, 142.  
*Questions sur l'Encyclopédie*: 59, 111, 47, 56, 57, 58, 81 n., 89, 101, 110, 122, 124.  
*Recueil de pièces fugitives*: 89.  
 Rigaud sobre: 88-91.  
*Siècle de Louis XIV, Le*: 146.  
 Vovelle, Michel: 258, 365.
- Waroquier (librero de Soissons): 107, 333.  
 Weber, Max: 260.  
 Wittel, Jeremy: 37, 38 n.  
 Wittgenstein, Ludwig: 261.
- Young, Edward: 85, 127, 196 n.
- Zamore (sirviente negro): 238, 513.